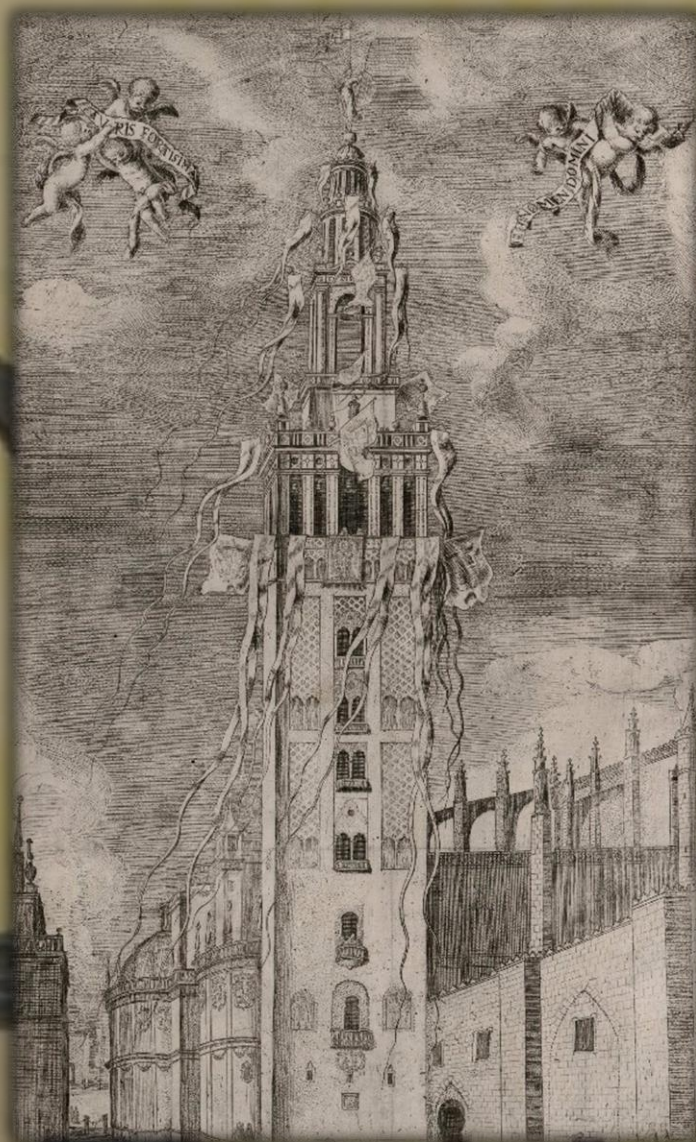


El libro en la Catedral de Sevilla (siglo XVII)



Tesis Doctoral de

Fernando Santos de la Hera

Dirigida por la

Dra. M^a del Carmen Álvarez Márquez

EL LIBRO EN LA CATEDRAL DE SEVILLA (SIGLO XVII)



Tesis Doctoral de
Fernando Santos de la Hera
Dpto. de Historia Medieval y
Ciencias y Técnicas Historiográficas
Universidad de Sevilla

ÍNDICE

SIGLAS UTILIZADAS

INTRODUCCIÓN

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

I. LOS FONDOS BIBLIOGRÁFICOS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA	15
1. LA BIBLIOTECA CAPITULAR Y COLOMBINA	15
1. 1. Acondicionamiento, conservación y custodia	15
1. 2. La labor de Juan de Loaysa en la Biblioteca Capitulat y Colombina	32
1. 3. El Manuscrito Ms 57-1-19.	42
1. 4. La Inquisición y la Biblioteca Capitulat y Colombina: expurgos en la Librería.....	77
2. LAS LIBRERÍAS CORALES	92
2. 1. Los fondos de las librerías corales	97
3. LA CAPILLA MUSICAL.....	106
3. 1. Funcionamiento: los Maestros de Capilla	106
3. 2. Fondos de la Capilla Musical	131
3. 2. 1. Inventario I.....	131
3. 2. 2. Comentario al inventario I:.....	133
3. 2. 3. Inventario II.....	136
3. 2. 4. Comentario al inventario II:	138
3. 2. 5. Inventario III	142
3. 2. 5. Comentario al Inventario III:.....	144
3. 2. 6. Inventario IV	145
3. 2. 7. Comentario al Inventario IV:	148
3. 2. 7. Inventario V.....	150
3. 2. 8. Comentario al Inventario V:.....	152

3. 2. 9. Inventario VI	157
3. 2. 10. Comentario al Inventario VI:	159
3. 2. 11. Inventario VII	163
3. 2. 12. Comentario al Inventario VII:	165
3. 2. 13. Inventario VIII	167
3. 2. 14. Comentario al Inventario VIII:	169
4. LA LIBRERÍA DE MINISTRILES	177
4. 1. Fondos de la Librería de Ministriles	183
4. 1. 1. Inventario I	183
4. 1. 2. Comentario al Inventario I:	184
4. 1. 3. Inventario II	185
4. 1. 4. Comentario al Inventario II:	186
5. OTROS REPOSITARIOS BIBLIOGRÁFICOS	189
5. 1. El Sagrario	189
5. 1. Las Capillas	203
II. LOS ARTESANOS DEL LIBRO: SU ACTIVIDAD BAJO LOS AUSPICIOS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA	208
a) Los escritores de libros	209
b) Los iluminadores	240
c) Los raspadores	240
d) Los libreros	241
e) Los impresores	254
III. AUMENTO DE LOS FONDOS BIBLIOGRÁFICOS CATEDRALICIOS	263
1. La escritura de nuevos libros	264
2. Nuevas impresiones	271
3. Incorporaciones y donaciones	304
4. Los legados	324
IV. LA POLÍTICA DE CONSERVACIÓN Y ENMIENDA DE LOS FONDOS BIBLIOGRÁFICOS CATEDRALICIOS	331
CONCLUSIONES	341
BIBLIOGRAFÍA	347
ÍNDICE DE FIGURAS	354

SIGLAS UTILIZADAS

ACS = Archivo de la Iglesia Catedral de Sevilla

AHPS = Archivo Histórico Provincial de Sevilla

BCC = Biblioteca Capitular y Colombina

BNE = Biblioteca Nacional de España

doc. = documento

f. = folio

ff. = folios

Fig. = figura

leg. = legajo

num. = número

p. = página

pp. = páginas

PN = Protocolos Notariales

RAE = Real Academia Española

r. = recto

Secc. = sección

ss. = siguientes

sf. = sin folio

ts = tomos

v.= vuelto

vol. = volumen

VVAA = Varios Autores

INTRODUCCIÓN

Abordar el estudio histórico de una institución como la Catedral de Sevilla es, siempre, un trabajo sugerente e interesante. Más aún desde un punto de vista «cultural», como es el mundo del libro. Efectivamente, la Iglesia Católica actuó, desde la caída del Imperio Romano, como un refugio de la escritura y de la cultura clásica que languidecían bajo los dominios germánicos. Su capacidad para recopilar los saberes y sobrevivir a diferentes situaciones políticas, sobreponiéndose a la fragmentación de Europa, la convierten en un referente organizativo y administrativo, siendo precursora de multitud de usos que serían, posteriormente, implementados por los diferentes reinos que se asentaron en su antiguo solar.

En el caso de Sevilla, al igual que sucedía en otros arzobispados y obispados españoles, el constante absentismo de los prelados conllevó el trasvase de muchas de sus funciones a la Iglesia Mayor, ya fuera de *facto* o de *iure*. Los tentáculos de la Seo se extendían por un amplísimo territorio en el que contaba con ingentes posesiones¹ y en el que ejercía labores de inspección. De la misma forma, dentro de la propia ciudad de Sevilla, contaba con un patrimonio inmobiliario de la mayor importancia. Las inmensas rentas de las que disfrutaba, así como el prestigio acumulado de sus integrantes, dotaban a la Catedral Hispalense de la mayor capacidad para afrontar todos los gastos inherentes al mantenimiento de un gran acervo bibliográfico en su Biblioteca Capitular, primero, y luego en su Biblioteca Capitular y Colombina, así como los derivados de la contratación de los más afamados profesionales de las artes, fundamentalmente músicos y compositores, que precisaban, a su vez, del uso de libros para interpretar sus piezas. Las propias obligaciones litúrgicas de los capitulares y otros integrantes de la corporación catedralicia —cuyo número superaba los trescientos—, llevados a cabo, principalmente, en el Coro, pero también en el Sagrario y algunas capillas, hacían necesario el mantenimiento

¹ Sobre los orígenes y la formación del patrimonio territorial de la Seo Hispalense, véase MONTES 1986.

de una nutrida librería coral —más bien, librerías corales—, para cuya escritura se hubo de formar un equipo de artesanos del libro que absorbieron no pocos recursos.

En definitiva y, a pesar del signo declinante de que afecta a gran parte del siglo XVII, puede decirse que en la Catedral de Sevilla se daban todas las condiciones para que el estudio del mundo de libro en ella sea de lo más productivo.

El presente trabajo no tiene otro objeto que continuar con la labor investigadora iniciada por la directora del mismo², en torno al estudio del libro en la Catedral de Sevilla. La proposición del tema de estudio fue motivo de orgullo, aunque también de incertidumbre, dados los niveles de excelencia de los trabajos precedentes, que actúan como marco comparativo. No obstante, parece que era preciso acometerlo, dado que se habían producido, desde entonces, algunos trabajos vinculados al mundo de libro en la Seo Hispalense pero ninguno de ellos desde una perspectiva global, como el presente. Efectivamente, la mayor parte de los mismos se han centrado en alguno de los que se puede denominar como «repositorios bibliográficos», ya se trate de la Biblioteca Capitular y Colombina, celebrísima y ricamente estudiada, o, desde un punto de vista más vinculado a la Musicología o la Historia de la Música, las Librerías Corales y la Capilla Musical. En este sentido, hay que tener en cuenta que éste no es un trabajo de Musicología, por lo que las referencias y la profundidad en que han sido tratados los fondos musicales con los que contaba la Catedral de Sevilla se han limitado a la vertiente libraria. Otros autores se han preocupado de realizar profundos estudios musicológicos que, por supuesto, han sido aprovechados en esta ocasión en la medida de los objetivos plateandos.

Se ha procurado estructurar el trabajo siguiendo las pautas marcadas por la propia documentación, aunque compartimentando diversos bloques temáticos de forma que sea más fácilmente aprehensible la información obtenida de aquélla. Así, en primer lugar, se han recopilado y analizado todas las noticias documentales y bibliográficas pertinentes sobre los fondos de la Catedral de Sevilla en un sentido amplio, a su vez, acotadas en: Biblioteca Capitular y Colombina, Librerías Corales, Librería Musical, Librería de Ministriles y Otros Repositorios. Éste último punto hace referencia a los distintos espacios repartidos por todo el inmenso templo que empleaban o custodiaban libros, principalmente, el Sagrario y las diferentes capillas que lo trufaban. Junto al examen de

² M^a del Carmen Álvarez Márquez ha publicado una extensa obra sobre la cuestión, que quedó culminada en *El Mundo del Libro en la Catedral de Sevilla en el siglo XVI*, 1992, que recibió Accésit del Concurso de Monografía de la Excelentísima Diputación Provincial de Sevilla.

los propios fondos bibliográficos, se ha procurado realizar una narración histórica de las distintas librerías, tratando de esclarecer su recorrido por la centuria decimoséptima.

El segundo bloque del trabajo está dedicado a lo que se ha venido a denominar como los «artesanos del libro». Éstos se han dividido por el campo de trabajo que desempeñaron para la Iglesia Mayor de Sevilla; aunque, como se verá, en muchas ocasiones no existe una línea divisoria entre unos y otros, ocurriendo que algunos trabajan simultáneamente, por ejemplo, como escritores de libros e impresores. En otras ocasiones, se registran como artesanos algunos personajes que solo trabajaron de forma esporádica u ocasional, sin que puedan, en puridad, calificarse, por ejemplo, como escritores de libros. Sin embargo, a efectos de claridad, parece que lo más efectivo es agruparlos, realizando, naturalmente, las objeciones precisas en cada caso.

En tercer y último lugar, se dedica un espacio a las vías de aumento y mantenimiento de los fondos bibliográficos catedralicios. En este caso, dividido a su vez. En primer lugar, los diferentes métodos por los que se produjo este incremento: escritura de nuevos libros, nuevas impresiones e incorporaciones y donaciones, con una referencia a los legados de que fue objeto la Catedral. Cabe señalar desde un principio que éstos no fueron, en absoluto, de la envergadura que alcanzaron en el siglo XVI. En segundo lugar, se ha trazado la política que el Cabildo siguió para asegurar el correcto mantenimiento y preservación de su valiosísimo acervo librario, cuya importancia no pasó por alto a los capitulares, pese a las injurias vertidas sobre ellos en los siglos siguientes.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Como puede colegirse del título escogido para este trabajo, el objetivo perseguido por el mismo es arrojar luz sobre el «mundo» del libro en la Catedral de Sevilla, en un sentido amplio. Interesan, por tanto, todas las noticias referentes al estado de los fondos bibliográficos, su cuantificación, la calidad de los mismos, los procesos por los que fueron creados o adquiridos. Además de ello, se pretende conocer todo lo tocante a la organización interna de las distintas librerías, tratando de identificar a los responsables de su gestión en el devenir del siglo XVII. Igualmente, se pretende recopilar toda la información posible sobre aquellos que trabajaban en el entorno de la producción o venta de libros, siempre en relación con la Iglesia Mayor, de forma que quede más definido el sistema o, mejor dicho, los sistemas por los que la Seo procuraba la adquisición y mantenimiento de sus fondos.

Para conseguir estos objetivos, ha sido precisa la consulta de las fuentes documentales y de la bibliografía precisas. En cuanto a las primeras, la principal de ellas ha sido el Archivo Catedral de Sevilla, ubicado en el Palacio Arzobispal de la ciudad. Afortunadamente, la Iglesia cuenta con un patrimonio documental de una gran calidad, debido a que, desde temprano, debieron mantener y organizar los documentos que acreditaran sus crecidas propiedades y sus derechos³. La política archivística de la Iglesia alcanzó una verdadera entidad a partir del Concilio de Trento⁴, continuando durante los siglos subsiguientes.

³ MENDO 1995, pp. 21 y ss.

⁴ DE DIEGO 2000, p. 341.

En este sentido, el Archivo de la Catedral de Sevilla no ha sido una excepción, contando con una documentación completa —especialmente, desde el siglo XVII— y, en general, en un excelente estado de conservación. Pocas lagunas presentan los libros de Autos Capitulares en los que se han rastreado todas las noticias referidas al cuidado de las librerías, la donación de ejemplares, la contratación de maestros de Capilla y otras gestiones relacionadas de una u otra forma con el mundo de libro. Gracias a ellos se ha podido buscar una política del Cabildo, como órgano de gobierno, con respecto a la compra y mantenimiento de los fondos bibliográficos.

De la misma forma, entre las actas del Cabildo se encuentran alusiones a las diligencias seguidas para conseguir la beatificación de Fernando III y la impresión del libro *Fiestas de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla, al Nuevo Cvltio del Señor Rey San Fernando el Tercero de Castilla y de León, concedido a todas las Iglesias de España, por la Santidad de Nuestro Beatísimo Padre Clemento X*, entre otros.

Sin embargo, quizá, la sección más interesante sea la de Fábrica, órgano catedralicio encargado del cuidado y mantenimiento del templo y de los objetos de culto, así como de la contratación —y pago— de los distintos artesanos del libro dedicados a la confección y restauración de los fondos bibliográficos, especialmente de los libros corales. Los libros de Mayordomía de Fábrica recogen los pagos efectuados a estos artesanos, además de otros relacionados o de interés, como la compra de *misales* o *salterios*. Son una fuente bastante completa, que abarca, prácticamente, todo el periodo estudiado. Lógicamente, su riqueza depende de la actividad desplegada durante cada año, al que corresponde un libro. Por su parte, los libros Adventicios son especialmente interesantes como complemento de los anteriores. Su número es mucho más escaso, existiendo importantes lagunas. En ellos se asentaban gastos sobrevenidos o imprevistos —aunque esto no siempre era así—, entre los que se hallan multitud de pagos a artesanos del libro, sobre todo de los primeros años de la centuria.

En los libros de Nóminas se encuentran los pagos efectuados a los oficiales y peones al servicio de la Fábrica, aunque entre ellos se han hallado noticias de gran interés. Lo mismo puede decirse de los libros de Salarios. De los libros Inventarios se ha obtenido algunos de los realizados durante el siglo XVII, especialmente los referidos a la Capilla Musical, así como a las alhajas de la Fábrica, que incluyen un inventario de li-

bro y otros objetos interesantes situados en el Sagrario. Asimismo, en la sección IX se ha consultado, entre otros documentos, un inventario de los fondos de la Capilla Musical.

La sección VI o Contaduría ha mostrado ser, de la misma forma, de una gran riqueza, mostrando datos complementarios a los arrojados por la de Fábrica. De especial valor han resultado los libros de Libramientos ordinarios del Cabildo y Fábrica, que han podido completar con algunos datos las noticias que los autos capitulares ofrecían sobre la obra llevada a cabo en la sala de la Biblioteca Capitular y Colombina en los años setenta del siglo XVII. En la sección de Patronatos se han buscado —y encontrado— datos interesantes para acotar la biografía de los más importantes escritores de libros que trabajaron en la Catedral durante arco temporal estudiado, dado que ambos finaron en el Hospital de Santa Marta.

Por otra parte, en la Biblioteca Capitular y Colombina se ha trabajado, sobre todo, con el manuscrito Ms 57-1-19 o *Abecedario y memoria de los libros que hoy están en la Librería de esta Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla*, compilado por el canónigo Juan de Loaysa, que lo finalizó el 11 de abril de 1684. A partir de los libros asentados en él se ha procurado reconstruir, en la medida de lo posible, los fondos que albergaba la Biblioteca Capitular y Colombina en las últimas décadas del siglo XVII.

Datos complementarios sobre el desempeño de los artesanos del libro se han buscado en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla en su Sección de Protocolos Notariales, en el que se han consultado algunos de los oficios, especialmente el XIX, que se hallaba vinculado a la Seo Hispalense⁵, con un total aproximado de más de cuatrocientos legajos, ya que, para algunos años cuenta con hasta ocho y nueve libros, cuya apertura ocupaba, ocasiones toda la extensión de la mesa de la sala de consultas. Las noticias pertinentes han sido incorporadas en el momento que se ha considerado oportuno.

En cuanto a la bibliografía, como se apuntó en la introducción del trabajo, desde que M^a Carmen Álvarez publicó su obra sobre el mundo del libro en el siglo XVI, se han realizado otros trabajos de gran interés, aunque centrados en aspectos concretos. Así, para el estudio de la Biblioteca Capitular y Colombina ha resultado fundamental el trabajo del canónigo y archivero-bibliotecario Juan Guillén⁶, fallecido hace algunos años.

⁵ ACS, 7110, ff. 83v y 84v.

⁶ GUILLÉN 2006.

Sobre los fondos legados por Hernando Colón, se ha acudido al estudio de Tomás Marín⁷, como punto de partida para analizar el manuscrito de Juan de Loaysa. En cuanto a la Librería de Canto de Órgano, utilizada por la Capilla Musical, el trabajo más utilizado ha sido el realizado por Juan Ruiz Jiménez⁸ y, en menor medida, el de Juan María Suárez Martos⁹. Lógicamente, para las cuestiones concretas se ha consultado la bibliografía que ha resultado pertinente, según el caso, que aparece recogida al final de este trabajo.

⁷ MARÍN 1970.

⁸ RUIZ JIMÉNEZ 2007.

⁹ SUÁREZ 2007.

I. LOS FONDOS BIBLIOGRÁFICOS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

1. LA BIBLIOTECA CAPITULAR Y COLOMBINA

1. 1. Acondicionamiento, conservación y custodia.

Tras ser trasladada en las postrimerías del siglo XV, la Biblioteca Capitulare residió en la trasera de la Capilla de los Cataños, donde actualmente se encuentra el Giraldillo original, en la última capilla del brazo norte del crucero. Estancia en la que permanecería hasta 1543, año en el que fue reubicada desde la parte suroccidental del Patio de los Naranjos, en la Nave de los Caballeros, a la oriental de ese mismo patio, en la Nave del Lagarto. Durante esos años, el Cabildo catedralicio prosiguió su política de acondicionamiento y conservación de sus fondos bibliográficos, que, según el único inventario conservado, fechado en 1522, constaba de un total de 513 cuerpos de libros. Disponía de diecisiete bancos a mano derecha de la entrada y trece a la izquierda, con los libros encadenados a ellos.

El fondo inicial parece estar constituido por la donación que hiciera Alfonso X el Sabio, como consta por el codicilo otorgado el lunes 22 de enero de 1284. A esta se sumarían otras donaciones de diferentes miembros de la comunidad catedralicia, entre ellos las de don Pedro Gómez Barroso y del Cardenal don Juan de Cervantes. Las donaciones prosiguieron durante el siglo XVI, pero, sin lugar a dudas, la de mayor entidad fue el legado dejado por don Hernando Colón, según testamento otorgado el 3 de julio de 1539. Éste se produjo después de un largo pleito que sostuvo con el convento de San Pablo, al fueron entregados por doña María de Toledo, madre de su sobrino don Luis Colón, receptor en primera instancia de los libros, según lo establecido en sus últimas voluntades. No fue hasta el 26 de marzo de 1552 que se leyó en Cabildo la sentencia

favorable dictaminada por la Chancillería de Granada¹; se ha escrito mucho sobre el número de libros que integraban el legado, según la mayoría de los autores, en torno a los 15.000, número con el que la directora de este trabajo no está de acuerdo².

La primera noticia que se tiene sobre la custodia del fondo bibliográfico capitular data del siglo XV, estando a cargo de Juan Guillén desde 1462 hasta marzo de 1467, en que murió, percibiendo un salario de 300 maravedís anuales. Al fallecer, ocupó su puesto Bartolomé Martínez, sacristán de la Capilla de san Clemente, al menos durante los meses de julio a diciembre de ese año, recibiendo 250 maravedís³. Durante algunos años los fondos capitulares y el legado colombino estuvieron en estancias diferentes, hasta que a partir de 1557 la Biblioteca Capítular se fusionó con la “Librería Fernandina”, si bien no desde el punto de vista físico, sí al menos administrativo: según nota del libro de mayordomía de Fábrica de ese año, en el que se hace un libramiento a favor de Rodrigo de Navarrete por nueve meses de su salario como guardián «de la librería general, principal o común». La nota en cuestión dice: «de aquí en adelante, cessa este salario porque ha de entrar en el salario que se diere a los guardas de la librería de Colón, que se ha de juntar con la librería de la Yglesia»⁴. Durante los dos años anteriores, la Librería Fernandina estuvo bajo la custodia del maestro Falcón y de Francisco Becerra, percibiendo en 1555 la suma de 8.332 maravedís. Al año siguiente, el primero recibió 10.000 y el segundo 6.000, por el cargo que tienen «de reparo y beneficio y concierto de la dicha librería»⁵. A partir del mes de junio de 1557 se hicieron cargo de ella el licenciado Bernardo Luis y el bachiller Romero con un salario anual de 8.000 maravedís cada uno, a los que se sumarían los 3.000 que recibían por la custodia de la Capítular que, desde el mes de octubre, pasó a ser de su competencia⁶. La toma de posesión dio lugar a la redacción de un nuevo inventario que, como tantos otros, no ha llegado hasta la actualidad.

El lugar elegido para situar la Librería fue la Sacristía nueva, cuyos aposentos altos comenzaron a acondicionarse en septiembre de 1551. Al no ser suficiente espacio para albergar tan elevado número de volúmenes, el 3 de agosto de 1552, se comi-

¹ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 30 y ss. y 1993.

²En torno esta cuestión existe una abundante bibliografía, por lo que solo se citarán los trabajos más recientes debidos a ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1993.

³ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1987, p. 8.

⁴ACS, 09410, f. 33v y ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1993, p. 279.

⁵ACS, 09408, 13v y 09409, f. 12r.

⁶ACS, 09410, f. 26r y ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1993, p. 279.

sionó al Licenciado del Corro y al mayordomo de la Fábrica Luis de Peñalosa «para que hagan solar y aderezar la pieza que está sobre la Casa de Cuentas, para que allí se pongan los libros de Colón». Confirma el hecho el que el 7 de marzo de 1584 se acordara que todos los libros que estaban en la Sacristía nueva se pasaran a la librería, comisionando para ello a Diego Osorio, que los pondría en el orden que le pareciere⁷.

La llegada de los libros colombinos al recinto catedralicio supuso para el Cabildo, en estos primeros años, importantes libramientos de numerario destinados a adobar y reparar sus encuadernaciones. Prueba de ello son los pagos que se hicieron entre 1555 y 1558 a los libreros Pedro Trujillo, Juan Gutiérrez y Gil de Albornoz, ascendiendo a 72.000 maravedís. Desde el punto de vista orgánico, la Librería Fernandina se vinculó de forma indisoluble a la Biblioteca Capitular en octubre de 1557⁸. Hasta aquí los avatares de la Biblioteca Capitular y Colombina durante sus primeros siglos de existencia.

Ya en el siglo XVII, la primera noticia que se ha encontrado data del 28 de noviembre de 1608; se trata de un mandamiento para que se busquen el «breve y censura que hay»⁹ para que nadie pudiese sacar libros de la “Librería”. Lo que, una vez más, refleja el celo que el Cabildo Catedralicio seguía poniendo en la guarda y conservación de su tesoro bibliográfico, mediante dos bulas papales expedidas con seis años de diferencia a petición propia.

La primera fue otorgada por Nicolás V en Roma el 9 de junio de 1454 y ordenaba que todos los que tuviesen libros de su Biblioteca los restituyesen en el plazo de treinta días, bajo pena de excomunión completa excepto en caso de *articulo mortis*. Prohibía sacarlos incluso si el Cabildo daba su aprobación, aunque permitía que se pudiesen vender los que estuviesen duplicados, así como los de menos utilidad, para comprar otros más convenientes para la comunidad catedralicia.

Sin embargo, el propio Cabildo se vio en la necesidad de pedir una moderación en estas disposiciones, ya que, como el mismo expondrá a Pío II, había libros, como los de cantoría y otros necesarios para el Coro, que era menester sacarlos de la Biblioteca e, incluso, de la iglesia, con ánimo, no de venderlos o enajenarlos, sino para corregirlos,

⁷ ACS, 7069, f. 174r-v y ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1993, p. 278.

⁸ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 49-53, 75-78 y 215-243.

⁹ ACS, 7092, f. 73v.

enmendarlos, encuadernarlos y leer el Oficio Divino. En estos casos no creía que los que los extrajeran pudieran incurrir en tal sentencia:

«Cum autem sicut exhibita nobis nuper pro parte uestra petitio continebat nonnunquam contingat libros predictos ccantorieui delicetac alios ad usum chori deputatos non alienandi aut surripiendi animo sed correctionis autem endationis, refectionis seuligandi, legendi aut officium preuiendi causa ab ecclessia et biblioteca uel librería predictis extrahi, in quibus casivus extrahentes/ uelaccipientes libros predictos non creditur sententiam huius modidebere incrrere quiatam en prohibitio generaliter eisdem casibus ne quaquam excepto semanauit et bonarum metium sit culpa magnos cereubine quituer similiter reperiri, pro parte uestra nobis fuit humiliter ssuplicatum»¹⁰.

Consecuencia de ello, el 7 de agosto de 1460, Pío II moderó la bula de su predecesor permitiendo la salida de libros de la Biblioteca con acuerdo y consentimiento del Cabildo catedralicio.

Este celo del Cabildo por el mantenimiento y conservación de su patrimonio bibliográfico, hizo que se comisionase, —como señalara M^a Carmen Álvarez, y ya se ha apuntado— el día 7 de marzo de 1584, a Diego de Osorio encargándole que los libros que se encontraran en la Sacristía fueran llevados a la Biblioteca, siguiendo su parecer para ordenarlos, y recibiendo las llaves de la misma el 30 de julio de ese año. De esta forma, y como ya se ha indicado, quedaron fusionados los remanentes del legado colombino y la Biblioteca Capitular. La preocupación de los capitulares no era injustificada, como se deduce del mandamiento que recibió el prebendado Fernando Gallinato Zúñiga, el primero de abril de 1609, para averiguar el hurto que había tenido lugar en la Biblioteca, concretamente en los cajones y arcas ubicados en la Librería, propiedad de los prebendados del Cabildo. Para ello, se le ordenó requerir las llaves de la Iglesia y esclarecer la actuación de los porteros, para saber si realmente cumplieron con su deber, realizando las rondas de vigilancia que tenían encomendadas. Probablemente, para mejorar el control sobre el acceso a la Biblioteca y los fondos y demás objetos allí custodiados, se llegó al acuerdo, el 17 de diciembre de 1610, de depositar las llaves de la Biblioteca en manos del maestrescuela, por aquel entonces el canónigo Juan de Fonseca y Figueroa, cometiendo, al mismo tiempo, la hechura de otra llave a Juan de Villavicencio, quien debía depositarla en la Contaduría. El mismo día se acordó poner en la puerta

¹⁰ACS, Secc. Fondo Historico General, Caja 145, doc. núm. 20/2; GESTOSO 1890, 2º, 111-113; JIMÉNEZ-CASTELLANOS 1982, p. 200; ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1987, pp. 10-11.

de la Biblioteca las censuras ya aludidas, por las que se impedía sacar libros de ella, ordenándose que, en caso de no hallarlas, se «pongan de nuevo».

El sábado 14 de marzo de 1609, se comisionó a Manuel Sarmiento de Mendoza y al doctor Juan Checa para que visitasen la Biblioteca y refirieran si hallasen algún papel tocante a «Cristóbal Colón». A buen seguro, un error de redacción del Secretario del Cabildo, Juan Checa, dado que las noticias buscadas referían, más probablemente, a su hijo. No había transcurrido ni un mes hasta que el Cabildo, de nuevo, abordara este asunto, encargando a la Diputación de Negocios, el 11 de mayo, que tomara, efectivamente, el testamento de don Hernando Colón e hiciera relación del mismo¹¹. Una vez más se hizo referencia al testamento fernandino, cuando fueron escuchados Manuel Sarmiento de Mendoza y Juan Fonseca sobre éste y lo que contenía «a favor de la Biblioteca de esta Santa Iglesia»¹², en el cual dejaba prescritas una serie de mandas acerca de la conservación y aumento de los fondos bibliográficos legados. Mandas que el Cabildo, como heredero, quería y debía observar:

«Primeramente, que por razón que yo dexo el ramaniente de mis bienes anexado a la sustentación y avmento de los dichos libros, mando quel que tuviere cargo de los gastos e gobierno de mi casa al tiempo de mi fallesçimiento, dentro de vn mes que yo fuere falllesçido, haga estimar todo lo que vale, juntamente con mis albaçeas, a tres personas idóneas juramentadas, la casa por lo que vale con su huerta y el mueble por consiguien-te, y de todo lo que valiere, sacada (*sic*) las mandas de mi testamento, ynquiran e vean cuánto juro se puede conpar e aquella cantidad o la conarán el dicho señor almirante, si quisiere quedar por señor de los dichos bienes, casa y huerta y la aplicará a la sustentación de la dicha librería, o obligará sus bienes por ella, por tal manera que la dicha cantidad esté segura e bien parada a contento de los dichos mis albaçeas e de los dos primeros subçesores, que, a falta vno de otro, an de subçeder como abaxo se contiene».

«Yten que en sustentación e avmento de los dichos libros gastará en cada vn año toda la dicha renta, e que si pasare vn año en pos de otro syn la gastar, que incurra en comiso e pierda el abçión del dicho depósito e de la renta a él anexada, e subçeda el primero nombrado al tal depósyt e administración, salvo sy dentro dellos depositase la tal contía que sobrase como baxo será espresado que se deposite».

¹¹ ACS, 7093, ff. 12r, 17v, 41v y 104r.

¹² ACS, 7094, f. 26v.

«Yten quel primero gasto que hará en cada vn año será comprar los libros que aquí en Seuilla o en Salamanca se hallaren a vender de molde que aya en la librería o que no los aya «tan» cunplidos, e los que de mano se pudieren aver se conprarán por presçios moderados, segund bien visto dere al que los compra, con tanto que vn año con otro no se pueda gastar más en comprar libros de la mitad de la renta, porque la otra mitad se gastará en encuadernaciones «e bancos» e cadenas e otros adereços de la librería. Pero por si por casa la dicha renta llegare a treinta mil maravedís en cada vn año, que no se gasten sino diez mil maravedís en libros y los diez mil en encuadernaciones e los otros diez mil se den al mejor latino que se opusiere a la prevenda, con que sea obligado a proseguir las tablas de avtores e çiençias y epítomes e materias conforma al arte que dello dexo instituida, e que en esto enplee cada día dos oras»¹³.

Para ello, en el mismo acuerdo se les encomendó realizar todas las diligencias judiciales y extrajudiciales que creyeran oportunas, asistidos por los letrados y demás criados del Cabildo. Consecuente con estas disposiciones es el mandamiento dirigido a los archiveros para que hagan entrega de todos los papeles conservados en el Archivo tocantes a don Hernando Colón, con su correspondiente recibo¹⁴, también en muestra del control que se pretende sobre el patrimonio escrito de la catedral. Ese mismo año, el 14 de noviembre, se registró un pago de 3.400 maravedís al mismo Juan de Fonseca, en cumplimiento de los 10.200 que se prometieron al escribano público Diego Hernández «por la busca y saca del testamento de don Hernando Colón», encargo solicitado por el Cabildo¹⁵. De esto se desprende que el testamento fernandino no se hallaba, hasta entonces, en poder de los capitulares, seguramente por haberse extraviado en el maremágnum de su Archivo, siendo preciso encargar a un notario su búsqueda y traslado para que sirviese a la Catedral, como heredera, en el tratamiento de la biblioteca Colombina.

Junto a las alusiones a la herencia colombina y a sus disposiciones testamentarias, el año 1611 deja un testimonio más de la presencia de la Biblioteca entre los asuntos abordados por el Cabildo; en esta ocasión en lo referente a sus “condiciones materiales”. Así, se ordenó al Mayordomo de Fábrica que mandara trastejar la Biblioteca, es decir, arreglar los desperfectos del tejado, posiblemente para evitar filtraciones de agua, como sucedería en los años setenta del siglo XVII. Además, se cometió al Deán, junto con Luis Melgarejo y Manuel Sarmiento, para que vean «lo que hay que remediar en los

¹³RUIZ ASENCIO 1995, pp.109-110.

¹⁴ACS, 7094, f. 27v.

¹⁵ACS, 06315, ff. 243r y 252r

estantes de los libros» y refirieran su parecer sobre el asunto, lo que reafirma que, a pesar de la irregularidad con que se trata la problemática de la Biblioteca, ésta no estaba exenta de atención por su parte, algo que se refuerza por el hecho de implicar al propio Deán en el asunto¹⁶. Es muy probable que se encuentre vinculado a estas disposiciones capitulares el libramiento de 6.800 maravedís realizados a favor de los canónigos Juan de Fonseca, maestrescuela, y Manuel Sarmiento, «que se le dan para los gastos de quenta de la librería que dejó don Hernando Colón, de que son diputados».

Transcurridos casi dos años, el 8 de febrero de 1613, se encomendó de nuevo Manuel Sarmiento de Mendoza acondicionar la Librería, de forma que los libros estuviesen de la mejor manera. La documentación calla en lo referente a la obra que se encargó al mayordomo de Fábrica sobre el tejado, así como sobre lo realizado en cuanto a la mejora o sustitución de los estantes en los que se instalaban los libros, aunque sí se trasluce un constante, aunque intermitente, afán de mejorar las condiciones de instalación y conservación de los fondos bibliográficos. Del viernes 13 de junio es la comisión dada al Arcediano de Reina y a los contadores de Fábrica para que «vean la indecencia que tienen las alacenas de los prebendados en las capillas de la Catedral (*sic*) y librería, y si la hubiere, qué lugares serían más a propósito para acomodar a sus mercedes, y hagan relación».

No será hasta el año 1614 cuando el Cabildo vuelva a preocuparse del acondicionamiento y conservación de la Biblioteca; esta vez, ordenando, el 21 de julio, que el maestrescuela Juan de Fonseca, a quien se había confiado una de las llaves de la Biblioteca, entregase los libros que había tomado de la misma al doctor Antonio Laínez, quien, desde ese momento, sería depositario de otra llave, así como el encargado de su «aseo, curiosidad y limpieza», siendo asistido para ello por el mayordomo de Fábrica con cuantos peones fueran necesarios¹⁷. La problemática sobre quién debía poseer llaves de la Biblioteca y hacerse cargo de ella será una constante durante gran parte del siglo XVII, ya que ni el propio Cabildo parece tener una idea clara sobre el particular, como se deduce de los acuerdos tomados con referencia al asunto. Así se desprende del llamamiento realizado, el 12 de abril de 1617, para determinar «el orden que se tendrá en la librería, gobierno y guarda de ella, y las llaves que convendría que haya en ella y en poder de qué personas quedarán». Como en otras ocasiones, el Cabildo recurre al testa-

¹⁶ ACS, 7091, f. 4r.

¹⁷ ACS, 7095, ff. 12r, 95r y 135r.

mento de don Hernando como fuente para conocer cómo debía disponerse el cuidado de la Biblioteca: el 19 de diciembre de 1618, en un llamamiento para «determinar en todos los particulares de la Librería, su limpieza, compostura, guarda y renta, según el testamento de Colón tiene para su conservación, y se mandó traer lo escrito sobre ello»¹⁸.

Desde el auto capitular del 28 de abril de 1567 que recoge el cese de los custodios de la Biblioteca Capitular y Colombina —los licenciados Bernardo Luis y Romero—, y la entrega de las llaves al Deán, como consecuencia de los frecuentes robos que se producían en ella¹⁹, los encargados de la Biblioteca serán comisarios designados por el Cabildo, cuya vinculación a la misma variará según el caso. En este sentido ha de entenderse un llamamiento acordado el 12 de febrero de 1627, para determinar «lo que convenga a la mayor guarda y limpieza de la Librería, y que se traiga cláusula del testamento de Cristóbal Colón sobre ello». Se debe de suponer que se trata de un yerro del secretario, a la sazón Baltasar de Salablanca, y que en realidad se quiere referir al testamento de don Hernando Colón. Pocos días después, el 18 de febrero, se cometi6 al doctor de la Serna, junto a los oficiales de la Fábrica, para que vieran los papeles podridos que hubiera en la Biblioteca, dejando a su entendimiento la decisión de sacarlos de ella²⁰.

El asunto de las llaves de la Biblioteca y su cuidado fue durante algún tiempo una preocupación recurrente, ya que el viernes 20 de julio de 1629, se insiste en la existencia dos llaves, que estén en manos del Mayordomo de Fábrica y del Contador de Fábrica, respectivamente. Además, se encarga a Alonso de la Serna «trate de componer lo que allí falta para que esté todo con el orden de guarda y aseo que es razón, de manera que para este efecto traten los tres juntamente y los dichos mayordomo y contador de Fábrica tengan particularísimo cuidado de que cada semana se limpie la librería», así como un llamamiento para determinar qué se haría con el lado derecho de la Biblioteca, que «falta»²¹. Es muy explícito en lo referente a su aseo: debe ser limpiada cada semana, encargo que recae en los oficiales de la Fábrica, quienes poseen las dos llaves existentes. En cuanto la referencia al lado derecho de la Biblioteca, no se sabe si tiene algo

¹⁸ ACS, 7097, ff. 24v y 142r.

¹⁹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 62 y GUILLÉN 2006, p. 188.

²⁰ ACS, 7101, ff. 109v y 110r.

²¹ ACS, 7102, f. 338v.

que ver con las obras realizadas sobre su tejado en 1611, aunque Juan Guillén señala unos daños aludidos en 1610, a los que puede corresponder esta disposición²².

Durante cerca de diez años los autos capitulares guardan silencio en lo referente a situación de la Librería, hasta que el martes 12 de marzo de 1641 se recoge un mandamiento en el que se dispone que «cuide» de la Biblioteca el doctor Dionisio de Prado en lugar del racionero Laredo. El 21 de julio del año siguiente, el Cabildo mandó que se hiciera lo que el canónigo Barrientos estimase necesario para el aseo de la Biblioteca, pues ya le estaba cometida esa función, así como las diligencias necesarias para el expurgo de la Biblioteca, como se verá llegado el momento. Al parecer, la Biblioteca debía de encontrarse, una vez más, en malas condiciones, y el Cabildo decidió acometer obras en ella para evitar su deterioro y el de los fondos en ella custodiados, como se desprende sendos acuerdos, uno dado pocos días después, el 28 de julio, en el cual, tras haber oído el parecer del doctor Juan de Guzmán, maestro mayor de la Fábrica, sobre la cantidad que el Cabildo iba a invertir en la obra, mandó que se realizara la «obra precisa, no más menester fuere para su reparo», y se le llamó para que la viera²³; en el otro, de 5 de septiembre, se mandó al Deán viera la obra con el objeto de que no excediese lo ordenado por el Cabildo. Hay que entender estos desvelos de los capitulares por el control del gasto en una situación económica en deterioro, por lo que no se les debe achacar dejadez, sino que más bien parece delatar su interés por cuidar de su tesoro bibliográfico, en una época de importantes obras arquitectónicas en el conjunto de la Catedral²⁴.

Lamentablemente, nada más se dice al respecto de esta obra y la documentación calla en lo referente al estado material de la Biblioteca durante más de tres décadas, hasta que Luis Frederigui, arcediano de Carmona y canónigo coadjutor, da cuenta al Cabildo del mal estado de la Biblioteca y la necesidad de repararla. Con este fin, el lunes 17 de noviembre de 1673, se ordenó que se hiciesen los reparos necesarios, confiándoselos al mismo Luis Frederigui y a la Fábrica²⁵. Es cierto que han pasado más de treinta años desde que se acometiera la última obra de reparo de la Biblioteca, pero no deja de sorprender el hecho de que durante gran parte de la centuria decimoséptima ésta se encuentre en un proceso de continuo deterioro y aderezo, sin que se realizara una acción de envergadura que consolidara y diera definitivo asiento al numeroso y valiosísimo acervo

²² GUILLÉN 2006, p. 209.

²³ ACS, 7105, ff. 26v, 154v y 157v.

²⁴ Sobre las obras de este periodo véase MORALES 1984, pp. 207 y ss.

²⁵ ACS, 7120, f. 92v.

librario. Tal vez consciente de ello y, pese a las tribulaciones económicas que asfixiaban las arcas catedralicias, se produce un llamamiento el 24 de mayo de 1675 —dos años han pasado desde las advertencias de Frederigui sobre el mal estado de la Biblioteca— en el que, tras deliberar sobre el particular, los capitulares cometieron al susodicho, que era depositario de “la llave” de la Biblioteca, junto los encargados de la Fábrica, para buscar los maestros alarifes que de debían evaluar los trabajos necesarios «reconociendo con todo cuidado y, asimismo, qué valdrán los materiales». Es obvio que el Cabildo debía compaginar el acometimiento de estas obras, imprescindibles para la conservación de su fortuna bibliográfica, con el necesario ahorro de costes impuesto por la situación financiera de la Seo Sevillana.

Pocos días después, el 5 de junio de 1675, el Cabildo, oído lo que los comisionados proponían para la reforma de la Biblioteca, ordenaba el traslado de los libros al espacio situado sobre la capilla de la Granada, mandando, asimismo, que los maestros alarifes volviesen al recinto y reevaluasen el arreglo necesario. El traslado de los libros no era una cuestión nimia, teniendo en cuenta el volumen y el valor de los mismos, por lo que la preocupación por este asunto volvió a tratarse en capítulo, ordenando de nuevo, 27 de febrero de 1676, a Luis Frederigui, comisario en estos asuntos, con asistencia de los de Fábrica, volver a reconocer el lugar señalado para depositarlos: la Capilla de la Granada. Parece que el Cabildo sentía verdadera preocupación por la suerte que correrían sus libros entretanto se acometía la reforma de la Biblioteca. De hecho, pese a que se mandó, por acuerdo del 29 de mayo del mismo año, que la obra se comenzara en otoño y que los archiveros entregaran el testamento de don Hernando Colón así como todos los papeles tocantes a la Biblioteca que hubiera en el Archivo, se encuentra en los libros de actas un asiento con fecha 3 de febrero del año 1677 en el que el propio Luis Frederigui, por entonces con el cargo bianual de secretario del Cabildo, refiere lo siguiente:

«Yo, el infraescripto secretario, que tengo la llave de la Librería, hice relación de lo maltratados que están los libros y los que han quedado a riesgo de perderse por las goteiras que tiene aquella pieza y lo arriesgado de su fábrica que han reconocido los señores de Fábrica diferentes veces con maestros y que, aunque su señoría ha mandado se muden los libros, yo no le puse en ejecución hasta que se empiece la obra; que los señores de Fábrica informaron acerca de la que era necesaria y que para ello era preciso reconocer las maderas y vigas de esta pieza. Habiéndolo oído todo se mandó que los libros se pasen a la parte más decente y segura que se pudiere y que estén en guarda y

custodia, cuya llave tenga yo, el secretario, y que los señores de Fábrica hagan juntar mal...y reconocer otra vez la obra que es necesaria, y las calidades de las maderas para que dando cuenta al Cabildo, se ponga luego en ejecución»²⁶.

Es decir, el canónigo encargado de los asuntos de la Biblioteca debió de exponer de nuevo la mala situación en la que sus libros se encontraban, haciendo referencia a uno de los problemas que azotaban al recinto: la existencia de trasmines de agua. Hay que suponer que la obra para retejar la Biblioteca a principio de siglo, así como la acometida en la década de los cuarenta, no subsanaron los problemas en este sentido y el deterioro de la misma y de sus fondos continuó, debiendo ser evidente a esas alturas. Al parecer, la estructura y las vigas de madera se encontraban muy afectadas y reconocía que, tanto los oficiales de Fábrica como los alarifes, que habían acudido en varias ocasiones, refirieron la envergadura de los trabajos que era necesario acometer para solucionar los problemas. También deja claro que los mandamientos de julio de 1675 y febrero de 1676 en referencia al traslado de los libros no se habían cumplido²⁷, y, en lugar de ser llevados a la Capilla de la Granada, se mantuvieron en la Biblioteca. De hecho, reconoce que es según su propio criterio por lo que decide no moverlos a la «parte más decente y segura» hasta que las obras hayan, por fin, comenzado. Una vez trasladados, los libros seguirían bajo su custodia, siendo él el depositario de la llave de su nuevo emplazamiento. Por último, se volvió a encargar a los oficiales de Fábrica que acudieran y evaluaran la obra necesaria así como los materiales idóneos para la misma.

Estas gestiones debieron de llevar algún tiempo, dada la complejidad y la envergadura de los trabajos requeridos. Así, el 2 de junio de 1677, se tomó un acuerdo que merece ser transcrito:

«Mandó que, en ejecución de lo acordado cerca de la obra de la Librería, los oficiales de Fábrica llamen a los maestros alarifes que la reconozcan y sean los que les pareciere, y la forma en que se hará este reparo, de forma que sea permanente, y el costo, y traigan el parecer de los dichos maestros por escrito al Cabildo para determinar»²⁸.

De nuevo se llama a los maestros alarifes elegidos por los oficiales de Fábrica, para que vean las instalaciones y proyecten la obra, refiriendo el costo de la misma.

²⁶ACS, 7121, ff. 36v, 39r, 16r, 40r y 15r.

²⁷GUILLÉN 2006, p. 237, afirma que sí se había producido el traslado, a pesar de que el propio Luis Frederigui reconoce lo contrario cuando ha transcurrido casi un año y parece poco probable que se hayan producido dos mudanzas de libros.

²⁸ACS, 7122, f. 53r.

También se manda traer por escrito todo lo propuesto, algo que, junto a estas dilaciones y la preocupación por el importe, puede suponer, más que un intento de controlar y limitar los gastos de una Fábrica con una situación financiera cada vez más precaria, el interés del Cabildo por los asuntos concernientes a su Biblioteca y el deseo de dar carpetazo a los problemas surgidos en ella. Además, como se verá, esta obra sería financiada con la herencia que legó a la Fábrica, con ciertos cargos, el canónigo Alonso de Valencia, que fue aceptada con beneficio de inventario el 10 de julio de 1676, por acuerdo del Cabildo²⁹.

Tan solo dos días tardaron los dos maestros alarifes en presentar sendos informes sobre las obras necesarias, algo que no sorprende si se tienen en cuenta las dilaciones que se venían produciendo y que éstos ya habían reconocido varias veces el lugar, por lo que es probable que ya estuvieran confeccionados. Coincidían ambos en que el problema estaba en el sistema de evacuación de aguas, que no había funcionado bien, provocando las filtraciones que habían destruido la estructura de madera. Así reza el acta de 4 julio de 1677:

«Este día los señores oficiales de Fábrica trajeron dos pareceres, el uno de Esteban García, maestro alarife de las obras de esta santa Iglesia; y el otro de Francisco Moreno, maestro alarife de las fábricas y hospitales; que habiéndolos leído, ambos concuerdan en que el reparo, que se ha de hacer en la Librería ha de ser quitar las atajeas, que son las que han arruinado aquella fábrica y destruido su enmaderado; lo cual se ha de hacer levantando la pared y echando las aguas parte a gradas y parte al corral de los naranjos, cubriendo de bóveda la pieza, según se contiene en ambos pareceres, los cuales refieren diferentes géneros de obras. Y el Cabildo, habiéndolos oído, mandó se ejecute aquella que fuere de más duración y hermosura en su fábrica, de forma que corresponda la obra a la grandeza que se tenía a aquella pieza, y lo celebrado y antiguo de sus libros. Y para comprar los materiales y ejecución de esta obra, y de una ventana que a proposición de los señores de Fábrica se mandó abrir en el estrado³⁰ de rentas, para su desahogo, libren los señores contadores mayores hasta en cantidad de setenta mil reales sobre la hacienda de su albacea, los cuales se vayan librando a los señores oficiales de Fábrica, a quienes cometieron una y otra obra, y que soliciten el empleo de los materiales con la mayor conveniencia que se pueda, y no se libre más sin dan cuenta al Cabildo. Y esta cantidad,

²⁹ ACS, 7121, f. 50v.

³⁰ HERNÁNDEZ BORREGUERO, 2010, pp. 52-55: no aclara su emplazamiento dentro del recinto catedralicio, pero sí su función. Se trataba de la contaduría encargada de administrar el ingente patrimonio inmobiliario del Cabildo Catedral, incluyendo la visita de las propiedades, su arrendamiento, y el cobro de las rentas que producían.

si hechas las imposiciones que se han de hacer y las dotaciones del dicho canónigo Valencia no fuere tanto el residuo, que hubiere de haber la Fábrica su heredera, volverá lo que faltare a parte de los empleos, y mandaron se forme cuenta de estos gastos»³¹.

Para solucionar estos problemas se hacía necesario construir una nueva canalización que vertiese el agua a la calle, de un lado, y al Patio de los Naranjos de otro, así como volver a construir la bóveda. En esto coincidieron ambos maestros, si bien proponiendo, al parecer, diferentes formas de hacerlo. De nuevo, se dan muestras de la estima que sentía el Cabildo Catedralicio por su Biblioteca y los fondos en ella custodiados, como se desprende de su mandamiento para elegir aquella obra que más encajara con la envergadura y fama de la misma, ello a pesar, como se ha dicho, del ruinoso estado hacendístico de la Fábrica. Por tanto, se indica a los contadores mayores librar 70.000 reales³² sobre la hacienda del canónigo Alonso de Valencia, cuyo legado a la Fábrica de la Catedral serviría para costear las obras, insistiendo en la necesidad de aprobar en cabildo o, al menos, informar a los capitulares sobre cualquier sobreprecio, además de plantificar las cuentas en un cuaderno en el que se detallen todas ellas. A sugerencia de los oficiales de Fábrica se ordena realizar, también, una ventana en el estrado de rentas, donde, según Juan Guillén, se encontraba la Contaduría³³.

Siguiendo esta pretensión de dotar de la grandeza merecida a tan eximia Biblioteca y cumpliendo con los deseos del Cabildo de ser informado de cualquier modificación, así como de moderar el gasto, los oficiales de Fábrica presentaron la propuesta de cambiar la entrada, realizando una escalera monumental. Ello, sin requerir más fondos, aprobándose en cabildo del 12 de enero de 1678, con la admiración de los capitulares por la diligencia mostrada por los encargados de la obra:

«Los oficiales de Fábrica dieron cuenta cómo, procurando que la Librería tenga aquel adorno y grandeza que se requiere, ha parecido mudar la puerta de donde hoy la tiene dándole entrada por la sacristía del sagrario viejo y poniendo allí la escalera, que sin licencia del Cabildo no lo habían puesto en ejecución, que para esta obra por ahora no era necesario más dinero del que estaba librado y el Cabildo alabó mucho el celo y cuidado

³¹ ACS, 7122, f. 55r.

³² Es decir, 2.380.000 maravedís.

³³ GUILLÉN 2006, p. 288.

de estos oficiales y mandó que se mude la escalera y puerta de la Librería, procurando quede con aquella hermosura y lucimiento que requiere Biblioteca tan célebre³⁴».

Destaca también, como ya apuntó Juan Guillén, el hecho de ser la primera vez que aparece el término «Biblioteca»³⁵, si bien parece aún aislado, y no se utilizará con profusión, siendo de uso común «Librería».

Pocos meses después, se produjo una rendición de cuentas de lo realizado hasta el momento, que fue recogida en los libros de actas el viernes 13 de mayo de 1678. El auto habla por sí mismo:

«Este día, el racionero Diego de la Cueva, mayordomo de Fábrica, hizo relación de lo gastado en la obra y reparo de la Librería, para el cual, habiendo precedido diferentes tasaciones de alarifes, eligió el Cabildo la más baja, que era de 70.000 reales, en la cual no se consideró la obra del estrado de rentas, que se hizo con este dinero, y la mucha que se añadió en la Librería, mudando la entrada de ella y haciendo escalera nueva muy hermosa y de primorosa obra, y en aquel sitio, que era sacristía del sagrario viejo, labrando viviendas muy acomodadas a los sacristanes, comprando un bufete grande de caoba y labrando escaños en la misma conformidad para la Librería y haciendo otros gastos inexcusables, en los cuales había excedido el gasto hasta en cantidad de 9.000 reales más, y que presentaba el libro de la cuenta de los gastos hechos así en materiales como en peones, que su Señoría le mandase ver y le librase el alcance, bajando de él lo que se ha sacado del cepo de la Fábrica y el valor de algunas alhajas que se han vendido de la sacristía que no servían. Pero que ponía en consideración que para la mayor decencia de aquel sitio convenía pasar la reja de hierro que está en la puerta del sagrario viejo más adelante, de forma que cogiera dentro de la Librería, con lo que se quitaban unos rincones donde se hacían muchas indecencias. Y el Cabildo dio muchas gracias al dicho Diego de la Cueva de el celo y cuidado con que ha asistido a esta obra, pues mediante él ha salido tan lucida y con tanto ahorro y las cuentas se cometieron a los contadores mayores para que las vean, y el alcance líquido que resulta a favor del Mayordomo, se le libre sobre la hacienda del canónigo Alonso de Valencia, que fue donde se libraron los 70.000 reales, y se cometió a los oficiales de Fábrica el que muden la reja en la forma que han propuesto, poniendo puerta en la del sagrario viejo y que reparen los estantes de la Librería, dándole algún betún de forma que estén decentes»³⁶.

³⁴ ACS, 7122, f. 6r.

³⁵ GUILLÉN 2006, p. 238.

³⁶ ACS, 7122, f. 48r.

A pesar de los esfuerzos por controlar el gasto, una acción lleva a la otra y la necesidad de que lo realizado se corresponda con la grandeza de lo pretendido, llevó a un sobrecoste de 9.000 reales. No parece mucho, si se tiene en cuenta la envergadura de los trabajos realizados, y así pareció entenderlo el Cabildo, ya que da muestras de agradecimiento hacia el Mayordomo de Fábrica encargado de la obra, Diego de la Cueva. De hecho, se atendió a su petición de mover la reja de hierro, que estaba en la puerta del Sagrario, hacia un lugar más idóneo, y se mandó reparar los estantes de la Biblioteca como complemento a los escaños de caoba que se habían elaborado para dar asiento a los usuarios. Se reafirma la vía de financiación: la herencia del canónigo Alonso de Valencia, eso sí, complementada con algunos fondos tomados del cepo de la Fábrica³⁷ y de lo obtenido con la venta de alhajas inservibles. El 20 de mayo del mismo año de 1678, se ordenó librar 34.000 maravedís a Juan Sancho Ferrer, notario de la Fábrica, por mudar la puerta de hierro del Sagrario Viejo, como se había indicado por el Cabildo por su auto del 13 del mismo mes, para dejar espacio a la nueva estancia de la Librería³⁸.

Pocos días después, el 27 de mayo, se mandó librar 2.000 reales de vellón «sobre la hacienda del canónigo Alonso de Valencia, de quien la Fábrica es heredera, en la conformidad que se ha librado lo demás gastado en esta obra». Sin embargo, no aparecen reflejados en los libros de actas más libramientos a cuenta de esta obra, a excepción de otros 200 ducados para acabarla, tomados también de la herencia de Valencia.

La siguiente noticia encontrada hace ya referencia a la finalización de la reforma, de la que dieron cuenta los oficiales de la Fábrica el 13 de julio de 1678³⁹. En el mismo acuerdo se mandó a Luis Frederigui, por entonces secretario del Cabildo y depositario de la llave de la Biblioteca, organizar el traslado de los libros de nuevo a la Biblioteca, haciéndolos reparar de los daños sufridos y organizándolos por materias, en un intento de reordenar los fondos tras años de descuido en este aspecto. Por último, se cometió al archivero Andrés de León para que buscara en el Archivo información sobre la renta que dejó dispuesta don Hernando Colón en lo referente al reparo de la Biblioteca, así como si el bibliotecario tenía salario y cuál era. Aún en el último cuarto del siglo todavía no sabía el Cabildo lo que debía cobrar la persona encargada de custodiar y administrar la Biblioteca, lo que confirma la inopia en que se vivió durante mucho tiempo

³⁷ RAE: caja de madera u otra materia, con cerradura y una abertura por la que se introducen limosnas, que se fija en las iglesias y otros lugares.

³⁸ ACS, 06330, f. 274v.

³⁹ ACS, 7122, ff. 54r, 60r y 68v.

en este sentido. De todas formas, no se han encontrado más referencias a este asunto, por lo que si se restauró el cargo de bibliotecario durante el siglo XVII, no han quedado pruebas de ello.

Este nuevo encargo debió de realizarse una vez hecho el traslado de los libros, o durante el mismo, pues se abordó el asunto en Cabildo el viernes 9 de julio de 1679, cuando se mandó a los contadores mayores librar la cantidad que Luis Frederigui estimara debía cobrar «el librero que está componiendo los libros de la Librería», es decir, que, cumpliendo el encargo de los capitulares, el Arcediano de Carmona concertó con un librero restauración de aquellos libros cuyo estado estaba más deteriorado. Trabajos que llevaron casi un año más, ya que el Cabildo acordó el 24 de mayo de 1680, «habiéndose presentado un librero que se había ocupado muchos días en encuadernar y componer los libros de la Librería»⁴⁰, encomendar a Luis Frederigui y a los de Fábrica convenir el pago que se le debía. Aunque el mal estado de los libros de Mayordomía de Fábrica correspondientes a los años 1677-1682 ha imposibilitado su consulta, la identidad del librero encargado del reparo de los libros deja de ser una incógnita gracias a los Libros de Libramientos Ordinarios del Cabildo y la Fábrica. En efecto, durante el año 1678 se recogen una serie de pagos realizados a favor del Arcediano de Carmona, Luis Frederigui, para sufragar el aderezo de los libros de la Librería, en virtud del auto capitular de 9 de junio de este año. Por último, el 7 de junio de 1680, se efectuó un libramiento de 136.000 maravedís para pagar a Bartolomé de Vargas, maestro librero, de resto de los 187.000 por el que se ajustó el aderezo de los libros de la librería, dado que hasta la fecha había ya percibido 51.000 en los distintos libramientos aludidos. Este libramiento se efectuó en por el citado acuerdo del Cabildo de 24 de mayo de 1680⁴¹. Según el inventario del canónigo Juan de Loaysa, realizado en 1684, Juan de Vargas encuadernó más de dos mil libros⁴², aquellos que se encontraban en una situación más deplorable. No se aprecia discrepancia entre esta enorme cantidad de cuerpos de libros y el montante que se pagó al librero, también de gran magnitud. A través de Juan de Loaysa se sabe, también, que todo este trasiego y mudanza de libros, así como la reencuadernación y compilación de algunos de los “folletos” que componían sus fondos con objeto de conservarlos, acabaron por dejar obsoletos los índices existentes para la localización de la los libros, por lo que se impedía de hecho el acceso a los mismos. Fue por

⁴⁰ ACS, 7123, ff. 31v y 34r.

⁴¹ ACS, 06330, f. 431r.

⁴² BCC, Ms 57-1-19, f. 5r.

esto que el propio Juan de Loaysa decidió confeccionar el citado inventario, con el que trató de poner orden en la Biblioteca.

En 1680 continuaban las diligencias para el correcto acondicionamiento de los libros, para lo que debían confeccionarse los instrumentos que permitieran ubicar y recuperar los libros instalados. De este trabajo se encargó Juan Bernal, quien recibió 11.594 maravedís por «la hechura y pintado de treinta y una tarjetas» para los estantes de la Librería⁴³. Quizá, por entonces, Juan de Loaysa ya había comenzado con sus de ordenación de los fondos librarios, que culminaría, según él mismo, el 11 de abril de 1684⁴⁴.

En cuanto a la persona que se hallaba al cargo de la Librería, no se ha esclarecido una responsabilidad nítida, aunque, a la altura del 21 de enero de 1686, era el canónigo Ambrosio de la Cuesta el que tenía las llaves de la misma y a quien se entregaron los libros de las *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al culto nuevamente concedido al señor rey San Fernando III de Castilla y León* a los que no se les había dado salida⁴⁵.

Por otra parte, cabe señalar que los libros de la Biblioteca Capitular y Colombina podían ser tomados en préstamo fuera de su recinto, si bien, en estos casos, el celo del Cabildo solía ser máximo, incluso con los propios prebendados, otorgando un plazo breve y preocupándose de la devolución de los ejemplares. Quizá, el primero de los casos documentado se diera el 1º de febrero de 1617, cuando el Cabildo tuvo a bien entregar un libro de Juan de Segovia al Deán para que éste lo hiciera llegar al Arzobispo, que lo había pedido. Los capitulares, aunque accedían, pidieron al Deán «le advierta que se vuelva lo más presto que se pueda a su lugar». Como se verá, el libro no fue devuelto hasta el 24 de septiembre de 1618, no sin requerir la insistencia del Cabildo. El Deán pidió retenerlo para sí unos días, siendo aceptado por los canónigos.

Poco después del préstamo al Arzobispo se dio una orden capitular para que se permitiera sacar una serie de libros que debían ser estudiados por Manuel Sarmiento de Mendoza con el objeto de promocionar el culto a los Santos del Arzobispado de Sevilla. El mandato se realizó el 14 de febrero de 1617 y especifica con toda claridad qué libros están sujetos al préstamo: uno de vitela de marca mayor intitulado «*Liber terciq. conti-*

⁴³ ACS, 06330, f. 425v.

⁴⁴ BCC, Ms 57-1-19, f. 1r.

⁴⁵ ACS, 7126, f. 10r.

nens martirium passiones», cuatro *misales hispalenses*, cinco *breviarios* y la obra *Legenda Sanctorum*. De la misma forma, se establecía un periodo cerrado: «dentro de dos meses vuelvan al lugar de donde se sacaren»⁴⁶.

Las solicitudes, por lo que puede observarse, eran tramitadas en el propio Cabildo, mediante petición. Es el caso de Pedro Francisco de Lebanto, quien hizo lo propio para tomar prestado un «manuscrito *De Conceptione*» por quince días. Para determinar, el Cabildo mandó llamar, aunque no se han encontrado más referencias al asunto⁴⁷. Algo más de una década después, el 6 de julio de 1674, se ordenó dar Diego Ortiz de Zúñiga, que escribía un libro sobre las antigüedades de Sevilla, unas «noticias que pide», aunque, en esta ocasión, se hallaban en el Archivo catedralicio, no en la Biblioteca Capitular y Colombina⁴⁸.

1. 2. La labor de Juan de Loaysa en la Biblioteca Capitular y Colombina

Como se apuntó, las obras efectuadas en el recinto de la Librería Capitular provocaron un completo desorden de los libros, perdiéndose cualquier composición que previamente pudieran tener, dejando inservibles los abecedarios o catálogos usados hasta la fecha. Se encargó de confeccionar un nuevo inventario don Juan de Loaysa, personaje erudito del Cabildo, interesado en las antigüedades de Sevilla y de su Iglesia Catedral.

Fue un escritor prolijo, que, en sus *Memorias sepulcrales de esta Santa Iglesia Patriarcal de Sevilla en epitaphios, capillas, entierros y toda noticia de este género de antigüedades en dicha Santa Iglesia...*, aporta una autobiografía, de la que Juan Guillén tomó sus datos más relevantes o curiosos⁴⁹, siendo transcrita en su totalidad por Juan José Antequera Luengo⁵⁰. Juan de Loaysa nació el 27 de febrero de 1633 en la calle Génova, en la casa de sus abuelos. Era el mayor de los cinco hijos de Juan Rodríguez Loaysa y de Gabriela de Tejada, ambos fallecidos en 1675 y enterrados en la Capilla de San Pablo, donde acabaría acompañándoles el propio Juan de Loaysa. Sus abuelos maternos resultaron pertenecer a la familia de los Belleros, saga de mercaderes de libros

⁴⁶ ACS, 7097, ff. 9r, 11v, 125r, 126r y 129r.

⁴⁷ ACS, 7114, f. 33v.

⁴⁸ ACS, 7120, f. 171r.

⁴⁹ GUILLÉN 2006, pp. 245-248.

⁵⁰ ANTEQUERA 2008, pp. 19-28.

provenientes de Flandes, algunos de cuyos miembros tuvieron relación con la Catedral aún en el siglo XVII. Probablemente, su amor a los libros esté vinculado a esta filiación. Fue bautizado en la propia Seo, siendo apadrinado por Martín de Iraola, rico terrateniente vizcaíno afincado en La Resolana. Recibió educación de primeras letras, aprendiendo a leer y escribir en la escuela de Francisco Ayza, sita en la calle Sierpes, junto al antiguo Convento de Nuestra Señora de la Consolación, de las monjas Mínimas, fundado en 1593, trasladadas desde Triana por causa de las continuas inundaciones sufridas. Aprendió «a contar» con el maestro Martín de Aragón, siendo instruido, igualmente, en música, tanto cante como tañido de guitarra y arpa, y danza. Residía, ya por entonces, y hasta su muerte, en una casa situada frente a la Parroquia de San José, en la collación de Santa María la Blanca.

Posteriormente, pasó a cursar estudios en el Colegio de Santo Tomás, uno de cuyos profesores, Benito Pérez, según relata, murió mártir en Japón. Allí coincidió con Luis Conique, futuro canónigo de la Iglesia Mayor de Sevilla, con quien trabó amistad, y con el que sería Prior de la Cartuja, Diego de San José, entre «otros de que no me acuerdo».

Pasó luego a estudiar, de la mano de un clérigo portugués que tuvo por ayo, al Colegio de San Hermenegildo, en el que compartió aulas con insignes alumnos, como Ortiz de Zúñiga, Alonso Martínez de Herrera, que sería fiscal eclesiástico y administrador del Hospital de Santa Marta, y el Padre Aranda, del que se incluirían algunas obras en el inventario de la Biblioteca Capitular y Colombina confeccionado por Juan de Loaysa⁵¹. Graduado de Bachiller en Filosofía en el Colegio de Santa María de Jesús el año 1647, comenzó estudios de cánones y leyes en él durante los tres cursos académicos de 1648 a 1650, aunque, como el propio Juan de Loaysa reconoce, con poco aprovechamiento. Fue por ello que su padre decidió enviarlo a la Universidad de Salamanca en 1651, donde permaneció hasta mediados del año siguiente. De su etapa salmantina recuerda su composición de *Cohabitatione clericorum et mulierum*, dedicada al arcediano de Sevilla Alonso Ramírez de Arellano, que fue glosada e impresa por Carlos Ramírez de Arellano, maestro suyo en la Universidad, y pariente de aquél. Apenas graduado en Bachiller en Cánones, fue llamado por su padre para ocupar una coadjutoría en la Catedral, a pesar suyo, pues pretendía finalizar sus estudios. Fue admitido en ella en 1653,

⁵¹ Cajón 107.

cuando se concluyó con el proceso de prueba de pureza de sangre, en el que recibió dispensa para que se hiciera por entero en Sevilla, cuando, en puridad, debieron haberse realizado pesquisas en Flandes, tierra de su familia materna. Sin embargo, se hallaron dos ancianos flamencos que juraron conocer y haber tratado con su bisabuelo, con lo que entró como coadjutor del canónigo Vázquez Siruela hasta su muerte en 1664, en que recibió la ración. Previamente, había sido ordenado de todos los órdenes: en 1649 recibió el primer grado clerical, siendo luego subdiácono en 1653, y diácono y sacerdote en 1658.

Ocupó, como el mismo indica, diversos cargos orgánicos dentro de la Catedral de Sevilla: Mayordomo del Comunal, por tres años; de la Mesa Capitular dos; fue archivero siete años; trabajó en la Contaduría Mayor otros dos. Como recoge Juan Guillén⁵², Castro Palacios alabó su desempeño como Mayordomo de la Fábrica, cargo que ocupó seis años, siendo cuestionado por derrochador⁵³. No obstante, también dice que era honrado y que realizó importantes labores de mantenimiento del templo, ordenando limpiar las cubiertas, hacía tiempo olvidadas. Fue, también, visitador del Sagrario en los años 1675, 1676 y 1683, y Secretario del Cabildo en dos ocasiones. En 1663 fue nombrado Capellán Mayor de la Capilla de San Pablo.

Destaca, asimismo, su papel en las fiestas por la beatificación del rey Fernando III en 1671, encargándose de los trabajos en la «fábrica del Triunfo», junto al canónigo Justino de Neve, que lo nombró albacea a su muerte en 1685, y a quien admiró profundamente. Tuvo, igualmente, un papel importante en la Diputación creada para procurar la beatificación del Venerable Padre Contreras, siendo nombrado procurador para el particular por el Cabildo en 1689. En estas funciones procuró, como se verá, la impresión del libro sobre la vida del beato, que escribió el Padre Aranda. Se encargó, asimismo, como Secretario del Cabildo, de llamar al Maestro Alonso Xuárez en 1675, con quien profesó una mutua estima, al punto de que se encargó del epitafio inscrito en la tumba de aquel, situada en la Catedral de Cuenca.

Finalmente, falleció en Sevilla como consecuencia de la peste de 1709, epidemia que también costó la vida al maestro de Capilla Diego José de Salazar. De Juan Loaysa

⁵² GUILLÉN 2006, p. 247.

⁵³ Fue Mayordomo de Fábrica por un tiempo dilatado debido a que, según el acta capitular de 24 de enero de 1695, en el cónclave de oficios de 1694 se pasó por alto el nombramiento de dicho cargo, cuando aún lo era Juan de Loaysa. El Cabildo tuvo a bien renombrarlo en el puesto (ACS, 7131, f. 14v).

se conservan en la Biblioteca Capitular y Colombina varias obras, como indica Juan Guillén: un *Catálogo de los señores canónigos «in sacris»*; *Catálogo de Varones Ilustres de Sevilla*; *Memoria de las dotaciones que se cumplen en la Santa Iglesia*; *Memoria de las cosas notables que han sucedido en esta Santa Iglesia y ciudad de Sevilla*, y de otras cosas antiguas; sacadas por el señor canónigo don Juan de Juan de Loaysa del Libro del Capataz desde el folio 119 en adelante en el año de 1691. Añádense algunas notas por don Diego Alejandro de Gálvez, racionero de dicha Santa Iglesia; *Secas y lluvias de los años 1683 y 1684 en Sevilla*; *Libro titulado de Nuestra Señora del Pilar*; *Noticias acerca de la Santa Verónica*; *Noticias de San Laureano, arzobispo de Sevilla*; *Memoria de los arzobispos de Sevilla*; *Nómina por ABC*. Este catálogo e índice de las personas señaladas en nobleza, letras, virtud y puestos, es sacado de varios manuscritos especialmente del archivo y otras historias en que se hallan, sólo a fin de magnificar cuán de estimación, conveniencia e ilustres ansias siempre las prebendas de Sevilla provocaron, pues con ellas se han honrado y condecorado no solo los primeros sujetos del reino de España, aun los extranjeros, sino los prebendados de otras iglesias, de los cuales ascendieron a las primeras mitras, mirando en todos los tiempos a la iglesia de Sevilla como la primera de España para honrarse con ellas varones tan grandes que siempre aspiraron y apetecieron el honor y conveniencia de tan pingües prebendas. A ellos se suma, por supuesto, el *Abecedario y memoria de todos los libros que hoy están en la Librería de esta Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla, siglo XVII*, obra de la que se tratará.

Volviendo a los trabajos catalográficos de Juan de Loaysa, éste hubo de rehacer el orden completo de los libros de la Biblioteca Capitular y Colombina, que se había perdido. Si bien, no lo hizo partiendo de cero, sino que se basó en los trabajos que se habían realizado anteriormente. Como él mismo relata en su *Abecedario*⁵⁴, que comienza con un recorrido histórico de la Librería, conocía la existencia del inventario efectuado en 1522 custodiado en el Archivo de la Iglesia Mayor de Sevilla, que fue estudiado por M^a Carmen Álvarez, quien hizo un repaso de todos los demás que se acometieron en el siglo XVI, y transcribe aquel, único conservado⁵⁵. Por entonces, la Capitulatiba contaba con quinientos doce cuerpos de libros divididos intelectual y físicamente en dos secciones: a la derecha se situaban los de Teología, Artes, Filosofía y Medicina; y a la izquier-

⁵⁴ BCC, Ms 57-1-19.

⁵⁵ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 49-53, 75-78 y 215-243.

da los referentes a Derecho Canónico y Civil. Estaban ubicados y encadenados en bancos, en número variable de volúmenes, según su grosor.

Dejando aparte otros inventarios previos y posteriores al señalado, interesa el realizado sobre la Librería de Hernando Colón en 1557 por el Bachiller Romero, que se haría cargo de la misma junto al licenciado Bernardo Luis, siendo unificada, como ya se indicó, con la Capitular en octubre del mismo año, dando lugar a la Biblioteca Capitular y Colombina. Ya antes del inicio del inventario, desde 1545, el Cabildo tenía señalados, primero, a Rodrigo Navarrete y, a partir de 1555, al Maestro Falcón y a Francisco Becerra como custodios de la Librería Fernandina⁵⁶. Como constata Tomás Marín, con esos y otros datos, los capitulares prescindieron del que pudo ser el mayor entendedor de la obra biblioteconómica de Hernando Colón, de suma complejidad: el bachiller Juan Pérez, cuya *Memoria* explicaba su funcionamiento. A pesar de lo cual, según afirma Juan de Loaysa, la Librería Colombina fue establecida con arreglo a los diferentes repertorios fernandinos, «por espacio de 139 años, gobernándose por aquellos libros y abecedarios que para ello dexó don Fernando, hasta el de 1678»⁵⁷. Ello da a entender que éste orden era el que se mantenía en la biblioteca hasta que se iniciaron las obras.

Durante los trabajos, además de solucionar los problemas estructurales de la estancia, se llevaron a cabo otros proyectos, entre los que se incluyó la hechura de nuevos estantes y la encuadernación, según Juan de Loaysa, de más de dos mil libros «que estaban con la mucha antigüedad desenquadrados y maltratados», siendo, además, rotulados de nuevo. Según su *Abecedario*, la Biblioteca Capitular y Colombina estaba compuesta por más de veinte mil libros, defendiendo esa cantidad aduciendo, tras reconocer que en la biblioteca no cabían más de cinco mil cuerpos de libros, que muchos de ellos eran volúmenes misceláneos, albergando algunos de ellos más de treinta o cuarenta tratados u obras, o lo que es lo mismo, unidades catalográficas. Sobre la encuadernación, que afectó a tan abultado número de libros, se responsabiliza a Juan de Loaysa, a veces con reproches⁵⁸, por haberse mezclado y desordenado durante el proceso algunas obras. Es preciso, sin embargo, resaltar que fue Luis de Frederigui el que, a tenor de la docu-

⁵⁶ MARÍN 1970, p. 22.

⁵⁷ BCC, Ms 57-1-19, f. 4v.

⁵⁸ MARÍN 1970, pp. 93, 174 y 214. Nicolás Antonio y Bartolomé José Gallardo, quienes responsabilizan a Juan de Loaysa de las posibles deficiencias en la encuadernación abordada en 1683. El propio Tomás Marín dice que «dio la impresión el famoso bibliotecario — Juan de Loaysa — de haber procedido en toda esta empresa encuadernatoria un poco mecánicamente y, desde luego, sin ninguna meticulosidad en el cotejo y ensamblamiento de de las piezas asignadas por él a cada volumen en el momento de encuadernarlas».

mentación, se encargó de dirigir y acordar el acometimiento de la encuadernación y aderezo de los libros de la Biblioteca, dado que los pagos se registraban en su favor, como se ha apuntado. Por ello, no se puede asegurar, como indica reiteradamente Tomás Marín, que fuera Juan de Loaysa el responsable de aquéllas, aunque tampoco se puede descartar que se ocupara de encuadernar o aderezar algunos de los cuerpos de libros. Además, sea quien fuere la persona a la que se encomendaron estas cuestiones, se antoja necesario atender a la premura con que se debió de actuar, máxime después de los desarajustes sufridos por la Librería como consecuencia de las obras efectuadas en su recinto, por lo que, tal vez, prevaleció en el ánimo el afán por salvaguardar los escritos, impidiendo un correcto estudio analítico y catalográfico.

Estos dos últimos puntos —encuadernación y rotulado— debieron de resultar de la mayor importancia, dado que hicieron inservibles los instrumentos creados para la búsqueda y recuperación de los libros dentro de la Biblioteca. Sin embargo, el propio Juan de Loaysa contradice la afirmación de que la Librería funcionó con los repertorios colombinos, dado que precisa que, «aviendo renovado la dicha librería era lo más necesario bolver a colocar con orden los dichos libros con más claridad que antes tenían, porque la que al principio tuvieron se avía confundido con el transcurso del tiempo». Es decir, en esta ocasión da a entender que aquellos habían perdido su vigencia debido al paso del tiempo, los cambios en la ubicación y cualesquiera otros factores.

En cualquier caso, el sistema ideado por Hernando Colón se basaba en una serie de repertorios, la mayor parte de los mismos inconclusos, que se compendian en los cuatro dedicados a Autores, Epítomes, Ciencias y Materias, convertidos por Juan de Loaysa en *Librorvm autores*, *Matheriarum epithome*, *Compendiarum scientiarum* e *Index materiarum*, en su versión del epitafio de Hernando Colón, recogida tanto en la *Memoria* de la Librería como en sus *Epitafios y Memorias sepulcrales*, que se diferencian del hallado en el testamento fernandino⁵⁹.

Según la *Memoria* del bachiller Juan Pérez, reseñada por Tomás Marín, en origen los repertorios alcanzaron el número de treinta y nueve volúmenes⁶⁰, si bien, no todos se referían a los libros de la Biblioteca Colombina, dado que algunos hacían referencia a datos geográficos, sobre la Cosmografía de España, que también recoge Juan de

⁵⁹ MARÍN 1970, pp. 94-98; ANTEQUERA 2008, p. 57.

⁶⁰ MARÍN 1970, p. 137.

Loaysa en su *Abecedario*, y noticias sobre grabados que pertenecieron a Hernando Colón. El proyecto de descripción de España, al estilo de lo que se hacía en las Indias y otros lugares, fue, en principio, aprobado por Carlos I, recibiendo Hernando Colón autorización para enviar apoderados por numerosos pueblos y comarcas, donde debían apuntar todos los itinerarios que unían unos puntos con otros, así como los datos más sobresalientes de los lugares, como el número de vecinos, las riquezas, los monumentos, etc. Sin embargo, el programa fue interrumpido por un acuerdo del Consejo Real, quedando olvidado⁶¹. Juan de Loaysa creyó, erróneamente, que lo que él llama «Itinerario de todo lo que anduvo Colón», responde, efectivamente, a la descripción sistemática, por parte de aquél, de todos los lugares por los que pasó o en los que se alojó. Como indica Tomás Marín, y ya se ha recordado aquí, don Hernando envió apoderados por todo el territorio, siendo imposible que lo describiera todo él. Según el mismo autor, no se entiende la referencia de Juan de Loaysa a los seis tomos que conformarían la *Cosmografía*⁶², ni el arco temporal que fija, para el que no encuentra justificación. Sin embargo, en esta ocasión también yerra Tomás Marín, dado que el año apuntado por Juan de Loaysa es 1517, y no 1519⁶³, hasta 1526. En cuanto al repertorio de grabados, no hay ninguna referencia por parte de Juan de Loaysa.

A decir de Tomás Marín, Juan de Loaysa no debía de tener, siquiera, remota idea de lo que en verdad fueron los Epítomes⁶⁴, dada la parquedad con la que se refiere a ellos. Ciertamente es su descripción de lo que los repertorios fernandinos representaban es, cuanto menos, una reducción al extremo: «solo los dichos cuatro libros o tablas escritas, todas de su mano, que son los Autores, el Epítome, las Ciencias y las Materias, reduce todo lo contenido en los 20.000 cuerpos de libro de toda la Librería». Pues bien, los repertorios de Epítomes⁶⁵, inconclusos, estaban formados por resúmenes de los libros pertenecientes a la Biblioteca Colombina, con el objeto de servir a los posibles interesados en un libro para, con una lectura rápida, decidir si la obra era de su interés, al conocer, mediante el mismo, lo fundamental del tratado.

⁶¹ MARÍN 1970 137, pp. 164 y ss.

⁶² Se conservan dos manuscritos en la Biblioteca Capitul y Colombina, y otros dos en la Biblioteca Nacional de España.

⁶³ MARÍN 1970, pp. 172 y 173. Sin duda, un simple error de transcripción.

⁶⁴ MARÍN 1970, pp. 317-361.

⁶⁵ Eran tres, dos de los cuales son calificados como borradores y el tercero, en limpio, no terminado y hoy perdido.

Junto al epítome se asentaban en los primeros cuadernos dos números, uno de los cuales hacía referencia al orden en el que se habían ido sacando —que no correspondía con el numeral topográfico de los libros—, y el otro, encerrado en una cuadrícula, lo relacionaba con el libro de Materias. No obstante, en los postreros cuadernillos se añadió otro conjunto de dígitos de gran interés, dado que, ahora sí, hacían referencia al número que el libro ostentaba en la Biblioteca, de cara a su recuperación. Un valor añadido de los Epítomes era su empleo para evitar ser confundido por los títulos engañosos que muchos libreros daban a los libros, aparentando tratar asuntos que luego no se correspondían con su contenido. Los asientos variaban de tamaño, pudiendo extenderse por más de una página o limitarse a unas pocas líneas. Suelen iniciarse refiriendo el autor, el título de la obra y su fecha de escritura o publicación. A menudo, incluían un juicio crítico sobre el contenido intelectual de la obra, mas nunca se hizo referencia a sus caracteres externos, siguiendo la costumbre de la época. Ni los repertorios de Epítomes ni los de Materias fueron reencuadernados por Juan de Loaysa, no se sabe si por considerarlos de menor relevancia que los otros, o por lo dificultoso de reordenarlos, si bien esta razón no casa mucho con la disposición del bibliotecario con otros conjuntos, algo probado por sus ya denunciados errores⁶⁶.

Por su parte, los repertorios de Materias, también llamados de «anotaciones» o de proposiciones, estaban conformados por ocho cuerpos: cuatro pequeños, a modo de borrador, y otros cuatro grandes y definitivos. Aún se conservan en la Biblioteca Capitular y Colombina restos de los borradores y dos de los volúmenes definitivos. En ellos se inscribían los argumentos o ideas principales y secundarias de las diferentes obras, situando, en primer lugar el nombre del autor y de la obra —en los borradores, pero no así en los definitivos—, y comenzando luego la sentencia con la palabra más sobresaliente de cada uno, utilizando el orden alfabético. Acompañando a dichas entradas se situaban dos números, uno de los cuales hacía referencia al orden por el que se habían extractado las materias, y otro que coincidía con el insertado en el conocido como *Abecedarium B*, siempre dentro de un rectángulo desprovisto de la arista superior. Cabe destacar que en el citado *Abecedarium B* se siguió la numeración inscrita en los borradores o libros pequeños, y no en los grandes. Otra serie numeral era correspondiente con

⁶⁶ Ello suponiendo, como lo hace Tomás Marín, que fuera Juan de Loaysa el encargado de estas encuadernaciones, lo cual no está, en absoluto, probado.

el llamado *Registrum B*, que hacía las veces de índice topográfico⁶⁷. Como señala Tomás Marín, de los tres mil doscientos ochenta y cuatro libros que, siguiendo el orden cronológico, aparecen como incluidos en el repertorio de materias, muchos de ellos contenían más de una obra. Por lo tanto, con un solo número puede haberse incluido más de una obra y de un autor, haciendo que el número de las registradas sea muy superior, aunque indeterminado aún.

No parece que Juan de Loaysa conociera la existencia de un fichero o tabla, que en la *Memoria* del bachiller Juan Pérez se refiere como tabla de ciencias y autores o Anotaciones, que debía servir de punto de partida para la realización de otros repertorios. Estaría formado por papeles sueltos ensartados. Tomás Marín resalta la importante novedad biblioteconómica que supondría la presentación de dichas fichas, podría decirse, catalográficas, que abarcaban, según la citada *Memoria*, unos diez mil libros. En ellas se consignaban varias decenas de datos sobre el libro como el autor, la ciencia o materia a la que pertenecía, resumen, impreso o manuscrito, prosa o verso, fecha de la edición, caracteres externos...muchos de ellos substituidos por signos cuyo significado indica el bachiller Juan Pérez, alcanzando una gran complejidad y capacidad sintética.

Al contrario, parece que sí se tuvo noticia y se empleó para la gobernanza de la Biblioteca una vez transferida a la Catedral, el que Tomás Marín llama Índice General Alfabético o *Abecedarium*, al que Juan de Loaysa hace referencia en varias ocasiones en sus *Memorias*, y que, para el citado autor, es el de mayor importancia. Se trataba de dos volúmenes grandes, abarcando uno desde la *a* hasta la *j* y el otro de *l* a *z*. El primero de ellos cuenta con una titulación de mano del propio Juan de Loaysa: «*A B C Darium Biblioth[ece] Columb[in]e*», lo que demuestra que lo conocía y que, probablemente, lo empleó en sus propios trabajos de catalogación. En la misma dirección apunta el hecho de que fueron reencuadrados bajo sus auspicios. En ellos se asentaban por orden alfabético autores y obras, así como el *incipit* o comienzo de ellas, siendo empleado, además, para constatar los libros duplicados y para determinar los que faltaban, de cara a su futura compra. Junto a estos asientos figuraba el número correspondiente del libro dentro de la Librería Fernandina. Además, mediante el empleo de códigos alfanuméricos, debía quedar reflejado —aunque de hecho no sucede sino en una minoría de asien-

⁶⁷ En este repertorio se incluían, en muchas ocasiones, notas sobre la compra, lo que permite reconstruir en tiempo y forma su adquisición. De ello se encargó M^a Carmen Álvarez (ÁLVAREZ MÁRQUEZ 2003, pp. 55-102).

tos— el lugar de impresión, el año de edición, así como el número que su materia tenía asentado en el Libro de las Materias y el correspondiente en el de Epítomes. Se hubo de confeccionar un suplemento o *Supplementum* para incluir nuevos asientos que no cabían sin perturbar el orden alfabético, quedando reflejados por un testigo, una señal. El número de signaturas topográficas rebasa las quince mil, lo que no significa que fuera el número real de libros o volúmenes.

Este índice estaba relacionado con el *Registrum B* o Índice Numeral de los libros, ignorado —o, al menos no mencionado explícitamente— por Juan de Loaysa en su *Abecedario*, si bien, reencuadrado por él, según Tomás Marín. Aún se conserva en la Biblioteca Capítular y Colombina. Su principal función era actuar como índice topográfico, asentándose en él en primer lugar el número correspondiente al libro dentro de la Librería de Hernando Colón, seguido del título y el autor, *incipit*, *éxplicit*, epístolas o epigramas, en su caso, y otros datos acostumbrados, como su precio, fecha de edición... Destaca el hecho de que cada obra se registraba individualmente, sin importar que apenas fuera de unas hojas de extensión o estuviera compuesta por varios volúmenes. Sin embargo, este completo registro llegaba solo hasta el número 4.229, siendo el resto, hasta 15.599 solo números correspondientes con los de otros tantos libros sitos en la Colombina original, e iban acompañados de otras series de números vinculados, como se dijo, al Índice General, de forma que se supiera cuál era cada libro. Por último, venía acompañado de una tabla de equivalencia o referencias cruzadas entre los números primitivos y los que los libros recibieron definitivamente⁶⁸.

La obra repertorística colombina continúa con seis volúmenes⁶⁹ que contenían un Índice Alfabético de Obras y Autores, que podían ir acompañados de números y signos que indicaban su lugar en la Librería y en los Libros de Epítomes y Materias, así como de otros datos usuales, como la fecha de impresión. Según parece, estos índices estaban destinados a confeccionar un fichero organizado por ciencias, razón por la que solo estaban escritos en una de las caras de los folios. A ellos se añadía otro Índice de Autores y Ciencias, un volumen conservado en la Biblioteca Capítular y Colombina, de forma apaisada. Solo se inscribían en él datos como el nombre de autor y obra y abreviaturas referidas a la materia, acompañados de dos series numéricas, una indicativa del

⁶⁸ MARÍN 1970, pp. 346, 359, 393, 434, 455 y ss., 486, 497, 513, 562, 591 y 613.

⁶⁹ De los que se conservan tres en la Biblioteca Capítular y Colombina, encuadrados de nuevo por Juan de Loaysa.

número que el libro ostentaba en la Colombina, cumpliendo la otra una función no conocida fehacientemente. Probablemente, este índice fue totalmente ignorado por Juan de Loaysa, no entrando, siquiera, en su supuesto programa de reencuadernación.

Por último, se añade un Índice Alfabético Antiguo⁷⁰, que estuvo, en su día, compuesto por tres volúmenes —en la actualidad amalgamados en uno— en los que se asentaban autores y obras sin ningún tipo de agrupación temática, a diferencia de lo que sucedía en los índices definitivos. Contaba, como es acostumbrado, con diferentes códigos numéricos, unos haciendo referencia a la primitiva disposición topográfica dentro de la Librería Fernandina y otros a distintas funciones. A diferencia de lo que venía sucediendo con los demás repertorios, según Tomás Marín, éste no fue encuadernado por Juan de Loaysa, aunque debía de conocer su existencia, dado que le adjudica la autoría el letrado que luce, *Abecedar Biblioth* y una adenda en forma de composición latina: «Lectori Lector. Ve nobis: nihil enim prodest abecedarium istud, ut per eum liber aliquis inveniatur. Quid remedii? Labora, Bibliotecari Amice, et construe Librariam istam in Inventario per facultades, seu Materia; et in abcdario per indicem, ut illo latius, et expressius et in hoc brevius, et facilius hic contenti, quorum comparatione nihil debent estimari et aurum, et argentums, inveniri valeant. Fac et vale». Dicha nota marginal ha sido situada, erróneamente, por Juan Guillén en el *Abecedario* del propio Juan de Loaysa⁷¹. Queda, por tanto, probado que éste conoció el primer índice, último repertorio abordado por Juan Pérez en su *Memoria*, por lo que pudo haberse servido de él en la confección de su propio repertorio o abecedario de los libros de la Biblioteca Capitular y Colombina.

1. 3. El Manuscrito Ms 57-1-19.

Pues bien, frente al intrincado sistema de repertorios ideado por Hernando Colón, Juan de Loaysa se limitó a confeccionar un índice alfabético de autores y obras. En primer lugar, cabe señalar que, según sus propias palabras, se trata de un borrador: «*abecedario borrador y memoria de todos los libros que oi están en la Librería de esta Santa Iglesia Metropolitana y Patriarchal de Sevilla*»⁷². Aunque su calidad de borrador

⁷⁰ MARÍN 1970, pp. 623 y ss., 645-662, 772-802.

⁷¹ GUILLÉN 2006, pp. 242-243.

⁷² BCC, Ms 57-1-19, f. 1r.

sugiere provisionalidad o imperfección —lo que, aparentemente, queda confirmado por la multitud de tachaduras y enmiendas que plagan el inventario— no hay razones para pensar que Juan de Loaysa iniciara o tan siquiera se planteara el acometimiento de un inventario definitivo. Se trata de un manuscrito realizado por una sola mano, que se debe suponer la de Juan de Loaysa, con un tipo gráfico que se puede calificar como humanística cursiva. Está formado por un cuaderno de papel verjurado que carece de tapas y de costuras, con unas medidas de 312x211 mm, aunque hay folios de distintos tamaños, especialmente en la última parte de tratados sueltos y fragmentos. En el primero folio de guarda se encuentran escritas con lápiz dos signatures, una moderna, tachada, 82-5-28, y la actual, 57-1-19. En el segundo se encuentra la signature antigua: Cajón Z, Tabla 138, Número 40. Los cinco primeros folios contienen una historia de las Bibliotecas Capitular y Colombina elaborada por Juan de Loaysa, donde da algunas noticias sobre la confección del propio índice o abecedario de los libros.

Cuenta con una foliación que comienza con la historia previa a la que se acaba de aludir abarcando desde el folio 1 al 309, un total de dieciséis están en blanco, sobre todo cuando separan las diferentes letras del abecedario⁷³. Son frecuentes, también, los que presentan el anverso o el reverso sin escritura. Además de contar con esta foliación, se halla paginado, comenzando por el primer folio del índice propiamente dicho. Probablemente se trate de la numeración original, que consta de la abreviatura «fol.» seguido de una cifra arábiga. Abarca desde la página 1 hasta las 345, obviando en su cómputo las páginas y folios en blanco. En su origen el manuscrito estaba plegado de forma vertical, formando un cuadernillo, siendo aún perceptible el surco del pliegue. Son habituales, como se ha dicho, las tachaduras, tanto utilizando líneas longitudinales y oblicuas, como con tachones que emborronan de tinta los asientos. Igualmente, se aprecian escrituras marginales, tanto en horizontal como en vertical, ya sean letras o números, unas veces tachados y otras no. La transcripción del manuscrito, dada su envergadura, se antoja excesiva, habida cuenta, además, del parecido de los fondos bibliográficos con los recogidos en otros trabajos, como el Catálogo Concordado de la Biblioteca de Hernando Colón⁷⁴.

Los libros y obras se hallaban instalados en estantes divididos en cajones, y agrupados según la ciencia o facultad a la que pertenecían. Éstas, según indica Juan de

⁷³ Son los ff. 25, 57, 65, 74, 85, 95, 109, 125, 137, 149, 177, 189, 199, 212, 225 y 274.

⁷⁴ MARÍN, RUIZ y WAGNER, 1993, Tomo I; 1995, Tomo II.

Loaysa eran: Gramática, Retórica, Historia, Filosofía, Astrología y Medicina, Derecho Civil, Derecho Canónico, Teología Moral, Teología Escolástica, Sagrada Escritura, Doctrina Pía y Oficio Divino, a las que se unían Diversos, Fragmentos y Duplicados.

Los libros se repartían en ciento treinta y siete cajones, ocupando las obras completas desde el primero de ellos hasta el número 128, con la excepción de los cajones 65 y 69. Estos dos y los cajones 129 a 137 contenían los tomos que agrupaban obras de diferentes autores, lo que Juan de Loaysa llama «tratados varios diversorum». Los tratados varios en formato *in octavo* se repartían en cincuenta y dos tomos situados en los cajones 65 —del tomo 1 al 28— y 69 —del 29 al 52—, y contenían un número muy variable de obras, la mayor parte especificadas en su totalidad y, otras, de forma indeterminada. Es lo que sucede, a modo de ejemplo, en el tomo 34, que contenía un «Devocionario de Oraciones y otras cosas en toscano». A partir del cajón 129 hasta el 134 se hallan los tratados *in quarto*, divididos en tomos que abarcan desde el 1 hasta el 178, si bien, se hace necesario precisar que muchos de los tomos se repiten. Por ejemplo, en el cajón 129 se cuenta el tomo 38, número que vuelve a aparecer en el cajón 130, y lo mismo sucede con muchos otros, como los tomos 95 y 97, inscritos a la vez en los cajones 131 y 132. No cabe duda, sin embargo, de que no se trata ni de un error, ni pretenden ser el mismo, dado que las obras que contenían no se corresponden entre los distintos tomos cuyos números se repiten. Tampoco el repartimiento de tomos en los distintos cajones sigue un estricto orden ascendente, pues, como se aprecia en las tablas, los tomos se hallaban repartidos sin importar su numeración, aunque es cierto que sí se aprecia una cierta progresión. Así, el cajón 129 contenía los tomos 1 a 30 (además del 38, 39, 57 y 59) y el cajón 130 guardaba los tomos 31 a 61, siguiendo el cajón 131 por el tomo 62, aunque faltaban el tomo 64 y otros muchos de la serie ordinal. Los cajones 135 y 136 estaban ocupados por tratados *in folio*, al igual que el 137, si bien en este se ubicaron los misceláneos *in octavo*, que ocupaban los volúmenes 1-17. Por último, en un lugar indeterminado, pues no se especifica el cajón en el que se hallaban, se encontraban los «tratados sueltos y fragmentos», dispuestos por orden alfabético, indicándose si eran enteros con una «E» o con una «F» si era incompletos y, por tanto, fragmentos.

Como el propio bibliotecario señala, algunos libros aparecen asentados, siempre por orden alfabético, por el nombre de su autor, mientras que otros lo hacen por su título e, incluso, por su materia. Muchos, tanto por su título como por su autor, caso de la obra situada en el cajón 58 que aparece como «de beneficiis in curia vacantibus a Ioanne

Flavio» asentado por la letra «B» y, luego, por la letra «I», como «Ioannes Flavius de Beneficiis in curia vacantibus». Puede, además, suceder que una sola obra se inscriba por tres veces. Este caso es menos habitual, pero también sucede: en el cajón 119 se encuentra, por la letra «A» «Fray Alonso de Huent Dueña, Título virginal de Nuestra Señora, en romance», a continuación, por la «B», «Beata Mariae, titulus virginis a fray Alphonso de Huent Dueña, en romance» y, por último, por la «T», «Título virginal de Nuestra Señora, en romance, por Fray Alonso de Huent Dueña». Se aprecia que Juan de Loaysa asentó los comentarios o glosas sobre otros autores tanto por el nombre de los comentaristas como por el del autor sobre el que se realiza el comentario. De esta forma, se encuentran, en el cajón 51, hasta cuatro asientos vinculados, primero por la letra «A» en «Almansor Novus cum commento Gerardi de Solo et de Sillani de Nigris et Petri de Tusignano» y, posteriormente, por la «G» como «Gerardus comentario super Novo Almansore», por la «P», «Petrus Tusignano in Novum Almansorem» y, finalmente, por la letra «S» «Sillanus de Nigris in novum Almansorem».

Como puede observarse en el manuscrito, al igual que sucedía en los repertorios fernandinos, los autores se ordenan alfabéticamente por el nombre de pila⁷⁵ o por algún otro nombre atribuido, como Cicerón. La mayor parte de los asientos están escritos en latín, empleando el caso nominativo, por ejemplo «Guillielmus de Guillevila, Pelegrino de la vida» —cajón 129—, mientras que en otras ocasiones puede expresarse el nombre del autor en genitivo, situando a continuación la obra u obras del mismo, como sucede en el cajón 16: «Alani Varenis, opera». También puede darse el caso de que se consigne solo el nombre del autor, con algún apostillado o simplemente en solitario. El mismo cajón 16 puede servir de ejemplo de ello, dado que en él se asienta, simplemente, «Apuleius». No es habitual, al igual que el caso anterior, que aparezca el título de la obra en solitario, aunque puede suceder, caso del cajón 23, donde se recoge: «Nobleza de todas las cosas». De algunos puede consignarse solo el nombre del autor o de la obra con un añadido para indicar que cuenta con glosas de uno o diversos autores: «Divi Pauli, Epistola cum glosa» o «Alexadri de Villa Dei cum glosa», incluso ordenando el asiento por la propia «G»: «Glosa in Decretales» —cajón 80—, o comentarios: «Homero Odissea cum commento diversorum». Lo mismo sucede con las obras que habían sido interpretadas por otros autores. En el cajón 20 se recoge: «Isocratis Oratio de laudibus a Elene,

⁷⁵ La utilización del apellido había sido introducida por Andrew Maunsell, librero inglés, en 1595 (WAGNER 2004, p. 166). A pesar de sus indudables ventajas, Juan de Loaysa optó por continuar con el sistema de nombres de pila, quizá por mejor aprovechar los índices y repertorios que tenía a su alcance.

interprete Ioanne Petro». Lógicamente, estas circunstancias son fundamentales a la hora de realizar un recuento de las obras que Juan de Loaysa dejó registradas en su abecedario, haciendo prácticamente imposible establecer con exactitud el número de las mismas, como se verá más adelante.

Otros vienen recogidos por su materia, ya sea porque se trate de obras de varios autores o por alguna otra razón. El primer caso sucede en el cajón 44, que contiene las obras de música, en el que aparecen asientos como «Musicae tractatus varii» o «Canto de órgano». En caso de anonimato del autor, se indica literalmente, ya sea en latín o en español, como acontece con el tratado suelto «Missae tractatus en español, sine authore, impresso por mandado de don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla» o en el fragmento «Arte de contemplar, sin autor».

Una gran parte de los asientos están abreviados, tanto en lo que respecta al nombre y apellidos y otros datos de los autores, como a los títulos, o la indicación de si es manuscrito. Un ejemplo de ello se halla en el cajón 42: «Martinus Fernand. Summ. Geographiae». Cuando un autor se repite, suele substituir su nombre por *idem* o *eiusdem* y, cuando son autor y obra idénticas al anterior registro, escribe *idem de eodem*. Estos términos aparecen abreviados frecuentemente, como sucede en el cajón 43. Así, tras una obra de Claudio Ptolomeo, se registra «Eiusd. Almagestum» y, a continuación, «idem de eod. cu. traductione Trapezuntii». De la misma forma, se abrevian adverbios modales, como «per totum», substituido por «per tot.», al igual que sucedía en el Libro de las Materias del sistema colombino⁷⁶. También se abrevian algunos calificativos como Fray, que se substituye por «fr.», beato, simplemente expresado por una «B.», santo, por una «S.» o *divus*, limitado a «D.». Estas abreviaturas son más comunes cuando encabezan la entrada del registro, aunque pueden aparecer en medio de los asientos.

Algunos de los asientos están escritos en castellano o en una mezcla de castellano y latín. La mayor parte de los asientos escritos en español se refieren a obras que utilizaban el mismo idioma, sirva de ejemplo el consignado en el cajón 50, «Maestro Fernando de Toledo, traducción de arábigo en castellano de Amirin zil, de Cura oculorum, para el Rei don Alfonso el Sabio, en Sevilla, era de 1205». En algún caso se apostilla que se trataba de un español o castellano «antiguo», como delata el registro en el cajón 30 de una «Lógica en castellano antiguo» o, en el número 86, el de «Martino

⁷⁶ MARÍN 1970, p. 397.

Pérez, de los Sacramentos, en español antiguo». Llama la atención que los títulos castellanos no sean tan abundantes como los de otras lenguas, aunque, teniendo en cuenta que el grueso de los libros de la Biblioteca Capitular y Colombina procedían del legado de Hernando Colón, y que éste los adquiría en los mercados europeos, no resulta tan extraño, sin entrar a considerar el prestigio del uso de la lengua castellana en los diferentes ámbitos de la literatura por aquel entonces.

Continuando con el idioma de las obras, en las tablas podrá apreciarse mejor el balance de las más abundantes. Generalmente, se expresa el idioma de la obra salvo que ésta esté escrita en latín, dado que era la lengua más abundante. Sin embargo, no siempre se da este caso; así, en el cajón 25 se encuentra este asiento «Pomponii opera latina». En alguna ocasión son precisamente las glosas o comentarios los que se hallan en latín: «Historial compendio en francés con notas en latino» —cajón 24—. También se reseñan obras escritas en latín y griego, caso del cajón 13, que contenía obras como «Aesopi Fabulae graece et latine» o como «graecolatinae». Las obras en griego se expresan, generalmente, en castellano, de forma clara, como en el cajón 2, «Theodori Gaze, Grammatica, en griego», aunque puede aparecer, como en el caso de la obra bilingüe de Esopo, en latín.

De la misma forma, abundan las indicaciones para aquellas obras escritas en italiano, habitualmente denominado toscano. Por ejemplo, en el cajón 24 se hallaba el asiento «Nicolas Pisinino, sus hechos por Lorenzo de Peorisa, en toscano». Otras veces, utiliza el término italiano, como en la actualidad: en el cajón 12 se registró un «Ovidio Metamorphoseo, en italiano». Por su parte, las obras francófonas, bastante abundantes, son identificadas utilizando el sintagma preposicional «en francés» o, de forma menos habitual, con el término latino «gallice». Algo parecido sucede con el alemán, expresado tal cual: cajón 122, «Testament veteris miseria en alemán», o con el términos como germánico, «Julii Caesaris Historia en germánico» —cajón 18— o teutónico «Comoeidia en teutónico» en el tomo 25 del cajón 135. Por último, una denominación más para referirse al alemán es «tudesco», que únicamente se da en el cajón 6, con el «Vocabulario italiano tudesco, de 4, manuscrito». Las obras escritas en catalán son escasas, aunque es el único idioma español distinto del castellano presente en la Biblioteca Capitular y Colombina. Un ejemplo de ello es el cajón 70, en el que se encontraban de «Barcelona, sus constituciones antiguas, en catalán». La lengua portuguesa tampoco tiene una presencia destacada, sucediendo lo mismo con la inglesa, presente, tan solo, quizás, en

el «Vocabularium Anglicus» del cajón 5; del portugués el único ejemplo está constituido por las «Ordenanzas de Portugal, en su lengua» situadas en el cajón 70, por más que aparezcan por triplicado⁷⁷.

Otras noticias sobre las obras refieren a su carácter de manuscritas o impresas. Junto a los asientos añadía Juan de Loaysa un «m.s» o «m-s», *manu scripto*, o indicaba directamente y en castellano: «manuscrito». Por el contrario, las referencias a la condición de impreso, menos habituales, suelen concretarse con el término «estampado», caso del asiento «Gisberto da Magcoma, Historia amorsa, en toscano, estampado (sic)», del cajón 25. La fecha de impresión se expresa en escasas ocasiones, siendo poco frecuente, como el del registro «Juan Martín, clérigo, maestro de los mozos de Coro en la Santa Iglesia de Sevilla, Arte de canto llano con el Santissimae a lo vltimo, inpreso anno 1532», contenido en el tomo 5 del cajón 137. Más completa es la información aportada en el cajón 23: «Don Fernando de Aragón, rey de Sicilia, Prozesos contra los Petrusios, impreso en Nápoles, año de 1487». En cualquier caso, lo más habitual es expresar tan solo la condición de impreso de la obra, sin alusión a fecha crónica ni tónica de la edición y, mucho menos, sobre impresor o librero, ni alguna noticia sobre el coste del libro. Esto supone un importante contraste con la obra repertorial fernandina.

Son muy habituales las referencias a las obras confeccionadas en vitela, de las que cabría suponer eran manuscritas, si bien ambos datos no van siempre, ni mucho menos, unidos. Cabe destacar que no siempre se consignan los mismos datos en las diferentes entradas referidas a una misma obra, pues en una se puede asegurar que era manuscrita y silenciarlo en otra, o añadir que estaba confeccionada en vitela. Y lo mismo sucede con otros datos, como el idioma.

En cuanto a la forma de las obras, en muchos de los casos se incluyen referencias a las que estaban escritas en verso, unas veces expresado como tal: «Fray Alipius Carmagnoliensis Militia spitualis, en verso italiano», cajón 118, y otras en latín con los términos «carmen» o «carmina». Ejemplo de ello son los fragmentos «Charulus Paganus Belluniensis et Lectantius Firmianus Carmen de Passione Christi» y «Eleutherius Leonicens Vicentinus carmina de Christo et Beata Sancta Maria». Otro término latino empleado es «rima», caso del cajón 14, «Petri Bembo, Rima». De la misma forma, se

⁷⁷ Pues también fueron registradas como «Lusitania ordinamenta, en portugués» y como «Don Manuel, rey de Portugal, sus ordenanzas», todos en el cajón 70.

encuentran algunas obras de poesía inscritas como tal, como se aprecia en el cajón 65 —tratados varios diversorum en 8º— en el asiento del tomo 6 «Poesías de varios en toscano». Por su parte, suelen expresarse los libros escritos en prosa como contrapunto o complemento de otra versión poética, cuando ambas aparecen juntas. En el mismo cajón 14 se aprecia un «Bartholomaeus de Bononia en 7 tomos, manuscrito, prosa y verso». Igualmente, se utilizó el término prosa para destacar el carácter de la obra de algún autor que también escribió en verso, por ejemplo las «Boetii prosarum epithome, manuscrito» del tomo 9 situado en el cajón 135.

Por lo que respecta al formato de los libros, como se ha indicado más arriba, los «tratados varios diversorum» estaban distribuidos según estuvieran confeccionados *in quarto*, *in octavo* o *in folio*. Sin embargo, entre los libros completos no es frecuente que se incluya esta información. En este sentido, destaca el cajón 3, dado que se asientan varias obras al final de cuyo enunciado Juan de Loaysa escribió «fol» o simplemente «f». Suman, en total veinticinco obras en formato folio, aunque no son, ni mucho menos, la totalidad de los mismos, dado que en dicho cajón había cincuenta y siete asientos. Esto puede implicar que Juan de Loaysa solo destacó el formato en determinados casos, o que el resto de los libros que se encontraban en el mismo no eran de aquel formato. Esta opción es más probable, dado que la forma en que los libros estaban distribuidos por los cajones no respondía ni al formato ni al orden alfabético —aunque sí el índice de Juan de Loaysa—, sino a la facultad, materia o arte al que pertenecieran⁷⁸. En el resto de cajones se encuentran repartidos, siendo lo frecuente que no haya más de tres o cuatro en cada uno de ellos. Destaca el cajón 107, en el que se hallaba la «Vida del Venerable Padre Fernando de Contreras autore Reverendo Padre Gabriele de Aranda Societatis Jesu duplicado en fol. de marca mayor»⁷⁹, que, al igual que otras obras, cuenta con tres entradas en el índice, aunque en realidad responden a una misma obra, si bien duplicada. Es el único asiento que explicita ser de marca mayor, aunque ello no descarta que hubiera más. Pocas veces se recogen otras noticias sobre el formato, aunque sí ocurre, por ejemplo, en el cajón 5 «Francisci de Bruti Rhetorica manuscrito en 4» o, en el cajón 8, «Marcii Tullii Cicer. Rhetorica de 4, en vitela».

⁷⁸ Salvo, como se ha resaltado, los «tratados varios diversorum», que estaban distribuidos en función de su formato, aunque asentados en el abecedario por orden alfabético.

⁷⁹ Esta fue promocionada por el propio Cabildo.

Otros datos aportados indican si el libro en cuestión contaba con algunos grabados, dibujos y otras representaciones. Estas noticias no son habituales, y se inscriben tanto en latín: «Bartholomaeus Chasseneus, Catalogus gloriae mundi, cum figuris» —cajón 66—, como en castellano, caso de «Laurens Ruse, La mareschaleire, en francés con figuras», situado en el cajón 24. Asimismo, aunque aún con menor frecuencia, puede aparecer la expresión «con estanpas (*sic*)». Cuando la obra registrada constaba de varias partes, se indica, generalmente, con números arábigos: «Theodosius Trebellii, Promptarium lingus latine pars. 2» —cajón 4— y lo mismo cuando se encontraba reparada en varios cuerpos, como en el cajón 6: «Anglis Chronica, seis tomos en 2 cuerpos».

A lo largo de todo el manuscrito aparece, en determinados asientos, una numeración correlativa que abarca desde el 1 hasta 59, faltando los números 12, 22, 23 y 26. Todos los asientos numerados se inscriben por la letra «A», sin que pueda establecerse otra sistematización en ello. Algunas de las obras aparecen por duplicado, como es el caso, sin duda, del cajón 50, en el que se registra: «~~Amanzo~~ Amarinzil de cura oculorum en español antiguo por Fernando de Toledo para el rei don Alfonso el sabio en Sevilla era de 1250 manuscrito», con el número 3[4] y «Alonso el Sabio tratado de Amarinzil de cura oculorum traducido de arábigo en castellano antiguo por el maestro Ferrando de Toledo para el dicho rei don Alonso era 1250 3[5]⁸⁰». En el mismo cajón 50 se asienta un libro de «Albeyteria»⁸¹ al que corresponde el número 36; con el mismo título y número 33 se encuentra otro ejemplar en el cajón 49, y un tercero, esta vez manuscrito, en el cajón 51, con el número 37.

Igualmente, numeró Juan de Loaysa los dos ejemplares de las “constituciones” del Reino de Aragón, situadas en los cajones 58 y 68. En el primero se halla el registro «Aragón, Cortes del Reino», con el número 40, y en el segundo, con el número 41, «Aragoniae leges fori». A obras de Antonio de Nebrija corresponden nueve asientos, siendo otros tres comentarios a trabajos suyos. Como puede deducirse de estos ejemplos, no se aprecia unidad temática entre los libros numerados ni tampoco les une su formato, dado que solo de siete se dice expresamente que estaban confeccionados *in folio*. De nuevo, son siete de los cincuenta y cinco apostillados con números los que se

⁸⁰ La segunda cifra se encuentra entre corchetes porque debido a la costura no puede apreciarse. Sin embargo, siguiendo la numeración correlativa, no cabe duda de que aquellos son los números ocultos.

⁸¹ RAE: albeitería, veterinaria.

identifican como manuscritos, por lo que esta condición tampoco representa el “hecho diferencial” que los agrupa.

La condición de borrador del abecedario de Juan de Loaysa, apuntado por él mismo, como ya se ha destacado, queda de manifiesto por la cantidad de folios en blanco, tachaduras y enmiendas que plagan el texto. Sin embargo, no todas las tachaduras responden al mismo motivo. Así, por ejemplo, en el cajón 118 consta un asiento de «Francisco Ximenez ~~doctrina en romance~~ Doctrina compendiosa de vivir justamente, en catalán». En este caso parece responder la enmienda a un error normal durante la ardua y tediosa labor desempeñada por el bibliotecario que, al percatarse del error, decide tacharlo y escribir en el interlineado la información correcta. En otros casos, Juan de Loaysa cometía un equívoco a la hora de ubicar una determinada obra en un cajón. Parece que esto sucedió, por ejemplo, en el cajón 73, cuyo último registro era «~~a Ecclesiastica potestate ab Agostino de Ancona~~», mismo texto, ya sin tachaduras, que se encuentra en el cajón 74. Incluso se observan asientos tachados, como si fueran inválidos, que son revalidados una vez comprobado su adecuación, caso del fragmento «~~Actius Synecrus De partu Virginis et alia poetica eiusdem et aliorum~~», restaurado con un simple «vale» escrito a continuación.

Otra cuestión pueden ser los asientos tachados que no aparecen enmendados en todo el manuscrito. Un ejemplo de ello son los *Proverbios* de Erasmo, tachado en el cajón 6 sin volver a encontrarse en todo el manuscrito. Probablemente se trataba de un libro que perteneció a la Biblioteca Colombina estando, a la sazón, perdida. Lo mismo puede decirse del asiento «~~Iovianus Pontanus, de Bello Neapolitan~~» del cajón 23. Es decir, Juan de Loaysa se habría apoyado en los instrumentos de referencia anteriores para intitular y catalogar las obras, cometiendo a veces el error de incluir alguna que ya no se encontraba entre los componían la Librería Capitular y Colombina⁸². Estos casos, de cualquier modo, no debieron ser frecuentes.

En cuanto a la organización de los libros por «Artes y Ciencias», como señaló Klaus Wagner⁸³, lo más frecuente en las bibliotecas de la época era situar en primer lugar las materias sagradas, como la *Sacra Scriptura* y obras relacionadas con ella, siguiendo, a continuación, disciplinas teológicas, Oficio Divino, etc. Tras ellas, se situar-

⁸² Ténganse en cuenta las adendas y notas realizadas por Juan de Loaysa en los repertorios estudiados por Tomás Marín, como se apuntó más arriba, que ponen de manifiesto que el bibliotecario los conocía.

⁸³ WAGNER 2004, p. 162.

ían las materias o ciencias humanas, como Filosofía, Historia, Artimética... Esta forma de clasificar las materias, de mayor a menor importancia —para la visión de la época—, aunque imperante, no era exclusiva. En el mismo siglo XVII Francisco de Araoz, alguacil mayor de la Audiencia de Sevilla, publicó su *De Bene disponenda biblioteca*⁸⁴, transcrita y estudiada por José Solís de los Santos⁸⁵, en la que proponía, razonadamente, un orden inverso que comenzaría, en una biblioteca ideal, por las materias profanas de menor erudición y aprovechamiento para el lector terminando por las materias sagradas.

En cualquier caso, la Biblioteca Capitular «seguía —según el inventario de 1522, como ya se ha apuntado—, la clasificación sistemática tradicional», dividiendo los fondos en dos grandes grupos: situados a la derecha de la entrada, *In Theologia, Artibus, Philosophia et Medicina* y a la izquierda *In Iure Canonico et Ciuili*⁸⁶, organización que no concuerda con las materias que Hernando Colón tomó en consideración en su Libro de las Materias. Éstas eran: *Grammatica, Ius civile, Philosophia, Theologia, Rithmus, Historia, Epistolae, Logica, Musica, Geometria, Astrologia, Astronomia, Chronologia, Phisica, Dialectica, Oratoria, Ius canonicum, Architectura, Poesia, Rethorica, Humanismus, Politica, Sermones, Cosmographia, Arithmetica, Metheorologia, Agricultura, Chronica*⁸⁷. Por su parte, Juan de Loaysa se inclinó por una clasificación intermedia, invirtiendo el orden tradicional de las materias situando en primer lugar la Gramática, al igual que Hernando Colón. Sin embargo, ésta es la única coincidencia entre ambos en lo que al orden se refiere. Más afinidad tiene, en este sentido, con la ordenación material propuesta por Francisco Araoz, que empieza por Gramática y termina por Oficio Divino⁸⁸, al igual que el propio Juan de Loaysa, si bien no es posible determinar si el bibliotecario estuvo en alguna medida influido por la obra de aquél, editada en 1631.

El caso es que Juan de Loaysa, aparte de indicar las materias en las que se clasificaban los libros en su *Memoria de los libros* antes de comenzar con el propio abecedario⁸⁹, apuntó en ocasiones, ya dentro del mismo, el cajón en el que comenzaba o terminaba la relación de obras de una determinada materia. Así, en el primer folio dedicado

⁸⁴ Madrid, 1631.

⁸⁵ SOLÍS 1997. Véase para conocer las principales obras biblioteconómicas y bibliográficas desde el Renacimiento hasta el Siglo de Oro.

⁸⁶ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 76.

⁸⁷ MARÍN 1970, p. 656.

⁸⁸ SOLÍS 1994, pp. 31-32.

⁸⁹ BCC, Ms 57-1-19, f. 5r.

al índice, en el cajón 1 se lee: «*Ars grammaticalis*» y, una vez enunciados los títulos que por la «A» contenía el cajón 5, escribió «*Grammatica finis*». Posteriormente, antes del cajón 6, consta: «*Incipit Rethorica*». Hasta el cajón 17 no indica un cambio de materia, cuando comienza la Historia. Sin embargo, ya en el cajón 14 aparece la *Política* de Aristóteles, obra que no se clasificaría, precisamente, como Retórica. De otro lado, cuando comienzan las obras de Astronomía y Astrología, en el cajón 40, no da ningún aviso del cambio, ni establece separación alguna entre obras de una y otra materia. Además, entre las de aquéllas, se incluían otras sobre Geometría o Aritmética, caso del manuscrito anónimo «*Arithmetica (sic) et Geometria*», del cajón 42 o del asiento «*Hieronimus Taglicut, Arithmetica*», del cajón 41, en el que también se encuentra el registro «*Vitrubius, de Architectura*».

Otro tanto puede decirse de los cajones supuestamente reservados a las obras de Medicina, que deberían ocupar, según el manuscrito de Juan de Loaysa, los cajones 45-53. No obstante, en el cajón 46 se encuentran asientos como «*Columela, Agricolationes*», «*De re rustica*», del mismo, «*Cato, De re Rustica*», «*Palladius Rutilius, de Re rustica*» o la obra homónima de Varrón. Igualmente, en el cajón 50 se hallan registros como «*Antonius Venut. De agricultura*» y en el cajón 51 se lee: «*Grammatica cum suis partibus*». Por último, en el cajón 52, junto a algunas obras de Medicina, se hallaban registros como «*Bibliotheca Hispana, authore D. Nicolao Antonio, canónigo Hispalensi, 2 tomos*», «*Don Bartolome Navarrao, 24 de Sevilla, Libro de privilegios antiguos, manuscrito que dio a esta librería*» o «*Reyes de Castilla y León, privilegios a diferentes iglesias y, en especial, a Santiago y fueros por donde se gobiernan diferentes ciudades y lugares*». Los asientos son suficientemente elocuentes como para deducir que estos libros nada tenían que ver con la Medicina. Más bien, algunos de ellos estarían relacionados con la ciencia que comenzaba en el cajón siguiente, el 53, Derecho Civil.

Tampoco parece que las obras relativas a las Sagradas Escrituras, Teología y Oficio Divino se encuentren sistemáticamente repartidas. Estas consideraciones deberán ser tenidas en cuenta a la hora de observar la tabla que se ha confeccionado con los libros de cada cajón y la materia a las que correspondía, pues, como se puede observar, es imposible categorizarlos correctamente habida cuenta de la confusión en la que cae el propio Juan de Loaysa. Por lo tanto, se han incluido las materias siguiendo en lo posible las indicaciones dadas por el bibliotecario, añadiendo otras, como las Sagradas Escritu-

ras, que no fueron señaladas por él, pero de las que puede establecerse su comienzo de una forma más o menos precisa en el cajón 95.

Libros distribuidos en cajones:

Artes y Ciencias	Nº de cajón	Nº de libros	Nº de Manuscritos	vitela	E ⁹⁰	I	F	A	G
Gramática	1	53	7	3					
	2	52	7	1					1
	3	44	10	1					
	4	21	1	1					
	5	43	5	2					3
Retórica	6	25	7	1					
	7	51	2	1					
	8	39	7	2					
	9	44	2						
	10	33	2	2					2
	11	51	1	3		1			5
	12	79	5	3	2	3	1		9
	13	84	7	1		1		2	5
	14	53	24	2		1			
	15	36	9	6		4			
	16	56	3			1			2
Historia	17	52	2			3			2
	18	47	2					1	
	19	44							
	20	42	2	2	1				2
	21	34	8			2			

⁹⁰ Las letras refieren a los idiomas con mayor presencia entre los libros: E, español; I, italiano; F, francés, A, alemán; y G, griego.

	22	40	9	1		3			
	23	41	3	3	3	1	1	1	
	24	52	5	4		3	27		
	25	53				17	16		
	26	42	3	3	1	5			
Filosofía	27	22	1						
	28	49	3	3					
	29	28							
	30	33	2		1				
	31	21							
	32	29		1					
	33	24	3						
	34	38	6						
	35	36	4	3					
	36	25	5						
	37	37	4	1					
	38	34	6	1					
	39	0							
Astronomía y Astrolog- ía	40	42	11	4	2				
	41	32	5						
	42	42	8	1					
	43	51	3			1			1
Música	44	21	8						
Medicina	45	17	2						
	46	35					1		
	47	14	2						
	48	42	8						
	49	49	1	1	3		2		
	50	78	13	8	2	2			
	51	71	19	1	1		1	1	

	52	13	2						
Derecho Civil	53	2		1					
	54	6							
	55	13							
	56	4							
	57	55	1			2			
	58	42	12						
	59	9	1	1					
	60	26	1						
	61	24							
	62	28							
	63	4							
	64	14							
	65								
	66	65	2						2
	67	66							
	68	49	11						
	69								
	70	34	7	2					
	71	19	3		1				
	72	49							
Derecho Canónico	73	57	5	2					
	74	49	10	5					
	75	15	1	3					
	76	9	1	2					
	77	25	4						
	78	29	5						
	79	16	1	5					
	80	21	2	5					
	81	52	7	1					

	82	36	5	2					
	83	15	6	4					
	84	27							
	85	29	5	1					
	86	34	1	2	2				
	87	11	3	7					
	88	12	1	2					
	89	40	3	4					
	90	20	4	1					
	91	16		2					
	92	26		3					
	93	39	8	3					1
	94	24	2	6					
Sagradas Escrituras	95	23	6	6		2		1	
	96	9							
	97	50	1	13					1
	98	42	3	27					
	99	22	3	13					
	100	19	2	4					
	101	50	6	2					
	102	34		2				1	2
	103	7		5					
	104	26	2	4				2	
	105	38	3	2	1	1			
	106	53	11	22					
	107	21	1	4					
	108	26		2					
	109	38	2						
	110	25							
	111	19		3					
	112	25		1				4	

	113	48	2	2					
	114	33	4	6	2				
	115	42	19						
	116	50	6	5					
	117	54	2	11			2		
	118	62	4	4	5	11	3	1	
	119	74	19	6	9	7		1	
	120	43	7	9		14	3	5	
	121	51	5	5	1	8		7	
	122	65	9	1		6	4	2	
	123	54	14	9	1	2	2	2	
	124	39	1	8					
	125	58	2	5	1	6	2		
	126	41	2	3					
	127	8		8					
	128	3		3					

Como puede verse en la tabla precedente, las materias repartidas por cajones arrojan este balance, siempre teniendo en cuenta las cautelas que se han apuntado antes: Gramática ocupa los cajones 1-5; Retórica, 6-16; Historia 17-26; Filosofía, 27-39; Astronomía y Astrología, 40-43; Música solo el cajón 44; Medicina, 45-52; Derecho Civil, cajones 53 a 72; Derecho Canónico 73-95; Sagradas Escrituras, 95-128. Cuando se aborde la cuestión del número de libros, más adelante, se hablará de la cantidad de obras que se adscriben a cada una de las materias.

Ya se indicó antes que los «tratados varios diversorum» se hallaban repartidos en once cajones, agrupados según su formato. Podrá apreciarse con más facilidad en la tabla confeccionada al respecto:

«Tratados varios diversorum»:

Nº Cajón	Nº tomo	Nº obras	Formato
65	1	3	8º

	2	6	8°
	3	6	8°
	4	2	8°
	5	7	8°
	6	6	8°
	7	5	8°
	8	4	8°
	9	3	8°
	10	2	8°
	11	5	8°
	12	3	8°
	13	4	8°
	14	4	8°
	15	5	8°
	16	7	8°
	17	10	8°
	18	7	8°
	19	3	8°
	20	2	8°
	21	2	8°
	22	1	8°
	24	15	8°
	25	10	8°
	27	5	8°
	28	13	8°
69	29	12	8°
	30	7	8°
	31	5	8°
	32	5	8°
	33	8	8°
	34	1	8°
	35	10	8°
	36	1	8°

	37	2	8°
	38	1	8°
	39	1	8°
	40	9	8°
	41	9	8°
	42	9	8°
	43	4	8°
	44	17	8°
	45	4	8°
	46	6	8°
	47	3	8°
	48	11	8°
	49	5	8°
	50	1	8°
	51	7	8°
	52	1	8°
129	1	9	4°
	2	17	4°
	3	3	4°
	4	5	4°
	5	4	4°
	6	2	4°
	7	4	4°
	8	8	4°
	9	18	4°
	10	4	4°
	11	2	4°
	12	6	4°
	13	1	4°
	14	5	4°
	15	8	4°
	16	9	4°
	17	11	4°

	18	3	4°
	19	3	4°
	20	7	4°
	21	7	4°
	22	12	4°
	23	9	4°
	24	8	4°
	25	10	4°
	26	10	4°
	27	13	4°
	28	4	4°
	29	5	4°
	30	10	4°
	38	1	4°
	39	1	4°
	57	1	4°
	59	1	4°
130	31	7	4°
	32	5	4°
	33	4	4°
	34	20	4°
	35	1	4°
	36	8	4°
	37	10	4°
	38	4	4°
	39	16	4°
	40	2	4°
	41	4	4°
	42	3	4°
	43	5	4°
	44	5	4°
	45	2	4°
	46	5	4°

	47	6	4°
	48	11	4°
	49	10	4°
	50	5	4°
	51	8	4°
	52	5	4°
	53	1	4°
	54	7	4°
	55	5	4°
	56	6	4°
	57	14	4°
	58	16	4°
	59	11	4°
	60	11	4°
	61	4	4°
131	62	1	4°
	63	10	4°
	65	15	4°
	66	1	4°
	67	9	4°
	68	16	4°
	69	6	4°
	70	1	4°
	71	24	4°
	72	9	4°
	73	12	4°
	74	34	4°
	75	4	4°
	76	10	4°
	77	1	4°
	78	11	4°
	79	12	4°
	80	7	4°

	81	6	4°
	82	1	4°
	83	2	4°
	84	6	4°
	85	5	4°
	86	9	4°
	87	10	4°
	88	10	4°
	89	11	4°
	95	2	4°
	97	1	4°
	107	1	4°
	111	2	4°
132	90	7	4°
	91	2	4°
	92	6	4°
	93	5	4°
	94	13	4°
	95	6	4°
	96	14	4°
	97	2	4°
	98	4	4°
	99	1	4°
	100	6	4°
	101	4	4°
	102	9	4°
	103	13	4°
	104	1	4°
	105	10	4°
	106	1	4°
	107	6	4°
	108	16	4°
	109	1	4°

	110	1	4°
	111	5	4°
	112	1	4°
	114	6	4°
	116	3	4°
	119	2	4°
	125	8	4°
	127	1	4°
	132	2	4°
	133	1	4°
	134	1	4°
	135	4	4°
	136	1	4°
	138	2	4°
	145	1	4°
133	3	2	4°
	5	3	4°
	6	1	4°
	7	1	4°
	8	4	4°
	10	1	4°
	11	1	4°
	12	1	4°
	13	2	4°
	15	1	4°
	16	1	4°
	17	4	4°
	19	1	4°
	22	1	4°
	24	1	4°
	25	1	4°
	112	1	4°
	113	10	4°

	114	6	4°
	115	1	4°
	116	9	4°
	117	13	4°
	118	9	4°
	119	3	4°
	120	8	4°
	121	3	4°
	122	4	4°
	123	3	4°
	124	4	4°
	125	8	4°
	126	1	4°
	127	7	4°
	128	7	4°
	129	1	4°
	130	6	4°
	131	7	4°
	132	5	4°
	133	3	4°
	134	7	4°
	135	10	4°
	136	7	4°
	137	9	4°
	138	4	4°
	139	2	4°
134	9	1	4°
	12	1	4°
	22	1	4°
	24	2	4°
	25	2	4°
	27	2	4°
	140	1	4°

	141	7	4°
	142	1	4°
	143	1	4°
	144	1	4°
	145	1	4°
	146	1	4°
	148	10	4°
	149	3	4°
	150	1	4°
	151	12	4°
	152	6	4°
	153	7	4°
	154	9	4°
	155	5	4°
	156	2	4°
	157	5	4°
	158	3	4°
	159	2	4°
	160	5	4°
	161	3	4°
	162	4	4°
	163	4	4°
	164	5	4°
	165	4	4°
	166	12	4°
	167	1	4°
	168	3	4°
	169	3	4°
	170	4	4°
	171	3	4°
	172	2	4°
	173	14	4°
	174	4	4°

	175	8	4°
	176	2	4°
	177	9	4°
	178	5	4°
135	1	7	folio
	2	2	folio
	3	8	folio
	4	5	folio
	5	18	folio
	6	13	folio
	7	7	folio
	9	5	folio
	10	5	folio
	11	6	folio
	12	7	folio
	13	8	folio
	14	11	folio
	15	2	folio
	16	6	folio
	17	4	folio
	18	8	folio
	19	3	folio
	20	4	folio
	21	22	folio
	22	6	folio
	23	8	folio
	24	10	folio
	25	15	folio
	26	3	folio
	27	3	folio
	33	2	folio
	35	1	folio
	38	1	folio

	42	1	folio
	43	1	folio
	49	1	folio
136	1	1	folio
	2	1	folio
	9	1	folio
	11	1	folio
	12	1	folio
	14	1	folio
	16	1	folio
	28	7	folio
	29	11	folio
	30	9	folio
	31	11	folio
	32	10	folio
	33	33	folio
	35	10	folio
	36	15	folio
	37	7	folio
	38	7	folio
	39	4	folio
	40	13	folio
	41	7	folio
	42	20	folio
	43	9	folio
	44	7	folio
	45	9	folio
	46	9	folio
	47	4	folio
	48	6	folio
	49	9	folio
	50	2	folio
	51	4	folio

	52	4	folio
	53	2	folio
	54	1	folio
	56	2	folio
137	1	1	8°
	2	13	8°
	3	10	8°
	4	11	8°
	5	9	8°
	6	7	8°
	7	3	8°
	8	7	8°
	9	13	8°
	10	7	8°
	11	4	8°
	12	2	8°
	13	2	8°
	14	12	8°
	15	2	8°
	16	1	8°
	17	3	8°
	53	10	folio
	54	4	folio
	55	6	folio
	56	14	folio

La agrupación en tomos de las distintas obras arroja algunos problemas. Parece ser que los tomos en que se aglutinan las obras en formato *in octavo* abarcan desde el número 1 hasta el 52, faltando, tan solo, el tomo 23, sin que se encuentre mayor razón para ello. Estos tomos ocupaban los cajones 65 y 69. Por su parte, los trabajos *in quarto* se repartían entre los cajones 129 y 134, comenzando la numeración de los tomos, de nuevo, el primero de ellos, por el 1, siguiendo sin solución de continuidad hasta el 30, añadiéndose luego los números 38, 39 y 57. En el cajón 130 los tomos comienzan por el

31, lo que podría dar la sensación de una continuación sin más. No obstante, en el mismo cajón se cuentan tomos hasta el número 61, sin que falte ninguno. Es decir, los números 38, 39 y 57, que ya aparecían en el cajón 129, vuelven a presentarse en este cajón 130, por lo que debían de estar repetidos. Esta situación se reitera en otras ocasiones. Por ejemplo, teniendo en cuenta lo dicho sobre el cajón 129 —que contenía los tomos 1-30—, se repetirían los tomos número 3 y del 5 al 8 en el cajón 133, así como los tomos 9, 12, 22, 24, 25 y 27 en el cajón 134. Y no solo eso, dado que los tomos 24 y 25 se contaban por triplicado, dado que, además de en el cajón 129, aparecen en los cajones 133 y 134.

Por lo tanto, no se aprecia un orden claro en la numeración de los tomos, tampoco en los libros *in folio*, ya que, entre ellos, los números 1, 2, 9, 11, 12, 14, 35, 38, 42, 43 y 49 se cuentan tanto en el cajón 135 como en el 136. Además de éstos, se repiten los números 53 a 56, en los cajones 136 y 137. En este último, como puede observarse en la tabla, se incluían los tomos 1 a 17 con las obras que Juan de Loaysa llama «Misellanea en 8º».

Aún cabe decir algo más sobre los «tratados varios diversorum». Como puede observarse, el número de obras de cada tomo varía significativamente, aunque algunos de los que se ha contado solo uno, en realidad refieren a los asientos que Juan de Loaysa le asignó, no al número de obras, como se indicará más adelante. En cuanto a los idiomas, el más representado con gran diferencia es el italiano o «toscano», seguido, a mucha distancia, por las obras en francés. Tras ellos, los libros en español, en catalán y, por último, griego y alemán.

Por último, asentó Juan de Loaysa en su *Memoria de los libros* los tratados sueltos y fragmentos. Al igual que en el resto de los casos, se encontraban ordenados alfabéticamente, aunque no se informa sobre el lugar que ocupaban dentro de la Librería. Estos vienen señalados, como el mismo indica, con una «E» si estaban completos o con una «F» si eran sólo fragmentos. Es relativamente frecuente que empleara los términos «fragmento» o «es fragmento» junto al asiento de la obra o dentro del mismo. No obstante, probablemente por olvido, no son pocos los asientos que no incluyen referencia alguna a su carácter de entero o fragmento, por lo que no se han incluido en la siguiente tabla:

Letra	Enteros	Fragmentos
A	23	30
B	19	13
C	13	23
D	4	4
E	4	16
F	12	9
G	18	15
H	11	8
I-J	46	31
L	10	14
M	13	14
N	7	7
O	7	4
P	24	27
R	3	8
S	7	16
T	8	15
V	5	9
X	1	

En esta ocasión el idioma más representado es el español, seguido del italiano. Otros idiomas presentes son griego, francés y catalán.

Ante estas perspectivas, llega el momento de preguntarse cuántos libros componían la Biblioteca Capitular y Colombina. La cuestión no es baladí y ha hecho correr ríos de tinta entre los autores, antiguos y modernos, que se han ocupado de la misma. Tomás Marín hizo un repaso de algunas de ellas: a Luis Colón, sobrino de Hernando, se le informa de que heredará 15.370 libros y el bachiller Juan Pérez habla de 15.372 en alguna ocasión. Otros, como Alfonso García Matamoros o el propio Juan de Loaysa estiman la envergadura de la Biblioteca fernandina en 20.000 libros. El mismo Tomás Marín renuncia a hacer un recuento, aunque deja traslucir que, probablemente, el núme-

ro de obras superaría en poco las 15.000, siendo el de los volúmenes no más de 13.000⁹¹.

Por ello, no deja de llamar la atención la afirmación de Juan Guillén a cuenta del número los libros, tras recoger la estimación de Juan de Loaysa sobre la Biblioteca Capitular y Colombina —que la cifraba en 20.000— de que, de ellos solo cuatro o cinco mil procedían de la librería de Hernando Colón⁹². Es improbable hasta el extremo que la Biblioteca Capitular, cuyos fondos apenas superaban los quinientos libros en 1522⁹³, hubiera alcanzado en 1557, cuando se unificó con la Colombina, los quince o dieciséis mil volúmenes. En cualquier caso, la encuadernación que corrió a cargo de Juan de Loaysa debió de desfigurar cualquier semblanza de la envergadura de la Librería Colombina, dado que, según él mismo, afectó a unos dos mil libros de aquella, juntando en un solo volumen, una cantidad de obras variable, desde los treinta y cuatro que se agruparon en el volumen 74 del cajón 131, hasta el tomo 59 del cajón 129, que solo contaba con una, pasando por aquellos que incluían dos o tres, o una decena.

Atendiendo al manuscrito de Juan de Loaysa, su *Abecedario y memoria...*, puede observarse que algunos asientos hacen referencia a una sola obra, mientras que otros incluyen más de una y, en otras ocasiones, varios asientos representan una sola. En este sentido, cuantificar los asientos registrados por Juan de Loaysa en su borrador no aporta mucha claridad sobre la cantidad de libros u obras que componían la Biblioteca Capitular y Colombina por aquel entonces. En cualquier caso, valga decir que el número de los asientos ronda los 7.670. No obstante, con miras a calcular el número de libros u obras, se hace preciso abordar un cotejo de los asientos, procurando unificar los que inequívocamente hagan referencia al mismo libro o volumen. Un ejemplo de ello se encuentra en el cajón 22, donde se lee el siguiente asiento: «Historia Hispana a Roderico Santio», inscrito por la «H» y, a continuación, por la letra «R», «Roderico Santii, Historia Hispana». En otras ocasiones son tres los asientos que se identifican con una sola obra, caso del cajón 125, en el que se encuentran estos tres registros: por la «B», «Bernardus de Parent. Liliun Missae», por la «L», «Liliun Missae a Bernardo de Perentin.» y, por último, inscrito por la letra «M», «Missae Liliun a Bernardo de Perentin.». La frecuencia con la que esto sucede es importante, siendo preciso un minucioso y preciso trabajo

⁹¹ MARÍN 1970, pp. 595-610.

⁹² GUILLÉN 2006, p. 244.

⁹³ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 49-53, 75-78 y 215-243.

de cotejo. En este caso, se ha procurado identificar solo los asientos que incluyen todas las variables. Es decir, si se presenta una obra de un autor comentada por otro, solo se han tomado como una misma obra si, cuando se inscriba por orden alfabético, por ejemplo, por el título de la obra, expresa los nombres tanto del autor del comentario como de la obra comentada, evitando las expresiones vagas como «interpretes varii» o «et aliorum». Esta es una de las razones por la que todo cómputo debe entenderse como meramente orientativo. Además de ella, se tendrá en cuenta que algunas de las obras ocupaban más de un cuerpo o tomo, lo que Juan de Loaysa indica puntualmente junto al asiento respectivo. Así, por ejemplo, en el cajón 123 hay siete asientos, de los que dos ocupaban nada menos que diez tomos, y otro, dos.

Otra de las cuestiones que se deben tener en cuenta afecta, principalmente, a los «tratados varios diversorum» y a los fragmentos y tratados sueltos. Se trata del hecho de que en muchos de ellos los asientos hacen referencia a una multiplicidad generalmente indeterminada. Es frecuente que se enuncien, como en el tomo 1 del cajón 137: «Debotionis tractatus varii gallice per totum» o «Novelas y exámenes y otros papeles curiosos», del tomo 145 asentado en el cajón 134. Más excepcionalmente, se explicita el número de esas obras diversas, caso del tomo 140 del cajón 134, que contenía «dieciséis entremeses».

Teniendo en cuenta estas variables, se puede proponer una numeración. El primer grupo de obras, los libros distribuidos en cajones, constaba de unas 4.459 obras, que se convierten en 4.850 si se suman todos los cuerpos de libros de aquellas que ocupaban más de uno. Por su parte, con los tomos de los «tratados varios diversorum» —353— hacen 5.203 cuerpos o tomos. En este cómputo no han entrado los fragmentos y tratados sueltos, que suman 538, resultando 5.741. Esta cifra fue apuntada por el propio Juan de Loaysa en su *Memoria de los libros* cuando afirma: «para mayor claridad de lo que se ha dicho quanto al número de los libros que son 20.000 y quitar la duda que sobre esto puede aver, resta advertir aquí que en la sala donde esta toda la Librería con ser mui grande caben solo 4 ó 5.000 cuerpos de libros no más: esto es tomos ó volúmenes».

En lo que respecta al número de obras, que no cuerpos, la cantidad aumenta considerablemente. Para calcularlo habría que sumar el número de obras contenidas en los asientos de libros distribuidos en cajones, los 4.459 ya indicados, y el de asientos conte-

nidos en los distintos tomos de los «tratados varios diversorum», unos 2.082, lo que arroja la cantidad de 6.541. Por último, resta añadir el total de tratados sueltos y fragmentos, unos 574, obteniéndose un resultado final de 7.115 obras. Esta cantidad quedaría, en cualquier caso, muy lejos de las quince o veinte mil que se han adjudicado a la librería de Hernando Colón, máxime si se tiene en cuenta que la propia Biblioteca Capitulare contaba en las primeras décadas del siglo XVI con unos quinientos cuerpos de libros.

Aunque no puede ser en ningún caso un cálculo exacto, esta labor cuantitativa ofrece otros datos. En el primer grupo de libros asentados en cajones, Juan de Loaysa calificó explícitamente como manuscritos un total de 497 a los que, probablemente, habría que sumar aquellos de los que se dice que estaban escritos sobre vitela sin añadir de forma expresa su condición de manuscritos, por lo que el número de estos sería sensiblemente mayor. Los «tratados varios diversorum» presentan, asimismo, una notable cantidad de obras manuscritas, unas 276, siendo las elaboradas sobre vitela 67. Por el contrario, la condición de manuscritos de los fragmentos y tratados sueltos solo se explicita en ocho ocasiones, las mismas que las de las obras en vitela, aunque no siempre coinciden unas y otras.

En cuanto a las lenguas utilizadas en los diferentes libros, el más abundante —aparte del latín— es el italiano, con un total de ciento cinco asientos, seguido del francés, con sesenta y cinco, y, muy igualados, las obras en español, con treinta y nueve y en griego, un total de treinta y ocho. Después las obras en alemán, treinta y una y, muy lejos catalán, con nueve, y portugués con una. En lo que respecta a los «tratados varios diversorum», también las obras en italiano son las más abundantes, con un total de 146, seguidas de las escritas en francés, sesenta y una, y en español, treinta y cinco. A continuación, la lengua más presente es el catalán, con nueve obras y, por último, empatadas, alemán y griego, con cinco. La cosa cambia entre los sueltos y fragmentos, dado que las obras escritas en español son la más numerosas, sumando diecinueve. Posteriormente, las italianas, con diez, las obras en griego, un total de siete, las francesas, cinco, y una única en catalán.

La cuestión del formato de las obras ofrece menos complicaciones en el caso de «tratados varios diversorum» y fragmentos y sueltos. En el primero de los casos, los

tomos se hallan nítidamente repartidos en función de su formato: setenta y un⁹⁴ tomos *in octavo*, doscientos dieciséis *in quarto* y sesenta y seis *in folio*. Los tratados sueltos y fragmentos *in folio* estaban asentados por Juan de Loaysa aparte, una vez enunciados aquellos de formato no explícito. En total son veintisiete. Por su parte, los libros distribuidos en cajones pueden venir acompañados de alguna referencia a su formato. Así, se deduce que los libros *in folio* sumaban los sesenta y cuatro, número que asciende hasta los setenta y siete si se computan los tomos que ocupaban. En contraste, las referencias a obras *in quarto* solo son doce, y ninguna las de libros *in octavo*.

Atendiendo a la distribución de las obras o libros por su materia, cuestión que solo afecta al primer conjunto de la *Memoria de los libros*, teniendo en cuenta los matices ya apuntados, se observa que los más abundantes eran los relativos a las Sagradas Escrituras, unos 1.252, seguidos de las obras de Derecho Canónico, 602; las dedicadas a la Retórica, 551; libros de Derecho civil, que ascendían a 509; las de Filosofía e Historia suponían, respectivamente, 475 y 447; a mucha distancia quedaban otras Ciencias o Artes como Medicina, con 319 libros, Gramática, 213 o Astronomía y Astrología, 167. Por último, el grupo menos numeroso era el de obras de Música, que solo sumaban 21. El análisis de obras y autores de cada uno de ellos escapa a los objetivos de este trabajo y podría constituir, en sí mismo, una Tesis Doctoral.

Como colofón a este somero análisis de la Biblioteca Capitulare y Colombina, pueden destacarse aquellos asientos que Juan de Juan de Loaysa atribuye a Hernando Colón:

Cajón	Asiento	
11	Senecae Tragediae cum notis Beranrdin. Marmit. et Daniel Gaietanis et Fernand. Colonis	1
12	Fernandi Colonis notae et index in Metamorphosim Ovidii	2
	Ferdiandi Colonis notae in Ovidium de tristib. et Ponto	3
	Fernandi Colonis notae in Virgilium	4
	Ferdinandi Colonis notae in Horatium	5
	Ovidius Metamorphoseos cum commento Merulae, et notis et índice Ferdinandi Colonis	6

⁹⁴ Sumando los guardados en los cajones 65 y 69 y los veintitún tomos de Miscelánea *in octavo*.

	Virgilius cum commento diversorum et Fernandi Colonis notis	7
	Horatius cum commentario diversorum et notis columbi	8
18	Ferdinandi Columbi notae et index copiosus Suetonium tranquillum	9
19	Ferdinandis Colonis notae ad histor. Saxonis de Regibus Daniae	10
	Fernandi Colonis notae copiosae ad Titolivium	11
	Saxon Grammaticus historia Regum Danorum cum notis Ferdin. Colonis	12
	[Tito Livio] Idem estampado cum notis Fernand. Columb.	13
20	Fernandi Colonis Index et notae in Lucretium	14
	Idem ad lucanum notae	15
	Lucretius de rer. natur. cum commento Joann. Baptista Pii, et index Ferdin. Columb.	16
26	Conradus turicensis Elucidarius carminum cu. notis Colonis	17
	Fernandi Colonis notae et index in Metamorphosim Ovidii	18
	Ferdinandus Colonis notae ad Elucddarium Conradi	19
120	Ferdinandus Colonus tabula manuscripto ad Pomponio Mellam de situ orbis tomo 10	20
129	Pomponius Mella de situ orbis cu. notis et tabula manuscripto Colonis tomo 10	21
130	Totuts tomus 71 annotatus est ex manu d. Fernandi Colonis	22
135	D. Ferdinandus Colon notae sue fragmenta quorund librorum manuscripto tomo 25	23
Fragmento	D. Fernandus Colon Annotationes contra eiusdem dialogum fragmento manuscripto	24

La mayor parte de las aportaciones de Hernando Colón, como se puede observar, se expresan como «notae» o «annotationes», lo que, a menudo, significaría solo que contiene algunas puntualizaciones del gran bibliófilo. De todas formas, conviene tomar estas autorías con cautela, vistas las advertencias de Tomás Marín⁹⁵ respecto a los errores cometidos por Juan de Loaysa a la hora de adjudicar obras a Colón y a otros autores, así como en otros aspectos aún más evidentes, como el idioma en que estaban escritas.

⁹⁵ MARÍN 1970, p. 810.

1. 4. La Inquisición y la Biblioteca Capitular y Colombina: expurgos en la Librería.

Mucho se ha escrito sobre el papel de Santo Oficio de la Inquisición en la censura de las obras bibliográficas que circulaban, o cuya circulación se pretendía impedir, por los territorios de la Monarquía Hispánica. De hecho, el propio Consejo Real de Castilla ejercía una censura previa, dando licencia y privilegio de impresión a impresores y libreros. Al mismo se sumaban otras instancias, como obispos u otras instituciones eclesiásticas, como la propia Catedral de Sevilla. Sin embargo, lo particular de la censura inquisitorial es su carácter *a posteriori*, es decir, una vez ciertos libros que ya se encontraban en el mercado eran analizados por la Suprema, ésta llegaba a la conclusión alguno de sus pasajes o la obra completa atentaban contra la ortodoxia católica, cuya misión era conservar. Esto implicaba la necesidad de hacer llegar a todos los implicados en el mercado librario aquellos títulos proscritos, incluyendo bibliotecas privadas o de instituciones religiosas, como la Seo Hispalense, que debían revisar sus acervos y eliminarlos, de forma que no fueran accesibles para propagar sus ideas heterodoxas.

Para conseguir este objetivo, la Inquisición decidió confeccionar unos índices de libros prohibidos y expurgados⁹⁶, como medio sencillo y universal de darlos a conocer, siendo obligatorio a todos los mercaderes de libros disponer de un ejemplar. Lógicamente, los índices no surgieron como primera respuesta, sino que son el resultado de la experiencia acumulada por el Santo Oficio en su labor de control de la importación y circulación del libro. Efectivamente, en un principio se emitían edictos prohibitorios con un objeto concreto, como los publicados en los años veinte del siglo XVI para las obras de Lutero, aumentando el alcance de las medidas conforme la situación se agravaba, permitiendo a los inquisidores actuar contra quienes poseyeran libros prohibidos⁹⁷. Por fin, se fue vislumbrando la necesidad de agrupar en un solo texto todos los títulos prohibidos, lo que ya había realizado la Universidad de Lovaina a petición de Carlos I en 1539. Como señala Bartolomé Benassar, el papel del luteranismo fue fundamental para desatar las medidas represoras por parte de la Inquisición⁹⁸.

⁹⁶ En el caso de los libros expurgados el objeto eran pasajes, páginas o párrafos de los mismos, que podían ser tachados de forma que resultaran ilegibles o simplemente arrancados.

⁹⁷ REYES 2000, pp. 142-144.

⁹⁸ BENASSAR 1984, p. 253.

El *Catálogo* Sandoval de 1612 fue el primero de los cuatro Índices que publicó la Suprema durante la centuria decimoséptima, siguiéndole un apéndice en 1614 y otros tres Índices en 1632, 1640 y 1667. En el siglo precedente se publicaron otros dos —1559 y 1583-84—⁹⁹, aunque la acción inquisitorial sobre la Biblioteca Capitulare se dejó sentir, incluso, antes de ello. Como recoge Juan Guillén, en 1558 se tomaron las primeras medidas para buscar libros prohibidos, trabajos que, según el autor, pudieron justificar la redacción de un inventario, todavía, en 1563. En 1585, se produjo un traslado de libros al Castillo de San Jorge, sede de la Inquisición en Sevilla, procedentes de la Librería Catedralicia. Por último, en 1591, son tres canónigos los encargados del expurgo¹⁰⁰.

La actividad vigilante de la Inquisición no dio lugar a demasiado respiro a los capitulares, que ordenaron a los diputados de negocios escribir al arcediano de Sevilla Félix Guzmán «pidiendo término para expurgar la Librería» Catedralicia el 20 de junio de 1613. Éste se hallaba en Madrid, como comisionado del Cabildo en la «Congregación de las Iglesias», determinándose, por auto capitular, otorgarle hasta septiembre para «que no venga apurado»¹⁰¹, así como remitirle una carta expresándole agradecimiento por su dedicación a la misma. Seguramente, entre las causas del expreso agradecimiento del Cabildo se hallaba la prórroga por dos años que se consiguió del Inquisidor General, que había sido comunicada en reunión capitular por carta el día 26 de junio¹⁰². Cabe señalar que, durante el siglo XVII la atención del Santo Oficio no se centraba tanto en la condición de posibles herejes de los autores de los libros como en la disconformidad con los postulados científicos que se hallaban en las obras, que eran exhaustivamente analizadas¹⁰³. Quizá por ello, no fue objeto de persecución ni de sospecha ninguno de los canónigos, dado que no se buscaba a quienes introducían obras heréticas, sino que se perseguía ajustar los fondos bibliográficos catedralicios a la visión del mundo defendida por la Inquisición.

Pese a esta dispensa bianual, no esperaron los capitulares tanto tiempo¹⁰⁴ para volver a tratar la cuestión, ni un año: el miércoles 21 de mayo de 1614, se cometía a los «doctores para que vean la Librería y la necesidad que tiene de expurgarse en ella como

⁹⁹ CABEZAS 2005, p. 10.

¹⁰⁰ GUILLÉN 2006, pp. 193 y 194.

¹⁰¹ ACS, 7095, 45r, f. 60v.

¹⁰² GUILLÉN 2006, p. 216.

¹⁰³ REYES 2000, pp. 360-361.

¹⁰⁴ Muy lejos quedan, por tanto, los tres años de silencio afirma Juan Guillén (GUILLÉN 2006, p. 216).

dice el expurgo que ha salido», haciendo referencia, probablemente, al apéndice del *Catálogo* de Sandoval que se editó dicho año. En cualquier caso, debían consensuar las acciones, si encontraban libros incluidos en los Índices, con el canónigo Pedro de Lez, quien sería el encargado de los trabajos precisos, estimando los emolumentos que por ellos habría de recibir. De todo ello debían hacer relación al Cabildo. No tardarían ni un mes en hacerlo, ordenando los capitulares a los archiveros y a Luis Melgarejo, canónigo, que «saquen una bula que habla sobre esto y hagan relación sobre ella», el 18 de junio. Pocos días después, el 25 del mismo mes, se ordenó que Luis Melgarejo tomara la llave de la Librería para concertar con el librero Juan Belero la cuantía por la que se encargaría del expurgo «conforme al número índice expurgatorio». El interés de los capitulares por la cuestión del expurgo denota cierta urgencia por adecuarse a los nuevos preceptos inquisitoriales, requiriendo al mes siguiente, 14 de julio, «se sepa si Luis Melgarejo ha tratado con el librero Juan Belero la expurgación de la Librería»¹⁰⁵.

Desgraciadamente, no se han hallado más noticias relativas al posible acuerdo entre librero y Cabildo. Sin embargo, parece que el canónigo Melgarejo debió de participar en las labores de expurgo, como se desprende del libramiento de 1.360 maravedís a favor de librero Antonio de Toro, en octubre de 1614, por un libro escritorio «la Librería alta, que corrige el señor Melgarejo». Quizá haya que poner en relación con estos trabajos el pago de 480 maravedís efectuado en la misma nómina al librero Rafael Chardi por una resma de papel, «de que se subieron dos manos a la Librería»¹⁰⁶. Si esto fuera así, se desconoce el alcance de los expurgos llevados a cabo, aunque, a juzgar por la recurrencia de la cuestión, en cualquier caso, no debieron de ser suficientes. Así, transcurrido poco más de un año, el jueves 3 de marzo de 1616, se realizó, en reunión capitular, un llamamiento para determinar cómo cumplir «con la obligación de expurgar la Librería». Durante el año anterior, la Inquisición siguió requiriendo al Cabildo en otros asuntos, debiendo éste enviarle, a propuesta de Diego de Campo, el libro donde se apuntaban las misas de la Capilla de la Antigua «que piden los inquisidores». Junto con el libro citado, se envió al apuntador de la Antigua, Andrés Jiménez¹⁰⁷.

De nuevo obtuvieron los capitulares una dispensa para acometer el expurgo de la Librería, esta vez de un año. La prórroga, firmada por el secretario del Santo Oficio Mi-

¹⁰⁵ ACS, 7095, ff. 122r, 127r, 128v y 132v.

¹⁰⁶ ACS, 99651, f. 39r-v.

¹⁰⁷ ACS, 7096, ff. 6v y 103r.

guel de Aguilar Arnao¹⁰⁸, quedaba en poder de los propios inquisidores y del secretario del Cabildo. Seguramente, debido a la inmensidad del trabajo que suponía el expurgo de tan nutrida Biblioteca, en ese mismo auto, dado el 5 de marzo de 1616, se cometió a Luis Melgarejo la expurgación de los libros de Derecho, y a Manuel Sarmiento de Mendoza, todos los demás, debiendo actuar por su persona y solicitando cuanta ayuda precisase en tan ardua labor¹⁰⁹. Nada más se sabe del trabajo de ambos canónigos en el expurgo, ni siquiera si finalmente se llevó a cabo. No obstante, el hecho de que deje de ser un asunto tratado en Cabildo, da la impresión de que debió de satisfacerse, por fin, el deseo de la Suprema de ver correctamente expurgada la Biblioteca Capitular y Colombina. Un silencio documental, que se prolonga durante casi veinticinco años, hasta después de la promulgación de un nuevo Índice en 1640, lo corrobora. Anteriormente, en 1632, se había editado otro que no había gozado de buena acogida ni tan solo en el seno de la propia Inquisición, razón por la cual pudiera no afectar a la Catedral Sevillana y a su Biblioteca.

El Índice de Sotomayor, corrigiendo parte de las deficiencias del precedente, sí acarreó efectos. De nuevo, el Cabildo se ve obligado, el 9 de noviembre de 1640, a encargar la revisión de la Librería, esta vez al racionero Rodrigo Cerero, para que «vea si hay dentro —de la Biblioteca— algunos libros comprendidos en el expurgatorio que de nuevo ha salido». Manuel Sarmiento de Mendoza, quien se había ocupado del grueso del anterior expurgo, se había jubilado poco antes, el 22 de junio, tras solicitarlo el 18 del mismo y demostrar que había servido en su canonjía durante cuarenta años. En el mismo auto, se pedía al Tribunal de la Inquisición «más término del que está señalado»¹¹⁰. Es decir, de nuevo el Cabildo busca conseguir más tiempo para acometer el expurgo, probablemente, debido a las dificultades derivadas de la envergadura de sus fondos bibliográficos o quizá, simplemente, por dilatar el proceso con vistas a su no ejecución. Es lo que trasluce la petición —14 de marzo de 1641— dirigida por el Cabildo al Inquisidor General para que «haciendo relación (...) de la Librería, se le pida licencia general para que esté sin el trabajo de expurgarla». Sin embargo, fracasaron los capitulares en su intento de eximir a la Biblioteca Capitular y Colombina de los afanes expurgatorios de la Suprema, dado que, transcurrido poco menos de un año, el 6 de marzo de 1642, se ordenaba al canónigo Francisco de Barrientos acudir a la Librería para el ex-

¹⁰⁸ DOMÍNGUEZ y SÁNCHEZ 2009, p. 46.

¹⁰⁹ ACS, 7096, f. 104r.

¹¹⁰ ACS, 7104, ff. 260v, 262r, 299r.

purgatorio «que se está haciendo y que se le dé un papel que tiene hecho el racionero Vidal sobre esta materia»¹¹¹. Este auto capitular implica que la expurgación ya había comenzado, por lo que, a falta de una respuesta del Inquisidor General, que se supone negativa, puede intuirse que ésta debió de ser relativamente inmediata. En cuanto al escrito del racionero Vidal, no ha trascendido su contenido ni la suerte que corriera¹¹².

Sea como fuere, el mes siguiente, 8 de abril, el Cabildo se reafirmaba en su voluntad de que Barrientos se ocupara del expurgo, para lo que se le entregaron las llaves de la Librería. Sin embargo, ese mismo día, se requirió para que el canónigo se trasladara a Roma a «seguir con el pleito de los veinteneros de los Padres de la Compañía». Ante la disyuntiva, se acordó que el Deán y los contadores confirieran con Barrientos sobre la conveniencia de enviarlo a la Corte Pontificia, haciendo un llamamiento al Cabildo para determinar por votación. No parece que Barrientos fuera finalmente enviado a Roma, ya que, transcurridos más de tres meses, continuaba a cargo de la Librería, como se reconoce por el auto capitular de 21 de julio de 1642, en el que el Cabildo ordenaba que «para el aseo de la Librería se haga lo que dice el canónigo Barrientos, a quien está cometido». Por último, el 3 de octubre del mismo, se dispuso que Francisco Barrientos leyera su cátedra de escritura a partir del día 19 del mes, que debía versar sobre la Profecía de Isaías¹¹³.

Pese al desempeño de Barrientos en el expurgo, a principios del año siguiente —el 3 de febrero de 1643—, el Cabildo le encomendó conseguir una nueva prórroga del Santo Oficio. La gestión del asunto debió de dilatarse, aunque, en esta ocasión, obtuvo un resultado positivo: el 8 de enero de 1644 pudo comunicar en reunión capitular cómo el Consejo de la Inquisición había consentido en dar otro año más para el expurgo de la Librería. En esta ocasión no parece que se tratara de una maniobra de distracción y, en el mismo auto, se ordena que Barrientos busque la ayuda de cuantas personas necesitase en el Colegio de los Irlandeses y en el de Santo Tomás¹¹⁴. Según Juan Guillén, la noticia recogida en el auto capitular de 13 de enero de 1644 en que se manda «prestar al Doctor Barrientos los libros que están en el Archivo, dando recibo de ellos»¹¹⁵, está relacionada con sus trabajos expurgatorios, llegando a afirmar: «incluso pasaron por el tamiz los

¹¹¹ ACS, 7105, ff. 54r, 121v.

¹¹² GUILLÉN 2006, p. 216.

¹¹³ ACS, 7105, ff. 130r, 154v y 207v.

¹¹⁴ GUILLÉN 2006, p. 216.

¹¹⁵ ACS, 7106, f. 3v y GUILLÉN 2006, pp. 216 y 217.

libros que estaban depositados en el Archivo». Tal vez tenga razón, aunque la mención expresa en Cabildo a este préstamo puede deberse a que por entonces se estaba poniendo en orden el Archivo catedralicio.

La cuestión fue tratada por los capitulares en varias reuniones. El Cabildo comenzaba a tener una seria preocupación por la suerte que corrían documentos fundamentales para su funcionamiento sacados por particulares —con anterioridad ya se había prohibido siquiera mostrar papel o libro alguno de la Contaduría sin permiso expreso de los Contadores prebendados ni aunque el solicitante fuera, igualmente, prebendado¹¹⁶—, ordenando sacar censuras para que dichos papeles, en manos de prebendados o de cualquier otra persona fueran entregados al Cabildo y el 19 de junio de 1643, se realizó un llamamiento para recuperar los papeles del Archivo y nombrar un archivero que se hiciera cargo de ello, utilizando una paulina¹¹⁷ para tal efecto. El elegido fue el canónigo Antonio de Prado, que debía ser auxiliado por el racionero Pedro de [...] y por un oficial que le contara las horas. Poco después del préstamo de los libros situados en el Archivo a Barrientos, el 19 de septiembre de 1644, el Cabildo otorgó 50 ducados al racionero Andrés de León por «el buen cobro y orden» que habían dado al Archivo, siendo nombrado en el oficio de archivero perpetuo¹¹⁸. Todas estas cautelas podrían explicar la autorización capitular para la consulta de los libros del Archivo, más allá de que aquélla estuviera vinculada a los expurgos o no.

En cualquier caso, parece ser que el canónigo Francisco de Barrientos estuvo ocupado en estas labores, entre otras, hasta el 15 de octubre de 1646, cuando «dijo al Cabildo, había de proseguir en la lectura», por lo que había entregado la llave de la Librería al racionero Siruela, quien no podía acudir a la lectura. En vista de la situación, los capitulares accedieron a su petición y decidieron solicitar una nueva prórroga a la Suprema para poder «acabar de expurgar los libros». Menos de dos meses después, el 12 de diciembre, el Cabildo ordenó imprimir a su costa el sermón del día de la Concepción predicado por Barrientos, dedicándoselo al Papa¹¹⁹. Francisco Barrientos falleció el 9 de junio de 1656¹²⁰ y, quizá fruto de su actividad en el expurgo de la Librería, queda-

¹¹⁶ ACS, 7105, f. 92r.

¹¹⁷ RAE, 1: en el catolicismo, carta o despacho de excomunión que se expide en los tribunales pontificios para el descubrimiento de algo que se sospecha haber sido robado u ocultado maliciosamente.

¹¹⁸ ACS, 7106, ff. 6v 30v, 39v y 42r.

¹¹⁹ ACS, 7106, ff. 52r y 65v.

¹²⁰ ACS, 7111, f. 112r.

ron en su poder algunos libros «y otros bienes», para cuya recuperación los capitulares dieron requerimiento el 25 de junio del año siguiente de 1657¹²¹.

Las llaves de la Librería estuvieron en manos del doctor Martín Vázquez Siruela durante años, al menos hasta el sábado 9 de abril de 1650, cuando el Cabildo ordenó que éstas pasaran a manos del Tesorero en ausencia de aquél, «y que los diputados de negocios saquen prorrogación de la licencia del Inquisidor General para expurgar la Librería»¹²². Es posible que la ausencia del Doctor Vázquez Siruela fuera utilizada como pretexto para volver a retrasar el expurgo de la Biblioteca, lo que da a entender que éste era el encargado del mismo, aunque, todavía, no hay una confirmación. Tampoco se puede saber, en vista del silencio impuesto por la documentación, si el Santo Oficio concedió un nuevo periodo de gracia, aunque es probable que sí, dado que la cuestión no vuelve a colación del Cabildo hasta que hubo transcurrido un dilatado periodo de más de once años.

La hipótesis de que el Doctor Vázquez Siruela era el encargado del expurgo queda confirmada por el auto capitular de 31 de octubre de 1661, en el que se ordena a los diputados de negocios solicitar una nueva prórroga para llevarlo a cabo «por cuanto el doctor Martín Vázquez Siruela se halla muy impedido por sus achaques y estaba a su cuidado». El Cabildo solicitaba una nueva prórroga al Tribunal que, una vez más, consintió: el 9 de noviembre¹²³ del mismo año, los diputados de relataron ante los capitulares que el Tribunal de la Inquisición daría la prorrogación solicitada y que proponía, para hacerse cargo del expurgo al entonces mediorracionero Andrés de León, abogado de presos del Santo Oficio en Sevilla¹²⁴. Ambas instituciones llegaron a un entendimiento, otorgando una de ellas una nueva prórroga y la otra aceptando el nombramiento sugerido. La acción de la Inquisición sobre la Seo Hispalense no se limitaba a la censura de los fondos bibliográficos de ésta, dado que también se fiscalizaban otro tipo de libros, como los de bautismos. El 9 de marzo de 1655, el canónigo Miguel Bécquer denunció ante el Cabildo que los libros de bautismo del Sagrario, que habían sido solicitados por los inquisidores, no habían sido devueltos. Solicitaba prohibir a los curas del Sagrario volver a entregar libro alguno sin permiso del presidente del mismo, ante lo que los capitulares encargaron al secretario del Cabildo, a la sazón, el canónigo Pedro

¹²¹ ACS, 7112, f. 35r.

¹²² ACS, 7108, f. 32r.

¹²³ ACS, 7114, f. 95r.

¹²⁴ SALAZAR 1995, p. 126.

Muñoz de Escobar, averiguar si el cura que los había entregado lo había hecho con licencia y encargarle que los recuperara, si es que los inquisidores habían «concluido con ellos»¹²⁵.

La envergadura de la Biblioteca Capitular y Colombina justificaría, sin duda, la concesión de prórrogas para su expurgo. Sin embargo, es difícil no plantearse cierta “mala fe” por parte del Cabildo en este dilatadísimo proceso para evitar plegarse ante las exigencias del Santo Oficio durante décadas, sobre todo teniendo en cuenta que, una vez se ocupó del asunto un miembro de la Inquisición, los trabajos finalizaron en poco más de seis meses. Efectivamente, el día 31 de mayo de 1662, se recoge el siguiente auto capitular:

«El racionero Andrés de León hizo relación de que la Librería estaba ya expurgada en virtud de la comisión del Tribunal de la Inquisición, y que había algunos libros que era preciso llevarlos. Mandó que se lleven al Tribunal para que disponga de ellos lo que fuere servido, supuesto que no pueden estar en la Librería»¹²⁶.

Según parece, no tuvo problemas Andrés de León, siguiendo el cometido encargado por el Santo Oficio, en encontrar libros prohibidos entre los fondos de la librería catedralicia y seguir el cauce normal en estos casos, entregarlos al Tribunal de la Inquisición. Es posible que los expurgos precedentes hubieran, por así decirlo, hecho gran parte del trabajo antes de la intervención de Andrés de León, pero se hace más difícil pensar que fortuitamente se hubieran pasado por alto los libros prohibidos, lo que supondría una intencionalidad clara de los capitulares para evitar su salida. A pesar de todas las gestiones, parece ser que, definitivamente, la Inquisición logró su objetivo de purgar una de las bibliotecas más nutridas, variadas e importantes del orbe católico. En este sentido, el silencio del Cabildo es, igualmente, elocuente: tras haberse resistido de una forma pasiva al Santo Oficio, da la impresión de que aceptó los hechos como irrevocables.

Cabe la posibilidad de que algunos de los libros llevados a la Inquisición en 1662 fuesen los llamados «libros arábigos», aquellos escritos en árabe, que estaban perseguidos por el Santo Oficio. En cualquier caso, cuando, casi treinta años más tarde, en 1690, el rey Carlos II envió una carta solicitando se buscaran este tipo de libros en la

¹²⁵ ACS, 7111, f. 26v.

¹²⁶ ACS, 7114, f. 36v.

Biblioteca Catedralicia para enviarlos a Madrid al objeto de rescatar algunos cautivos cristianos apresados en la plaza de Arache por el Rey de Mequinez¹²⁷ —que solicitaba cinco mil libros arábigos a cambio de su libertad—, se cometió a los canónigos Juan de Loaysa y Ambrosio de la Cuesta para cumplir con la petición regia, y éstos, habiendo «buscado en la Librería con todo cuidado» no encontraron ninguno¹²⁸.

A partir de entonces la acción de la Inquisición sobre la Biblioteca, si la hubo, no dejó más huellas durante la centuria decimoséptima. Ya entrado el siglo XVIII, en 1708 Juan de Loaysa fue comisionado para acometer un nuevo expurgo¹²⁹, seguramente, como consecuencia del Índice publicado en 1707.

¹²⁷ Los ataques del sultán de Mequinez continuaron, dado que, en 1695, el Cabildo hubo de librar un donativo de quinientos ducados para los enfermos de los hospitales de Ceuta, que estaba siendo asediada por entonces, realizándose rogativas «por los buenos sucesos». El año siguiente se repitió el donativo, y se dieron diez ducados al padre Mateos, que estuvo cautivo en Mequinez. Las peticiones en este sentido fueron relativamente abundantes, otorgándolas, por lo general, el Cabildo (ACS, 7131, ff. 86v y 89r y 17r).

¹²⁸ ACS, 7128, ff. 124v y 128r.

¹²⁹ GUILLÉN 2006, p. 246,



Fig. 1. Sala capitular de la Catedral de Sevilla.



Fig. 2. Retrato de Hernando Colón conservado en la Biblioteca Capitulr y Colombina



Fig. 3. Frontispicio de la Biblioteca Capitulare y Colombina.



Fig. 4. Entrada principal de la Biblioteca Capitul y Colombina



Fig. 5. Interior de la Biblioteca Capitulare y Colombina.

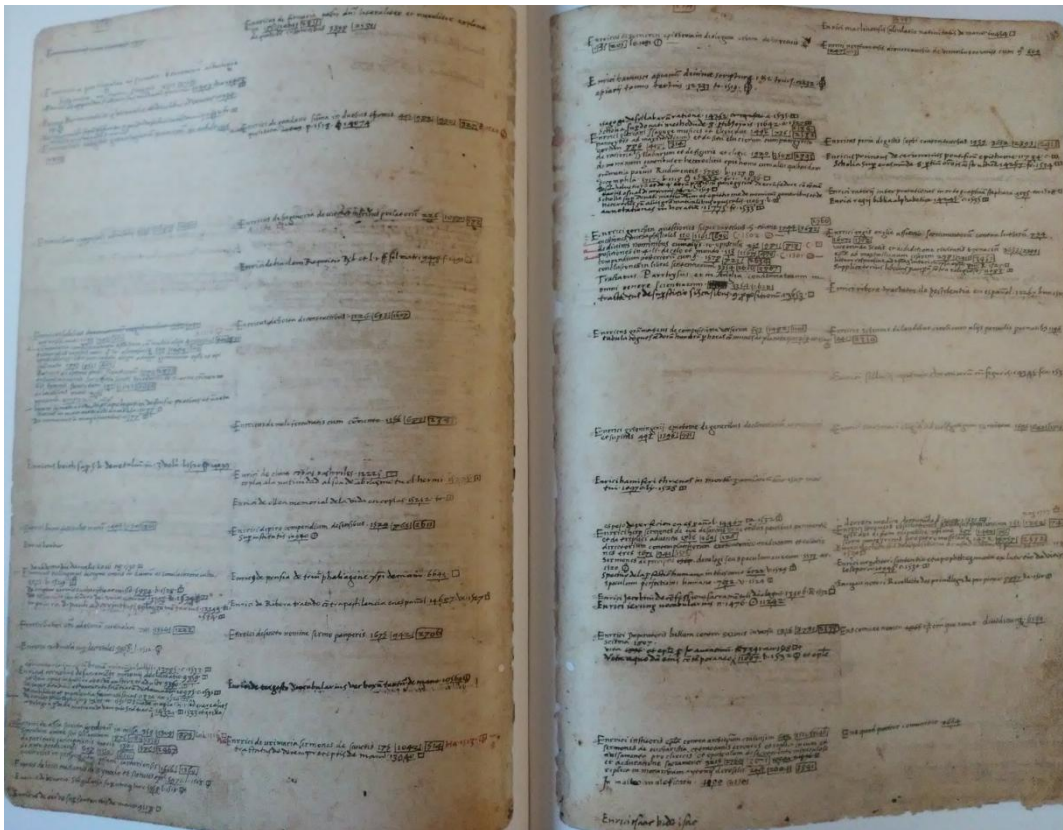


Fig. 6. Facsímil del *Registrum B* fernandino.

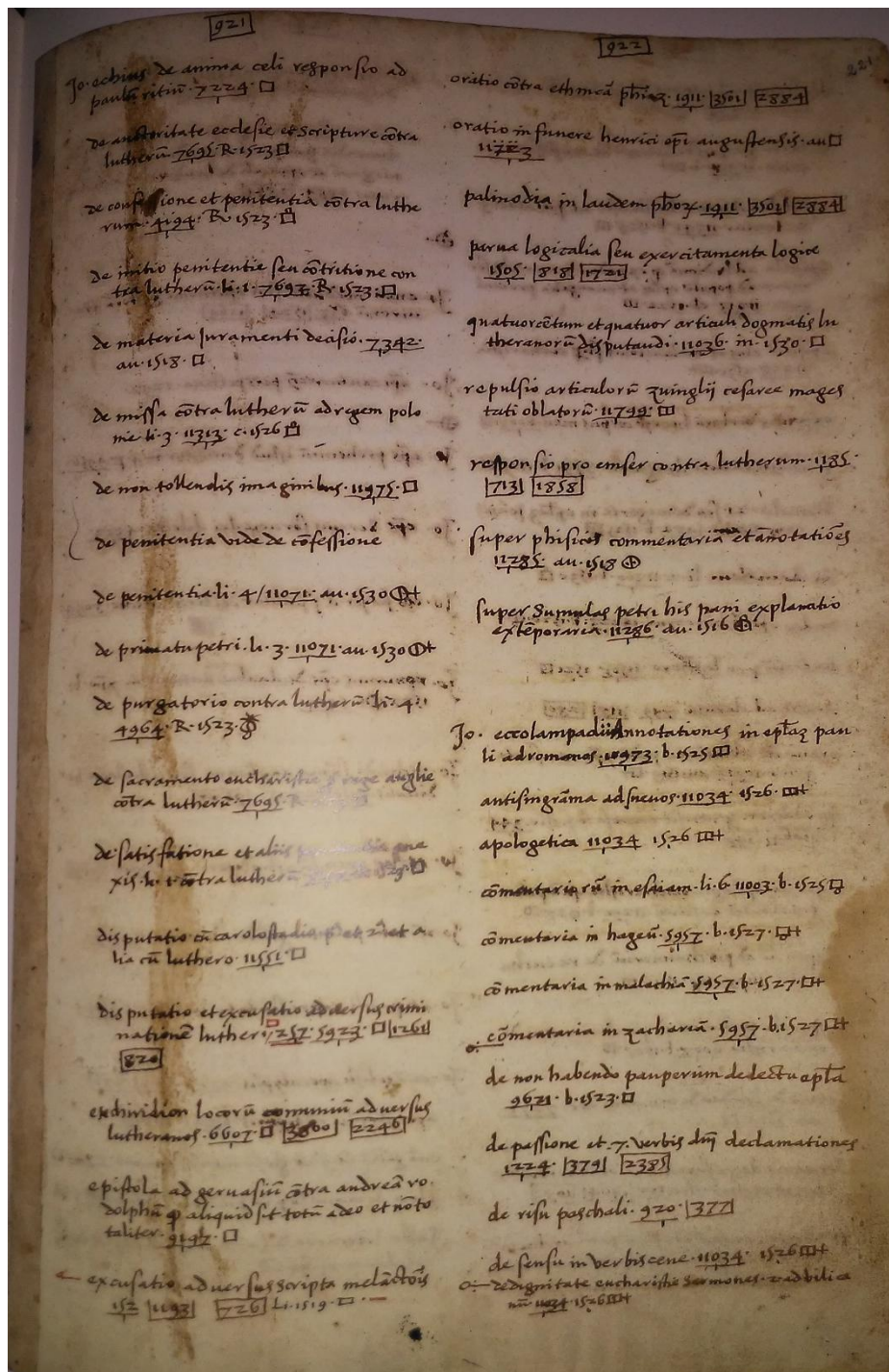


Fig. 7. Pueden observarse los dígitos y recuadros que se utilizaban para relacionar unos repertorios con otros.

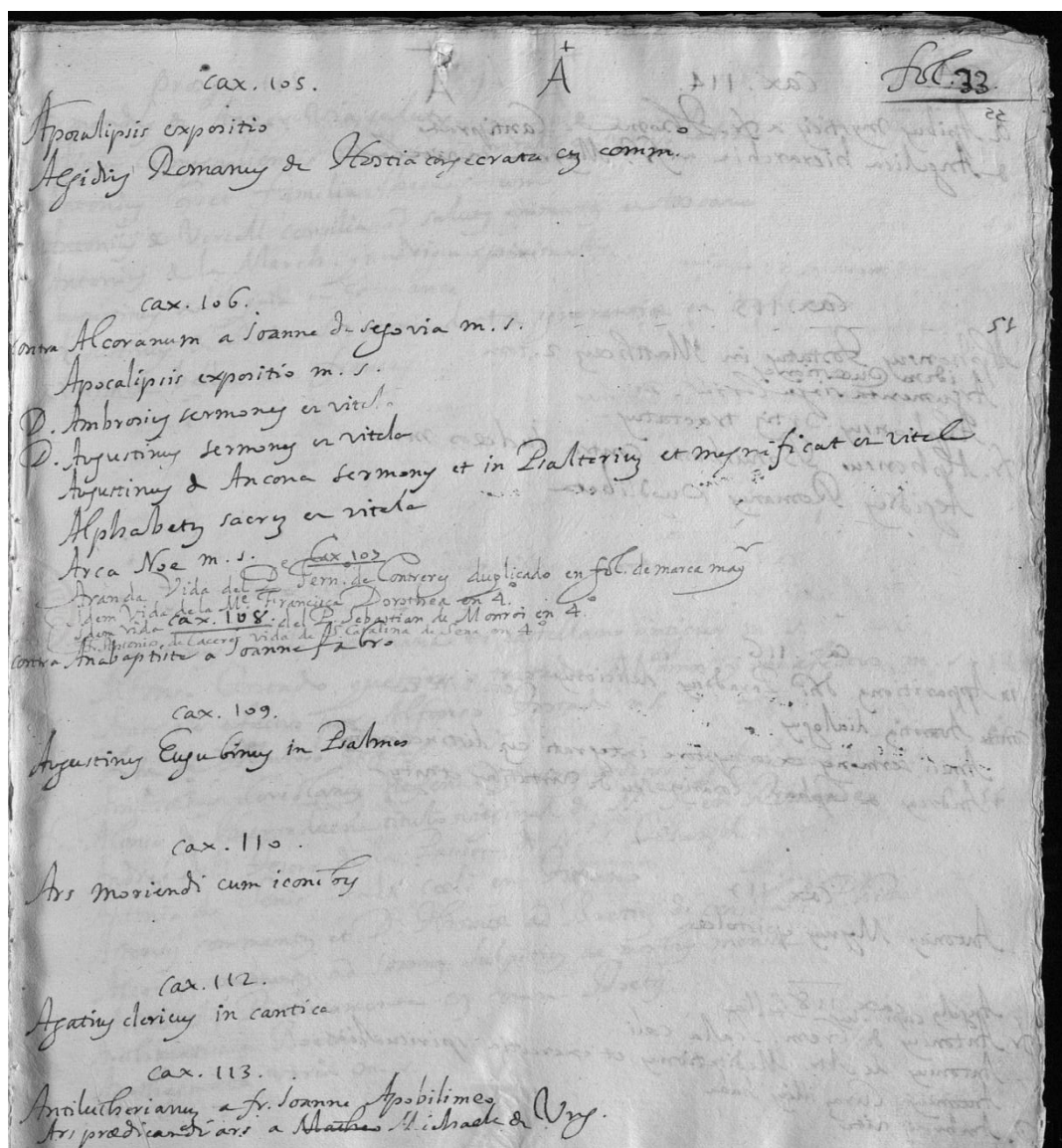


Fig. 8. *Abecedario y memoria...* de Juan de Loaysa. Puede observarse la distribución de libros en los diversos cajones, incluyendo, en este caso, la adenda posterior de los libros escritos por Gabriel Aranda sobre la vida de diversos santos.

2. LAS LIBRERÍAS CORALES

Se sabe que los libros que formaban la Librería Coral de la Catedral, desde el siglo XVI, se hallaban divididos en, al menos, dos emplazamientos. Unos se encontraban permanentemente dentro del Coro, asidos con cadenas a los asientos o atriles, o bien guardados en cajones y arcas situados en su interior, cuya ubicación exacta es conocida por el inventario realizado en 1552. Estos libros servían para uso diario en el Coro.

Otra parte de los libros corales, la mayoría de ellos, se encontraban fuera del Coro y eran llevados a éste para su servicio según las necesidades litúrgicas. Su emplazamiento varió a lo largo del siglo XVI. A partir de 1553 estuvo situada en los aposentos del antiguo Archivo¹³⁰, probablemente, en los altos de la actual Capilla de la Antigua. Ya en el siglo XVII, se recoge una noticia sobre la situación de los libros del Coro, en el auto capitular de 10 de junio de 1620, en el que el Cabildo mandaba que:

«los libros de canto llano de coro que se han puesto en una capilla junto al Sagrario, que estaban en la diputación que hoy es de negocios, se lleven a la capilla que está junto a la puerta de la iglesia que se llama la librería, y el mayordomo de Fábrica los haga allí acomodar y que los contadores hagan hacer luego inventario muy cumplido de toda esta librería y se guarde en la Contaduría y se haga por el cargo de ella al sochantre, a quien está encomendada»¹³¹.

Del mismo se pueden inferir varias cosas: entre 1575, cuando, al parecer, se estaba construyendo una habitación para los libros del Coro, o al menos se estaba reformando la ya existente¹³², los libros debieron situarse en lo que a la altura de 1620 era la Diputación de Negocios; que fueron de nuevo trasladados hasta una capilla cercana al Sagrario, desde donde serían llevados a una capilla próxima a una de las puertas de la Catedral, que era conocida como librería, donde debían situarse¹³³. Anteriormente, la estancia conocida como la librería estaba emplazada en los aledaños de la capilla del Mariscal, o en ella misma¹³⁴, es decir, cerca de las puertas de Campanillas y Palos, una de las cuales debe ser la señalada en el auto. Lamentablemente, del inventario mencionado no se han hallado noticias, por más que se señale su custodia en la Contaduría. Por

¹³⁰ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 42-44, 78 y ss. y JIMÉNEZ MARTÍN y PÉREZ PEÑARANDA 1997, pp. 116.

¹³¹ ACS, 7098, f. 85r,

¹³² ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 44 y 45.

¹³³ Capilla de San Isidro.

¹³⁴ GONZÁLEZ 2000, p. 657.

último, queda claro que el responsable de esta librería era el Sochantre, a quien correspondía el cuidado de la misma, lo que se confirma con los asientos de los diferentes libros de salarios. En este sentido, el sueldo recogido en los mismos, por cargo de la librería, osciló a lo largo de la centuria, desde los 3.000 maravedís de 1617¹³⁵ y 1618¹³⁶, llegando en los años treinta a los 4.000 maravedís¹³⁷, cifra que no siempre se mantiene¹³⁸. Desafortunadamente, los salarios aparecen esporádicamente a lo largo del siglo. Por otra parte, la librería que permanecía en el Coro estaba al cuidado de uno de los mozos de Coro, que también se encargaba de su limpieza¹³⁹. Quizá por ello, cuando se hubo de entregar unos *salterios* recién comprados, se ordenó que fueran confiados «al que tiene la llave», sin que, por entonces, se pudiera especificar de quién se trataba. En el mismo auto se ordenaba al Mayordomo de Fábrica «dé lugar donde guardarlos y se inventaríen junto a los demás libros, por el Notario de Fábrica». El hecho de que fueran inventariados junto a los demás libros hace suponer que se situarían, probablemente, entre alguno de los dos conjuntos de libros corales ya referidos, los que permanecían en el Coro o los que eran llevados al mismo según las necesidades del culto.

En los primeros años del siglo XVII, como se verá en su momento, los fondos corales se encontraban en plena adecuación a los preceptos tridentinos, labor que había comenzado ya en el siglo anterior. En estos trabajos participó Sebastián Vicente Villegas, a la sazón, veintenero, a quien los capitulares ordenaron que asistiera a la puntuación de los libros del Coro, percibiendo las horas que dedicara a ello, el 9 de octubre de 1613¹⁴⁰.

La labor del Sochantre era ardua debido lo prolongado de sus jornadas a frente del Coro, lo que causaba estragos en su salud. Así, el Cabildo hubo de conceder al sochantre Miguel Jerónimo repetidas licencias para dejar de asistir a las horas de menos luz, «atento a la grave enfermedad que padece de los ojos». Así, en una primera ocasión, el 17 de octubre de 1625 se le dio licencia de seis meses para no acudir a los Maitines¹⁴¹; transcurrido casi un año, el 19 octubre de 1626, se le dispensó para no asistir, además de a los Maitines, a las misas que se celebraban los sábados en la Capilla de la

¹³⁵ ACS, 09665, f. 105v.

¹³⁶ ACS, 09666, f. 96v.

¹³⁷ ACS, 09668, f. 94v.

¹³⁸ ACS, 09669, ff. 96r; 09671, 180r y 09672, 176r.

¹³⁹ GONZÁLEZ 2000, p. 112.

¹⁴⁰ ACS, 7094, ff. 77v-78r.

¹⁴¹ ACS, 7100, f. 115r

Antigua, «atento a que los serenos de la mañana y la noche le hacen gran daño»; por último, de nuevo, pasados unos doce meses, se le otorgó una licencia de seis para no concurrir a los oficios referidos, «encargándole en su conciencia que quando pudiere, venga»¹⁴². Esta situación se repitió con los sucesivos sochantres a lo largo del siglo, como muestran las continuas referencias en las actas capitulares a los achaques de que adolecían los mismos.

Quizá por estas razones, el Cabildo se inclinó por buscar quien auxiliara al Sochantre en sus quehaceres. Por ello, el 11 de abril de 1633, se dispuso que el veintenero Antonio Xarqui recibiera la mitad del salario del mismo, para que lo «ayude por semanas (...) así en lo que toca al gobierno del Coro como en el decir los responsos de las pitanzas (...). Por decir pitanzas tiene señalado 1.000 reales¹⁴³ y por guardar los libros tiene señalado que es de 8.000 maravedís y 6 fanegas de trigo». Sin embargo, según una nota situada en el margen izquierdo, se declara que no llevase la mitad por la guarda de los libros, quedando enteramente para el sochantre, mientras éste no lo ofreciese¹⁴⁴. Antonio Xarqui sucedió en el cargo de Sochantre a Miguel Jerónimo de Velázquez, siendo nombrado como tal el 15 de diciembre de 1642. Posiblemente, debido a la mucha edad de su predecesor, el Cabildo tomó la decisión de entregar al Maestro de los Seises «los libros de canto que están en la Librería de esta Santa Iglesia», firmando su recibo y tomándose razón en el libro de Fábrica¹⁴⁵. Por último, en 1645 se determinó que el ayudante de sochantre, el veintenero Melchor Carvajal, recibiese como salario fijo cien reales —3.400 maravedís— que se le daban por su trabajo como aguinaldo, a cargo de la Fábrica¹⁴⁶. Esta costumbre de nombrar un ayudante para el Sochantre quedó consolidada con la designación como tal de Pedro Rodríguez de Robles, veintenero, con un salario de 1.700 maravedís, y las obligaciones acostumbradas.

No obstante, a pesar de estas previsiones, las condiciones de la librería de canto llano se deterioraron a lo largo de las siguientes décadas, hasta el punto de que, en reunión capitular de 6 de marzo de 1660:

«Requirió el señor Mayordomo del Comunal no se savía en poder de quién paran los libros de canto, y que están muy mal tratados siendo de tanta estimación y precio, y que

¹⁴² ACS, 7102, ff. 87r y 209v.

¹⁴³ O sea, 3.400 maravedís.

¹⁴⁴ ACS, 7103, f. 32v.

¹⁴⁵ ACS, 7105, ff. 207r y 515r.

¹⁴⁶ ACS, 7106, f. 6r.

así es presisso ponerles cobro, el Cabildo cometió al señor Arcediano de Sevilla haga nuevo inbentario dellos, y refiera a quién encomienda se entreguen para su mayor seguridad y aseo»¹⁴⁷.

Es probable que este estado de dejadez y descontrol sobre los libros de canto llano, que sin duda agravó los desperfectos y “maltratos” que sufrían, esté en relación con el hecho de que quien por entonces ocupaba el cargo de Sochantre, citado ya como antiguo ayudante de sochantre, el licenciado Melchor de Carvajal —desde 1649¹⁴⁸—, había realizado una petición al Cabildo, en 1656, para dejar el oficio, debido a sus achaques y a lo trabajoso del mismo¹⁴⁹. En 1659 recibió una licencia de doce horas para salir de su casa sin quebrantar el patitur¹⁵⁰, atento a «lo postrado que le adexado la prolixa enfermedad que a padesido»¹⁵¹. A pesar de que contaba, como era costumbre, con un ayudante, primero Estaban Marín¹⁵² y, posteriormente, Jerónimo Díaz de Rojas, es verosímil pensar que un sochantre postrado y avejentado sin duda encontraría más dificultades para el buen desempeño de sus obligaciones, entre ellas, el cuidado de los libros del Coro. La muerte de Melchor de Carvajal debió de producirse en algún momento antes del 4 de junio de 1660, día en que el chantre Francisco Domonte y Verástegui nombró al licenciado Jerónimo Díaz en el oficio de Sochantre. El Cabildo confirmó dicha designación, con las mismas condiciones que su predecesor.

El citado auto capitular de 6 de marzo de 1660 da muestra del aprecio que el Cabildo tenía por su tesoro librario, «de tanta estimasion y precio», a pesar de los problemas, dado que se pretenden tomar las medidas precisas para su cuidado, encomendando al Arcediano de Sevilla la confección de un nuevo inventario, del que tampoco se ha hallado testimonio más allá de éste, que indique a quién se han de encomendar. Asimismo, se mandab que se «pongan cobro», es decir, que se recuperasen aquellos que se hallaran en lugar desconocido.

La siguiente noticia hallada sobre la Librería de Canto Llano data de la reunión capitular del miércoles primero de junio de 1661, cuando se mandó que «la librería de canto llano que está en el sitio donde se ha de labrar la capilla de los señores canónigos

¹⁴⁷ ACS, 7113, ff. 23v y 94r.

¹⁴⁸ ACS, 7108, f. 72r. El día 21 de junio de 1649 fue nombrado, con el mismo salario que su antecesor.

¹⁴⁹ ACS, 7111, f. 99r.

¹⁵⁰ En latín: permitir.

¹⁵¹ ACS, 7111, f. 106v.

¹⁵² Esteban Marín ocupó el cargo fugazmente, dado que fue depuesto del mismo en el cabildo del 25 de mayo de 1656, por una mayoría de 23 votos contra 13 (ACS, 7111, f. 73v).

Puentes, se passe y ponga en una quadra pequeña que está en el patinillo del antecabildo»¹⁵³. La capilla mencionada en el auto es la de San Isidro, fundada por los canónigos Francisco y Fernando de la Puente Verástegui, donde los libros debieron de estar desde su traslado en 1620. Así se desprende, igualmente, de que fuera llamada «Capilla de la Librería Vieja» y a su escalera «Caracol de los Libros», en las postrimerías del siglo¹⁵⁴. Se encuentra situada a los pies de la nave de San Pablo. La estancia sufrió una importante remodelación, que afectó al muro del edificio gótico, tallándose profusamente con ornamentación de hojarasca, quedando en él enmarcados sendos altares, hoy dedicados la Virgen del Madroño y a la Virgen de la Cinta. De los trabajos interiores de la misma se encargaron Bernardo Simón de Pineda, quien realizó la traza del retablo, y Juan Valdés y Agustín Franco, ocupados de la policromía del mismo y de las pinturas de la bóveda. Este barroco diseño rompió la simetría que guardaba el muro de la Catedral, hasta la labranza de la Capilla de San Leandro en la Nave de San Pedro en 1733. Por tanto, debido a la acción fundadora de los hermanos de la Puente, el Cabildo se vio obligado a un nuevo traslado de sus fondos bibliográficos de cantoría, ordenado que se llevaran a una cuadra, esto es, a una estancia, donde fueran guardados. Por su parte, la construcción del Antecabildo, de estilo manireista, había sido finalizada en 1585, salvo una puerta que lo comunicaba con la Capilla de del Mariscal, que se realizó dos años más tarde, en 1587¹⁵⁵. Este es el último traslado documentado durante el siglo XVII, por lo que debieron permanecer allí hasta que en algún momento fueron trasladados, de forma que hacia finales del siglo XIX, la Librería Coral se hallaba situada en la estancia contigua a la puerta de San Cristóbal, frente al Archivo de la Música, como recoge M^a del Carmen Álvarez de las noticias dejadas por José Gestoso¹⁵⁶.

La sochantría de Jerónimo Díaz fue breve, dado que el mismo desistió del oficio «atento a estar achacoso», siendo aceptado por el Cabildo el 13 de agosto de 1663, mandando que se propusieran candidatos para suplirlo. La designación del nuevo Sochantre se llevó a cabo con suma celeridad, dado que se produjo apenas pasados cuatro días, recayendo en el veintenero Juan Galáez en idénticas condiciones que su antece-

¹⁵³ ACS, 7114, ff. 48v y 51r.

¹⁵⁴ JIMÉNEZ y PÉREZ 1997, p. 112.

¹⁵⁵ MORALES 1984, pp. 206, 212 y 213.

¹⁵⁶ ÁLVAREZ 1992, p. 45.

sor¹⁵⁷. Poco después, el 16 de noviembre de 1663, fue recibido José Jerónimo como veintenero y ayudante del Sochantre.

Por último, durante la vacancia que se produjo en el oficio de Sochantre, tras la muerte de Juan Galáez el 14 de septiembre de 1681, el Cabildo cometió a los afianzadores de la Fábrica para que se encargaran de recibir los papeles de música y la llave la Librería de Canto Llano del desaparecido Sochantre, para que fueran entregados por inventario al Sochantre interino, el licenciado Pedro Blanco¹⁵⁸, nombrado el 11 de enero de 1683, con el mismo salario que aquél¹⁵⁹. De lo mismo no puede inferirse que se haya producido un nuevo movimiento de los libros de canto llano, pero, de nuevo, aparece el fantasma de la falta de control sobre ellos, siendo necesario recuperar los «papeles» que estaban en poder del antiguo Sochantre, y entregar a un interino su cuidado. Del citado inventario nada se sabe, desafortunadamente. Tal vez esta situación de inestabilidad acentuó el deterioro de los libros, dado que, al igual que sucedió con Sebastián Vicente Villegas durante la segunda década del siglo, los capitulares tuvieron a bien otorgar licencia de doce días al licenciado José de Soto para que «pueda asistir al aderezo de los libros de canto llano, poniendo sustituto a Maitines, a satisfacción del Chantre», el 29 de octubre de 1685¹⁶⁰. José de Soto, como se verá, había trabajado en el aderezo de libros y *misales* desde 1683, escribiendo luego *alehuyas* y algún libro.

3. 1. Los fondos de las librerías corales

Desgraciadamente, a diferencia de lo que ocurre con la documentación del siglo XVI, de la centuria decimoséptima no se conserva ninguno de los inventarios que se confeccionaron de los fondos de las librerías corales. Es por ello que, para la reconstrucción del acervo librario de canto llano en el siglo XVII, se hace preciso partir del último de los inventarios realizados en el XVI, tratando de completar la semblanza del mismo con las noticias recogidas sobre el particular en las diferentes fuentes documentales. Sin embargo, como es lógico, no podrá asegurarse a ciencia cierta la permanencia o pérdida de libros que, a buen seguro, se produciría durante el devenir de estos cien años.

¹⁵⁷ ACS, 7115, ff. 71v y 97r.

¹⁵⁸ ACS, 7124, f. 98v.

¹⁵⁹ ACS, 09672, f. 40r.

¹⁶⁰ ACS, 7126, f. 125v.

M^a del Carmen Álvarez recogió y estudió cada uno de los cuatro inventarios conservados de aquella centuria¹⁶¹, siendo el último de ellos realizado el 4 de julio de 1596 como consecuencia de la asunción de su custodia por Miguel Jerónimo de Velázquez, cuya sochantría verá llegar el siglo XVII, prolongándose, como se ha visto, hasta 1642. Se trataba de la librería de libros que entraban y salían del Coro, que, ya se apuntó, estaba a cargo del Sochantre. En este inventario se recogían ciento veinticuatro libros, debiendo ser desechados otros treinta y siete como consecuencia de su deterioro. En aquellos momentos, al igual que durante los primeros años del siglo XVII, se estaba trabajando con fruición en la enmienda de los cantorales¹⁶² para adecuarlos a los preceptos salidos del Concilio de Trento. Como señala la autora citada, el inventario no consigna, apenas, noticias sobre la materia escriptórea, así como otras características, como encuadernaciones o las dimensiones de los libros, salvo en contados casos.

Los libros aparecen divididos en grupos según su carácter litúrgico, denotado por rúbricas. Así, entre los *oficieros dominicales* se cuentan diecinueve cuerpos de libros, a los que se suman otros seis *oficieros diurnos*, abarcando todo el tiempo de oficios. A ellos se añadía un *oficiero* iluminado que contenía las principales fiestas de Jesús —Epifanía, Resurrección, Ascensión y Pentecostés—; otros dos *oficieros*, uno diurno y otro diurno y nocturno, con el oficio de la Santísima Trinidad; y otros veinte cuerpos pequeños, duplicados, situados diez en el Coro del Deán y los otros diez en el del Arcediano.

Por su parte, los *oficieros del Común de los Santos* sumaban seis cuerpos de libros, y los *diurnos* y *nocturnos* otros diez, siendo cuatro de ellos de contenido indeterminado. Existía otro grupo de seis *oficieros santorales*, que cubrían todo el año, al que se sumaba otro cuerpo iluminado con las festividades marianas de la Purificación, Encarnación, Asunción, Natividad y Concepción de la Virgen, así como doce *santorales diurnos* y *nocturnos*. Los *oficieros de difuntos* eran tres y los de *maitines*, cuatro. Cerraban el repertorio de canto llano otros ocho cuerpos de contenido variado. Por último, en el mismo inventario se recogen los treinta y siete libros que debían ser destruidos por su mal estado de conservación.

¹⁶¹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 78-94.

¹⁶² El Dr. Pablo Alberto Mestre Navas acaba de corregir las primeras pruebas de imprenta de un excelente trabajo sobre los cantorales titulado «Origen y evolución de los cantorales. Perspectivas codicológicas», que se publicará en breve.

Por otra parte, de los libros que se hallaban siempre en el Coro, se conserva un inventario de 1591, sumando veintiún cuerpos de libros, que, según una nota posterior, fueron sacados del Coro y entregados al veedor. De ellos, ocho estaban escritos en pergamino y doce en papel, entre los que se contaban nueve *breviarios romanos* nuevos.

Por lo tanto, al iniciarse el siglo XVII, el panorama de las librerías corales no debía ser muy distinto al planteado en las postrimerías de la centuria anterior. Es muy probable que, a pesar de que los libros que permanecían siempre en el Coro fueran puestos en manos del veedor, posteriormente volvieran a su lugar habitual. Así, cuando se adquirieron doce *salterios* para el Coro, como se indicó, se encargaron a quien por entonces tuviera las llaves del Coro—10 de abril de 1612—, y «se busque donde guardarlos», mandando que fueran inventariados junto a los demás. Previamente, el 3 de marzo de 1611, el Cabildo ordenó al Mayordomo de Fábrica que «haga comprar más *salterios* para el Coro y que se hagan libros para los aniversarios, para que haya más en cada Coro». Posteriormente, el 15 de marzo de 1612 los capitulares ordenaron que fueran situados seis *salterios* en cada Coro, y «encomienden a los mozos de encomendar para que estén a su cuidado»¹⁶³. Quizá, a estas alturas, el estado de conservación de muchos de los libros de canto llano era precario, dado que los trabajos en el taller escriturario, dirigido desde fines del siglo XVI por Melchor de Riquelme, eran constantes. Como se verá, las noticias acerca de la corrección de los libros de canto llano son abundantes en los primeros años de la segunda década de la centuria. Por aquel entonces, otros artesanos de libro como Pedro de Arriola, estaban trabajando en la encuadernación de libros, así como en la confección de otros, en este caso *himnos*, *quiries* y *credos*, por los que recibió 6.800 maravedís¹⁶⁴. Anteriormente, Sebastián Vicente Villegas había puesto en punto el *oficio del Ángel de la Guarda*, ordenando el Cabildo que «el libro que de esto presentó (...) se entregue al Sochantre y se ponga en punto en libro grande»¹⁶⁵. La compra de los citados *salterios* y la previsión de que se escribieran más libros de los aniversarios apuntan, igualmente, a una necesidad de renovación de los fondos de canto llano.

El ya mencionado traslado de los libros que entraban y salían del Coro en 1620, a pesar de la orden dada por los capitulares para realizar un «inventario muy comple-

¹⁶³ ACS, 7094, ff. 9v, 75v, 76r y 78r.

¹⁶⁴ ACS, 09461, ff. 12v y 17v.

¹⁶⁵ ACS, 7094, f. 5r.

to»¹⁶⁶, debió de ser, a buen seguro, un elemento de pérdida y deterioro de los fondos. Transcurridos unos años, el 26 de abril de 1624, el Maestro de Ceremonias presentó un *oficio de Corona Domini*¹⁶⁷, fiesta que se celebra el 4 de mayo, «y se mandó que se saque un libro grande en la forma que es necesario para que sirva en el Coro, y el secretario le agradezca su cuidado y trabajo de parte de Su Señoría, y el presidente que fuere del Coro tenga cuenta de darle las tardes que hubiere menester para ocuparse en los demás oficios de santos que le están cometidos»¹⁶⁸. El Maestro de Ceremonias citado era Sebastián Vicente Villegas, quien recibió un pago de 5.440 maravedís entre los días 5 y 10 de mayo de 1625, por un «libro pequeño de Corona». Como se verá en su momento, el encargado de escribir en «libro grande» fue Andrés Camacho —quien se hizo con la dirección del taller escriturario catedralicio—, por el que recibió algunos pagos a lo largo de 1625, «dos libros colaterales del *oficio de la Corona*»¹⁶⁹. La actividad de Andrés Camacho fue importante durante estos años, escribiendo algunos libros más que se añadirían al acervo de libros de Coro. Por lo tanto, en estas fechas, los fondos de canto llano se vieron incrementados por la producción propia de la Catedral Sevillana.

A estas incorporaciones deben sumarse unos *procesionarios* que el Cabildo ordenó entregar al Sochantre, por auto de 20 de octubre de 1627, para que éste los repartiera entre los veinteneros y capellanes. Los capitulares insistían en que dichos *procesionarios* quedaban bajo la custodia de Miguel Jerónimo de Velázquez, quien debía responder por los que faltaran «de suerte que, andado el tiempo, dé razón de todos los que se le entregaren»¹⁷⁰. Quizá esos *procesionarios* fueran los que, siete años antes, en 1620, encuadró Lucas Martín, librero, en número de veintinueve¹⁷¹. Como se verá en su momento, en los años cuarenta del siglo XVII de nuevo aumentará la actividad en el taller escriturario de la Seo Hispalense, añadiéndose a la Librería Coral cinco cuerpos más. Sin embargo, las labores más importantes se centraron, a la sazón, en el aderezo de hasta ochenta y dos cuerpos de «libros de canto, que se hallaban muy maltratados»¹⁷². Lo avejentado de algunos de los libros —recuérdese que en 1596 fueron eliminados hasta treinta y siete cuerpos—, es un elemento que hay que tener en cuenta. Aunque no se ha constatado una decisión similar a la tomada a fines del siglo XVI, lo «maltratados»

¹⁶⁶ En el auto se dice que dicho inventario debe guardarse en la Contaduría.

¹⁶⁷ MARCHENA 2018, p. 85. Libro 22.

¹⁶⁸ ACS, 7100, f. 20v.

¹⁶⁹ ACS, 09667, ff. 21r, 25v y 27v.

¹⁷⁰ ACS, 7102, f. 211r.

¹⁷¹ ACS, 09468, f. 19r.

¹⁷² ACS, 09498, ff. 14v y 21r.

que se encontraban en 1660, como se ha visto, apunta a la posible pérdida de algunos de ellos. Así, cuando se planteó entregar al Colegio de San Isidoro un libro de canto, el «más usado que hubiere en la Librería», el 10 de julio de 1686, los encargados no debieron de ponerse de acuerdo, dado que, un año y cuatro meses después, el 12 de noviembre de 1687, el arcediano de Écija Gregorio Bastán y Aróstegui hubo de reiterar la cuestión, proponiendo la entrega del libro del rezo propio de San Diego. Esta propuesta no estaba motivada, sin embargo, por su antigüedad, sino «por quanto no se usa de él». Dos días después, el Cabildo ordenó buscar un libro, a la vez que encargaba al Sochantre de la Iglesia de Santa María la Blanca, Juan Díaz, informar de cuánto costaría la confección de un libro *ex profeso* para los estudiantes. Finalmente, se decantaron por esta opción, como se especificará más adelante¹⁷³. Ese mismo año de 1686, la Diputación de Ceremonias informó que el Maestro de Capilla, Diego José de Salazar, había compuesto a canto llano un *oficio de San Rafael*, mientras que el Maestro de Canto llano del Colegio había hecho lo propio con los *himnos de San Emeterio y San Celedonio*. El encargado de su escritura fue, de nuevo, Juan Díaz, bajo la supervisión del Maestro de Ceremonias, Adrián del Ossu, para asegurarse una ortografía adecuada. Los pagos a Juan Díaz registrados ese mismo año confirman que, efectivamente, se llevaron a cabo las tres composiciones¹⁷⁴.

Esta disposición a financiar la escritura de nuevos libros de canto es más meritatoria por cuanto, a la sazón, la crisis económica afectaba a las arcas catedralicias con virulencia. La devaluación de los bienes inmuebles y sus alquileres, entre otros muchos factores, afectaban de forma contundente a los ingresos de la Fábrica. Tanto fue así que, cuando el 23 de junio de 1690, desde la Iglesia de Alcalá de Henares remitieron una carta refiriendo la aprobación papal del rezo de los Santos Justo y Pastor, festividad del 9 de agosto, los capitulares tuvieron serias dudas sobre su aceptación, al no ser precepto. Por ello dispusieron que la Diputación de Ceremonias se reuniera de nuevo, para madurar una decisión. Sin duda, detrás de estas reticencias se encontraba una causa económica: los dispendios inherentes a la confección de un libro de canto para cubrir dicha festividad, debido a los «graves empeños de la Fábrica»¹⁷⁵. Solo cuando, transcurridos nada menos que diez años, el 7 de agosto de 1699, un devoto decidió sufragar los gastos para la escritura de «tres libros de Coro de *oficio y misa* de los Santos Mártires Justo y

¹⁷³ ACS, 7127, ff. 60v, 129r-v y 134v.

¹⁷⁴ ACS, 09526, ff. 1v-2r, 3v, 4v y 5v.

¹⁷⁵ ACS, 7128, f. 67v.

Pastor (...), los cuales estaban presentes en la Sala Capitular, y que estaban ejecutados con la mayor perfección y primor que cabía, en láminas, letra y punto», fueron incorporados al repertorio de canto llano. Solo restaba que el Maestro de Ceremonias, José de Soto, perfeccionara unas letras iniciales que les faltaban. Después, debían asentarse en el inventario y ser situados en su lugar. El Cabildo encomendó a la Diputación de Ceremonias transmitir su agradecimiento al devoto¹⁷⁶. Lamentablemente, no se conoce ni el nombre del mismo, ni a quién o a quiénes encargó la escritura de estos, probablemente, últimos libros agregados a la Librería Coral en el siglo XVII.

Pese a la situación económica, que impedía o dificultaba la creación de nuevos libros, los capitulares no se olvidaban del mantenimiento de los ya existentes. José de Soto realizó en las últimas décadas importantes trabajos de reparación de libros. En 1699, como se verá, percibió la importante cantidad de 17.218 maravedís por el aderezo de libros¹⁷⁷, labor que, acaso, no debió siquiera de interrumpirse, dado que, el 2 de marzo de 1700, el Cabildo encargó a la Fábrica que se repararan los *salterios* del Coro¹⁷⁸. Por lo tanto, aunque, por desgracia, no se cuenta en el siglo XVII con inventarios de los fondos de libros de canto llano, gracias a las noticias proporcionadas por las fuentes documentales puede hacerse un seguimiento de su ubicación, así como estimar su estado de conservación y vislumbrar las incorporaciones que recibieron. Este punto será abordado pormenorizadamente en su lugar.

¹⁷⁶ ACS, 7133, f. 58v; MARCHENA 2018, p. 97; libretos 22 A y 22 B, 122

¹⁷⁷ ACS, 09540, f. 7v.

¹⁷⁸ ACS, 7133, f. 15r.



Fig. 9. Coro de la Catedral de Sevilla.



Fig. 10. Facistol del Coro Catedralicio Hispalense.



Fig. 11. BNE. Inicial habitada correspondiente con el *Primer cuerpo Dominical Oficiario* para el servicio del Coro del Monasterio de la Encarnación, ya desaparecido, escrito por Miguel López de Arellano a fines del siglo XVI.



Fig. 12. Inicial hisoriada del *Común de Confesores no Pontífices*, siglo XVII. Sacado de VVAA, *La Catedral de Sevilla*, p.530.

4. LA CAPILLA MUSICAL

4. 1. Funcionamiento: los Maestros de Capilla

Durante los siglos XVI y XVII la polifonía sevillana alcanzó un gran desarrollo artístico, despuntando entre otras capitales españolas y europeas. Para su ejecución, ésta precisaba de un despliegue de voces e instrumentos mucho más importante que el canto llano. En este periodo, compositores de reconocido prestigio ejercieron su Magisterio en la Seo Hispalense, cuyas obras, junto con el acervo adquirido durante decenios, se custodiaba en una «Librería de Canto de Órgano». Ésta se encontraba custodiada en un cajón grande de madera, emplazado en la puerta del Coro¹⁷⁹, a cargo del Maestro de Capilla, quien debía responder de los mismos «con su persona y bienes», igual que el Sochantre hacía con los libros de canto llano que entraban y salían del Coro. Debía, además, dirigir la Capilla Musical, compuesta por cantores e instrumentistas, perfectamente diferenciada del Coro, encargándose de la preparación de sus miembros¹⁸⁰. La capilla —que da nombre al magisterio— en la que impartía sus clases fue variando con el tiempo, siendo durante buena parte del siglo XVI la de la Granada. También se hacía cargo de los seises, a quienes instruía y dirigía, y a los que debía proveer de alimento, vestido y alojamiento. Para ello, contaba con media ración, hasta que éstos fueron alojados en el Colegio de San Isidoro, junto con los mozos de coro, quienes aprendían canto llano del maestro de mozos, al menos, desde mediados del siglo XVI.

Sin embargo, la más importante y trascendente de sus obligaciones era la composición de obras para distintas festividades del culto catedralicio, las de mayor relevancia eran *Corpus Christi*, Navidad y Pascua. Tanto era así, que durante la segunda mitad del siglo XVI se instauró un nuevo oficio para aliviar las cargas del Maestro de Capilla y permitirle dedicar el tiempo necesario para la composición. Nació, de esta forma, el Maestro de Seises, que pasó de ser un mero auxiliar de éste a convertirse en un oficio. Esta labor de composición realizada por los maestros de capilla podía ser obligatoria, como se ha apuntado, o a su iniciativa. Esto resultó muy frecuente a lo largo de todo el siglo XVII, aunque ya lo había sido en el precedente, y son muchas las composiciones de *misas* o *motetes*, y otras, que se conservan de los diferentes maestros de capi-

¹⁷⁹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 44.

¹⁸⁰ AYARRA 1984, pp. 705-706.

lla que trabajaron para la Catedral de Sevilla. Sus composiciones eran, sobre todo, *vilancicos* o *chanzonetas*, pequeñas obras en lengua vulgar de carácter alegre que no solían interpretarse más allá de la festividad para la que fueron creadas¹⁸¹. Por ello, habitualmente se hacían en papel, sin encuadernar, ya fueran impresas o manuscritas, y no se cuidaba mucho su conservación¹⁸².

Todo este acervo librario estaba bajo su responsabilidad, y con cada nuevo nombramiento debía entregarse al maestro entrante. Así se ha de entender la disposición del cabildo de 8 de octubre de 1599 por la que mandaron a los mayordomos de Fábrica «vean el lugar donde están los cajones del maestro Guerrero y refieran»¹⁸³. Sin duda, este sevillano, ilustre Maestro de Capilla y uno de los polifonistas más sobresalientes del siglo XVI, que había mantenido una larga relación con la Catedral Hispalense, guardaba en esos cajones los efectos necesarios para ejercer su magisterio, entre ellos los libros y obras, muchas de las cuales las había compuesto él mismo. A su muerte, ese mismo día¹⁸⁴, el Cabildo mandaba a los mayordomos de Fábrica dar con ellos y hacer relación de los mismos. El proceso para seleccionar a un candidato adecuado para suceder a tan insigne precedente se alargó hasta el día 22 de septiembre de 1600, cuando se mandó en reunión capitular:

«Siendo llamados pa ello nonbraron a Ambrosio Cotes por Maestro de Capilla desta Santa Iglesia aviendo precedido los edictos i examen necesario en el magisterio que vacó por muerte del Maestro Francisco Guerrero conforme a la bula de Su Santidad i dela mesma manera que lo tenía el dicho Maestro Guerrero con cargo de los seises y por el tiempo y voluntad del Cabildo guardando el orden que los señores diputados andado»¹⁸⁵.

Este valenciano, natural de Villena, había protagonizado una brillante carrera durante la que consiguió por oposición los puestos de maestro de las Capillas Reales de Granada y de Valencia. Llegó tarde en su vida a Sevilla, por lo que no dispuso de mucho tiempo para hacer valer su fama¹⁸⁶. Solo cinco días después de su nombramiento, el 27 de septiembre, el Cabildo ordenó que el maestro Cotes «pueda traer capa y tenga silla en el Coro, como los demás señores, por ser prebendado», y el día 2 de octubre se

¹⁸¹ GONZÁLEZ BARRIONUEVO 2000, pp. 115, 170, 172 y 175.

¹⁸² SÁNCHEZ 2013, p. 86.

¹⁸³ ACS, 7090, f. 31v.

¹⁸⁴ AYARRA 1984, p. 708.

¹⁸⁵ ACS, 7090, f. 53r.

¹⁸⁶ AYARRA 1984, p. 709.

dispuso que precediera en las procesiones y otras fiestas de santos a los mediorracione-
ros músicos, dado que recibía una ración entera¹⁸⁷, sin duda como consecuencia de tener
a su cargo el cuidado de los seises. Este extremo queda confirmado por la disposición
capitular del día 10 de enero de 1603, cuando se ordena al Tesorero y al prior Benito de
Vega que «vean y hagan cumplir la obligación que tiene el Maestro de Capilla cerca de
ejercicio de los cantores y tratamiento, y también del magisterio del canto de órgano en
el Sagrario»¹⁸⁸. En cualquier caso, las obligaciones del Maestro de Capilla estaban sien-
do objeto de debate en el seno del Cabildo, como lo demuestra la recurrencia del asunto
en las diferentes reuniones capitulares. En este sentido, parece que la referencia a asu-
mir el magisterio de canto de órgano del Sagrario por parte del Maestro de Capilla con-
trasta con la existencia de un oficio específico, como se desprende de diferentes autos
capitulares. Así, en la reunión de 22 de junio de 1601, se mandó poner edictos para la
provisión del cargo, vacante por la muerte del maestro Andrés López; algo que quedó
resuelto el 11 de julio del mismo, cuando se nombró a Juan Vaca como «maestro en el
ejercicio del canto de órgano del Sagrario, con el salario de Andrés López, por el tiem-
po y voluntad del Cabildo». Las diferencias entre el Maestro de Capilla y el Cabildo
respecto de las obligaciones anejas al cargo llevaron a éste a notificar al primero que
debía asistir a las obligaciones del mismo, y «aya execicio», el 5 de diciembre de
1601¹⁸⁹. Seguramente, estas disputas llevaron al Cabildo a consultar a Roma¹⁹⁰, tras lo
que de nuevo se conminó al Maestro de Capilla a cumplir sus obligaciones, a través de
una comisión formada por el Prior y el Mayordomo de Fábrica, el 4 de marzo de 1603.
Sin embargo, debido a la multitud de cargas que, sin duda, conllevaba el oficio, se de-
terminó el 11 del mismo mes que se entregara una ayuda de costa por una vez de 50.000
maravedís, aunque con un nuevo recordatorio de sus cometidos para con los «muchachos
seises». Probablemente, la salud del maestro Ambrosio Cotes, quien falleció el 8
de septiembre de 1603, motivó la provisión de un cargo de Maestro de Seises. Apenas
habían pasado cuatro meses desde estas disposiciones, cuando se nombró en el mismo a

¹⁸⁷ ACS, 7090, f. 53v.

¹⁸⁸ ACS, 7091, f. 1v.

¹⁸⁹ ACS, 7090, ff. 73v, 80r y 74v.

¹⁹⁰ «Aviéndose hecho lectura de las bulas de Su Santidad cerca de las obligaciones del Maestro de Capilla y platicándose sobre ello mandaron tomar las havas para votarlo la blanca que el Maestro de Capilla cumpla sus obligaciones conforme a las dichas bulas y la negra que se dé orden el que al Cabildo pareciere con beneplácito de su santidad y salió por la mayor parte que se trate de medio. y el señor. canónigo don Iñigo de Villalobos contradijo que no se pida nada a Su Santidad y si se pidiere se ponga esta contradicción arrimóse a esta contradicción el señor Francisco Antonio de Mondragón En este dicho día mandaron llamar para tratar el medio que se tomara con el maestro de capilla conforme el auto que se paso antes deste» (ACS, 7091, f. 5r).

Julio Vaca, para que «tenga a su cargo el criar los seises (...) dando por ello la media ración de la entera que tiene el maestro Ambrosio Cotes, y más cien ducados y quarenta fanegas de trigo de la Fábrica», el 28 de julio. No obstante, éste desistió del oficio el primero de septiembre, no llegando a ejercerlo, y hubo de nombrarse a otra persona para el cargo. Esto se hizo en Francisco Company, quien fue examinado por Andrés de Jacomar, siendo definitivamente nombrado por el Cabildo en reunión del día 4 de agosto de 1603, con la misión de criar a los seises a cambio de 100 ducados de la Fábrica y cuarenta fanegas de trigo.

En otro orden de cosas, durante el magisterio de Ambrosio de Cotes, el Cabildo ordenó al Mayordomo de Fábrica, por auto del 4 de noviembre de 1602, que hiciera un inventario de los libros de canto de órgano para, a continuación, entregárselos¹⁹¹. Dicho inventario, que se analizará más adelante, fue llevado a cabo el 7 de marzo de 1603¹⁹². Ese día, Benito de Vega y Alarcón, canónigo y mayordomo, y Alonso Marín, racionero y contador, entregaron, ante el escribano apostólico Hernando de Torres, al Maestro de Capilla un total de cuarenta y nueve cuerpos de libros. De ellos se obligó a dar cuenta por sus bienes y rentas, siendo obligatorio, igualmente, entregarlos al Cabildo o a sus diputados cuando fuera requerido, haciéndose cargo del pago de todos los que faltaran. En el inventario se indica que los libros estaban alojados en el Sagrario, lo que plantea la posibilidad de que la ubicación de la Librería de Canto de Órgano hubiera cambiado del cajón anejo al Coro a este lugar.

Aunque los autos capitulares guardan silencio, al no conservarse ejemplares para estos años, por este mismo documento se sabe que tras la muerte del Maestro Cotes, el citado Francisco de Company, su sobrino¹⁹³, que había sido maestro de los seises, se hizo cargo del Magisterio de Capilla. Al menos, eso se infiere cuando, el día 22 de octubre de 1603, transcurrido algo más de un mes desde el fallecimiento del anterior maestro, Benito de Vega y Alarcón y Alonso Marín entregaron los mismos libros, más «vn libro de *missas* del maestro Lobo escripto de molde en papel de marca mayor, encuadernado en balnco, ymprezo en Madrid, año de 1602». El Maestro Company los recibió en las mismas condiciones que su predecesor¹⁹⁴.

¹⁹¹ ACS, 7091, ff. 6r, 7r, 19v, 20r y 110v.

¹⁹² ACS, 06998, ff. 90r y ss.

¹⁹³ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 23, en nota al pie.

¹⁹⁴ ACS, 06998, f. 91r.

Su magisterio debió de ser interino a juzgar por lo breve del mismo, dado que en 1604 ocupó el cargo Alonso Lobo. Natural de Osuna (1555), Lobo es considerado el más eminente de los discípulos del Maestro Guerrero, quien lo descubrió cuando visitó su villa natal en busca de cantorcicos. Traído a Sevilla, ingresó en el Colegio de San Isidoro en 1566 y sirvió como seise en su Catedral, aprendiendo todos los conocimientos humanísticos y musicales de Guerrero. Posteriormente, volvió a su ciudad natal, donde fue nombrado Maestro de Capilla de la Colegiata ursaonense en 1581, y canónigo desde 1586. Después de un breve periodo como suplente de Guerrero, pasó a ejercer el Magisterio de Capilla en Toledo, hasta que fue llamado para substituir al Maestro Ambrosio de Cotes como sostiene Ayarra¹⁹⁵, lo que hace entender que el ejercicio de Company fue interino. Parte de su prolífica obra había sido impresa e incluida en el repertorio de la música de canto de órgano incluso antes de su nombramiento, como muestra el acuerdo capitular por el que se cometió al canónigo Francisco Andrés de Jacomar para que «vea el libro que obró el maestro Lobo y haga informe»¹⁹⁶, día 8 de agosto de 1603, y recoge el citado inventario apenas transcurridos un par de meses. Pero no solo eso, sino que el propio Guerrero incluyó, en el último libro que donó al Cabildo, dos *misas* de Lobo¹⁹⁷. La estima era, sin duda, recíproca, dado que el 19 de noviembre de 1607 el Cabildo ordenó, a petición suya, que el Mayordomo de Fábrica pusiera «losa con su letrero, al racionero Francisco Guerrero, maestro de Capilla que fue de esta Santa Iglesia, en su sepultura»¹⁹⁸.

Alonso Lobo ocupó el oficio de Maestro de Capilla durante trece años, hasta su fallecimiento el 5 de abril de 1617. Sus aportaciones al repertorio musical catedralicio son de suma importancia, como ha señalado Juan Ruiz Jiménez¹⁹⁹, y se reiterará aquí más adelante. Durante su magisterio los seises estuvieron de nuevo a cargo del Maestro de Capilla. Al parecer, algunos prebendados solicitaban a los seises a deshoras, con lo que «se inquietan y enferman», por lo que el Cabildo mandó que se notificara al Maestro de Capilla que no los dejara salir de su casa, y que lo acompañen a donde fuere. En ese mismo auto, fechado el 29 de febrero de 1607, se le prohibió que diera «chanzonetas de Navidad a ningún convento ni iglesia hasta después de haberse cantado en esta

¹⁹⁵ AYARRA 1984, p. 709.

¹⁹⁶ ACS, 7091, f. 121r.

¹⁹⁷ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 134.

¹⁹⁸ ACS, 7092, f. 32r.

¹⁹⁹ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 134 y ss.

Santa Iglesia»²⁰⁰. El Cabildo defendía que las obras de su Maestro de Capilla se estrenaran en primicia en la Seo Hispalense, algo que parecía no ocurrir antes, dada la circulación de este tipo de obras, ya constatada con Guerrero, y de las que no se ha conservado ninguna de Lobo²⁰¹. No se sabe el éxito que tuvo el Cabildo en sus previsiones para evitar que las *chanzonetas* compuestas por el Maestro Lobo fueran tañidas en otros lugares antes que en la propia Catedral. Sin embargo, no debió de ser suficiente, dado que el 7 de enero de 1613 hubieron de reiterarse en este sentido, mandando que el Secretario advirtiera al Maestro de Capilla que de ninguna forma diera las *chanzonetas* a ninguna iglesia o monasterio de Sevilla hasta que se hubieran cantado en el Coro, «con apercebimientos que se le echará una gran pena». Al parecer, había llegado a oídos del Cabildo que las mismas habían sido cantadas en el monasterio de San Leandro el día de Navidad, aunque «este año, por esta vez, se disimula tratar de un requerimiento»²⁰².

La salud del Maestro Lobo comenzó a quebrarse en el año 1615, como muestra la toma en consideración del Cabildo sobre si concederle una limosna para «ayudar a curarse», el día 12 de agosto de dicho año. Solo dos días después se le otorgaron 50 ducados²⁰³ de ayuda de costa «atento a su necesidad», librándoselos al racionero Juan de Padilla para que los fuera dando como le pareciere²⁰⁴. La convalecencia de Alonso Lobo se alargaba, obligando a Juan Vaca a hacer las veces de Maestro de Capilla, por lo que pidió ayuda de costa el 11 de abril de 1616. Los capitulares le concedieron 100 ducados por una vez a costa de la hacienda de la Fábrica, por «el trabajo que ha tenido en suplir las enfermedades y faltas» de Lobo, el 18 del mismo. Asimismo, y como consecuencia de la mala salud del Maestro Lobo, hubo el Cabildo de recurrir al carmelita y Maestro de Capilla del convento de dicha orden de Madrid, Francisco Santiago²⁰⁵, para que compusiera las *chanzonetas* de las fiestas de la Concepción y Navidad. Le concedieron licencia para traer seises a la Catedral de Sevilla, cometiendo a los canónigos Manuel Sarmiento y Francisco Balza para transmitir sus agradecimientos, el 7 de octubre de 1616. A partir de entonces, el interés del Cabildo por este compositor será constante, ante el declive físico de Alonso Lobo. Solo tres días después, en reunión capitular, se decidió que los mismos Sarmiento y Balza «dieran recado» al Comisario de la

²⁰⁰ ACS, 7092, f. 4v.

²⁰¹ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 138-139.

²⁰² ACS, 7095, f. 1r.

²⁰³ O sea, 18.750 maravedís.

²⁰⁴ ACS, 7096, ff. 53r y 54r.

²⁰⁵ Hasta poco antes de ser llamado a Sevilla, había sido Maestro de Capilla de las Carmelitas Descalzas de Madrid (STEVENSON 1970, p. 3).

Orden del Carmen para que no diera licencia a Santiago para salir de Sevilla hasta después de Navidad, habida cuenta de que le habían encargado dicha festividad. Al mismo tiempo, daban diligencias para que se trajera al caponcito que había señalado. Transcurridos dos días, el Cabildo determinó que las *chanzonetas* de Navidad y Reyes del año 1616 fueran las dadas por Francisco Santiago y que los seises acudieran, hasta la fecha, a aprender y ejercitar la pieza, yendo, si éste no pudiera acudir a la Catedral, al Colegio de San Alberto para ello²⁰⁶.

Ya en el año 1617, transcurridas esas fiestas, se llamó, el 9 de enero, para determinar la remuneración que le correspondía por el trabajo realizado para las mismas, así como por haber enseñado a los seises. Igualmente, habrían de decidir si lo recibirían para «el gobierno de la Música». Tres días después, el 11 de enero, se votó por habas en el Cabildo, determinándose que Santiago ejerciera el magisterio de capilla mientras la salud de Lobo no mejorase, y nombrándolo sucesor en el mismo «en muriendo éste». Se decidió, además, otorgarle un salario de 400 ducados anuales mientras viviera Alonso Lobo, a contar desde inicio del presente, así como una ayuda de costa de 100 ducados, por una vez, por los trabajos hasta entonces realizados desde octubre.

Por fin, el Maestro Lobo murió, como se ha dicho, el 5 de abril de 1617. Ese mismo día los capitulares, reunidos, decidieron no asistir a su entierro y, por el contrario, organizar a su propia costa un sepelio más adecuado, «atento a la pobreza con que el dixo Lovo murió», al que debían asistir veinteneros y capellanes de Coro. Para organizarlo se cometió al racionero Pedro Mejía. También mandaron al Mayordomo de Fábrica que le señalara una sepultura dentro del recinto catedralicio.

Pocos días después, el 12 de marzo, ordenó el Cabildo, como era costumbre, que se «saque memoria en la Contaduría de esta Santa Iglesia de todos los libros que hay de canto de órgano viendo los que hoy hayan de ser y los que faltan para que se cobren, y de todos se haga entrega de ellos por inventario» al Maestro Santiago. Sin embargo, parece que estas disposiciones no debieron de cumplirse, dado que el día 11 de octubre se reitera la orden capitular: que el Mayordomo de Fábrica tome en la Contaduría el inventario de libros de canto de órgano e instrumentos, procurando recuperar lo que faltase, «de donde se tuviese noticia que está»²⁰⁷. Parece que el descontrol sobre los

²⁰⁶ ACS, 7096, ff. 111r, 113v, 144v, 145r y 145v.

²⁰⁷ ACS, 7097, ff. 1v, 2v, 21v, 25r y 66v.

fondos librarios de canto de órgano se había acrecentado, tal vez, debido a los problemas derivados de la larga enfermedad del Maestro Lobo. La noticia de este inventario, conservado en el Archivo de la Catedral, está presente, asimismo, en el libro de Salario 325, en el que, en una nota al margen en el folio 155r, puede leerse:

«En 12 de octubre de 1617, mandó el Cabildo que los señores contadores hagan sacar una memoria de todos los libros de canto de órgano e instrumentos de ministriles que tiene la Iglesia para que se vea si están algunos [extraviados?] y esos se cobren, y todos se entreguen por inventario al Padre Fray Francisco de Santiago, maestro de Capilla de la Catedral»²⁰⁸.

A pesar de este patente interés del Cabildo por controlar sus libros e instrumentos de polifonía, parece que algunos de ellos se hallaban dispersos, sin que se supiera en manos de quién, por lo que se hacía preciso averiguarlo y recuperarlos. Además, hay que tener en cuenta que desde la primera orden hasta esta segunda han pasado nada menos que ocho meses, si bien es cierto que el propio Maestro Santiago recibió licencia de dos meses para ir a por sus propios libros y papeles de música el día 5 de junio de 1617²⁰⁹. No obstante, de nuevo, existe una dilación importante, dado que, por fin, el inventario y preceptivo traspaso de los libros a Santiago se realizó en 1618. Aparecen dos inventarios, de los que el primero es una suerte de borrador, escrito con tinta tenue y sin solemnidades, en medio del cual, en el reverso hay una carta de Diego de la Cruz, en la que muestra sus agradecimientos al Maestro de Capilla. Al final del mismo se expresa la fecha, al indicar que un cierto número de los mismos están en «el seruiçio del Sagrario en 16 de mayo de 1618». A continuación, aparece la «Memoria de la librería de canto de órgano que está a cargo del Padre maestro Sanctiago, maestro de Capilla de la Sancta Yglessia de Seuilla»²¹⁰. Se trata, según parece, del inventario “en limpio”, aunque no aparece su fecha, por lo que solo se puede deducir que el traspaso de los libros de canto de órgano se produjo en algún momento posterior al 16 de mayo del año 1618. Como se verá, el número de los mismos es menor con respecto al borrador, ya que, como señala Ruiz Jiménez, los libros que aparecen destinados al servicio del Sagrario serían desechados para el uso ordinario y dedicados a la docencia del canto, que se impartía en ese mismo lugar²¹¹.

²⁰⁸ ACS, 09665, f. 155r.

²⁰⁹ ACS, 7097, f. 36v.

²¹⁰ ACS, 06998, ff. 92r-95v.

²¹¹ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 24.

El Maestro Santiago hubo de solicitar la debida autorización al Comisario General de la Orden para pasar al servicio de la Catedral²¹². Según José Enrique Ayarra, no recibirá la dispensa papal hasta julio de 1618²¹³, solicitada por el propio Cabildo un mes antes²¹⁴. Sin embargo, todavía el 26 de enero de 1622 los capitulares ordenaban escribir todas las cartas necesarias a Roma para que se permita a Santiago sirva *en hábito clerical*. A partir de 1619 se haría cargo plenamente de los seises, según auto capitular del 3 de octubre de 1618 en el que se determina que «se le entregue toda la ropa por inventario (...) y que desde entonces se le libre lo que le toca por razón del dicho cargo de los seises (...) y le mandaron entregar un tanto del orden que el Cabildo tiene dado acerca de la enseñanza, trato y sustento de los dichos seises y que el Secretario le notifique le cumpla como en él se contiene».

Al parecer, era una obligación del Maestro de Capilla encargarse de la impresión de las *chanzonetas* que había de componer para las fiestas de la Concepción, Navidad y Reyes, lo que hacía a costa propia. Sin embargo, las cargas inherentes al oficio llevaron, por primera vez en esta centuria, al Maestro Santiago a pedir ayuda de costa por este motivo. El asunto se abordó en reunión capitular el 5 de marzo de 1622, cuando se llamó para ver si se le concedería alguna ayuda por los gastos de esta naturaleza de los últimos seis años. Cinco días después, el 10 de marzo, el Cabildo decidió concederle 6.800 maravedís por una vez a costa de la hacienda de la Fábrica. Conforme avance el siglo, las peticiones de ayuda de costa por esta razón se harían habituales.

En este mismo sentido de estado de carestía puede entenderse la pretensión del Maestro Santiago de desembarazarse del cuidado de los seises, lo que fue aceptado por el Cabildo el 23 de diciembre de 1622, nombrando maestro de seises al organista Andrés Martínez con las mismas condiciones que sus predecesores²¹⁵. Igualmente, la solicitud de un aumento de salario: pese a no obtener el quórum para ser tratado en Cabildo el 12 de enero de 1624, fue dispensado, y, tras votarse verbalmente el 22 del mismo, se le otorgó un aumento de 30.000 maravedís de la hacienda de la Fábrica, con obligación de solicitarlo cada año, siendo gracia del Cabildo. De hecho, esta dispensa no se repitió al año siguiente²¹⁶. Parece que los canónigos no estaban dispuestos a “institu-

²¹² ACS, 7097, f. 2v.

²¹³ AYARRA 1984, p. 710.

²¹⁴ ACS, 7097, f. 104r.

²¹⁵ ACS, 7099, ff. 95r, 102v, 103v, 131r, 146v 156r y 198v.

²¹⁶ ACS, 7100, ff. 2r, 4r y 75r-v.

cionalizar” el aumento de salario del Maestro de Capilla, aunque debían comprender la necesidad de una mayor remuneración, por lo que en años sucesivos optaron por la vía del aguinaldo, entregándose esa misma cantidad por este concepto, como sucedió en 1627, 1628 y 1629 no sin dificultades. En otras ocasiones, el Cabildo se negó a concedérselo, como ocurrió en 1625²¹⁷ y 1633.

El interés del Cabildo por las ceremonias que se celebraban en las distintas fiestas de su calendario es notorio. Es lo que se desprende de la decisión adoptada en la reunión del 9 de enero de 1634 por la que se obligaba al Maestro de Capilla, a partir de entonces, a depositar los *villancicos* de Pascua y Concepción dos meses antes de la fecha, al objeto de que previamente a que se cantaran, fueran impresos y «se reformara en ellos lo que no fuere muy decente y biensonante». Además, se cambió, aparentemente, la política de impresión de estas obras, pasando de ser cuestión del propio Maestro a ser competencia del Cabildo, quien se encargaría de encontrar un impresor. Por último, se declaró que, en caso de que los *villancicos* no fueran de la satisfacción de los capitulares, o no los hubiera, «se busque los que fueren en los archivos y esos se canten»²¹⁸.

El movimiento continuo de cantores y músicos que entraban al servicio de la Catedral o finalizaban en el mismo, así como las fiestas y ceremonias que se llevaban a cabo por todo el inmenso espacio de la Seo y fuera de ella, a pesar de las continuas prohibiciones reiteradas por el Cabildo, debía ser un caldo de cultivo perfecto para el descontrol de los elementos necesarios para llevarlas a cabo, su pérdida y extravío. Ello a pesar de las cautelas que formaron parte de la política de los capitulares para con sus libros e instrumentos. Es en este contexto en el que ha de entender un inquietante auto capitular recogido el día 18 de febrero de 1628:

«...cometieron a los oficiales de Fábrica hagan información del estado de todos los instrumentos y libros de canto de órgano que tiene la Fábrica de esta Santa Iglesia, y que se informen si han faltado algunos y de las personas por cuyo descuido han faltado, y de todas las demás cosas que en orden a esto pudieran averiguar, y de todo hagan relación al Cabildo»²¹⁹.

No se han localizado más noticias acerca de las averiguaciones que debieron de realizar los oficiales de Fábrica comisionados al efecto, pero esta noticia da muestra

²¹⁷ ACS, 7102, ff. 72v, 100v, 230v y 308r.

²¹⁸ ACS, 7103, ff. 1v y 3r.

²¹⁹ ACS, 7102, f. 239r.

tanto del mencionado descontrol de libros e instrumentos como de la suma importancia que a ellos concedía el Cabildo Hispalense.

Fue durante el ejercicio de Santiago cuando el Cabildo se decidió a crear un Colegio-Seminario llamado de San Isidoro, al igual que el conocido como Colegio del Cardenal. Esta idea había sido propuesta ya en 1619, dado que se juzgaba que la dispersión de los elementos de custodia y docencia de los seises era más onerosa para las arcas del Cabildo que unificarlas en una institución de ese tenor. En dicha propuesta, realizada por el que, a la sazón, era secretario del Cabildo, Baltasar de Salablanca, se asegura que «la Magestad y grandeza con que esta Santa Iglesia cumple en las ceremonias del culto divino es tan grandiosa que con verdad podríamos decir que en lustre y esplendor excede a las demás de España, por lo que le producía dolor y aun ofensa el pelaje y falta que tienen en educación y crianza los muchachos (...) por no vivir en Seminario». El planteamiento se basaba, entre otras razones, en la señalada carestía del sistema utilizado. Así, asegura que se gastaban al año 2.000²²⁰ ducados en el sostenimiento de los seises, a lo que se suma la provisión de la Cátedra de Canto de Órgano, que, con el salario del Maestro se acercaban a los 4.000 ducados, que «Colegios Mayores de Universidades no le han tenido». Incluso propone como lugar para su establecimiento la casa del canónigo Hernando de Mexía, con lo que se tendría dentro del Colegio de San Miguel las cátedras de Gramática y Canto, no siendo necesario traerlos de fuera. La inteligencia de este proyecto se alarga hasta después de la estancia de los seises en el Colegio, ya que aquellos con mejor voz podrían ocupar las capellanías de Coro, las veintenas o ser músicos de la Capilla, y los que mostrasen mayor disposición al estudio podrían aspirar a los curatos²²¹. Al parecer, la fundación se produjo en 1634, pero fue el día 26 de septiembre de 1635 cuando, tras escuchar la relación de la Diputación Secreta, los capitulares ordenaron que el Chantre, quien había contribuido a su fundación, nombrase en su nombre a treinta y dos colegiales, siempre y cuando diez de ellos hubieran servido previamente en la Catedral. Al menos seis de esas plazas debían darse a sujetos foráneos de Sevilla y su Arzobispado y, en el futuro, el Cabildo nombraría a las dos terceras partes de los becarios, sorteándose entre los prebendados. El tercio restante sería provisto por el Chantre, conforme fueran vacando, a razón de dos el Cabildo y uno él, tras presentarlo ante los capitulares, que deberían aprobarlo. Además, se asegurarían de que los cole-

²²⁰ Es decir, 750.000 maravedís.

²²¹ ACS, 7098, f. 58v.

giales no fuesen hijos de padres que «tengan o hayan tenido oficio bajo», de lo que se encargaría el visitador del colegio.

Asimismo, debería el Chantre nombrar un tercio de las veintenas de entre los colegiales, como había apuntado Salablanca en su propuesta, marcando un *cursus honorum*, siendo otros cargos provistos de entre ellos, como «las cuatro plaças de encomendador mayor y tres mancebos de encomendar del Coro». Se decidió, igualmente, dar una nueva constitución al colegio, en virtud de la bula papal recibida al efecto, que debía ser enviada a Roma para su confirmación por el Pontífice. El Licenciado Cantero, a la sazón, rector del Colegio, quedaba relevado, dado que aunque era «persona muy benemérita y virtuosa», no pertenecía a la Catedral ni «era criado de ella», por lo que se mandó informar para nombrar a alguien más adecuado. Se decidió, como hubo indicado Salablanca en 1619, que los seises vivieran en el colegio por «conveniencia a favor de la Fábrica». Además, se encargaba nombrar a un administrador para los ingresos que los seises obtuvieran por otros servicios, y dotar al colegio con media ración para su sustento, de manera que con estos fondos no les faltara comida ni ropa blanca o calzado, ni nada que necesitaran, «sin dependencia de sus padres ni otras personas algunas que les toque, pues tienen bastante hacienda para ello». Por último, se establecía que el Maestro de Capilla había de acudir allí a impartir sus lecciones por el tiempo que el Cabildo le mandare, extendiendo sus clases al resto de colegiales.

Parece que las previsiones del Cabildo no se cumplían con la diligencia pretendida, dado que, solo dos años después, el 5 de octubre de 1637, por auto capitular se ordenaba al visitador del Colegio, Juan Mateos Álvarez, que buscara un maestro y ayo para los seises. Este puesto había sido ocupado por Juan Manuel de Dueñas, que tenía un servicio de Coro, desde el 18 de enero de 1636, para «enseñar y repasar a los seises y hacer oficio de aio». Se encargaba de llevarlos a la Catedral y a todas las fiestas, con un salario de 13.600 maravedís, y había sido apercibido para que cumpliera puntualmente con sus obligaciones, insistiéndose en la necesidad de la observancia de los autos dados en razón de que se hiciera cada semana ejercicio de cantores y ministriles en el colegio, «sin que en esto haya falta alguna», en el lugar designado por el visitador; se nombraba apuntador, debiendo dar cuenta «porque su señoría sepa cómo se cumplen sus órdenes y mandados». Además, se tomó en consideración revisar las obligaciones docentes del Maestro de Capilla, teniendo en cuenta que los seises contaban con un maestro en el propio colegio. Finalmente, fue nombrado como maestro de seises Bernardo Rodríguez,

ministril, el 12 de febrero de 1638. Este nombramiento no era, sin embargo, del agrado del Cabildo, debido a que se trataba de un seglar, al punto de que había sido provisto para el cargo Juan de Quesada. No obstante, éste envió una carta desde Berlanga, leída en reunión capitular de 25 de febrero de 1638, en la que solicitaba al Cabildo le nombrara vicerrector del colegio y le encomendara el gobierno del compás en ausencia del Maestro de Capilla. Sus peticiones fueron rechazadas²²². Sin embargo, no hay noticias de que el cargo fuera ocupado por un clérigo hasta 1642, cuando se dio licencia de quince días a Gonzalo Torres, capellán de Coro²²³.

En el mismo auto capitular en el que se rechazaron las peticiones de Juan de Quesada, entre las razones aducidas por el Cabildo se encontraba la previsión de que el encargado de substituir al Maestro de Capilla fuera el racionero y cantor contralto Manuel Correa, lo que había sido establecido por los capitulares el 23 de abril de 1635. Se determinó el orden que habría de seguirse: en caso de su ausencia, los racioneros por orden de antigüedad y, si faltaran todos, el cantor cura más antiguo. Seguramente debió de ejercer la substitución ese mismo año, dado que el maestro Santiago pidió licencia para salir de Sevilla «para componer papeles del Servicio de la Iglesia», el 5 de julio. Meses después, el propio Correa recibió dispensa de quince días para componer las chanzonetas «por enfermedad del Maestro de Capilla», el 7 de noviembre de 1638.

El Maestro Santiago había estado enfermo anteriormente, como se desprende del auto capitular de 26 de julio 1635, cuando recibió una ayuda de costa de 1.360 maravedís por lo «trabajosa y costosa que le ha sido esta enfermedad»²²⁴. En esta ocasión consiguió curarse, dado que no se recogen más noticias al respecto. A partir de 1638 Santiago estaría enfermo hasta su muerte.

De él se conservan en la actualidad en el Archivo Catedral de Sevilla, como apunta José Enrique Ayarra, algunos *Responsorios* de Jueves y Viernes Santo y el mote *Conceptio tua*, que muestran, según el mismo, un pleno barroquismo «tanto por la libertad y espontaneidad de su contenido como por la omnipresencia del grupo instrumental acompañando las voces»²²⁵. Parece que se ha superado ya el estilo de transición desde el renacentista de Francisco Guerrero, aún presente en la obra de Alonso Lobo.

²²² ACS, 7104, ff. 3r, 36v, 46v, 73r, 89v, 90r, 92r y 136r.

²²³ ACS, 7105, f. 367r.

²²⁴ ACS, 7104, ff. 16r, 20v, 105v y 126r.

²²⁵ AYARRA 1984, p. 710.

La larga convalecencia del Maestro Santiago causó no pocos inconvenientes al correcto desempeño del culto catedralicio, lo que movió a los capitulares a tomar una serie de medidas. Las referencias a su incapacidad son recurrentes en los autos capitulares. Como se ha apuntado, el cantor contralto Manuel Correa hacía las veces de Maestro de Capilla, trabajo por el que le fueron concedidos 11.250 maravedís a costa de la Fábrica el día 2 de febrero de 1639, sin que pudiera pedir más²²⁶. No obstante, esta situación no debió de ser estable, ya que, transcurridos más de dos años, el 7 de julio de 1641, se dispuso que el Maestro recibiera la remuneración correspondiente sin acompañar a los músicos en las fiestas, «atento a los achaques» que padecía. Ese mismo día, en otro auto, a petición del canónigo Spínola, el Cabildo ordenó ver qué medidas podían tomarse para asegurar el buen servicio del culto. Dichas medidas, si se adoptaron, no debieron de ser demasiado eficaces, dado que, transcurrido un año, el canónigo Alonso Gómez de Rojas volvió a denunciar la «falta que ay en la música y en el servicio del Coro (...) con no aver Maestro de Capilla», y pidió que se tratase en el Cabildo sobre la situación. Como consecuencia de ello, ese mismo día 7 de julio de 1642, se ordenó a los oficiales de Fábrica que fueran a hablar con el Maestro Santiago y «recojan los papeles de música, que tiene muchos y trabajados, y cuidar dejarlos al Cabildo», mandamiento que se repitió el 21 del mismo mes. Estas disposiciones muestran el aprecio y la preocupación de los capitulares por asegurar la conservación y custodia de su repertorio musical, haciéndose cargo ellos mismos de aquél.

Pese a las cargas que esta situación acarreaba, el Cabildo procuró asistir al Maestro Santiago, quien, a lo largo de 1642, quedó recluido en su lecho, no pudiendo prestar ningún servicio. Así, durante este tiempo se trató en diversas reuniones la posibilidad de retirar la remuneración a Santiago, cosa que finalmente no se hizo, otorgándole 8.000 reales el 27 de julio de 1642. Transcurridos casi dos meses, el 19 de septiembre, el Mayordomo del Comunal de nuevo hizo referencia a la necesidad de proveer un Maestro de Capilla, proponiendo como interino a Palacios. Esta propuesta fue aceptada al poco, el mismo día — 3 de octubre— que el arcediano de Reina Jerónimo Zapata, insistía en el problema recordando que Manuel Correa había actuado como sustituto del Maestro de Capilla en ausencias, pero que la situación era ya de incapacidad total, por lo que se hacía necesario proveer el cargo. Después de discutir la conveniencia de dicha proposición, finalmente se admitió, ordenando que fuera Manuel Correa quien hiciera

²²⁶ ACS, 7104, f. 139r.

las veces de Maestro de Capilla, por auto de 27 de octubre de 1642²²⁷. Por lo tanto, la interinidad de Palacios, que posteriormente ejerció de Maestro de Seises, debió de ser muy breve, apenas veinticuatro días, o siquiera llegar a producirse. Efectivamente, será Manuel Correa quien aparezca en las siguientes noticias «haciendo oficio de» Maestro de Capilla, incluyendo la composición de *chanzonetas* de Pascua. La inestabilidad de estas medidas supletorias se pone de manifiesto con autos capitulares como el acordado en 24 de julio de 1643, en que se mandó que el maestro de capilla del Convento del Carmen, Fray Jerónimo, acudiera vísperas y luego tañera el órgano y gobierne la capilla «en lo que le pareciere».

La situación del Maestro Santiago y los vaivenes en su suplencia en el oficio propiciaron, sin duda, un correlativo descontrol y desorden de los fondos bibliográficos, partituras y composiciones de la Capilla Musical, pese a las disposiciones que en ese sentido se tomaron el año anterior. Así, el 14 de agosto de 1643 se ordenó que los papeles y libros de música que «se están poniendo en orden», una vez terminada dicha tarea, fueran entregados nada menos que al Deán, lo que pone a las claras el alto aprecio que a dicho patrimonio musical dispensaba el Cabildo. Sin embargo, de estos trabajos de ordenación no se ha encontrado nada más, ni quién o quiénes lo estaban realizando, ni dónde. Tampoco hay más referencias a la recepción por parte del Deán de los libros y papeles de música, si bien, posteriormente, se entregarían por inventario al nuevo Maestro de Capilla.

Debido a estas circunstancias, el Cabildo se vio obligado a nombrar un nuevo Maestro de Capilla, pero sin dejar desprovisto a Santiago, el 11 de noviembre de 1643:

«Este día, llamado el Cabildo para determinar todo lo que pareciere más conveniente en racón de Maestro de Capilla por estar enfermo Fray Francisco de Santiago más de tres años y suspendido, con enfermedad de parlesía²²⁸ se votó si se dilataría este llamamiento por aora o se trataría de él y salió determinado por mayor parte que se trate del luego se voto yn voce lo que sería bien si le diese algo a padre Fray Francisco de Santiago supuesto que se trata de nombrar Maestro de Capilla, atento a la mucha necesidad que ay de él y salió por mayor parte de votos verbales que se le den ocho mil reales atento a los muchos años y lo bien que a servido el dicho oficio de Maestro de Capilla y que esta tan enfermo que en la cama donde esta no se puede rebover, si no tiene quien le ayude, y

²²⁷ ACS, 7105, ff. 128r, 150v, 154v, 297r, 380r, 402r, 438r, 455r y 475r.

²²⁸ RAE, perlesía: privación o disminución del movimiento de partes del cuerpo; debilidad muscular producida por la mucha edad o por otras causas, y acompañada de temblor.

que a menester el regalo y quien le sirva y le cure como es razón y que se ponga luego edictos para desde primero diciembre de este año con termino de setenta días para proveer el dicho magisterio y que se envíen a todas partes para que vengan opositores a él».

Como puede comprobarse por este elocuente auto que resume y aclara la convalecencia de Fray Santiago, la preocupación del Cabildo iba acrecentándose ante las dificultades que presentaba la situación. Por ello, sin olvidarse del cuidado del Maestro Santiago, al que de nuevo otorgaron 8.000 maravedís para ello, decidieron nombrar un nuevo Maestro de Capilla. Dicho puesto recayó, sin que haya noticias de oposiciones, en Luis Jerónimo Jalón, que por entonces se encontraba en Toledo, mandando que se le escribieran cartas notificándole su nombramiento para que acudiera a Sevilla a tomar posesión, con el mismo salario que su predecesor, por auto fechado en 14 de diciembre de 1643. Ya en enero de 1644, tras un intercambio epistolar, el Cabildo mandó dar 75.000 maravedís al nuevo maestro para su viaje. El Maestro Jalón se encontraba ya en Sevilla, al menos, en marzo, dado que el día 8 del mismo el Cabildo ordenó que ganara los manuales como los prebendados, y se llamó para determinar respecto de un futuro aumento de 75.000 maravedís, una vez muerto el Maestro Santiago. Posteriormente, ese mismo día, en cabildo extraordinario, se determinó conceder dicho aumento, pero solo después de la muerte de Santiago, al que se le entregaban 8.000 maravedís para sus atenciones. Sin embargo, dados los costes del traslado, se mandó prestarle 112.500 maravedís, que se irían descontando de su salario, y se le otorgaron otros 18.750 en ayuda de costa para el «traer su casa»²²⁹.

De la misma manera, ese día 8 de marzo se realizó un inventario de los fondos musicales, en presencia del contador de la Fábrica Ángel de Aguirre y el notario de la misma, Luis de Herrera, para su entrega y traspaso de custodia al Maestro Jalón. Este interesante inventario que, como afirma Ruiz Jiménez²³⁰, ofrece valiosos datos sobre la finalidad y uso de algunas de sus piezas, será analizado en un epígrafe dedicado al asunto.

Jalón había desempeñado una carrera itinerante, probablemente siguiendo a su pariente, el organista Pedro Jalón, quien aparece en los diferentes destinos en los que se empleó el Maestro de Capilla. Antes de trasladarse a Sevilla, Bernardo Jalón fue Maestro de Capilla en el Monasterio de la Encarnación de Madrid hasta 1623, posteriormen-

²²⁹ ACS, 7106, ff. 2v, 11v, 51v, 55r, 74v y 78r.

²³⁰ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 24-25.

te en Burgos hasta 1642 y, finalmente, en Toledo, hasta su llamamiento por parte de la Seo Hispalense. Cuando acudió, su pariente era segundo organista y Maestro de Seises en la misma²³¹. De este Maestro de Capilla se conserva en la Catedral el motete *O Redemptor* a cuatro voces sin acompañamiento, así como otras obras en distintos lugares, como El Escorial. Según José Enrique Ayarra, se trata de obras «bien construidas pero sin ambición».

Ese mismo año de 1644 falleció Maestro Santiago, el 5 de octubre²³², dándose cuenta de ello al Cabildo dos días después. Al poco, en algún momento antes del 6 de enero de 1645, falleció el que fuera sustituto en el oficio de Maestro de Capilla, Manuel Correa, cuya herencia, dejada al Cabildo, acabaría siendo rechazada debido a sus múltiples deudas.

La actividad compositora del Maestro Jalón debió de ser importante, dado que, según el auto capitular del día 15 de noviembre de 1645, éste dio al Cabildo ocho libros de canturía que «ha hecho para las *dominicas de adviento septuagésima y cuaresma*, que se cantan a ocho voces», ordenado los Capitulares que fueran cantadas²³³.

En lo sucesivo, las noticias sobre la actividad del Maestro Jalón se limitan a las habituales licencias para buscar cantores y candidatos para seises, siendo substituido en el ejercicio de su oficio por cantores como Pedro Colón, cantor tiple. El día 22 de enero de 1646 se votó en Cabildo la conveniencia de otorgar una ayuda de costa de 17.000 maravedís, por una vez, al Maestro de Capilla por su trabajo y gastos en la impresión de los *villancicos de Pascua*, resultando una mayoría de habas negras, negándose, por tanto, la procedencia de dicha ayuda. No obstante, transcurridos apenas unos días, el 31 del mismo, se determinó que los 75.000 maravedís de que gozaba con la obligación de pedirlos cada año, pasaran a ser salario fijo²³⁴.

A partir del magisterio de Jalón, las noticias acerca de la composición de los *villancicos* y la remuneración que recibirán los maestros por su impresión, en forma de ayuda de costa, serán constantes²³⁵. Habitualmente, recibían una licencia para eludir sus

²³¹ ACS, 7107, f. 19r.

²³² AYARRA 1984, p. 710.

²³³ ACS, 7106, ff. 1r, 38v y 53r.

²³⁴ ACS, 7106, ff. 5r, 21v, 45v y 7r.

²³⁵ En los libros de Mayordomía de Fábrica se recogen los libramientos a favor del Maestro de Capilla. Así sucede, por ejemplo en el libro 160, folio 3v: «En 8 de febrero de 1649 10.200 maravedís a Luis Bernardo Jalón, racionero y maestro de Capilla, por auto capitular de 21 de enero de 1649 para ayuda de

obligaciones en el Coro para poder dedicarse a la composición en torno a un mes antes de la fiesta, ya sea Pascua de Reyes, Semana Santa, *Corpus Christi* u otras, obteniendo el estipendio una vez transcurridas. Para el periodo anterior las noticias eran más esporádicas, siendo desde este momento regulares, tanto en la concesión de licencias como de ayudas de costa, encontrándose en todos los años. La “institucionalización” de este sistema de producción e impresión de los *villancicos* para las diversas fiestas puede decirse que comienza en 1647, cuando el Maestro Jalón recibió la preceptiva licencia para la composición de los *villancicos* de Pascua de Reyes, por auto de 29 de noviembre de dicho año. Solicitó ayuda de costa en 13 de enero de 1648, siéndole concedida la cantidad de 18.750 maravedís al efecto el 27 de dicho mes²³⁶. Se completó en el auto capitular de 11 de enero de 1655, cuando desde la Contaduría se dio un informe en el que se refería que se daban al Maestro de Capilla trescientos reales por la impresión de los *villancicos*, ordenando el Cabildo que se le entregaran de forma ordinaria²³⁷, lo que se llevó a cabo el 17 de junio, del mismo²³⁸. En este sentido, tan solo sobresale la petición por parte del entonces segundo maestro de capilla, Juan de Quesada, de 5.236 maravedís por lo que gastó en la impresión de los *villancicos* de Pascua de Resurrección, a lo que el Cabildo accedió,²³⁹ pero añadiendo a continuación que «no se impriman más *villancicos* que los antiguos», por auto de primero de julio de 1654²⁴⁰. Lamentablemente, debido al carácter de las obras, pocas han llegado hasta la actualidad, pese a la orden dada para que Jalón entregara todos los *villancicos* que hubiera compuesto para situarlos en el Archivo, como se había hecho con sus antecesores²⁴¹.

El Maestro Jalón falleció en algún momento antes del día 7 de abril de 1659, cuando fue leído su testamento en reunión capitular y ordenado su entierro en la iglesia de los clérigos menores, según su voluntad. Hecho esto, el Cabildo mandó escribir al licenciado Carlos Patiño, maestro de Capilla del Rey, avisándole del acontecimiento y pidiendo consejo para designar un sucesor. Esta vez, parece que los capitulares no estaban dispuestos a permitir una larga temporada de inestabilidad y, si bien la proposición

costa a la impresión de los *villancicos* de los maitines de la Concepción y Natividad de 1648 y Reyes de 1649». Lo mismo sucede en los libros de salidas ordinarias del Cabildo y la Fábrica, entre otros: 06324, f. 383v; 06325, f. 295v; 06326, ff. 279v y 298r.

²³⁶ ACS, 7107, ff. 6r, 12v y 171v.

²³⁷ ACS, 7111, f. 3r.

²³⁸ ACS, 06325, f. 295v.

²³⁹ ACS, 09498, f. 25v.

²⁴⁰ ACS, 7110, f. 44v.

²⁴¹ ACS, 7111, f. 8r.

del Arcediano de Carmona para situar como interino a Juan Sanz, organista, no prosperó más que para lo referente a la composición de los *villancicos*, sí lo hizo la del propio Carlos Patiño, quien recomendaba a Pedro Martínez Vélez. Así, apenas transcurrido un mes desde el fallecimiento de Jalón, el Cabildo tuvo a bien nombrar en el oficio de Maestro de Capilla al mencionado Pedro Martínez Vélez. Éste era, a la sazón, Maestro de Capilla del Convento de las Descalzas de Madrid. A pesar de su rápida respuesta, leída en reunión capitular el 23 de junio, en la que agradecía su elección, pedía ayuda de costa para el traslado y asegura que «dispondrá su venida con toda brevedad posible», lo cierto es que esta arribada no llegó, siquiera, a producirse. Ante la gran dilación que se estaba produciendo, el Cabildo, que mostraba un cierto interés en proveer el Magisterio de Capilla y en cuidar sus fondos —no en vano ordenó, entretanto, el traslado de los *responsorios* del Maestro Santiago, por estar muy gastados y *ser esenciales*—, acabó solicitando a Patiño una nueva designación. Por último, se pusieron edictos para llamar a oposición, tras debatir la cuestión, el 29 de octubre de 1659. En el ínterin, se encargaron de la substitución Juan Sanz, futuro Maestro de Capilla, y el racionero Andrés García, quien pidió ayuda de costa por sus trabajos en dicho magisterio y por la impresión de *villancicos*, el 19 de enero de 1660, lo que le fue concedido.

Por último, aunque se barajaron otras posibilidades, se optó por nombrar a Juan Sanz en el oficio de Maestro de Capilla por auto de 22 de abril de 1661. Entre las razones aducidas figuran, tal vez por vez primera, problemas presupuestarios. Lo cierto es que a estas alturas del siglo la crisis que afectaba a toda la Monarquía Hispánica, y muy especialmente a Sevilla, se hacía notar también en la poderosa Seo Hispalense, como, por otra parte, no podía ser de otra manera. Poco después, en el cabildo del 21 de agosto de 1662²⁴², se presentó un completo «informe de los ahorros de la Fábrica» en el que se abordaban numerosos asuntos, como la tutela y manutención de los seises. Se aclaraba que debían ser seis y vivir con el Maestro de Capilla. Por lo tanto, pasaron de nuevo a estar a cargo de Juan Sanz, que lucharía en lo sucesivo para desembarazarse de ellos²⁴³.

De Juan Sanz, nacido en Cariñena, actual provincia de Zaragoza, se conservan tres *motetes*: *Alabado sea*, *Su tuum praesidium* y *Tu es Pastor*, a once, ocho y nueve voces respectivamente²⁴⁴.

²⁴² ACS, 7112, ff. 28v, 29v, 31v, 33v, 41r, 46v, 58v, 98v, 100v, 8r, 35r y 59v.

²⁴³ Al final los seises volvieron al Colegio (ACS, 69, f. 57r).

²⁴⁴ AYARRA 1984, p. 710.

El magisterio de Juan Sanz finalizó de forma voluntaria en 1673 cuando entró en servicio de la Capilla Real como organista, con un salario de 225.000 maravedís y «cuarto de casa y una abadía o beneficio en el Reino de Aragón», por lo que, a instancias del mayordomo del Comunal, se llamó para determinar el asunto, en 21 de febrero de 1673²⁴⁵. Se hizo al día siguiente, cuando el secretario refirió las motivaciones del Maestro, por boca de su hermano José Sanz, organista en la Catedral Hispalense. Entre ellas, adujo la «poca salud de que había gozado en esta tierra le movía a hacer esta mudanza», añadiendo que no se había desistido del cargo por escrito por esa misma razón. En el auto se afirma que la Capilla llevaba tres meses sin gobierno, por lo que no era razón que «tuviese a la iglesia entretenida». Finalmente, se comprometió a mandar su renuncia por escrito. Tres días después, el 25 de febrero, el Cabildo decidió negar la licencia solicitada por Sanz para continuar percibiendo emolumentos unos días sin asistir al servicio mientras organizaba sus asuntos, y se cometió a los oficiales de Fábrica y archiveros hacerse con todos sus papeles tocantes al magisterio, tanto los propios como los que hubiera sacado del Archivo, prohibiéndose librarle ninguna cantidad hasta haberlos entregado²⁴⁶.

Como en otras ocasiones, estas disposiciones muestran a las claras el gran interés de los capitulares por mantener bajo custodia los libros y composiciones musicales de sus maestros de Capilla, que tanto renombre habían proporcionado a la Catedral Sevillana en el pasado. Estas diligencias destinadas a aprehender dicho patrimonio librario y musical se cumplieron a raja tabla: tan solo transcurridos dos días, el 27 de febrero de 1673, se hizo el inventario de los libros de canto de órgano que entregó Juan Sanz al canónigo Francisco de la Puente Verástegui y al racionero Luis de Arroyo, oficiales de Fábrica. Al contrario de lo que afirma Ruiz Jiménez, dicho inventario no se encuentra desaparecido²⁴⁷, sino que se halla en los últimos folios del libro de inventario 399 del Archivo Catedralicio de Sevilla. Este inventario, el último de que se tenga noticias del siglo XVII, resulta clave para conocer la composición de la librería de canto de órgano en las postrimerías de la centuria. Ese mismo día, recibieron los citados oficiales de Fábrica los papeles de música que obraban en poder del Maestro Sanz, que también se recogieron por inventario²⁴⁸. Días después, el 2 de marzo de 1673, Francisco de la Puen-

²⁴⁵ ACS, 7120, f. 18r y AYARRA 1984, p. 710.

²⁴⁶ ACS, 7120, ff. 18v-19r.

²⁴⁷ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 25.

²⁴⁸ ACS, 09739, ff. 231r-v y 232r-v.

te daba cuenta al Cabildo del traspaso de los libros y papeles del Maestro Sanz, «así los suyos como los que había sacado de los archivos y Librería de Canto», y se decidió que se pusieran en los archivos, «entregándose solo lo necesario al racionero Andrés García, que hace oficio de maestro por ahora»²⁴⁹. Este extremo se confirma en el inventario, en el que da fe de la entrega Alonso de Quijada Valderrama, que firma junto al propio García. Recibió todos los libros excepto uno grande de *misas* de Alonso Lobo y Francisco Guerrero y ocho vitelas que contienen *O Redentor para los Olíos*, anotados al margen²⁵⁰. Una precaución que habla, sin duda, de los esfuerzos de los capitulares para evitar la dispersión y pérdida de libros y obras.

El celo del Cabildo para con su Librería de Canto de Órgano y sus papeles de música se corresponde con la rapidez con la que proveyó el magisterio de capilla. Así, el 28 de marzo de 1673, se nombraba en el cargo a Miguel Tello²⁵¹. Se le aceptó, tras su solicitud, con las mismas condiciones que gozaba del oficio Juan Sanz. De él se conserva actualmente su obra *Sancte Ferdinande Rex*²⁵². El 27 de julio de 1673 recibió la custodia de los libros de canto de órgano que se recogen en el inventario realizado poco antes. El 30 de junio del año siguiente le fueron entregadas ocho vitelas de la letanía del *Corpus Christi* y una para el órgano, firmando su recepción, y de las que el notario de Fábrica, Alonso Quijada Valderrama, dio fe de que eran de Patiño²⁵³.

El Mgaestro Tello se marchó sin licencia del Cabildo en octubre de 1674, no volviendo, a pesar de que fue invitado a ello²⁵⁴. Probablemente, trató de abandonar el cargo antes, ya que en el mismo inventario se recoge la entrega de todos los libros al racionero Andrés García, ante el mismo notario de Fábrica. Sin embargo, en una nota al margen izquierdo se lee: «no pasó porque el señor Maestro de Capilla los boluió a reziuir». Como expresa el inventario, recibió «todos los dichos libros y papeles» el 27 de julio, pero sin aclarar el año, si bien, se debe de entender que se trata del mismo año 1674. También se refiere al margen izquierdo: «fuese en 3 de octubre sin licencia del Cauildo entregándose los dichos libros en dicho día al señor racionero Andrés García».

²⁴⁹ ACS, 7120, f. 21r.

²⁵⁰ ACS, 09739, f. 231r.

²⁵¹ ACS, 7120, f. 27v.

²⁵² AYARRA 1984, p. 710.

²⁵³ ACS, 09739, f. 231v

²⁵⁴ AYARRA 1984, p. 710.

Andrés García recibió, como maestro interino, además, los papeles de música del Maestro Jalón, el 13 de noviembre de 1674, por mandato del mayordomo de Fábrica Francisco de la Puente Verástegui y del racionero Antonio de Soto, contador. Dichos papeles, previamente «se reziuieron de doña Ysabel Jalón, su sobrina, por mano del licenciado Gabriel de Villarroel», por entonces Maestro de los Seises²⁵⁵. Parece que la política de recuperación, control e inventario de los fondos llevada a cabo por el Cabildo dio sus resultados, si bien se hubo de pagar por ellos 13.600 seiscientos maravedís, como consta por el libro de Mayordomía de la Fábrica 182-A, en el que se recoge dicho desembolso «a Isabel Jalón por los papeles de música que dio, que habían quedado por muerte del Maestro Bernardo Luis Jalón»²⁵⁶.

En cualquier caso, Tello fue sucedido por Alonso Xuárez, que accedió al cargo sin oposición. Este madrileño, discípulo de Tomas de Miciezes, maestro en las Descalzas Reales, ejercía el magisterio en Cuenca. Se trata de un prolijo compositor, uno de los máximos exponentes del Barroco Castellano. Se han conservado en Sevilla varias obras suyas²⁵⁷. El 22 de marzo de 1675, el Cabildo encomendó al Deán informarse sobre los posibles candidatos más adecuados para ocupar el Magisterio de Capilla. Éste debió de aplicarse a fondo en la cuestión, pues solo siete días después «refirió cómo estaua informado de que Alonso Xuárez, maestro de Capilla de la Santa Iglesia de Cuenca era a propósito para servir el Magisterio de Capilla y de quien entre otros tenía las mejores noticias de toda suficiencia en su facultad y demás buenas prendas». Tras ello, el Cabildo tuvo a bien nombrarlo, sin más, en el cargo, con media ración y 75.000 maravedís de ayuda de costa «que la tuvo el racionero Juan Sanz y con los demás emolumentos y honores de capa de coro, antigüedad y todo lo demás que tiene esta ocupación», además de ayuda de costa para el viaje. Por último, se ordenó al secretario del Cabildo, por entonces nada menos que Juan de Loaysa, escribir a Xuárez para comunicarle las disposiciones capitulares.

En el ínterin, como se ha dicho, ocupaba el cargo de Maestro de Capilla el racionero Andrés García, quien el primero de mayo de 1675 pidió licencia para la composición de los *villancicos* de Ascensión, Pentecostés, Santo Rey y *Corpus*. Se le concedió un mes para ello y, de paso, el Cabildo ordenó que «el *villancico* que ha mandado el

²⁵⁵ ACS, 09739, ff. 231v, 234r y 235r.

²⁵⁶ ACS, 09518, f. 8v.

²⁵⁷ AYARRA 1984, p. 710.

Maestro de Capilla Miguel Tello no se cante». Al parecer, los capitulares no estaban dispuestos a corresponder a Tello tras su desplante.

Definitivamente, Xuárez llegó a Sevilla el 18 de julio, día en que el Cabildo ordenó que se le librara la misma ayuda de costa que se le entregó en su día a Tello. Poco después, se mandaba que le fueran apuntadas las horas; y, más tarde, recibió la oportuna licencia para la composición de *villancicos*. Ya en 1676, tras recibir la ayuda de costa sólita por la impresión de los *villancicos* de Concepción y Navidad, se encargó junto al Sochantre de poner en punto de canto el rezo y misa de Nuestra Señora del Carmen, buscando la Fábrica quien lo escribiera a su costa, por auto capitular de 17 de julio²⁵⁸. A lo largo de los siguientes años las noticias son las habituales: concesión de licencias y ayudas de costa para la composición e impresión de los *villancicos*.

Por fin, en el año 1684, como refiere José Enrique Ayarra²⁵⁹, el Maestro Xuárez decidió marcharse de vuelta a Cuenca, donde moriría en junio de 1696. Al parecer, sufría una enfermedad renal, para cuya cura los médicos le recomendaron marcharse de Sevilla²⁶⁰. Dicha marcha queda reflejada en los autos capitulares, dado que el Cabildo, siguiendo con su tradición de control de la custodia de sus fondos librarios, se preocupó, el 12 de abril de 1684, de que se solicitara al Maestro de Capilla que «antes que se vaya, entregue los papeles que hubiere sacado del Archivo de la Música, así como todas las obras que hubiere hecho en el tiempo que ha estado en esta Iglesia». Mandato reiterado pasadas algo más de dos semanas, cuando se ordenó, el 28 de abril del mismo, que «todos los papeles de música, así de *misas*, *motetes*, como otras cosas que hubiere hecho el Maestro de Capilla Xuárez, los archivistas soliciten se los entreguen, y que los de Fábrica hagan vuelvan al Archivo de la música los que hubiere sacado él»²⁶¹. Da fe de que se cumplió dicha resolución el listado de «obras del señor maestro Alonso Xuárez» que se recoge en el antedicho inventario²⁶².

Las diligencias para proveer el Magisterio de Capilla llevaron algún tiempo, en el que Juan de Bonifaz, cometido para ello, «habiendo hecho muy grandes diligencias», propuso al Cabildo el nombramiento de José Sanz. Éste era hermano de Juan Sanz, que había sido anteriormente racionero organista en la Seo Hispalense, y que por entonces

²⁵⁸ ACS, 7121, ff. 7v, 29r, 30r, 32v, 34r, 50r, 54r y 85v.

²⁵⁹ AYARRA 1984, p. 710.

²⁶⁰ FUENTE 2012, p. 8.

²⁶¹ ACS, 7125, ff. 18r y 24v.

²⁶² ACS, 09739, f. 235v.

era segundo organista en la Capilla Real. El Cabildo tuvo a bien nombrarlo por Maestro de Capilla el 19 de enero de 1685, en las mismas condiciones que Xuárez, incluyendo la ayuda de costa para el traslado²⁶³. No obstante, la toma de posesión nunca llegó a producirse y, poco después, se volvían a colocar edictos para la oposición al cargo²⁶⁴. Los problemas para encontrar un candidato idóneo continuaron, ya que los edictos expiraron y los capitulares votaron una prórroga el 11 de junio de 1685 para dilatar la provisión hasta octubre del mismo, lo que se aprobó por mayoría de treinta y nueve habas blancas contra diez negras²⁶⁵. Más tarde, propuso Bonifaz a Francisco de Sanz, aunque este rechazó el cargo.

Por último, los capitulares se decidieron por nombrar a Diego José de Salazar, que terminaría por ser el último maestro de capilla del siglo XVII, pues su magisterio alcanzaría hasta 1709, en que falleció como consecuencia de la peste que asoló la ciudad. Como legado suyo, cuenta el Archivo de la Catedral con varias obras²⁶⁶. Maestro de Capilla de Estepa, debió de ejercer previamente como maestro interino, dado que en el auto del 26 de noviembre de 1685 se refiere la «habilidad que ha manifestado en los días que ha regido la Capilla», así como los informes favorables que de él se obtuvieron. Además, teniendo en cuenta la difícil situación económica y los inmensos gastos que había producido la obra de reforma de la Librería, se valoró que serviría «con el magisterio solamente y con 17.000 maravedís de ayuda de costa que el Cabildo le diere para traer su casa». Fue elegido por una abrumadora mayoría de cuarenta y cuatro habas blancas contra cinco negras²⁶⁷. Su llegada debió de dilatarse por algún tiempo, pues no recibió el traspaso de la custodia de la Librería de Canto hasta el 9 de julio de 1686, de lo que da fe Diego José de la Torre²⁶⁸. Poco después, esta precaria situación financiera que aquejaba a la Seo Hispalense llevó a los capitulares a tomar la decisión de no proveer el cargo de Maestro de Ceremonias para el año siguiente «para que se ahorre su salario», y, transcurridos trece días, el 29 del mismo, se determinó que los aumentos de salario y ayudas de costa «sean materia de gracia y se voten, siendo rechazadas con un haba negra, durante tres años».

²⁶³ ACS, 7126, f. 3v.

²⁶⁴ AYARRA 1984, p. 710.

²⁶⁵ ACS, 7126, f. 73r.

²⁶⁶ AYARRA 1984, p. 711.

²⁶⁷ ACS, 7126, f. 135v.

²⁶⁸ ACS, 09739, f. 241r.

Ya en 1686, el 11 de febrero, la Diputación de Ceremonias dio cuenta al Cabildo de cómo Salazar había compuesto el *Oficio de San Rafael* a canto llano, y Andrés González, maestro de canto llano del Colegio, los *himnos de San Emeterio y San Celedonio*, «y que era necesario escribirlos para uso del Coro». De ello se encargaría Juan Díaz, sochantre de Santa María La Blanca y, «para que fuese escrito con buena letra y la ortografía que debía», intervendría Adrian del Ossu, Maestro de Ceremonias interino.

La Capilla Musical realizaba salidas habitualmente en fechas señaladas, para lo que debía transportar los libros de canto de que hacía uso en las mismas. Las noticias sobre ello son abundantes entre los autos capitulares, en los que se daba licencia para aquéllas. En este sentido se enmarca la orden dada por el Cabildo para que el visitador del Colegio se informara sobre quién debía «llevar el libro de canto de órgano cuando el Cabildo sale fuera en procesión»²⁶⁹. No debía ser un asunto menor, a tenor de las constantes llamadas de los capitulares para la correcta custodia de sus fondos.

Como era habitual, Salazar recibía las acostumbradas licencias y ayudas de costa para la composición e impresión de los *villancicos*. Sin embargo, su remuneración era menor que en los anteriores casos, pues el 23 de abril de 1687 pidió el «aumento de salario que han tenido sus antecesores», lo que le fue denegado²⁷⁰. Durante los siguientes años percibió los 10.200 maravedís acostumbrados como ayuda de costa para la impresión de los *villancicos*. La condición de avezados compositores y expertos músicos de los maestros de Capilla hacía que fueran requeridos por el Cabildo para conocer su opinión. Así sucedió el 19 de diciembre de 1698, cuando se cometió al canónigo Juan de Loaysa para que junto a Salazar, el Maestro de Canto Llano del Colegio de San Isidoro y el Sochantre, determinaran si era procedente imprimir un libro de canto llano dado por Fray Diego de Velasco, de la Orden de la Santísima Trinidad Calzada²⁷¹. Lamentablemente no se han hallado más referencias al asunto.

Con Salazar la Capilla Musical ve finalizar el siglo, en el que, si bien ya no se alcanzaron tan altas cotas de fama internacional, la misma continuó con su evolución barroca, contando con algunos maestros de renombre. El Cabildo, como se ha podido comprobar, mostró durante todo el periodo un afanado interés por mantener a buen recaudo sus fondos musicales, realizando inventarios de los mismos. A pesar de la fuerte

²⁶⁹ ACS, 7126, ff. 17v, 21v, 133r y 140r.

²⁷⁰ ACS, 7127, f. 45v.

²⁷¹ ACS, 7132, f. 152v.

crisis económica que azotó, mediada la centuria, a toda la Monarquía Hispánica y a Sevilla en particular, se realizaron importantes esfuerzos para atraer a los mejores candidatos a ocupar el Magisterio, y se libraron puntualmente las cantidades para la impresión de los *villancicos* que cada año componían los maestros.

3. 2. Fondos de la Capilla Musical

3. 2. 1. Inventario I

1603, marzo, 7, Sevilla.

Inventario de la librería de canto de órgano redactado ante el notario apostólico Hernando de Torres.

A.C.S. 06998. 90r-v.

Memoria de la librería de canto que está a cargo de Ambrosio Cotes, maestro de Capilla de la Santa Yglesia de Seuilla.

En el Sagrario:

1. 1. Primeramente vn libro grande de pergamino guarnesido de seis *misas* de Jusquin [Des Près]. [Está en el servicio del Sagrario]
2. 2. Otro libro grande de pergamino con tablas de cinco [*misas*] del maestro Francisco Guerrero.
3. 3. Otro libro grande de seis *missas* del maestro Francisco Guerrero, çinco de *a quatro* y vna de *a çinco*.
4. 4. Otro libro grande de *çinco missas* del maestro Francisco Guerrero dos y otras dos del maestro [Alonso] Lobo y una de a seis de [Francisco] Guerrero.
5. 5. Otro libro de pergamino de seis *missas* breves de [Cristóbal de] Morales de otros auctores.
6. 6. Otro libro grande de pergamino de quatro *missas* de Jusquin [Des Près].
7. 7. Otro libro de Gregorio de la Selle, maestro del Rey, de papel de marca grande de siete *misas* a quatro de *a çinco* y dos de *a seis* y vna de *a siete*.

8. 8. Otro libro ynpresso del maestro Francisco Guerrero, de papel de marca grande de ocho *missas*, vna *a seis* y dos *de a çinco* y çinco *de a quatro*, impreso en Roma.
9. 9. Otro libro de Philippo [Rogier] maestro del Rey, impreso de papel de marca grande de seis *missas*, dos *de a quatro* y vna *de a çinco* y dos *de a seis* y vna *de a siete*.
10. 10. Otro libro azul de *mizas* y *motetes* y *prossas* de diferentes auctores, que está en la Antigua, es de pergamino.
11. 12. Dos libros de [Cristóbal de] Morales encuadernados en vn cuerpo de *mizas*.
12. 13. Vn libro de *motetes* de Juzquin [Des Près] *de a seis* y *de a çinco* y *de a quatro* de papel de marca mayor impreso. No es de. (sic?)
13. 14. Vn libro grande de pergamino de *hinos* de [Genet] Carpentias y de Pedro Fernández y de otros autores.
14. 15. Otro libro de *motetes de Quaresma* de pergamino de diferentes auctores.
15. 16. Otro libro de pergamino del maestro Francisco Guerrero de las *Quatro Pasiones*.
16. 17. Otro libro de pergamino de *psalmos* de *hinos* de diferentes auctores.
17. 18. Otro libro de pergamino de *magníficas* del maestro Francisco Guerrero.
18. 19. Otro libro de pergamino de *magníficas* de [Cristóbal de] Morales.
19. 20. Otro libro de *magníficas* de [Tomás Luis de] Victoria.
20. 21. Otro libro de *hinos* de Uictoria [i. e. Tomás Luis de Victoria].
21. 22. Otro libro de pergamino de Pedro Fernández de *magníficas* y de *Incarnatus*.//^{90v}
22. 23. Otro libro de pergamino de *salues* y *motetes* de diferentes auctores, que está en poder de Carranco.
23. 24. Otro libro colorado de papel impreso de *hinos* y *salmos* y *magníficas* del maestro Francisco Guerrero.
24. 25. Otro libro de mano de papel de *psalmos*.
25. 26. Otro libro de papel de *glorias*. (viejo)
26. 27. Otro libro de *Beatus* y *chiries de tinieblas* y *gloria laus de Ramos*.
27. 29. Dos libros en vna talega de lienço manuales de pergamino con sus tablas de *coloquios* y *motetes*, del maestro Francisco Guerrero.
28. 37. Otros ocho libros de *motetes* de diferentes auctores manuales, escriptos de mano en papel.

29. 42. Çinco libros azules manuales de *motetes* de Francisco Guerrero.
30. 47. Otros çinco libros colorados manuales en vna talega del maestro Francisco Guerrero.
31. 48. Vn libro de *complectas* en papel pequeño de marca mayor.
32. 49. Otro libro de *coloquios* con quatro libros pequeños en él de los mismos *coloquios* en papel puntado de mano.

En Seuilla, a siete días del mes de março, de mil y seiscientos y tres años, los señores don Benito de Uega y Alarcón, canónigo y mayordomo, y Alonso Marín, racionero y contador de la Santa Yglesia de Seuilla, entregaron al maestro Ambrosio Cote, racionero en la dicha yglesia, los libros contenidos en el ynventario de suso, y el dicho maestro Ambrosio Cote, estando presente, los recibió por presencia de mí, el notario público, y testigos infraescriptos y de cuyo entrega, yo el dicho ynfraescrito notario, doy fee y se dio por contento y entregado de todos ellos y se obligó por su bienes y rentas de que dará cuenta de ellos cada y quando por los señores Deán y Cabildo de la dicha Santa Yglesia o por sus diputados le fuere pedido y de los que no diere y entregare pagará el valor de ellos y dio poder a las justicias eclesiásticas para que por todo rigor de derecho y uía executiua le compelan y apremien a lo así tener, guardar y cumplir como si fuera por sentencia difinituiua por él consentida y pasada en cosa juzgada, y renunció las leyes de su fauor y la que defende la general renunciación. Para su validación obligó sus bienes y rentas muebles y rayzes hauidos y por auer y los firmó de su nombre siendo testigos Juan Vala y Miguel Jerónimo, vecinos de Seuilla, rogadores.

3. 2. 2. Comentario al inventario I:

En el presente inventario se contabilizan 32 asientos correspondientes con 48 cuerpos de libros. Catorce son de pergamino, de los que cuatro se califican como «grandes». Del resto no se especifica su tamaño, excepto en el asiento 27, en el que se indica que son libros manuales. Los de papel son diez, de entre los que cinco son grandes y uno, el asiento 26, es calificado como viejo. Los impresos son cuatro, incluyendo el asiento 8, del que se aclara su lugar de impresión: Roma. Pudiera tratarse del libro enviado por el Maestro Guerrero en 1582, impreso el mismo año en esa ciudad²⁷². Por

²⁷² RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 282 y 283.

último, se aclara que son manuscritos los ocho libros recogidos en el asiento 28, y en el último, 32, un libro de coloquios, puntado a mano. Los restantes asientos (3, 4, 11, 20, 21, 26, 29 y 30) no aportan información sobre su materia escriptórea. Sin embargo, por inventarios posteriores se sabe que el ítem 29 era impreso y, por lo tanto, de papel²⁷³.

Además de noticias sobre el contenido o la materia, algunas se refieren a la ubicación de ciertos libros. Así, en el Sagrario se hallaban tanto el primer asiento como el número 5. El asiento 22, por el contrario, estaba «en poder de Carranco», en la Capilla de la Antigua. Por último, el ítem 30 indica que esos cinco libros, en una talega, se encontraban en manos de Juan Vaca, capellán de la Capilla de Scalas²⁷⁴. Estas anotaciones están realizadas en algún momento posterior.

Por lo que respecta a los autores, el más representado es el celeberrimo maestro Francisco Guerrero con un total de diecinueve libros con composiciones suyas. Contienen *misas* del mismo cuatro de los asientos (2, 3, 4 y 8), que se corresponden con otros tantos cuerpos de libros, en uno de los cuales había dos *misas* de Alonso Lobo (asiento 4); el asiento 15 es un libro de pergamino *de las cuatro pasiones*, siendo el número 17 de *magníficats*. El ítem 23 contenía *himnos*, *salmos* y *magníficats*. En dos había *motetes* (asiento 27) y en otros cinco, *motetes* y *coloquios* (ítem 29). Por último, el asiento 30, los cinco libros colorados que estaban en poder de Juan Vaca, en la Capilla de Scalas, contenían, según Juan Ruiz, *motetes*.

El segundo autor con mayor presencia en el repertorio polifónico de la Catedral Hispalense, con cuatro cuerpos de libros, es Cristóbal de Morales. Este afamado compositor sevillano, nacido hacia 1500, al contrario que otros como Francisco Guerrero o Alonso Lobo, desarrolló parte de su carrera en el extranjero, llegando a entrar como cantor en la *Cappella Pontificia* con Julio III. Su obra sería objeto de impresión aun después de su muerte en lugares como Lyon, Núremberg, Amberes, Milán, Roma o Venecia, así como en la propia Sevilla. Del mismo contaba la Capilla Musical con un libro de pergamino de seis *misas breves* que estaba integrado, también, por obras de otros autores (asiento 5); dos libros encuadrados en un solo cuerpo, también de *misas* (asiento 11); por último, con un libro de pergamino de *magníficats*.

²⁷³ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 70; SUÁREZ 2007, pp. 291 y ss.

²⁷⁴ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 23.

De Josquin Des Près, figura central de la escuela franco-flamenca del alto Renacimiento, se contabilizan tres libros. El primero se corresponde con el asiento 1, un libro grande de pergamino guarnecido, de seis *misas*. De los dos restantes, uno es otro libro grande de pergamino, que contenía cuatro *misas* (asiento 6), siendo el otro de *motetes* de a seis, cinco y cuatro voces, impreso en papel de marca mayor (ítem 12). Menor es el repertorio de Tomás Luis de Victoria, reducido a dos libros. Victoria es otro de los grandes polifonistas españoles del siglo XVI, nacido en Ávila en 1548, estudió en el *Collegium Germanicum* de Roma, siendo nombrado después Maestro de Capilla del Seminario Romano, oficio antes ocupado por Palestrina. Su obra alcanzó una importante difusión. En el inventario se refieren un libro de *magnificats* (asiento 19) y otro de *himnos* (asiento 20). Estos libros, seguramente, sean los que el Maestro Victoria envió al Cabildo desde Roma, uno de ellos era de *misas* y, según él mismo relata en su misiva, fue dirigido a Guerrero y presentado por éste a los capitulares en 1580. El otro fue remitido dos años más tarde, y contenía *salmos* e *himnos* para todas las festividades, dieciséis *magnificats* y cuatro *salves*.

Por último, el resto de autores solo están representados por un libro. En el caso del Maestro Alonso Lobo, Pedro Fernández y Elzèar Genet, alias Carpentras, sus obras se hallan en cuerpos de libro junto a las de otros autores. Del primero de ellos, Lobo, había dos *misas* en un libro grande, junto a otras siete de Francisco Guerrero (asiento 4). Pedro Fernández, fue Maestro de Capilla de la Catedral de Sevilla, nacido en 1478, y preceptor de Cristóbal de Morales. Fue sucedido en el magisterio por Francisco Guerrero. El ítem 13 contiene *himnos* suyos y de Genet Carpentras, compositor francés nacido en 1470. Por su parte, de Jorge de La Helle, autor franco-flamenco nacido en 1547, que fuera Maestro de la Capilla Real de Felipe II, solo hay un libro de siete *misas* (asiento 7), cuatro a cinco voces, dos a seis y una a siete, que probablemente sea el que remitió al Cabildo en 1584, impreso en Flandes. En cuanto a Felipe Rogier, compositor de la misma escuela que el anterior y que como él fue Maestro en la Capilla Real del Rey Prudente, resta solo un libro impreso en papel de marca grande con seis *misas*, dos de a cuatro voces, una de cinco, dos de seis y una de siete.

Por otra parte, algunos de los libros reseñados, un total de dieciséis, contenían obras de diversos autores cuyos nombres no se citan. El primero de ellos es el que se encontraba en la Capilla de la Antigua, un libro azul de *prosas*, *motetes* y *misas*, en pergamino (ítem 10). El asiento 14 corresponde a un libro de *motetes de Cuaresma*. El

libro de *salves y motetes* (asiento 22), según Jua Ruiz Jiménez, sería el Libro de Polifonía nº 1 del catálogo de 1994, copiado en 1555 por el escritor de libros Fernando de Torres²⁷⁵, y servía, como indican los inventarios, en la Capilla de la Antigua. Al parecer, contuvo una *Salve* de Guerrero, que, no obstante, se perdió cuando el libro fue aderezado en algún momento posterior a 1721. Los asientos 24 y 25 se identifican con sendos libros de papel, uno de *salmos* y el otro de *glorias*, calificado como «viejo». Lo mismo sucede con el ítem 26, un libro de *Beatus*, *Chiries de tinieblas* y *Gloria Laus de Ramos*, así como el libro de *completas* (ítem 31) y otro de *coloquios* (asiento 32), que según se percibe de los inventarios posteriores, contenía obras de Francisco Guerrero y Alonso Lobo²⁷⁶. Por último, los ocho libros de *motetes*, manuscritos, de diferentes autores (asiento 28).

Este inventario fue revalidado el 22 de octubre del mismo año de 1603, cuando se produjo el traspaso de la custodia de los libros de polifonía a Francisco Company, nombrado Maestro de Capilla. Ante las mismas personas se le entregó, además de aquellos, un libro de *misas* de Alonso Lobo «escrito de molde en papel de marca mayor encuadernado en papelón blanco, ympreso en Madrid, año de seiscientos y dos». Con toda probabilidad, este libro fue recibido por el Cabildo en agosto del mismo año 1603, encomendándose a Andrés de Jacomar evaluarlo y elevar informe al mismo²⁷⁷. Por lo tanto, el total de obras polifónicas sumaría cuarenta y nueve cuerpos de libros, correspondientes con un número indeterminado de obras de diferentes autores. De nuevo, cuando el 14 de enero de 1605 el propio Alonso Lobo se hizo cargo del repertorio de canto de órgano, esta vez ante el racionero Alonso Marín, contador de la obra y diputado por el Cabildo para el particular, recibió los libros por el inventario de 1603 más su libro de *misas*.

3. 2. 3. Inventario II

Sevilla, [mayo, 16] 1618.

²⁷⁵ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 188-189, 281, 282 y 284. Hernando de Torres, notario de Fábrica, se encargó del traslado y realización de varios libros inventarios, así como de la confección de *calendarios* entre los años 1577 y 1595.

²⁷⁶ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 40 y 71.

²⁷⁷ ACS, 7091, f. 121r.

Borrador del inventario de libros de canto de órgano.

A.C.S. 06998. 92r, 93r, 94v.

1. 1. Vn libro de *missas* del maestro Louo [i. e. Alonso Lobo].
2. 2. Otro libro de Juan de Esquivel de *missas*.
3. 3. Otro libro segunda parte de maestro [Francisco] Guerrero, de *misas*.
4. 4. Vn libro de *hinos* y *magníficas* del maestro [Francisco] Guerrero.
5. 5. Vn libro de *misas* de [Francisco] Garro ympresso. Nuevo.
6. 6. Vn libro de antiguo de *motetes* de diferentes autores papel.
7. 7. Vn libro de *pasiones* del maestro Louo [i. e. Alonso Lobo] de papel.
8. 8. Vn libro de *magníficas* de [Manuel] Cardoso. Nuevo.
9. 9. Vn libro de *missas* de Rujer [i. e. Philippe Rogier].
10. 10. Vn libro de *magníficas* de [Cristóbal de] Morales de pergamino.
11. 11. Otras *magníficas* de [Francisco] Guerrero de pergamino.
12. 12. Vn libro *hinus* antiguo de diferentes autores grande de pergamino.
13. 13. Vn libro de *motetes de quaresma* de pergamino.
14. 16. Tres libros grandes de [Cristóbal de] Morales de 1, 2, 3, partes de pergamino. Nuevos.
15. 17. Vn libro de çinco *misas* de a 4 y una de 6 y a 5.
16. 18. Vn libro de *missas* de [Francisco] Guerrero y Louo [i. e. Alonso Lobo] de pergamino.
17. 19. Otro libro de [Francisco] Guerrero de 5 y de a 6 de pergamino.
18. 20. Otro libro de *salmos* e *ynus* de [Francisco] Guerrero de pergamino.
19. 21. Otro libro de *ynus* de [Tomás Luis de] Victoria ynpreso.
20. 22. Otro libro de *magníficas* de [Tomás Luis de] Victoria.
21. 23. Otro libro de *missas* de pergamino de de Louo [i. e. Alonso Lobo], nuevo.
22. 24. Otro libro de *magníficas* de Louo [i. e. Duarte Lobo] ynpreso, nuevo.
23. 33. Nuebe librillos pequeños de *motetes*.
24. 41. Ocho libros de *coloquios* del maestro [Francisco] Guerrero de pergamino.
25. 46. Çinco libros de *motetes* del maestro [Francisco] Guerrero, papel.
26. 54. Ocho libretes negros de diferentes cosas, papel.
27. 55. Vn libro de pergamino de diferentes autores y de *missas* breues.
28. 56. Vn libro viejo de *motetes* y *missas* de diferentes autores.

29. 57. Vn libro de *responsos y versos de Semana Sancta* diferentes autores y viejo de papel.
30. 58. Vn libro muy viejo de *Gloria Patris*.
31. 59. Vn libro mediano de *coloquios* del maestro [Francisco] Guerrero y Louo [i. e. Alonso Lobo] de papel.
32. 60. Otro libro que si intitula *de ynstrumentos* viejo.
33. 61. Vn librete de cantar en el órgano de *salmos* sin música.

En el seruicio del Sagrario en 16 de mayo 1618.

34. 62. Primeramente vn libro viejo de papel de *manificas e ynus* de [Juan] Nauarro. Papel.
35. 63. Yten otro libro de *missas* de Vitoria [i. e. Tomás Luis de Victoria], de papel de marca mayor, viejo.
36. 64. Yten otro libro de pergamino de *inus* de Francisco Guerrero.
37. 65. Yten otro libro de pergamino de *magnificas* de Jusquim [i. e. Josquin Des Près].
38. 66. Yten otro libro de pergamino viejo de tres *missas* de diferentes autores.
39. 71. Yten V libretes ynpressos de *motetes* de [Francisco] Guerrero de papel.
40. 72. Yten vn libro de de pergamino de 6 *missas* de Jusquim [i. e. Josquin Des Près].

3. 2. 4. Comentario al inventario II:

Este segundo inventario, que aparenta ser un borrador del realizado posteriormente por el que se consignaron los libros de canto de órgano que se hallaban en poder del Maestro Santiago, fue realizado en algún momento entre el 11 de octubre de 1617 y el 16 de mayo de 1618, según se colige de la fecha dada al enumerar los libros que se encontraba en «el seruicio del Sagrario». Esta es la única fecha que aporta el documento, aunque concuerda con el inventario “definitivo”, dado que se sabe por los autos capitulares que se encomendó al Mayordomo de la Fábrica realizar un inventario de los libros de canto de órgano el 11 de octubre de 1617, debiendo recuperar aquellos que faltaran. Esto quedó constatado, como se apuntó más arriba, en el libro de Salarios 325, con una nota del día siguiente, 12 de octubre, que recoge el mandato a los contadores para reali-

zar la «memoria de todos los libros de canto de órgano e instrumentos de ministriles», con la misma obligación de recuperar los que faltaran.

Contando con los libros situados en el Sagrario, el borrador consta de cuarenta asientos que recogen un total de setenta y dos cuerpos de libros. En cuanto a los libros situados el Sagrario, once, parece ser que ya no formaban parte del elenco de obras utilizadas por la Capilla Musical, teniendo, en cambio, un uso didáctico, dado que allí se situó la cátedra de canto de órgano. De este amplio repertorio se pueden contar veinticuatro cuerpos de pergamino, de los que solo uno de ellos recibe la calificación de «grande» (asiento 12), aunque, dada la correspondencia entre este inventario y el de 1603, al menos dos más lo eran (asientos 16 y 40). A ellos hay que sumar el ítem 28, del que se sabe por el inventario anterior que era de pergamino. Por su parte, los que aparecen como libros en papel alcanzan la cifra de veintiocho, a los que se añaden, de nuevo, otros cinco (asientos 3, 4, 9, 30 y 33) cuya materia escriptórea se conoce desde, al menos, 1603²⁷⁸. Los calificados como impresos son sólo cuatro asientos, correspondientes a otros ocho cuerpos de libros. Sin embargo, el inventario de 1603 hace saber de otros tres libros (ítems 3, 4 y 9) que lo eran.

De nuevo, Francisco Guerrero es el autor con una mayor presencia. De sus obras anteriores, están presentes en este borrador todas excepto el libro de las *Cuatro Pasiones*. Además, hay que añadir «vn libro mediano de *coloquios* Guerrero y Louo» (asiento 31), del que en el inventario de 1603 no se expresaba su autoría, así como un libro de *himnos* de pergamino, del que nada se decía en aquel (asiento 36). Quizá, la novedad más importante sea el notable incremento del número de obras de Alonso Lobo, algo lógico, por otra parte, teniendo en cuenta que había sido Maestro de Capilla durante casi todo el periodo entre la confección de ambos inventarios. Aparte de los dos libros que contenían obras suyas y de Francisco Guerrero (ítems 16 y 31), se consignan otros dos libros de *misas* (asientos 1 y 21) y uno de *pasiones* (asiento 7). El libro de *misas* de pergamino (21) fue entregado al Cabildo por el Maestro Lobo el 6 de enero de 1608, el mismo día en que se decidió que «se ponga con los otros libros de música»²⁷⁹. Nuevamente, Lobo dedicó un libro a los capitulares el 11 de abril de 1611, en esta ocasión del *Oficio de Semana Santa* en canto de órgano, del que se ocuparon los canónigos Pedro de Santander y Manuel Sarmiento. El 20 del mismo se llamó para ver qué cuantía se le entregaría

²⁷⁸ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 24.

²⁷⁹ ACS, 7092, ff. 42v-43r.

como gratificación, decidiéndose dos días más tarde otorgarle 2.000 maravedís de ayuda de costa²⁸⁰. No obstante, no recibió esta exigua cantidad, constando, en cambio, un pago de 68.000 maravedís «al Maestro Lobo por auto capitular por el trabajo de haber hecho un libro de canto de órgano del *oficio de la Semana Santa* que dio al Cabildo»²⁸¹. Este libro no ha aparecido en ninguno de los inventarios realizados durante el siglo XVII. El Maestro Lobo no cejó en su empeño de incorporar sus obras al repertorio catedralicio, presentando al Cabildo otra obra suya el 28 de julio de 1614. Fueron cometidos para verla los canónigos Luis Melgarejo y Manuel Sarmiento, tras cuyo informe «del libro que le volvieron de Toledo y presentado a esta Sancta Iglesia» se votó concederle 37.500 maravedís, pero señalando que «de aquí adelante no pida otra cosa alguna por esta razón»²⁸². Lamentablemente, no se dice más del mismo y tampoco se han hallado los pagos en los libros de Fábrica.

Por su parte, Cristóbal de Morales mantiene dos de las tres obras registradas en el inventario anterior, el libro de *magnificats* (asiento 10) y el que contenías *misas* breves suyas y de otros autores (asiento 27). Los dos libros de *misas* encuadernados en un cuerpo no aparecen. No obstante, como novedad, se consignan «tres libros grandes de Morales», calificados como nuevos (ítem 14). Como señalan Juan Ruiz Jiménez y los autos capitulares, el 26 de enero de 1601 se encargó al canónigo Juan de Hurtado y al Licenciado Martín Gómez que «vean las obras de Morales y las hagan copiar en pergamino»²⁸³, aunque, según parece, no debieron de estar terminados hasta algún momento posterior al 14 de enero de 1605. De Tomás Luis de Victoria permanecen tanto sus *misas* (asiento 21) como sus *magnificats* (asiento 20), añadiéndose otro libro de *misas* de papel de marca mayor, «viejo», lo que, unido a su ubicación en el Sagrario, refuerza la teoría de que no formaba parte del “repertorio vivo” de la Capilla Musical.

Con respecto a Josquin Des Près, continúan apareciendo tanto sus *misas* (ítem 40), que ya en 1603 se encontraban en el Sagrario, como sus *motetes* (asiento 6). Además, se cuenta un libro de pergamino de *magnificats* (asiento 37), no mencionado en el anterior inventario, probablemente porque se encontraba en el Sagrario, utilizado para la enseñanza de canto.

²⁸⁰ ACS, 7094, ff. 14r, 15v y 16v.

²⁸¹ ACS, 09461, f. 12v.

²⁸² ACS, 7095, f. 136r-v.

²⁸³ ACS, 7090, f. 62v y RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 65.

Del resto de autores solo se enuncia una obra. Es el caso de Philipe Rogier, de quien se mantiene su libro de *misas* (ítem 9), y de autores cuyos nombres aparecen por vez primera en la Librería de Canto de Órgano hispalense. Así sucede con Juan de Esquivel Barahona, nacido en Ciudad Rodrigo (1556), compositor prolífico que ejerció el magisterio en varias ciudades como Oviedo o su ciudad natal. Desde allí debió de enviar su libro de *misas* (asiento 2) para cuya evaluación fueron cometidos Manuel Sarmiento, a la sazón secretario del Cabildo, y el Maestro Lobo el 7 de mayo de 1608. No obstante, en los autos capitulares se lo sitúa como «Maestro de Capilla de la Iglesia de Salamanca», lo que parece improbable, dado que por entonces lo era Sebastián de Vivanco, quien remitió, menos de dos meses después, un libro de *magníficats*. En esta ocasión se encargó al mismo Manuel Sarmiento y al racionero Martín Gómez que vieran su libro «por si se le ha de dar algo»²⁸⁴. Éstos determinaron que se le entregaran 10.200 maravedís, lo que se hizo por mano de Juan Carrasco²⁸⁵.

De la misma forma, se incorpora Francisco Garro, compositor logroñés (ca. 1555) que, tras ocupar diversos cargos en varias ciudades españolas, pasó a la Capilla Real de Lisboa en 1592. Desde allí remitió un libro al Cabildo Sevillano (asiento 5), que comitió al canónigo Manuel Sarmiento de Mendoza y al propio Maestro Alonso Lobo para que lo vieran e hicieran cantar una «*misa* de él en la primera fiesta» el 30 de julio de 1612²⁸⁶, recibiendo un pago de 11.220 maravedís por el mismo, a modo de agradecimiento, el 25 de agosto de ese año, a través del racionero Alfonso Pablo²⁸⁷. El mismo racionero se encargó de presentar ante los capitulares un libro de *magníficats* (8) de «un maestro de Capilla portugués», que fue incorporado al inventario y entregado al Maestro de Capilla, por entonces Francisco Santiago, el 6 de septiembre de 1617²⁸⁸. En cuanto al último de los compositores portugueses, tanto Juan Ruiz Jiménez como Juan María Suárez²⁸⁹ opinan que Duarte Lobo, uno de los más célebres polifonistas del primer barroco portugués, es el autor del asiento 22 «otro libro de *magníficats* de pergamino de Louo ynpresso, nueuo». El primero de ellos cree que puede tratarse del libro de *magní-*

²⁸⁴ ACS, 7092, ff. 56r y 59v.

²⁸⁵ ACS, 09458, f. 7v.

²⁸⁶ ACS, 7094, f. 97r.

²⁸⁷ ACS, 09462, f. 15r.

²⁸⁸ ACS, 7097, f. 59r.

²⁸⁹ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 200; SUÁREZ 2007, pp. 291 y ss.

ficats por el que Héctor Antúnez recibió la cantidad de 10.200²⁹⁰ maravedís el 10 de febrero de 1606²⁹¹.

Entre los libros cuya autoría no se especifica, se encuentran el libro de *motetes* de Genet Carpentras (asiento 12) que recogía el inventario de 1603, así como otros anónimos, de los que coinciden en ambos inventarios el libro de *motetes de Cuaresma* (asiento 13), el libro viejo de *Gloria Patris* (ítem 30), los ocho libretes negros de diferentes cosas (asiento 26), el librete de cantar en el órgano, de *salmos* sin música (asiento 33), y, probablemente, el libro viejo de *motetes* y *misas* de diferentes autores (ítem 28)²⁹². En cuanto al asiento 23, «nuebe librillos pequeños de *motetes*», pudieran, quizá, tratarse de los que presentó al Cabildo Pedro Flacomio, compositor italiano, junto a una carta suya, el 10 de julio de 1613. Se cometió a Manuel Sarmiento «los vea y haga relación de lo que contiene»²⁹³. Por último, tanto el libro de *responsorios* y *versos de Semana Santa* de diferentes autores (29) como el de *tres misas*, igualmente de diferentes autores (38), ambos viejos, y este último en el Sagrario, no están consignados en el inventario de 1603.

3. 2. 5. Inventario III

Inventario de los libros de canto de órgano custodiados por el maestro de Capilla Francisco Santiago.

A.C.S. 06998, 95r-v.

Memoria de la librería de canto que está a cargo del Padre Maestro Sanctiago, maestro de Capilla de la Sancta Yglessia de Seuilla.

1. 1. Primeramente vn libro grande de pergamino, guarneçido con tablas, de seis *missas* de Jusquim [i. e. Josquin Des Près], que está en el exerçio del Sagrario.

²⁹⁰ Juan Ruiz Jiménez consigna sólo 1.200 maravedís, un precio realmente irrisorio, a nuestro entender, para un libro de esas características.

²⁹¹ ACS, 09456, f. 6r.

²⁹² Coincidirían, respectivamente, con los asientos 14, 25, 28, 24 y 10 del inventario de 1603.

²⁹³ ACS, 7095, f. 54r.

2. 2. Otro libro grande de pergamino con tablas de cinco [*missas*] del Maestro [Francisco] Guerrero.
3. 3. Otro libro grande de pergamino de seis *missas* del maestro Francisco Guerrero cinco de a quatro y vna de a cinco.
4. 4. Otro libro grande de cinco *missas* del maestro Francisco Guerrero dos, y otras dos del maestro Louo [i. e. Alonso Lobo] y vna de a seis de [Francisco] Guerrero.
5. 5. Otro libro de pergamino de seis *missas* breues de [Cristóbal de] Morales y de otros autores.
6. 6. Otro libro de Gregorio de la Hele maestro de Rey, de papel de marca grande, de siete *missas* quatro de a cinco y dos de a seis y vno de a siete.
7. 7. Otro libro ympresso del maestro Francisco Guerrero de papel de marca grande de ocho *missas* vna de a seis y dos de a cinco y cinco de quatro, ympresso Roma.
8. 8. Otro libro de Philipppo [Rogier], maestro del Rey ympresso de papel de marca grande de seis *missas*, dos de a quatro y vna de a cinco y dos de a seis y vna de a siete.
9. 9. Dos libros de [Cristóbal de] Morales, encuadernados en vn cuerpo, de *missas*.
10. 10. Vn libro de *motetes* de Jusquin [i. e. Josquin Des Près] de a seis y de a cinco y de a quatro de papel, de marca mayor, ympresso.
11. 11. Vn libro de grande de pergamino de *hinos* de [Genet] Carpentras y de Pedro Fernández y de otros autores.
12. 12. Otro libro de *motetes de Quaresma* de pergamino de diferentes autores.
13. 13. Otro libro de pergamino del maestro Francisco Guerrero de las *Quatro Passiones*.
14. 14. Otro libro de pergamino de *pasalmos* e *hinos* de diferentes autores.
15. 15. Otro libro de pergamino de *magníficas* del maestro Francisco Guerrero.^{95v}
16. 16. Otro libro de pergamino de *magníficas* de [Cristóbal de] Morales.
17. 17. Otro libro de *magníficas* de [Tomás Luis de] Vitoria.
18. 18. Otro libro de *hinos* de [Tomás Luis de] Vitoria.
19. 19. Otro libro de pergamino de *salues* y *motetes*, de diferentes autores, que está en la [Capilla de la] Antigua.
20. 20. Otro libro colorado de papel, ympresso, de *hinos* de diferentes *passalmos* y *magníficas* del maestro Francisco Guerrero.

21. 21. Otro libro de mano de papel de *passalmos*.
 22. 22. Otro libro viejo de papel pequeño de *glorias*.
 23. 23. Otro libro de *Beatus* y *chiries de tinieblas* y *gloria laus de Ramos*.
 24. 31. Ocho libros en vna talega de lenço manuales de pergamino, con sus tablas de *coloquios* y *motetes* del maestro Francisco Guerrero.
 25. 39. Otros ocho libros de *motetes* de diferentes autores de manuales, escritos de mano en papel.
 26. 44. Cinco libros azules manuales de *motetes* de Francisco Guerrero.
 27. 45. Vn libro de *completas* en papel, pequeño, de marca mayor.
 28. 46. Otro libro de *coloquios* con quatro libros pequeños en los de los mismos *coloquios* en papel puntados, de mano.
3. 2. 5. Comentario al Inventario III:

En esta ocasión, se presenta lo que se puede denominar Librería de Canto de Órgano *stricto sensu*, dado que el repertorio parece “depurado” de aquellos libros utilizados para otros fines que sí fueron recogidos en el borrador anterior. Los aquí consignados, como indica el propio documento, son los que el Maestro Francisco Santiago tomó bajo su responsabilidad. Se trata, por tanto, del repertorio “vivo”, lo que no implica que, como en el inventario de 1603, algunos de los libros estuvieran situados en Sagrario, concretamente el asiento 1, que ya aparece en dicho lugar en el borrador, o en la Capilla de la Antigua, donde continuaba el libro de *salves* y *mote-tes* de diferentes autores (asiento 19), como ya se indicaba en el inventario de 1603. Dicho elenco musical “vivo” aparece, de hecho, mermado en su número con respecto al inventario de 1603, pasándose de cuarenta y ocho cuerpos de libros de entonces a los cuarenta y seis existentes en 1618.

Esta vez, el repertorio de obras de Francisco Guerrero muestra alguna divergencia con respecto al borrador ya visto. El número de sus obras asciende a quince, reapareciendo el libro de pergamino de las *Cuatro Pasiones*. Por el contrario, no se halla consignado el de *himnos* que se encontraba en el Sagrario, según el borrador²⁹⁴. Resulta sorprendente, en cambio, la reducción de obras de Alonso Lobo, cuya presencia pasa a ser casi testimonial, dándose solo en un libro de *misas* (asiento

²⁹⁴ Asiento 36 del mismo.

4) y otro de *coloquios* (asiento 28), ambos compartidos con Francisco Guerrero. Igualmente desaparecen Duarte Lobo, Francisco Garro, Juan Navarro, Manuel Cardoso y Juan de Esquivel.

Por su parte, Josquin Des Près mantiene tanto su libro de seis *misas* (ítem 1), situado en el Sagrario, como el de *motetes* (asiento 10), perdiendo, en cambio, el de *magníficats*. Tanto Rogier (asiento 8) como Capentras y Fernández (asiento 11) y Victoria (ítems 17 y 18), están representados por las obras ya consignadas anteriormente. Sin embargo, no es el caso de Morales, que recupera sus dos libros encuadernados en un cuerpo, de *misas* (asiento 9), presente en 1603, pero pierde los tres libros grandes de pergamino, nuevos, que sí se contabilizan en el borrador. George de la Hele reaparece con su libro de *misas*, igualmente consignado en el inventario de 1603.

En cuanto a los libros cuya autoría permanece anónima, no se recogen los nueve libros pequeños de *motetes*, el de *Resposos y versos de Semana Santa* y el intitulado *Instrumentos*, todos ellos inscritos en el borrador. Por el contrario, se recuperan, de 1603, el libro de *salves y motetes* situado en la Capilla de la Antigua (asiento 19), el de *Beatus y chiries de tinieblas y gloria laus* (ítem 23) y, por último, uno de *completas* (asiento 27).

3. 2. 6. Inventario IV

1644, marzo, 8. Sevilla.

Inventario de los libros de canto de órgano entregados al Maestro de Capilla Luis Bernardo Jalón.

A.C.S. Secc. IX 11.014 A, expediente 15.

En la ciudad de Seuilla en ocho días del mes de março de mil y seiscientos y quarenta y quatro años, en presencia del señor don Agustín de Aguirre, contador de la Fábrica de la Santa Iglesia de esta dicha ciudad y fecha, ante Luis de Herrera, notario de la dicha Fábrica, se hizo inventario de los libros de canto de música que tiene dicha Santa Igles-

sia, para entregar a Luis Bernardo Jalón, maestro de Capilla, los quales son los siguientes:

1. 1. Primeramente vn libro de *missas* de a quatro del maestro [Francisco] Guerrero, grande y de pergamino.
2. 2. Otro libro de *misas*, de a cinco del dicho maestro [Francisco] Guerrero, de pergamino.
3. 5. Primera, segunda y tercera parte del maestro [Cristóbal Morales] en tres libros de pergamino.
4. 6. Otro libro de *hignus estrauagantes* en pergamino de pocas ojas y grande.
5. 7. Otro libro del maestro [Francisco] Garro, impreso, de *missas*.
6. 8. Otro libro de *missas breues* de pergamino, donde se dize el *Incarnatus*.
7. 9. Otro libro de *motetes y lamentaciones*, del maestro [Francisco] Guerrero, mediano, en pergamino.
8. 10. Otro libro de las *quatro Pasiones* de pargamino, mediano, conpuesto por el maestro [Francisco] Guerrero.
9. 11. Otro libro impreso, mediano, *missas* del maestro Alonso Lobo.
10. 12. Otro libro de *missas*, impreso, mediano, del maestro Felipe Rogier.
11. 13. Otro libro escrito en pergamino de *missas* del maestro Lobo y Guerrero [i. e. Alonso Lobo y Francisco Guerrero], grande, que llaman el libro pardo.
12. 14. Otro libro del maestro [Alonso] Lobo, grande, de pergamino, de *missas* que compuso quando vino de Toledo.
13. 15. Otro libro de *himnos* de pergamino, mediano, del maestro [Francisco] Guerrero.//
14. 16. Otro libro de *magníficas* mediano en pergamino del maestro [Francisco] Guerrero.
15. 17. Otro libro mediano de *magníficas* del maestro [Cristóbal de] Morales en pergamino.
16. 18. Otro libro de *pasiones y lamentaciones y miserere* en papel del maestro [Alonso] Lobo, mediano.
17. 19. Otro libro de *himnos* antiguos, grande, de diferentes maestros, en pergamino.
18. 20. Otro libro de *missas* de Duarte Lobo, de papel impreso, mediano.
19. 21. Otro libro de *magníficas breues* de Duarte Lobo en papel.
20. 22. Otro libro de *magníficas* del maestro [Manuel] Cardoso, en papel, impreso.

21. 25. Tres libretes pequeños viejos donde está la *prossa* y vna *missa de difuntos* de diferentes autores.
22. 26. Otro libro en pergamino, mediano, del *Beatus* y *reciuimiento de dominicas de la quaresma* y *señas* de [Francisco] Guerrero.
23. 27. Otro libro del mismo tamaño en pergamino de *glorias Patris* de diferentes maestros.
24. 35. Ocho libretes medianos de pergamino de diferentes maestros y lo más del maestro [Francisco] Guerrero, *coloquios* y *motetes*.
25. 40. Cinco libros viejos, que llaman negros, para las procesiones en papel, faltan tres, porque auían de ser ocho.
26. 41 Vn juego de *motetes* del maestro [Francisco] Guerrero, menos vn tiple.
27. 42. Otro juego de *motetes* de [Francisco] Guerrero y falta el contrauaxo y la quinta parte.
28. 44. Dos libretes de *salmos* para cantar al órgano en pergamino y aforrados en cabritillas negras.//
29. 45. Yten vn libretillo en pergamino escripto para cantar al órgano, an de ser dos, falta vno.
30. 46. Yten otro libro del maestro [Francisco] Guerrero, impreso que tiene, en él el exercicio Diego de Palacios de *missas*.
31. 47. Otro libro grande en papel de *misas* de Jorje de la Ele [i. e. Jorge de La Hele].
32. 51. Quatro libretes, los tres negros impreso y el otro pardo, de *motetes* del maestro [Francisco] Guerrero.
33. 54. Dos libros de *missas* del maestro [Manuel] Cardoso y [Felipe de] Magallanes, que son del racionero Manuel Correa, que los da a esta Santa Yglesia, y el dicho racionero tiene un su poder vn libro de *misas* de Cardoso que es de la Iglesia.
34. 55. Vn librete nuevo de *letanías* en pergamino y aforrado en cabritilla negra.
35. 57. Dos libros de *coloquios* ~~impresos~~ de mano en papel, del maestro [Francisco] Guerrero, vno para los ministriles y otro para la capilla; tienen *completas* del maestro [Alonso] Lobo y el *salmo* solemne que se llama el primer *salmo*²⁹⁵.

²⁹⁵ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 61. El mismo que el último del inventario de 1603.

3. 2. 7. Comentario al Inventario IV:

Este inventario, realizado a la llegada de Luis Bernardo Jalón, el 8 de marzo de 1644, consta de treinta y cinco asientos correspondientes a cincuenta y siete cuerpos de libros. Muchos de ellos se encontraban recogidos en los realizados con anterioridad, a los que se suman algunos que se fueron incorporando a la Librería de Canto de Órgano a lo largo de los años transcurridos desde la confección del último inventario, en 1618. Los cuerpos de libros en pergamino continuaban siendo mayoría, alcanzando la cifra de veintiocho, teniendo en cuenta la información obtenida en ocasiones anteriores, siendo de papel veinte, e indeterminados, cuatro.

Como venía sucediendo, Francisco Guerrero se constituye como la columna vertebral del acervo polifónico catedralicio, con veintitrés cuerpos de libros y dos juegos de *motetes*, cuyo número no se especifica. De ellos, cuatro son libros de *misas*, uno de los cuáles, como ya se ha indicado, contenía también *misas* de Alonso Lobo. Otro de ellos, además, incluía un ejercicio de Diego de Palacios (asiento 30), quien fue nombrado «maestro del facistol ejercicio de canto de órgano en el Sagrario» el 8 de julio de 1628²⁹⁶. Son de *motetes* los citados dos juegos, de los que uno podría identificarse con los cinco libros azules de *motetes* (asiento 27) registrados anteriormente, ahora sin el contrabajo y la quinta parte, apareciendo el otro por vez primera, sin un tiple (asiento 26). Igualmente, contenían *motetes* cuatro libretes, tres negros y otro pardo (ítem 32) que, según Juan Ruiz Jiménez, corresponderían con los cinco libretes impresos de *motetes* recogidos en el borrador de 1618, de los que, por tanto, faltaría uno. Por último, además de *motetes*, albergaban *coloquios* ocho libretes de diferentes autores, entre ellos Guerrero (asiento 24), y *lamentaciones* otro asiento (7), que Juan Ruiz Jiménez identifica con el libro de *motetes de Cuaresma* que se halla en la memoria de los libros entregados a Francisco de Santiago en 1618. Cierran el elenco de obras de Guerrero un libro de *magníficats* (ítem 14), otro de *himnos* (asiento 13), uno de las *Cuatro Pasiones* (8) y otro con el «*Beatus y reciimiento de las dominicas de la Quaresma y señas*» (asiento 22).

Por su parte, Alonso Lobo resurge como uno de los más importantes compositores del repertorio catedralicio, con cinco cuerpos de libros. Cuenta con tres libros de

²⁹⁶ ACS, 7102, f. 268r.

misas, uno de ellos compartido con Guerrero, el «que llaman el libro pardo» (asiento 11), y otro «que compuso cuando vino de Toledo» (asiento 12), que ya estaba presente en el borrador de 1618, pero no en la memoria de los libros entregados al Maestro Santiago. Igualmente, contaba con un libro de *completas* (ítem 35) y otro de *pasiones, lamentaciones y miserere* (asiento 16).

De Morales vuelven a contarse sus «primera, segunda y tercera parte» (asiento 3) consignadas en el borrador de 1618, contando, además, con un libro de *magníficats* (ítem 15). Duarte Lobo está representado por un libro de *magníficats* y otro de *misas* que aparece por primera vez. Dicho libro se corresponde con el enviado por él, entonces Maestro de Capilla de Lisboa, al Cabildo Hispalense, por el que se determinó enviarle 300 reales de la hacienda de la Fábrica, siendo entregado a «la persona que cuida de los demás de canto de órgano que sirven al coro»²⁹⁷, por auto de 21 de febrero de 1628, lo que se llevó a efecto el 7 de abril del mismo, librándose 10.200 maravedís para él, «en satisfacción de dos libros, uno de *misas* y otro de *magníficats*»²⁹⁸. De la misma forma hace, de nuevo, acto de presencia Cardoso, con un libro de *magníficats* (asiento 20) ya consignado en el borrador de 1618, al que se suman otros dos libros de *misas* (asiento 33), uno de ellos donado por el racionero Manuel Correa, también portugués, quien tenía en su poder el otro, propiedad de la Catedral. El mismo Correa guardaba, asimismo, un libro de *misas* (asiento 33) de Felipe de Magallanes, compositor lusitano nacido en Azeitao, en 1571. Fue compañero del propio Cardoso y de Duarte Lobo, y ejerció el magisterio de la Capilla Real de Lisboa hasta 1641. De otro lado, tanto George de La Hele como Philippe Rogier y Francisco Garro figuran con libros de *misas*, el de este último recuperado del borrador de 1618, dado que no aparecía en la memoria de la librería de polifonía del mismo año (ítem 5). Genet Capentras y Pedro Fernández mantienen su libro de *himnos* (asiento 17), que contenía obras de otros autores.

En cualquier caso, de entre los libros cuya autoría no se indica, aparecen en primer lugar cinco libretes viejos «que llaman negros» (ítem 25), que son cinco de los ocho libros de *motetes* que figuran en el anterior inventario. Quizá, la falta de alguno de ellos esté relacionada con la disposición capitular de 18 de enero de 1641 por la que ordenan al Maestro de Capilla «dé un libro viejo de canto de órgano para el

²⁹⁷ ACS, 7102, f. 239v

²⁹⁸ ACS, 09476, f. 11v.

ejercicio del Colegio de San Isidro»²⁹⁹. Aparte de éstos, se cuentan en el de 1644 seis anotados por primera vez. Es el caso del libro de «*hignus estrauagantes en pergamino de pocas ojas y grande*» (asiento 4); los tres libretes pequeños, viejos, con *la prosa* y una *misa de difuntos*, de diferentes autores (asiento 21); uno de pergamino con el *gloria Patris*, también de diferentes compositores (ítem 25). Tampoco aparecen con anterioridad los dos libretes de *salmos* «para cantar al órgano, en pergamino, aforrados en cabritillas negras» (asiento 28), ni el librete de *letanías*, en pergamino, igualmente forrado en cabritilla negra (asiento 34), ni, por último, un «libretillo» de pergamino, «escrito para cantar al órgano» (asiento 29), que, en inicio, debían ser dos, restando a la fecha del inventario solo uno.

3. 2. 7. Inventario V

1673, febrero, 27. Sevilla.

Inventario de los libros de polifonía entregados por Juan Sanz a los oficiales de Fábrica canónigo Francisco de la Puente y al racionero Luis de Arroyo.

A.C.S. 09739, 231r-v.

En Seuilla en veinte y siete de febrero de mil y seiscientos setenta y tres años, los señores don Francisco de la Puente y Verástegui, canónigo y don Luis de Arroyo, racionero, oficiales de Fábrica, reciuieron del señor racionero Juan Sanz, maestro de Capilla, los libros de canto de órgano que paraban en su poder, que fueron los siguientes:

1. 1. Un libro grande de *himnos*, de [Francisco] Guerrero.
2. 2. Otro blanco de *pasiones* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
3. 3. Otro grande de *misas* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
4. 4. Otro de *misas* de a cinco del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
5. 5. Otro mediano de *magníficas* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
6. 13. Ocho libretes encuadernados en tabla del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
7. 14. Otro libro de *Gloria Patris* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].

²⁹⁹ ACS, 7105, f. 11r.

8. 16. Dos libretes sueltos del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
9. 17. Otro libro de *misas* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
10. 18. Otro de *lamentaciones* y *miserere* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
11. 19. Otro de *misas* del dicho [i. e. Francisco Guerrero].
12. 20. Otro de *magníficas* de [Cristóbal de] Morales.
13. 21. Otro de *motetes* del dicho [i. e. Cristóbal de Morales].
14. 22. Otro mediano de *misas* del dicho [i. e. Cristóbal de Morales].
15. 25. Tres grandes de *misas* del dicho [i. e. Cristóbal de Morales].
16. 26. Otro libro mediano de *misas* de [Manuel] Cardoso.
17. 27. Otro de *magníficas* del dicho [i. e. Manuel Cardoso].
18. 28. Otro de *magníficas* del dicho [i. e. Manuel Cardoso].
19. 29. Otro colorado de *misas* de Phelipe Rojier.
20. 30. Otro pequeño de [Luis Bernardo] Jalón.
21. 32. Otros dos por donde se canta la *prosa* del dicho [i. e. Luis Bernardo Jalón].
22. 33. Otro mediano de *misas* de Jorje de la Ele [i. e. George de La Hele].
23. 34. Otro grande de *himnos* de santos de España.
24. 35. Otro de *magníficas* de [Sebastián] Aguilera.
25. 37. Dos libros de Guadalupe³⁰⁰, vno de *misas* y otro de *magníficas*.
26. 45. Seis libretes de *motetes* y dos pequeños, vno de *letanías* y otro de *Salmos de Vísperas*.
27. 47. Dos quadernos de *salmos* de todas oras.
28. 55. Ocho quadernos de vitela de *responsorios de Miércoles y Jueves Santo* de Fray Francisco de Santiago.
29. 64. Nueve quadernos donde está el *motete* de Concepcitua del dicho [i. e. Francisco de Santiago].
30. 65. Un libro grande de Alonso de Alua [i. e. Alonso Pérez de Alba].
31. 66. Un *motete* de san Pedro y san Pablo de Juan Sanz.
32. 78. Doce quadernos del *Credo Romano*. [*en el margen izquierdo: libretes de motetes forrados en pergamino*].
33. 80. Dos libretes forrados en raso morado de la *vendición de los Santos Olios*.
34. 85. Cinco libretes de *motetes* de diferentes autores forrados de negro.

³⁰⁰ Se desconoce si se trata de un autor o hace alusión al Monasterio de Santa María de Guadalupe, con el que la Seo Sevilla tuvo siempre relación.

35. 86. Un libro de Vitoria [i. e. Tomás Luis de Victoria] que entregó Alonso de Castro, ministril. [*en el margen izquierdo*: este libro se hizo cargo Alonso de Castro, ministril, y el último que le sigue 233₆?].

Y los dichos señores entregaron los dichos libros al señor racionero Andrés García, el qual los reciuió y firmó su reciuo, de que yo, el presente notario de Fábrica, doy fe, vt supra.

36. 87. Más reciuió el susodicho otro libro blanco de *misas* de a çinco y de a seis de [Francisco] Guerrero, de dos terçias de largo que se compró de la viuda de Bernardino/^{231v} Rodríguez, ministril que fue de esta Santa Iglesia.
37. 88. Otro libro blanco de misas de a quatro y de a cinco y de a seis del maestro Arcánjel Criuesti?, de dos tercias de largo.

Reciuió el dicho señor racionero Andrés García todos los dichos libros eçcepto los dos que quedan anotados a la marjen, firmó, de que yo, el presente notario, doy fe.

38. Un libro grande de misas de Lobo y Guerrero.
39. Más ocho vitelas que contienen *O Redentor* para los Olios.

3. 2. 8. Comentario al Inventario V:

Este inventario, el último realizado en el siglo XVII sobre la Librería de Canto de Órgano de la Catedral de Sevilla, se efectuó como consecuencia de la partida del hasta entonces maestro de Capilla, Juan Sanz. Al marcharse, entregó todos los libros que tenía bajo su custodia, así como los papeles de música, que se verán más adelante. En él, se recogen un total de ochenta y ocho cuerpos de libros, distribuidos en treinta y nueve asientos. Como puede verse, el repertorio polifónico se encuentra notablemente ampliado en comparación con los anteriores, incluso con el “borrador” de 1618 que, como se vio, incluía obras cuya inclusión en el acervo vivo no está precisamente clara. Además, indica, en la mayoría de los casos, la autoría de las composiciones, siendo solo cinco asientos anónimos. Sin embargo, es escasa la información que aporta sobre la materia escriptórea y otras características físicas de los libros, así como su ubicación, con alguna excepción, como la referencia a la tenencia de los ministriles de algunos libros.

Por este último inventario se puede constatar que Francisco Guerrero continuó siendo el más importante autor en la Catedral Hispalense hasta fines del siglo. Quedan asentados, de su autoría, veinte cuerpos de libros, de los que seis contenían *misas*. El libro «pardo» de *misas*, como era llamado en el inventario de 1644, de Guerrero y Alonso Lobo, no fue entregado, definitivamente, al racionero Andrés García, como consta al final del documento. Sí se encuentra, por el contrario, el libro blanco de *misas* de cinco y seis voces «comprado a la viuda de Bernardino Rodríguez», ministril (asiento 36). Esta referencia puede indicar que su uso estaba destinado a los ministriles y no a la Capilla Musical en sí. En cualquier caso, el ministril sacabuche Bernardino Rodríguez está presente en los autos capitulares desde 1634, cuando solicitó al Cabildo autorizara la venida de su padre, ministril en Plasencia, para ser oído³⁰¹. Posteriormente, en 1662 fue jubilado, dado que su vejez le impedía servir en sus funciones, por lo que se le concedió la mitad de su salario y parte en las fiestas de la Capilla, sin necesidad de asistir³⁰². La última noticia viene dada en 1669, cuando se le concedió una limosna de cuarenta ducados «por esta vez, sin que sirva de ejemplar»³⁰³. Por lo tanto, aunque, lamentablemente, no se hallan más noticias acerca de la compra de este ejemplar, el arco cronológico en que se produjo abarcaría, seguramente, desde 1662, en que se jubiló y dejó de prestar servicios a la Seo Hispalense hasta la fecha del inventario, 1673.

Igualmente, se encuentra un libro de *himnos* calificado como grande (asiento 1) pero que seguramente fuera el libro mediano de pergamino consignado en 1644 como ítem 13. El libro de *Gloria Patris* debe ser el así intitulado en el inventario precedente, en el que se apuntaba era de diferentes maestros, y que, según Juan Ruiz Jiménez, correspondería con el ítem 26 del realizado en 1721, libro manuscrito de pergamino que, además de obras de Guerrero, contenía alguna de Cardoso. En cuanto al libro de las *Cuatro Pasiones* (asiento 2), está recogido en todos los inventarios precedentes, excepto en el borrador de 1618, dado que data, según el efectuado en 1721, de 1580 y estaba, a esas alturas, «muy bien escrito y muy bien tratado». Por su parte, el libro de *magníficats* (asiento 5) es también un viejo conocido, estando presente en todas las memorias realizadas en el siglo XVII. Cierran «dos libretes sueltos» (ítem 8) y uno de *lamentaciones y miserere* (asiento 10), que podría ser el asiento número 14 del inventario de 1644, un

³⁰¹ ACS, 7103, f. 111v.

³⁰² ACS, 7114, f. 39r.

³⁰³ ACS, 7118, f. 9r.

libro de *motetes y lamentaciones*, que no se habría conservado en el momento de la ejecución del inventario de 1721.

Según consta, el segundo compositor con mayor peso, en cuanto al número de sus obras, es Cristóbal de Morales. Su presencia fue constante durante toda la centuria. En el presente inventario se cuentan siete cuerpos de libros distribuidos en cuatro asientos: las tres *misas* grandes (asiento 15) que, sin duda, son las «primera, segunda y tercera parte del maestro Morales, en tres libros de pergamino» correspondientes con el ítem 3 del inventario precedente; el otro volumen de *misas*, mediano (asiento 13), debe identificarse con el asiento 6 del inventario de 1644, en el que «se dice el *Incarnatus*»; el libro de *magníficats* (ítem 12), ya consignado en el resto de ocasiones, que, como indica Juan Ruiz Jiménez, no llegó al inventario de 1721, perdiéndose en algún momento posterior al 9 de julio de 1686 en que se produjo el traspaso de la custodia de la librería a Diego José de Salazar, último maestro de la centuria decimoséptima; por último, un libro *motetes* que no parece corresponderse con ninguno de los anteriormente asentados, sin que se sepa más de su procedencia o del momento de su adquisición por el Cabildo. Por su parte, Manuel Cardoso mantiene uno (ítem 16) de los dos libros de *misas* de 1644, sumando, en cambio, dos de *magníficats* (asientos 17 y 18), uno de ellos ya asentado en el inventario precedente. Ambos fueron recogidos en el de 1721, que proporciona la fecha de su impresión: Lisboa, 1613.

Asimismo, continuaron formando parte de la librería polifónica las obras de Rogier, un «libro colorado de *misas*» (asiento 23), y de George de La Hele, otro libro mediano de *misas* (asiento 22). En cuanto a Victoria, la obra consignada parece que se encontraba en poder de los ministriles para su uso, dado que en el margen izquierdo se indica que se hallaba en poder de Alonso de Castro, ministril, junto con el libro blanco de *misas* de Guerrero, «el último que le sigue». En cualquier caso, en el inventario de libros de ministriles realizado el 14 de marzo de 1673, se recoge un libro blanco de Victoria, aunque no se dice nada de su contenido. Pudiera tratarse de *motetes*, como indica Juan Ruiz Jiménez. Por vez primera se menciona un libro grande de Alonso Pérez de Alba (asiento 30), antiguo maestro de Capilla de la Catedral de Sevilla. Dicho libro, según el inventario de 1721, contenía composiciones suyas, de Gènet Carpentras y de Pedro Fernández³⁰⁴, que fue consignado en algunos de los inventarios precedentes. En algún

³⁰⁴ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 71, 102-103, 334, 335 y 340-341.

momento previo al 27 de febrero de 1673 se incorporó al elenco polifónico un libro de *magnificats* de Sebastián Aguilera de Heredia (ítem 24). Aguilera, nacido en Zaragoza en 1561, fue un organista y compositor ensalzado como uno de los máximos exponentes de la escuela aragonesa³⁰⁵. Según Juan Ruiz Jiménez, es posible que los *magnificats* de Aguilera formaran parte del acervo librario catedralicio desde 1622, cuando fueron interpretados durante el oficio de Vísperas celebrado en el Convento de San Francisco.

De otro lado, en este inventario quedan apuntadas obras de diferentes maestros de capilla que a lo largo del siglo fueron ocupando el cargo en Sevilla. Así, de Francisco Santiago se cuentan dos asientos. El primero de ellos está formado por ocho cuadernos de vitela de *responsorios de Miércoles y Jueves Santo* (asiento 28), que corresponderían con los recogidos en el inventario de 1721, si bien, en aquél se habla de dieciséis cuadernos y no de ocho. El otro asiento contiene nueve cuadernos «donde está el *motete Conceptio tua*» (asiento 29), igualmente consignados en el inventario de 1721. En cuanto a Luis Bernardo Jalón, tan solo se apuntan tres obras, un libro pequeño del que no se dice qué contiene, aunque, por el inventario de 1721, se sabe que era manuscrito y su composición. Las otras dos comprendían la «prosa del dicho» (ítem 21), sin que se hayan encontrado otras referencias. Por último, de Juan Sanz se cuenta un *motete de San Pedro y San Pablo* (asiento 31), también apuntado en el inventario de 1721. Aunque solo aparezcan estas obras, los maestros de capilla debían componer, por necesidades del servicio, muchas otras, la mayor parte de las cuáles componían la «música a papeles». Los inventarios de música a papeles de diversos maestros se verán más adelante.

Entre los libros de autoría indeterminada, el de *himnos de Santos de España* (asiento 23), contendría composiciones, principalmente, de Francisco Santiago y Alonso Lobo. Del mismo Lobo eran los doce cuadernos del *Credo Romano* (ítem 32), según el inventario de 1721³⁰⁶. Llama la atención la desaparición de obras de Alonso Lobo, confirmandose la tendencia iniciada ya en 1644, en contraste con la nutrida presencia de las mismas en los inventarios precedentes, como se ha visto. De nuevo, aparecen los cinco libretes de *motetes* de diferentes autores, forrados en negro (asiento 34). Por último, dos cuadernos de *salmos para todas las horas* (asiento 27), que pueden coincidir con los dos libretes de *salmos* forrados en negro consignados en el inventario de 1644. En cuanto a los seis libretes de *motetes*, podría tratarse del juego de *motetes* de Guerrero ya apunta-

³⁰⁵ CALAHORRA 1990.

³⁰⁶ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 243, 326-327 y 339.

dos en el citado inventario. En ese mismo asiento se cuentan dos libros más, uno de *le-tanías*, quizá el forrado en cabritilla negra de 1644, y otro de *Salmos de Vísperas* (asiento 26). Por último, las ocho vitelas «que contiene *O Redentor* para los Oleos» que, probablemente, estaban en poder de los ministriles, para su uso. Tal vez, alguno de los libros que no estaban presentes en los anteriores inventarios fuera escrito por Andrés Camacho, quien recibió, como se verá, importantes cantidades «a cuenta de dos libros de órgano y otros aderezos» a lo largo de 1654³⁰⁷.

Todo este repertorio fue entregado, el 27 de julio de 1673, a Miguel Tello, nombrado por entonces para el cargo de Maestro de Capilla. Posteriormente, el 21 de mayo de 1674, recibió «ocho vitelas del *Corpus Christi* y una [...] que todas son nueve», produciéndose, por tanto, un aumento de los fondos polifónicos. Por último, la noticia más tardía dentro de siglo XVII indica que éste era el acervo catedralicio el 27 de julio de 1674, cuando Alonso Xuárez se hizo cargo de la custodia del mismo como Maestro de Capilla³⁰⁸.

En cuanto a la música «a papeles», estaba formada por las obras más recientes de los diferentes maestros, que componían *ad hoc* para las diferentes celebraciones del culto. Los papeles de música también eran depositados bajo custodia del Maestro de Capilla, guardándose, en caso de vacancia, en el Archivo de la Música, ubicado, según el inventario de 1721-1724, en la Capilla de San Laureano³⁰⁹. Pese a tratarse de obras de menor entidad y con una pervivencia menos acusada en el repertorio “vivo” polifónico, lo cierto es que el Cabildo mostró no poca preocupación por mantenerlas bajo control, ordenando levantar inventario de las mismas e, incluso, llegando a comprarlas a los familiares del Maestro Jalón, como se verá a continuación.

Así, el 27 de febrero de 1673 se llevó a cabo el primer inventario del que se han hallado noticias de la «música a papeles». En este caso, el Maestro Juan Sanz entregó «los papeles de música que parauan en su poder, por mandado del Cauildo». Los recibieron, de nuevo, los oficiales de Fábrica Francisco de la Puente, canónigo, y Luis Arroyo, racionero. Dichos papeles se depositaron, a continuación, en la Contaduría Mayor, ante el notario de Fábrica Alonso Quijada Valderrama³¹⁰.

³⁰⁷ ACS, 09654, ff. 5r y ss.

³⁰⁸ ACS, 09739, f. 231v.

³⁰⁹ SUÁREZ MARTOS 2007a, p. 5.

³¹⁰ ACS, 09739, ff. 231v-232v.

3. 2. 9. Inventario VI

1673, febrero, 27. Sevilla.

Inventario de la música a papeles entregada por Juan Sanz.

A.C.S. 09739, 232r-v.

1. 1. Una *misa* de a doce, título *Domine Dominus Noster*.
2. 2. Otra *misa* de a ocho sobre el *Qui auitat*.
3. 3. Otra *misa* de a ocho del Capitán [i. e. Mateo Romero].
4. 4. Otra *misa* de a ocho del dicho [i. e. Mateo Romero].
5. 5. Otra *misa* de a doce de batallas.
6. 6. Otra *misa* sobre el Credo Romano.
7. 7. Otra *misa* de a ocho de *Requien*.
8. 15. Ocho cuadernos que contienen dos *ynbitatorios de difuntos* con dos lecciones.
9. 23. Otros ocho quadernos con la *prosa de difuntos*.
10. 24. Un *motete* de a seis de difuntos.
11. 25. Una *misa* de a ocho de batalla de fray Francisco de Santiago.
12. 26. *Letanía* del Santísimo Sacramento ocho del maestro [Carlos] Patiño para la octaua del *Corpus*.
13. 27. Una *letanía* de a ocho de Nuestra Señora para la octaua de la Purísima Concepción.
14. 28. Un *alabado* a quatro coros para los encierros de ambas octauas.
15. 29. Un *dixi domus* a diez.
16. 30. Un *lectatus sum* a diez.
17. 31. Una *lauda Jerusalén* a diez.
18. 32. Una *magnificat* a diez que hacen en estos quatro *salmos* Vísperas solemnes de Nuestra Señora.
19. 40. Un *dixi Dominus* a ocho con una *magnífica*, que ambos *salmos* están a ocho quadernos.
20. 48. Otros ocho quadernos con otro *dixi Dominus* y *magnificat*.
21. 49. Otro *dixi Dominus* a nueue tiple solo al órgano.
22. 50. Un *nectatus sum* a ocho.

23. 51. Una *lauda Jerusalén* a ocho.
24. 52. Un *laudate Dominus omnes jentes* a diez.
25. 53. Un *beatus Uir* a ocho.
26. 54. Un *laudate Dominun omnes jentes* a nueve.
27. 55. Vn *credidit* a doce de ynstrumentos.
28. 57. Dos *salmos*, terzero y quinto para la fiesta de los Dolores.
29. 58. Un *credidit* a nueve tiple solo que todos quatro *salmos* son para las vísperas de los Dolores.
30. 59. Un *lauda Jerusalén* a ocho a bersos.
31. 60. *Beatus Uir* a ocho a bersos.
32. 61. *Lectatus sum* a ocho a bersos.
33. 62. Otro *lectatus sum* a nueve.
34. 63. Un *salmo primero de prima* a ocho.
35. 64. Otro *salmo primero de tercia* a ocho.
36. 65. Otro *salmo terzero de prima* a cinco y a nueve.
37. 66. Otro *salmo primero de sexta* a ocho.
38. 67. *Prosa del Spíritu Santo* a diez.
39. 68. *Prosa de Resurrección* a nueve.
40. 69. *Rejina Celi* a ocho de Fray Francisco de Santiago.
41. 70. Una *salve* a diez.
42. 71. *Salmos* de Completas primero *cun ymbocare* a onze.
43. 72. Un *qui abitat* a nueve.
44. 73. *Cum ymbocare* a nueve.
45. 74. *Qui abitat* a ocho.
46. 75. *Cum ymbocare* a ocho.
47. 76. *Nunc dimittis* a siete.
48. 77. Una *prosa* del *Spiritu Santo* a nueve.
49. 78. Un *te lucis himno* de Completas a çinco.
50. 79. Un *saluanos* de Completas a seis.
51. 80. *Lamentación primera de Miércoles Santo* a doze.
52. 81. *Lamentación primer de Jueves Santo* a doze.
53. 82. Otra *lamentación primera de Miércoles Santo* a doze.
54. 83. Otra *lamentación primera de Jueves Santo* a doze.
55. 84. Un *miserere* a quatro coros para Tinieblas.

56. 85. Otro *miserere* a ocho.
57. 86. Otro *miserere* a once.
58. 87. Otro *miserere* a doze.
59. 88. Otro *miserere* a ocho.
60. 89. Un *motete* a quatro de *Semana Santa obos omnes*.
61. 90. Otro *motete* de fray Francisco de Santiago *sicuesis miracula* a San Antonio de Padua.
62. 91. Un *berso* que sirue a las calendas quando caen en domingo, que es del *salmo quicumque*.
63. 116. Veinte y cinco *motetes* para las festiuidades del año.
64. 117. Otro *motete* de *sane seuotian* a ocho.
65. 118. Otro *motete* del Santo Rey Don Fernando a diez.
66. 200. Ochenta y dos *uillancicos* de Nauidad y Reyes.
67. 228. Veinte y ocho *uillancicos* de Pura y Limpia Concepción.
68. 259. Treinta y un *uillancicos* de Spíritu Santo y Acención.
69. 260. Un *salmo* *terzero bonitaten* de tercia a cinco.
70. 264. Otros quatro *uillancicos* de Nauidad y Reyes.
71. 269. Otros cinco *uillancicos* de Acención y Spíritu Santo.
72. 287. Otros diez y ocho *uillancicos* de la Pura y limpia Concepción.
73. 299. Doze *uillancicos* del Santo Rey Don Fernando.

3. 2. 10. Comentario al Inventario VI:

Este inventario es, probablemente, el único que recoge la totalidad de las obras de música «a papeles» que se encontraban en uso en el último tercio del siglo XVII. Es lo que se infiere del importante volumen consignado, dado que los setenta y tres asientos suman doscientos noventa y nueve cuerpos. Aunque muchos de ellos no tendrían una extensión mayor de unas pocas páginas, otras composiciones debían ser mucho más voluminosas, como las *misas* o *motetes*. Poco se dice sobre la autoría de dichas obras, salvo en algunos casos. Uno de ellos son las *misas* a ocho voces de Capitán (asientos 3 y 4), cuyo auténtico nombre es Matthieu Rosmarin, españolizado Mateo Romero. Nacido en Lieja en torno al año 1575, ocupó el magisterio de la Capilla Real de Madrid desde 1598 hasta 1634, cuando fue substituido por Patiño. Aunque según el inventario de

1818 había una *Letanía de Nuestra Señora*, no parece que coincida con la consignada en el presente (ítem 13), dado que aquella era a cinco voces³¹¹ y la segunda a ocho. Por lo tanto, no es posible establecer el momento en que fueron incorporadas al acervo polifónico catedralicio. Precisamente, de Carlos Patiño se menciona en este inventario una *letanía del Santísimo Sacramento* para la octava del Corpus (asiento 12). Dicha *letanía* estaría presente en 1818, aunque no en 1721. En este último, sin embargo, se reseñan, de Patiño, un *magnificat* a ocho voces que pudiera corresponderse con los ítems 19 ó 20, dado que, de las tres *magnificats* asentadas una de ellas era a diez voces, mientras que de las otras dos no se da dicha información; y un *Beatus Vir*. Este primer salmo podría coincidir con el asiento 25, dado que ambos son a ocho voces. Por último, el tercer autor citado es el Maestro Santiago, del que se reseñan dos obras. Se trata de un «*motete sicuestis miracula*», dedicado a San Antonio de Padua (asiento 61), y una *misa de batalla*³¹² (ítem 11) que pudiera corresponderse con la identificada en la Catedral de Cuenca por Álvarez Calero³¹³.

Las *misas* consignadas son, en total, ocho, de las que cinco eran a ocho voces, siendo dos a doce voces y una, indeterminada (asiento 6). De algunas se indica el título: *Domine Dominus Noster* (ítem 1), otra de *Requiem* (asiento 7), parte central de la liturgia mortuoria³¹⁴, y una «sobre el *Qui auitat*» (asiento 2), que podría ser la compuesta por Juan Sanz, también a ocho voces, consignada en el inventario de 1759. Por último, la *misa sobre el Credo Romano* (ítem 6). Las composiciones del *Credo Romano* de Alonso Lobo habían conseguido un gran predicamento en el culto catedralicio, llegando el arcediano de Carmona Mateo Vázquez de Leza a instar al Cabildo a que se cantara en «todos los domingos del año, menos los de Cuaresma, Adviento y Septuagésima (...), y también se cantase el día y octava del Corpus toda, y en los días de Nuestra Señora de la Asunción y de la Concepción»³¹⁵. Por ello, contaba la Capilla de la Música con doce cuadernos de dicha obra. Sin embargo, en este caso, al tratarse de una *misa* suelta, parece que no sería la misma. En este sentido, podría coincidir con el *Credo Romano* a cuatro voces y acompañamiento del inventario decimonónico recogido por Juan Ruiz Jiménez

³¹¹ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 226.

³¹² Composición conmemorativa de algún suceso bélico, en la que los instrumentos simulaban los lances de la misma, como toques de clarín o tronar de cañones.

³¹³ ÁLVAREZ CALERO 2013.

³¹⁴ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 277 y ss.

³¹⁵ ACS, 7108, f. 82v.

nez³¹⁶. En cualquier caso, a fines de la centuria se reincidió en que «el Credo romano que compuso el Maestro Lobo se cante todos los días de Nuestra Señora, todas las fiestas de primera clase, los días de la Circuncisión, Ascensión, Santísima Cruz, Corpus y todas octavas, Concepción y toda su octava, San Fernando, San Clemente, Santas Justa y Rufina, Santiago, San Pedro, las Pascuas de Navidad, Reyes y Espíritu Santo, el primer día, y las demás el año, excepto las cuatro de adviento, las de septuagésima, sexagésima, quinquagésima y cuadragésima, pero la Dominica cuarta in quadragesima que hay órgano se cante dicho *Credo*, lo cual mandó el Cabildo por ser su gusto y muy de su devoción la composición del *Credo*, y porque así lo mandó el 12 de agosto de 1648; y mandó se ponga en la regla del Coro»³¹⁷.

Los *motetes* se encuentran en un crecido número: los seis asientos que se cuentan alcanzan los treinta cuerpos. Entre ellos, un *motete del Santo Rey don Fernando* (asiento 65) a diez voces, quizá obra del Maestro Miguel Tello; otro de *difuntos* (asiento 10) a seis, así como un *motete* a cuatro voces de *Semana Santa O vos omnes* (ítem 60), y el *motete* «Sane seuotian», a ocho voces. El único cuya autoría se expresa es el ya citado del maestro Fray Francisco Santiago (asiento 61). Además de todos éstos, se alude a otros veinticinco *motetes* para las festividades del año, sin especificar más sobre su autoría o las fiestas concretas a en que servirían.

En cuanto a los *himnos* de *Completas*, se incluyen en el inventario varios de ellos, dado que diversos maestros compusieron algunos de los mismos debido a su importancia en el ceremonial. Según Juan Ruiz Jiménez, el ceremonial estaba cubierto con las composiciones realizadas para las horas menores, principalmente, por Guerrero, aunque, a lo largo del siglo XVII se fueron añadiendo otras, conforme evolucionaban los usos musicales. Uno de ellos, *Te lucis [ad terminum]* (asiento 49), debía ser el compuesto por el Maestro Luis Bernardo Jalón, recogido en el inventario de 1618, a cinco voces. En cuanto al *Nunc dimittis* a siete voces (asientos 47), era usado en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora, de gran solemnidad. Sin embargo, no ha sido posible establecer una equivalencia con ninguna de las composiciones que en su día formaron parte de la «papelera musical» o que actualmente persisten. Igualmente, se cuentan tres cuartos *Cum invocare* (ítems 41, 44, 46), a once, nueve y ocho voces, respectivamente. Otros *salmos* de *Completas* reseñados son dos *Qui habitat* (asientos 43 y 45) a nueve y

³¹⁶ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 352.

³¹⁷ ACS, 7128, f. 14v.

ocho voces, nonagésimos. Este último, pudiera tratarse de una composición del maestro Juan Sanz, incluida en el inventario de 1759. Se cita, asimismo, un *Alabado* (asiento 14) a cuatro coros, que quizá sea el recogido en el inventario de 1721, compuesto por el mismo Juan Sanz. Por último, un *Salvanos* de Completas a seis voces (asiento 50).

Se cuentan, por otra parte, cinco *Miserere*. Dos de los quincuagésimo primeros salmos estaban compuestos a ocho voces (asientos 56 y 59), uno de los cuales pudiera ser el *Miserere romano* de Gregorio Allegri, cantor y compositor de la Capilla Pontificia. Por su parte, el compuesto a cuatro voces (ítem 55) quizá se trate una obra de Francisco Guerrero, que según el inventario de 1721, se cantaba los Viernes Santos. Los dos restantes estaban compuestos a once (asiento 57) y doce (asiento 58) voces, respectivamente. Los *magnificats* se reparten en tres asientos, montando diecisiete cuerpos. En primer lugar, uno a diez voces «que hacen estos quatro *salmos de Vísperas* solemnes de Nuestra Señora» (ítem 18), usado, como se indica explícitamente, en las ocasiones más graves. De otro lado, se hallan dieciséis cuadernos con el *Dixit Dominus* y *magnificats*, divididos en dos grupos de ocho, uno de los cuales se sabe que era a ocho voces (asiento 19), mientras que del otro conjunto no se especifican las voces (asiento 20). Estos debían interpretarse en festividades menos solemnes. Lamentablemente, no se ha podido dilucidar la autoría de ninguno de ellos. Además, se cuenta otro *salmo* centésimo noveno, *Dixit Dominus* (ítem 21), tiple a nueve voces; dos primeros, *Beatus Vir*, ambos a ocho voces (asientos 25, 31); otro par de *Lauda Jerusalem*, *salmo* centésimo cuadragésimo séptimo, igualmente a ocho voces (asientos 23 y 30); y, por fin, dos *salmos* centésimo decimo sextos *Laudate omnes gentes*, a diez y nueve voces (ítems 24, 26), así como un quincuagésimo tercero, *Quis Credidit* (asiento 27).

Entre el resto de *salmos* reseñados, se consignan tres *salmos primeros*, de prima, de tercia y de sexta, todos a ocho voces (asientos 34, 35, 37), dos *salmos terceros*, uno «bonitatem» (asiento 69) de tercia a cinco voces, y otro de prima a cinco y nueve voces (ítem 36). Igualmente, se cita un «*berso* que sirue a las calendas quando caen en domingo, que es el *salmo Quicumque*» (asiento 62), que tal vez fuera el mencionado en el inventario de 1721, de Francisco Guerrero, a cuatro voces. Los *salmos* centésimos vigésimo primeros, *Laetatus sum*, son cuatro, a ocho (ítems 22 y 32), nueve (asiento 33) y diez voces (asiento 10). Por último, un *salmo* quincuagésimo tercero, *Credidit*, a nueve voces «tiple solo, que todos quatro *salmos* son para Vísperas de los Dolores» (ítem 29), fiesta para la que contaba el repertorio de «música a papeles» con dos *salmos*, tercero y

quinto (asiento 28). Como puede apreciarse, la salmodia polifónica catedralicia se encontraba sumamente nutrida de música «a papeles».

Aparte de la *misa de Réquiem* ya referida, el ceremonial mortuario requería composiciones como los ocho cuadernos que «contienen los *ynbitatorios de difuntos* con *dos lecciones*» (asiento 8) y los otros ocho cuadernos de la «*prosa de difuntos*» (asiento 9). Aunque se sabe de la existencia, por inventarios posteriores, de obras de este carácter y tipología, no resulta posible su identificación con las noticias aportadas en este inventario.

En cuanto a las *lamentaciones*, basadas en el libro de Jeremías y utilizadas en el ceremonial de Semana Santa, se reportan cuatro. Dos de ellas eran la primera de Miércoles Santo (asientos 51, 53), y las otras dos de Jueves (ítems 52 y 54), todas a doce voces. Asimismo, se cuentan una *Salve* a diez voces (asiento 41) y una *Prosa del Espíritu Santo* a nueve (asiento 48).

Como consecuencia de las obligaciones de los maestros de capilla para con la composición de *villancicos*, cierran el acervo catedralicio una gran cantidad de los mismos. Son, en total, ciento ochenta cuerpos, agrupados en ochenta (asiento 66) y cuatro (ítem 70) de *Navidad y Reyes*, treinta (asiento 68) y cinco (asiento 71) de *Ascensión y Espíritu Santo* y cuarenta y seis (ítems 67 y 72) de *Concepción*.

3. 2. 11. Inventario VII

1674, noviembre, 9. Sevilla.

Inventario de la «música a papeles» del Maestro Luis Bernardo Jalón, comprados a su sobrina Isabel.

A.C.S. 09739, 234r-235r

1. 7. Primeramente unos quadernos de Completas que tiene los *salmos* siguientes:
 - a. *Cum ymbocare* a onze.
 - b. *Yntte Domine* a diez.

- c. *Qui abita* de chirimías a diez.
 - d. *Qui abita* a doze.
 - e. *Ete nunc* a onze.
 - f. *Yn manus tuas* a quinze.
 - g. *Tun dimitis* a catorce.
2. 8. Otro *qui abita* en papeles a ocho.
 3. 9. Otro *cum ymbocare*.
 4. 12. Un *salmo*, digo, tres *salmos dici Dominus donneo* a ocho.
 5. 14. Dos *salmos letattu sun*, el uno a diez y el otro a ocho.
 6. 16. Dos *salmos lauda Jerusalén*, el uno a catorce y el otro a ocho.
 7. 20. Quatro *magnificas*, dos a doze y dos a ocho.
 8. 21. Y otra de a zinco.
 9. 22. Un *salmo credidit* a ocho.
 10. 24. Dos *salmos laudate omnes yn ones jentes*, el uno a onze y otro a ocho.
 11. 26. Dos *salmos Beatus Uir*, el uno a seis y el otro a ocho.
 12. 28. Dos *motetes de Nuestra Señora uidi speziosa*, el uno a diez y el otro a tres.
 13. 29. Otro *motete de sacerdo manus* a ocho.
 14. 30. Otro *beni sponsa a Cristi* a ocho.
 15. 31. Otro *motete o cuan mettiendus est* a doze.
 16. 32. Otro *domine quinqueta lentan*.
 17. 33. Otro *fili Jerusalén* a ocho.
 18. 34. Otro *gauden yn zelun* a ocho.
 19. 35. Otro *desques Birga* a quatro.
 20. 36. Otro *esttote forttes yn belo* a ocho.
 21. 37. Otro de *Ave María* a quatro.
 22. 38. Otro *sepulto Domino* a ocho.
 23. 39. Otro *o doto octime* a ocho.
 24. 40. Otro *yste santtus* a ocho.
 25. 52. Vna *misa Domine Dominus Noster* a doce cuadernos a catorce.
 26. 60. Otra *misa yn debozione* a ocho cuadernos a nueve.
 27. 70. Otra *yntte domine* a diez cuadernos a onze.
 28. 78. Otra *misa exaltatta es* a ocho cuadernos a nueve.
 29. 86. Otra *qui abita* a ocho cuadernos nueve.

30. 87. *Ofizio de defuntos ynbitatorio* a ocho misa a ocho?, *motette, Domine quando beneris* ocho, *prosa* diez y la a ocho?.
31. 90. *Lamentaciones Semana Santa*, vna a ocho para *Jueues Santo*, otra a siete para *Miércoles Santo*, otra a cuatro coros para dicho día.
32. 91. *Higno teluzas ante terminun* a zinco para Conpleta.
33. 92. Vn *saluanos* a quatro.
34. 93. Un *mieserere* a quinze de quatro coros.
35. 94. Una *salue* a ocho.
36. 95. *Salmo Deus y nomino ttuo* a ocho.
37. 96. Una *prosa para el Domingo de Pascua* a ocho.
38. 97. Otra de *Spíritu Santto*.
39. 98. *Salmo primero de tercia*.
40. 99. *Salmo tercero de tercia*.
41. 100. *Salmo segundo de sesta* para el día de la Ascensión de Nuestro Señor.
42. 112. *Uillancicos del Corpus* doze.
43. 124. Otros *uillancicos del Spíritu Santo* doze.
44. 136. *Uillancicos de Conzepción* doze.
45. 159. *Villancicos de Reyes* veinte y tres.
46. 176. *Uillancicos de Naudad* diez y siete.

3. 2. 12. Comentario al Inventario VII:

Anteriormente ya se ha aludido a la adquisición por los capitulares de las composiciones del Maestro Jalón, hasta entonces en poder de su sobrina, Isabel Jalón. Cuatro días después de recibirlos, el día 13 de noviembre de 1674, fueron entregados al racionero Andrés García, que, a la sazón, ejercía el magisterio de Capilla. El crecido número de las obras de Jalón compradas por el Cabildo y el desembolso de 13.600 maravedís, obliga a plantearse si se trataría en su totalidad de composiciones suyas o si, por el contrario, eran obras de su propiedad que él pudiera adquirir. No se puede determinar si se trataba de las realizadas durante su magisterio en la Catedral de Sevilla —quince años— o más bien pudiera tratarse de todo el acervo que el Maestro Jalón produjo o adquirió durante toda su carrera. Otra opción sería que este conjunto de composiciones incluyera obras pertenecientes a Archivo de la Música de la Seo Hispalense, aunque parece poco

probable que el Cabildo estuviera dispuesto a pagar por una propiedad suya. Serán los musicólogos los encargados de dilucidar esta cuestión, dado que no es objeto de este trabajo. Lo que parece claro es que los ocho libretes que Jalón dio en 1645, y que como señala Juan Ruiz Jiménez, no se hallan en el inventario de 1721, tampoco se encontraban, a diferencia de lo que el mismo apunta, entre las obras que retenían sus familiares³¹⁸.

En cualquier caso, los cuarenta y seis asientos reseñados recogen un total de ciento setenta y seis composiciones. Al igual que sucedía con el inventario anterior, los *villancicos* son los más numerosos, alcanzando el número de setenta y ocho. Había doce de *Corpus* (asiento 42), *Espíritu Santo* (asiento 43) y de *Concepción* (ítem 44), respectivamente. Los de *Reyes* (asiento 45) sumaban veintitrés y los de *Navidad* (asiento 46) diecisiete. Esta elevada producción de *villancicos* se debía, sin duda, a las referidas obligaciones que para su composición atenían a los maestros de capilla, coincidiendo, además, que fue precisamente durante el magisterio de Jalón cuando dichas obligaciones se “regularizaron”, apareciendo de forma ininterrumpida para las distintas festividades.

A continuación, abundan los *salmos*, con veintiséis composiciones. En primer lugar unos cuadernos de *completas* (asiento 1), que contenían los *salmos Cum invocare*, «*Ete nunc*» a once voces, *In te, Domine*, salmo trigésimo, y *Qui habitat* «de chirimías», a diez, así como otro *Qui habitat* a doce, un *In manus tuas* a quince y, por último, un *Nunc dimittis* a catorce voces. Aparte de este cuaderno, se recogen una serie de *salmos* sueltos. Entre ellos, dos *Beatus Vir* (asiento 11) a seis y ocho voces, otros dos *Lauda Jerusalem* (ítem 6), a ocho y catorce, un par de *Letattu sum* (ítem 5) a diez y ocho voces, y otros dos *Laudate omnes gentes* (asiento 10), a ocho y once. Se cuentan, asimismo, tres *salmos* centésimo novenos *Dixit Dominus* (asiento 4) a ocho voces. Del resto solo había un ejemplar: *Qui habitat* (ítem 2) «en papeles», *Credidit* (asiento 9), *Deus in nomine Tuo* (asiento 36), todos a ocho voces; un *Miserere* (ítem 31) a quince voces y cuatro coros; y, por último, *Cum invocare* (asiento 3), *salmo primero de tercia* (asiento 39), *tercero de tercia* (ítem 40) y *segundo de sexta* (asiento 41) para el día de la Ascensión, de los que no se especifica en número de voces. Los *magníficats* se reducen a cinco, dos a doce voces, dos a ocho (ítem 7) y otra a cinco (asiento 8).

³¹⁸ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 228-229, 242 y ss., 252, 325, 326 y 334.

El número de *motetes* también era crecido, catorce, en total. La mayoría de los mismos son composiciones que ya contaban con presencia en la Librería Musical Catedralicia o, al menos, habían sido ejecutados por otros autores, como Victoria o Palestrina. Es el caso de los dos *motetes Vidi speciosam* (asiento 12), obra utilizada el día de la Asunción, uno a diez voces y otro a tres. Tomás Luis de Victoria había realizado una composición del mismo nombre, aunque el número de voces no es coincidente. A ocho voces eran los *motetes Ecce sacerdos magnus* (asiento 13), *Veni sponsa a Christi* (ítem 14), *O quam metuendus est* (asiento 15), *Filiae Jerusalem* (asiento 17), *Estote forte in bello* (ítem 20), *Sepulto Domino* (asiento 22), *O doctor optime* (asiento 23) e *Iste Sanctus pro lege* (ítem 24). A cuatro voces, se recogen los *motetes Ave María* (asiento 21), para la Anunciación, y «*Desques Virga*» (asiento 19). Por su parte, del *Domine quinque talentam* (ítem 16) no se especifica el número de voces. Las *misas* se limitan a cinco. En primer lugar, una *Domine Dominus noster* (asiento 25) a catorce voces, en doce cuadernos. Otras tres estaban compuesta a nueve voces: *In devocione* (asiento 26), *Exaltata es* (ítem 28) y *Qui habitat* (asiento 29), todas en ocho cuadernos. Por último, a once voces y diez cuadernos, *In te Domine speravi* (asiento 27).

En el inventario se cita, asimismo, un *Oficio de difuntos invitatorio* (asiento 30), que constaba de una misa, un *motete Domine quando veneris* y una *prosa*, todos a ocho voces. Los *himnos* eran solo dos, un *Salvanos* a cuatro voces (asiento 33) y un *Te lucis ante terminum* (ítem 32) que viene recogido en el inventario de 1818. Se inscriben, también, tres *Lamentaciones de Semana Santa* (asiento 31), para *Jueves Santo*, a ocho voces; dos para *Miércoles Santo* una a siete voces; y otra a cuatro coros. Por último, dos *prosas*, una para el Domingo de Pascua (asiento 37), a ocho voces, y otra de *Espíritu Santo* (ítem 38), de la que no se indican las voces.

3. 2. 13. Inventario VIII

1686, junio, 9. Sevilla.

Inventario de obras del Maestro Alonso Xuárez entregadas al nuevo Maestro Diego de Salazar.

1. 1. *Secuencia del Santísimo Sacramento* de ocho quadernos grandes.
2. 2. *Letanía* del maestro Juan Sanz de a ocho.
3. 14. *Misas Santi Fernandi* a siete, doce quadernos.
4. 24. *Abe Birgo*, diez papeles.
5. 37. Otra *tota Pulcra*, trece papeles.
6. 48. Otra de a nueve que no tiene Credo, once papeles.
7. 56. Otra de a ocho, ocho papeles. [otra letra] *Qui habitat* sobre Regina Çeli.
8. 57. Otra *missa* sobre *qui habitat salmos*.
9. 58. Duplicada.
10. 59. *Magnifica* de a ocho.
11. 60. *Laudate Dominun Gentes* a ocho.
12. 61. *Lisis Dominun* a ocho.
13. 62. *Lisis Dominun* a siete.
14. 63. *Lisis Dominun* a ocho.
15. 64. *Laudate Dominun gentes* a doce.
16. 65. *Magnífica* a nueve del maestro [Miguel] Tello. (*margen izquierdo*: esta *magnífica* de Tello la tiene el señor don Juan Bonifaz).
17. 66. *Magnífica* a ocho Xuárez.
18. 67. *Letatus* a ocho.
19. 68. *Magnífica* a 11.
20. 69. *Laude Jerusalén* a ocho.
21. 70. *Laudate Dominun gentes* a ocho [otra letra] de [Luis Bernardo] Jalón.
22. 71. *Lisis Dominun* a diez.
23. 72. *Beatus Bir* a diez.
24. 73. *Beatus Bir* a doce.
25. 74. *Beatus Bir* a diez.
26. 75. *Crediri* a nueve.
27. 76. *Lisis Dominum* a ocho.
28. 77. *Laudate Jerusalén* a ocho, [otra letra] de Juan Sanz.
29. 78. *Letatus* a doce.
30. 79. *Laudate Dominun* es gentes a doce.
31. 82. Tres *salmos* e a ocho, primera, tercera y sexta.

32. 155. Setenta y un *motetes* de diferentes festibidades.
33. 175. [De otra letra:] Más veinte y un *motetes* que por todos hasen nobenta y uno.
34. 176. Una sequensia de los *Dolores* de [Alonso] Xuárez.
35. 178. Sequencia de *Resurrección* y de *Espíritu Santo*.
36. 179. *Regina Çeli letare* de [Francisco] Santiago a ocho.

3. 2. 14. Comentario al Inventario VIII:

El presente es el último inventario que da noticias para el siglo XVII, y quizá no hubiera más, dado que se trata, igualmente, del último traspaso de custodia, pues Diego José de Salazar ocuparía el magisterio de Capilla hasta su fallecimiento en 1709. Aunque la entrega de las obras recogidas en él se produjo el 9 de noviembre de 1686, única fecha que aparece en el documento, es probable que fuera confeccionado antes, ya que se ordenó hacer el 28 de abril de 1684, tras la marcha de Alonso Xuárez.

En este caso no hay ningún rastro de compra o contrapartida para el Maestro Xuárez por sus composiciones, por lo que puede entenderse que éstas pertenecían al Cabildo o se habrían hecho copias de las mismas para asegurarse de su permanencia en el acervo catedralicio, aunque de esto tampoco hay pruebas. Por ello, extraña más la compra de las obras de Jalón, aunque no se trata de la única ocasión en la que los capitulares adquirieron composiciones de algún oficio, algo que ya sucedió con el maestro de Ceremonias Sebastián Vicente Villegas³¹⁹. De dicho caso puede desprenderse que, quizá, el Cabildo mantenía alguna deuda con Jalón y que los familiares utilizaron las obras como prenda para su cobro.

El conjunto de las obras que se encontraban en poder de Xuárez estaba compuesto por ciento setenta y nueve cuerpos, en treinta y seis asientos. En esta ocasión no se cuenta ningún *villancico*, en vivo contraste con los inventarios anteriores, en los que eran muy abundantes. Por el contrario, el número de *motetes* es sumamente crecido, noventa y uno, aunque hay que suponer que no todos serían obra de Xuárez, aunque no se ofrece información más allá de su cantidad y de que son, los primeros setenta y uno, «de diferentes festividades» (asiento 32). De los otros veintiuno no se dice nada más,

³¹⁹ AHPS, Secc. PN, leg. 12872, ff. 369r-374v.

aunque cabe señalar que fueron asentados por una mano distinta a la que realizó el resto del inventario (asiento 33). Sea como fuere, la suma de los *motetes* de los dos inventarios previos del Archivo Musical, es de cuarenta y cuatro, por lo que, suponiendo que aquéllos se encontraran entre los recogidos en esta ocasión, la diferencia es de cuarenta y siete, una cifra nada despreciable teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, apenas una década. En cualquier caso, el inventario de 1721 recoge solo dieciséis *motetes* de Xuárez, a seis, siete y ocho voces para las dominicas Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima y todas las dominicas de Cuaresma y Adviento, en nueve cuadernos, así como un *motete para honras de Pontífice y Rey*, a dos coros y ocho voces. Por otra parte, en el inventario de 1818 se cita como *motete* un *Regina Coeli letare* del Maestro Francisco Santiago, que podría ser perfectamente el reseñado aquí.

Que no todas las obras eran suyas es algo que queda patente al indicarse la autoría de algunas de ellas. Hay composiciones de Juan Sanz, Miguel Tello y Francisco Santiago. Además, en algunos casos se indica que determinadas creaciones pertenecía al propio Xuárez, lo que lleva a plantearse si éstas eran las únicas compuestas por él, o si existe otra razón para expresar la autoría de aquéllas y no del resto. Así, por ejemplo, entre los cuatro *magníficats* asentados, uno, a nueve voces, era del Maestro Santiago (asiento 16). Según indica una adenda al margen izquierdo, se encontraba, por entonces, en poder del racionero Juan Bonifaz. Del resto de *magníficats*, hay dos a ocho voces, una de las cuales era del Maestro Xuárez, no indicándose nada del otro, ni tampoco del último de ellos, a once voces.

Las *misas* ocupan un lugar importante. Se trata de, al menos, seis composiciones desplegadas en más de cincuenta y seis cuadernos. Así, en primer lugar, se mencionan unas «*misas Santi Fernandi*» (asiento 3), a siete voces y doce cuadernos. A continuación, dos *misas* marianas, de *Ave Virgo* (asiento 4) y *Tota Pulchra* (ítem 5), a diez y trece «papeles», respectivamente. Sobre el *Qui habitat* (asiento 8) había dos, una «a ocho papeles», cuyo título viene expresado por otra mano (asiento 9), aunque nada se dice de las voces de ninguna de las dos. Por último, una *misa de aniversario* «que no tiene Credo, a once papeles». Lamentablemente, no se han localizado más noticias acerca de las mismas ni de su posible permanencia en el repertorio polifónico, suponiendo que fueran obra de Xuárez, dado que en el inventario de 1721 se indica que existían sesenta y cinco obras de él, aunque, desgraciadamente, no se relacionan.

Los *salmos*, siguiendo lo ocurrido antes, son omnipresentes en el acervo polifónico, aunque en un número menos crecido, trece. Entre los mismos, tres *salmos* primeros, *Beatus Vir*, dos a diez voces (asientos 23 y 25) y otro a doce (ítem 24) y otros tres *salmos de a ocho*, primera, tercera y sexto (asiento 31). A ellos se añade un *Credidit* a nueve (asiento 23), salmo quincuagésimo tercero. El resto, por pares: *Laudate Dominum gentes*, uno doce (ítem 15) y otro a ocho voces (asiento 26) que, según se indica por otra mano, era obra del Maestro Jalón, quien ya contaba con una composición homónima, a cuatro voces, incluido en un libro pequeño «que llaman de Jalón», ítem 25 del inventario de 1721; *Laetatus sum*, salmo centésimo vigésimo primero, a ocho (asiento 18) y doce voces (ítem 29); *Lauda Jersusalem*, ambos a ocho voces, uno de los cuales, apunta otra letra, pertenecía a Juan Sanz, otro de los autores con mayor presencia entre la polifonía de la Seo Sevillana.

Integran la memoria, asimismo, tres *secuencias*, una de *Resurrección*, de la que hay una en el inventario de 1818 de Xuárez, a seis voces y ocho «papeles», quizá sean la misma, y *Espíritu Santo* (asiento 35) y otra *de los Dolores*, que se indica es del Maestro Xuárez y que, si se halla en los inventarios posteriores, no ha sido encontrada. Del maestro Juan Sanz se apunta una *Letanía* a ocho voces (asiento 2), que tampoco ha sido localizada en los inventarios subsiguientes. En último lugar, una *Sentencia del Santísimo Juramento* (asiento 1) en ocho cuadernos grandes. Cabe señalar que se cuentan cinco composiciones *Lisis Dominum*, tres a ocho voces, una a siete y otra a diez que no ha sido posible identificar.

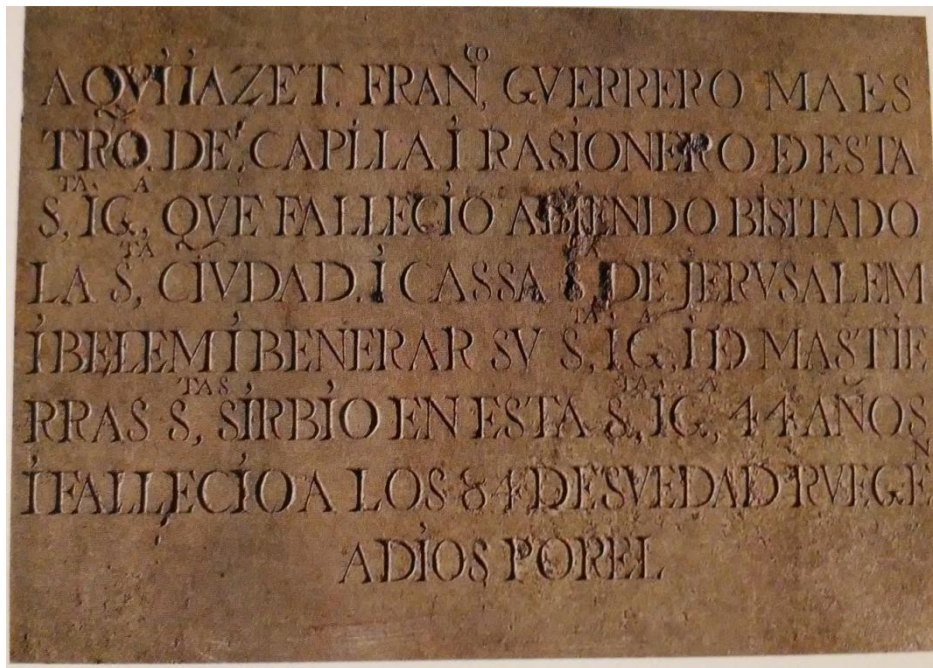




Fig. 15. Maestro Alonso Lobo Borja.

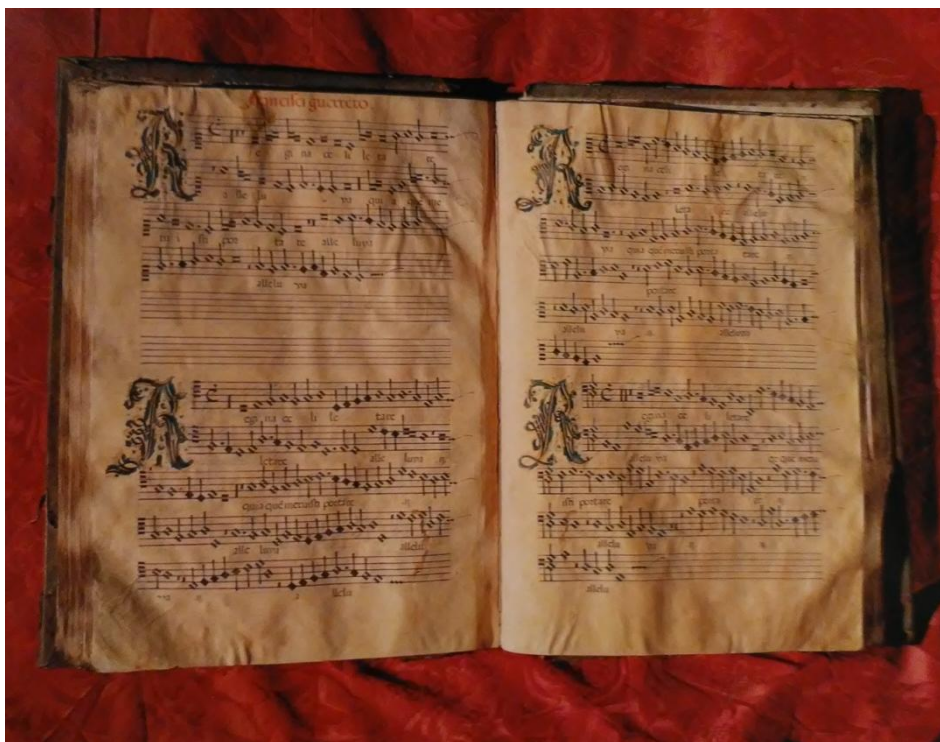


Fig. 16. Iniciales quebradas de un libro de facistol, sacado de VVAA, *La Catedral de Sevilla*, p. 729.

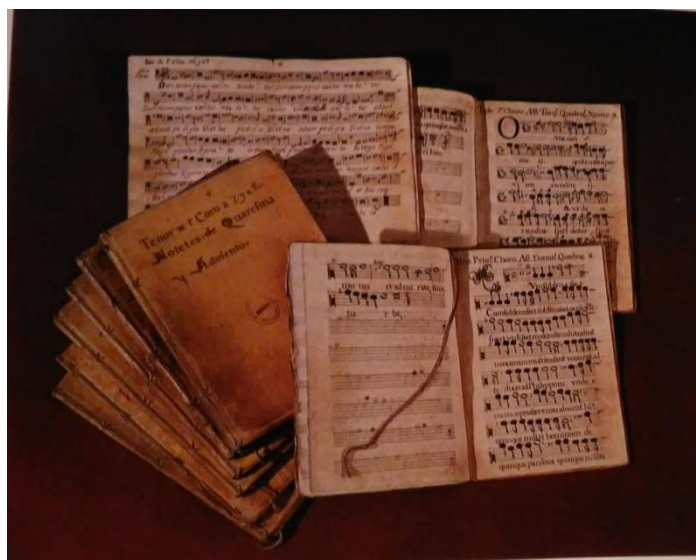


Fig. 17. Partituras musicales del Maestro Alonso Xuárez, sacado de VVAA, *La Catedral de Sevilla*, p. 731.

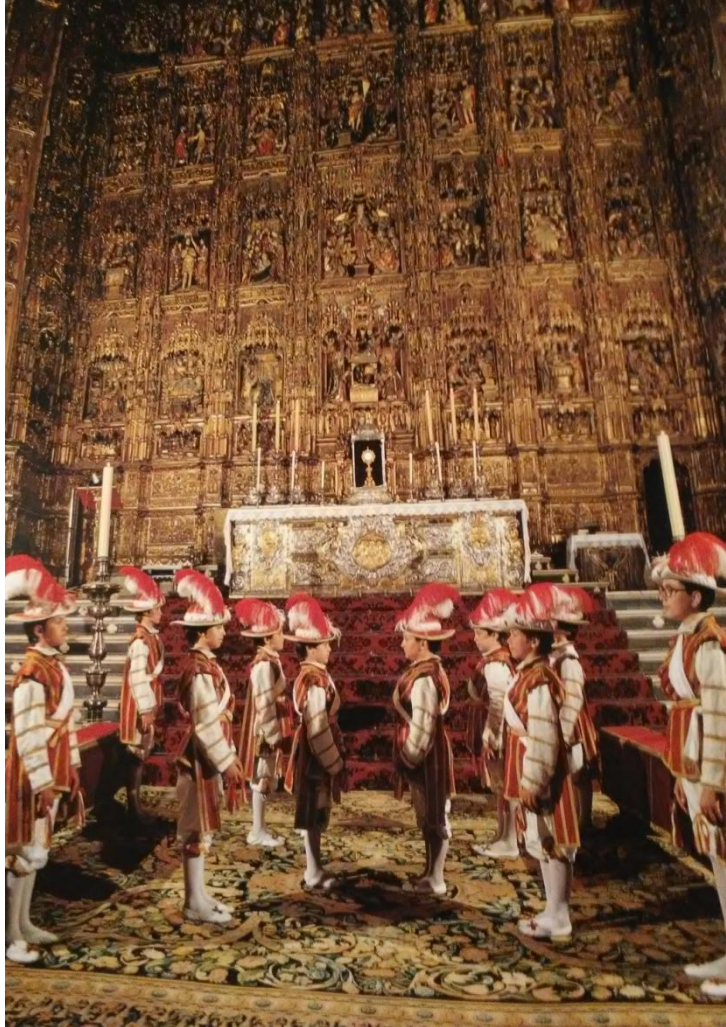


Fig. 18. Seises con el traje rojo de los bailes del *Corpus* y de Carnaval, sacado de VVAA, *La Catedral de Sevilla*, p. 743.

LETRAS
DE LOS VILLANCICOS,
QUE SE CANTARON EN
LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA,
Y PATRIARCA DE SEVILLA, EN LOS MAYEINES
SOLEMNES DEL ESPIRITU SANTO,
ESTE AÑO DE 1674.

COMPUESTOS POR EL RACIONERO
Miguel Tello, Maestro de Capilla de dicha
Santa Iglesia.



VILLANCIGO PRIMERO.

- | | | | |
|---|---|------------------|-------------------------------------|
| 1 | A | De el retiro, | Los tres. |
| 2 | | A de el espacio, | Adonde sin alivio, luz, ni ciencia, |
| 3 | | A de el centro; | es todo penas, dudas, y rivezas. |
| 1 | | Del coraçon; | Atencion, atencion, |
| 2 | | De la razon; | cuydado, alerta. |
| 3 | | Del sentimiento. | 4 Quien vá? |
| | | | 5 Quien |

Fig. 19. Villancicos compuestos por el Maestro Tello.

4. LA LIBRERÍA DE MINISTRILES

Para el desempeño de sus funciones contaban los músicos instrumentistas de la Catedral Sevillana con los elementos necesarios: instrumentos y libros con sus propias partituras. Éstos pertenecían a la Fábrica pero, para su custodia, eran entregados al ministril de mayor antigüedad³²⁰. Esta costumbre continuó vigente durante el siglo XVII. El origen y la evolución de las capillas de ministriles han sido estudiados por Juan Ruiz Jiménez³²¹, quien señala que su aparición se debió a motivos económicos, dado que era más oneroso sufragar los emolumentos de músicos ajenos a la Seo que tenerlos en nómina. Esto sucedió por vez primera en Sevilla, según el citado autor, en 1526. Desde entonces, la importancia de los ministriles en el culto y en las diferentes fiestas y celebraciones fue en aumento, a la par que el repertorio musical y el número y variedad de instrumentos incorporados, destacando la aparición del arpa a partir de 1620, que se configuraría como uno de los instrumentos fundamentales, cuya omnipresencia solo era superada por el órgano.

Al parecer, la capilla de ministriles se hallaba en pésimas condiciones a inicios del siglo XVII debido a la ausencia de un prebendado que se encargara de su supervisión, según un informe elevado al Cabildo en 1612 por el ministril más viejo, probablemente, Jerónimo de Medina, en el que reprobaba a dos de los ministriles. Sin embargo, no debió de ser escuchado, dado que se mantuvieron en servicio hasta su fallecimiento y su jubilación, respectivamente. El número de sus componentes se mantuvo más estable en el cambio de siglo que el de la Capilla de la Música. Por entonces, contaba con ocho miembros: tres cornetas, tres sacabuches, un bajón y Juan de Medina, quien podía tañer diferentes registros. Conforme avanza la centuria, los ministriles irían disminuyendo, siendo solo cuatro en el magisterio de Xuárez (1675- 1684). En cuanto a la incorporación de otros instrumentos, como violines, violas u oboe, la Catedral Hispalense fue considerablemente conservadora en comparación con otras seos³²².

Los ministriles no solo tañían el repertorio de su librería, sino que, habitualmente, lo hacían sobre los libros usados en la capilla de cantores, como se desprende de los inventarios de libros polifónicos ya vistos.

³²⁰ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 45.

³²¹ RUIZ JIMÉNEZ 2004.

³²² SUÁREZ MARTOS 2007a, pp. 206-207.

Las noticias referentes a los ministriles son relativamente abundantes en los autos capitulares, como sucede con la Capilla Musical. La importancia concedida por el Cabildo a sus músicos y ministriles fue de primer orden, así como la preocupación por los instrumentos y libros que se encontraban a su servicio. Así, el 28 de agosto de 1611, se ordenó que el Mayordomo de Fábrica acudiera a dar cuentas de los instrumentos de ministriles que, por entonces, tenía la Fábrica catedralicia. Una vez se hubo escuchado el informe del Mayordomo, dos días después, mandaron los capitulares «comprar los instrumentos y libros de ministriles que falten», al mismo. Sin embargo, no contentos con ello, el 31 de agosto de ese mismo año, «habiendo oído relación de algunos instrumentos que faltan de la Fábrica, mandaron que el Mayordomo de Fábrica ajuste en la Contaduría el valor de los instrumentos y se compren por cuenta de quien constare deben dar cuenta de ellos por estar a su cargo, y se pongan en su casillas, y lo mismo con los libros que faltan de ministriles». Se pretendía efectuar una tasación de aquellos instrumentos y libros que se hubieran perdido por negligencia o mala praxis de quienes debían tenerlos bajo su custodia, y que fueran aquellos quienes sufragaran su reposición. Tarea para la que tanto la Fábrica como la Contaduría debían colaborar. Transcurridos un par de meses, la cuestión volvió al Cabildo, que cometió, el 25 de noviembre, a los contadores y al Mayordomo de Fábrica para que llamasen a Juan de Medina, ministril, y «averigüen los instrumentos que se ha hecho relación que faltan y estaban a su cargo». Asimismo, se determinó que el Mayordomo de Fábrica hiciera las diligencias para recuperar un libro de ministriles que faltaba, aunque no se aporta más información sobre cuál era dicho libro, desafortunadamente³²³.

Juan de Medina, que tocaba la chirimía y luego el bajón, vivió algunos episodios complicados. Padeció una enfermedad que le tuvo cerca de un año impedido y, posteriormente, sufrió embargos debido a sus deudas, que había contraído, entre otros, con el Maestro Lobo, al que el Cabildo satisfizo la cantidad, reteniendo 3.400 maravedís cada mes del salario a Juan de Medina³²⁴. Más tarde, en 1617, protagonizó un altercado con un canónigo al que profirió «palabras mayores y muy indignas del respeto que debiera tener», por lo que fue despedido, si bien, tras varias peticiones, finalmente el Cabildo tuvo a bien su readmisión³²⁵. Con el tiempo, llegó a ser el ministril de mayor antigüe-

³²³ ACS, 7094, ff. 35r, 36r y 52r.

³²⁴ ACS, 7095, f. 44v.

³²⁵ ACS, 7097, ff. 41r y 81v.

dad, como se asegura en el auto capitular del 3 de marzo de 1633, en que se le concedió licencia para acudir a la ciudad de Sanlúcar de Barrameda³²⁶.

Por tanto, en los primeros lustros del siglo XVII el ministril más antiguo debía de ser Jerónimo de Medina, quien recibió, el 26 de agosto de 1611, unos «capítulos que el Maestro Guerrero dejó en la Contaduría para los ministriles (...) el qual se entregue a Gerónimo de Medina el más antiguo de ellos»³²⁷. Como tal, los libros utilizados por los ministriles estarían bajo su custodia. Aunque no se han encontrado más noticias, esta situación, probablemente, se mantuvo hasta el 12 de junio de 1614, cuando a Francisco Cano Albánchez se le entregaron una serie de instrumentos y libros pertenecientes a la Fábrica, por orden de Juan Fernández, racionero y mayordomo de Fábrica. Dicho inventario muestra una Librería de Ministriles de una entidad reducida, estando formada por, apenas, nueve cuerpos de libros. En cuanto a los instrumentos musicales, recibió cuatro flautas antiguas en una caja, dos contrabajos y dos tenores, cuatro cornetas, también viejas, una de las cuales estaba en poder de Alonso Machuca, un total de ocho cornamusas inglesas, de las que una se encontraba, igualmente, en poder del mismo, y un bajón viejo y «quebrado». Por último, un juego de flautas compradas en 1607 por 41.000 maravedís, formado por doce piezas: cuatro tenores, cuatro tiple, dos sobretiple y dos contrabajos. A ellos se sumaban «dos bajones de Inglaterra que entraron en esta partida, el uno dellos lo tiene Juan de Medina y el otro falta, que dicen lo hurtaron en poder de dicho Juan de Medina»³²⁸. A tenor de esta información, sería este bajón el instrumento perdido bajo la custodia de Juan de Medina y que el Cabildo se afanó por recuperar en 1611. Se ordenó que tanto libros como instrumentos fueran depositados en un cajón, bajo llave, situado en uno de los costados del altar de la Capilla de los Cataños. Esto supuso un cambio en la ubicación de los mismos, dado que previamente —al menos desde la década de 1560—, habían estado situados en unos cajones que se hallaban en la puerta del Coro³²⁹. Sin embargo, no es posible esclarecer si la citada variación en el emplazamiento de los libros de música de ministriles se produjo precisamente en 1616 o, por el contrario, la Capilla de los Cataños era el lugar en el que se guardaban con anterioridad. Lamentablemente, tampoco se menciona la localización del repertorio librario de los ministriles en el inventario realizado en 1673.

³²⁶ ACS, 7100, f. 21v.

³²⁷ ACS, 7094, f. 35r.

³²⁸ ACS, 09648, f. 168r.

³²⁹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 45.

Estos instrumentos y los libros de ministriles estuvieron a cargo de Francisco Cano Albánchez cuando, el 11 de octubre de 1617, el Cabildo ordenó hacer inventario de los libros de canto de órgano e instrumentos de ministriles, con vistas a su entrega al Maestro Santiago³³⁰. Disposición que, como se apuntó en el epígrafe dedicado a la Librería de Canto de Órgano, quedó reflejada en el libro de salario citado, recogándose la misma: los contadores harían realizar una memoria de los libros de canto de órgano y de los instrumentos de ministriles, procurando recuperar los que eventualmente se hubieran extraviado, entregándolos luego por inventario al Maestro Francisco Santiago³³¹. El inventario de la librería polifónica se realizó, aunque en el mismo no se recogen los instrumentos de ministriles. Si se confeccionó un listado de aquellos, no han aparecido noticias documentales, hasta el momento.

En cualquier caso, parece claro que Albánchez seguía siendo el depositario, al menos, de los instrumentos de ministriles y, probablemente, también de los libros que le fueron entregados en 1614. Sin embargo, la marcha temporal de Francisco Cano Albánchez —quien fue recibido de nuevo en su plaza de ministril, percibiendo aumento el 22 de junio de 1619, tras «la prisión donde ha estado 15 meses»³³²—, provocó una nueva situación de descontrol de los libros e instrumentos de ministriles, en 1618. Así, el 22 de agosto de 1618, el Cabildo encomendó a Luis Melgarejo y al doctor Francisco Balza para que «vean los libros de los ministriles en que tañer y sepan que se han entregado y si falta alguno y qué necesidad hay de suplir o remedar algo en esta materia». Como puede comprobarse, no fue menudo el interés de los capitulares por el estado de los libros e instrumentos de ministriles, que, al fin y al cabo, eran propiedad de la Iglesia Mayor de Sevilla. De hecho, transcurrido menos de un mes, el 19 de septiembre del mismo, volvieron a insistir en la cuestión, ordenando que el inventario de los instrumentos fuera presentado ante ellos. Sin embargo, a pesar de sus preocupaciones, el desorden, como en otros casos, era evidente, dado que en el mismo auto capitular se llamó para determinar a quién se habían entregado dichos instrumentos, así como para conocer el modo en que «sirven dentro y fuera de esta Iglesia cantores y menestriles». Se puede inferir de estas disposiciones que se desconocía quién era el depositario, seguramente, tras la salida de Albánchez. Tampoco se han encontrado nuevas referencias al asunto, por lo que no es posible señalar a quién se encargaron. Pocos días después, por auto de

³³⁰ ACS, 7097, f. 66v.

³³¹ ACS, 09665, f. 155r.

³³² ACS, 7098, f. 24r.

26 de septiembre, se encomendó a Diego de Arias para que «mande tomar la cuenta de los instrumentos que se entregaron a Francisco Cano y haga relación de si están cavales para que el Cabildo determine a quién se han de entregar»³³³.

No obstante, no se han registrado referencias acerca de quién se hizo cargo de los instrumentos y libros. Por su parte, la actividad de Albánchez se prolongó hasta 1633, cuando otro ministril, el corneta Julián de Torres, solicitó para su hijo la plaza que había sido suya³³⁴.

En adelante, las noticias sobre los libros de los ministriles no son muy abundantes en la documentación. Destaca el incidente acaecido en 1622, en el que el ministril Jerónimo de Quesada rompió un libro que se estaba utilizando en el ejercicio de los ministriles. El asunto llegó al Cabildo que, definitivamente, impuso una pena de 3.400 maravedís al susodicho. En cuanto a los instrumentos, al bajo viejo y quebrado, se añadían otros componentes avejentados, en concreto, un juego de flautas, unas cornetas y cornamusas «que ay viejas», de las que los capitulares dispusieron que el mayordomo y los contadores de Fábrica hicieran con ellas lo más conveniente para la misma, es decir, que las vendieran³³⁵.

Pocos años después, el 22 de marzo de 1625, se registró un desembolso de 5.288 maravedís a Cristóbal de Rojas por «un libro que vendió para tenerlo los ministriles»³³⁶, aunque, desafortunadamente, no se proporciona más información sobre su contenido o su destino, más allá de su uso por parte de los instrumentistas. Posteriormente, se recogen más noticias sobre libros de ministriles. En esta ocasión, se trata de un libro dado por un «ministril de Su Magestad» para el servicio de las funciones de la Capilla de la Virgen de la Antigua, que se dispuso, por sendos autos de 8 de mayo y junio de 1626, fuera depositado en dicha capilla e incluido en el inventario de sus bienes³³⁷. Se trataba de un libro de «de estampa», o sea, impreso que, según Juan Ruiz Jiménez, era obra del sacabuche Pedro de Porras, editado en 1623 en Madrid. Apunta, incluso, a que fuera el mismo Pedro de Porras el donante, dado que, por entonces, ejercía como ministril en la Capilla Real³³⁸. Probablemente, su afecto hacia la Virgen de la Antigua nació cuando

³³³ ACS, 7097, ff. 107r, 128r y 129r.

³³⁴ ACS, 7103, f. 81r.

³³⁵ ACS, 7099, ff. 115v, 141r y 142r.

³³⁶ ACS, 09473, f. 22r.

³³⁷ ACS, 7101, ff. 41v y 45r.

³³⁸ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 107 y 108.

acudió a Sevilla a ser oído para obtener una plaza de ministril en la Seo Hispalense en 1620, siendo rechazado por el Cabildo el 28 de marzo de 1620³³⁹.

De nuevo, unos años después volvió a preocuparse el Cabildo de los instrumentos de ministriles, así como de los libros de canto de órgano, como se indicó en el apartado dedicado a la Capilla de la Música, en febrero de 1628, insistiendo en la necesidad de conocer si alguno había sido extraviado y, en su caso, bajo responsabilidad de quién, aunque no se han encontrado los efectos de estas disposiciones, si las hubo³⁴⁰. Quizá, este empeño de los capitulares por controlar los efectos de los ministriles estuviera, en parte, motivado por las constantes salidas que aquellos llevaban a cabo fuera de los muros de la Catedral, en distintas procesiones y festividades realizadas en otros templos. Esto, seguramente, contribuiría al deterioro de libros e instrumentos, por lo que el Cabildo procuró aclarar las obligaciones de los mismos en este sentido.

A partir de los años treinta, los problemas económicos comienzan a hacerse notar en la Iglesia Mayor de Sevilla, reconociendo los capitulares, el 23 de marzo de 1634, que, por «la estrechez de la Fábrica», aunque también por otras razones, no se admitió a un corneta venido de Toledo³⁴¹. Quizá, como consecuencia de esta política restrictiva, el propio Deán se vio obligado a reconocer la falta de ministriles, por lo que propuso, el 23 de abril de 1640, que se hiciera venir a dos ministriles, uno de Toledo y otro de Cuenca. Unos meses después, el 9 de julio del mismo año, determinaron que se dieran 17.000 maravedís a Juan de Loaysa, proveniente de Toledo, y 34.000 a Septimio, de Cuenca, quien sería admitido como cantor y ministril. Pasados unos meses, el Cabildo se hubo de preocupar del número de ministriles que «ha auido antes en esta Santa Iglesia y qué salario an ganado y ganan los que oy están»³⁴². Por estos años comienzan a desestimarse peticiones de aumentos de salario y ayudas de costa solicitadas por los ministriles.

No es posible saber cuál de los ministriles era el más antiguo y, por lo tanto, el custodio de libros e instrumentos, dado que no se ha hallado ningún cambio de custodia. La única noticia al respecto proviene del auto de 7 de noviembre de 1661, en el que se indica que «por haber muerto Francisco Acosta, ministril más antiguo, mandó que los

³³⁹ ACS, 7098, f. 74r.

³⁴⁰ ACS, 7102, f. 238r.

³⁴¹ ACS, 7103, f. 27v.

³⁴² ACS, 7104, ff. 240v, 266v, 287v y 298r.

libros y papeles de los ministriles que paraban a su poder, entren en el de quien hoy sea el más antiguo, haciendo un inventario de ello»³⁴³. Francisco Acosta, sacabuche, había sido recibido como tal por auto capitular del 25 octubre de 1632, con un salario de 60.000 maravedís y dos cahíces de trigo³⁴⁴, aunque no es posible averiguar cuándo pasó a ser el ministril de mayor antigüedad. En cuanto al traspaso de la custodia de los instrumentos y libros de los ministriles, si se produjo en 1661, no se ha hallado rastro documental, aunque sí del 14 de marzo 1673, cuando se realizó un inventario de los libros de la capilla de ministriles, los cuales «exiuió Alonso de Castro, ministril de dicha Santa Iglesia, que parauan en su poder por muerte de Francisco Acosta»³⁴⁵. Dicho inventario fue realizado por orden del canónigo Francisco de la Puente Verástegui y del racionero Luis Arroyo, a la sazón oficiales de Fábrica, en el marco de una política más amplia de control del acervo librario catedralicio, que incluyó, como se ha visto, los libros de canto de órgano, así como los papeles de música de los maestros Juan Sanz, Alonso Xuárez y Luis Bernardo Jalón. Se trata de la última recopilación de la que se han tenido noticias en el siglo XVII. Por su parte, del último tenedor de la librería de ministriles, Alonso de Castro, ministril bajón, la primera referencia documental hallada data del 12 de febrero de 1653, cuando el Cabildo tuvo a bien concederle cuatro días de licencia³⁴⁶.

4. 1. Fondos de la Librería de Ministriles

4. 1. 1. Inventario I

1614, junio, 14. Sevilla

Inventario de los libros de ministriles entregados a Francisco Cano Albánchez.

A.C.S. 09648 168r-v

³⁴³ ACS, 7114, f. 97r.

³⁴⁴ ACS, 7103, f. 200r.

³⁴⁵ ACS, 09739, f. 233r.

³⁴⁶ ACS, 7110, f. 18v.

1. 5. Ítem (...) cinco libretes con sus cubiertas negras y doradas, de música de [Francisco] Guerrero.
 2. 6. Ítem un libro grande de cubiertas enbesadas, de motetes de Vitoria [i. e. Tomás Luis de Victoria].
 3. 7. Ítem un libro viejo de motetes y canciones, de cubiertas negras y viejas.
 4. 8. Ítem un libro que llaman de Batalla que está en la tribuna de la música.
 5. 9. Ítem un libro cubierto de tablas negras de música escrito de mano en que se tañe de ordinario en la tribunilla.
4. 1. 2. Comentario al Inventario I:

Como puede observarse, el repertorio librario de los ministriles era reducido, limitándose a nueve cuerpos de libros, que quedaban guardados en un cajón situado en un lateral del altar de la Capilla de los Cataños, cuya llave fue entregada a Francisco Cano Albánchez. Este escaso número de obras específicas se debe a que los ministriles usaban de los libros de la capilla de cantores. Según Juan Ruiz Jiménez, es prueba de ello la aparición, en el presente inventario, del libro del Maestro Victoria (asiento 2), que habría sido adquirido por el Cabildo en 1587 con la advertencia expresa de que no se entregara a los ministriles, algo que, finalmente, sí sucedió. El citado autor identifica esta composición de Victoria como los *Motecta festorum titius anni, cum communi sanctorum*, publicado en 1585.

En cuanto al asiento primero, correspondiente con los cinco libretes «de música» del Maestro Francisco Guerrero, Juan Ruiz Jiménez opina que puede tratarse los *Motecta* publicados en 1597, de los que la Catedral Hispalense contaba con dos juegos, uno de ellos adquirido por 2.244 maravedís al Licenciado Tejerina, que podría haberse puesto al servicio de los ministriles. Desde su punto de vista podría tratarse del juego conservado en el Archivo de la Música en la actualidad, muy deteriorado. El otro, conservado en la Librería Capitular y Colombina, se halla completo³⁴⁷.

Igualmente, contenía motetes y «canciones» el libro viejo de cubiertas negras asentando en tercer lugar. Probablemente se trate, a tenor de su calificativo, de uno de los primeros libros concebidos para los ministriles, que, como se apuntó, sufrían un impor-

³⁴⁷ RUIZ JIMÉNEZ 2007, pp. 100 y ss.

tante desgaste como consecuencia de su uso. Sin embargo, no es posible determinar su contenido ni los posibles autores de las composiciones que contendría. En cuanto al «libro que llaman de batalla» (asiento 4), lo más probable es que contuviera *misas*, aunque, de nuevo, no se especifica la autoría de las obras que lo constituían. Es interesante el dato que arroja sobre su ubicación: «en la tribuna de la música», de donde, según se indica en el propio documento, sería desplazado al cajón en el que se custodiaban los demás, bajo llave. Por último, se cuenta un libro manuscrito, con tablas negras, que se tocaba habitualmente en «la tribunilla» (asiento 5), es decir, que era de uso corriente en el Coro durante los diferentes actos culturales.

4. 1. 3. Inventario II

1673, marzo, 14. Sevilla

Inventario de los libros y papeles de música de ministriles en poder de Alonso de Castro, ministril.

A.C.S. 09739 233r

1. 1. Primeramente vn libro negro, de dos terçias de largo, de [Francisco] Guerrero y otros autores.
2. 2. Otro libro blanco del mismo tamaño, de Phelipe Rojier.
3. 3. Otro libro de Uitoria [i. e. Tomás Luis de Victoria], blanco, del mismo tamaño.
4. 4. Otro libro mediano blanco de tablas que sirue ordinariamente en el Choro, de diferentes autores, de media bara de largo poco más.
5. 5. Otro blanco del mismo tamaño, de diferentes autores.
6. 6. Un quaderno, de marca mayor, título *Laudate Dominum*.
7. 14. Otros ocho quadernos, sueltos, de diferentes autores, uiejós.

4. 1. 4. Comentario al Inventario II:

Este inventario fue realizado como acto formal de traspaso de la custodia de los libros y papeles de música de los ministriles a Alonso de Castro Vidal, el más antiguo de ellos, «el qual firmó su reziuo» ante el notario de Fábrica Alonso Quijada Valderrama. Se trataba de un acto formal en la medida en la que, como se indica, los recibió por muerte de Francisco de Acosta, anterior tenedor de los mismos, que había fallecido en 1661, por lo que Alonso de Castro debía estar a cargo de los libros desde mucho antes de 1673, cuando se confeccionó el inventario. Quizá, en su momento se realizara otro inventario, aunque, si fue así, no se ha hallado.

En esta ocasión, se recogen catorce cuerpos repartidos en siete asientos. Solo uno de ellos es consignado como obra de Guerrero «y otros autores» (asiento 1), aunque no se especifican las obras de que pudiera constar. Debido a su color —negro—, pudiera coincidir con el libro de cubiertas negras citado en el inventario de 1616 como ítem séptimo, aunque el hecho de que ya entonces fuera calificado de viejo y se omitiera su autoría, parece descartarlo. Llama la atención la desaparición de los cinco libretes negros de Guerrero. Cabe la posibilidad de que por entonces se hubieran incorporado a la librería polifónica y se identifiquen con los cinco libretes de *motetes* de diferentes autores, forrados de negro, asentados en el trigésimo cuarto lugar del inventario realizado de la misma unos días antes, el 27 de febrero de 1673. Tampoco, según parece, se encuentra el libro de *coloquios*, manuscrito en papel, de Francisco Guerrero y Alonso Lobo, del que, como consta en el inventario de 1644³⁴⁸ ya analizado, había dos, uno de ellos para uso de los ministriles.

En cuanto al libro de Victoria, seguramente se trate del asentado en el inventario de libros de canto de órgano ya referido, asiento trigésimo quinto. Debido a la falta de información sobre su contenido, no es posible asegurar que, a su vez, sea el mismo recogido en el inventario de 1616 de libros de ministriles, también de Victoria. En el listado de obras polifónicas de 1673 se asegura que se entregó a Alonso de Castro un libro blanco de *misas* de a cinco y a seis voces de Francisco Guerrero, comprado a la viuda del ministril Bernardino Rodríguez. Éste había entrado al servicio de la Catedral en

³⁴⁸ Ítem 34 del mismo.

1632³⁴⁹, jubilándose en 1661³⁵⁰. Dicho libro podría identificarse con el libro mediano blanco que servía en el Coro (ítem 4), aunque el tamaño puede no coincidir, dado que de éste se dice que medía media vara³⁵¹ de largo, mientras que el recogido en la Librería Polifónica tenía una envergadura de dos tercias³⁵². Además de los citados, se cuenta aún otro libro blanco de Felipe Rogier (asiento 2), también de dos tercias de largo, que no parece corresponderse con ninguno de los anteriores. Por último, un libro blanco de media vara de largo, de diferentes autores.

Aparte de los libros, como se indica en el propio documento, se inscriben en el inventario los papales de música usados por los ministriles que, en este caso, se limitan a un cuaderno de marca mayor que contenía el salmo centésimo decimo sexto, *Laudate Dominum* (asiento 6), del que no se ofrece más información acerca del número de voces o autor, y otros ocho de sueltos de diferentes autores (asiento 7), calificados como viejos, cuyo contenido no se especifica.

En definitiva, como puede constatarse por los dos inventarios recogidos, los libros y «papeles de música» con los que contaban los ministriles eran escasos, lo que choca con la importancia de su participación en los diferentes cultos tanto dentro como fuera de la Catedral, lo que apunta a que, efectivamente, hacían uso de los libros y partituras de la Capilla Musical. Además, la compra de un libro a la viuda de Bernardino Rodríguez obliga a plantearse la posibilidad de que los ministriles tañeran sobre libros de su propiedad, por lo que el repertorio catedralicio supondría solo una parte de las obras interpretadas por los instrumentistas.

³⁴⁹ ACS, 7103, f. 202r.

³⁵⁰ ACS, 7114, f. 39r.

³⁵¹ RAE: 6ª medida de longitud que se usaba en distintas regiones de España con distintos valores que oscilaban entre los 768 y los 912 milímetros.

³⁵² RAE: 27ª tercera parte de una vara.



Fig. 20. Sacabuches bajo, tenor y alto, sacado de VVAA, *La Catedral de Sevilla*, p. 733.

5. OTROS REPOSITARIOS BIBLIOGRÁFICOS.

5. 1. El Sagrario

Como ya destacó M^a del Carmen Álvarez, durante el siglo XVI³⁵³ se llevaron a cabo tres inventarios de las alhajas de la Fábrica, que incluían una importante cantidad de libros y otros objetos librarios, como fundas de libros o atriles. Éstos se encontraban repartidos por diversos emplazamientos del templo catedralicio, ya fuera en las Librerías Corales, algunas capillas o, en mayor medida, en la Librería Capitular y Colombina. Los inventarios ostentan un gran valor, dado que proporcionan abundante información sobre los libros, tanto de su naturaleza litúrgica como, en muchos casos, acerca del tipo de encuadernación y decoración de la misma, o sobre su procedencia.

El último de los inventarios anteriores al siglo XVII data de una fecha tan tardía como 1595. Su validez se prolongó durante los primeros años de la centuria decimoséptima, como señala una nota marginal fechada en 18 de enero de 1608, cuando el arcediano de Reina César Raimundo y el racionero Alonso Marín, comisionados para realizar la visita de la Sacristía, ordenaron que fuesen llevados a la «Librería ochenta cuerpos grandes y pequeños». Sin duda, la «Librería» referida no puede ser otra que la Capitular y Colombina, unificada en 1557, en la que se pretenderá detectar el máximo número de libros que pudieron ser llevados a raíz de este mandato. Para ello se ha hecho uso del inventario de alhajas realizado en 1668, único para el siglo XVII del que se han hallado noticias, lo que no implica, en absoluto, que no se confeccionaran más. Sin embargo, y a pesar del gran periodo de tiempo transcurrido entre uno y otro —sesenta años—, la comparativa entre ambos puede arrojar una idea de la situación de las alhajas de la Fábrica durante el periodo estudiado.

En cuanto al inventario de 1596 que, como se ha dicho, se extiende hasta 1608, recogía un total de ciento cincuenta y tres obras en ciento cincuenta y cuatro cuerpos, incluyendo tanto libros como cuadernos. En el mismo se recoge una *Biblia* en dos cuerpos, manuscrita, en pergamino, con cubiertas de plata con castillos y leones y el aspa de San Andrés. M^a Carmen Álvarez la identifica con la «Biblia de Don Pedro de Pamploña», que perteneció a Alfonso X y a su hijo, Sancho IV, que fue quien la legó a la Biblio-

³⁵³ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 96 y ss.

teca Capitular. No se ha hallado ni en el inventario de alhajas de 1668 ni en el que realizó Juan de Loaysa en 1684, aunque se ha conservado, siendo en la actualidad una de las Joyas de la Colombina. Los *Sacramentarios* son dos, ambos en pergamino y ya viejos en 1596.

Por su parte, los *misales* ascienden a veinticinco, dieciséis manuscritos en pergamino y nueve impresos. En el inventario se especifica la naturaleza de los mismos, destacando cuatro cuerpos de «letra antigua», con cubiertas de cuero colorado, que M^a Carmen Álvarez sitúa en la Biblioteca Capitular y Colombina, coincidentes con un *misal sevillano*. En la memoria confeccionada por Juan de Loaysa en 1684 se citan varios asientos referentes a *misales hispalenses*: uno de ellos se encontraba en el cajón número 124, seis en el 127 y otros ocho en el 128, todos en vitela, lo que induce a considerar su carácter de manuscritos. Como se verá, de los *misales* asentados en el inventario de alhajas de 1668, solo uno era manuscrito y no parece que sea identificable con éstos. Lo mismo puede decirse de otros cinco *misales*, de los que se proporciona información acerca de sus características materiales, que son situados por la misma autora en la Biblioteca Capitular y Colombina, en el inventario realizado de la misma en 1522 aunque no es posible ubicarlos en la memoria de Juan de Loaysa, dado que en ella no se especifica este tipo de detalles, como el tipo de encuadernación o guarnición. Uno de ellos era romano y fue donado por el cardenal Diego Hurtado de Mendoza. Otro de los señalados como pertenecientes o llevados a la Librería era un *misal dominical y santoral sin oficios*, con cubiertas de zarzahán, rotas, y cinco bollones de latón en cada una de las tablas. Por último, cabe destacar el *misal con misas votivas de Nuestra Señora y de difuntos*, que fue entregado a los sacristanes mayores en 1587.

En cuanto a los *misales* impresos —nueve—, cuatro de ellos formaban parte de la edición realizada por Cristóbal Plantino en su imprenta de Amberes, con arreglo a los preceptos tridentinos. Uno estaba adscrito a la Capilla del canónigo Juan Rodríguez. De los mismos, dos, con ricas guarniciones de oro y seda, databan del año 1574, mientras que otros dos fueron adquiridos por la Seo Sevillana en 1588. Por su parte, provenían de una imprenta de Burgos otros dos *misales*, uno del nuevo rezado, que estaría situado en la Capilla del Arcediano de Reina, según el inventario número 398. Por último, contaba la Catedral con dos *misales* del nuevo rezado, y un tercero de papel, lo que induce a pensar que era impreso.

Se contaban, además, seis *epistolarios*, todos en pergamino, siendo tres *santorales*, uno *dominical*, otro *santoral y dominical* y, el último, indeterminado. Tanto uno de los *santorales dominicales* como el *santoral dominical*, de escritura antigua, habrían pasado a la Biblioteca Capitular. Uno de ellos perteneció a Alfonso X. También eran seis los *evangelarios*, dos *dominicales*, dos *santorales* y los dos restantes, probablemente, completos. Destacan uno de los *santorales* y otro de los del último grupo por haber pertenecido a Alfonso X, quien los donó a la Catedral de Sevilla. Por último, un *evangelario santoral y dominical*, fue legado por el Cardenal Hurtado de Mendoza y, según la visita realizada en 1614, habría sido trasladado, igualmente, a la Librería.

Tan solo un *capitulario* queda reseñado. Estaba escrito a mano en pergamino, con cubiertas de terciopelo carmesí, con bollones de plata en cada tapa, habiendo perdido parte de la plata. En cuanto a los dieciséis *pasionarios*, diez de ellos, de pergamino y cubierta de cuero negro, habrían sido trasladados a la Biblioteca Capitular, siendo los seis restantes impresos, tres en Salamanca y tres en Toledo. Se encontraba entre las alhajas un *libro de Glorias, Credos y Prefacios*, de pergamino, guardado en una funda con las armas del cardenal Juan de Cervantes. Este libro había precisado de trabajos en los prefacios y otras partes y, tanto las guarniciones de plata con las que contaba como la funda habían desaparecido en 1595, siendo esta última encontrada en 1607.

Por su parte, los *libros de prefacios* eran tres, aunque no se puede precisar el número de fórmulas que contenían. Eran de pergamino puntado. Uno de ellos, con cubiertas de cuero amarillo, viejo, pasó a la Librería, mientras que el otro, igualmente viejo, con cubiertas de cuero leonado, servía en el Altar Mayor. Tan solo había un ejemplar del *libro con el Canon de la misa*, de pergamino, guarnecido de cuero leonado; un *libro con las letanías y plegarias*, también de pergamino, cubierto de carmesí pelo, con cinco rosas de latón doradas en las cubiertas; un *salterio*, de pergamino, con escritura antigua y cerraduras de latón, que habría perdido su guarnición de plata. Al parecer, fue donado por el arzobispo Alonso de Fonseca. Lo mismo puede decirse del *libro en el que estaban puntados los evangelios de Navidad y Epifanía así como la bendición de los ramos y del cirio pascual*, de gran tamaño, en pergamino guarnecido con terciopelo verde.

En cuanto a los *responsorios graduales*, de los que se reseñan dos cuadernillos pequeños con cubierta de terciopelo azul, presentan una adenda en el inventario que indicaba su traslado a la Librería, aunque se halla, como en otras ocasiones, tachada. Se

utilizaban en el Coro, para los responsorios de Tinieblas. Los *himnarios*, también en cuadernos, eran tres, de pergamino con cubiertas de tafetán negro. En ellos estaba puntado en canto llano el himno «*Vexila Regis*» y eran utilizados en el oficio de la Adoración de la Cruz, entonces celebrado el Jueves Santo. Se conservaban, además, siete libros *procesionarios*, de pergamino, y tres cuadernos. Cuatro de ellos eran de tamaño mediano, y se empleaban por los cantorcicos en las procesiones de los oficios matutinos. Dos de los mismos tuvieron pequeños bollones de latón, que habían desaparecido ya en 1595, por lo que el siglo XVII no los conoció perfectos, aunque aún conservaban su guarnición de flecos de oro y seda, así como las dieciocho piezas bien labradas y el asidero, todos de plata. Tres de los *procesionarios* eran pequeños, si bien de tamaños diferentes. Uno estaba cubierto de cuero leonado y enfundado en una envoltura de carmesí pelo; otro, que servía en las procesiones dominicales, estaba guarnecido con cuero leonado; el tercero era de menor envergadura y contaba con cubiertas de carmesí pelo, cuatro escudos y dos manecillas desprendidas, todos de plata. Estos dos últimos se encontraban en la Biblioteca Capitular. Por último, había otro libro con unas dimensiones de «cuarto de pliego» que era utilizado, fundamentalmente, en la procesión de los difuntos del día de Todos los Santos. Los cuadernos contenían el himno *O Redemptor sume carmen* y eran utilizados en la procesión de los santos óleos del Jueves Santo.

Mayor era el número de *pontificales*, que ascendían hasta once ejemplares. Como libro eminentemente de uso episcopal, muchos de ellos fueron donados por prelados de la Sede Hispalense. Dos fueron entregados por el arzobispo Pedro Gómez Barroso en 1387, pasando, según sus prescripciones, a la Librería Catedralicia. Al menos uno fue de su uso particular. El arzobispo Juan de Cervantes, que legó más de trescientos volúmenes a la Catedral en 1453, fue el propietario de otro de los *pontificales*, de pergamino, que se situó en la Biblioteca Capitular³⁵⁴. Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, dejó otro ejemplar a la Catedral, que habría sido escrito por orden del obispo de Calahorra Juan de Villareces, canciller de la reina doña Juana de Navarra, en 1390, pasando posteriormente a manos de aquél, que añadió sus armas en las cubiertas y en algunas hojas del mismo.

Más tarde, otros dos *pontificales* fueron donados a la Seo Hispalense, uno por parte de Luis Sánchez de Soria canónigo de ella, único ejemplar impreso, y otro por el

³⁵⁴ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 108.

Doctor de Alcocer, probablemente manuscrito, aunque las fuentes arrojan ciertas dudas al respecto. Fue transferido a la Librería. De entre los cinco restantes, todos manuscritos en pergamino, dos habrían sido legados por el Obispo de Marruecos y arcediano de Carmona Sebastián de Obregón, aunque ostentaban las armas del arzobispo Diego de Deza y habían pertenecido antes al cardenal Alonso de Manrique.

Complemento del *pontifical*, se contaba un *ceremonial Romano*, impreso, guarnecido de cuero de color negro. Al siglo XVII solo llegó uno de los dos libros del *Ordo De benefictione baptisterii sibe lapidis fontium*, dado que en 1600 uno de los ejemplares había desaparecido. El que permaneció era manuscrito en pergamino, cubierto de terciopelo carmesí. Del *Ordo De gradationis clericorum* tan solo se contaba un cuadernillo de trece hojas de pergamino manuscrito, mientras que contenían el *Ordo ad conficiendum crisma*, de la consagración de los óleos para el Jueves Santo, dos libros. Uno de ellos era viejo, de pergamino manuscrito que, ya en el siglo XVII, había caído en desuso, lo que apunta a su transferencia, en 1608, a la Biblioteca Capitular y Colombina. El otro ejemplar, que había sido escrito por Diego de Orta en 1559, estaba ricamente guarnecido en plata, con rostros de mujer en las ocho esquinas y de hombre en el medio. Otro libro contenía el *Ordo Quando et qualiter sollempnis episcopalis benedictio debet cari*. Posiblemente, fuese comprado a Fernando Niño de Guevara, arzobispo que fue de Sevilla. Contaba con cubiertas de cuero leonado decorado con dos rosas de plata doradas, contando con cerraduras del mismo material. También había un ejemplar del *Libro para vestirse los prelados*, de pergamino.

Para los ritos sacramentales y otras funciones principales de los sacerdotes, contaba la Catedral Sevillana con tres libros *rituales* y veintiséis cuadernos. Entre ellos, veinticuatro contenían el *Ordo ad conficiendum crisma para los prestes*, todos de pergamino, si bien doce de los mismos estaban tan avejentados que, ya en 1607, habían desaparecido del acervo catedralicio. Los dos cuadernos restantes, también de pergamino, con cubiertas de terciopelo negro, contenían el *Oficio del Viernes Santos para los prestes*. Por último, un libro con los *Oficios del bautismo, de reconciliación de apóstatas o herejes y de velatorio de difuntos*, de pergamino, con letra grande y cubierta de cuero leonado; y un último libro «manual», cuyo contenido se desconoce, también de pergamino con tablas cubiertas de cuero azul. Este último fue trasladado a la Librería.

Como se observa en el inventario de 1595, muchos de los libros reseñados, que contaban en ocasiones con encuadernaciones y guarniciones realmente lujosas, habían sufrido deterioro y pérdida de alguna de sus partes a lo largo del tiempo que estuvieron al servicio de la Catedral Hispalense.

Entre las alhajas se encontraban, asimismo, las tablas sacras o «tabella secretarium»³⁵⁵, destinadas a servir de recordatorio en las celebraciones. Algunas de ellas contaban con ornamentaciones lujosas y letras decoradas. De ellas, cuatro comenzaban con el «*Te igitur*», y así quedan recogidas en los inventarios.

Las fundas para libros consignadas eran en total cuarenta y dos. Para *capitularios* había siete, dos de las cuales se hallaba en el Coro. Otra, de tela de plata bordada de oro, forrada de raso blanco con ricos ornamentos, entre los que se encontraba una veintena de perlas, que no llegaron al siglo XVII. Destinadas a *evangelarios* había una funda de terciopelo negro guarnecida de oro, dos blancas con caireles oro y seda y cuatro bellotas; y otras cuatro «de *cuadernos* y *evangelarios*», de terciopelo morado forrado de damasco azul, con pasamanos de oro y seda, y bellotas. De *antifonarios* se contaban tres fundas, dos de ellas pequeñas, una de terciopelo negro forrado en tafetán tornasol, y otra del mismo material en morado, forrada en raso de igual color, ambas con un cairel de oro y bellotas; y una tercera de brocado con cairel de oro y seda carmesí alrededor de las bellotas y en sus cuatro esquinas. Los *misales* contaban con otras tres fundas, de las que una era de terciopelo negro con guarniciones de seda y oro, y las otras dos de damasco verde con caireles y bellotas de oro y seda. Por su parte, el *libro del Canon de la misa* se guardaba en una funda carmesí pelo, adquirida en 1571; existiendo dos fundas verdes de terciopelo forradas, en tafetán del mismo color con caireles de oro y seda y bellotas, para *cuadernos*.

Sin una adscripción declarada, contaba la Fábrica con otras doce fundas, de las que dos eran de tela de oro con guarnición y bellotas hilo de oro, forradas en raso presado, y otra de tela de plata blanca, forrada de damasco de igual color, guarnecida de oro y seda. Dos eran de tela blanca forradas de damasco también blanco, con caireles de oro y seda y sus cuatro bellotas. Una estaba decorada con una jarra y flores de plata dentro de un óvalo, cairel y bellotas, bordada de oro sobre terciopelo carmesí y forrada en raso del mismo. De terciopelo se contaban tres, una de color azul y otra carmesí, forrada en raso

³⁵⁵ Los antecedentes de estas tablas sagradas hay que buscarlos en las tablas enceradas de la Roma clásica.

de idéntico color, ambas viejas, y otra verde, forrada en tafetán de la China con caireles de oro y seda y cuatro bellotas. Por último, otras tres de tela, de las que una era morada, otra carmesí, ambas forradas en raso morado, y la última de tela carmesí forrada en raso.

Este debía de ser el elenco de alhajas de la Fábrica a comienzos del siglo XVII. Sin embargo, como se verá, la situación de las mismas cambió de forma grave en su segunda mitad —si no antes— a tenor de lo asentado en el inventario de 1668. El mismo se confeccionó como consecuencia de un auto capitular en el que se cometió a Francisco Casaus Menchaca, tesorero y canónigo, y a los oficiales de Fábrica Andrés de León y Ledesma, mayordomo, y Luis Arroyo y Figueroa, contador, ambos racioneros, ante el notario apostólico Manuel de Toledo Tavira. Previamente, se habían realizado otras visitas a la Sacristía, realizándose otros inventarios que podrían ofrecer, de haberse conservado, una idea de la evolución de sus alhajas. Así ocurrió cuando el 9 de junio de 1614, el Cabildo mandó llamar para «ver la memoria de la resulta de la visita de la Sacristía y determinar acerca del libro de inventario que se mandó hacer de todo lo que hay en ella»³⁵⁶. Las diligencias para confeccionar el inventario debieron de prolongarse, pues más de un año después, el 19 de agosto de 1615, los capitulares ordenaban que «el libro de inventario de la Sacristía prosiga», haciéndose cargo del mismo el mayordomo y el contador de Fábrica, en presencia, cuando así lo requirieran, de Diego de Llena y el sacristán que a la sazón estuviera, pareciendo «a propósito para esto penado quien no obedeciere»³⁵⁷. Estas cautelas parecen apuntar a ciertas dificultades o reticencias, o simplemente, negligencia o incomparecencia para acometer el inventario, ante las que el Cabildo optó por sancionar a quienes no cumplieran con su mandato.

La preocupación del Cabildo llevó a la confección de un nuevo inventario con anterioridad al 26 de octubre de 1619, cuando, en reunión capitular, se cometió al tesorero Andrés de Heredia y —como era acostumbrado— al mayordomo y contador de Fábrica para que vieran el libro nuevo de inventario de la sacristía, que habían elaborado nada menos que el propio Tesorero y el Deán, y «que vean qué cosas se han consumido y en qué tiempo (...) y mandaron que los sacristanes ni den ni reciban cosa alguna sin que se tome razón de ello en los dichos libros, so pena de diez ducados». Poco después, el 8 de enero de 1620, se reafirmaron los capitulares en su empeño de esclarecer

³⁵⁶ ACS, 7095, f. 124v.

³⁵⁷ ACS, 7096, f. 56r.

las obligaciones de sacristanes mayores y menores, se imprimieran³⁵⁸. Los autos capitulares ofrecen otras noticias interesantes, como la entrega por el racionero Juan Mateo Álvarez de un «cáliz, un *misal* de platino»³⁵⁹ y otros ornamentos provenientes de la capilla de su tío, el canónigo Hernando Sánchez Álvarez, el lunes 14 de noviembre de 1639. Se ordenó que pasaran a manos de los sacristanes del altar mayor, incluyéndose en el libro de inventario de su sacristía³⁶⁰.

Con posterioridad a la realización del único inventario encontrado —1668—, el 29 de enero de 1674, los inventarios de la Sacristía Mayor volvieron a colación del Cabildo, a cuenta de la realización de almohadas y otros objetos, aprovechando la ocasión para consultarlos y comprobar si faltaba algo y recordar cuándo se realizaron el último inventario y visita³⁶¹. Parece ser que se confeccionó una nueva memoria, a juzgar por lo que se trasluce del auto capitular de 6 de noviembre de 1679, cuando se ordenó que «se ajuste el inventario de las alhajas de la Sacristía que estaba a cargo del Tesorero»³⁶², que había fallecido recientemente.

El inventario de 1668 recoge diferentes objetos preciados repartidos por todo el templo, expresando el valor de algunos de ellos, por su peso en plata. A la sazón, los cuerpos de libros que componían las alhajas se habían reducido casi a la mitad, contándose, tan solo, setenta y tres cuerpos, incluyendo cuadernos. Como se verá, la mayor parte de los mismos no son coincidentes con los consignados en 1595 debido, seguramente, a la renovación de la que fueron objeto por causa del deterioro provocado por el uso constante en los diversos oficios y festividades. En este sentido se pueden entender las disposiciones del Cabildo ordenando la compra de *misales* nuevos y *martirologios* «para servicio del Coro y altares de esta Iglesia», para lo que cometieron al Prior y a Juan de Medina Villavicencio, así como *pontificales*, en 1610³⁶³. Mucho después, en 1655, un Fraile Jerónimo recibió cantidades importantes «a cuenta de los *misales* que va haciendo para la Sacristía Mayor y la Capilla de la Antigua». Esta renovación del cuer-

³⁵⁸ ACS, 7098, ff. 49r, 60v.

³⁵⁹ Seguramente, se trata del impresor Cristóbal Plantino.

³⁶⁰ ACS, 7104, f. 205r.

³⁶¹ ACS, 7120, f. 128r.

³⁶² ACS, 7122, f. 67v.

³⁶³ ACS, 7093, ff. 87v y 91v.

po de los *misales* en 1655 se reforzó por la compra de tres de ellos al librero Juan Belero³⁶⁴.

En cualquier caso, según el inventario de 1668³⁶⁵, el número de *misales* se había reducido a dieciocho, de los que tan solo uno se identifica como manuscrito, lo que muestra un vivo contraste en relación con el confeccionado en 1595. Estaba escrito en vitela, con iluminaciones, y era utilizado en las misas de aniversario. En el servicio ordinario del Alta Mayor había cuatro *misales*, de los que dos fueron impresos en Amberes, y otros dos en Colonia, Alemania. A falta de mayor abundamiento descriptivo, de lo que adolece este inventario, es imposible determinar si los dos impresos en Amberes se corresponden con los editados por Plantino, aludidos más arriba. En cuanto a los impresos en Colonia, no ha sido posible su identificación debido al desconocimiento de su fecha de publicación.

Tampoco se conoce la fecha de edición de otro *misal* impreso en Amberes, que había sido donado o legado —probablemente en 1635— por María Arellano Sotomayor³⁶⁶, mujer de Fernán López Ramírez y pariente del canónigo Alonso Ramírez de Arellano, «con sus estampas y laminadas las tapas de plata lisa» con unos escudos con la flor de lis, propios de la heráldica familiar. Había perdido las manecillas. Igualmente impresos en Amberes, en 1642, había dos *misales* con cubiertas de cabritilla negra.

Más lujosos era el par de *misales* impresos en Roma por la Tipografía Vaticana en 1609, que estaban cubiertos de cabritilla colorada prensada con oro. Por último, otros dos fueron impresos en Venecia en 1593. Tenían cubiertas de cabritilla colorada aunque, según una nota marginal, ya no se usaban debido al deterioro que sufrían.

Del resto de *misales* no se especifica su naturaleza material ni su origen. Se trata de cinco *misales* que servían en los otros tantos altares de la Sacristía Mayor, así como de un *misal* con cubierta de raso encarnado «que dio el señor don Antonio Paíno y era de su pontifical». Este asiento está realizado de otra mano y no se encuentra entre los incluidos en el inventario que pasó ante el notario Manuel de Toledo Tavera, cuya rúbrica cerraba. El arzobispo Antonio Paíno falleció el 22 de marzo de 1669, recibéndose su *pontifical* el 22 de junio de 1673, encargándose a Francisco de la Puente, canónigo y

³⁶⁴ ACS, 09654, ff. 86v, 88v, 89v, 97v y 99r.

³⁶⁵ ACS, 09739, ff. 1r-134r.

³⁶⁶ CARTAYA 2015, p. 331.

mayordomo de Fábrica y a Luis Arroyo, contador de la misma, valorar los objetos que lo componían, ante el notario Alonso Quijada Valderrama. Entre ellos, se contaba una funda de *misal* de terciopelo negro, una bolsa, también para misales, de terciopelo morado, y otra suelta, que pasaron al servicio del Altar Mayor, así como el citado *misal* y cuatro *libros pontificales*³⁶⁷. Antes que los provenientes del legado de Paíno, el 13 de agosto de 1672, los sacristanes mayores Pedro Peláez y Gregorio Figueroa, recibieron del oratorio del canónigo Juan de Guzmán y Rivera, por medio de Justino de Neve, su albacea, un *misal* «de Platino (*sic.*)». Lo más probable es que se tratara de un *misal* de Plantino que estuviera en poder del fallecido prebendado. Por lo tanto, el número de *misales* que formaba parte de las alhajas de la Fábrica sería, a principios de los años setenta del siglo XVII, de diecinueve, si bien dos de los mismos estaban fuera de uso por su mal estado de conservación. A todos estos *misales* habría que sumar otros dos más que el Cabildo ordenó comprar el 27 de mayo de 1678, junto a dos *cuadernos de misas de Réquiem*, ante la petición del arcediano Francisco Ponce, visitador del Sagrario³⁶⁸. Por último, según un auto capitular de 5 de marzo de 1699, se ordenó el reparo de los *misales* y otros ornamentos de la Fábrica, junto a los libros del Coro³⁶⁹.

Precisamente, los *pontificales* seguían en cantidad a los *misales*, en número de once. Solo seis de ellos son calificados como impresos aunque, probablemente, solo el *pontifical romano* «antiguo» no lo era. Estaba guarnecido en terciopelo carmesí y presentaba cuatro cantoneras de plata y un escudo en medio de cada tabla. Tenía hojas doradas y había perdido las manecillas.

Uno de ellos fue impreso en Venecia en 1572 [*Pio V. Pont. Max. Pontificale Romanum ad omnes pontificias ceremonias quibus nunc vitur sacrosancta Romana Ecclesia accommodatum... ac in tres partes distinctum*]. Estaba cubierto de terciopelo carmesí, con cuatro cantoneras de plata y un escudo con la Giralda en cada tabla, así como cuatro manecillas del mismo material. Por su parte, el *pontifical de Clemente VIII* estaba impreso en Roma, en 1595 [*Pontificale Romanum / Clementis VIII Pont. Max. Iussu restitutum atque editum (1595). Romae: apud Iacobum Lumam: impensis Leonardi Parasoli & Sociorum, 1595*]. Las cubiertas eran de becerro colorado y contaba con una de latón.

³⁶⁷ ACS, 09739, ff. 6v-7r.

³⁶⁸ ACS, 7122, f. 54r.

³⁶⁹ ACS, 7133, f. 19r.

Cuatro *pontificales* habían pertenecido al arzobispo de Sevilla don Diego de Guzmán, siendo entregados a los sacristanes mayores ante el notario Manuel de Toledo Tavira el 5 de marzo de 1667. El primero de ellos era un «ceremonial episcoporum de Clemente Octauo», impreso en Roma en 1600 [*Caeremoniale episcoporum iussu Clementis VIII Pont. Max. nouissime reformatum: omnibus Ecclesijs praecipue autem Metropolitanis, cathedralibus, & collegiatis, perutile ac necessarium / Romae : ex Typographia linguarum externarum, 1600 mense Octobris*]. Los otros eran las tres partes del *pontifical* de Clemente VIII [*Pontificale Romanum / Clementis VIII Pont. Max. iussu restitutum atque editum. Romae: apud Iacobum Lunam: impensis Leonardi Parasoli & Sociorum, 1595*].

Por último, en una adenda posterior, los citados *pontificales* del arzobispo Antonio Paíno, las tres primeras partes y un *ceremonial episcoporum*, todos forrados de cabritilla colorada.

Según el inventario de 1668 se contaban cuatro *libros de consagración del olio*. En primer lugar, un manuscrito de pergamino, cubierto de terciopelo carmesí, con diez mascarones de plata y manecillas del mismo material, así como cuatro borlillas de oro y cairel. Los otros tres fueron impresos en la ciudad de Salamanca, en 1582. Estaban cubiertos de papelón, «todos dorados y sin manecillas».

El número de cuerpos asentados como *procesionarios* era cuatro. Seguramente, los más vetustos, dado que todos eran obras manuscritas en pergamino. No obstante, las descripciones facilitadas impiden realizar una equivalencia con los constatados en el inventario de 1595, sin olvidar que, precisamente, las encuadernaciones eran los elementos más cambiantes en libros tan antiguos debido a su normal deterioro y sustitución, inherentes a la protección del contenido de los mismos. Dos de ellos compartían título: *In texto Sancti Andrea Apostoli*. Ambos estaban cubiertos de terciopelo carmesí. Un tercero llevaba por título *Responsorios de Santos* y estaba cubierto con tablas de becerro colorado, careciendo de manecillas. Por último, «otro *procesionario* viejo escripto de mano» en pergamino, encuadernado en tablas negras. Posiblemente, estos cuatro *procesionarios* estaban incluidos entre los cincuenta y dos que fueron encuadernados Diego de Ramos en 1609³⁷⁰. Quizá por la antigüedad de los mismos, el librero Lucas Martín se hubo de ocupar de una nueva encuadernación en 1620, esta vez en número de

³⁷⁰ ACS, 09459, f. 12r.

veintinueve, quince de ellos en cartón y cuatro en pergamino³⁷¹ y, siete años después, hizo lo propio Antonio de Abadía con otros veinticuatro³⁷². Por último, en 1633, Hernando García se encargó de una labor similar, si bien no se conoce el número de los *procesionarios* que encuadernó ni el carácter de las encuadernaciones que elaboró³⁷³.

Los *cuadernos* consignados, cinco en total, eran todos manuscritos. Se contaba uno de *difuntos*, cubierto con tablas llanas negras, así como otro pequeño «en que se dize las oraciones de los anibersarios», también cubierto de tablas. El que contenía las *letanías*, igualmente de pequeño tamaño, según se indica, estaba en poder del «encomendador del Coro», por lo que no era responsabilidad de los sacristanes mayores. Lo mismo sucedía con el *cuaderno* que contenía el régimen de las procesiones del día de Difuntos, que se encontraba en manos del Sochantre. Por último, un quinto *cuaderno de la Dominica Palmarum* «donde se dize el attolite».

El grupo más numeroso era el formado por los *evangelarios*, que sumaban treinta y dos cuerpos, incluyendo libros y cuadernos. Al menos veintiuno de aquéllos eran de pergamino, doce de pequeño tamaño, encuadernados en papelón negro. Según se indica, servían para los beneficiados «cuando bienen a la bendición del Santo Olio del Jueves Santo». Este libro llamó la atención del Cabildo cuando el mayordomo de Fábrica relató «cómo en la Sacristía de esta iglesia estaba un libro ritual en que explicaba cómo se ha de hacer el Jueves Santo la bendición de los Santos dichos en esta iglesia y otras cosas, y lo cometió a los diputados de ceremonias para que con el Maestro de Ceremonias lo vean y examinen y hagan relación»³⁷⁴. Igualmente de pergamino eran nueve libros grandes forrados en becerro blanco con clavos de latón en las tablas, utilizados durante los aniversarios. Es probable que fueran de la misma materia escriptórea tres *pasionarios* viejos, forrados en pergamino común, así como otros dos «ebanjelisteros y epistolarios» viejos, cubiertos con becerro, aunque no es posible determinarlo. En cambio, eran de papel otros seis cuerpos, uno de ellos «un quaderno que se dize epístolas y evangelios», impreso en Amberes en 1607, encuadernado en tablas de becerro colorado. Otro de los cuerpos estaba impreso en Madrid, sin especificar el año y, por último, los cuatro restantes eran, asimismo, impresos, pero el lugar de impresión «no se saue, porque les falta el principio».

³⁷¹ ACS, 06318, sf.

³⁷² ACS, 09667, f. 130r.

³⁷³ ACS, 09654, f. 39v.

³⁷⁴ ACS, 7117, f. 12r.

Cierra el apartado de libros el único ejemplar asentado como *ceremonial*. Se trataba de un impreso en Venecia en 1563 forrado de cabritilla, «nuevo y dorado», lo que, probablemente, indica un buen estado de conservación.

Como se apuntó más arriba, entre las alhajas se contabilizaban otros objetos de interés desde el punto de vista de este trabajo. Así, fueron asentados veintidós atriles de diferentes materiales. Los más nobles eran dos piezas gemelas de plata, unos conjuntos muy elaborados con la Historia del Apocalipsis que pesaban, cada uno, noventa y cinco marcos, seis onzas y siete ochavas³⁷⁵. Había otros dos atriles de hierro plateado «muy buena hechura», provenientes del oratorio del canónigo Pedro Muñoz de Escobar.

El resto, los otros dieciocho, eran de madera. Dos de ellos dorados, uno con dos figuras principales de medio relieve, que perteneció al Altar de la Sacristía Mayor. Había otros nueve de pequeño tamaño, de los que seis estaban «dados de negro» y servían en los aniversarios. También «dado de negro» era uno grande que se empleaba en «deçir la Pasión». De los restantes se especifica el tipo de material del que estaban elaborados: uno, de madera de la India de Portugal³⁷⁶, con un pie alto dorado, de oro y dado de negro; otro, de gran tamaño, tenía forma de águila de azofar³⁷⁷, con un pie de madera, se encontraba en el Coro y era empleado en las calendas³⁷⁸; había otro atril «de cara», de ébano y marfil, que provenía de la capilla de Antonio de Covarrubias; al igual que un atril de nogal. Por último, se cuenta un atrilito pequeño de caoba, liso, que era del canónigo Pedro Porre. Todos fueron entregados a los sacristanes mayores Pedro Peláez y a Gregorio de Figueroa, el 24 de mayo de 1666, ante el notario Manuel de Toledo Tavira. A ellos hay que sumar un atril de madera, morado, con perfiles de oro, que pertenecía al oratorio del canónigo Juan de Guzmán y Rivera, entregado por Justino de Neve, su albacea, el 13 de agosto de 1672. No hay rastro de los atriles seis de caoba que elaboró el carpintero Francisco Hidalgo en 1655 para la Sacristía Mayor, por los que se le pagaron 15.300 maravedís entre febrero y marzo de dicho año³⁷⁹.

³⁷⁵ Posiblemente, estos atriles fueron reparados en 1664, cuando Luis Acosta, «platero de oro de esta Santa Iglesia», recibió 15.640 maravedís por la limpieza y plata del Sagrario los atriles del Altar Mayor.

³⁷⁶ Probablemente se refiera a la isla de Madeira.

³⁷⁷ Latón.

³⁷⁸ RAE: lección del martirologio romano, con los nombres y hechos de los santos, y las fiestas pertenecientes a cada día.

³⁷⁹ ACS, 09654, f. 95v.

Algunos de estos atriles, los situados en el Altar Mayor, fueron aderezados en 1633 como consecuencia de la renovación general que se acometió en el mismo, ordenando el Cabildo que, por ser de la misma obra, fueran igualmente reformados³⁸⁰.

Por su parte, las fundas de libros del Altar Mayor fueron asentadas por inventario el 5 de marzo de 1667, cuando el mayordomo de Fábrica Justino de Neve y Chaves, canónigo, y Luis de Arroyo, contador de la misma, continuaron con la visita que comenzó Andrés de León y Ledesma, racionero y mayordomo, siguiendo un mandato del Cabildo. Hallaron siete fundas de libro carmesíes de terciopelo, tres grandes y cuatro pequeñas. Asimismo, nueve fundas blancas, de las que dos estaban renovadas de damasco y galón de oro, y las otras siete se encontraban en malas condiciones. Posiblemente, las de damasco fueran las mismas por las que se pagaron al sedero Francisco Iusepe 816 maravedís en julio de 1613, para «los libros del Altar»³⁸¹. De color negro se contaron otras siete. Con otra letra se añadieron una funda de terciopelo negro y una de *misal* de terciopelo morado, provenientes del expolio del arzobispo Antonio Paíno. Por último, un paño de atril de damasco blanco forrado de terciopelo carmesí, guarnecido con un fleco de oro y seda carmesí a tachones.

Con posterioridad a este inventario, las alhajas de la Sacristía volvieron a merecer la atención del Cabildo en algunas ocasiones. En primer lugar, el Mayordomo de Fábrica relató ante los capitulares, el 29 de enero de 1674, que era necesario hacer unos tauretes³⁸² y almohadas de diferentes colores, ante lo que fue cometido para averiguar qué era preciso y «juntamente, reconociese los inventarios de la Sacristía Mayor y, según ellos, reconociese si faltaba algo y en qué tiempo se hizo el último inventario y visita»³⁸³. Algo más de dos años después, el Cabildo ordenó con que «con toda brevedad se haga inventario con peso y expresión de toda la plata y demás ornamentos y alhajas que tiene la Fábrica para el servicio del Culto Divino», inventario que debía hacerse por duplicado, situando uno de los originales en la Contaduría y el otro en la Notaría de la Fábrica. La urgencia estaba justificada, posiblemente, por la conciencia de un descontrol sobre las alhajas o, quizá, por la pérdida o hurto de alguna pieza, dado que, a continuación, se insistía en que «persona alguna en ninguna manera pueda consumir, permutar ni desbaratar pieza alguna de las que se inventaríen y la Fábrica tuviere

³⁸⁰ ACS, 7103, f. 251r.

³⁸¹ ACS, 09650, f. 29v.

³⁸² RAE: taburete, asiento sin brazos ni respaldo.

³⁸³ ACS, 7120, f. 128r.

ni pueda servir de descargo a la persona a cuyo cargo estuviere, no mostrando para ello auto del Cabildo y, habiéndose tomado la razón en dichos inventarios a donde se ha de anotar cualquier novedad que hubiere para que correspondan en el uno y el otro»³⁸⁴. Pasados unos cinco años, el 6 de noviembre de 1679, por auto capitular, se ordenó la confección del inventario de las alhajas de la Sacristía, «que estaban a cargo del Tesorero»³⁸⁵.

5. 1. Las Capillas.

Como es lógico, las numerosas capillas que jalonaban la Catedral de Sevilla estaban provistas de los libros que se precisaban para el adecuado desempeño del Culto Divino. Además de ello, algunas de las mismas contaban con fondos más nutridos o actuaron como depositarias de otros fondos librarios, caso de la Capilla de la Granada y la librería del doctor Manuel Sarmiento de Mendoza. Las noticias aportadas por los libros de Fábrica y Contaduría sobre la confección y reparo de libros y *misales* de las distintas capillas son relativamente abundantes.

Según el *Libro de las Capillas que hay en esta Santa Iglesia Catedral, con lo que hay en ella y personas que tienen a su cargo*³⁸⁶, que recoge las visitas realizadas en algunas de ellas entre 1677 y 1752, los fondos bibliográficos custodiados en las mismas eran escasos, sobre todo si se comparan con los registrados durante el siglo XVI³⁸⁷. Sin embargo, hay que destacar que en este libro no se debieron inscribir la totalidad de los libros o *misales*, dado que su parquedad está en vivo contraste con la actividad de los artesanos del libro. Así, en la Capilla de la Antigua solo se cuentan dos atriles de plata, que pesaban cuarenta y ocho marcos y una onza, en la visita de 1677³⁸⁸. En cambio, se sabe que en ella fue depositado un libro entregado por un ministril en 1626³⁸⁹, así como que había *misales* en la misma, que estuvieron amarrados con cadenas en 1641³⁹⁰. Además, en 1654, Andrés Camacho cobró alguna cantidad por confeccionar un librete

³⁸⁴ ACS, 7121, f. 33r.

³⁸⁵ ACS, 7122, f. 67v.

³⁸⁶ ACS, 0529.

³⁸⁷ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 116-124.

³⁸⁸ ACS, 0529, f. 1r.

³⁸⁹ ACS, 7102, f. 41v.

³⁹⁰ ACS, 7105, f. 57v.

para la Capilla de la Antigua, mientras que Francisco y José Mucio aderezaban sus *misales*. Al año siguiente, «un Padre Jerónimo de El Escorial» realizaba *misales* para su servicio.

Por su parte, de la Capilla de la Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora y Cristo de San Pablo, contabiliza únicamente dos atriles de caoba perfilados de oro, «que en el uno está el Evangelio de San Juan», en la visita de 1694³⁹¹. A principios de siglo, en 1612, se ordenó situar un *misal* en ella, así como el aderezo del *cuaderno de las misas de réquiem*³⁹². Igualmente escaso es el «*misal* grande antiguo» inscrito en 1677 en la Capilla de Nuestra Señora de la Estrella. El mismo año, en la vista del Sagrario, se contabilizaron: cinco *misales*; tres *manuales*; dos *cuadernillos de misas de Resurrección*; otros dos *cuadernillos de bautismos y entierros*; dos *manuales* pequeños; por último, cinco libros grandes. Además de libros, contaba cinco atriles de madera y dos facistoles grandes. En 1683, siendo visitador Juan de Loaysa, se añadieron al elenco tres *manuales* nuevos manuscritos para los bautismos «*parvulorum*», para adultos y para casamientos y velaciones, respectivamente. Los dos primeros encuadernados y dorados «a toda costa». Por último, un *ritual romano* impreso, nuevo. De la misma forma, aumentó el número de atriles en dos, ambos de cedro, con el emblema de San Clemente.

La Capilla del Cardenal Juan de Cervantes fue visitada en los años 1687 y 1694. A la última fecha corresponde un inventario realizado a la muerte de Andrés de León, entregándose los bienes al racionero Domingo Lorenzo. En el mismo se incluyeron un libro de canto de llano para oficiar las misas y dos *misales*, uno «bien traído y el otro viejo, de cámara entera». Para el libro de canto llano se disponía de un atril grande de madera, mientras que los *misales* se situaban sobre un atril pequeño. Por último, una tabla del canon con el Evangelio de San Juan³⁹³. El mencionado libro de canto llano pudiera ser el encargado por el Cabildo en 1612³⁹⁴, o bien, el escrito por Melchor de Riquelme en 1620, también por mandato capitular³⁹⁵. Mucho después, en 1654, sería Pedro Mucio el encargado de aderezar y encuadernar un *misal* de la misma Capilla³⁹⁶.

³⁹¹ ACS, 0529, f. 14r.

³⁹² ACS, 7094, f. 94v.

³⁹³ ACS, 0529, ff. 16r, 22v-23r, 35r y 38r.

³⁹⁴ ACS, 7094, f. 113v.

³⁹⁵ ACS, 09468, f. 11v.

³⁹⁶ ACS, 09654, f. 23v.

La visita girada en 1687 a la Capilla de los Cálices³⁹⁷ solo reveló la existencia de un cierto número de *misales*³⁹⁸, cuestión que recibió la atención del Cabildo en 1633, cuando se mandó traer relación de los que había en ella, sin que haya trascendido la cantidad de ellos³⁹⁹. Posteriormente, en 1641, sus *misales* fueron desprovistos de las cadenas que los aseguraban, al igual que sucedió con los de la Capilla de la Antigua. Lo mismo puede decirse de la labor de aderezo de José Mucio sobre los *misales* de ambas capillas en 1654. Ese mismo año, trabajó sobre los *misales* de la Capilla de los Cálices el librero Juan Franco. Por último, en la Capilla de San Pedro se incluyó, en el inventario de 1695, un *misal* usado, con su atril de madera.

Aparte de estas capillas, en 1685 se realizó un inventario de los bienes y alhajas de «la clase de San Miguel y estudio de tercera y cuarta», siendo maestro el Padre Fray Bartolomé Adame, dominico. Entre los libros registrados se hallaban un *misal* grande en buenas condiciones y un libro grande para leer las comuniones, intitulado «*de las possimerias del hombre*». Los atriles eran dos, uno «de cara» y el otro de pino. En 1697 se produjo otra visita, en la que el atril de pino había desaparecido, pasando el *misal* a estar, tan solo, «razonablemente tratado»⁴⁰⁰.

³⁹⁷ ACS, 0529, f. 39v.

³⁹⁸ No se ha podido determinar cuántos exactamente, por resultar ilegible.

³⁹⁹ ACS, 7103, f. 265r.

⁴⁰⁰ ACS, 0529, ff. 38r, 52r y 60r.

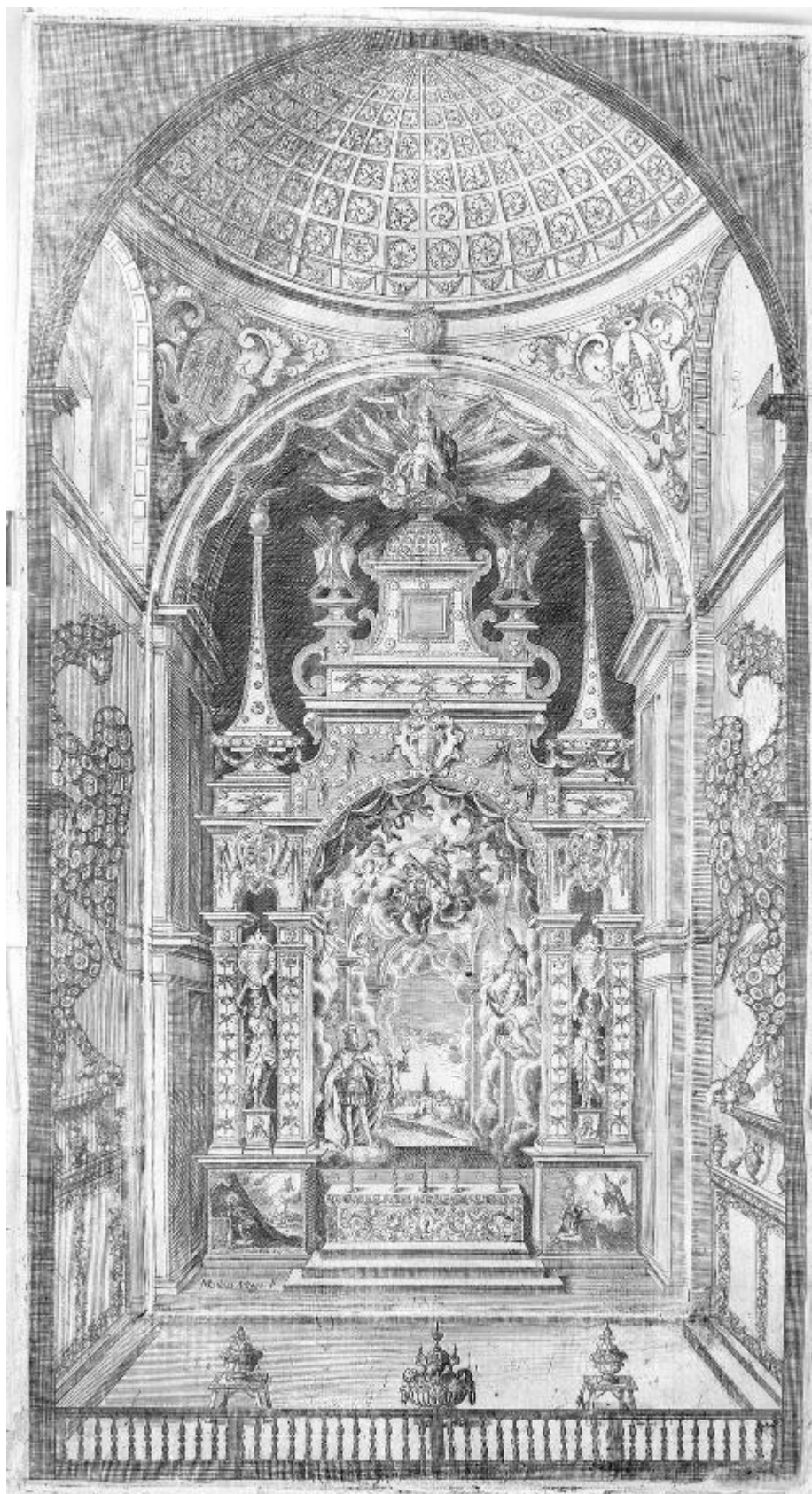


Fig. 21. Vista del interior del Sagrario durante las fiestas celebradas por la beatificación del Santo Rey. Grabado sacado de Fernando de la Torre Farfán, *Fiestas de la Santa Iglesia Metropolitana...*

II. LOS ARTESANOS DEL LIBRO: SU ACTIVIDAD BAJO LOS AUSIPICIOS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

La Catedral de Sevilla contaba con un espacio propio para la producción de los libros precisos para sus necesidades litúrgicas y culturales. Creado desde —al menos— 1574, a tenor de la información recogida por M^a del Carmen Álvarez Márquez, que muestra la compra de materiales y elementos necesarios para crear las condiciones propias de un taller de artesanía del libro, si bien su ubicación dentro de las diversas dependencias catedralicias no ha quedado probada, siendo los lugares señalados como más probables el Patio de los Naranjos, el Colegio de San Miguel o el Corral de los Olmos¹, al menos en este momento inicial. Rosario Marchena aduce que «más avanzado el siglo» XVII —no dice cuando—, el taller escriturario catedralicio debió de ser desmantelado, por cuanto los pagos a los artesanos se realizan, no por jornada, sino a cuenta del trabajo realizado o en cumplimiento de lo pedido². Sin embargo, lo cierto es que los pagos a Andrés Camacho se efectúan en los Libros de Nóminas todavía en 1668³, con anterioridad ya recibían pagos a cuenta o en cumplimiento por su trabajo y, cuando, el 4 de febrero de 1678, solicitó limosna al Cabildo, se le califica en las actas como «escritor de los libros de canto de esta Iglesia»⁴. Como se verá, la continuidad de los trabajos, tanto en el tiempo como en su naturaleza, no inducen necesariamente a pensar en una abolición del taller escriturario catedralicio. A su muerte, el Cabildo recurrirá, esta vez sí, a una fuente externa para la realización de un trabajo habitual, aunque no exclusivo, del escritor de libros de la Catedral. Efectivamente, a partir de 1678, se efectúan los libramientos a favor del portero de la Contaduría para que pague los cuadrantes del Coro y Contaduría, los cuales realizará, después, un fraile jerónimo llamado Francisco de la Serena, quien no figura en absoluto con una vinculación a la Seo semejante a la que

¹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 161.

² MARCHENA 2018, p. 51.

³ ACS 09655, f. 89v.

⁴ ACS, 7122, f. 14v.

habían ostentado Melchor de Riquelme o Andrés Camacho. Tampoco se perfila una figura que los substituya, por lo que, si hay algún momento en el que deba darse por finalizado un posible taller escriturario catedralicio, debe ser éste.

Es preciso realizar una advertencia sobre la clasificación de los artesanos del libro que subsigue, y es que, en algunas ocasiones, se trata de personajes polifacéticos, que podrían calificarse, por ejemplo, como libreros e impresores, o como escritores y libreros, habiéndose procurado situarlos según la faceta que la documentación arroja como preponderante. Es el caso, por ejemplo, de José de la Carrera, escritor de libros e impresor, o de Juan Bernal, librero que también se ocupa de la escritura de libros. Además, algunos de los citados aquí se dedican a la escritura solo de forma esporádica, por lo que, quizá, resulte excesivo denominarlos como escritores de libros. No obstante lo cual, parece que estas apreciaciones se hacen evidentes con solo leer los datos que proporcionan los documentos, dado que, en algunas ocasiones, aparece el oficio, distinto de escritor de libros, de ciertos artesanos citados. Sin embargo, han sido incluidos por su desempeño en labores escriturarias. Tampoco debe entenderse que aquellos que solo trabajaron de forma poco frecuente para la Catedral Hispalense, no lo hicieron en otros ámbitos con mayor constancia, por lo que puede hablarse sin problemas de escritores de libros, libreros o impresores, aunque su papel no sea cuantitativamente relevante para la Seo Sevillana.

El elenco de personas que se dedicaron a escribir distintos productos para la Catedral de Sevilla es nutrido, aunque la importancia cuantitativa de los mismos sea muy diferente según el caso, así como el carácter de la vinculación entre ellos y la Iglesia Mayor. A continuación, se reseñan las noticias halladas al respecto:

a) Los escritores de libros.

RIQUELME, Melchor de (1600-1621)⁵.

La razón apuntada por M^a Carmen Álvarez para la creación por la Catedral Sevillana de dicho taller escriturario es el amplio trabajo desplegado como consecuencia de

⁵ Se ha preferido exponer a los diferentes artesanos del libro, por categorías, en orden de aparición en la documentación, buscando una mejor apreciación de la progresión de sus trabajos, en lugar de emplear un sistema alfabético, pese a la utilidad de éste para realizar búsquedas.

la adecuación de sus fondos a los preceptos postulados en la reforma tridentina, ya que, antes, el Cabildo había recurrido a los diferentes talleres y artesanos de forma externa, aunque en algunos casos continuada. Trabajo que recayó en Melchor de Riquelme a partir de noviembre de 1583, cuando suscribió un concierto con la Catedral de Sevilla. Desde entonces, realizó continuos trabajos, confeccionando libros, tablas, *oficeros* y otros, recibiendo pagos, generalmente, por dos veces al mes⁶. Terminó el siglo, como sugiere la documentación, enmendando y corrigiendo los *oficeros de difuntos*, trabajo con el que comenzó la nueva centuria. Como director o responsable del taller escriturario y escritor, por así decir, de cabecera del Cabildo, las funciones de Riquelme fueron diversas. Además de la corrección de libros para adecuarlos a la nueva normativa, escribir otros desde el comienzo y el reparo de los que se hallaban deteriorados, también escribía títulos de capas para los prebendados o el «quadrante para el Coro» por el que percibía 9.000 maravedís en tres pagos⁷.

Los libramientos a su favor fueron constantes durante las dos primeras décadas de la centuria decimoséptima, tiempo que afecta a toda su actividad. Así, aparece en los Libros Adventicios en pagos realizados desde febrero de 1600, con un libramiento de once del mismo por valor 56.625 maravedís por encuadernar «siete libros, un *salterio y pura* y canto», seguramente en continuación de la enmienda de los cuerpos *oficeros dominicales nocturnos*, que ya comenzó en 1599⁸. Estos trabajos seguirán ocupando su tiempo, al menos, hasta septiembre de 1606⁹. Durante el año 1600 llegó a recibir 27.166 maravedís a cuenta de ello, ya que escribió y puntó un total de catorce cuadernos de ocho hojas¹⁰ —a 2.380 maravedís el cuaderno¹¹—, más cinco hojas y cuarenta y una letras grandes quebradas coloradas, a 34 maravedís cada una, entre los *oficios de difuntos del aniversario* y el segundo cuerpo *dominical nocturno*.

En el año 1601, también en los Adventicios, se atestigua un pago, el 16 de junio, de 33.320 maravedís por catorce cuadernos de ocho hojas, a 2.250 maravedís cada uno¹², y de seis renglones por hoja, desde «la Dominica sexagésima hasta la quarta in quadragésima». A esto hay que sumar un total de ciento ochenta y ocho letras grandes

⁶ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 150-160 y 190-193.

⁷ ACS, 06315, f. 15r.

⁸ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 431.

⁹ ACS, 09646, ff. 37r y 38v.

¹⁰ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 192.

¹¹ ACS, 09643, f. 27r.

¹² El precio que cobra por cuaderno varía sin previo aviso, pasando de 2.380 a 2.250 maravedís.

quebradas que se le pagaron a real cada una, haciendo un total de 6.392 maravedís por este concepto¹³. Dos días después, el 18 de junio, queda registrado otro pago, esta vez de 7.800 maravedís¹⁴, «de escritura y puntación de libros del Coro», lo que supone el primer dato de una labor de aderezo de la Librería de Canto Llano del Coro, que le ocupará hasta 1614, si no más. Algo que queda confirmado en la única referencia que se ha encontrado del año siguiente de 1602, de 3 de agosto, en la que recibe un pago de 3.572 maravedís por la escritura y puntación de los libros del Coro¹⁵.

La documentación calla casi dos años, pero el único libramiento encontrado a favor de Melchor de Riquelme prueba de nuevo que continúa con la labor de enmienda y reparación que comenzó el siglo anterior. Como se ha dicho, el 21 de noviembre de 1604, se realiza un único pago de 8.212 maravedís por escribir tres cuadernos de dos hojas en los *dominicales nocturnos* para el Coro, a 2.250 maravedís, y por realizar cuarenta y tres letras quebradas coloradas, a 34 maravedís¹⁶.

Los datos arrojados por los Libros de Fábrica del año 1605 son escuetos pero relevantes, ya que se recogen tres libramientos desde mayo hasta diciembre del mismo, haciendo un total de 45.560 maravedís recibidos por cargos como «de escritura», «escritura de libros» y otro más concreto, del 25 de agosto, cuyo concepto es la escritura de un *cuerpo dominical*¹⁷.

No será hasta el año 1606 cuando aparezcan nuevos datos, de los que se desprende, nuevamente, que sigue inmerso en la tarea que le ocupa desde 1598. Las noticias para este año abarcan de abril a septiembre. El 12 del primero se encuentra un libramiento por un total de 25.500 maravedís por escribir y puntar nueve cuadernos, desde el *capitulario dominical de Resurrección* hasta la dominica cuarta de septiembre, y otro cuaderno y una hoja que añadió en el libro de la festividad del *Corpus Christi*, así como veintiuna letras grandes quebradas. El siguiente pago a su favor se realizó el 25 de agosto, por un total de 13.786,5 maravedís por la escritura y puntado de cuatro cuadernos en el último *cuerpo dominical nocturno* y por realizar treinta y seis letras coloradas quebradas. Casi un mes después, el 21 de septiembre, se le hizo entrega de 22.905 ma-

¹³ ACS, 09644, f. 26v.

¹⁴ ACS, 09452, f. 10r.

¹⁵ ACS, 09453, f. 5r.

¹⁶ ACS, 09645, f. 11r.

¹⁷ ACS, 09455, ff. 8v y 10r.

ravedís, por cinco cuadernos y medio de ocho hojas del libro de la *festividad de la Visitation* —a 2.250 maravedís—, así como otros seis cuadernos de piel doblada para los libros *faústulos* de la misma festividad, a 1.500 maravedís, y cuarenta y cinco letras quebradas coloradas, a treinta y cuatro maravedís cada una¹⁸.

Tras un año de silencio por parte de los libros de Mayordomía de Fábrica, desde enero de 1608 vuelven a aparecer libramientos¹⁹ a su favor, de una naturaleza más variada, recibiendo 204 maravedís por escribir seis títulos de capas o 220 por una tabla para la cuenta de la cera «que se pone en las sepulturas el día de los difuntos», esta vez en septiembre²⁰. Anteriormente, en febrero del mismo año, había realizado dos «tablas de consagración», cobrando por ellas y por aderezar cuatro *misales*, 1.700 maravedís. El mes siguiente reparó otros cuatro *misales* y confeccionó dos nuevos pares de tablas, cuya naturaleza no se especifica, por un total de 2.380 maravedís. A lo largo del año escribió otras tablas, como una de «ordenanza para la capilla de los mozos del Coro». Otros trabajos “menores” incluyeron la escritura de un «Credo y Gloria y un auto de letra redonda». Sin embargo, el pago más importante, tanto cuantitativa como cualitativamente, se le efectuó el 29 de noviembre, cuando se le desembolsaron 150.000 maravedís «por los libros que va escribiendo para que canten los versos los prebendados en las procesiones». Dichos libros ocuparon su tiempo hasta mayo del año 1609, momento en que continuó cobrando por un montante total de 27.948 maravedís por ellos, dos de los cuales sumaron 174 hojas²¹. Este mismo año, el 21 de octubre, otorgó carta de pago al licenciado Cristóbal López Garrido, clérigo presbítero y mayordomo de la Fábrica de la Iglesia de San Vicente, collación a la que pertenecía, por un total de 41.250 maravedís, por veintidós cuadernos escritos y puntados, a cinco ducados cada uno²².

Durante el año siguiente, 1610, las noticias son escasas, limitándose a la percepción de los 9.000 maravedís por los cuadrantes del Coro²³, siempre en tres pagos que a lo largo de los años, unas veces se cobraban íntegramente en el periodo o bien podían asentarse a principios del año siguiente o fines del anterior, en el mes de diciembre.

¹⁸ ACS, 09646, ff. 37r y 38v.

¹⁹ Es habitual que se repitan los libramientos asentados en los libros de Mayordomía de Fábrica y Advencios, así como en los de Libramientos del Cabildo y la Fábrica, de la sección de Contaduría.

²⁰ En ese mes se recoge otro libramiento por la misma cuestión, aunque, según parece, el amanuense olvidó apuntar la cantidad, que no consta ni en el asiento ni, como es habitual, al margen.

²¹ ACS, 09647, ff. 14v, 15v, 18v, 19v, 21v, 46r, 49r, 51r, 52r y 109v y ACS, 09648, ff. 96r y 96r.

²² MARCHENA 2018, p. 220.

²³ ACS, 06315, ff. 15r, 20v y 32v.

Quizá, esté en relación con ello el hecho de que seguía trabajando para la Iglesia de San Vicente, como prueba una nueva carta de pago dada en 2 de diciembre de 1610 al mayordomo de aquella, por «los principios e iluminaciones de los libros de canturía, que son *cantoral y dominical de misas y vísperas*», montando un total de 42.296 maravedís. Frente a esta parquedad en lo que a trabajos para la Catedral se refiere, el año 1611 se presenta con mayor abundancia de datos. Los libros de Contaduría revelan libramientos por la elaboración de un *Oficio del Ángel de la Guarda*, pagos que suman una cuantía de 8.500 maravedís, a los que habría que sumar otros 1.700 que había recibido por nómina²⁴. Esta cantidad final de 10.200 maravedís por el *Oficio del Ángel de la Guarda* coincide con la suma de los libramientos recogida en los libros de Mayordomía de la Fábrica²⁵. Para la elaboración de este libro se pagaron 2.448 maravedís al librero Hernando Mexía por doce pieles, el 7 de julio. De la misma forma, se recurrió a fuentes externas al taller escriturario para adquirir cinco rollos de pergamino que costaron 18.360 maravedís, pagados al racionero Gaspar Rodríguez de Herrera, cantidad que, por su orden, «se dieron en Granada a Antonio López del Castillo, agente de los negocios del Cabildo (...) que se compraron para los libros de servicio de esta Iglesia», como consta en Fábrica y Contaduría. Igualmente, coinciden ambas fuentes en consignar la cantidad de 13.294 maravedís que se pagaron a Riquelme por la escritura de un *libro para los aniversarios*, de piel doblada con cinco cuadernos, de a ocho hojas cada uno, siendo 204 maravedís «por la letra que está al principio de ellos, consta por fee que truxo de Miguel Jerónimo, sochantre»²⁶. Sin embargo, en el libro de Mayordomía de Fábrica del año 1611 puede leerse otro asiento fechado en 29 de marzo —los otros son del 17 de octubre— que recoge un pago de 8.126 maravedís por la escritura de seis cuadernos de un *libro de aniversarios y entierros*, por lo que, muy probablemente, escribió dos libros de esa naturaleza durante el año.

Como se ha indicado, sus funciones iban más allá de la escritura y enmienda de obras, debiendo proporcionar, también, algunos de los útiles de escritura, como atestigua un libramiento 1.020 maravedís por clavos y otros objetos de hierro que se adquirieron, así como por la escritura de ocho títulos de capas, en el mes de abril de 1612, o los 2.072 maravedís que recibió por un cerrojo pequeño y más clavos. Antes de que finalizara el año, escribió otros ocho títulos de capas, dos de ellos para el racionero Francisco

²⁴ ACS, 06315, ff. 246r y 248r.

²⁵ ACS, 09461, ff. 15v y 16v.

²⁶ ACS, 06315, ff. 243v y 251r.

Gil, por un montante total de 238 maravedís. Igualmente, realizó varios encargos para el canónigo Doctor Barahona, a la sazón, mayordomo de Fábrica, para quien escribió «ciertas letras de oro» y «ciertos papeles», durante los meses de febrero, marzo y abril, obteniendo 2.176 maravedís por ello. Pero no solo realizó estos trabajos de poco monto, también percibió, en febrero, 9.528 maravedís por «por tres cuadernos y dos hojas de a cuatro renglones, a siete ducados el cuaderno, de *maitines de ferias*, y veinte letras [...] y quebradas», así como otros 1.020 por cuatro jornadas dedicadas a enmendar *Prosas de Resurrección y Espíritu Santo*²⁷.

El año 1613 tiene una especial relevancia, ya que se comenzaron a realizar importantes labores en la restauración de los fondos de los libros de canto llano y de órgano, como se desprende de la gran cantidad de asientos aparecidos en las nóminas de este año y, al menos, hasta los primeros días del año 1615. Durante ese tiempo, Melchor de Riquelme desempeñó una intensa actividad en esos trabajos junto a Bravo, primero su oficial y luego ayudante, y otros colaboradores que desempeñarán funciones diversas y variadas, incluyendo al veintenero Sebastián Vicente Villegas, quien recibió dispensa del Cabildo para participar en la «corrección de los libros del Coro»²⁸. En total, se embolsará Riquelme 36.682 maravedís durante el año, desde septiembre, por cargo de la reparación de la Librería, trabajando en numerosas nóminas de cuatro a seis jornadas a 306 maravedís cada una. En estas labores, además de reparar los libros de canto deteriorados, también escribió tres nuevas hojas de marca mayor de canto de órgano, por las que recibió en la primera nómina de octubre 1.122 maravedís. Seis nuevas hojas escribió para dos libros que estaba reparando, cobrando 1.020 maravedís. En la segunda nómina de noviembre, además de su salario habitual, recibió, junto a su oficial, 1.224 maravedís en cumplimiento de 2.244 por escribir cuatro hojas «del libro grande» y dos hojas dobles de a cinco renglones, así como por el solfado de cuatro hojas y la pegadura de letras grandes. Por último, en la primera nómina de diciembre, además de su salario por seis jornadas de reparación, se le efectuó un pago de 2.244 maravedís por escribir ciertas hojas de nuevo, así como por el reparo y solfado de otras seis. A todas estas cantidades se suman otros 390 por la escritura de veinticuatro títulos de capas, al precio habitual de medio real, 17 maravedís²⁹.

²⁷ ACS, 09461, ff. 11r-v y 09649, ff. 21r, 22r, 24r-v, 25v, 28v y 31v.

²⁸ ACS, 7095, ff. 74v, 77v, 81r y 86r.

²⁹ ACS, 09650, ff. 27v, 29v, 31r, 35r, 35v, 36r-37v, 38v-39r, 40r, 40v y 41v.

Probablemente, la envergadura de los trabajos, que requirieron, como se verá, la participación de una serie de ayudantes, precisó, igualmente, de la celebración de un nuevo contrato entre Melchor de Riquelme y la Seo Hispalense. «Nuevo concierto» del que, lamentablemente, no se conocen más detalles. Solo se sabe que entró en vigor en julio del año 1614. Antes, el 14 de enero del mismo año, el Cabildo cometió al arcediano de Carmona Pedro de Santander y a los Doctores Sarmiento y Balza para que atendieran las peticiones de Miguel Jerónimo, sochantre, y del citado Sebastián Vicente Villegas «acerca de lo que se va enmendando en los yerros que hay de cantoría en los libros del Coro y vean todo lo que acerca de ello se ofrece de inconvenientes o congruencias, y vean el mejor modo para continuar»³⁰. Por lo tanto, la actividad será, durante este año, frenética. Desde el mes de enero, trabajó prácticamente todas las semanas cinco o seis jornadas, a razón de 306 maravedís el jornal, montando un total de 30.390 maravedís hasta la entrada en vigor del nuevo concierto. A partir del mismo, los conceptos del pago se constituirán en razón del trabajo realizado³¹. En este sentido, el asiento que lo inaugura indica que, por el reparo de dos libros grandes, uno de [...] y Constituciones y el otro *del Triunfo de la Cruz*, «cobrando a cuatro ducados por nuevo concierto», ingresó 2.992 maravedís. Posteriormente, reparó un *santoral de vísperas y maitines de San Martín*, un *dominical de misa de Pascuas* y otro de *San Esteban y San Juan Apóstol y Evangelista* y, por último, un libro *de la Ascensión del Señor de víspera y maitines*, sumando otros 8.886 maravedís. Adicionalmente, se embolsó otras cantidades por distintos trabajos, como la escritura de quince títulos de capas por los que ingresó 286 maravedís, recibiendo otros 1.870 por escribir e iluminar un *Et Phamulus Tuos* en pergamino, para el Altar Mayor. Por último, hay que añadir 2.992 maravedís que percibió junto a Jerónimo Bravo, «su ayudante», sin que se aclare qué cantidad concreta correspondió a cada uno de ellos³².

Desde entonces, la documentación vuelve a limitar las noticias sobre Melchor de Riquelme a las retribuciones que recibía trimestralmente por la realización de los cuadrantes para el Coro, los acostumbrados 9.000 maravedís anuales. Es el caso de los años 1617-1619, salvo por un libramiento de 3.400 maravedís «a buena cuenta del libro

³⁰ ACS, 7095, f. 98v.

³¹ Siguiendo el razonamiento de Rosario Marchena, este sería el momento de desaparición del taller escriturario catedralicio.

³² ACS, 09651, ff. 13r, 14r, 15r-16v, 17v, 18r-19v, 20v, 21r, 22r-23v, 24v, 25v, 26v, 27v, 28r, 29r-v, 31r, 32v, 34r, 35v, 36v y 38r.

que va haciendo para la Capilla de los [...]»³³. El año 1620 presenta las últimas actividades del escritor de libros, del que constan dos pagos de 11.220 maravedís, en cumplimiento de 33.048 que montó la escritura y el pergamino de un libro para la Capilla del Cardenal Cervantes, ordenada por el Cabildo, así como otros 3.434 que le restaban por unas *aleluyas*³⁴.

Por último, en 1621 solo pudo recibir el primer tercio del cuadrante³⁵, dado que falleció al poco. Así consta por el libro de raciones del Hospital de Santa Marta, administrado por el Cabildo, acaeciendo su muerte en febrero de 1621³⁶. Dicho patronato³⁷ catedralicio acogía a pobres de solemnidad, situación en la que se hallaba Melchor de Riquelme al final de sus días³⁸. De hecho, la entrada Melchor de Riquelme en el Hospital, llevó al Cabildo a decidir aumentar el número de raciones del mismo en tres «atento a que hay bastante hacienda para ello y porque la una la dio el Cabildo a Melchor de Riquelme, scriptor de libros de la Fábrica»³⁹. Refuerzan esta hipótesis de la pobreza del reputado escritor dos documentos notariales otorgados por Melchor de Riquelme. El primero de ellos resulta ser un reconocimiento de deuda efectuado el 10 de octubre de 1617 en el que admite que debe a un tal Alonso García de Rivera, vecino en la collación de San Vicente, la importante cantidad de 22.500 maravedís. El otro documento fue otorgado ante el escribano Gaspar de León, del Oficio XIX, el 18 de noviembre de 1619. En él, Juan de Salazar, que fue mayordomo del Colegio del Maestro Rodrigo, en su nombre, consiente que un repostero, un paño largo de lampazo y dos sillas, que sequestró el alguacil Fernando de Vergara a petición suya y fueron entregados a Antonio de Briones, fueran devueltos a Melchor de Riquelme, que declaró haberlos recibido⁴⁰. No se especifica la razón del embargo, pero el hecho de que tan escasos bienes le fueran retirados, puede ser un indicio de la paupérrima situación económica del que era el escritor de libros de la Catedral de Sevilla.

³³ ACS, 06317 y 06318, sf.

³⁴ ACS, 09468, ff. 11v y 17v; RAE, 8ª: cada una de las estampas, con la palabra *aleluya* escrita en ellas, que, al entonar el Sábado Santo, el celebrante el *aleluya*, se tiraban al pueblo; 10ª: cada una de las estampas que, formando serie, contienen un pliego de papel, con la explicación del asunto, generalmente en versos pareados.

³⁵ ACS, 06319, f. 22r.

³⁶ ACS, 09890, f. 44v.

³⁷ Fue fundado en 1404 por el arcediano Ferrán Martínez, con el objetivo principal de alimentar a los pobres de solemnidad de la ciudad de Sevilla (HERNÁNDEZ BORREGUERO 2015, p. 617).

³⁸ No será el único de los escritores de libros que acabarán así, dado que sucederá lo mismo con Andrés Camacho.

³⁹ ACS, 7099, f. 5v.

⁴⁰ AHPS, Secc. PN, leg. 12743, f. 215r.

Como se ha indicado más arriba, los trabajos de enmienda de la Librería Coral requirieron la implicación de determinados profesionales que trabajaron a las órdenes de Melchor de Riquelme. De entre ellos, el principal era Jerónimo Bravo, quien consta en la documentación como «oficial» o «ayudante» de Melchor de Riquelme. Era vecino en la collación de San Juan de la Palma. Su aparición en las cuentas catedralicias data del mes de mayo de 1613, cuando el sochantre Miguel Jerónimo le pagó 3.400 maravedís por los «libros que iba haciendo para cantar los niños de noche», razón por la que percibió otros 1.700 maravedís en junio del mismo año. Un mes después, recibió 3.672 maravedís «en cumplimiento» de diecisiete cuadernos de un *libro de versos*, con su encuadernación⁴¹. Desde septiembre, al igual que Riquelme, aparecerá en las nóminas cobrando por las jornadas dedicadas al reparo de la librería, a razón de 204 maravedís cada una. Por estos conceptos ingresó, desde septiembre hasta fines de diciembre de 1613, un total de 14.076 maravedís, monto al que hay que sumar los 1.224 maravedís que recibió junto a Riquelme por escribir «cuatro hojas del libro grande y dos hojas dobles de a cinco renglones [...] y del solfado de otras cuatro hojas y pegadura de otras letras grandes».

De nuevo, 1614 se inaugura con pagos en las nóminas semanales por el «reparo de la Librería». Al igual que sucede con Riquelme, el salario que se le paga responde a los días dedicados durante la semana, a veces indicando el número de horas. Por ejemplo, en una de las nóminas de febrero, cobró 1.115 maravedís por «seis jornadas menos dos horas de trabajo» y en otra de ellas, «trabajó seis jornadas de siete horas, a 238 maravedís, porque también raspó». Este nuevo salario se repetirá desde entonces, frente a los 204 del año anterior. Desde enero hasta julio, cuando se suscribió un nuevo concierto, ingresó un total de 29.580 maravedís, más otros 442 por reparar una *lamentación* y por escribir un «hoja con letra grande». A partir entonces, al igual que sucede con Riquelme, el concepto de los pagos responde al trabajo realizado, aunque en este caso se combina con referencias a las jornadas trabajadas. Así, desde ese momento, reparó dos libros, un *santoral* y un *dominical de misa*, un *santoral del Oficio de la [...]*, otro de *vísperas de Santiago* y un *dominical de la [...] por Pentecostés*. En el mes julio aderezó

⁴¹ ACS, 09463, ff. 21v, 22v y 23v.

dos *santorales*, uno de *misa de Santa María de las Nieves y Transfiguración del Señor* y otro de *misa de San Felipe y Santiago*⁴².

Durante el mes de agosto, sus trabajos fueron importantes: se ocupó de la corrección un *cantoral de vísperas de San Lorenzo y [...] de San Juan Bautista*, otro de *vísperas y maitines de Nuestra Señora de la Asunción* y, por último, trabajó en el reparo de un *Común de Confesores y Mártires* y en un *santoral de vísperas y maitines*. En la segunda mitad de agosto, dos *santorales*, uno de *vísperas y maitines* y otro de *vísperas de la Natividad de Nuestra señora*, además de un *Común de mártires, maitines* y otro *dominical de vísperas de antífonas de [...] Pascual*. En último lugar, dos *dominicales*, un *Común de vísperas y maitines de nuevos mártires* y un *dominical de maitines*. Desde el primero de septiembre, reparó dos libros de *responsos, desde la primera dominica de agosto*, un *santoral de vísperas de la Exaltación de la Cruz*, dos libros medianos «*que comienzan en Común de Apóstoles y acaban en Común de Confesores*». Durante el mismo mes, aderezó tres *santorales*, de los que uno era de *misas* y otro de *mártires*, y un *dominical de misas*. Los trabajos continuaron de forma intensa durante los meses siguientes. Comenzó octubre reparando un *santoral de misas* y otro de *mártires*, así como una serie de *dominicales*: *vísperas de la Natividad del Señor; de misas desde la segunda hasta la tercera dominica*; dos «*de cada cuatro oficios de maitines de común de Vírgenes hasta de mártires*»; un *dominical grande «desde primero de Cuaresma hasta la feria segunda»*; posteriormente otros tres, uno de *misas «de esta feria tercera»*, otro *desde el Domingo de Ramos* y un último «*que corre hasta el Sábado Santo*». Continuó el mes siguiente aderezando *dominicales*, un total de seis: uno «*de Resurrección hasta la feria cuarta*», otro «*de la dominical quinta hasta la Trinidad*», uno «*de Cuasimodo*» y otro «*de San Diego*» y, por último, un *dominical de vísperas* de marca pequeña y uno de *misas*. Además de éstos, se ocupó de un *antifonario de vísperas*, otro «*desde la dominica [...] hasta la de Tinieblas*». Igualmente, se empleó, durante el mes de noviembre, en el aderezo de un *Común de Confesores y pontifical* y «*dos que comienzan en la fiesta del aniversario hasta después de la Epifanía*». Además de estos trabajos, se le pagaron 1.564 maravedís por «una hoja nueva de principio de un *misal*». En diciembre, se registraron pagos a su favor tanto por reparaciones expresas como por razones más vagas como «por los libros que reparó» o «de lo que repara». Los libros menciona-

⁴² ACS, 09650, ff. 33r, 35r-37v, 38v, 39r, 40r-v y 41v y 09651, f. 31r.

dos son *misales*, tres *de vísperas y maitines*, dos *misales*, a secas, y otros dos de piel doblada «hasta la tercera semana de Cuaresma»⁴³. Con este último cargo entra en el año 1615, y Jerónimo Bravo desaparece de la documentación. En total, desde agosto de 1614, ingresó, por los distintos conceptos, 70.968 maravedís.

De forma extraña, Jerónimo Bravo, que parecía bien posicionado como segundo de Melchor de Riquelme para hacerse cargo del taller escriturario catedralicio una vez éste lo dejara, no continúa trabajando para la Catedral de Sevilla. Al menos, eso es lo que sugiere la documentación, que muestra una ausencia total de pagos a su favor. Además, como se verá, tras la muerte de Riquelme será Andrés Camacho el que ostente el cargo de «scriptor de libros desta Santa Iglesia». Tampoco hay muchas noticias suyas en otros depósitos documentales. Fue, precisamente, en el año 1614, cuando se obligó con Fernando de Palma, vecino en la calle de Catalanes, a escribir «un *dominical de vísperas de todo el año*, sin ferias ni *antífonas* ni *himnos* ni *responsetes* de tercia, que se entiende todas las *antífonas* propias ya de llevar el dicho libro las dos *maytinadas* de Natividad y Resurrección enteras, sin los *salmos* de [espacio en blanco] ni *benites* [espacio en blanco]». También debía confeccionar un «*santoral de vísperas*, el qual ha de llevar escrito las fiestas dobles que son de guardar y no los semidobles ni simples, y no ha de ir el dicho *santoral* su común [...] y en todo ello no ha de llevar *himnos* ni *responsetes de tercia*», así como «un *Oficio de Difuntos* con sus *laudes*, sin *salmos*». Todo ello debía ser escrito en buen pergamino y de buena letra y punto y ser entregado en mayo de 1614, a cambio de 800 reales. El documento fue otorgado en el Oficio XIX, el 20 de marzo del mismo año⁴⁴.

CAMACHO, Andrés (1614-1678)

Andrés Camacho hace su aparición en la documentación, como otros tantos artesanos, en el año 1614, en el que trabaja en el equipo dirigido por Melchor de Riquelme. No obstante, su papel en el proyecto de adecuación al rezado romano fue, más bien, discreto. Solo aparecen pagos a su favor en las nóminas de junio de 1614, con un salario de 136 maravedís diarios⁴⁵, ingresando, en ese periodo, la cantidad de 1.632 mara-

⁴³ ACS, 09651, ff. 14r, 15r-16v, 17v, 18v, 19r, 20v, 21r, 22r-23v, 24v, 25v, 27v, 28r, 29r-30r, 31r-32r, 33r, 34r-38v, 39v, 40r-v, 41v y 42r-43v.

⁴⁴ AHPS, Secc. PN, leg. 12702, ff. 121v-122v.

⁴⁵ Es decir, cuatro reales diarios, lejos de los seis que reseña Rosario Marchena (MARCHENA 2018, p. 57).

vedís⁴⁶. La vinculación de Camacho con la Catedral de Sevilla debió de continuar, aunque, realmente, desaparece de la documentación hasta 1621. Es en ese momento cuando pasa a substituir a Melchor de Riquelme como escritor de libros de la Seo Hispalense, como se indica en el pago del segundo tercio del cuadrante del Coro. Así, el 30 de abril de dicho año recibió los 2.992 maravedís correspondientes y, el año siguiente, consta, literalmente como «escritor de los libros de esta Santa Iglesia»⁴⁷. Hasta el año 1625 no se hallan más noticias sobre sus trabajos como escritor de libros y dirigente del taller escriturario catedralicio más allá de la confección de los cuadrantes del Coro.

Comenzó el año cobrando, a fines de enero, 3.400 maravedís «por lo que va escribiendo» que, en este caso, se refiere a un libro *Del Dulce Nombre* cuya escritura le mantuvo ocupado hasta el 8 de marzo, reportándole un total de 22.916 maravedís. Además de la escritura del texto, se hizo cargo de unas letras iluminadas a pincel y pluma, aunque «sin las dos grandes, que se le paga a un fraile». Durante lo que restaba de mes realizó quinientos *aleluyas* para el Sábado Santo, que montaron otros 11.968 maravedís. Posteriormente, se ocupó en la escritura de otros libros. En primer lugar, dos *oficios de la Corona* para la colateral del Coro, en el mes de mayo, por el que recibió 11.968 maravedís en distintas nóminas. En el mismo mes se registraron otros libramientos a su favor: 1.020 maravedís por cinco hojas que escribió en el libro de *Corona del Señor*, de canto de órgano. No fue el único libro de polifonía de cuya escritura se encargó Camacho, dado que, a partir de julio y hasta diciembre, fue ingresando distintas cantidades por un libro pequeño del *Oficio del Nombre de Jesús*, tanto por hojas escritas como por las pieles necesarias para el mismo, hasta la cantidad de 14.688 maravedís, satisfechos, definitivamente, en febrero de 1626. Meses después, en octubre de ese mismo año, se le pagaron 1.700 maravedís «a cuenta de dos libros colaterales del Coro, de la *Corona* y del *Nombre de Jesús*, que encuadernó». Igualmente, se registró un cargo de 4.318 maravedís por lo que montaron dos libros pequeños del *Nombre de Jesús* y un tercero grande. Por otra parte, en 1625 escribió doce títulos de capas por 204 maravedís y dos letras grandes iluminadas, recibiendo 544. Por último, realizó quinientas *aleluyas* por los que se le abonaron 4.420, ingresando 3.570 en 1626 y 5.100 maravedís en 1627 por el mismo concepto. Este último año presenta una importante caída en su actividad reduciéndose a las mencionadas *aleluyas* y a otro pago de 2.040 maravedís por escribir

⁴⁶ ACS, 09651, ff. 27v, 28r y 29r.

⁴⁷ ACS, 06319, ff. 22r y 73r.

treinta hojas de un librete de *antifonas* para el Coro, «de la entonación de los prebendados»⁴⁸.

En los años veinte trabajó asiduamente fuera de la Catedral. El día 20 de octubre de 1620, siendo vecino en la collación de San Miguel, se obligó con Fernando de Angustia, presbítero y mayordomo de la Fábrica de la Iglesia de San Gil, a escribir un *santoral* y un *Común de misas* en cuarenta cuadernillos y dos cuerpos de pergamino, que debía entregar en la Pascua del año 1621. Por cada cuaderno recibiría 952 maravedís, a medida que los fuera entregando. Como señala Rosario Marchena, probablemente, Andrés Camacho contaba con un taller propio en su casa, para el que requirió la presencia de un aprendiz en 1622⁴⁹. Dos años después, en 1623, otorga un poder al escritor de libros Diego Sánchez Aguayo para cobrar por él 12.716 maravedís al licenciado Juan de Sanabria, mayordomo de la Iglesia de San Martín, en cumplimiento de unos libros de cantó que escribió. En 1624 realizó otros trabajos, como la escritura de un libro *dominical de misas* para la Iglesia Parroquial de Villanueva del Río o los dos libros de canto que se obligó a realizar para la Iglesia de Santa María de Manzanilla. En dicho documento, Rosario Marchena destaca que uno de los testigos, Gonzalo López, era vecino de la Collación de San Andrés, al igual que Camacho⁵⁰. Sin embargo, la cuestión de la vecindad de Camacho arroja algunas dudas, dado que, el 18 de febrero de 1626, cuando dio poder al mercader Juan de Lara, vecino de Sevilla, para reclamar y cobrar 13.974 maravedís en reales de vellón por una cantidad de pergamino que compró a Juan de Santa María o a Juan de Herrera, de quienes poseía una libranza⁵¹, Camacho aparece como vecino de dicha collación, la de San Andrés.

Sin embargo, transcurrido menos de un mes, el 10 de marzo del mismo año, se sitúa como vecino de la collación de San Miguel —al igual que en 1620—, cuando el clérigo presbítero José Tazón, vecino de la misma collación, le concede la administración de unas «casas medianas con lo que les perteneze, que son en esta ciudad en la dicha collación de Sant Miguel, en la calle sin salida que entra entre el Colegio de la Compañía y las casas del Duque de Medina»⁵². Posteriormente, en ese mismo año de

⁴⁸ ACS, 09667 ff. 6r, 9r, 10r, 11v, 13r, 14v, 18r, 21r, 25v, 27v, 28r, 29v, 41v, 42v, 53r, 72r, 78r, 83v, 92v, 97v, 140r, 141v, 150v, 178r, 182v y 207r.

⁴⁹ MARCHENA 2018, pp. 59-60.

⁵⁰ AHPS, Secc. PN, leg. 12749, ff. 1.054r-1.055r.

⁵¹ AHPS, Secc. PN, leg. 12785, ff. 651r-653r.

⁵² AHPS, Secc. PN, leg. 12786, ff. 62r-66r.

1626, actuó como curador *ad litem* del un menor de trece años de edad llamado Francisco López para que entrara como aprendiz de Juan Méndez, maestro platero⁵³. No obstante, en 1627, en una escritura que no llegó a concretarse, vuelve a aparecer como vecino en la collación de San Andrés. En esta ocasión, iba a comprometerse a escribir, para el dominico Fray Luis de León, tres libros de canto, que debían contener todos los *salmos* e *himnos* del *salterio*, tanto de *maitines* como de *vísperas*, y otro «del rezado». Cada hoja debía contar con diecinueve renglones, cobrando 1.020 maravedís por cada cuaderno del *salterio* y los de canto a 816. Debía terminarlos a finales de junio. Por alguna razón, el trato no se cerró⁵⁴.

En los años siguientes, entre 1629 y 1637, escribió un libro de *Misas votivas*, otro *Pro misis votivis*, el *Libro Blanco de las Fundaciones*⁵⁵ y el polifónico *Libro de misas, aleluyas, tractos y canciones sacras*⁵⁶. Por otra parte, el 11 de octubre 1632, siendo, de nuevo vecino en la collación de San Miguel, se obligó a pagar al ya mencionado mercader Juan de Lara 32.980 maravedís por nueve rollos y medio de pergamino y otros 680 por una docena de pieles de oveja⁵⁷, probablemente empleadas en los trabajos que, por entonces, acometía. Al mismo Juan de Lara otorgó poder y cesión, el 14 de noviembre de 1634, para cobrar la cantidad de 40.460 maravedís que le adeudaba el licenciado Juan Pérez de Alarcón, beneficiado y mayordomo de la Fábrica de la Iglesia Mayor de la villa de Ardales⁵⁸. Por último, el 17 de septiembre 1639 dio carta de pago al licenciado Alonso Mancheno, presbítero y mayordomo de la Fábrica de Santa María de Arcos de la Frontera, por 37.400 maravedís que se le adeudaban por siete cuerpos de libros de canto que escribió y entregó para la misma⁵⁹.

En la década de los cuarenta su trabajo para la Catedral de Sevilla fue mucho más intenso, si bien, las noticias aparecen muy concentradas. Así, en un largo y minucioso asiento del libro de Mayordomía de Fábrica del año 1643, se recoge un pago de 67.558 maravedís en cumplimiento de un total de 167.858 por la escritura de cinco cuerpos de libros, tres *dominicales de misas*, un *santoral* y un *Común de misas*. En total, ocuparon novecientas setenta y ocho hojas, distribuidas en ciento veintidós cuadernos

⁵³ AHPS, Secc. PN, leg. 12789, ff. 1.281r-1.282v.

⁵⁴ AHPS, Secc. PN, leg. 12793, ff. 488r-489r.

⁵⁵ MARCHENA 2018, p. 59.

⁵⁶ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 49.

⁵⁷ AHPS, Secc. PN, leg. 12826, ff. 709v-710r.

⁵⁸ AHPS, Secc. PN, leg. 12841, ff. 167v-169r.

⁵⁹ AHPS, Secc. PN, leg. 12864, f. 727v.

de ocho hojas más otras dos. Cada cuaderno costó 1.224 maravedís, a los que se sumaron otras seis letras capitales iluminadas de pluma a 544 maravedís, por un total de 3.264. Por el herraje de badanas, brocas, registros y títulos llevó 7.480 maravedís y por la encuadernación, otros tantos. También se menciona expresamente que los otros 100.300 maravedís los había percibido en diferentes nóminas. Lamentablemente, no puede averiguarse, a tenor de la documentación, cuánto tiempo le llevó realizar estos importantes trabajos. Sí puede fijarse lo que le ocupó «aderezar ochenta y dos cuerpos de libros de canto que se hallaban muy maltratados», dado que se le abonaron 37.400 maravedís el 12 de febrero de 1644⁶⁰. Es decir, tanta labor le habría llevado tan solo algo menos de cuatro meses. Eso o, tal vez, había comenzado antes, simultaneando la reparación de libros ajados con la escritura de otros nuevos, lo que puede ser más probable, aunque la documentación no permite cerciorarse. Ese mismo año de 1644, el 19 de septiembre, Andrés Camacho, «escritor de libros de canto», solicitó al Cabildo una prebenda de estudio en Salamanca para su hijo. Dos semanas después, el 3 de octubre, los capitulares tuvieron a bien aceptar dicha petición⁶¹.

De nuevo, se produce un silencio documental sobre las actividades de Camacho, más allá de alguna noticia esporádica. Así, no hay libramientos a su favor hasta el año 1654. Sin embargo, aunque dispersas, las noticias permiten constatar que la vinculación de Andrés Camacho con la Catedral no decayó. Así se desprende del hecho de que el Cabildo, por su auto de 1º de abril de 1651, le encargara la tasación de unos libros que se hallaban en la Contaduría y que se pretendía vender a la Iglesia de San Bernardo, dedicando el importe a la adquisición de ropa blanca para las sacristías de la Iglesia Mayor. Un día antes, se había cometido al Chantre y al Presidente de Capillas «vean si unos libros que están arrinconados en la Contaduría muchos años ha, son a propósito para la Iglesia y, no siéndolo, sirvan para la Iglesia de San Bernardo, y refieran»⁶².

En cualquier caso, el año 1654 se presenta cargado de libramientos a su favor. Además, éstos demuestran que su trabajo venía produciéndose desde, al menos, el año anterior, dado que el primero de ellos, de fines de enero, es un pago de 1.700 maravedís a cuenta de dos libros de canto de órgano «y otros aderezos», en el que se indica que, por entonces, ya llevaba cobrados 35.700 maravedís. Teniendo en cuenta que, a partir

⁶⁰ ACS, 09489, ff. 14v y 21r.

⁶¹ ACS, 7106, ff. 35v y 37v.

⁶² ACS, 7109, ff. 23v-24r.

de entonces, se registran pagos de la misma cantidad por ese concepto, podría retrotraerse este trabajo hasta veinte nóminas o semanas. Los libramientos hacen referencia «al libro nuevo» o a «los libros de canto llano y de órgano», apareciendo alguno como «la librea del Sábado Santo». Su cuantía oscila entre los 1.700 y los 3.400 maravedís. Por fin, en la primera nómina de abril, se concreta la cantidad percibida, 121.380 maravedís, por un libro «nuevo de *Venites*», que importó 69.870 maravedís, por el aderezo y encuadernación de «un libro de *Asperjes* y otros libros del Coro de *antífonas*», así como por reparar dos *salterios* del Coro y por los *aleluyas* del Sábado Santo. A partir de agosto, comenzó a trabajar en otro libro de canto de órgano, ingresando partidas regulares de 1.700 maravedís en las distintas nóminas hasta enero de 1655, haciendo un total de 37.500 maravedís por dicho libro. Aparte, realizó un *Venites* nuevo para dicho libro, de siete hojas, a 374 maravedís cada una, con setecientas ochenta y dos letras iluminadas, sumando 3.808. Además, durante 1654, encuadernó un librete para el Coro a cambio de 2.040 maravedís y fue remunerado con 3.400 por un «librete de [...] para la Capilla de la Antigua». Por último aderezó y encuadernó un libro de *responsorio de procesiones*, lo que le reportó 1.224 maravedís.

En 1655 ya no se aprecia ningún proyecto de envergadura, siendo, por el contrario, más variados. Al poco de terminar el libro de canto comenzado el año anterior, todavía en enero, se le dieron 2.856 maravedís por «un pergamino que puso en el libro de canto de órgano para el Coro, y otro pequeñito». Posteriormente, entre marzo y abril, su principal dedicación fueron los *aleluyas*, escribiendo cuatrocientos para la Catedral, por 7.820 maravedís y un número indeterminado para el Arzobispo, por los que se le pagaron 1.700 maravedís. Además, recibió 680 maravedís por un *Evangelio de San Juan* y «otras cosas». Otro de los trabajos consistió en «un dibujo que hizo en una plancha de bronce para los *aleluyas*», percibiendo la modesta cantidad de 816 maravedís. Más importante fue su dedicación a unas «tablas de cañón para el altar del medio de la Sacristía Mayor», que se prolongó hasta junio, beneficiándose de libramientos de forma regular, hasta alcanzar los 13.600 maravedís⁶³.

Lamentablemente, las noticias sobre Andrés Camacho desaparecen de la documentación durante un periodo de trece años. Efectivamente, hasta julio de 1668 no se

⁶³ ACS, 09654, ff. 5r, 6v, 8r, 9v, 10v, 12r, 13v, 15r, 17r, 18v, 20r, 23v, 29r, 31r, 32v, 54v, 55r, 56v, 58v, 60r, 61v, 62v, 64v, 66r, 67r, 68v, 71r, 72r, 73v, 75v, 77r, 78v, 80r, 81v, 83r, 85r, 86v, 88v, 108r, 110r, 111v, 112v, 114r, 116r y 129r.

encuentra un libramiento a su favor, esta vez, por el aderezo de un *dominical de vísperas* del Coro por el que se le desembolsaron 4.420 maravedís. Sin embargo, pese a la parquedad de las referencias documentales, se trasluce una actividad de cierta importancia. Todavía en el mes de julio percibió otros 6.800 maravedís por el «aderezo de libros del Coro». En agosto se le pagaron 3.400 maravedís por el reparo de dos *Comunes de Confesores*, trabajo por el que le prometieron 17.000 maravedís⁶⁴. Pocos años después, en 1672, se encontraba escribiendo un libro de los *Siete Dolores de Nuestra Señora*, recibiendo a cuenta 20.400 maravedís. Transcurridos más de dos años, en agosto de 1674, se le pagaron 5.400 maravedís por encuadernar un libro de *misas* de canto de órgano⁶⁵. Posiblemente, esta falta de trabajo llevó a Andrés Camacho a una situación económica difícil, que anticipaba su fin como pobre de solemnidad, al igual que sucedió, tristemente, con Melchor de Riquelme. Así habría de entenderse la referencia en el Cabildo del 10 de enero de dicho 1674 a una petición de Andrés Camacho, que los oficiales de Fábrica debían evaluar. Doce días después, el 22 de enero, los capitulares ordenaban traer una relación del estado de la renta del Hospital de Santa Marta, «para ver si podría dársele alguna ración a Andrés Camacho»⁶⁶. Por alguna razón, se denegó la sinecura a Camacho, aunque, meses después, el 31 de octubre, recibió una limosna de 3.400 maravedís por una vez. Pese a su situación —es muy posible que, dada su avanzada edad, presentara ya problemas de salud— aún continuó trabajando: el 10 de noviembre de 1674 se le pagaron 8.874 maravedís por encuadernar un libro grande del Coro.

Dos años después, el 2 de mayo de 1676, se le dieron 20.400 maravedís a cuenta del *Oficio de Nuestra Señora del Carmen*, motivo por el que recibió importantes pagos hasta diciembre, por un total de 37.400 maravedís. El año siguiente de 1678 continuaban los pagos por cuenta de la confección de este libro, encargo ordenado «por auto del Cabildo», terminando de cobrar por su escritura el 12 de octubre de 1677, habiendo percibido durante el año, por este concepto, 15.342 maravedís. Poco después, el 2 de diciembre, se le pagaron otros 8.160 por encuadernar «dos libretes colaterales del rezo de San José de los Dolores y Nuestra Señora del Carmen». Poco antes se le habían encargado una *misa de San Ignacio*, así como unas *antífonas e himnos* para el Coro, por los que se le habían pagado otros 3.400 maravedís. La actividad de Andrés Camacho en sus

⁶⁴ ACS, 09655, ff. 89v y 90v-91r.

⁶⁵ ACS, 09518, f. 6v.

⁶⁶ ACS, 7120, ff. 122r y 126r.

últimos tiempos contrasta con su lamentable situación económica, pues aún se le pagaron otros 7.820 maravedís por la encuadernación de un *común de confesores* «de los grandes» para el Coro⁶⁷.

Ya en 1678, año del último libramiento a cuenta de su trabajo⁶⁸, el 4 de febrero, se leyó una petición de Camacho «escritor de los libros de canto de esta Iglesia, en que pide alguna limosna para vestirse», ante lo cual se ordenó concederle 10.200 maravedís⁶⁹. Esta limosna le fue librada a partes iguales de la Mesa Capitular y de la hacienda de la Fábrica, constando los pagos de 5.100 maravedís, respectivamente, «de limosna para comprar un vestido», el mismo día 4 de febrero. No era esta la primera limosna que el Cabildo le concedía, pues un año antes, el 11 de enero de 1677, le fueron otorgados otros 6.800 maravedís de la misma procedencia⁷⁰. Asimismo, «en atención a los muchos años que sirve a esta Iglesia, le hizo el Cabildo gracia de la primera ración que le vacare en el Hospital de Santa Marta». La preocupación de los capitulares fue más allá, pues, hasta que hubiera un sitio para él en el patronato catedralicio, se cometió a los contadores mayores para que vieran si era posible aplicar alguna porción del hospital para Camacho y, a los oficiales de Fábrica, «reconozcan si en el Corral de los Naranjos hubiera algún aposento que darle».

Poco después de un mes, el 8 de marzo, desde la Contaduría se comunicó que, gracias al arrendamiento por 75.000 maravedís anuales del dormitorio de San Pablo del Hospital de Santa Marta, podía otorgársele una ración en el mismo a Camacho, «por haber más de sesenta años que sirve en este ministerio y que desde hoy coma en el hospital»⁷¹. De esta forma, aunque sin vacante, podía pasar a habitar en el Hospital, a la espera de que surgiera una. Efectivamente, en los libros de raciones del patronato, en las listas de los beneficiarios de las mismas, aparece su nombre y, al reverso, «en 8 de marzo fue nombrado Andrés Camacho en una ración de las que caben en la hacienda de las Mendiolas». Poco tiempo pudo disfrutar el escritor de libros de su ración, dado que falleció el 25 de agosto del mismo año, «en semana del señor don Francisco Roldán». Pocos días después, el 31 de agosto, fue nombrado en su lugar Andrés Camacho, «hijo

⁶⁷ ACS, 06330, ff. 350v, 355r, 356r-v y 358r.

⁶⁸ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 50.

⁶⁹ ACS, 7122, f. 14v.

⁷⁰ ACS, 06330, ff. 48v, 101r y 366r.

⁷¹ ACS, 7122, ff. 14v y 25v. Este auto constata que se trataba del mismo Camacho que venía apareciendo desde 1614, despejando las dudas que tuviera José Gestoso (COTARELO 2007, pp. 173-174).

del dicho Andrés Camacho»⁷². Este segundo Camacho adolecía de ceguera, por lo que el Cabildo «admitió este nombramiento y por ser ciego el dicho Andrés Camacho, dispensó la edad»⁷³. Dos años más tarde, el 2 de septiembre de 1680 solicitó dispensa para ir en persona a por la ración, «atento a ser ciego y tener a esa hora ocupación muy precisa a que asistir», cometiéndolo al visitador Tomás de los Santos consultar las constituciones y estatutos del mismo en busca de antecedentes. Por último, una vez se hubo comprobado que no había antecedentes y, a pesar de que algunos capitulares deseaban concederle la dispensa, el Cabildo decidió no permitirlo⁷⁴.

Las reticencias de los capitulares no eran infundadas, dado que la picaresca campaba en torno a las raciones del Hospital. Precisamente el año 1678, en el que ingresó Camacho padre, en el reverso del listado de beneficiarios de julio se lee: «en 18 de julio se descubrió que era muerto Francisco Cabrera y, callándolo su gente, llevaba la ración y desde este día se suspendió»⁷⁵. Precisamente cuando Camacho hijo solicitaba dispensa para acudir a por su ración, el Cabildo tuvo conocimiento «de personas que, teniendo ración en Santa Marta, por algunas causas y motivos la llevaban sin asistir a rezar al mediodía, como se acostumbraba»⁷⁶. Los problemas no se atajaron, pues, transcurridos siete años, el 16 de abril de 1687, se realizó un llamamiento «para averiguar qué pobres venden sus raciones en el Hospital de Santa Marta»⁷⁷. Años después, el 3 de marzo de 1695, el visitador Juan Jacinto de Miranda dijo que, de las treinta y seis raciones «para pobres vergonzantes que hay otorgadas», solo habían acudido, el primer día que fue, la mitad de los pobres, contraviniendo la voluntad de los fundadores. Para evitar que éstos acudieran a por la comida y se marcharan sin cumplir con los rezos, se ordenó invertir el orden: primero se rezaría y luego se daría el alimento⁷⁸. No se puede averiguar si Andrés Camacho hijo era uno de los pobres que no cumplía con lo dispuesto por los fundadores y el Cabildo, aunque, seguramente, si no lo hacía era por falta de salud, dado que falleció apenas transcurrido un año, el 21 de abril de 1696, sin que nadie ocupara su vacante en ese año⁷⁹.

⁷² ACS, 09944, sf.

⁷³ ACS, 7122, f. 80v.

⁷⁴ ACS, 7123, ff. 56r-v y 65v.

⁷⁵ ACS, 09944, sf.

⁷⁶ ACS, 7123, f. 65v.

⁷⁷ ACS, 7127, f. 40v.

⁷⁸ ACS, 7131, ff. 26r-27v y 65r.

⁷⁹ ACS, 09961, f. 21v.

CARRERA, José de la (1600-1614)

José o Iuiseppe de la Carrera había trabajado para la Catedral de Sevilla en el siglo XVI, tanto como escribano como en su faceta de impresor⁸⁰. En la centuria decimoséptima solo se han encontrado noticias suyas como escritor, aunque tempranas, siendo la primera de febrero de 1600, cuando se le prometieron 1.020 maravedís por la escritura de cuatro hojas de pergamino en un *breviario* grande del Coro. El pago se efectuó el 11 de marzo⁸¹. Lo más probable es que se tratara de la culminación de los trabajos encargados en el ocaso del siglo XVI, dado que la documentación arroja un silencio de más de catorce años, pues no vuelve a salir su nombre hasta 1614. Será como parte del equipo dirigido por Melchor de Riquelme, del que ya se ha hablado. Al igual que otros anteriormente mencionados, trabaja por jornal, a razón de 238 maravedís, con las mismas condiciones que Jerónimo Bravo. Su permanencia en el taller escriturario catedralicio se reduce al mes de abril, apareciendo en las distintas nóminas del mismo, en las que trabaja cuatro, cinco o seis jornadas. Lo que le fue abonado asciende a 4.084 maravedís⁸².

RODRÍGUEZ CARVALLO, Simón (1606-1609)

Este escritor de libros, vecino en la collación de Omnium Sanctorum, aparece trabajando para la Catedral de Sevilla en marzo de 1606, cuando se le pagan 1.700 maravedís «a cuenta de la impresión de los cuadernos de canto de órgano que hace», de lo que se deduce que se encargó tanto de su escritura como de la impresión de los mismos. Los meses siguientes presentan cargos «por los cuadernos de canto de órgano», que suman otros 6.800 maravedís. A partir de mayo, recibe pagos más elevados, esta vez por «los libros que va haciendo» o «a cuenta de los libros que escribe», hasta octubre, por valor de otros 6.800 maravedís⁸³.

Mayores cuantías se libraron en su favor transcurridos dos años, cuando se ocupó, desde mayo de 1608, de la escritura de un libro de canto de órgano, aunque, según se desprende de los asientos, debió de tratarse de una pluralidad de libros, dado que hasta agosto se le va pagando «a cuenta de los libros de canto», hasta alcanzar la

⁸⁰ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 384 y MARCHENA 2018, p. 66.

⁸¹ ACS, 09643, f. 23r.

⁸² ACS, 09651, ff. 21r, 22r-v y 23r.

⁸³ ACS, 09455, ff. 6v, 7r, 8r-v y 10v.

cantidad nada despreciable de 40.800 maravedís⁸⁴. Ya nunca volverá a trabajar para la Seo Hispalense, aunque ello no implica inactividad o fallecimiento, dado que el 23 de febrero de 1609 dio poder a Antón Esteban, su hermano, también escritor de libros y vecino en la ciudad de Córdoba, para que pudiera, en su nombre, presentar a cualquier juez sinodal o al Provisor de dicha ciudad o a cualquier otro juez eclesiástico o seglar unos boletos del Nuncio contra la fábrica de la villa de Alcalá de Guadaira y su mayordomo por «7.000 y tantos reales»⁸⁵. Cantidad que se le adeudaba por unos libros que había escrito para el servicio de la iglesia, por orden del mayordomo y del Provisor de Sevilla⁸⁶. Ésta sí es la última noticia que se ha encontrado sobre él.

TORRES, Hernando de (1608)

Su vinculación con la Catedral de Sevilla es antigua, dado que había trabajado para ella, de forma más o menos intermitente, en el periodo de 1577-1595, realizando traslados de libros o calendarios⁸⁷. En enero de 1608 se le pagaron, primero, 408 maravedís por la escritura del segundo tercio del calendario y, posteriormente, 1.632 «por escribir dos veces el tercio postrero del calendario»⁸⁸.

ALARCÓN, Antonio de (1610)

Su nombre solo se encuentra en 1610, entre octubre y noviembre, cuando recibió sendos pagos de 1.020 maravedís, el primero por la escritura y puntuación de dos libros de *versetes y responsos* para los seises y de *Nuestra Señora*, y el segundo por realizar dos libros puntados, que le pagó el sochantre Miguel Jerónimo⁸⁹. Seguramente, se trate de los dos mencionados antes, dado que tan solo hay un mes de espacio entre un pago y otro.

ARRIOLA, Pedro de (1611)

Al igual que en otros casos, su vinculación con la Catedral fue fugaz, limitándose, aparentemente, al mes de abril de 1611, cuando, como «escritor de libros», se le pagaron 3.400 maravedís «de lo que escribe *Himnos, Chiries y Cremos*». Poco después, le

⁸⁴ ACS, 09458, ff. 4v y 5v-7v.

⁸⁵ Es decir, más de 238.000 maravedís.

⁸⁶ AHPS, Secc. PN, leg. 12663, f. 55r.

⁸⁷ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 314-316.

⁸⁸ ACS, 09647, ff. 13v y 14v.

⁸⁹ ACS, 09460, ff. 14r-v.

fueron abonados otros 3.400 maravedís, esta vez por la encuadernación «de libros que va encuadernando para esta Iglesia»⁹⁰. Esta referencia a lo que va encuadernando, así como los pagos «en cuenta», inducen a pensar que sus trabajos fueron más constantes y prolongados, aunque, lamentablemente, no se han encontrado otras referencias.

VILLEGAS, Sebastián Vicente, licenciado y maestro de Ceremonias (1611-1625)

Las primeras noticias datan de cuando era Bachiller. Concretamente, el 24 de enero de 1611 el Cabildo acuerda agradecer su trabajo en poner en punto, es decir, de puntar el *Oficio del Ángel de la Guarda*, así como que dicho libro fuera entregado al sochantre y que «se ponga en punto en libro grande»⁹¹, de lo que se encargó Melchor de Riquelme. Como ya se ha indicado, su participación en las tareas de adecuación de la Librería Coral al rezado romano fue activa. Durante los años 1614 y 1615 continuó participando en la corrección de los libros del Coro, tarea que dirigía Riquelme. Mucho después, en mayo de 1625 se le pagaron 5.440 maravedís por un «libro pequeño de *Corona* para el Archivo»⁹². Los capitulares habían ordenado, por su auto de 26 de abril de 1624, «sacar un libro grande, en la forma que es necesario para que sirva en el Coro», así como que el presidente del Coro se asegurara de dispensarle las tardes que necesitara para ocuparse de los demás *oficios* de santos que tenía cometidos, sin que se sepa bien cuáles era⁹³.

De su labor como Maestro de Ceremonias de la Catedral de Sevilla acumuló gran cantidad de escritos y composiciones en los que tanto él como su hermano, Diego de Villegas, invirtieron tiempo, esfuerzo y dinero sin que el Cabildo les correspondiese siempre. Eso es, al menos, lo que se desprende del testamento otorgado por este último el 3 de mayo de 1641⁹⁴, según la siguiente manda:

«Yten declaro que yo tengo muchos papeles míos propios, así hechos y trabaxados por el maestro Sebastián Vicente de Villegas, mi hermano, como por mí, en materia de seremonias y culto divino, en que emos gastado muchos años de trabajar y muchos dineros y cuidados, así de estudios y libros como de gastos de escritores, que los estimé como en dos mill ducados, antes más que menos, lo qual no ha sido ni es obligación del

⁹⁰ ACS, 09460, ff. 12v y 17v.

⁹¹ ACS, 7094, f. 5r.

⁹² ACS, 09667, ff. 27v.

⁹³ ACS, 7100, f. 20v.

⁹⁴ AHPS, Secc. PN, leg. 12872, ff. 369r-374v.

oficio, aunque se nos encargó muchas beces por los señores Deán y Cabildo y por los señores arzobispos y probisores de este Arzobispado, prometiéndonos el premio y merecimiento de nuestro trabajo y costes, por lo qual no se nos ha dado cosa alguna, quiero que los dichos papeles los aya mis herederos, y si los dichos señores Deán y Cabildo v otra persona alguna los quisiere, los paguen y satisfagan conforme con ellos se conviniere, no dándoselos sin el justo premio que meresen sobre el cargo de las conzienias sobre mis herederos y albaceas, porque redundará para las obras pías».

Pese a las previsiones de Diego de Villegas para recuperar los cuantiosos estipendios gastados por él y por su hermano, lo cierto es que resultaron algo precipitadas, pues aún en 1644, 17 de junio, el Cabildo cometió a los doctores Jerónimo Zapata y Alonso Gómez de Rojas, diputados de ceremonias, para que vieran y ordenaran «los cuadernos que va entregando Diego de Villegas», a la sazón, Maestro de Ceremonias. Para ello, debían contar con la ayuda del veintenero Francisco López⁹⁵. La documentación no permite saber si el Cabildo satisfizo alguna cantidad a Villegas por los cuadernos que fue entregando. Es posible que solo fueran cedidos para ser copiados, de forma que la Catedral pudiera valerse de ellos sin adquirir su propiedad, dado que el mismo año 1644 se recogen trabajos de copia de «cuadernos de ceremonias». No obstante, no todos debieron de ser entregados por entonces, dado que, aún mucho después, el 12 de julio de 1675, el Cabildo hubo de ordenar a los diputados de Ceremonias que recogieran los papeles «que dejó el licenciado Sebastián Vicente Villegas, maestro de Ceremonias que fue, que paran en poder del canónigo Juan de Tejada y Alderete», encargando, además, a Juan de Loaysa, eventual secretario del Cabildo, «ciude de que se entreguen por inventario dichos papeles y que se pongan en un arca en el Archivo, donde estén guardados con todo cuidado, para que se tenga noticia de todo lo que se debe guardar en las ceremonias, en que, con tanto acierto, escribió dicho maestro». La elegante prosa de Juan de Loaysa confirma las reivindicaciones del testamento de Diego de Villegas en cuanto a la importante labor llevada a cabo por su hermano en el magisterio de Ceremonias. De hecho, posiblemente compelido por los avatares sufridos por los papeles del Licenciado Villegas, transcurridos unos meses, el 27 de febrero de 1676, se ordenó por auto capitular, al mismo secretario, que, si falleciera el Maestro de Ceremonias, hablara con la persona que tuviera a cargo los libros y papeles «que dejare el susodicho», de

⁹⁵ ACS, 7106, f. 24r.

manera que aquellos tocantes a las ceremonias fueran apartados y llevados a la Catedral, junto con el resto de la misma naturaleza⁹⁶.

TAZÓN, Nicolás (1614)

Fue uno de los escritores que trabajó en el equipo de Melchor de Riquelme en la realización del proyecto de adecuación al nuevo rezado de la librería de canto llano catedralicia. Lamentablemente, su aparición es fugaz, extendiéndose solo entre los meses de mayo y junio de 1614, siempre en asientos que recogen pagos junto a otros miembros del equipo, como el mismo Melchor de Riquelme, Andrés Camacho o Jerónimo Bravo. Su salario ascendía a 238 maravedís diarios, obteniendo un total de 2.618⁹⁷. Como señala Rosario Marchena, debía de ser uno de los mejor considerados, dado que, durante un tiempo, cobró más que el propio Jerónimo Bravo. La misma autora ha destacado sus trabajos para otras instituciones eclesiásticas, como las iglesias de San Pedro y Santa María de Arcos de la Frontera⁹⁸.

HERNÁNDEZ, Miguel (1614)

El escritor de libros Miguel Hernández trabajó en el equipo de Riquelme los meses de abril y mayo de 1614, aunque su aportación poca entidad, dado que, de las tres nóminas en las que trabajó, una recibió por una sola jornada y otra por dos. Cobrando 238 maravedís de salario, percibió un total 2.142 maravedís⁹⁹.

TORO, Francisco de (1614)

En diciembre se le pagaron 1.700 maravedís por escribir los cuadrantes de fin de abril de 1615 para el Coro y la Capilla de los Cálices¹⁰⁰.

SÁNCHEZ AGUAYO, Diego (1624)

Aunque se sabe que era un escritor de libros que operaba en la ciudad de Sevilla y tenía relación con Andrés Camacho, el único testimonio de su vinculación a la Seo Hispalense es un libramiento de 10.850 maravedís por cuatro rollos de pergamino de a

⁹⁶ ACS, 7124, ff. 48v y 16r.

⁹⁷ ACS, 09651, ff. 25v y 29r-v.

⁹⁸ MARCHENA 2018, pp. 64-66.

⁹⁹ ACS, 09651, ff. 23v, 24v y 25v.

¹⁰⁰ ACS, 09651, f. 42r.

treinta y seis hojas cada uno, «para escribir los libros de los nuevos santos», efectuado el 21 de agosto de 1624¹⁰¹.

MARTÍN, Salvador, Licenciado (1626)

Este copista había participado ya en la realización del *Oficio del Nombre de Jesús*, escrito en su grueso por Andrés Camacho¹⁰². Sin embargo, son pocas las noticias halladas sobre él. De hecho, aparte de la mencionada, solo se ha encontrado una modesta retribución de 816 maravedís por escribir tres *oficios* de *San Jacinto*, *San Luis, rey de Francia* y *San Casimiro*¹⁰³.

REYES, Salvador de los (1642-1644)

Según se desprende de la documentación, su participación se limitó a la copia de las obras del maestro de Capilla Francisco Santiago, labor que comenzó el 5 de noviembre de 1642, cuando se le pagaron 816 maravedís «para que compre ocho manos de papel de marquilla para trasladar los papeles» del referido Maestro. Ya en 1644, el 29 de febrero, recibió 3.400 maravedís, con los que había cobrado por estos trabajos 6.800 maravedís¹⁰⁴.

ORTIZ BERNARDO, Pedro (1644)

Es uno de los que participaron en los trabajos de copia de papeles de ceremonias. Así, el 22 de marzo de 1644, se le pagaron 4.284 maravedís por dieciocho cuadernos que copió y entregó por acuerdo de los diputados de negocios¹⁰⁵.

PÉREZ ROMERO, Alonso (1644)

De la misma forma que Pedro Ortiz Bernardo, se registra un pago de 1.258 maravedís a favor de Alonso Pérez Romero el 12 de junio de 1644, «de resto» de unos cuadernos de ceremonias que copió por mandato del Cabildo, en casa del Maestro de Ceremonias¹⁰⁶.

¹⁰¹ ACS, 06320, f. 209v.

¹⁰² RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 50.

¹⁰³ ACS, 09667, f. 128v.

¹⁰⁴ ACS, 06323, ff. 261r y 309v.

¹⁰⁵ ACS, 09490, f. 3v y 06323, f. 319r.

¹⁰⁶ ACS, 09490, f. 8v y 06323, f. 327r.

MATEOS, Laureano, colegial del Colegio de San Isidoro (1645)

En esta ocasión, Laureano Mateos se encargó de copiar tres traslados del *Credo Romano* para el Coro catedralicio, por lo que se le pagaron 816 maravedís¹⁰⁷.

GUTIÉRREZ, Melchor (1654-1679)

Aunque su oficio era el de sacristán mayor del Sagrario, puede observarse que, a lo largo de su carrera, se dedicó a la escritura en distintas formas. En primer lugar, en marzo de 1654, se le pagaron 1.700 maravedís por encuadernar «un libro para los entierros del Sagrario». Más tarde, de nuevo en el ámbito de su oficio, cobró la modesta cantidad de 272 maravedís por escribir «una falta en un *misal*» y por dos rótulos de capas¹⁰⁸. El año siguiente escribió cuatrocientos *aleluyas* para el Sábado Santo a cambio de 10.200 maravedís¹⁰⁹. Se ocuparía de la escritura de los *aleluyas* en los dos años siguientes, un total de seiscientos, por los ingresó 22.440 maravedís, el 21 de marzo de 1657¹¹⁰. Volvería a hacerlo, aunque menor medida, en 1666, dado que solo recibió 104 maravedís «por unas *aleluyas*»¹¹¹. Transcurrida más de una década, volverá a ser requerido para la elaboración e *aleluyas*, de nuevo en cantidades más importantes. Así, el 20 de julio de 1677, se le pagaron 20.196 maravedís por la confección de cuatrocientos cincuenta *aleluyas* pequeñas y doce grandes para el Sábado Santo y, el 4 de marzo de 1678, otros 15.300 «a cuenta de las *aleluyas* que está haciendo para el Sábado Santo». A principios de 1679, seguía ocupándose de los mismos trabajos, cobrando 10.200 maravedís por ello¹¹².

Padre Jerónimo de San Lorenzo el Real (1655)

Entre enero y marzo de 1655 constan una serie de asientos que recogen pagos a un «padre jerónimo de San Lorenzo» o a «un fraile jerónimo». Según el primero de ellos, se realizó un libramiento de 6.210 maravedís por realizar veinte *cánones* y *misas* para los *misales*. Precisamente, el resto de los desembolsos se efectúan «a cuenta de los

¹⁰⁷ ACS, 09491, f. 10r.

¹⁰⁸ ACS, 09654, ff. 15r y 70v.

¹⁰⁹ ACS, 09501, f. 4r.

¹¹⁰ ACS, 09503, f. 2v.

¹¹¹ ACS, 09655, f. 8r.

¹¹² ACS, 06330, ff. 350v, 368v y 393v.

misales que va haciendo para la Sacristía Mayor y la Capilla de la Antigua», que supusieron 30.668 maravedís¹¹³.

PINTO, Fray Juan (1655)

Trabajó desde mediados de marzo de 1655 hasta principios del mes de octubre del mismo. El hecho de que comience a figurar pocos días después de que el «padre jerónimo» finalizara sus trabajos con los *misales* puede inducir a pensar que se trataban de la misma persona, aunque, realmente, no hay ninguna prueba de ello. No se encontraría justificación para el cambio de denominación genérica de «un fraile jerónimo» a incluir su nombre de bautismo y su apellido, uniéndoles tan solo el hecho de ser ambos frailes. O, quizá, debido a que su actividad se prolongaba, comenzó a ser inscrito de una forma más identificable. En cualquier caso, Fray Juan Pinto se encargó de la renovación de los *salterios* del Coro, obteniendo pagos regulares de 6.800 maravedís por los catorce *salterios* que dio, haciendo un montante final de 78.200 maravedís¹¹⁴.

DÍAZ DE RUEDA, Juan, sochantre de la Iglesia de Santa María la Blanca (1666)

La Catedral Hispalense recurrió en varias ocasiones a Juan Díaz por su habilidad como escritor. Las primeras referencias son de septiembre de 1666, cuando se le dieron 1.700 maravedís «de resto» de los *salterios* y *epistolarios*. Quizá por la misma razón recibió otros 2.040 maravedís, aunque ya no se justifica el cargo. Transcurridos menos de dos años, en agosto de 1668, escribió un *cuaderno del Canon*, razón por la que se le abonaron 1.700 maravedís¹¹⁵. No será hasta 1674 cuando se tengan nuevas informaciones, esta vez porque «puso en pergamino» la *antífona Regina Coeli* a canto de órgano, por de 4.448 maravedís¹¹⁶. Más de diez años después, se estaba ocupando de la escritura de libros para el Coro, quizá se tratara de «unos *cuadernos de Santos*», dado que se registraron dos pagos idénticos en 1686, de 3.400 maravedís cada uno. Estos cuadernos debían de ser los *himnos de San Emeterio* y *San Celedonio*, que el Cabildo le encargó para uso del Coro, el 11 de febrero de dicho año. El siguiente trabajo que los capitulares solicitaron de Juan Díaz fue la confección de un *Oficio de San Rafael*, ordenándose que

¹¹³ ACS, 09654, ff. 86v, 88v, 89v, 97v y 99r.

¹¹⁴ ACS, 09654, ff. 103v, 112r, 114r, 115v, 147r, 151r, 152v, 154r, 156r y 157v.

¹¹⁵ ACS, 09655, ff. 69r-v y 92v.

¹¹⁶ ACS, 09518, f. 2v.

la Fábrica ajustara la cantidad que debía cobrar por ello¹¹⁷. Durante el año 1686, se le pagaron cantidades importantes por esta cuestión, hasta un total de 58.004 maravedís¹¹⁸.

PLUNS, Gaspar, licenciado (1667-1670)

Su actividad se redujo a la realización de *aleluyas*. Así, el 8 de mayo de 1666 se le libraron 17.850 maravedís «para que con ellos se dé satisfacción de setecientos *aleluyas* a tres cuartos de vellón», escritas para el día de la Resurrección¹¹⁹. Más de cuatro años después, el 2 de junio de 1670, volvió a producirse un pago a su favor, esta vez de 79.076 maravedís que se le adeudaban «por las *aleluyas* que dio para los años 1660-1670»¹²⁰.

PEDROSA, Juan Mateo de (1672)

Las noticias sobre él se reducen a un solo pago efectuado el 18 de julio de 1672, cuando se libraron 17.680 maravedís por un *Oficio de difuntos*¹²¹.

VICENTE, Francisco (1679)

El 8 de abril de 1679 recibió 23.800 maravedís «de resto» de ochocientas *aleluyas* pequeñas, a 34 maravedís cada una, y otras cuarenta grandes, a 170 maravedís, para la Pascua de Resurrección de aquel año¹²².

TORRES, Fray Tomás de (1679-1691)

La primera mención sobre Tomás de Torres, fraile jerónimo, hace referencia a la encuadernación «y herraje» del libro de *Nuestra Señora del Carmen*, así como por «poner herrajes» en los libros colaterales de *San José* y *Dolores*, que habían sido escritos por Andrés Camacho, percibiendo por ello 13.600 maravedís, el 25 de febrero de 1679. Transcurridos unos meses, el 14 de junio, ingresó otros 17.034 por «la encuadernación

¹¹⁷ ACS, 7126, ff. 17v, 24v.

¹¹⁸ ACS, 09527, ff. 2r, 3v, 4v y 5v.

¹¹⁹ ACS, 09510, f. 5v.

¹²⁰ ACS, 09514, f. 4v.

¹²¹ ACS, 09516, f. 8r.

¹²² ACS, 06330, f. 399v.

de dos *salterios* y setenta y cinco remiendos que puso en el uno con algunos renglones, como constó por certificación de Fábrica»¹²³.

Años después, en 1683, se le abonaron 6.434 maravedís por aderezar y encuadernar «un libro para el Coro», sin que se sepa más de dicho libro¹²⁴. Un año después, el Cabildo volvió a recurrir a él o, simplemente, continuó con sus trabajos sin solución de continuidad, aunque las únicas noticas que constan refieren a un pago de 7.208 maravedís «por el aderezo de libros». Con posterioridad, ese mismo año, se ocupó de encuadernar los libros de los *Aniversarios*¹²⁵. Tres años después, en 1687, se encargó, esta vez, de la escritura de un libro de cantoría, recibiendo, a cuenta, 20.400 maravedís. Desgraciadamente, no constan más pagos por este concepto, ni se dice más sobre el libro que estuvo escribiendo. Sin embargo, no es del todo descartable que aún continuara dedicado al mismo libro en 1688, cuando se le pagaron 28.558 maravedís en cumplimiento de «un libro para el Colegio»¹²⁶.

A tenor de esta última apreciación, es posible que se trate del libro que encargó el Cabildo para el Colegio de San Isidoro, por su auto de 24 de noviembre de 1687. Sin embargo, lo cierto es que en la decisión capitular quien debía escribirlo era Juan Díaz, sochantre de Santa María la Blanca, que debía cobrar 238 maravedís por página, alcanzando un precio estimado de 37.500 maravedís «con poca diferencia»¹²⁷. En cualquier caso, ante la falta de datos que permitan cerciorarse o descartar esta hipótesis, no cabe más que apuntar la posibilidad de que así sea. Una vez hubo terminado la escritura del libro mencionado, en 1689, aderezó unos *misales*, ingresando 6.120 maravedís. Tras ello, sus trabajos para la Catedral se reducen, como en tantos casos, a la escritura de *aleluyas*, razón por la que cobra en los años 1689, 1690 y 1691, 30.800, 22.712 y 33.217 maravedís, respectivamente¹²⁸.

SERENA, Padre Fray Francisco de la (1680)

Este fraile jerónimo fue el elegido para continuar con la elaboración de los cuadrantes del Coro y la Contaduría tras la desaparición de Andrés Camacho. Efectivamen-

¹²³ ACS, 06330, ff. 397r y 400v.

¹²⁴ ACS, 09524, f. 5r.

¹²⁵ ACS, 09525, f. 4r.

¹²⁶ ACS, 09529, f. 5r.

¹²⁷ ACS, 7127, f. 134v.

¹²⁸ ACS, 09530, ff. 1v, 3r, 6v, 09531, ff. 1r, 3r y 5v y 09532, f. 3r.

te, a partir de los cuadrantes del primer tercio del año 1679, comienzan a aparecer libramientos a favor de José Molina, portero de la Contaduría, para pagar los cuadrantes. Una vez éste cayó enfermo, ya en 1679, le substituye Juan de Riales, quien, el 29 de agosto, recibió el acostumbrado pago de 5.100 maravedís por el último tercio del año, «para que con ellos pague al Padre Fray Francisco de la Serena, religioso de San Jerónimo». Tomando tan solo los asientos en los que su nombre aparece explícitamente, ingresó 15.300 maravedís entre 1679 y 1680¹²⁹. Continuó, desempeñando estos trabajos, al menos, hasta 1684¹³⁰.

JUSTO LOBATO, Juan (1680-1683)

Al igual que en otras ocasiones, se dedicó en exclusiva a la producción de *aleluyas*, recibiendo varios pagos. En el primero de ellos, el 26 de abril de 1680, obtuvo 10.200 maravedís por confeccionar ochocientas *aleluyas* pequeñas y cuarenta grandes para la Pascua de Resurrección de dicho año¹³¹. Ya en 1683, recibió una cantidad idéntica de mano de Martín de Amiano y, posteriormente, una cantidad mayor, 25.160 maravedís¹³².

SOTO, José de, Licenciado (1683-1699)

El veintenero José de Soto participó en labores de escritura y restauración de libros de forma más o menos constante durante el periodo señalado. En 1683, por el «aderezo de libros y *misales*» se le pagaron 9.180 maravedís¹³³. Posiblemente, continuó en estas labores durante el año 1684, cuando recibió otros 2.346 maravedís «por el reparo de *misales*», mismo año en el que escribió las *aleluyas*, cobrando «de resto» de los mismos, 20.600 maravedís¹³⁴. De 1685 solo se ha encontrado un pago por la misma razón, esta vez de 23.800 maravedís. Sin embargo, por los autos capitulares se sabe de su participación en el reparo de los libros de canto llano, dado que, el 29 de octubre de 1685, el Cabildo le concedió doce días de licencia para acudir a los maitines, designando quien le substituyera. Poco después, el 15 de noviembre, se renovó la dispensa por quince días «para que pueda asistir al cuidado del aderezo de los libros de canto lla-

¹²⁹ ACS, 06330, ff. 164v, 200r y 207v.

¹³⁰ ACS, 06331, ff. 54v, 98r, 150r y 204r.

¹³¹ ACS, 06330, f. 425r.

¹³² ACS, 09524, ff. 1r y 2v.

¹³³ ACS, 09524, f. 5r.

¹³⁴ ACS, 09525, ff. 1r y 2r.

no»¹³⁵. Lamentablemente, no se conoce más de esta labor de restauración de la Librería Coral. Es posible que, tras el fallecimiento de Andrés Camacho, el Cabildo decidiera encargársela, al no contar con un escritor de libros que atendiera el taller escriturario. Sea como fuere, su actividad volvió a reducirse, a tenor de la documentación, a la escritura de *aleluyas* en el año 1686, cuando se le efectuaron desembolsos por un valor total de 30.770 maravedís¹³⁶. Transcurridos trece años, en 1699, su actividad vuelve a adquirir relevancia, realizando labores de escritura y reparación de libros. Efectivamente, obtuvo 11.764 maravedís por un libro de *Antíphonas*, así como otros 17.218 por el aderezo de libros¹³⁷, posiblemente se tratara de un libro grande de *Baeatae Mariae* y otro de *San Felipe Neri*, «y escribir y remedar algunas hojas»¹³⁸.

TORRES, Francisco de (1687-1688)

Durante los dos años en los que aparece se encarga únicamente de las *aleluyas*, ingresando el primero de ellos 10.200 maravedís y 15.810 el segundo¹³⁹.

PINEDA, Isidro (1691-1697)

Lo mismo puede decirse de Isidro Pineda, quien va recibiendo pagos por las *aleluyas*. En 1691, 10.200 maravedís¹⁴⁰, cantidad que se incrementa al año siguiente a 24.550.¹⁴¹ Por los de 1693 se le pagaron 36.108 maravedís¹⁴². En 1694 y 1696 solo aparecen sendos pagos de 10.182 maravedís¹⁴³. Por último, en 1697 se le pagaron 5.100 maravedís, también por las *aleluyas*¹⁴⁴.

LOZANO, Francisco (1695)

Su intervención se reduce a la percepción de 10.182 maravedís por los *aleluyas* del año 1695 y, posteriormente, por una partida de 11.984 maravedís por clavos¹⁴⁵, quizá para trabajos de artesanía del libro, como encuadernaciones.

¹³⁵ ACS, 7126, ff. 125v y 130v.

¹³⁶ ACS, 09527, ff. 1r, 2v y 3r.

¹³⁷ ACS, 09540, ff. 25v, 29r-v.

¹³⁸ ACS, 06330, f. 365v.

¹³⁹ ACS, 09528, f. 7r y 09529, f. 7r.

¹⁴⁰ ACS, 09532, f. 5r.

¹⁴¹ ACS, 09533, ff. 1v, 4v y 7r.

¹⁴² ACS, 09534, ff. 6r y 7v.

¹⁴³ ACS, 09535, f. 5v y 09537, f. 3v.

¹⁴⁴ ACS, 09538, f. 1v.

¹⁴⁵ ACS, 09536, f. 4r.

b) Los iluminadores

La iluminación de las letras capitales, historias y miniaturas era una labor sumamente compleja y precisa, con un alto valor artístico. Iluminadores fueron Melchor de Riquelme, Andrés Camacho o Jerónimo Bravo, dado que, como escritores de libros, se encargaban, asimismo, de la confección de miniaturas. Tanto Juan Ruiz Jiménez como Rosario Marchena han destacado el papel de Fray Juan de Jesús como iluminador en el libro del *Dulce Nombre de Jesús*. Ésta última señala a Juan de Herrera como el más importante de los iluminadores del siglo XVII, aunque reconoce que no hay huellas documentales de su actividad en el Archivo Catedral de Sevilla¹⁴⁶.

MOLINA, Bernardo de (1612)

El caso de Bernardo de Molina es el único del que se tienen noticias, en este trabajo, de una dedicación en exclusiva a la iluminación. Desgraciadamente, no es demasiado lo que se dice, dado que solo ha quedado registrado un pago de 408 maravedís por «ciertas iluminaciones» que hizo, en una nómina de agosto de 1612¹⁴⁷. Desde entonces no vuelve a constar, que se sepa, en la documentación. Hay que destacar que se requirieron sus servicios en unos momentos en los que la actividad no era especialmente alta, dado que hasta el año siguiente de 1613 no se acometería la reforma de la Librería Corral.

c) Los raspadores

VILLAVICIOSA (1613-1614)

El trabajo de los raspadores consistía, básicamente, en borrar los pasajes o párrafos de las obras escritas en pergamino aplicando fricción sobre su superficie, de forma que la escritura fuera eliminada. Debido a la importante dimensión de los trabajos de adecuación de la Librería Corral al nuevo rezado, Melchor de Riquelme requirió la participación de estos profesionales. De ellos, el que trabajó por más tiempo en su equipo

¹⁴⁶ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 50 y MARCHENA 2018, p. 77.

¹⁴⁷ ACS, 09649, f. 31v.

fue Villaviciosa, cuyo apellido consta desde noviembre de 1613. Su salario era de 85 maravedís por día de trabajo, de forma que, en las cuatro nóminas que se contaron hasta diciembre, ingresó, en total, 1.995 maravedís¹⁴⁸. El año 1614 refleja su actividad hasta el mes de julio, trabajando entre seis y cuatro días cada semana. A partir de junio, al igual que sucedió con otros miembros del equipo, su salario aumentó, pasando de los 85 maravedís acostumbrados a 102. En total, se le pagaron 5.457 maravedís por su actividad.

MORATA (1614)

A diferencia de Villaviciosa, Morata no hace su aparición hasta abril de 1614, cuando, como raspador, se le paga un jornal de 102 maravedís diarios. En total, solo trabajó durante dos nóminas de dicho mes, una seis días y la otra cinco, por lo que cobró sólo 1.122 maravedís¹⁴⁹.

GUZMÁN, Tomás de (1614)

Más discreto aún fue el papel jugado por Tomás de Guzmán, quien está inscrito en un par de nóminas del mes de junio. Su sueldo era idéntico al de sus colegas, que nunca coinciden en los asientos. Es decir, aunque los raspadores son tres, no trabajaban simultáneamente, lo que puede indicar que el volumen de trabajo no era tan alto como para mantener en nómina a más de uno. Quizá, Villaviciosa se hubo de ausentar por alguna circunstancia y el Cabildo buscó a substitutos coyunturalmente. De todas formas hay que recordar que Jerónimo Bravo, como se ha resaltado antes, también raspaba. En cualquier caso, Tomás de Guzmán trabajó por un modesto montante de 408 maravedís¹⁵⁰.

d) Los libreros

La Catedral Hispalense era una institución encargada de una multiplicidad de funciones de todo tipo derivadas de sus actividades, desde las litúrgicas y de culto hasta las de tipo económico producto de sus ingentes posesiones en bienes raíces, rentas, do-

¹⁴⁸ ACS, 09650, ff. 39r-40v.

¹⁴⁹ ACS, 09651, ff. 22v-23r.

¹⁵⁰ ACS, 09651, ff. 32v-32r.

naciones o la gestión de los recursos humanos, de la multitud de personas que estaban empleadas por la Iglesia Mayor. Como tal organismo, precisaba del uso de cantidades importantes de papel, así como de la confección de libros administrativos o patrimoniales que ayudaran en la gestión de sus fieldales, la recolección de diezmos, subsidios y excusados, o permitieran el control de la contabilidad. Por ello, a lo largo del siglo XVII, fueron muchos los libreros que, ya como artesanos o simplemente vendiendo sus productos, trabajaron con la Catedral.

LÓPEZ DE HARO, Pedro (1601-1608)

Al iniciarse la centuria decimoséptima, Pedro López de Haro era uno de los libreros que más asiduamente prestaban sus servicios, principalmente, a la Fábrica Catedralicia, siguiendo la tendencia iniciada a fines del siglo XVI¹⁵¹. Así, en los años 1601 y 1602 se encargó de la encuadernación de los libros de Estatutos, por los que se le efectuaron diversos libramientos, que montaron, en total, 12.600 maravedís¹⁵². Dos años después, en 1604, realizó otros libros administrativos: uno de repartimiento del excusado, por el que cobró 544 maravedís; los dos para el subsidio y el excusado «y unos remiendos en otros libros», que le reportaron 476 maravedís; un libro de casillas, sin contar el papel, por 544 maravedís; 85 por realizar un cuaderno para el libro del subsidio y el excusado; por último, 136 maravedís por aportar el pergamino y encuadernar otro libro. Continuó realizando este tipo de trabajos en enero de 1605, llevando 2.703 maravedís por confeccionar libros de pitanzas, procesiones del comunal, manuales, dos libros de cuentas, así como un libro de receptoría y otro de Mayordomía de Fábrica, todo ello sin contar el papel, es decir, solo por su trabajo como artesano. En junio del mismo año se le pagaron 1.054 maravedís en cumplimiento de 1.462 a razón de 204 por la hechura de un libro de repartimiento del excusado, 476 por otro de Mayordomía y 714 maravedís del libro de los subsidios, de los pagos del año siguiente, habiendo recibido hasta entonces, 408 maravedís. Antes de que terminara el año encuadernó los libros de procesiones del Comunal de 1606 y de pitanzas manuales, por 272 maravedís, y realizó veinticuatro pares de cubiertas de pergamino para la Contaduría, a 54 maravedís, que sumaron 1.296 maravedís.

¹⁵¹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 382-383.

¹⁵² ACS, 09452, ff. 6r-v y 8r y 09453, f. 6v.

El año 1606 se inicia en abril, cuando se le libraron 153 maravedís por confeccionar dos libros para la cobranza del subsidio y el excusado. Además de estos dos, elaboró un libro de casillas por otros 612 maravedís, 750 al sumarle la guarda de pergamino. En mayo encuadernó un libro de profesiones de Fábrica por 204 maravedís y en junio, «encuadernó y puso el pergamino» en el libro para el excusado, por el mismo precio. En diciembre se le abonaron 272 maravedís por «el remiendo de libros y cartapacios», así como otros 1.122 por la encuadernación de otros libros administrativos. De nuevo en 1607 se recogen pagos por razones similares, ya sean libros de aumentos, del subsidio, de procesiones del comunal u otros. En ocasiones los libramientos son «por cosas que hizo para la Fábrica» o por «los libros, cartas y otras cosas para el Cabildo». En total, todos estos trabajos le reportaron 3.883 maravedís. En 1608 sigue la misma tónica, confeccionando libros para la Mayordomía de la Fábrica, haciendo un cajón para el Deán o por encuadernar otros tantos libros. En ocasiones, la Fábrica le proporcionaba materiales, como papel o pergamino, lo que apunta con más fuerza a su carácter de artesano, más que de comerciante o mercader de libros. El montante que ingresó durante este año fue de 3.632 maravedís¹⁵³. Este año es el último en el que se han hallado noticias de López de Haro, aunque es posible que continuara trabajando para la Catedral algunos años más.

MEXÍA, Fernando (1611)

Las noticias sobre Fernando Mexía, «librero», denotan una actividad que apunta a que se trataba de un mercader más que de un artesano. Así, el 6 de abril de 1604 obtuvo un importante pago de 44.268 maravedís por un número indeterminado de *misales*¹⁵⁴. Años después, el 7 de julio de 1611, se le libraron 2.448 maravedís por entregar doce pieles de pergamino «que dio para escribir un libro del *Ángel de la Guarda*»¹⁵⁵, de lo que se encargó Melchor de Riquelme. En la centuria anterior, había proporcionado a la Catedral Hispalense cuatro *misales* y un *Breviario* de cámara entera para el Coro¹⁵⁶.

¹⁵³ ACS, 06384, ff. 18v, 21r, 23v, 34v, 35r, 37r, 44v, 54r, 59v-61r, 64r, 72v, 74r, 83r, 87v, 94r, 97v, 101r, 104r, 108v, 110r, 113v, 116v, 121v y 122r.

¹⁵⁴ ACS, 09454, f. 6v.

¹⁵⁵ ACS, 09461, f. 14v y 06315, f. 243r.

¹⁵⁶ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p.380.

RAMOS, Diego (1608-1612)

Son, igualmente, esporádicas las referencias a Diego Ramos, quien parece ser un librero artesano. El 19 de enero de 1608 se le prometieron 6.800 maravedís por un *breviario de cámara* «cumplido, con las tijas doradas». Unos meses después, el 30 de mayo ingresó el doble, 13.600 maravedís, por dos «*breviarios de cámara enteros*»¹⁵⁷. Sus trabajos debieron de alcanzar cierta relevancia, dado que, transcurrido algo más de un año desde entonces, el 6 de junio de 1609, se recoge un cargo en su favor de 7.072 maravedís por encuadernar cincuenta y dos *procesionarios*¹⁵⁸, aunque no es posible saber cuándo comenzó la encuadernación de los mismos, ni si este fue el único pago que recibió por la cuestión. Por último, en 1612 trabajó de nuevo, ingresando en marzo 1.700 maravedís de los 5.100 que montó la encuadernación de tres libros *aniversarios* y, en abril, 2.040 por encuadernar uno de los libros grandes de *responsos de maitines de Resurrección* al que se habían añadido veintiséis nuevas hojas¹⁵⁹.

CHARDI, Rafael (1612-1620)

Es otro de los libreros que surtían a la Catedral de Sevilla de elementos librarios, en su mayor parte, si no en su totalidad, para lo que puede entenderse como el funcionamiento administrativo del templo. Durante el siglo XVI había realizado encargos similares, en el periodo 1586-1598¹⁶⁰. El primero de los años en los que aparece en el siglo XVII, 1612, dio dos libros blancos para las cuentas del receptor de Fábrica y puso dos resmas de papel en un libro de nóminas, cobrando, por todo, 477 maravedís¹⁶¹. Dos años después, en 1614, repitió la entrega de dos libros de cuentas, y dio una resma de papel «de que subieron dos manos a la librería», por lo que le libraron 480 maravedís¹⁶². El 7 de noviembre de 1615 ingresó 1.438 maravedís que costó el papel, cañones y el aderezo de un libro y, al año siguiente, volvió a vender tinta, cubiertas, un libro de protocolo, una vitela, papel y cañones por una cantidad de 2.516 maravedís¹⁶³. En 1617, de nuevo se le pagaron 544 maravedís por dos libros de papel de marca mayor, de dos ma-

¹⁵⁷ ACS, 09647, ff. 107r y 108r y 09458, ff. 4r y 6r.

¹⁵⁸ ACS, 09459, f. 12r.

¹⁵⁹ ACS, 09649, ff. 21r y 23r.

¹⁶⁰ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, pp. 380-381.

¹⁶¹ ACS, 09649, ff. 19v y 22r.

¹⁶² ACS, 09651, ff. 14r y 39r.

¹⁶³ ACS, 06316, ff. 47v y 109r

nos cada uno, para la Contaduría¹⁶⁴, así como por surtir de tinta y otros útiles de escritura, entre ellos un libro de casillas, percibiendo 5.800 maravedís a cambio¹⁶⁵. Continuó con sus actividades habituales en los años siguientes: en 1619, recibió 1.802 maravedís por tinta y un pliego de pergamino y, en 1620, 8.142 por libros, tinta y cuatro manos de papel¹⁶⁶. Estas son las últimas referencias al mismo, dado que el año siguiente es otro Chardi el que se encarga de trabajar con la Catedral de Sevilla.

MARTÍN, Lucas (1613-1620)

Puede considerarse a Lucas Martín como un artesano, en ningún caso como un mercader, dado que todos los cargos realizados a su favor tienen como concepto trabajos, esta vez, en libros de canto o de liturgia. Así, entre noviembre y diciembre de 1613, probablemente como parte de la magna tarea de adecuación de la Librería Coral al reza-do romano, se encargó de coser los cuadernos de un libro grande de canto, cobrando 204 maravedís¹⁶⁷. Transcurrido un año, en noviembre de 1614, por coser cuatro hojas y «solfar» otras cuatro en libros grandes de canto, percibió otros 204 maravedís. Aunque estas labores son contemporáneas de las acometidas por el taller escriturario comandado por Melchor de Riquelme, no parece que formara parte de su equipo, siendo sus respectivos trabajos paralelos. Por último, el 20 de junio de 1620, se le libraron 2.618 maravedís por encuadernar nada menos que veintinueve *procesionarios* en cartón y pergamino¹⁶⁸. Los libros de Contaduría dan más detalle sobre estos trabajos. Esos 2.618 maravedís se le dieron en cumplimiento de un total de 2.856. Quince de los *procesionarios* fueron encuadernados en cartón y cuatro en pergamino. Además, se le descontaron 238 maravedís «por un *procesionario* que entregó menos de los treinta que se le habían entregado para encuadernarlos»¹⁶⁹. Este fue el último trabajo registrado a su nombre, pero no la última referencia al mismo, pues el 8 de mayo de 1624 el Cabildo decidió conceder una limosna de 1.700 maravedís para ayudar en el entierro de Lucas Martín, «que trabajaba en la encuadernación de los libros de la Fábrica, que ha muerto muy pobre»¹⁷⁰.

¹⁶⁴ ACS, 09466, f. 20v.

¹⁶⁵ ACS, 06317, sf.

¹⁶⁶ ACS, 06318, sf.

¹⁶⁷ ACS, 09650, ff. 36r y 40v.

¹⁶⁸ ACS, 09651, f. 40v.

¹⁶⁹ ACS, 06318, sf.

¹⁷⁰ ACS, 7100, f. 21v.

TORO, Antonio de (1613-1629)

Antonio de Toro fue un mercader de libros de Sevilla muy activo, aunque su relación con la Seo Hispalense no llegó a ser demasiado estrecha. Principalmente, se dedicó al comercio de libros con el Nuevo Mundo y a la importación de obras desde Lyon. Aunque su primera mención en la documentación catedralicia data de 1594, cuando vendió seis *misales*¹⁷¹, hasta 1613 no reaparece, realizando varios encargos entre los meses de septiembre y noviembre. En primer lugar, se le pagaron 1.496 maravedís por un libro de *Evangelios y Epístolas*, con tablas y cubiertas doradas. No se ha encontrado más información al respecto y podría pensarse que no debió de tratarse del precio final de dicho libro, dado lo reducido de la cantidad abonada. Sin embargo, el mes siguiente se registran dos pagos, uno de 1.875 maravedís por un «*breviario* grande de los nuevos, en papel» y otro de 1.125 por la encuadernación dorada «y todas las hojas, sin manecillas». Es probable que estos encargos tuvieran relación con el trabajo que, a la sazón, se estaba acometiendo en el taller escriturario catedralicio. Por último, obtuvo 680 maravedís por un libro de contar encuadernado en tablas y becerro¹⁷². Un año después ingresó 1.360 maravedís por un libro escritorio para la Librería, por entonces sometida a los trabajos de expurgo dirigidos por Luis Melgarejo¹⁷³.

Debió pasar más de una década hasta que los servicios de Antonio de Toro fueran requeridos. Aunque el asiento encontrado se limita a un libramiento de 6.800 maravedís, el concepto por el que se paga es «por los libros que está encuadernando para la Librería», lo que indica que, posiblemente, hubo más pagos por una actividad prolongada, aunque no se hayan encontrado. Un año después, el Mayordomo de Fábrica ordenó librar 204 maravedís a Juan de Castro para pagar a Antonio de Toro la encuadernación de un librete de *Antífonas* del Coro. Como último apunte, consta un pago de 7.684 maravedís por un *breviario* de cámara entera que Antonio de Toro vendió para el Coro de la Catedral, el 10 de mayo de 1629¹⁷⁴.

¹⁷¹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ 1992, p. 384.

¹⁷² ACS, 09650, ff. 34r, 37r y 40r.

¹⁷³ ACS, 09651, f. 39v.

¹⁷⁴ ACS, 09477, f. 15r.

PÉREZ, Antonio (1614)

Desafortunadamente, todo lo que la documentación ha ofrecido sobre Antonio Pérez es que se le pagaron 1.496 maravedís por la encuadernación de un libro grande «que sirve a los maitines de noche». Seguramente, deba de encuadrarse su limitada actuación en los trabajos del taller escriturario, en el mismo sentido que Lucas Martín.

CHARDI BERNAL, Juan (1623)

Justo cuando deja de aparecer Rafael Chardi, lo hace Juan Chardi Bernal, que se dedica a los mismos negocios que el anterior. El 7 de enero de 1623 recibió un pago de 6.636 maravedís por libros, papel, tinta, cañones y «otras cosas» que dio para la Contaduría desde julio del año anterior. En junio del mismo se registra un pago por razón similar, esta vez de solo 2.780 maravedís¹⁷⁵.

VECENTE, Diego (1625)

Este librero fue uno de los que participó en la confección del libro del *Dulce Nombre de Jesús* escrito en su mayor parte por Andrés Camacho. Lamentablemente, no se han encontrado otras referencias a él en la documentación, más allá de un pago de 544 maravedís¹⁷⁶ por encuadernar el mencionado libro.

MARTÍNEZ, Diego (1625)

Toda referencia al mismo se reduce a un lacónico: «por un libro», 1.496 maravedís¹⁷⁷, que se le pagaron en la primera nómina de septiembre de 1625.

CHARDO, Antonio (1626)

De Antonio Chardo solo consta un pago de 1.050 maravedís por libros que vendió para el servicio de la Fábrica¹⁷⁸. Si estaba relacionado con alguno de los Chardi, habría que investigarlo.

¹⁷⁵ ACS, 06319, ff. 100v y 127v.

¹⁷⁶ ACS, 09667, f. 3r.

¹⁷⁷ ACS, 09667, f. 49v.

¹⁷⁸ ACS, 09473, f. 11r.

ULLERO, Juan (1627)

En marzo de 1627 se efectuó un libramiento de 7.480 maravedís a su favor por cinco *misales* nuevos, a razón de 1.496 cada uno¹⁷⁹.

ABADÍA, Antonio de (1627)

Se encargó, al igual que otros antes que él, de la encuadernación de un importante número de *procesionarios*, veinticuatro, en su caso. Se recoge un pago en noviembre de 1627 por 4.488 maravedís. Atendiendo a lo que cobraron otros libreros por trabajos similares, no parece que deban de haber más libramientos por este concepto¹⁸⁰.

GARCÍA, Hernando (1633-1635)

Debía de tratarse de un librero artesano, aunque trabajaba tanto surtiendo a la Fábrica de libros para su gestión diaria, entregando dos libros blancos en diciembre de 1633¹⁸¹, como encuadernando *procesionarios*, al igual que otros hicieron antes que él. No se especifica el número de los que encuadernó, como sí sucede en otros casos, pero la cantidad que percibió por ello, 5.100¹⁸² maravedís, hace pensar en un número elevado, atendiendo a lo que se había pagado previamente por la misma labor.

JUAN, Francisco (1640-1655)

Sus servicios fueron más solicitados por la Seo Hispalense de lo que puede decirse de otros libreros. De hecho, en la documentación de Contaduría es denominado como «librero de esta Santa Iglesia», sin que se sepa más sobre el carácter o trascendencia de este apelativo. Se encargó, básicamente, de confeccionar libros para la administración de la Fábrica y la Contaduría. En 1640 se le pagaron dos libros que dio el año anterior para las cuentas de la Receptoría y la Mayordomía de la Fábrica, un total de 1.615¹⁸³. En general, los libramientos a su favor, aunque numerosos, no fueron muy abultados, repitiéndose a lo largo de década y media¹⁸⁴. Dos años después, fueron 272 maravedís los que percibió por un libro de mano y media de papel, también para la Re-

¹⁷⁹ ACS, 09667, f. 3r.

¹⁸⁰ ACS, 09667, f. 130r.

¹⁸¹ ACS, 09654, f. 39v.

¹⁸² ACS, 09481, f. 11r.

¹⁸³ ACS, 09486, f. 11r.

¹⁸⁴ ACS, 06323, ff. 261r, 286v, 340r; 06324, 251v, 290r, 312v y 344v.

ceptoría de la Fábrica, y 612 en 1643¹⁸⁵. En 1644 la cantidad fue muy superior, 4.080 maravedís, por unas encuadernaciones, papel de marquilla¹⁸⁶ y otras cosas que dio para la Fábrica. Continúan apareciendo libramientos a su favor por confeccionar el libro de posesiones de la Fábrica y otros similares, que le reportaron 15.623 entre 1647 y 1654¹⁸⁷.

MUCIO, Francisco (1654-1686)

Pertenecía a una familia de libreros y mercaderes de libros y papel, y fue requerido frecuentemente por sus servicios por la Catedral en el periodo entre 1654 y 1686. En este tiempo, se dedicó tanto a proveer de libros blancos para la gestión cotidiana de la Catedral como a otros trabajos de reparo o venta de *misales* u otros libros. En algunos documentos es calificado como librero de la Catedral, una vez desapareció de la escena Pedro de León, en 1662, cuando se le pagaron 544 maravedís por un libro de salario de los ministros de la Fábrica¹⁸⁸. El primer año del que se tienen noticias suyas, 1654, dio un libro nuevo para las nóminas y diez manos de papel por 1.020 maravedís, recibiendo otros 748 por «cosas que se compran fiadas» y 306 por papel y tinta. Además de ello, reparó tres *misales* del Sagrario, ingresando 2.380 maravedís. Al año siguiente, en enero, entregó cinco manos de papel, un libro blanco para la Capilla de los Cálices y aderezó un *misal* de la Capilla de la Antigua, cobrando 867 maravedís¹⁸⁹. Entre 1660 y 1673, suelen registrarse algunos pagos a su favor, en su mayoría, como se ha dicho, por libros blancos. El montante total fue de 22.036 maravedís por este tipo de trabajos. Por último, consta un pago de 6.800 maravedís a su nombre, aunque no se especifica la razón o concepto del pago¹⁹⁰.

MUCIO, José (1654-1655)

En contraste con el anterior, las referencias documentales a José Mucio se limitan a un par de años en los que vendió papel pero, sobre todo, se ocupó del trabajo de reparación de *misales*. En septiembre de 1654 se le pagaron 1.700 maravedís por los *misales* de las capillas «que va aderezando», en noviembre se concretó que se trataba de

¹⁸⁵ ACS, 09487, f. 7r y 09489, f. 6v.

¹⁸⁶ RAE 1: papel de tina, de tamaño medio entre el papel de marca y el de marca mayor.

¹⁸⁷ ACS, 09492, f. 23v; 09495 f. 5v; 09497 f. 2v; 09498 f. 6v y 09500, f. 13r.

¹⁸⁸ ACS, 06326, f. 277r.

¹⁸⁹ ACS, 09654, ff. 1v, 31v, 46v, 51v y 86v.

¹⁹⁰ ACS, 09655, f. 37r.

los situados en las Capillas de la Antigua y Cálices, cuya reparación montó, en total, 4.896 maravedís. Durante ese año recibió otros 238 maravedís por cinco manos de papel¹⁹¹. A lo largo de 1655, vendió seis manos de papel por 240 maravedís, siendo su ocupación principal la encuadernación de los *salterios* del Coro. El trabajo le llevó desde marzo hasta junio, periodo en el que va recibiendo libramientos de 3.400 maravedís hasta un montante de 24.140, más otros 3.740 que se le dieron por «poner manecillas y tablas» a los mismos¹⁹².

MUCIO, Pedro (1654)

Es el último de los Mucio cuya actividad se desarrolla, aunque sea brevemente, bajo los auspicios de la Catedral de Sevilla. Seguramente, junto a los otros Mucio, participó en la restauración de los *misales*. En concreto, recibió 680 maravedís por aderezar y encuadernar un *misal* de la Capilla de Juan Cervantes, actual Capilla de San Hermenegildo, en abril de 1654¹⁹³.

FRANCO, Juan (1654)

Todo lo que la documentación ofrece sobre él son dos pagos efectuados en junio de 1654, el primero de 1.088 maravedís por un libro blanco para apuntar las misas en la Capilla de los Cálices y, el segundo, de 408 maravedís por aderezar los *misales* de la misma Capilla¹⁹⁴.

TORRES, Diego de (1655)

Su relación con la Catedral de Sevilla se redujo, a tenor de la documentación, a la confección de un *breviario de cámara entera* en papel, que entregó para el Coro catedralicio en marzo de 1655. Por ello ingresó 6.120 maravedís, a los que se sumaron otros 2.720 por su encuadernación¹⁹⁵.

¹⁹¹ RAE, 8: conjunto de cinco cuadernillos de papel, o sea, vigésima parte de la resma.

¹⁹² ACS, 09654, ff. 61v, 70v, 74r, 97r, 101v, 103v, 105v, 110r, 124r y 125v.

¹⁹³ ACS, 09654, f. 23v.

¹⁹⁴ ACS, 09654, f. 39v.

¹⁹⁵ ACS, 09654, f. 103r.

TORRES, Lorenzo de (1655)

Si tenía alguna relación con el anterior, no se trasluce de la documentación, más allá de su coincidencia temporal. En cualquier caso, su trabajo para la Seo Hispalense queda limitado a la encuadernación de diez *misas de difuntos* de corte dorado, por un precio de 3.400 maravedís¹⁹⁶.

BELERO, Juan (1655)

Los Belero, Velero o Bellerio, fueron una familia de mercaderes de libros flamencos con los que estaba emparentado el canónigo y reorganizador de la Biblioteca Capitular y Colombina Juan de Loaysa¹⁹⁷. Seguramente, se trate del mismo librero Juan Belero con el que Luis Melgarejo debía concertar el expurgo de la Librería catedralicia en 1614¹⁹⁸. Lamentablemente, si llegaron a un acuerdo al respecto, éste no dejó más huellas en la documentación. En cualquier caso, las noticias halladas se reducen a un libramiento de 16.320 maravedís por tres *misales* nuevos para la Sacristía Mayor, en enero de 1655¹⁹⁹.

LEÓN, Pedro de (1657-1658)

Pedro de León fue, a lo que parece, el sucesor de Francisco Juan como «librero de esta Santa Iglesia». Al igual que aquél, se dedicó a proveer a la Receptoría y a la Mayordomía de la Fábrica de libros y otros productos relacionados con la gestión cotidiana de los negocios de las mismas. En 1657, recibió un pago de una cantidad más elevada, 15.096 maravedís, por «tinta, arenilla y libros de autos capitulares»²⁰⁰. Los libros de Fábrica también arrojan pagos: el primero data de enero de 1657 y recoge un libramiento de 1.263 maravedís por los libros que hizo para la Receptoría y la Mayordomía de la Fábrica y para los salarios de los ministros. En febrero del año siguiente repitió su trabajo, excepto el último libro, y percibió 952 maravedís²⁰¹.

¹⁹⁶ ACS, 09654, f. 105r

¹⁹⁷ GUILLÉN 2006, p. 245.

¹⁹⁸ ACS, 7095, ff. 128v y 132v.

¹⁹⁹ ACS, 09654, f. 86v.

²⁰⁰ ACS, 06325, f. 375r.

²⁰¹ ACS, 09503, ff. 1v y 15v.

DÍOS, Juan de (1669)

Tan solo se ha encontrado un libramiento a su favor, en diciembre de 1669, cuando se le pagaron, por dos *salterios*, únicamente 2.040 maravedís²⁰². La cita es es-cueta y no dice si era a cuenta, si se le pagaban por entregar unos *salterios* nuevos o si, por el contrario, se trataba de su reparación o aderezo. Sea como fuere, parece una cantidad demasiado exigua como para constituir la compra de dos *salterios*.

PONCE, Pedro (1678)

La documentación solo refleja de él que era un «mercader de libros» al que la Fábrica de la Catedral adquirió quinientos «cañones», es decir, plumas de ave que se usaban como instrumentos de escritura²⁰³, el 16 de noviembre de 1678.

ROBLES, Ambrosio de (1678-1681)

Este librero, proveedor habitual de elementos de escritura para la Iglesia Mayor Hispalense, es llamado en ocasiones «librero desta Santa Iglesia», al igual que otros antes que él, de lo que puede colegirse una relación de corte parecido a la que ostentaban Andrés Camacho, como escritor de libros de la Catedral, o Francisco de Blas, como Impresor Mayor del Cabildo. Sin embargo, aparte de esta sola referencia, no hay nada que sustente una vinculación de este tipo. Su presencia es recurrente desde 1678, surtiendo de «libros, papel, cañones e impresiones para el gasto desta Iglesia», por los que recibió, el 24 de enero de dicho año, 24.820 maravedís. También trabajaba directamente para la Contaduría, a la que entregó elementos similares por valor de 14.926 maravedís, el 22 de junio del mismo año de 1678. De nuevo, en 1679, se le denomina como librero de la Catedral, cuando percibió otros 11.866 maravedís por razones similares. Este tipo de libramientos se repite en 1681. También trabajó para la Fábrica desde 1677, obteniendo un montante total de 21.046 maravedís por sus trabajos²⁰⁴.

BERNAL, Juan (1679)

Se dedicó a la enmienda y aderezo de los libros tanto del Coro como de la Biblioteca Capitular y Colombina. Así, el 4 de agosto de 1679 se le pagaron 25.908 mara-

²⁰² ACS, 09655, f. 110r.

²⁰³ RAE, 5ª acepción de cañón.

²⁰⁴ ACS, 06330, ff. 87v, 113v, 139r, 246r, 339r, 364v, 394r y 418r.

vedís por los siguientes conceptos: 2.856 por veinticuatro hierros, 1.632 por tablas nuevas «que se echaron a los libros del Coro», uno de *Sufragia* y otro del *Benedicamus*, otros 17.000 maravedís por los «becerros para aforrarlos» y los 4.420 restantes «de remedar las hojas rompidas de dichos libros y escribir algunos renglones y letras». Poco después, el 1º de septiembre del mismo año, recibió otros 12.580 maravedís, 8.500 por encuadernar un libro grande de *Benites*, 2.006 por las dos tablas nuevas que le colocó, 1.666 por dos hierros nuevos y 408 maravedís por «remedar y escribir hojas rotas y borradas». Ya en 1680, el 26 de abril, se libraron 11.594 maravedís a su favor por elaborar y pintar las treinta y una tarjetas para los estantes de la recién renovada Biblioteca Capitul y Colombina²⁰⁵. Como puede observarse gracias a la documentación, su desempeño fue variado, desde la encuadernación y elaboración de los caracteres externos de los libros tratados hasta la escritura de algunas páginas o pasajes. A pesar de su faceta como escritor, parece que su función como librero fue preponderante y, por esta razón, ha sido incluido entre éstos.

VARGAS, Bartolomé (1680)

Aunque su nombre figura, únicamente, en el asiento inscrito el 7 de junio de 1680, su labor fue de la mayor importancia y envergadura, pues se trata del librero con el que Luis Frederigui concertó la encuadernación de los que Juan de Loaysa cuenta en más de dos mil libros de la Biblioteca Capitul y Colombina, desde 1678. El único pago a su nombre monta la importante cantidad de 136.000 maravedís, del total de 187.000 que percibió esta ingente labor de encuadernación²⁰⁶. Lamentablemente, no hay más noticias acerca de otros posibles trabajos realizados por el «maestro librero», por lo que no puede saberse las referencias por las que fue contratado por el Arcediano de Carmona para tan ingentes trabajos.

CAMOYANO, Juan Antonio (1693-1699)

Se trata de uno de los últimos libreros que hacen su aparición antes de que finalice el siglo XVII. Según la documentación, se dedicó, exclusivamente, a proveer a la Fábrica catedralicia de libros blancos o administrativos, incluyendo el pergamino y algunos trabajos de aderezo o reparo. Excepto el año 1696, del que no hay noticias, éstas

²⁰⁵ ACS, 06330, ff. 408v, 410v y 425v.

²⁰⁶ ACS, 06330, ff. 127v, 418r, 429r y 431r.

se limitan a libramientos aislados por cantidades variables, desde los 2.686 maravedís de 1693 hasta los 7.667 de 1698. Como producto de estas ventas obtuvo la cantidad de 53.355 maravedís²⁰⁷.

NAVAS, Antonio de (1697)

Denominado como «maestro librero», solo se ha encontrado acerca de él un libramiento de 2.618 maravedís por encuadernar un libro de protocolo de las posesiones de la Fábrica²⁰⁸.

VARGAS, Juan de (1697-1699)

Menos recurrente que Juan Antonio Camoyano, su función fue similar, dado que solo se registran un par de pagos, uno en 1697 y otro en 1699. Sin embargo, no debieron de ser pocos los «libros para la Fábrica» que entregó, pues el primero de los libramientos efectuados en su favor corresponde con la nada despreciable cantidad de 18.700 maravedís²⁰⁹.

RAMÍREZ, Francisco (1698)

Al igual que los anteriores, su trabajo se limitó a algunos encargos para la Fábrica, de los que solo se ha recogido un pago de 1.700 maravedís «por la ocupación que ha tenido en aderezar tres libros de las posesiones de la Fábrica»²¹⁰.

e) Los impresores

Al igual que sucediera con libreros y escritores de libros, la Catedral de Sevilla recurrió a los servicios de distintos propietarios de imprentas para surtirse de impresos destinados a su funcionamiento diario, así como para la impresión de las distintas obras que patrocinó y editó a lo largo de la centuria. De hecho, el Cabildo contó con su propio impresor o «Impresor Mayor», dedicado a satisfacer las necesidades más o menos fijas de la Seo.

²⁰⁷ ACS, 09534, f. 7r; 09535, f. 6v; 09536, f. 1r; 09538, f. 2r; 09539, f. 1r; 09540, f. 1r y 06335, ff. 303r, 327r y 353r.

²⁰⁸ ACS, 06335, f. 309v.

²⁰⁹ ACS, 09538, f. 4v y 09540, f. 1r.

²¹⁰ ACS, 06335, f. 329r.

Rodríguez Gamarra es el primero de los Impresores Mayores del Cabildo del que se tienen noticias en el siglo XVII. Residía en la calle de la Muela, frente a la cárcel de la Real Audiencia de Sevilla²¹¹. Su producción fue prolífica, contándose en más de medio centenar de obras entre 1604 y 1622. Su empeño en publicar escritos y obras relacionadas con el dogma de la Purísima Concepción²¹² quizá esté en relación con su vinculación a la Seo Hispalense. Aunque no consta su nombramiento como tal, la recurrencia de sus servicios y, sobre todo, el acta capitular de 6 de abril de 1622 lo confirman. En ella, se cometió a los Contadores para que nombrasen un «impresor para la Iglesia, por muerte de Alonso de Gamarra, que lo era, y que más convenga para su servicio y de cuyo nombramiento se siga comodidad a las hijas de Escobar, impresor antiguo que fue de esta Iglesia»²¹³. Como señala Juan Guillén²¹⁴, el auto hace evidente que la costumbre de nombrar un impresor propio se remonta a un tiempo antes de Rodríguez Gamarra y, de forma casi segura, al siglo XVI, por cuanto éste se halla trabajando como tal en fechas tempranas de la centuria decimoséptima. Concretamente, el 24 de diciembre de 1604 se libraron 1.700 maravedís a su favor por imprimir los nombres de los prebendados en los libros de las pitanzas, pitanzas manuales, profesiones y nominillas. En julio del año siguiente, imprimió un *breve*²¹⁵ por 1.360 maravedís²¹⁶. Transcurridos algo más de dos años, el 21 de enero de 1608, «mandaron librar el doctor Antonio Pimentel, chantre, Juan García Bamonde, prior y canónigo y Martín Gómez, racionero, diputados para la impresión de los *procesionarios*», 68.000 maravedís. Desgraciadamente, no se ha hallado el auto capitular que recoge dicha comisión, ni se sabe cuántos *procesionarios* entregó Rodríguez Gamarra ni, por lo tanto, el precio de cada uno de ellos. Aunque sí puede decirse que más de cinco meses después seguía entregando este tipo de libros, pues el 3 de junio se le pagaron otros 34.000 maravedís por la impresión de los *procesionarios* «que va haciendo»²¹⁷. Antes, había ingresado otros 408 por la impresión de unos edictos para la ración del contrabajo, razón por la que se le abonaron 476 mara-

²¹¹ DELGADO 1996, p. 605.

²¹² DOMÍNGUEZ GUZMÁN 1992, p. 21.

²¹³ ACS, 7099, f. 107r.

²¹⁴ GUILLÉN 2006, p. 257.

²¹⁵ RAE, 3: documento emitido por el pape y redactado en forma menos solemne que las bulas.

²¹⁶ ACS, 06384, ff. 36r y 44v.

²¹⁷ ACS, 09647^a, ff. 107r, 108r y 09458, 4v y 6v.

vedís más en julio. Por último, en noviembre de 1608 se efectuó un libramiento de 544 maravedís por la impresión de los jubileos de los patronos de este año.

Precisamente, este concepto reza en el primer pago que se ha encontrado del año 1609, en marzo del mismo, de 544 maravedís²¹⁸. De este mismo año 1609 data un es-cueto asiento en el que consta un libramiento en su favor de 95.176 maravedís «de im-presión»²¹⁹. Poco o nada puede añadirse, salvo resaltar que se trata de un cantidad im-portante que puede responder a una acumulación de pequeños trabajos o a otros cualita-tivamente más importantes, como la impresión de *procesionarios* que abordó el año anterior. Durante los años siguientes siguen apareciendo pagos a su nombre, más o me-nos detallados y por cantidades que varían ostensiblemente. El 28 de junio de 1610, obtuvo 6.280 maravedís por 1.500 pliegos y 1.000 [...] a 5 blancas cada pliego, y el 28 de junio 1.020 por cien instrucciones y doscientos edictos «que imprimió para la cole-giatura que el Cabildo tiene en Bolonia». Por último, 22 de diciembre otros 1.700 por poner los nombres «que ha impreso» en los libros de pitanzas, manuales, de pitancería y de procesiones del Comunal. Otra de sus funciones era proveer a los distintos organis-mos catedralicios de los contratos precisos para llevar a cabo sus negocios y la gestión de sus bienes. Por la impresión de contratos cobró, en 1611, 53.750 maravedís y en 1612 20.400²²⁰. De nuevo, en 1615 se le paga por poner los nombres de los prebendados en los distintos libros, en esta ocasión, 2.108 maravedís. Al año siguiente, se confirma que dicha cantidad de maravedís «se le dan en cada un año por los nombres que impri-mió en los libros» acostumbrados. Este año recibió otros 1.000 maravedís por la impre-sión de cuatrocientos pliegos de la Regla del Coro, a 5 blancas por pliego²²¹. El Cabildo había ordenado la impresión de la Regla del Coro en varias ocasiones, tanto en febrero de 1610 como en el mismo mes de 1614²²². Parece probable que el mandato se ejecutara en un tiempo razonable y se le pagase transcurrido algo más de un año desde entonces.

En 1617, aparte del pago acostumbrado por imprimir los nombres de los preben-dados, se registra un libramiento de 48.125 maravedís por un total de 19.250 pliegos para las rentas, cantidad que se redujo a 25.000 maravedís en 1618, año en el que, además, imprimió setenta informaciones por mandado de la Diputación de Negocios,

²¹⁸ ACS, 06384, ff. 110r, 120r y 126r.

²¹⁹ ACS, 09459, f. 14r.

²²⁰ ACS, 06315, ff. 3r, 15r, 28r, 60r, 61r y 122r.

²²¹ ACS, 06316, ff. 69r, 93r y 214r y 09465, 16r.

²²² ACS, 7093, f. 49r y 7095, f. 104r.

que montaron 1.428 maravedís²²³. Los años siguientes de 1619-1621, por razones similares, ingresó las cantidades 25.000, 40.905 y 36.522 maravedís, respectivamente²²⁴. Como se apuntó al principio, en 1621 falleció, siendo preciso buscar un nuevo Impresor Mayor del Cabildo.

LYRA VARRETO, Francisco de (1621-1657)

Al igual que en el caso de Rodríguez Gamarra, no se ha encontrado el acta de nombramiento de Francisco de Lira, si bien, su aparición justo tras la muerte de aquél, desempeñando las mismas funciones, da a entender que fue su sucesor en el cargo. Pertenecía a una familia de impresores portugueses cuya actividad se había desarrollado en Évora y Lisboa²²⁵. Además de ser impresor, se encargó de la edición de varias obras, entre las que destaca la cervantina *Novelas ejemplares*. Llegó a ser encarcelado por estar en posesión de obras carentes de licencia²²⁶.

En enero de 1622 realizó una impresión pautada para el libro de misas de capellanías de la Fábrica, que costó 1.870 maravedís²²⁷. Meses después, en mayo y agosto del mismo año, aparece cobrando por los pliegues de contratos, paulinas o, simplemente, «a cuenta de las impresiones que hizo», por un valor total de 20.572 maravedís. Un año después se repite el mismo tipo de pagos, montando 49.453²²⁸. Además de encargarse de la tradicional impresión de contratos y otros papeles para la gestión de la Fábrica o el Cabildo, también proveyó a la Catedral de otros materiales, como demuestran los trece rollos de pergamino que vendió en julio de 1628, por 11.220 maravedís²²⁹. Otras noticias suyas refieren a la impresión de distintos tipos de documentos: en 1631, quince manos de papel de marquilla «tocantes al patronato de Santiago» por las que cobró 3.750 maravedís; dos años después, en enero de 1633 imprimió unos edictos de prebendas de músicos, ingresando 680 maravedís. El 16 de enero de 1641 recibió 1.615 maravedís por los libros de marquilla para la Mayordomía y la Receptoría del año 1639²³⁰. De la misma forma se ocupó, en 1642, de la impresión de las Constituciones del Colegio de San Isidro, que montaron 12.920 maravedís. Aún en 1645, se le realizó

²²³ ACS, 06317, sf.

²²⁴ ACS, 06318, sfvy 06319, ff. 1r y 168v.

²²⁵ DOMÍNGUEZ GUZMÁN 1992, p. 25.

²²⁶ DELGADO 1996, pp. 404 y 405.

²²⁷ ACS, 09469, f. 24r.

²²⁸ ACS, 06319, ff. 59r, 61r, 105r, 109r, 110r, 117v, 136v

²²⁹ ACS, 09476, f. 18r.

²³⁰ ACS, 06322, f. 352v.

un pago de 3.149 maravedís «por imprimir información en Derecho de los bienes de Isabel de Jesús, que pertenecen a la Fábrica»²³¹. A diferencia de lo que sucedería en otras ocasiones, el Cabildo cerró las puertas a la concesión de una ayuda de costa por su auto de 7 de febrero de 1646 «por cuanto tiene pagado todo en lo que ha servido en esta Santa Iglesia»²³².

No trabajó solo para la Catedral de Sevilla, desplegando una actividad de cierta importancia en otros lugares, incluyendo el Nuevo Mundo cuando, junto a los impresores Pedro Gómez Pastrana y Nicolás Rodríguez, todos vecinos en la collación de Santa María, dieron poder al relator de Indias Fernando Jiménez Paniagua, el 10 de junio de 1641. Al año siguiente, daba poder a Juan Belero, que partía hacia Nueva España, para actuar en su nombre y requerir un cajón de libros que había enviado²³³. En 1648 aparece como vecino en la collación de San Salvador, cuando Nicolás Rodríguez reconoce adeudarle doscientos pesos de a ocho reales de plata doble, es decir, 54.400 maravedís que le había prestado²³⁴. Su actividad debió de prolongarse hasta 1657, cuando se produjo un nuevo nombramiento de Impresor Mayor del Cabildo. En 1661 había ya fallecido, dado que el librero Diego Hernández declaró en su testamento una deuda sobre los herederos de Francisco de Lira de 1.836 maravedís²³⁵.

OSUNA, Juan de (1654)

A diferencia de los anteriores, la vinculación de Juan de Osuna con la Catedral de Sevilla se muestra reducida en el tiempo al mes de enero de 1654, a un encargo puntual. Se le paga, a lo largo del mes, en cada nómina la cantidad de 3.400 maravedís, «por imprimir doscientos *cuadernos de misas de Santos de Sevilla*», para los *misales de los Santos de Sevilla* y los *misales* de las capillas. Desde la nómina del 5 al diez de enero, en que se efectúa el primer libramiento, hasta la nómina del 16 al 21 del mismo, recibió un montante total de 23.800 maravedís²³⁶. Cabría preguntarse por qué el Cabildo hubo de recurrir a un tercer impresor contando con uno propio, a la sazón Francisco de Lira. En cualquier caso, su nombre no vuelve a aparecer en la documentación catedrali-

²³¹ ACS, 09479, f. 6r; 09480, f. 5v; 09487, f. 8v; 09491, f. 11r.

²³² ACS, 7106, f. 7v.

²³³ AHPS, Secc. PN, leg. 12839, ff. 689r-v; leg. 12843, ff. 896r-897r; leg. 12873, ff. 786r-v; leg. 12877, f. 50r-v.

²³⁴ AHPS, Secc. PN, leg. 12910, f. 998r-v.

²³⁵ AHPS, Secc. PN, leg. 12062, f. 1143r.

²³⁶ ACS, 09654, ff. 2r, 3v, 5r, 8r, 9v y 10v.

cia. Sí se le encuentra entre los protocolos notariales de Sevilla, por ejemplo, como albacea del ya mencionado impresor Nicolás Rodríguez, en junio del año 1649²³⁷. Su actividad, tras un periodo de silencio entre 1674 y 1688, pudo prolongarse hasta fines del siglo XVII, aunque podría tratarse de dos impresores distintos²³⁸.

GÓMEZ DE BLAS, Juan (1657-1667)

Su nombramiento se produjo por auto capitular de 14 de noviembre de 1657 «según y cómo han sido los demás que han tenido este ejercicio»²³⁹. Como Impresor Mayor, se encargó de los trabajos habituales del cargo, siendo, también, Impresor Mayor de la ciudad de Sevilla desde 1657²⁴⁰. Destaca, asimismo, por el volumen de su producción y por ser editor de publicaciones periódicas, como la *Gazeta Nueva sevillana*²⁴¹. Se hallaba asentado en la actual calle Sierpes, aunque su emplazamiento dentro de la misma varió²⁴².

Se encuentra trabajando para la Catedral de Sevilla en agosto 1659, cuando imprimió cincuenta pliegos para la Receptoría de la Fábrica, por un monto de 1.700 maravedís²⁴³; en los años 1663 y 1664, dio libros para la Mayordomía y la Receptoría de Fábrica, por 2.020 y 1.224 maravedís, respectivamente. Este último año, la carestía de los materiales le llevó a pedir un aumento al Cabildo, que vio su petición el 7 de julio de ese año, cometiendo a la Contaduría para que informara de las posibilidades. Transcurridas unas dos semanas, los capitulares decidieron otorgarle una ayuda de costa anual de 1.700 maravedís²⁴⁴. Definitivamente, recibía un total de 3.400 maravedís de ayuda de costa, dado que a la recién aprobada el 23 de julio, se sumaba otra de igual cantidad «por la carestía del papel»²⁴⁵. La última noticia hallada sobre Juan Gómez Blas data de enero de 1667, cuando, por los acostumbrados libros de Receptoría y Mayordomía de Fábrica y por el de salario de los ministros, se le pagaron 1.904 maravedís²⁴⁶.

²³⁷ AHPS, Secc. PN, leg. 12914, f. 547r-v.

²³⁸ DELGADO 1996, pp. 502 y 503.

²³⁹ ACS, 7112, f. 61v.

²⁴⁰ DOMÍNGUEZ GUZMÁN 1992, p. 36.

²⁴¹ ESPEJO 2008, pp. 247 y ss.

²⁴² DELGADO 1996, p. 283.

²⁴³ ACS, 09504, f. 3v.

²⁴⁴ ACS, 7115, ff. 59v y 69r.

²⁴⁵ ACS, 09671, f. 151r.

²⁴⁶ ACS, 09511, f. 1v.

BLAS, Juan Francisco de (1668-1700)

El 13 de mayo de 1667, el Cabildo recibió la petición de Juan Francisco de Blas, quien pretendía «la plaza de impresor que tuvo su padre de los libros de esta Santa Iglesia y su Librería», encargando a los Contadores que «vean y refieran»²⁴⁷ sobre el particular. En primer lugar, como ya hizo Juan Guillén, cabe destacar la referencia a la Librería²⁴⁸, que induce a pensar que se encargaba de imprimir las obras que el Cabildo pretendía editar y difundir. Este punto no está del todo claro, pues, como se verá, el proyecto de edición de mayor envergadura acometido por el Cabildo catedralicio sevillano en el siglo XVII, el de las *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al culto nuevamente concedido al señor rey San Fernando III de Castilla y León*, no fue impreso por ningún Impresor Mayor del Cabildo.

Por otra parte, no se conoce el informe de los Contadores ni la resolución adoptada por el Cabildo al respecto, pero lo cierto es que su petición debió de ser aceptada, dado que, el 27 de enero de 1668 se efectuó un libramiento de 1.156 maravedís «a Juan Francisco de Blas, Impresor Mayor del Cabildo, por dos libros que dio su padre el año 1667, para Mayordomía y Receptoría de Fábrica». A lo largo de ese año de 1668, se ocupó de un encargo de mayor entidad, que quizá justifica la alusión a la Librería en su petición, dado que, en diciembre, se libraron a su nombre 35.400 maravedís en cumplimiento de 57.800 que importó la impresión de cuatrocientos cuerpos del *Libro de la Custodia*, así como su encuadernación²⁴⁹. Este tipo de trabajos eran, no obstante, excepcionales en el caso de los Impresores Mayores, que, como se encarga de remarcar tozudamente la documentación, se ocupaban de forma mayoritaria de la impresión de libros blancos, contratos y otros documentos, como edictos o breves. Los libramientos por este tipo de conceptos continúan en las décadas siguientes, ingresando cantidades de mayor o menor cuantía, fundamentalmente por la impresión de escrituras y rentas, así como de libros de pitanzas y misadas. Esto no quiere decir que los montantes fueran reducidos, pues, por ejemplo, la impresión y encuadernación de quinientos informes para un pleito le reportó 68.510 maravedís en mayo de 1677²⁵⁰.

²⁴⁷ ACS, 7117, f. 23r.

²⁴⁸ GUILLÉN 2006, p. 257.

²⁴⁹ ACS, 09512, ff. 2v y 17r.

²⁵⁰ ACS, 06330, ff. 1r, 9r, 30r, 48v, 50r, 55v, 101r, 152r, 169v, 202v y 223r.

La permanencia de Juan Francisco de Blas en el cargo de Impresor Mayor tuvo un paréntesis, dado que, en 1672, éste fue ocupado por Juan de Yllanes, hasta 1675, cuando, de nuevo, el Cabildo volvió a nombrar a Blas en el mismo²⁵¹. A partir de entonces, es Juan Francisco de Blas el que ve terminar el siglo, no produciéndose un nuevo nombramiento hasta 1754, recayendo en Jerónimo de Castilla. El mismo documento indica que Juan Francisco de Blas era Impresor Mayor de la ciudad de Sevilla²⁵². Las noticias no son demasiado abundantes para este final de siglo. En 1685 se le pagaron 9.894 maravedís de resto de los *villancicos*²⁵³. Dos años después, le fueron abonados 1.008 por imprimir edictos de la Fábrica²⁵⁴ y en 1690, recibía 658 maravedís por la impresión de un rezo²⁵⁵.

YLLANES, Juan de (1672-1675)

Como se acaba de indicar, en el periodo que abarca 1672-1675, Juan de Yllanes desempeñó el cargo de Impresor Mayor del Cabildo. El 22 de enero de 1672, el Cabildo tuvo a bien nombrarlo como tal «con la misma ayuda de costa que gozaba su antecesor»²⁵⁶. No se sabe por qué precisó el Cabildo de un nuevo impresor, teniendo en cuenta que Juan Francisco de Blas llevaba poco tiempo ejerciendo como tal —apenas cinco años— y, casualmente, volvió a ser nombrado una vez Juan de Yllanes se hubo marchado. En cualquier caso, lo que sí puede conocerse es el motivo por el que este último dejó de ser el Impresor Mayor. Según reza el libro de salarios correspondiente, «el dicho Juan de Yllanes quitó la imprenta, y los Contadores Mayores nombraron a Juan Francisco de Blas en septiembre de 1675»²⁵⁷. Es decir, fue el cese de actividad de Juan de Yllanes lo que llevó al Cabildo a buscar otro impresor, volviendo a nombrar a Juan Francisco de Blas. En julio de 1673 puede datarse un pago realizado a Juan de Yllanes por la impresión de los *villancicos* de Navidad de 1672 y Reyes de 1673, por un valor de 4.080 maravedís²⁵⁸. Poco después, el Cabildo se avino a conceder otros 1.700 mara-

²⁵¹ ACS, 09672, f. 32r.

²⁵² ACS, 09668, f. 241r.

²⁵³ ACS, 09526, f. 8v.

²⁵⁴ ACS, 09528, f. 4v.

²⁵⁵ ACS, 09531, f. 2v.

²⁵⁶ ACS, 7119, f. 6r y 09671, f. 29v.

²⁵⁷ ACS, 09672, f. 32r.

²⁵⁸ ACS, 09517, f. 8r.

vedís de la Mesa Capitular como ayuda de costa a Juan de Yllanes, en esta ocasión por «un libro que dedicó al Cabildo», del que nada más se dice, desafortunadamente²⁵⁹.

²⁵⁹ ACS, 7120, f. 126r.

III. AUMENTO DE LOS FONDOS BIBLIOGRÁFICOS CATEDRALICIOS

Durante la centuria decimoséptima los medios de que dispuso el Cabildo Catedral para el incremento de sus fondos bibliográficos no se diferenciaron mucho de los que empleó en el siglo precedente. Sin embargo, la proporción con que se sirvió de unos y otros sí que muestra una variación en su importancia. Así, no se encontrará en el siglo barroco un legado del calibre cualitativo y cuantitativo del que dejó don Hernando Colón, serán mucho más modestos y no siempre fueron aceptados. Sí abundarán las donaciones de las que será receptor el Cabildo, no siempre de forma desinteresada, ya que muchos de los autores buscaban con ellas obtener réditos económicos al hacerlo, en forma de ayuda para la impresión de las obras, costumbre que el Cabildo trató de erradicar cuando la situación económica se deterioró. Parece que la época de las grandes compras también ha llegado a su fin, habiéndose documentado en un número muy limitado en comparación con el siglo precedente, reduciéndose prácticamente a la adquisición de obras litúrgicas y corales. Más bien se continúa con la labor de adecuación de los fondos a las disposiciones tridentinas o inquisitoriales. El taller escriturario catedralicio desplegó una importante actividad, en especial en la creación de obras de canto llano y de órgano, siendo el siglo XVII uno de los más prolíficos en cuanto a la producción de este tipo de libros. Por otra parte, la impresión de obras en forma de cuadernos de rezo y otros, sí se da con profusión, destacando, sin duda, la impresión del libro sobre las fiestas por la beatificación del rey Fernando III en el año 1672, que se imprimió con abundancia y difundió concienzudamente. Por lo tanto, legados, donaciones y producción propia serán los cauces que seguirá el Cabildo Catedral para el incremento de su tesoro bibliográfico.

1. La escritura de nuevos libros

Aunque la Catedral de Sevilla contaba con un importantísimo acervo librario, cuyo mantenimiento y renovación absorbían una gran cantidad de recursos económicos y ocupaban por largo tiempo a los profesionales que trabajaban para ella, de la misma forma, precisaba de nuevos libros litúrgicos, de canto llano y de canto de órgano, según se deterioraban los antiguos fondos, se renovaba algún aspecto del culto o se aprobaban nuevos *oficios* y rezos de distintos santos. Efectivamente, desde el Concilio de Trento se produjo un retroceso en el número de fiestas y advocaciones admitidas por Roma, aunque pronto comenzó un nuevo repunte gracias al impulso que las distintas iglesias daban a dichos cultos. La Iglesia Sevillana destacó en este aspecto, luchando por introducir nuevos rezos en el ceremonial y obteniendo, por fin, la beatificación de Fernando III. Además, la actividad compositora de los distintos maestros de capilla y de ceremonias obligaba en muchos casos a contratar los servicios de escritores para «poner en punto de coro» o «en punto de canto» dichas obras.

Para obtener estos nuevos libros de distinto carácter, la Seo acudía a su taller escriturario, así como a otros profesionales cuya labor era de carácter más o menos puntual, probablemente, debido a la imposibilidad de dicho taller para cubrir las cotas de trabajo, dado que, como se ha visto, en ocasiones se hallaba ocupado en importantes labores de reparación de los ya crecidos fondos bibliográficos.

En lo que respecta a Melchor de Riquelme, escritor de los libros de la Catedral, durante los primeros años del siglo XVII estuvo inmerso en la adecuación de los libros del Coro al nuevo rezado, lo que implicaba la escritura de nuevos folios y cuadernos que se interpolaban en libros anteriores, en substitución de los pasajes discrepantes con aquél. Sin embargo, como obra nueva, la primera noticia parece ser la escritura de unos libros «para que canten los versos los prebendados en las procesiones», iniciados a fines del año 1608 y finalizados en mayo de 1609, por los que se le pagó la importante cantidad de 177.948 maravedís. Se sabe que dos de ellos ocuparon ciento setenta y cuatro páginas, pero no es posible determinar si fueron los únicos incluidos bajo este epígrafe o si escribió un número mayor de los mismos. En cualquier caso, el importe, aunque elevado, no presenta discordancias con el crecido número de hojas escritas en esos dos libros. Quizá esté relacionada con esta labor escrituraria la compra de pergamino en 1606, 17.952 maravedís que se pagaron al carretero Pedro de la Fuente, por el valor del mismo

y de su porte²⁶⁰. En estos primeros años de la centuria, se adquirieron obras de polifonía, concretamente, encargadas a Simón Rodríguez Carvallo, escritor de libros. Así, en 1606 dio unos cuadernos impresos, por valor de 6.800 maravedís. Dos años después, se le encuentra escribiendo «libros de canto de órgano», sin que se pueda averiguar cuántos ni cuáles eran, ya que los asientos solo recogen pagos a cuenta de ellos, sin mencionar ni su título ni ningún otro dato, salvo su carácter polifónico. En cualquier caso, supusieron un gasto relevante de 40.800 maravedís. Por último, en esta primera década del siglo decimoséptimo, Antonio de Alarcón escribió y puntó dos libros de *versetes y responsos* para los seises y de *Nuestra Señora*.

Transcurridos unos años en los que las noticias halladas suponen una actividad diversa pero que no consiste en la escritura de nuevos libros, en 1611, por fin, se encuentra Melchor de Riquelme ocupado en la escritura de un nuevo *Oficio del Ángel de la Guarda*, finalizado en octubre del mismo año. En total, obtuvo por esta razón 24.956 maravedís, incluyendo las «letras mayores y quebradas» que hizo en él. Como se ha visto, este *Oficio* fue compuesto por Sebastián Vicente Villegas, encargándose Melchor de Riquelme de su puesta en punto de canto en un libro grande. Antes de que finalizara el año, escribiría otro libro *de los aniversarios*, aunque solo se ha encontrado un pago de 13.294 maravedís por él, sin que se pueda afirmar que fuera el único y, por lo tanto, la cantidad final que importó su escritura. Posiblemente, habría que relacionar la confección de estos libros con el mandato emanado del Cabildo el 3 de marzo de 1611 para que se hicieran «libros para los aniversarios» de forma que hubiera más en cada Coro²⁶¹.

Durante ese mismo año, otros escritores prestaron sus servicios a la Catedral de Sevilla. Es el caso de Pedro de Arriola, del que se ha encontrado un libramiento de 3.400 maravedís por «escribir libros de *himnos, chiries y credos*». En los años siguientes, 1612 y 1613, vuelve Melchor de Riquelme a realizar nuevas escrituras, esta vez tres cuadernos de *maitines de ferias* que incluían veinte «letras quebradas», en el primero de los años y doce hojas de piel entera de *antífonas de ferias de Adviento*, así como ciertas hojas en el introito del «señor Santa Ana» y otras letras²⁶² en 1613. En este mismo año, Jerónimo Bravo se encargó de la escritura de unos «libros para cantar los niños de no-

²⁶⁰ ACS, 09456, f. 11r.

²⁶¹ ACS, 7094, f. 9v.

²⁶² ACS, 09463, f. 21r.

che», al parecer, un encargo de Miguel Jerónimo, sochantre de la Catedral Hispalense. Además de ello, escribió diecisiete *cuadernos* de un libro de *versos*, que se encargó de encuadernar.

A partir de entonces, como ya se ha escrito, comienzan los trabajos de reparo de la Librería Coral, que incluyeron la reencuadernación de muchos libros, así como la retirada de algunos pasajes contrarios al rezado romano y la escritura de sus correcciones, ocupando esta gran tarea a Melchor de Riquelme, además de a su oficial Jerónimo Bravo y a otros artesanos contratados al efecto. Por ello, durante los años 1613 a 1615 la escritura de nuevos libros de todo tipo decayó considerablemente. Así, de Melchor de Riquelme solo consta, aparte de su frenética actividad reparadora, la escritura e iluminación, en abril de 1614, de la oración «*Et phamulus Tuos*». De hecho, no será hasta 1620 cuando aparezcan nuevas noticias del mismo escribiendo otro libro. Lamentablemente, solo se sabe de éste que estaba escrito en pergamino y que fue destinado a la Capilla del Cardenal Cervantes, además de lo que costó: 33.048 maravedís. Igualmente, supuso un aumento de los fondos «el traslado de unos libros» encargado por el doctor Francisco Balsa, que costaron 6.868 maravedís²⁶³, librados el 17 de febrero de 1617. Éstos resultaron ser «un libro del *abad Sansón*²⁶⁴ y cinco *oficios mozárabes*» que habían sido traídos desde Toledo y que resultaron necesarios «para algunos particulares del aderezo que se pretende apruebe Su Santidad de algunos santos de este Arzobispado». Este auto capitular de 14 de febrero de 1618 confirma la cantidad empleada en ello y en él se ordena llevar los libros a la Librería, después de que la Contaduría los hiciera encuadernar²⁶⁵.

Tampoco hay referencias, en este sentido, de otros escritores de libros hasta 1625, cuando Andrés Camacho, sucesor de Melchor de Riquelme, comienza a recibir pagos por la escritura de un libro *Del Dulce Nombre*, incluyendo letras iluminadas con pluma —pudiera tratarse de letras quebradas—, excepto dos grandes, que fueron realizadas por un fraile. En total, percibió la cantidad de 22.916 maravedís por ello. Probablemente, la confección de este libro le llevó más de los tres meses en los que aparece durante el año 1625, dado que éste comienza cobrando a cuenta de lo que iba escribiendo, por lo que puede que se dedicara a ello ya en 1624. Su actividad productora de nuevos libros continuó durante este año, con la escritura de dos *Oficios de la Corona* para

²⁶³ ACS, 09467, f. 8r.

²⁶⁴ El abad Sansón fue un clérigo mozárabe que vivió en Córdoba durante el siglo IX. Ha sido estudiado por Iván Pérez Marinas (PÉREZ 2012).

²⁶⁵ ACS, 7097, f. 91r.

las colaterales del Coro. Poco después, comienza a recibir pagos, unas veces por un *himno* y otras por un *oficio del Nombre de Jesús*, que, ya en 1626, es calificado como «el libro pequeño del Nombre de Jesús». Posteriormente, se encargó de su encuadernación. Como ya se indicó, Salvador Martín participó en la confección del mismo, escribiendo luego, en solitario, los tres *oficios* de *San Jacinto*, *San Luis, rey de Francia* y *San Casimiro*, en 1626. Un año después, en 1627, Andrés Camacho escribió treinta hojas en un *librete de antífonas* para el Coro. Terminó la década de los años veinte escribiendo un libro de *misas votivas*.

En los años treinta, a tenor de la documentación, la actividad productora se vio algo reducida. Aún en los primeros años fueron escritos, también por Andrés Camacho los libros *Pro misis votivis* y el *Libro de misas, aleluyas, tractos y canciones sacras*, de canto de órgano. En contraste, en 1643, se le dio cumplimiento a un abultado cargo por la escritura de cinco cuerpos de libros. De ellos, tres eran *dominicales de misas*, otro un *santoral* y el último, un *Común de misas*. Como ya se apuntó, estos cinco libros, de los que se desconoce cuándo le fueron encargados, sumaron novecientas setenta y seis hojas y contaban con seis letras iluminadas a pluma o quebradas; se desconoce si se ocupó en solitario de este encargo, iluminando él mismo estas letras, aunque todo apunta a que así fue, haciéndose, también, cargo de la encuadernación de los mismos.

Aparte de estos importantes trabajos de incremento del acervo librario catedralicio, se llevaron a cabo, durante los años cuarenta, algunas tareas de menor entidad. En concreto, tanto Pedro Ortiz de Bernardo como Alonso Pérez Romero se encargaron, en 1644, de copiar una serie de cuadernos y papeles de ceremonias propiedad de Diego de Villegas, hermano del que fuera maestro de Ceremonias, Sebastián Vicente Villegas. Este último, como se ha apuntado, estuvo vinculado a las labores de reparación de la Librería Coral que se llevaron a cabo en el primer tercio del siglo XVII, actuando como escritor e iluminador en muchos libros corales, tanto aquellos antiguos que se reparaban y adecuaban al rezado romano, como los de nueva confección²⁶⁶.

No se han encontrado correlaciones documentales con el mandato del Cabildo de 20 de noviembre de 1652 acerca de un «libro antiguo de *Santos de Sevilla*» que presentaba muchas erratas, debiendo ser corregido por el Doctor Siruela, tras lo que «los seño-

²⁶⁶ MARCHENA 2018, pp. 71-75.

res de Fábrica» debían hacer otro, ya libre de errores²⁶⁷. No parece que los doscientos *cuadernos de misas de Santos de Sevilla*, que imprimió Juan de Osuna para el Cabildo en 1654, tengan que ver con este antiguo libro repleto de faltas.

De nuevo, el Cabildo realizó un encargo a su escritor de libros en 1654, un «libro nuevo» por el que se le pagan importantes cantidades, hasta un total de 69.870 maravedís. Se trataba de un «*libro nuevo de Venites*», de canto llano, para el Coro catedralicio. Transcurridos tan solo un par de meses, vuelve a trabajar en un nuevo encargo, esta vez, un libro de canto de órgano, también para el Coro, cuya consecución llevó, al menos, hasta principios del año 1655, cuando dejan de registrarse los pagos por dicho concepto. Lamentablemente, no se menciona nada más acerca del carácter de dicho libro, constituyendo la última referencia al mismo un libramiento de 2.856 por «un pergamino que puso en el libro de canto de órgano para el Coro y otro pequeñito». Sumando todo lo percibido hasta entonces con dicho desembolso, Andrés Camacho ingresó por él 40.256 maravedís. No obstante, no es posible identificar este libro entre los inventarios que se efectuaron de los fondos polifónicos de la Seo Hispalense. De la misma forma, en 1655 se renovaron los *misales* de la Sacristía Mayor y de la Capilla de la Antigua, de lo que se ocupó «un fraile Jerónimo» cuyo nombre no ha trascendido. La importante cantidad con la que se le remuneró, 30.668 maravedís, sugiere que se trató de la escritura de los mismos y no de su aderezo o reparo. Apunta más hacia esta hipótesis el hecho de que algunos de los pagos se efectuaran por la escritura de *cánones* y *misas*. No solo los *misales*, pues este mismo año de 1655, todavía el Cabildo procuró renovar su tesoro librario encargando catorce *salterios* para el Coro a Fray Juan Pinto²⁶⁸, escritor de libros, que trabajó de marzo a octubre, recibiendo pagos en las nóminas hasta la importante cantidad de 78.200 maravedís.

Más de una década después, vuelven a aparecer noticias sobre la producción de nuevos libros. Así, a principios de 1672, Andrés Camacho escribía un libro de los *Siete Dolores de Nuestra Señora*, aunque no se ha averiguado cuándo comenzó su escritura ni cuando terminó con él, pues solo consta un solitario pago de 20.400 maravedís a cuenta del mismo, lo que indica que aún no había concluido. En cualquier caso, esta obra fue compuesta por Gabriel de Villarreal, para quien los diputados de Ceremonias solicitaron

²⁶⁷ ACS, 7109, f. 60r.

²⁶⁸ Como se ha indicado al hablar de los artesanos del libro, cabe la posibilidad de que Fray Juan Pinto fuera el fraile jerónimo que se encargó de los *misales*, antes de dedicarse a los *salterios*.

al Cabildo una ayuda de costa de 1.700 maravedís el 7 de septiembre de 1672, «por el trabajo que le ha costado la composición del canto llano del *Oficio de los Siete Dolores* y por el que ha de tener en la de otros *oficios de santos* que nuevamente se han publicado». Los capitulares aceptaron la propuesta, cargando la Fábrica con el libramiento²⁶⁹.

Ese mismo año, se encargó la confección de un *Oficio de difuntos* a Juan Mateo de Pedrosa, quien recibía un pago de 17.680 maravedís en julio del mismo. La postrera obra de Andrés Camacho de las que se tienen referencias fue ejecutada en 1676. Se trataba de un libro de *Nuestra Señora del Carmen*, por el que recibió, a cuenta, 20.400 maravedís en mayo de dicho año, percibiendo cantidades hasta diciembre —que se haya constatado—, alcanzando un total de 57.800 maravedís. Sin embargo, el último pago, de 6.800 maravedís, también se inscribió «a cuenta» de dicho libro, por lo que cabe la posibilidad de que hubiera más. La escritura de este libro fue decisión directa del Cabildo —como sucedió con el de *Los Siete Dolores*—, que, en su reunión del 27 de abril de 1676, ordenó que «el Maestro de Capilla y el Sochantre pongan en punto de canto el rezo y misa de Nuestra Señora del Carmen y los de Fábrica busquen persona que lo escriba para que pueda servir y esté acabado a su tiempo», costeándolo la Fábrica²⁷⁰. El hecho de que se mandara buscar persona que lo escriba, apunta a que Andrés Camacho, que era el «escritor de los libros desta Santa Iglesia» se hallaría ya languideciente, por lo que se dudaba de su capacidad para llevar a cabo la escritura del mismo. Sin embargo, como se ha visto, logró hacerlo, aunque es la última obra de la que se han tenido noticias.

Ya con Andrés Camacho fuera de escena, en los años ochenta, el Cabildo recurrió a nuevos profesionales para la confección de los libros precisos. De nuevo, uno de ellos fue el sochantre de Santa María la Blanca Juan Díaz de Rueda, que ya se había encargado del aderezo de *salterios* y *epistolarios*, así como de la escritura de la *antífona Regina Coeli* a canto de órgano, en 1674. A partir de 1686 se ocupó de unos *cuadernos de Santos*, posiblemente, los *himnos de San Emeterio* y *San Celedonio*, encargados por el Cabildo. De mayor entidad fue la confección del *Oficio de San Rafael*, por el que ingresó 58.004 maravedís a lo largo de dicho año. Sobre San Rafael, el Cabildo había dispuesto, el 22 de agosto de 1685, que se añadiese «al edicto que se había de publicar de los Santos Nuevos» el rezo recién concedido por el Papa a San Rafael, encargándose

²⁶⁹ ACS, 7119, f. 58v.

²⁷⁰ ACS, 7124, f. 29r.

«a quien estaba cometido la composición de los himnos nuevos». Unos días más tarde, el 3 de septiembre del mismo año, se ordenó imprimir los rezos de Santa Rosalía y San Rafael. Ya en 1686, en la reunión capitular de 5 de marzo, los diputados de ceremonias dieron cuenta al Cabildo de que Juan Díaz había escrito en dos cuadernos los *himnos de San Emeterio y San Celedonio* y «asimismo le estaba encargado escribir el *Oficio de San Rafael*», ente lo que los capitulares encomendaron a esta diputación «lo que ha de llevar el dicho por su trabajo», pagando la Fábrica²⁷¹.

Poco después, en 1687, fue Fray Tomás de Torres quien escribió un nuevo «libro de canturía», que quizá continuó escribiendo durante 1688, cuando se le pagaron 28.558 maravedís a cumplimiento de un libro para el Colegio, habiendo recibido en el año anterior otros 20.400 a cuenta del mencionado libro de canturía. El propio Cabildo encargó a Juan Díaz de Rueda la escritura de un libro de canto para el Colegio de San Isidoro, el 24 de noviembre de 1687, aunque, dado que no hay evidencias de que el sochantre de Santa María la Blanca se encargara efectivamente del mismo, posiblemente fuera Fray Tomás de Torres el encargado del mismo. Las dificultades económicas afectaban a la producción de libros, cuestión onerosa para las arcas de la Fábrica, cuyos «graves empeños» llevaron al Cabildo a denegar la elaboración de un libro de canto para el *Oficio de San Justo y San Pastor*, por su auto de 23 de junio de 1690²⁷². Un año después, era rechazada la posibilidad de confeccionar libros nuevos de los rezos de estos santos y de San Felipe Neri, «teniendo esto mucha costa», ordenándose que se rezase del *Común*²⁷³. La causa económica de esta negativa queda patente, pues el 4 de diciembre, en una nota marginal del libro de autos capitulares correspondiente, se lee: «cometió el Cabildo a la Diputación de Ceremonias en el modo que se ha de tener en el rezo de San Justo y San Pastor, que se ofrece a su costa hacer un devoto»²⁷⁴. Dos años después, la Diputación de Ceremonias dio cuenta de cómo se habían ejecutado los tres libros de coro «con la mayor perfección y primor que cabía en láminas, letra y punto». El Cabildo ordenó que sirvieran en el Coro y se agradeciera al devoto anónimo por «este regalo»²⁷⁵. La elaboración no solo debió de ser sufragada por un elemento ajeno a la Catedral, sino que lo más probable es que se ejecutara en otro ámbito, dado que no han quedado huellas do-

²⁷¹ ACS, 7126, ff. 89v, 94r y 24v.

²⁷² ACS, 7128, f. 67v.

²⁷³ ACS, 7129, f. 52v.

²⁷⁴ ACS, 7132, f. 134r.

²⁷⁵ ACS, 7133, f. 58v.

cumentales sobre los trabajos que acarrearón en forma de libramientos o compra de materiales, por lo que el escritor que se encargó de ellos no ha trascendido.

Por último, la noticia más tardía referente a la elaboración de un nuevo libro data de 1699, cuando el licenciado José de Soto percibió 11.764 maravedís por un libro de *Antífonas*.

2. Nuevas impresiones

Como se ha podido constatar, la Catedral de Sevilla era una institución cuya gestión precisaba de la impresión de numerosos documentos de todo tipo, así como de otros textos, como *villancicos*, reglas del Coro, justas literarias, sermones y un sinfín de tipologías. Para ello, la Seo contaba con un Impresor Mayor del Cabildo, principalmente, volcado en proveer de impresos a la Fábrica, a la Contaduría y al Cabildo. La Iglesia Mayor de Sevilla se encargaba, asimismo, de la impresión de los *cuadernillos del rezo* que cada año se aprobaban en Roma, lo que desencadenaría un largo pleito con el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que ostentaba el monopolio en España e Indias.

No obstante, además, los capitulares se implicaron, a lo largo del siglo XVII, en la impresión de diversas obras, aparte de las muchas que patrocinaron, más o menos *motu proprio*, de los diversos autores que se dirigieron a ellos. En efecto, el Cabildo fue consciente del poder que la impresión de obras con cuyo contenido se identificaba podía implicar para la difusión de los dogmas que defendía y de los rezos de los santos de Sevilla o de España en toda la Monarquía Hispánica y en el resto del orbe católico. Por ello, promovieron o acometieron la edición de distintas obras, que financiaron y enviaron a distintas partes del mundo.

La primera referencia en este sentido se halla en el Cabildo de 30 de enero de 1617 cuando se ordenó prestar al Arzobispo un libro «de mano de su autor, el venerable Maestro Juan de Segovia, que trata algunas cuestiones» del Misterio de la Inmaculada Concepción. El encargado de disponer el préstamo era el Deán, debiendo, no obstante, advertir al prelado que el libro «se vuelva lo más presto que se pueda a su lugar»²⁷⁶.

²⁷⁶ ACS, 7097, f. 9r.

Los inicios de la creencia en la Purísima Concepción de la Virgen provienen de Oriente, fundamentada en el Protoevangelio de Santiago, del siglo II. Posteriormente, en el III Concilio de Éfeso, de 431, se profundizó en esta idea. Mucho después, desde el siglo XI, arraigó en Inglaterra, desde donde fue extendida al continente por los normandos, alcanzando fuerte implantación en Flandes y otras zonas del norte europeo. Los dominicos se oponían a la Inmaculada, frente a los franciscanos, fervientes defensores de la misma.

Pese a estos comienzos lejanos, desde las guerras civiles castellanas del siglo XIV, la cuestión está muy presente en la religiosidad española, incluyendo la Corona de Aragón, donde los monarcas defendieron abiertamente las tesis inmaculistas. Precisamente, a mediados del siglo XV, en medio de las disputas entre conciliaristas y partidarios de la preeminencia del Papa, durante el Concilio de Basilea²⁷⁷, el franciscano Juan de Segovia había defendido dichas posturas frente a Montenegro y Torquemada, dominicos. Juan de Segovia había acudido acompañando al cardenal Juan de Cervantes al Concilio y, debido a su brillantez, allí se le encargaron importantes tareas, como la aludida.

Se había formado en la Universidad de Salamanca, donde llegó a ser catedrático de Prima, Vísperas y Biblia²⁷⁸. Acumuló una copiosa biblioteca que donó a dicha Universidad. Entre su producción bibliográfica se hallaba el libro aludido por el Cabildo Hispalense, *De Conceptione* sobre el dogma inmaculista, así como su obra «*Contra Alcoranum*», ambas manuscritas, situadas por Juan de Loaysa en el Cajón 106 de la Biblioteca Capitular y Colombina²⁷⁹. Esta última sería, posiblemente, su *Contra Legem Maumeti*, en la que volcó sus amplísimos conocimientos sobre el Corán, criticándolo de cara a conseguir la conversión de los musulmanes por vías pacíficas.

En cuanto a la obra sobre la Inmaculada, es difícil identificarla, dado que escribió varias que podrían haber sido inscritas por Juan de Loaysa como lo hizo. Así, podría tratarse de la obra publicada en 1437 *De Sancta Conceptione Virginis Beatissimae Genetricis Mariae* o *De Inmaculata Virginis Deiparae Conceptione, sive, extensius, Septem allegationes et totidem avisamenta pro informationem PP. Concilii Basiliensis anno MCCCC XXX VI circa sacratissimam Virginis Mariae Inmaculatam conceptionem*,

²⁷⁷ RUIZ-GÁVEZ 2008, pp. 199-200.

²⁷⁸ HERNÁNDEZ 1984, pp. 7-8.

²⁷⁹ BCC, Ms 57-1-19, f. 115v.

donde se recogían las alegaciones que opuso a Montenegro y que ha sido muy estudiada. Además de estas dos, escribió *De miraculis a Deo Factis ad robur doctrinae ipsius de Sancta Conceptione*, y un *Officium de Festivitate huiusmodi noviter edictum*, impresas las tres últimas en Bruselas en 1664²⁸⁰.

Sea como fuere, las obras de Juan de Segovia llamaron la atención del Cabildo en unos momentos de gran interés por la cuestión de la Inmaculada. Los monarcas españoles estaban implicados en la causa, creando la Junta de la Inmaculada, que solicitó la pronunciación de universidades, conventos y otras instancias religiosas españolas. Además, la ciudad de Sevilla era especialmente sensible a ello, llegando a producirse altercados cuando, en 1613, el dominico Fray Molina profirió un discurso en contra de la Pura Concepción de la Virgen, provocando un escándalo tanto entre las clases populares como entre los expertos²⁸¹. Al año siguiente, el Cabildo envió una diputación a Roma para tratar de obtener del Papa su apoyo al perseguido dogma, dándose en años sucesivos distintas muestras populares e institucionales de apoyo al mismo²⁸². Aunque todos los intentos fracasaron, pues el dogma no fue aprobado hasta 1854, llegándose a prohibir, incluso la locución «Inmaculada Concepción de la Virgen» entre los años 1644-1655, fue, precisamente, en ese periodo cuando el Cabildo de la Catedral de Sevilla decidió encargar a Murillo el cuadro de la Inmaculada que preside la sala capitular, grabando en el marco, pese a la prohibición, «Sine Labe Concepta»²⁸³.

Volviendo a la cuestión del libro de Juan de Segovia, pese a la advertencia capitular al Arzobispo para devolver cuanto antes la obra prestada, más de un año después, el 3 de septiembre de 1618, aún no se había producido la devolución. Se leyó una carta en la que el Deán destacaba la utilidad de realizar una edición de la obra del maestro segoviano y, para debatir la cuestión, salieron los familiares de Gaspar de Herrera, Francisco de Salablanca, Juan Quiñones, el Doctor Soria, Antonio de Covarrubias y Gaspar de Espinosa. Finalmente, se ordenó responder a la carta, aunque no ha trascendido el tenor exacto de la contestación. Pese a ello, puede deducirse que la decisión fue estimatoria para las pretensiones del Deán, dado que, tan solo siete días después, el 10 de septiembre, se decidió instar al Arzobispo la devolución del libro de Juan de Segovia

²⁸⁰ GONZÁLEZ GONZÁLEZ 1944, pp. 92 y ss. y 111-113. Aunque también podría ser *Errores Alcorani*, citado por HERNÁNDEZ MONTES 1984.

²⁸¹ RUIZ-GÁLVEZ 2008, pp. 202-203.

²⁸² GUILLÉN 2006, p. 222.

²⁸³ RUIZ-GÁLVEZ 2008, pp. 202-203.

«para que el Cabildo haga diligencia para discurrir y determinar si convendría o no tratar de imprimirle y el modo que habrá en esto». De nuevo, transcurridos diez días, el 20 de septiembre de 1618, se cometió al Deán para que escribiera al Arzobispo pidiéndole que devolviera el libro para que los capitulares pudieran decidir si convenía su impresión y, caso afirmativo, cómo debía efectuarse. Por fin, el 24 del mismo mes y año, se produjo la ansiada reintegración de la obra a la Catedral Sevillana. El Deán solicitó llevárselo por unos días, consintiéndolo el Cabildo²⁸⁴.

Aunque pudiera parecer que el interés por editar el libro enmascarase en realidad un celo por impedir que un préstamo se acabara convirtiendo en una pérdida, lo que no era del todo improbable, lo cierto es que, en esta ocasión, la intención de imprimirlo era sincera, volviendo a tratarse la cuestión por los capitulares. Efectivamente, el 23 de febrero de 1619, se creó una comisión que incluía a Félix Guzmán, Luis Melgarejo y, al ya habitual en estos asuntos, Manuel Sarmiento de Mendoza para que inspeccionaran el libro y dilucidar si debía «imprimir en nombre del Cabildo, para que regulen y tenga todo mayor servicio de Dios y de esta Santa Iglesia»²⁸⁵. Sin embargo, como sucedía con otros asuntos, la impresión del libro de Juan de Segovia se iría enquistando y alargando por años. En 1621, 30 de abril, de nuevo se ordenaba «traer lo escrito sobre el libro de la Inmaculada que el Cabildo ha tratado de imprimir»²⁸⁶. Las palabras escritas por el secretario en las actas capitulares parecen indicar que se estaban encontrando problemas para lograr una edición de la obra, pese a que se había «tratado de imprimir».

Lo mismo se desprende del auto capitular de 26 de agosto de 1624, en el que se constata que el Cabildo contaba ya con licencia del Consejo de Castilla y «cédula particular» para poder imprimir el «libro de las cuestiones sobre le Misterio de la Purísima Concepción cuyo autor es Juan de Segovia, canónigo que fue de Toledo, que se halló en la Librería de esta Iglesia». Según parece, el Cabildo tenía mandado imprimir la obra, aunque dicha impresión no se producía, corriéndose el riesgo de que los documentos que autorizaban a efectuarla expiraran. Por lo tanto, de nuevo, se cometió a los canónigos Arcediano de Sevilla, obispo de Mallorca, a Manuel Sarmiento de Mendoza, al Doctor Láñez y al racionero Juan López de León, para que trataran sobre el mejor mo-

²⁸⁴ ACS, 7097, ff. 125r, 126r y 129r.

²⁸⁵ ACS, 7098, f. 9v.

²⁸⁶ ACS, 7099, f. 32r.

do de para realizar la impresión del libro, «dónde y cómo se haga más cabo y menos costa»²⁸⁷.

El desenlace de estas gestiones es, actualmente, desconocido, pues no se han hallado nuevas noticias referentes a ello, ni tampoco se sabe de ninguna edición sacada por la Catedral de Sevilla del libro de Juan de Segovia, más allá de la citada edición de Bruselas de 1664. En esta edición, de las *Septem allegationes et totidem avisamenta pro informatione patrum Concilii Bsileensis Praesidente tunc Iudice Fidei D. D. Cardinali Arelatensi anno Domini 1436. Circa sacratissimae Virginis Mariae Inmaculatam Conceptionem ejusque praeservationem a Peccato Originali in primo suae animationis instanti nunc primum in lucem prodeunt*, sin embargo, se hace referencia a la Biblioteca Capitular y Colombina, dado que, tras el título se lee: «ex antiquis M. SS. repertis in Bibliotheca S. Eccles. Hispalensis, Thuana Prisiensi Monasterii S. Jacobi lodiensis, Monasterii Aquicintini Prope Duacum, & Duacensis Collegii Soc. Jesu. Et denique ex quídam trasumpto existente in Archivo Regio Conpetitionis apud Curiam Matritensem». Es decir, se cita como fuente a la Biblioteca Capitular y Colombina, lo que podría indicar que ésta es la obra que Juan de Loaysa asentó como «*De Conceptione*». El tiempo transcurrido entre la iniciativa del Cabildo Hispalense y la fecha de la impresión —nada menos que cuarenta años—, así como la concurrencia de fuentes y la ausencia de una referencia expresa a los capitulares sevillanos descarta, prácticamente, la posibilidad de que se trate de la edición pretendida en los años veinte por ellos.

En cualquier caso, el proyecto de mayor entidad efectuado por el Cabildo para llevar a cabo la edición e impresión de un libro atañe a el Santo Rey, don Fernando III, conquistador de Sevilla. El proceso para su canonización había ido adquiriendo fuerza, principalmente, desde que en 1622 alcanzaron la condición de santos otros españoles como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús o Francisco Javier. Poco después, en 1624, el procurador por Sevilla a las Cortes solicitó que se iniciaran las diligencias necesarias para que comenzara el proceso de canonización de Fernando III, lo que fue aceptado, nombrándose comisarios para informar al rey Felipe IV. El monarca apoyó la idea de buen grado, llegando a venerar los restos de su antepasado. Tres años después, en 1627, el arzobispo Pedro Deza de Guzmán creó una junta para realizar las gestiones oficiales, incluyendo al Padre Juan de Pineda, de la Compañía de Jesús, al doctor Juan de Torres

²⁸⁷ ACS, 7100, f. 40r.

Alarcón y a varios canónigos de la Seo Hispalense²⁸⁸. Ese mismo año, el 21 de julio, el Arzobispo envió al Cabildo el libro del jesuita Juan de Pineda, *Memorial de la excelente santidad y heroicas virtudes del señor rey Don Fernando, tercero deste nombre, primero de Castilla, I de León*, para que los capitulares lo vieran y escribieran al Rey y al Papa «las cartas que sean necesarias para pedir que se trate con toda brevedad y afecto la canonización» de Fernando III. Siguiendo la petición del prelado, se ordenó al secretario, a la sazón, Baltasar de Salablanca, arcediano de Niebla, que escribiera «todas las cartas a este propósito que los señores diputados le advirtiese»²⁸⁹. El acta se refiera a la Diputación del Santo Rey, creada *ex profeso* para dirigir los esfuerzos tendentes a la canonización del monarca por parte de la Catedral de Sevilla.

En 1632 la junta había ya conformado el expediente, listo para ser remitido a Roma y, en 1634, Felipe IV se implicó, ordenando mediante real cédula que todas las instituciones del estado habilitasen medios para sufragar los gastos originados por la causa del Santo Rey²⁹⁰. Ese mismo año de 1634, el 13 de noviembre, se leyó una carta de Bernardo de To[...], que enviaba dos tratados impresos que contenían una oración «que se hizo en el Consistorio de Su Santidad en la causa del Rey Fernando». Los capitulares respondieron agradeciendo su contribución a la misma y ordenaron que se imprimiera la oración a costa del Cabildo, de forma que fuera conocida por todos los prebendados. Por último, se mandó que «se junten todas las cartas y papeles que se tienen de la causa de la canonización»²⁹¹. Cualquier aportación a la misma era bien recibida por el Cabildo que, como puede verse, trataba de aunar todos los documentos tendentes a la canonización de cara, probablemente, a su aportación a la causa.

Poco después, otra contribución. En esta ocasión, Gil González, «cronista de Su Majestad» había decidido escribir una obra sobre la vida Fernando III, para lo que se había «llevado papeles y cosas memorables», encargando el Cabildo, el 10 de enero de 1639, al Arcediano de Niebla que buscara en el Archivo los papeles que pudieran resultar útiles para la escritura del libro y que le fueran remitidos²⁹². Como puede comprobarse, la colaboración del Cabildo era plena, llegando, incluso, a remitir papeles de su celosamente guardado archivo. Gil González Dávila fue Cronista de Castilla en tiempos

²⁸⁸ GÁMEZ 2015, pp. 259-261.

²⁸⁹ ACS, 7101, f. 182r.

²⁹⁰ GÁMEZ 2015, f. 262.

²⁹¹ ACS, 7103, f. 309v.

²⁹² ACS, 7104, f. 132v.

de Felipe III, siéndolo, además, de Indias durante el Reinado de Felipe IV. Se dedicó, principalmente, a la historia local, así como de los arzobispados y a los episcopologios²⁹³. Igualmente, destacó por su obra cronística sobre la historia eclesiástica en Indias²⁹⁴. Aunque es un autor prolífico, no se tiene constancia de ninguna obra suya sobre la vida de Fernando III el Santo, por lo que es muy probable que nunca se llegara a efectuar.

El proceso, no obstante, se complicó debido a las trabas interpuestas por el breve pontificado de Urbano VIII *Coelismis Hierusalem*, que endurecía las condiciones para la elevación a los altares de los distintos candidatos. Tampoco ayudaron las malas relaciones del Cardenal Borja, representante español ante la Santa Sede, con el Santo Padre y la muerte del Cardenal Spínola, en 1649. Por fin, ya durante el pontificado de Alejandro VII, en 1655, se abrió una vía para continuar con la canonización del Santo Rey, admitiéndose que desde antiguo se daba un culto a su persona. Se realizaron nuevos interrogatorios que probaran la santidad del monarca²⁹⁵, siendo repartido, impreso, entre los prebendados el 28 de 1664²⁹⁶. Lógicamente, los testigos no eran contemporáneos del Santo Rey, por lo que se recurrió a crónicas de su época, como *La historia integral de España* del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada o el *Chronicon Hispaniae* de Lucas de Tuy, titular de la sede de aquella ciudad. De la misma forma, se acudió a autores posteriores, como la *Historia General de España* del Padre Mariana, de la Compañía de Jesús. Se ocuparon de describir la iconografía existente sobre Fernando III el gran pintor Bartolomé Esteban Murillo²⁹⁷ y Francisco López Caro. Por fin, el 11 de febrero de 1671, el papa Clemente X concedió misa y oficio al Monarca, aunque se trataba de una beatificación, no de una canonización²⁹⁸.

El 20 de abril del mismo año de 1671, se leyó una carta de Juan de «Tejada, que dice haber dado un memorial de San Fernando a la Reina, de quien refiere, entre otras cosas, que la vida del Rey Santo la escriba Juan Lucas Cortés, que le parece sujeto más a propósito que se conoce y quien más particulares noticias tiene para el buen logro de este trabajo». Para ello, se proponía que la Diputación del Santo Rey buscara «cuantos

²⁹³ MANO 1994, p. 287.

²⁹⁴ MALDONADO 1980, p. 783.

²⁹⁵ GÁMEZ 2015, p. 262.

²⁹⁶ ACS, 7115, f. 11r.

²⁹⁷ Bartolomé Esteban Murillo, como se sabe, se especializó en retratos de la Virgen y de algunos santos. La Catedral de Sevilla le encargó, en los años cincuenta, la realización de una obra sobre San Antonio de Padua por 340.000 maravedís (ACS, 06324, f. 383v y 06325, f. 347r).

²⁹⁸ GÁMEZ 2015, pp. 263-267.

manuscritos y papeles particulares se pudieren hallar y se le remitan». Definitivamente, los capitulares ordenaron a dicha diputación «conteste diciendo cómo el ceremonial está bien dispuesto y ajustado a la mente del Cabildo y cómo se van a buscar los manuscritos y papeles para remitirlos a Madrid»²⁹⁹. Juan Lucas Cortés estudió en el dominico Colegio de Santo Tomás de Sevilla, pasando luego a la Universidad de Salamanca, en su Facultad de Leyes. Tras viajar a Flandes, volvió a Sevilla, donde ejerció numerosos oficios, yendo luego a la Corte, llegando a ser consejero del Consejo de Indias primero, y, luego, del Consejo de Castilla³⁰⁰. Lamentablemente, no se conoce ninguna obra de este autor referida a la figura del Santo Rey.

Poco después, el 8 de junio de 1671, comenzaron las primeras diligencias por parte del Cabildo para la mayor obra de edición efectuada durante el siglo XVII. Así, ese día, el Cabildo encargó a Fernando de la Torre Farfán, «por la satisfacción que tiene de su elegante estilo para la narrativa y la buenas letras para la exornación», que describiera las fiestas que se organizaron en la Iglesia Mayor de Sevilla, «para que se comunique a todos con más individual noticia el deseo con que se ha procurado desempeñar su mayor obligación». De esta forma, se cometió a los contadores mayores que, «después de formada dicha relación», es decir, una vez escrita la obra, «la den a la impresión para que cuanto antes salga a la luz y que la costa que tuvieren, libren sobre la Mesa Capitular»³⁰¹. Por lo tanto, serían las rentas propias del Cabildo las encargadas de financiar la obra. Fernando de la Torre Farfán, poeta y autor del libro *Fiestas de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla, al Nuevo Cvltto del Señor Rey San Fernando el Tercero de Castilla y de León, concedido a todas las Iglesias de España, por la Santidad de Nuestro Beatísimo Padre Clemento X*, era, efectivamente, célebre por su habilidad para describir distintas celebraciones y justas literarias³⁰². De esta clase de obras había publicado ya algunas como *Fiestas qve celebró la Iglesia Parrochial de Santa María la Blanca, Capilla de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarchal de Sevilla: en obsequio del nvevo breve concedido por Nuestro Santísimo Padre Alexandro VII en favor del Pvrissimo Mysterio de la Concepcion Sin Culpa Original de María Santíssima, Nuestra Señora, en el primero instante physico de su ser*, en 1666 o *Templo panegírico, al certamen poético, que celebró la hermandad insigne de Santísimo Sacra-*

²⁹⁹ ACS, 7119, f. 29r.

³⁰⁰ GONZÁLEZ DE SAN SEGUNDO 2000, pp. 579-583.

³⁰¹ ACS, 7119, f. 40r.

³⁰² REYES 1987, pp. 502-503.

mento, estrenando la grande fábrica del Sagrario nuevo de la Metrópoli sevillana, en 1663, ambos impresos por Juan Gómez de Blas, Impresor Mayor del Cabildo.

Transcurrido exactamente un mes desde que le fuera encargado a dicho autor, el 8 de julio de 1671, se determinó que el libro fuera dedicado a «la Majestad del Rey Nuestro Señor», Carlos II. Al año siguiente, volvió a debatirse sobre la procedencia de los fondos que debían sufragar la impresión, cometiéndose, el 8 de marzo de 1672, a los contadores mayores, a los canónigos Alonso de Olivares y Pedro Coco y al racionero Juan de Escobar determinar «qual hacienda debe costear la impresión del libro de las fiestas con que esta Iglesia celebró la particular del Santo Rey». Por fin, el 18 de junio, los diputados reconocían al Cabildo que «este libro era medio para adelantar y facilitar» la canonización del Santo Rey, por lo que debía sufragarse de la hacienda que para ese fin se había instituido en la caja de los depósitos. Sin embargo, entre los canónigos no hubo acuerdo, por lo que se encargó a esta diputación, a la Diputación del Santo Rey y al secretario del Cabildo Francisco de Arizti para que confirieran de nuevo, con el objeto de determinar si se pagarían los gastos del libro de la hacienda capitular, de la del Santo Rey o de ambas a partes iguales. De la misma forma, debía esclarecerse «qué libros se darán y repartirán y si los que sobran convendrá beneficiarlos y en qué forma» y, por último, «qué dinero será menester para perfeccionar, a menor costa, la impresión y encuadernación de estos libros». El Cabildo estaba interesado en controlar los gastos derivados de la impresión del libro que, como se verá, serían realmente importantes.

Siguiendo lo dispuesto en el citado auto, el martes 1º de julio de 1672, se presentó de nuevo la cuestión. El acta capitular reviste la suficiente importancia, minuciosidad y elocuencia como para ser transcrita en su totalidad:

«Estando llamado para oír y determinar en el parecer de la Diputación que en 18 de este mes nombró en orden a los gastos de impresión y encuadernación del libro que describe las fiestas hechas por esta Iglesia al nuevo culto del Santo Rey, la Diputación propuso que, habiendo convenido y conferido los puntos en dicho día cometidos, y reconocido el estado de esta obra parecía que sobre los 120.223 reales que para dicho efecto hasta hoy se han librado, serán necesarios 22.831 reales más para concluir y perfeccionar la dicha impresión y encuadernación; que de toda esta cantidad costee la mitad la hacienda capitular y la otra mitad la del Santo Rey; que de los 2.000 cuerpos de libros que hay impresos, los 1.000 se partan entre los prebendados, repartiéndose el gasto que por su prebenda les corresponde y los otros 1.000 como de cuenta del Santo Rey

se separen para distribuirlos entre las personas y comunidades que tuvieran lugar en la atención del Cabildo y los que de ellos sobraren se beneficien para que su precio cubra parte del gasto con que la hacienda del Santo Rey contribuye; cuyo parecer, oído por el Cabildo y discutido sobre el mando que para perfeccionar esta encuadernación, los contadores mayores, tan solamente libren los dichos 22.831 reales, y les coartó la facultad de poder librar un maravedí más; y pasando al punto de la aplicación de estos gastos, por sentir algunos señores capitulares que enteramente debía contarlos la Mesa Capitular se usó de las habas, y el Deán la calificó que la blanca se haga en la forma propuesta por la Diputación, la negra que no, y regulados los votos hubo 28 blancas y 7 negras, y procediendo después a la determinación del tercero punto que es el de la distribución de estos libros, se habló por orden y respecto de ser tarde y haber quedado pocos prebendados, se requirió se dilatare para otro día la resolución, y así se votó de las habas, y el Deán calificó la blanca se dilate para mañana cabildo extraordinario, y la negra no; y habiendo 13 blancas 14 negras, mandó que después se apliquen y distribuyan como la Diputación propone, y que perfeccionada la encuadernación e todos los dichos libros y la de la plata de los de Su Santidad y ambas magestades del Rey y Reina nuestros señores, se avise para que en la Contaduría se repartan según y cómo el Cabildo fuere ordenado».

Como puede constatarse, el coste de esta impresión, efectuada en la imprenta de la viuda del impresor Nicolás Rodríguez, fue astronómico: 4.863.836 maravedís que, definitivamente, se sufragaron a medias entre la Mesa Capitular y la hacienda de la Diputación del Santo Rey, pese a que algunos de los canónigos preferían que se hiciera cargo por entero el Cabildo. Tamaño dispendio obligó, no obstante, a prohibir cualquier otro pago por este concepto. La tirada era, por lo demás, generosa, alcanzando los dos mil ejemplares, de los que la mitad se entregarían a los prebendados, siendo la otra mitad remitidos entre aquellas personas e instituciones que el Cabildo consideraba de utilidad que los poseyeran, incluyendo, por supuesto, a la Reina Madre, al rey Carlos II y al Papa. Por último, los que sobraran serían puestos a la venta, con cuyo producto se resarciría a la Diputación del Santo Rey para que continuara con el proceso de canonización del mismo. Una semana después, el 8 de julio de 1672, se dispuso que 1.220.890 maravedís fueran cargados a la cuenta del superávit de 1671. En este sentido, puede parecer pequeña, incluso, la importante donación realizada el 8 de agosto de 1672 por Francisco de Carvallo Zambrano de nada menos que 125.328 maravedís para este fin.

Según parece, la impresión debió de estar finalizada y pagada en septiembre, dado que el 19 de dicho mes, se comitió a la Diputación de Hacienda una proposición del canónigo doctoral José Hurtado en la que transmitía que el Mayordomo de la Mesa Capitular, Juan Manuel Ortega, había «suplido de lo que es su obligación para los gastos de impresión y encuadernación» del libro del Santo Rey. La encuadernación llevaría aún un tiempo y no estuvo exenta de inconvenientes. Así, el 7 de octubre de 1672, se ordenó que el libro que se iba a remitir al Papa se forrase en terciopelo con cantoneras y escudos de plata con grabados de las armas del Pontífice, dado que «el platero no puede menos que en mucho tiempo hacer la de calados de plata» que, inicialmente, se pretendía enviar a Roma, acorde con la grandeza del receptor. Sí serían de plata los destinados al rey Carlos II y a la Reina Madre, a tenor de lo relatado por Justino de Neve ante el Cabildo el 31 de octubre de ese año. El mismo y el entonces racionero Juan de Loaysa dieron cuenta de «estar perfeccionada la encuadernación de todos los cuerpos de libros», ordenándose a continuación enviar al canónigo Juan de Tejada los guarnecidos en plata y otro ejemplar más, para que éste los entregara a los monarcas y al Presidente del Consejo de Castilla, junto a las cartas que los acompañarían, gestión de la que se habría hecho cargo el Arcediano de Niebla. Por otro lado, a Diego de Castillo, canónigo y auditor del Tribunal de la Rota, se remitiría el ejemplar destinado al Papa, para que lo pusiera «a los pies de Su Beatitud». El resto de los mil cuerpos de libros que podrían distribuirse a diferentes personalidades e instituciones, fueron encomendados a la diputación formada el 19 de junio para estos asuntos.

Sin embargo, no todas las disposiciones anteriores prosperaron, dado que el 7 de noviembre de 1672, el Cabildo enmendó algunas de ellas. Así, se paralizó la entrega de su ejemplar al Presidente de Castilla, así como a los prelados y Cabildos «de estos Reinos», hasta que Juan de Tejada dispusiera en Madrid cómo realizar la encuadernación de que se habría de enviar a don Juan de Austria, que debía forrarse en terciopelo y guarnecerse con cantoneras y escudos «aún más costosos que los del libro del Presidente» de Castilla³⁰³. Parece ser, por tanto, una mera cuestión de preeminencia. Esta encuadernación importó 60.248 maravedís, que fueron remitidos a Juan de Tejada por auto capitular de 23 de enero de 1673³⁰⁴. Además de ello, en el Cabildo de 7 de noviembre de 1672, algunos de los canónigos dijeron no estar de acuerdo con que se repartieran de

³⁰³ ACS, 7119, ff. 49v, 21r, 41r, 43v, 51r, 63v, 70v, 80r y 82v.

³⁰⁴ ACS, 7120, f. 9r.

forma tan generosa unos libros que habían sido pagados a medias por la Diputación del Santo Rey, cuya canonización era, aún, una cuestión pendiente. Por ello, solicitaron que, como estaba acordado, la mitad de los mismos se vendieran, destinando lo recaudado a dicha causa.

El reparto de los libros impresos quedó resuelto, por fin, el 9 de noviembre de 1672, decidiéndose enviar a Roma ciento cincuenta tomos, «unos dorados y otros no», para que Diego de Castillo los distribuyera entre los cardenales, auditores de la Rota, prelados y monseñores. Otros doscientos se mandarían a Madrid, donde Juan de Tejada debía repartirlos entre los grandes de España, títulos, consejeros y «demás señores y ministros de esta suposición». De la misma forma, se acordó remitir ejemplares a los grandes, títulos de Sevilla y su Arzobispado, a los embajadores y virreyes, universidades, comunidades eclesiásticas y «otras personas de la atención del Cabildo». Se calculaba que el total de ejemplares enviados como presente rondaría los mil, ordenándose que no se vendiera ninguno antes de que estas disposiciones se hubieran cumplido. Además, se estableció que la Contaduría librara lo que costara perfeccionar y enviar los libros de la hacienda de la Diputación del Santo Rey. Por último, que los mil volúmenes restantes fueran depositados en la Contaduría, «para que con orden del Cabildo se den a las personas de quienes por ahora no se ha hecho mención»³⁰⁵. Según se desprende de estas disposiciones, el Cabildo prefería priorizar la difusión de la obra que la recuperación de lo invertido merced a la venta de los ejemplares. El elenco de receptores fue amplísimo, como se comprueba por lo visto.

Las primeras de las respuestas al presente llegaron de forma casi inmediata, pues el 3 de febrero de 1673, el Cabildo ordenó que «todas las cartas que tocan al Santo Rey, así del libro como del elogio que se ha remitido a todas las iglesias», fueran custodiadas en el Archivo³⁰⁶. Dos años después, el 24 de septiembre de 1675, se leyó una carta del Cardenal Portocarrero, que remitía las lecciones del segundo nocturno y oración propias para el *rezo* y *oficio* del Santo Rey, aprobadas por la Congregación de Ritos. El Cabildo ordenó imprimir las lecciones y la oración, al igual que haría, el 16 de octubre del mismo año, con la misa de Fernando III, aprobada por bula. Poco después, ya en 1676, 29 de enero, la Diputación de Ceremonias recibió comisión para que «la *misa* y *rezo* del Santo Rey se impriman enteramente» y que, junto a la Diputación del Santo Rey, «vean

³⁰⁵ ACS, 7119, ff. 82v y 83v.

³⁰⁶ ACS, 7120, f. 14r.

la lámina del Santo, de las que se han abierto, la que más apropósito sea para que se ponga al principio de dicha misa»³⁰⁷. La preocupación y el interés del Cabildo por todo lo que rodeaba al Santo Rey eran inequívocos, procurando siempre potenciar su culto y reunir todos los documentos que se hubieran practicado en el proceso de su beatificación. En este sentido, el 15 de noviembre de 1677, el canónigo Mateo Coello, que había sido procurador en la causa, transmitió al Cabildo que los procesos originales que se hicieron para la beatificación y canonización de Fernando III estaban en su poder, cuya encuadernación, que había dispuesto, importaría 6.800 maravedís. Los capitulares se apresuraron a financiarla, ordenando que, una vez finalizada ésta, fueran llevados al Archivo de la Catedral³⁰⁸. En la misma línea se sitúa la comisión a los archiveros para que «dispongan cómo se guarden dos informaciones del Santo Rey que están en los Archivos para que con el tiempo y accidentes no sufran ninguna lesión», el 29 de enero de 1683³⁰⁹.

Ese mismo día llegó otra noticia interesante relacionada con Fernando III. Los Diputados del Santo Rey relataron que ciertos Padres de la Compañía de Jesús de Flandes, «historiadores insignes», estaban componiendo un *Flos Sanctorum* de todos los santos, sucediendo que, cuando llegaron al 30 de mayo —festividad de San Fernando— «habían reconocido la poca noticia que en diferentes partes de la Cristiandad había de la vida y heroicas virtudes del Santo», por lo que solicitaron algunas referencias al Padre Baltasar de Egues, prepósito de la Casa Profesa de Sevilla. Éste accedió a sus peticiones y, habiéndolas visto, los jesuitas «se fervorizaron, no solo a poner dicha vida en los libros que de todos los santos están escribiendo, sino que estaban en ánimo de hacer libro aparte para que las noticias de tan heroico Santo Rey se publiquen en toda la Cristianidad». Para ello, solicitaban al Cabildo Hispalense una ayuda a la impresión del mismo de 81.600 maravedís, remitiendo, a cambio quinientos cuerpos de libros para que los capitulares los repartieran a su gusto. El Cabildo, compelido por su compromiso con la difusión de las virtudes del Santo Rey, accedió a esta petición y ordenó que se enviara una efigie del monarca para que la incluyeran en la obra, que debía ser dedicada al rey Carlos II. A fines del año 1683, el 5 de noviembre, la Diputación del Santo Rey leyó una carta del Padre Daniel Papebrachio, «historiador general y particular de la vida y heroicas virtudes del rey San Fernando» en la que consultaba algunas dudas acerca de la im-

³⁰⁷ ACS, 7121, ff. 9r, 69r y 77r.

³⁰⁸ ACS, 7122, f. 116r.

³⁰⁹ ACS, 7125, f. 7r.

presión del libro que debía enviar al Cabildo. Éste resolvió las cuestiones planteadas y recordó que debían recibir cuatrocientos cuerpos de libros³¹⁰.

Los padres jesuitas que el Cabildo califica como «insignes historiadores» eran los bolandistas, una comunidad creada expresamente para la revisión de las vidas de los santos, tratando de evitar el fraude en sus crónicas y hagiografías. Efectivamente, la proliferación de devociones en todo el orbe católico provocó una reacción por parte de la Santa Sede desde un punto de vista preventivo —como se ha visto, Urbano VIII endureció las condiciones para elevar a los altares a nuevos santos— así como una suerte de revisionismo encarnado, entre otros, por los mauristas benedictinos y por los citados bolandistas. La obra por excelencia de los mismos fue el *Acta sanctorum*, edición crítica de la vida de los santos. En cuanto al autor del libro sobre Fernando III, el *Acta vitae Sancti Ferdinandi, Regis Castellae et Legionis, ejus nominis tertii cum postuma illius gloria et historia Sancta Crucis Caravacanae. Eodem quo ipse natus est anno MCXCVIII coelitus allatae ex Latinis ac Hispanicis variorum scriptis collecta, variaeque illustrata. Comentariis, Annotationibus, & Iconibus*, impreso en Amberes en 1684, fue Daniel Van Papenbroeck, un destacado bolandista. Con anterioridad a la obra referida, se había ocupado de otras hagiografías como las de San Alberto, siendo, igualmente, autor de unas reglas de crítica histórica y documental intituladas *Propylaeym antiquarium circa veri et falsi discrimen in vetustis membranis*, que merecieron la respuesta del benedictino Jean Mabillon con su célebre *De re diplomactica*³¹¹.

Como ya se ha indicado, el Cabildo reconocía como fundamental la difusión de los hechos de la vida de San Fernando, por lo que aprovechaba cualquier oportunidad para ello. Un buen ejemplo es la disposición capitular de 24 de enero de 1684 para que se enviara una carta al Emperador del Sacro Imperio «por su victoria sobre el Turco», aprovechando la coyuntura para que se le remitiera, asimismo, «uno de los libros que se está imprimiendo en Amberes». Poco después, el 19 de abril se dio cuenta de la llegada del ejemplar que se iba a destinar al rey Carlos II, así como «que importaba el porte 49 pesos», que debían sufragarse por parte de la Diputación del Santo Rey. Posteriormente, el 21 de abril, fue presentado ante el Cabildo, disponiéndose que fuese el canónigo Doctoral el encargado de entregarlo en nombre de los canónigos sevillanos, debiendo Luis Frederigui redactar la carta para el Rey.

³¹⁰ ACS, 7125, ff. 6r, 7r-v y 82v.

³¹¹ LINAGE 1992, pp. 187-193.

Cuatro meses más tarde, el 25 de agosto, llegó el grueso de ejemplares, contando con una inusual deferencia, dado que se destacó «la atención con que el Tribunal de la Santa Inquisición había obrado mandando que se entregasen al Cabildo sin cometerlos a la calificación que los viese, como es estilo». Como agradecimiento por el gesto, se decidió regalar a cada inquisidor un tomo. La Diputación del Santo Rey debía ocuparse y financiar el repartimiento de los volúmenes, siendo entregados a cada prebendado, tanto propietario como coadjutor, así como «al asistente y señores» de la Real Audiencia de Sevilla. A su criterio dejaba el reparto de «los libros que juzgare necesarios para aquellas personas que han concurrido a dar noticias y material a los padres escritores de este libro», siendo el resto vendidos, aunque dejando un ejemplar en la Biblioteca Capitular y Colombina y otro en el Archivo. Entre los receptores del mismo se hallaron, además del Emperador, el obispo de Pamplona, Juan Santos, que fuera canónigo de la Catedral de Sevilla, cuyas respuestas se leyeron en Cabildo los días 2 y 3 de noviembre de 1684³¹² y el Rey de Polonia, que contestó el 20 de agosto de 1687, siendo su respuesta impresa, a costa de la Diputación del Santo Rey, junto a la del Emperador y repartida entre los prebendados, guardándose las originales en el Archivo³¹³.

Sin embargo, no fue tan sencillo «beneficiar» los libros restantes, como se desprende del auto de 21 de enero de 1686, dado que el Arcediano de Niebla dijo que se hallaban en su poder, pese a que «se habían hecho grandes diligencias para beneficiarlos» y no se había podido conseguir la salida de ninguno, por lo que solicitaba al Cabildo su envío a la Biblioteca Capitular y Colombina por medio del canónigo Ambrosio de la Cuesta, que tenía, por entonces, la llave de la misma³¹⁴.

Fernando III no fue, empero, el único beato español que el Cabildo trató de promocionar a los altares, dado que sucedió lo propio con el Venerable Padre Fernando Contreras y con la Venerable Madre Sor Dorotea, que contaron con una diputación propia, comenzando el proceso a la vez, en 1631, llegando a la Congregación de los Sagrados Ritos en 1642, entre otros hitos que compartieron, como la gestión de ambos asunto por Juan de Loaysa en las postrimerías del siglo XVII³¹⁵. En este sentido, sobresale la entrega, el 21 de junio de 1684, por parte de los herederos del oidor Juan Suárez de una obra titulada *Oficio que el bienaventurado Hernando de Contreras ordenó para las fies-*

³¹² ACS, 7125, ff. 6r, 21r, 22v, 55r, 64r y 72v.

³¹³ ACS, 7127, f. 90v.

³¹⁴ ACS, 7126, f. 10r.

³¹⁵ ARANDA y QUILES 2000, p. 365.

tas del Sancto Baptismo de Nuestro Redemptor Jesu Christo, y escrito de su propia mano por el Padre Contreras. El *oficio* fue trasladado por Juan de Loaysa y aprobado por el ya mencionado obispo de Pamplona Juan de los Santos, así como por Luis Ayllón y Cuadros, cura más antiguo del Sagrario y, posteriormente, obispo de Santa Marta en Indias y Ceuta, y por el Padre Juan de Cárdenas, provisor de la Compañía de Jesús. Fue depositado en el Archivo, junto con las aprobaciones, cartas y demás papeles tocantes al Padre Contreras, que incluían unas informaciones que se hicieron en Sevilla en 1631 y otras efectuadas en Argel, Ceuta y Tetuán por el capellán Juan Marino de Cestelo en 1675, «para que se hallen cuando se prosiga la beatificación»³¹⁶.

El 29 de enero de 1685, a propuesta de Luis Frederigui, diputado de mayor antigüedad de la causa del Padre Contreras, ordenó el Cabildo escribir al jesuita Padre Pascual de Casanova, asistente general en Roma de las provincias de España e Indias, para que intercediera ante el General de la Compañía de Jesús. Se pretendía que éste señalara revisores para un libro que sobre el beato, escrito por orden de la Diputación de su causa «por lo que importa la noticia de ella para el progreso de su beatificación, que trata esta Iglesia». El autor del libro era el Padre Pedro Zapata, también jesuita, por dos veces Rector del sevillano Colegio de San Hermenegildo, donde fue Lector de Prima y regente de los estudios, así como calificador del Santo Oficio. Desgraciadamente, no hay constancia de ninguna obra del referido autor acerca de la vida del Padre Contreras. Solo se le conoce una *Oracion funebre, que en las honras que la santa, metropolitana, y patriarchal iglesia de Sevilla, hizo el dia 10 de iulio deste año de 1696 a la buena memoria, del señor Dr. Don Luis Federigui*, impresa por los herederos de Tomás López de Haro en 1699. En 1678 había hecho lo propio con el tío de Luis Frederigui, Juan Frederigui, también canónigo.

El mismo día del envío de la carta a Roma, falleció uno de los diputados de la causa del Padre Contreras, el canónigo Bernardo de Estrada, siendo nombrado en su lugar Juan de Loaysa. Unos meses después, el 7 de mayo de 1685, llegó la contestación del Padre Pascual de Casanova en la que aseguraba haber designado revisores para «el libro de la vida y virtudes del muy venerable siervo de Dios, el Padre Contreras, que ha escrito el Padre Pedro Zapata»³¹⁷. El que se practicaran estas diligencias apunta a que, efectivamente, Pedro Zapata escribió la obra, al igual que el uso de la perífrasis «ha

³¹⁶ ACS, 7125, f. 46r.

³¹⁷ ACS, 7126, f. 13v.

escrito», que descartaría la posibilidad de que se tratara solo de un proyecto. Sin embargo, como se ha indicado, no hay, hasta el momento, constancia de que se editara una obra suya de este tenor, ni se tienen noticias de la existencia de un manuscrito de la misma.

Probablemente, debieron de producirse algunos problemas para que el libro de Pedro Zapata viera la luz, por lo que el Cabildo habría de recurrir a otro autor para promover la causa del Padre Contreras. Así podría entenderse que, el 11 de mayo de 1689, Juan de Loaysa, nombrado procurador para aquélla, relatara a los capitulares que el Padre Gabriel Aranda ya tenía escrito su libro sobre el particular, resultando «muy a satisfacción de todos los que la han visto», por lo que estaba lista para ponerlo en prensa. Contaba ya con licencia de la Compañía y del Ordinario y con aprobación del canónigo Alonso del Corro, «que la había bien examinado y dado su parecer y que, por ser la causa de este siervo tan propia de esta Iglesia, también lo debía ser el que su vida se imprimiese como mandada escribir de orden del Cabildo». En estas líneas se aprecia claramente la intencionalidad del Cabildo en la promoción de este tipo de obras, así como una vinculación expresa entre el mismo y la escritura de ésta en particular, «de orden del Cabildo». El libro se titulaba *Vida del siervo de Dios exemplar de sacerdotes, el Venerable Padre Fernando de Contreras, natvral de esta ciudad de Sevilla, del ábito clerical de Nuestro Padre Señor San Pedro*. Como en otras ocasiones, se propuso dedicarla a Carlos II, «para solicitar con su autoridad y protección los progresos de esta causa cuando se ofreciese con la Sede Apostólica». Por último, el propio Juan de Loaysa, especialmente devoto del Padre Contreras, propuso costear por entero la impresión de la obra, «sin que el Cabildo tuviese gasto alguno». Los capitulares no se negaron a la petición, agradeciendo al canónigo su dedicación en el negocio y «en que esta obra tan deseada salga a la luz». Eso sí, se ordenó que el libro fuera impreso a nombre del Cabildo³¹⁸.

Aún llevaría un tiempo llevar a cabo la impresión del libro, pues hasta el 21 de mayo de 1692, no dio Juan de Loaysa cuenta de que aquélla estuviera completada. Finalmente, el libro fue impreso por Tomás López de Haro y, siguiendo las instrucciones del Cabildo, impreso en su nombre y dedicado al rey Carlos II. El ejemplar para el monarca fue remitido a Gregorio de Bustán, estante en la Corte, debiendo Juan de Loaysa

³¹⁸ ACS, 7128, f. 51r.

escribir «a Su Majestad representándole la suma estimación y aprecio grande que el Cabildo hace de las heroicas y admirables virtudes de tan venerable varón y ejemplar sacerdote, fiando que la católica piedad de Su Majestad inclinará su real ánimo a patrocinar en la Corte Romana» la causa del Venerable Padre Contreras. Además del Rey, recibiría un volumen el Colegio Mayor de San Ildefonso, «como a quien ha influido para firmar este libro con particulares noticias que le ha suministrado, a que el Cabildo se hallaba singularmente reconocido». Por último, se dispuso que se llevaran ejemplares a la Biblioteca Capitular y Colombina y al Archivo³¹⁹. Efectivamente, en una adenda posterior del *Abecedario y memoria...* de Juan de Loaysa —terminado el 11 de abril de 1684—, se asentó, en el cajón 107, «el libro del Venerable Padre Contreras, en papel de marca mayor, por duplicado»³²⁰. Poco después, el 11 de julio de 1692, se volvió a cometer a Juan de Loaysa para que escribiera cartas a Mariana de Austria, Reina Madre, al Nuncio y al Presidente del Consejo de Castilla, que debía remitir junto con un tomo del libro. El 25 de agosto llegó la respuesta de la Reina Madre y, el 15 de septiembre, la del Colegio de San Ildefonso³²¹.

De la misma forma que el Cabildo tomaba la iniciativa en la edición de libros referidos a destacados cristianos vinculados a Sevilla y su Arzobispado, también contribuía, con ayudas económicas, a la impresión de libros de temática similar. Fue este el caso de la petición que elevó, el 6 de julio de 1675, Antonio de Lorea, fraile dominico, en la que solicitaba alguna limosna para ayudar a la impresión de su obra sobre la vida de Fray Pedro de Tapia, quien fuera arzobispo de Sevilla (1652-1657). Para reforzar esta petición, se leyó, asimismo, «una carta del Duque de Alba recomendando al Cabildo la persona del dicho Antonio de Lorea y el asunto de la dicha impresión» y se repartió una «efigie en estampas» de Pedro de Tapia dedicada al Cabildo. Quizá por esta poderosa recomendación o por el mero interés en promocionar las ejemplares vidas de estos beatos, el Cabildo tuvo a bien contribuir a la impresión de la obra con 75.000 maravedís³²². El libro se intitula *El siervo de Dios Venerable Padre Fray Pedro de Tapia, de la Orden de Predicadores, Obispo de Segovia, Sigüenza, Córdoba y Arzobispo de Sevilla...historia de su apostólica vida y prodigiosa muerte...*, fue impresa por Juan García Infanzón y editada por Julián de Paredes en la Imprenta Real de Madrid, en

³¹⁹ ACS, 7129, ff. 56r y 81r.

³²⁰ BCC, 57-1-19, ff. 17r, 65r y 210r.

³²¹ ACS, 7129, ff. 81r, 95v y 104r.

³²² ACS, 7121, f. 47r.

1676. No ha quedado constancia de que uno de los ejemplares fuera remitido al Cabildo, dado que no se incluye en el *Abecedario y memoria...* de Juan de Loaysa en 1684, aunque, actualmente, se halla en la Biblioteca del Arzobispado de Sevilla.

Otra iniciativa que parece conducir a la impresión de un libro se registra el 6 de julio de 1685, cuando Luis Frederigui relató al Cabildo «cómo se había deseado que saliesen a la luz los santos que ha habido en este Arzobispado, cuya memoria, con muy gran trabajo, había resucitado el Padre Juan Bernal, de la Compañía de Jesús» y cuya obra estaba, a la sazón, en poder de Matías de los Reyes, canónigo. El Cabildo ordenó que se solicitase su devolución. Sin embargo, si estas diligencias se llevaron a cabo, no tuvieron efecto, dado que, unos meses después, el 11 de febrero de 1686, el canónigo Gabriel Pérez Meñaca recordó que su igual, Gregorio de los Reyes, aún no había devuelto el «libro de los santos de este Arzobispado compuesto por el Padre Juan Bernal», ante lo que el Cabildo cometió a la Diputación de Ceremonias que «procurase recogerlo»³²³. Sea como fuere, el manuscrito terminó siendo devuelto, ya que en 1797 fue hallado en el Archivo Catedralicio³²⁴. No parece que prosperara la intención capitular de que este libro, cuyo título se desconoce, «viera la luz».

En otro orden de cosas, ocupaba lugar importante, como impresión anual fija, el *cuadernillo* o *tablas de rezo*, de lo que se encargaba el Maestro de Ceremonias, bajo la dirección de la Diputación del mismo nombre. Como parte del nuevo rezado, el monopolio de su producción estaba en manos del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial desde 1573, cuando una real cédula de Felipe II concedió licencia al Prior y Convento de El Escorial para imprimir y vender en Castilla, e importar, *Breviario*, *Misal* y otros. Exclusiva que se amplió poco después a las Indias. Desde entonces, los jerónimos comenzaron a cobrar derechos por estos libros, estableciéndose luego que todos los libros del Nuevo rezado, que incluían otras obras, como *Fiestas* y *Oficios Divinos*, debían contar con licencia del Comisario General de Cruzada y consentimiento del Convento de El Escorial. Este monopolio causó no pocos problemas, librándose pleitos con distintas instituciones eclesiásticas a lo largo de los siglos XVI y XVII³²⁵. La Catedral de Sevilla fue una de ellas.

³²³ ACS, 7126, ff. 18r y 70r.

³²⁴ GUILLÉN 2006, p. 311.

³²⁵ REYES 2000, pp. 222-227.

Como se ha indicado, los nuevos rezos se imprimían anualmente, haciéndose cargo el Maestro de Ceremonias, que solía recibir una ayuda de costa de 10.200 maravedís, igualmente cada año, autorizada por el Cabildo. En este sentido, las primeras noticias sobre conflictos relacionados datan del 24 de enero de 1622, cuando llegó a oídos del Cabildo que el Comisario General de la Cruzada había ordenado que no se imprimieran «las reglas del rezo sin su licencia». Ante esta noticia, abandonaron la Sala Capitular los jueces de Cruzada y se mandó llamar para determinar qué se haría, debiendo el Arcediano de Carmona y el doctor Dionisio de Prado «traer relación de todo ello y de lo que se usa en otras iglesias»³²⁶. Si de este mandato capitular se siguieron otras gestiones, no se han encontrado. De hecho, hay que esperar aún una década para que la problemática de los *cuadernillos* o *tablas del rezo* vuelva a colación del Cabildo, aunque denotando que no se debieron de producir muchos avances, dado que, el 29 de noviembre de 1632, se ordenó que Manuel Sarmiento de Mendoza escuchara al Maestro de Ceremonias sobre si se debía imprimir el pliego de las *tablas del rezo*, dando cuenta luego sobre si había censuras, es decir, autorización, para ello³²⁷. A la misma línea parece apuntar la siguiente noticia, del 23 de enero de 1637. En la reunión capitular de ese día se acordó cometer al canónigo Alonso de Arellano para que «trate de hacer todas las diligencias que parezcan necesarias con el Comisario General y las demás personas que convengan para que se puedan imprimir las *tablas del rezo* y *fiestas ordinarias* de esta Santa Iglesia, por ser cosa tan necesaria y de utilidad»³²⁸.

En este sentido, parece imponerse una calma tensa, dado que las noticias son aún esporádicas durante décadas. El 6 de octubre de 1649, disponía el Cabildo que los *cuadernillos de rezo* de santos del Arzobispado Hispalense, de cuya corrección se estaba encargando el racionero Martín Bosques, no fueran entregados por éste a ninguna persona «sin auto de Su Señoría, a quien pertenecen»³²⁹. Pareciera que se trataba de prevenir la intervención de otros poderes en la confección de los *cuadernillos del rezo*, dejando claro que los referentes a Sevilla y su Arzobispado competían, más aún, pertenecían, a la Iglesia Mayor de la ciudad. Transcurridos algo más de cinco años, el 5 de diciembre de 1653, se constata por vez primera que el Maestro de Ceremonias era el encargado de la impresión del *nuevo rezado*, dado que el licenciado Juan de Quesada, que ejercía el

³²⁶ ACS, 7099, f. 95r.

³²⁷ ACS, 7103, f. 205r.

³²⁸ ACS, 7104, f. 44v.

³²⁹ ACS, 7108, f. 115r.

magisterio por entonces, pidió ayuda de costa para los *cuadernillos* del año 1655, que ya tenía preparados. Del mismo auto se desprende, no obstante, que se trataba de una práctica ya asentada, dado que, según denunciaba Juan de Quesada, los herederos de Francisco de Bonifaz, anterior Maestro de Ceremonias, pretendían imprimirlos para obtener una ayuda de costa por parte del Cabildo. Ante esta situación, los capitulares optaron por una solución salomónica, ordenando que los herederos de Francisco de Bonifaz se ocuparan de los *cuadernillos* de 1654, pasando los de 1655 ya a competir a Juan de Quesada. Esto quedaría confirmado un año después, dado que el 4 de diciembre de 1654, reiteró su petición, ordenándose entregarle la misma cantidad que el año anterior³³⁰.

Ya en la década de los sesenta, el *cuadernillo del rezo* volvió a ser objeto de la atención del Cabildo, en esta ocasión por el exceso cometido por el Maestro de Ceremonias, que pidió, el 10 de enero de 1661 «se le perdonen algunos yerros que hizo en la impresión del *cuadernillo del rezo*, innovando en algunas cosas». No es posible saber en qué consistían estas innovaciones, aunque es evidente que el Cabildo las rechazó de plano, mandando que no se admitiera ninguna, así como que el Maestro de Ceremonias no imprimiera «cosa alguna tocante a ceremonias sin consultarlo con los diputados de ella primero»³³¹. Parece evidente que, por estos años, la Catedral de Sevilla seguía haciéndose cargo de la impresión de los *cuadernillos del nuevo rezado*, sin que se hayan encontrado referencias de alguna intervención por parte del Monasterio de El Escorial o del Comisario General de Cruzada para evitarlo. Así sería hasta el 31 de marzo de 1667, cuando el canónigo Juan de Tejada dio cuenta al Cabildo de que tenía acordado con el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial «correr con la impresión de los *cuadernillos del rezo* en la misma conformidad que lo hacía el arcediano de Sevilla Alonso Ramírez de Arellano»³³². Lamentablemente, se desconocen las condiciones con las que Alonso Ramírez concertó con los frailes de El Escorial la impresión de los *cuadernillos del rezo* por parte de la Seo Hispalense, aunque, al menos, permite constatar que existía algún tipo de ajuste entre ambas instituciones.

Sea como fuere, continuaría la Catedral de Sevilla disponiendo en la impresión del *cuadernillo del rezo* en los años siguientes, como se desprende el auto de 4 de no-

³³⁰ ACS, 7110, ff. 87r y 109r.

³³¹ ACS, 7114, f. 4r.

³³² ACS, 7117, f. 16r.

viembre de 1672, en el que se acordó que «el Maestro de Ceremonias, en adelante, no ponga en el *cuadernillo del rezo*, que cada año se imprime, cláusula en orden a las ceremonias que en esta iglesia se ejecutan, sin consulta de los diputados»³³³. Para auxiliar al Maestro de Ceremonias en las gestiones que implicaba su obligación en el *cuadernillo del rezo*, se le concedían ayudas de costa de 13.600 maravedís³³⁴, si bien, no de forma sistemática, debiendo ser solicitados por el Maestro de Ceremonias. La composición del *cuadernillo* implicaba a otros actores, además de al Maestro de Ceremonias, principalmente a Juan de Tejada, a quien se mandó entregar «siete cuadernos de la ordenación del rezo» que dejó hechos Juan de Quesada y se hallaban, el 17 de julio de 1676, en poder del licenciado Jerónimo Viscardo que, a la sazón, hacía las veces de Maestro de Ceremonias.

No obstante, aún se producirían otros problemas, dado que, a inicios del año siguiente, el 17 de febrero de 1677, la Diputación de Ceremonias relató ante los capitulares que el Maestro de Ceremonias «había hecho un papel de advertencias acerca de algunos errores que tenía el *cuadernillo del rezo* de este año», papel que se imprimió y repartió entre los prebendados a costa de la Contaduría³³⁵. Hasta ahí, ningún problema. Sin embargo, los diputados señalaron, además, que el Maestro había redactado otro escrito «acerca de la forma en que en esta Iglesia se rezaba de algunos santos, dándoles diferente rito y alterando la forma que les da el *breviario*», lo que podía ser comprometedor. Por ello, se cometió a la Diputación para que diera su parecer.

Meses después, el 21 de julio de 1677, el maestro Diego Díaz de Escobar remitió una carta al Cabildo en la que explicaba las razones por las que no se había hecho cargo de la composición del *cuadernillo del rezo*. Razones que no fueron estimadas por los canónigos, que le ordenaron ocuparse del mismo «según su obligación», añadiendo que «el *cuadernillo* corra por Juan de Tejada (...) que tiene privilegio de San Lorenzo el Real». Como puede verse, la solución arbitrada con los jerónimos debió de ser un privilegio que permitía a la Catedral Hispalense editar sus propios *cuadernillos* y *tablas del rezo*. Por último, el Cabildo dejó claro que al que se ocupara, al menos en esta ocasión, de realizar el *cuadernillo*, no se le debían entregar los 13.600 maravedís como ayuda de

³³³ ACS, 7119, f. 80v.

³³⁴ ACS, 7120, f. 218r.

³³⁵ Efectivamente, el 20 de marzo de 1677, se libraron 5.950 maravedís al maestro de Ceremonias Diego Díaz de Escobar «por los que gastó en imprimir las advertencias que añadió en el *cuadernillo del rezo*, por auto capitular de 17 de febrero» (ACS, 06330, f. 51r).

costa, ni ninguna otra cantidad. Ello no fue óbice para que, el 29 de octubre del mismo año, se ordenara librar 20.400 maravedís al Maestro de Ceremonias para la impresión de las *tablas del rezo*, «de las partes donde se libraban los 13.600 del *cuadernillo*», sin especificar de dónde se proveían estos fondos.

Más grave aún, el 29 de noviembre de 1677, se leyó en el Cabildo una petición de Diego Díaz de Escobar, denunciando que, habiendo dispuesto la impresión de las *tablas del rezo*, se había ordenado al impresor que interrumpiera el proceso y entregara todas las que poseía. Según se relata en el auto, se dio dicha orden por parte del Deán, a quien Juan de Tejada visitó en su casa y transmitió que Diego Díaz de Escobar había ordenado imprimir un número excesivo de las mismas —que se había fijado en quinientas—, por lo que se tomaron las medidas aludidas. Además, el Deán, inspeccionando las *tablas*, descubrió «unas notas que son muy contrarias al estilo que se ha observado, y las ha puesto sin consulta de la Diputación de Ceremonias». Ante estas noticias, el Cabildo acordó cometer a la Diputación para que averiguara «si el Maestro se ha excedido y, juntamente, si están [las *tablas*] conforme a reglas o contrarias a las ceremonias, estilo y loables costumbres de esta Iglesia». Asimismo, debían comunicar a los canónigos si las notas en romance añadidas por el Maestro de Ceremonias contaban con la aprobación de la misma. Finalmente, entre los días 20 y 22 de diciembre, se decidió, oída la Diputación de Ceremonias, que el maestro Diego Díaz de Escobar se había excedido al añadir las notas sin consulta, aunque esas notas no atentaban contra las ceremonias ni costumbres de la Seo Sevillana, así como en el número de *tablas* impresas, por lo que se dispuso que solo se le entregaran las precisas: aquellas destinadas al Coro, sacristías, Sagrario y capillas situadas fuera de su jurisdicción. En último lugar, se decidió encargar al Maestro de Ceremonias la impresión de las tablas de los últimos seis meses del año³³⁶. Desafortunadamente, no ha trascendido el nombre del impresor al que se habían encargado las *tablas del rezo*.

Dos años después, el 5 de febrero de 1680 se mandó librar 3.400 maravedís al Maestro de Ceremonias por la impresión «de los Santos nuevos»³³⁷. Si bien la cantidad era menor, recibió idéntico montante el 23 de diciembre, al ser rechazada la petición de ayuda de costa acostumbrada. En lugar de ello, se le pagaron otros 3.400 maravedís

³³⁶ ACS, 7122, ff. 19v, 73r, 110v, 123r, 132v y 133v.

³³⁷ El 10 de febrero se pagaron a Diego de Escobar 3.400 maravedís, por auto de día 5 del mismo, «de ayuda para la impresión de la *tabla de los ritos* de los nuevos santos» (ACS, 06330, f. 201v).

«atento a estar enfermo», lo que refuerza la idea de que estas ayudas de costa eran medidas totalmente gratuitas que ni la costumbre conseguía hacer oficiales. El mismo día se reiteró que el Maestro no imprimiera «cosa alguna en el *cuadernillo*, sin que lo vea la Diputación de Ceremonias». Durante ese mismo año se produjo otro episodio destacable en la relación entre el Cabildo y el Monasterio de El Escorial, un paso más hacia el pleito que ocupará la etapa finisecular. Así, el 8 de julio de 1680, la Diputación de Ceremonias transmitió al Cabildo que los 13.600 maravedís que se solían entregar a los religiosos de San Jerónimo por la impresión del *cuadernillo del rezo*, «porque voluntariamente habían querido dar Alonso Ramírez de Arellano y Antonio de Tejada», no eran pertinentes en esta ocasión, por tratarse, no de un rezo en forma, sino «solo apuntamientos para rezar». La opinión de los diputados de Ceremonias no era unánime dentro del Cabildo, por lo que se determinó que se volviera sobre el asunto «con vista de los privilegios de los religiosos de San Jerónimo»³³⁸.

Cinco años después, era Adrián del Ossu, maestro de Ceremonias interino, el encargado de componer el *cuadernillo del rezo* para el año 1686. El 17 de octubre de 1685, la Diputación informó al Cabildo de que aquél «venía muy conforme con las rúbricas del *Breviario* y *Misal* y costumbre de esta Iglesia». Ante estas noticias, se determinó entregar a Adrián del Ossu la misma ayuda que recibiera el maestro Escobar, cantidad que se mandó librar un mes después, el 16 de noviembre de 1685. Algo más tarde se prescindió del oficio de Maestro de Ceremonias, a la vez que se calificaban tanto aumentos de salario como ayudas de costa como materias de gracia, debiendo ser sometidas a votación y aprobadas por unanimidad, medidas que se prolongarían durante, al menos, tres años. El mismo día en que se tomaron estas disposiciones, 29 de noviembre de 1685, el Cabildo ordenó a la Diputación de Ceremonias que uno de sus miembros se pusiera en contacto con los jueces de Cruzada para que se suspendiera «cualquier diligencia que se intentare por parte de los religiosos de San Jerónimo». Además, la Diputación debía, junto a Luis Frederigui y Matías de los Reyes Valenzuela, examinar el breve que los frailes decían tener «para que no se pueda imprimir sin licencia suya»³³⁹.

Los jerónimos de El Escorial debieron de insistir en sus prerrogativas, pues unos meses después, el 28 de marzo de 1686, el racionero Cosme Pardo hizo relación al Ca-

³³⁸ ACS, 7123, ff. 10r, 43v y 85r.

³³⁹ ACS, 7126, ff. 118v, 121r, 133r y 140r-141r.

bildo de que aquéllos habían conseguido que el Comisario General de la Cruzada reconociera que se debían satisfacer 13.600 maravedís al Monasterio de El Escorial por la licencia de la impresión del *cuadernillo del rezo* de los Santos del Arzobispado de Sevilla. Tampoco los capitulares hispalenses estaban dispuestos a ceder, «considerándolo injusto, al no tener los padres facultad para ello», por lo que se cometió a la Diputación de Negocios la defensa de la postura del Cabildo y, dado que el canónigo Doctoral debía inhibirse por ser juez de Cruzada, se nombró en su lugar a Luis Frederigui y a Alonso de Corro. Más tarde, se dio entrada a un notario del Tribunal de Cruzada, que leyó la provisión, y el Cabildo ordenó «acudiese al Provisor y, en el ínterin, no corriese el término». Es decir, se ordenaba no atender a los escritos propiciados por los jerónimos, siendo la intención de los canónigos continuar realizando la impresión del *cuadernillo* y las *tablas del rezo* por cuenta propia. Esto queda constatado por auto de 4 de noviembre de 1686, cuando, tras examinar el *cuadernillo* compuesto por Adrián del Ossu, se ordenó su impresión, dándole, además, ayuda de costa por las *tablas*, con la misma cantidad que en años precedentes³⁴⁰.

Pese a todo, el proceso judicial continuaba su curso y, algo más de un año después, el 19 de enero de 1688, la Diputación de Ceremonias relató al Cabildo cómo se seguía un pleito en el Tribunal de Cruzada con los frailes del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial «sobre la impresión del *cuadernillo añalejo*³⁴¹ del rezo». Desafortunadamente, el tribunal falló a favor de los frailes, ordenando que el Maestro de Ceremonias pagase 13.600 maravedís anuales por la impresión del *cuadernillo*. Sin embargo, esto no desalentó a los capitulares, quienes, una vez hubo abandonado la reunió el Chantre por ser juez de Cruzada, reiteraron a la Diputación de Negocios que defendiera su postura, solicitando provisión de apelación para el Tribunal Supremo de Cruzada. Hasta la resolución del asunto, se dispuso que el Maestro de Ceremonias no pagara ninguna cantidad. El 8 de noviembre llegó a oídos del Cabildo, a través de la Diputación de Negocios, que el día 5 del mismo mes se había notificado al Maestro de Ceremonias una provisión del Comisario de Cruzada para que «no haga ni imprima el *cuadernillo*» del año 1689 sin su consentimiento ni licencia del Monasterio de El Escorial. Los capitulares calificaron este mandato como «intempestivo, sin citación de la parte del Cabildo, como por ella consta pues, estando, como está, pendiente de pleito en dicho Comisa-

³⁴⁰ ACS, 7126, ff. 32r y 93r.

³⁴¹ RAE: especie de calendario para los eclesiásticos, que señala el orden y rito del rezo y oficio divino de todo el año.

rio por apelación de la sentencia de los Jueces del Tribunal de Santa Cruzada» de Sevilla y «no habiendo ejecutoria, como no la hay», no era preceptivo impedir la impresión del *cuadernillo*. Por ello, se ordenó trasladar estas novedades a los agentes de Negocios del Cabildo en Madrid y no acatar la disposición.

La tenacidad del Cabildo pareció dar sus frutos cuando, el 11 de diciembre de 1688, los Diputados de Negocios relataron «que los jerónimos han insinuado que desean una composición por no seguir con el pleito», por lo que podrían llegar a un acuerdo con ellos o seguir con el pleito, en cuyo caso, estimaban los diputados que era oportuno comunicarse con otras iglesias para conocer su forma de proceder. Además, recomendaban que el *cuadernillo* se vendiera, hasta que se hallara una solución, en el Colegio de San Isidro, para evitar problemas «al librero que los vendiese en su casa», a lo que el Cabildo se avino. Efectivamente, el año siguiente de 1689, 12 de septiembre, se ordenó a la Contaduría que librara al Maestro de Ceremonias el costo que hubo en la impresión de los rezos de los santos Ciriaco, Paula y Pedro de Osma³⁴².

A principios de la década de los años noventa parecía que el conflicto podía llegar a su fin. El 16 de febrero de 1690, el Doctoral comunicaba al Cabildo que se había perdido el pleito sobre el *cuadernillo del rezo*, obteniendo el Monasterio de El Escorial sentencia para que le fueran pagados los de los años anteriores a 13.600 maravedís, aunque se había llegado a un entendimiento con el procurador del convento para reducir la cantidad a 10.200 para los precedentes, manteniéndose los 13.600 para los venideros. Sin embargo, en cuanto a que el Maestro de Ceremonias de la Seo Hispalense continuara ocupándose de los *cuadernillos*, dijo que el procurador «no había dado palabra fija porque dependía de la voluntad del Prior» de El Escorial. Ante estas noticias, los capitulares cometieron a la Diputación de Ceremonias averiguar la manera en la que «esta Iglesia no pierda la costumbre de que el Maestro de Ceremonias haga el *cuadernillo*», cuestión que tomaban como de la máxima importancia, por encima de posibles pagos, como puede observarse.

La siguiente noticia referente a la cuestión se produjo el 12 de julio de 1690, cuando el Arcediano de Sevilla llamó la atención sobre la conveniencia de poner fin a la causa, apuntando, con notable buen tino, que todo se solucionaría librando al Maestro de Ceremonias los 13.600 maravedís que se acostumbraba a dar como ayuda de costa,

³⁴² ACS, 7127, ff. 11v, 104v, 146r y 161r.

«y que se libren desde el primer año que cesó la libranza y en adelante para el referido efecto, pues de esta forma se compondría el maestro con el procurador», continuando la tradición de que fuera el Maestro de Ceremonias el encargado del *cuadernillo*. La simplísima eficacia de esta medida llevó a los capitulares a hacerla suya, ordenando librar las cantidades como había propuesto el Arcediano. No obstante, no hay que atribuir la falta de disposición a emplear fondos como una torpeza o una cuestión de carácter, sino que es preciso comprenderla dentro del contexto de los graves apuros económicos por los que atravesaba la Fábrica de la Catedral de Sevilla —de cuya hacienda se libraban las cantidades— que, como se ha visto, llevó a suprimir el oficio de Maestro de Ceremonias y a adoptar otra serie de medidas de control y disminución del gasto. Es más, lo reducido de la cantidad que debían pagar hace pensar, más bien, que se trataba de una cuestión de prestigio y defensa de las costumbres propias que de mero interés económico. Máxime teniendo en cuenta que los procesos judiciales fueron, a buen seguro, más onerosos que el pago que se pretendía evitar al Monasterio de El Escorial.

Parece que tampoco se consiguió entonces un acuerdo, dado que, el 25 de septiembre del mismo año, el Deán confirmó la derrota del Maestro de Ceremonias frente a los jerónimos de El Escorial, que pretendían asumir la impresión del *cuadernillo del rezo*, advirtiéndoles de que «era preciso descuidar en esta materia de tanta novedad», por lo que se hacía necesario que la Diputación de Ceremonias confiriera sobre la cuestión «informándose del auto del Consejo y de lo que intentan ejecutar los religiosos». Efectivamente, el 2 de octubre de 1690, la Diputación de Ceremonias informó de que el auto del Consejo de Cruzada condenaba al Maestro de Ceremonias a pagar 13.600 maravedís tanto por los *cuadernillos* pasados como los futuros así como que «no puede imprimirlo para el año que viene, ni impresor venderle, sin licencia de año del Comisario General y consentimiento» de los jerónimos. Es más, los religiosos pretendían avocarse la impresión del mismo, teniendo ya preparado el del año de 1691. Frente a ello, la Diputación creía que el Cabildo no debía consentir «esta novedad, sino que, con todo esfuerzo», debía continuar pleiteando para defender sus posturas. Los capitulares compartían este punto de vista, por lo que encargaron a la Diputación de Negocios buscar una solución, acudiendo al «tribunal que convenga».

No obstante esta actitud litigiosa por parte del Cabildo, la situación se fue haciendo más complicada para mantener su posición. Solo cuatro días después, el 6 de octubre de 1690, «entró un notario» a la Sala Capitular y transmitió un mandamiento del

Comisario General de Cruzada prohibiendo al Maestro de Ceremonias imprimir el *cuadernillo* en lo sucesivo, «a pedimiento del Convento de El Escorial, so graves penas». La única solución para que el Maestro de Ceremonias pudiera hacerlo era obteniendo el consentimiento de El Escorial. Los jerónimos contaban ya con ejecutoria para hacer efectiva su favorable sentencia, por lo que, los capitulares, conscientes de la imposibilidad de hacer frente sin más en los tribunales, acordaron escribir al Prior de El Escorial para llegar a una entente, por auto de 24 de octubre de 1690. La respuesta del Monasterio no se retrasó ni un mes, pues, el 20 de noviembre, se leyó su misiva, en la que los jerónimos manifestaban «la atención que profesan al Cabildo, condescendiendo con el deseo que se le manifestó de que el Maestro de Ceremonias corra con la impresión del *cuadernillo del rezo*, poniendo en manos del Cabildo todo el derecho que les dio la ejecutoria», a cambio de un pago anual. Al parecer, la disposición negociadora y las buenas palabras actuaron como una suerte de *captatio benevolentiae*, consiguiendo más que los litigios. La Diputación de Ceremonias recomendó escriturar la concordia con el Monasterio de El Escorial, para que éste «no vuelva a mover esta materia»

Otra cuestión era qué hacer con el *cuadernillo* del año 1691, dado que no había tiempo para componerlo e imprimirlo. Por ello, se decidió utilizar el editado por El Escorial, aunque reimprimiendo las primeras y últimas hojas, de forma que pareciera obra del Maestro de Ceremonias, comisionando a la Diputación de Ceremonias para hallar la forma en que corregir las erratas³⁴³. Sin embargo, estas medidas y, probablemente, otras tomadas unilateralmente por parte del Cabildo, no pasaron desapercibidas para el Prior de El Escorial, cuyo malestar fue transmitido por carta de Gregorio Bastán, el 26 de febrero de 1693. Había cursado quejas al Comisario General de la Cruzada aduciendo que el *cuadernillo* añalejo no incluía la licencia que se había pactado «cuando se ajustó el pleito». La propia Diputación de Ceremonias se mostró de acuerdo con el Prior, dado que «el poner la licencia había sido pacto el pedirla», aunque no todos los canónigos opinaban de la misma forma, por lo que se llamó para conferir con el Mayordomo del Comunal y los jueces de Cruzada³⁴⁴. Posiblemente, este tipo de desavenencias provocaron que los jerónimos trataran de hacerse de nuevo con la impresión del *cuadernillo del rezo*, cuando el 4 de noviembre de 1695 se cometió a la Diputación de Ceremonias «se informase y discurriese sin convendría ejecutar (...) en cuanto a la pretensión de los

³⁴³ ACS, 7128, ff. 18r, 75v, 101v, 102r, 104v, 105r, 108r, 118v y 119v.

³⁴⁴ ACS, 7130, ff. 15r y 16r.

padres jerónimos que tienen a su cargo el rezo, cerca del cuadernillo que imprime el Maestro de Ceremonias». Un año más tarde, el 7 de noviembre de 1696, la misma Diputación, junto a Antonio de Flores, Juan de Loaysa, Juan de Miranda y Tomás Santos, recibió una comisión, en esta ocasión sobre la licencia que exigía el Comisario General de la Cruzada para imprimir el *cuadernillo del rezo*³⁴⁵.

A principios de 1697, 11 de febrero, se oyeron algunas conclusiones de los anteriores comisionados, «a quienes estaba cometido el modo de imprimir el *cuadernillo de rezo* de este Arzobispado». Aconsejaban que se escribiera al Prior de El Escorial pidiéndole que, además del pago de 13.600 maravedís y la solicitud de licencia al Comisario General de la Cruzada, no impusiera la inclusión de dicha licencia en el *cuadernillo* «ni se haga novedad alguna en su impresión». Tras escuchar estas opiniones, «confiriéndose en ella por mucho espacio», los capitulares decidieron encomendar al Maestrescuela que escribiera al Prior, aunque sin mencionar el pago de 13.600 maravedís «(por perjuicio de que, constando de carta, no les sirviese de instrumento que nos perjudicase después), sino solo pidiendo no se haga reparo en la expresión de dicha licencia» en el *cuadernillo*. La respuesta de Fray Francisco de Madrid, prior de El Escorial, llegó el 22 de marzo, y debió de ser relativamente favorable, dado que se llamó para tratar la cuestión los días 19 de julio y de agosto de 1697³⁴⁶. Este último, los diputados de Ceremonias, que habían continuado las comunicaciones con los jerónimos, dijeron que «parecía cedían de este dictamen en alguna manera, por cuya razón, por ahora, no había novedad alguna y el Cabildo podía mandar al Maestro de Ceremonias corriese como hasta ahora». El pago anual continuaba vigente, tomando recibo del mismo, cuyas cláusulas debían ser a satisfacción de la Diputación de Ceremonias³⁴⁷.

De nuevo esta solución devino efímera por muerte de Fray Antonio del Castillo, comisario del *Breviario*, dado que su sucesor en el cargo exigía, el 16 de noviembre de 1699, que se incluyera en el *cuadernillo*, ya fuera al principio o al final, la cláusula «de licencia del señor Comisario General y permiso del Real Convento de El Escorial». Además, había embargado en la imprenta el *cuadernillo*, por lo que, si el Cabildo quería imprimirlo, podía hacerlo solo aviniéndose a inscribir la cláusula. El debate fue intenso

³⁴⁵ ACS, 7131, ff. 57v y 107v.

³⁴⁶ Precisamente, el 31 de agosto se libraron 13.600 maravedís al maestro Adrián del Ossu «por el costo de la impresión de las *tablas del rezo*» del año 1698, lo que indica que no se interrumpieron los trabajos en este sentido (ACS, 06335, f. 317r).

³⁴⁷ ACS, 7132, ff. 20v, 37v, 71v y 92v.

en el seno del Cabildo, imponiéndose la opinión del canónigo Juan Jacinto Miranda, que defendía aceptar las condiciones, pese a los «muchos inconvenientes en practicarlo con esta novedad», así como la necesidad de alcanzar una concordia con el Monasterio de El Escorial. Esta fue la solución última que se halló, ordenando implementarla el 18 de noviembre de 1699³⁴⁸. Como se puede observar, la defensa por parte del Cabildo de sus usos y costumbres fue sostenida, si bien fútil, pues no pudo mantenerse la ficción de que su Maestro de Ceremonias se sustraía al monopolio de que gozaba el Monasterio de El Escorial en lo referente al nuevo rezado. Monopolio que, como constata Fermín de los Reyes, sería objeto de agrias polémicas entre el Estado Eclesiástico y los jerónimos de El Escorial durante tres centurias³⁴⁹.

³⁴⁸ ACS, 7133, ff. 85r y 86r.

³⁴⁹ REYES 200, ff. 221-227, 350-355 y 428-449.

VIDA
DEL SIERVO DE DIOS
EXEMPLAR DE SACERDOTES
EL VENERABLE PADRE
FERNANDO
DE CONTRERAS

NATURAL DE ESTA CIUDAD DE SEVILLA,
DEL ABITO CLERICAL
DE N. P. S. PEDRO.

ESCRITA
DE ORDEN DEL DEAN Y CABILDO
de esta Santa, Metropolitana, y Patriarchal Iglesia;
QUE LA DEDICA Y OFRECE
A LA PROTECCION DEL GRAN MONARCA
de las Españas

EL INVICTO CARLOS II. N. S.
POR EL PADRE GABRIEL DE ARANDA
de la Compañia de Jesus.

Impressa à expensas y sollicitud de vn Capítular de la misma
Santa Iglesia.

Año



1692.

Con Licencia en Sevilla, por THOMAS LOPEZ DE HAR
Impressor, y Mercader de Libros en las siete Rebueñas.

Fig. 24. Libro sobre la vida del Padre Fernando Contreras, escrito por Gabriel Aranda, por mandato del Cabildo Sevillano. Sacada de la Biblioteca Virtual de Andalucía.

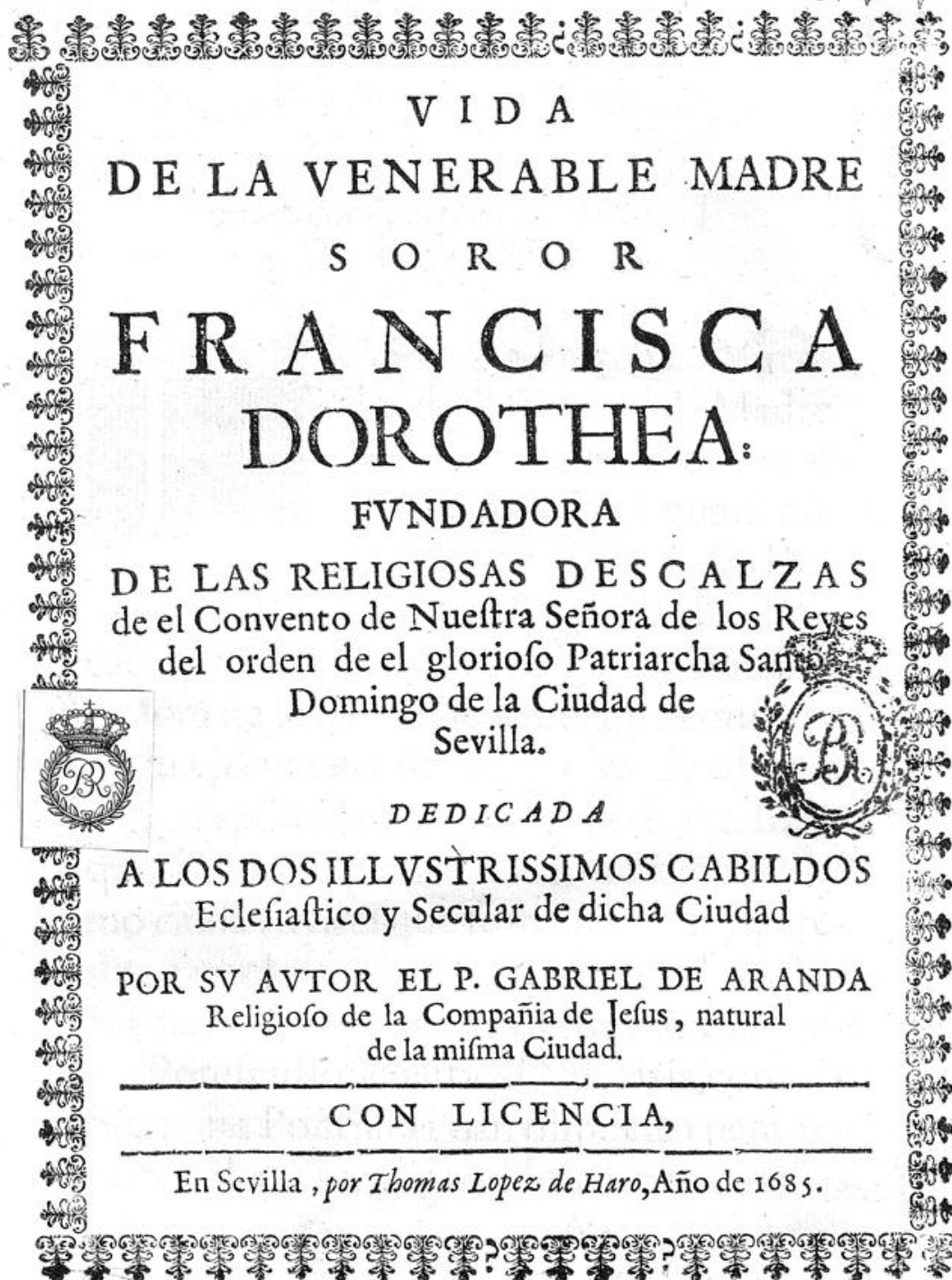


Fig. 25. BNE Obra del mismo Padre Gabriel Aranda, dedicada los Cabildo de la Ciudad y de la Seo de Sevilla.

3. Incorporaciones y donaciones

La Catedral de Sevilla, como institución de la mayor consideración y prestigio, era habitual receptora de las obras que los escritores o compositores querían difundir y renombrar, esperando de paso que la Seo correspondiera el “regalo” con alguna gratificación o ayuda para la impresión de las mismas, si es que aún eran inéditas. La propia fama de la Biblioteca Capitular y Colombina era un reclamo para los autores, que solicitaban su incorporación a semejante depósito bibliográfico, sin igual en España salvo, tal vez, la Biblioteca de El Escorial. Los capitulares, por su parte, acostumbraron corresponder a los donantes con alguna recompensa económica, aunque no siempre de buena gana. Muchas de ellas fueron impresas con su concurso económico, especialmente si consideraban que tenía alguna validez o beneficio desde el punto de vista espiritual.

Como se ha indicado, los compositores de obras musicales, vinculados o no a la Catedral Hispalense, entregaron sus obras de forma habitual para que fueran tañidas en las ceremonias de la misma, dado que tanto su Coro como su Capilla Musical fueron de los más célebres en la época, si bien ya no tanto como durante el siglo precedente. La primera referencia a una de estas donaciones data del Cabildo de 8 de agosto de 1603, cuando se cometió al racionero Andrés de Jacomar para que viera el libro del Maestro Lobo y, a continuación, hiciera relación³⁵⁰. Se trataba de una obra de Alonso Lobo, que sería maestro de Capilla de la Catedral de Sevilla pocos años después, como se ha visto. En esta ocasión, no hay constancia de que se produjera una contrapartida por parte del Cabildo, que aceptó el libro del maestro, dado que consta en el inventario efectuado poco después, ya visto. También el Maestro Alonso Lobo es el protagonista de la siguiente donación de la que se han hallado noticias, cuando el Cabildo, en reunión de 6 de enero de 1608, realizó un llamamiento para la petición del Maestro de Capilla, que ofrecía un libro de pergamino de sus *misas*. La petición fue rápidamente aceptada. Ese mismo año, el propio Maestro Lobo fue cometido, junto con Manuel Sarmiento de Mendoza, secretario del Cabildo, para ver el libro de *Magnificats* que presentó a la Seo Juan de Esquivel, maestro de Capilla de Salamanca, el 7 de mayo. Un mes y medio después, la comisión se repitió, pero en el mismo secretario y en el racionero Martín Gómez, mandando, esta vez sí, «se haga llamar para ver si se le ha de dar algo»³⁵¹.

³⁵⁰ ACS, 7091, f. 121r.

³⁵¹ ACS, 7092, ff. 42v-43r, 56r y 59v.

Efectivamente, aunque no se ha encontrado la decisión capitular, si la hubo, en la que se determinó qué cantidad se debía enviar en agradecimiento, definitivamente se libraron, el 29 de julio de 1608, 10.200 maravedís a Juan Carrasco para que los diera al «Maestro de Capilla de Salamanca, para pagarle un libro que escribió»³⁵². Por el lenguaje utilizado, podría calificarse como una compra encubierta, dado que el donatario se ve comprometido a «pagar» el libro enviado, sin mediar otra comunicación, por parte del Maestro de Capilla.

De nuevo, el Maestro Alonso Lobo hizo una dedicación al Cabildo, el *Oficio de Semana Santa* a canto de órgano. Se cometió a los canónigos Pedro de Santander y Manuel Sarmiento para que lo vieran e hicieran relación, el 11 de abril de 1611, tras lo cual, el 20 del mismo, se determinó que fuera aceptado, haciendo un llamamiento para «gratificarle en la forma que al Cabildo pareciere». Definitivamente, dos días después, los capitulares mandaron dar 68.000 maravedís de la Fábrica, de ayuda de costa, al Maestro, «en gratificación de un libro que presentó, del *Oficio de Semana Santa*»³⁵³. Diligentemente, el pago se efectuó el 26 de abril de 1608, como consta en el libro de Mayordomía de Fábrica, reconociendo el asiento: «68.000 maravedís al maestro Lobo por auto capitular, por el trabajo de haber hecho un libro de canto de órgano»³⁵⁴.

Un año después, fue el Maestro de Capilla de Lisboa el que «presentó» su libro de *misas* al Cabildo, de mano del Maestro Lobo, encargando éste, el 30 de julio de 1612, el asunto a Manuel Sarmiento³⁵⁵. Aunque no hay más noticias acerca de la relación que el canónigo Sarmiento pudo hacer ante los capitulares, se produjo la acostumbrada gratificación por parte de los mismos, aunque de menor cuantía que la anterior. Ni un mes tardó en realizarse el pago, pues, el 25 de agosto, se libraron 11.220 maravedís al racionero Alfonso Pablo para que los remitiera a Francisco Garro, maestro de Capilla en Lisboa³⁵⁶.

La siguiente noticia sobre una incorporación de libros desde el exterior de la Catedral también se refiere a obras musicales. Así, el 10 de julio de 1613, el compositor italiano Pedro Flacomio envió una carta al Cabildo junto con nueve libros de música,

³⁵² ACS, 09458, f. 7v.

³⁵³ ACS, 7094, ff. 14r, 15v y 16v.

³⁵⁴ ACS 09460, f. 12v.

³⁵⁵ ACS, 7094, f. 97r.

³⁵⁶ ACS 09462, f. 15r.

encargándose la cuestión, otra vez, a Manuel Sarmiento³⁵⁷. Según se desprende de estas comisiones capitulares, este canónigo era muy ducho en música, dado que era el encargado de evaluar los distintos las composiciones que llegaban a la Seo, junto a los propios maestros u otros canónigos o racioneros o, incluso, en solitario, como en esta ocasión. Según Juan Ruiz Jiménez, los libros en cuestión constituirían el impreso *Liber primus concentus in duos distincti choros in quibus Vespere missa, sacreque cantiones in Nativitate Beatae Mariae Virginis aliarunque virginum festivitibus decantandi continentur*, impreso en Venecia en el año 1611. Se componía de ocho libros, cuatro para cada Coro, y un noveno para el órgano³⁵⁸. Si se produjo alguna contrapartida por esta obra, no se han hallado en la documentación.

Por otra parte, en 1614 se produjo una reincorporación al Cabildo, si bien, de un libro de carácter administrativo, cuando, el 25 de febrero, el racionero Porras entregó un libro de mano encuadernado en holandilla³⁵⁹, atado con listones de seda blancos y encarnados, de marca de medio pliego de papel ordinario, «en que se contienen algunas cosas de diferentes materias y otros papeles tocantes al Cabildo», que estaba en poder del Doctor Negrón, «en cuya primera página había una declaración [...] de su puño y letra y firmado de su mano». Finalmente, el Cabildo decidió remitirlo a la Contaduría para que se determinase si merecía guardarlo en el Archivo y Juan Bautista de Herrera, contador, diese recibo al secretario del Cabildo. El 28 julio, se volvió a cometer a Manuel Sarmiento, junto con Luis Melgarejo, «vean el libro que el Maestro Lobo presentó al Cabildo, qué merced o ayuda de costa se le ha dado», realizándose un llamamiento para ver la petición del maestro. Éste pidió al Cabildo alguna gratificación por un libro «que le volvieron de Toledo». Éstos votaron por habas el 30 de julio, saliendo por mayoría que se le entregaran 37.500 maravedís por aquél. Sin embargo, la gratificación venía acompañada de una advertencia en esta forma: «y que de aquí en adelante no pida otra cosa alguna por esta razón»³⁶⁰. Parece que la voluntad del Cabildo no era proclive a recibir estas «donaciones» que exigían una contrapartida económica. Esta advertencia debió de ser suficiente, dado que Alonso Lobo no volvió a presentar ningún libro a los Capitulares.

³⁵⁷ ACS, 7095, f. 54r.

³⁵⁸ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 198.

³⁵⁹ RAE, 1: lienzo teñido y prensado, usado generalmente para forros de vestidos.

³⁶⁰ ACS, 7095, ff. 107r y 136v.

Hasta transcurridos más de tres años, no se produjo una nueva «presentación» de un libro. Se trataba de un libro de *magnificats*, que presentó, de nuevo, el racionero Alfonso Pablo en nombre de «un Maestro de Capilla portugués»³⁶¹. Este racionero sería, probablemente, portugués, como los remitentes de los libros que él presentó. Según Juan Ruiz Jiménez, el maestro portugués era Manuel Cardoso, que envió su obra *Cantica Beatae Mariae Virginis*, impresa en Lisboa en 1613³⁶². Siguiendo con la actitud adoptada tras la última donación de Alonso Lobo, no se habla de ninguna gratificación, ni se han encontrado evidencias de que se produjera alguna. Como última noticia de estas características, se cuentan los seis libros de *motetes* de Felipe Rogier que presentó el Maestro Santiago el 30 de junio de 1618, poco después de asunción del Magisterio de Capilla en la Seo Hispalense. Al parecer, un discípulo suyo los había hecho imprimir y encuadernar en Nápoles con el objeto de enviarlos al Cabildo. Se cometi6 a Luis Melgarejo y al Doctor Balza para que los vieran e «hiciesen relación de lo que eran»³⁶³. En esta ocasión, ni tan siquiera se menciona el agradecimiento de los capitulares por el regalo.

Por fin, en 1621, se tienen noticias de la dedicación de un libro de carácter no musical al Cabildo. En la reunión capitular de 30 de abril de 1621, el Prior del Convento de San Benito, ante la ausencia de su Abad, presentó «un libro que le dedicó el Convento que, como heredero de Juan de Bahamonde, prior que fue de las ermitas, ha impreso a su costa». El Cabildo ordenó que dicho libro fuera llevado a la Biblioteca Capitular y Colombina y, a modo de agradecimiento, sentó al Prior tras el can6nigo m6s antiguo del coro del De6n³⁶⁴. Lamentablemente, no consigna el t6tulo del libro, por lo que no es posible rastrearlo entre los fondos bibliogr6ficos recogidos por Juan de Loaysa en su *Abecedario y Memoria (...)*.

Ya en 1624, vuelve a producirse un nuevo obsequio librario por parte de un compositor. As6i, el 2 de abril de este a6o, Antonio Mogavero envi6 unos libros de *lamentaciones* compuestas a canto de 6rgano. Se encarg6 que el Maestro Santiago los inspeccionara y al can6nigo F6lix de Guzm6n, que «se informe qu6 cosa son y refiera». Poco m6s de un mes m6s tarde, el 10 de mayo, se vot6 por habas si se deb6a de entregar alguna ayuda de costa en agradecimiento al compositor, resultando negativa la votaci6n,

³⁶¹ ACS, 7097, f. 59r.

³⁶² RUIZ JIM6NEZ 2007, p. 202.

³⁶³ ACS, 7097, f. 107r.

³⁶⁴ ACS, 7099, f. 31v.

por lo que ni se llamó ni se trató el asunto³⁶⁵. Juan Ruiz Jiménez ha identificado esta obra como *Lamentationvm Ieremiae prophetae in maiori hebdomada pro gravi címbalo modvlando cvm sex vocibus...Canticum vero Zaccahriae, & Miserere cum octo vocibus*, impresa en Venecia en 1623³⁶⁶. Pasados tres años, el Cabildo aceptó un libro impreso que daba un «ministril de Su Majestad» —como se ha visto en su lugar y según el citado autor, el sacabuche Pedro de Porras— para que sirviera en la Capilla de la Antigua, cuyos fondos bibliográficos se vieron aumentados con esta nueva incorporación.

No parece, en cambio, que pasase a engrosar los fondos bibliográficos catedralicios un libro que envió el Arzobispo el 21 de julio de 1627, escrito por el jesuita Padre Juan de Pineda por su mandado, en el que «están recopilados la vida y muerte, virtudes y milagros del Rey Don Fernando». Se trataba de la obra *Memorial de la excelente santidad y heroycas virtudes del señor rey Don Fernando, tercero deste nombre, primero de Castilla, I de León*, y pretendían tanto el Arzobispo como su autor que el Cabildo lo viese y escribiera cartas a Roma y al Rey de España para solicitar «con toda brevedad y afecto» la canonización del aquel monarca. Siguiendo estas instrucciones, se leyeron los capítulos de que constaba y se devolvió, ordenándose la escritura de las cartas solicitadas³⁶⁷. Esta obra, publicada ese mismo año de 1627, supuso un nuevo espaldarazo a la causa de beatificación de Fernando III de Castilla y León y popularizó algunos textos precedentes³⁶⁸. Además de la mención expresa a la devolución del libro, cabe señalar que no se ha encontrado entre los fondos inventariados por Juan de Loaysa en 1684.

Este mismo año de 1627 se produciría otra presentación de un libro, esta sí como una donación. Sucedió en la reunión capitular de 29 de noviembre y se trataba de un libro escrito por Pablo Espinosa de los Monteros «De las grandezas y antigüedades de Sevilla». Se leyó el capítulo «de ida y venida del glorioso Apóstol Santiago a esta ciudad», tras lo que fue enviado a la Librería y encomendado al secretario del Cabildo agradecer al autor su trabajo. El libro en cuestión era la *Primera parte de la historia, antigüedades y grandezas de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla*, impreso por Matías Clavijo en 1627. Pese al claro mandato para su inclusión entre los fondos de la Librería, tampoco ha sido hallado en el *Abecedario* de Juan de Loaysa.

³⁶⁵ ACS, 7100, f. 17r y 22r.

³⁶⁶ RUIZ JIMÉNEZ 2007, p. 198.

³⁶⁷ ACS, 7102, 182r.

³⁶⁸ BAUTISTA 2016, estudia un manuscrito de principios del siglo XVI que combinaba varias obras: la *Estoria del fecho de los godos*; la *Crónica manuelina* y las crónicas de Fernando III, Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV. Dicho manuscrito fue citado, reiteradamente, por Juan de Pineda en este libro.

Poco después, el 16 de febrero de 1628, se ordenó que los oficiales de Fábrica vieran el último libro enviado por el Maestro de Capilla de Lisboa, dando cuenta al Cabildo posteriormente, lo que se hizo el 21 de febrero. Por tercera vez un maestro de Capilla portugués, esta vez Duarte Lobo, remitía sus obras al Cabildo Hispalense³⁶⁹, un libro de *misas* y otro de *magnificats* —uno de ellos enviados en 1627—, por los que los capitulares se avinieron a darle 10.200 maravedís, que se le hicieron efectivos el 7 de abril de 1628³⁷⁰. Parece que, ante la insistencia de Duarte Lobo, el Cabildo se vio obligado a corresponder sus atenciones con algún emolumento, pese a la clara política implementada de no sufragar más obras no previamente solicitadas.

Mucho después, por auto capitular de 28 de abril de 1634, se ordenó reintegrar en la Biblioteca Catedralicia un «cuadernito de cuatro hojas de a ocho renglones» que trajo el Doctor Alonso Gómez de Rojas, por «haberla restituido en aquella Corte cierta persona, diciendo que era de la Librería». Su contenido era una disputa acerca de si era obligatorio o no el ayuno en la vigilia de la Natividad de San Juan Bautista cuando en ella ocurría la festividad del Corpus Christi, escrita por Antonio Piscario, catedrático de la Universidad de Valencia, en 1519. A fines de 1634, el 22 de diciembre, Rodrigo Caro presentó el libro «que ha hecho de las antigüedades y grandezas de Sevilla», dedicado al Conde-Duque de Olivares, Gaspar de Guzmán y Pimentel. El Cabildo cometió al Arcediano de Niebla para que «refiera en suma lo que contiene», así como transmitir sus agradecimientos al autor³⁷¹. Éste, poco antes, había concertado con el mercader de libros y familiar de la Inquisición Manuel Álvarez Osorio las gestiones de la impresión de su obra «intitulada *Grandezas de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla y su metrópolis*», que no podía atender debido a sus obligaciones³⁷². Posiblemente, se tratara del libro editado en 1634, *Antigüedades y principado de la ilustrissima ciudad de Seuilla y Chorographia de su conuento iuridico, o antigua Chancilleria*. Aunque, como en otras ocasiones, no se ha encontrado en el *Abecedario y Memoria* de Juan de Loaysa, en la actualidad existen dos ejemplares impresos entre los fondos de la Biblioteca Capitular y Colombina³⁷³.

³⁶⁹ ACS, 7102, ff. 182r, 220r, 238r y 239v.

³⁷⁰ ACS 09476, f. 11v.

³⁷¹ ACS, 7103, ff. 321v y 345v.

³⁷² AHPS, Secc. PN, leg. 12832, ff. 316r-318.

³⁷³ BCC, 37-8-30 y 42-7-30.

En 1635, sin embargo, sucedió algo distinto. Por su auto de 31 de octubre, el Cabildo cometió a los diputados de Negocios para que hicieran las diligencias precisas para secuestrar el libro de Pablo Espinosa de los Monteros *Teatro de la Santa Iglesia de Sevilla*, impreso ese mismo año por Matías Clavijo. Se ordenaba que «se recoja porque así conviene a la autoridad y servicio» de la propia Seo³⁷⁴. Las razones de esta atípica decisión no se conocen y llaman más la atención por cuanto el propio Cabildo había contribuido a la edición de la obra con 17.000 maravedís de ayuda de costa, por su auto de 20 de noviembre de 1630³⁷⁵. El propio concepto de ayuda de costa invita a descartar que se tratara de alguna disputa por la propiedad del libro, que pertenecería por entero a su autor. Quizá, los capitulares pretendían ejercer algún tipo de censura o supervisión sobre su contenido, en aras de asegurarse de que el mismo se ajustara a su parecer. En cualquier caso, por fin, el 7 de mayo de 1636, el Cabildo tuvo a bien que «a Pablo de Espinosa se le devuelvan los libros que le quitaron de su poder», ordenando al Provisor que efectuara el mandato.

Al igual que sucedió con Pablo Espinosa, el Cabildo se vio compelido a otorgar una ayuda de costa para favorecer un libro cuya utilidad religiosa era evidente para el mismo. Así, por auto capitular de 17 de diciembre de 1636, se mandó librar 6.800 maravedís al jesuita Padre Antonio Quintana Dueñas, para coadyuvar a la impresión de su libro *Santos naturales de Sevilla y su Arzobispado*, así como a Gonzalo de Córdoba agradecer al autor su trabajo. Éste devolvió el gesto —o, más bien, el pago— unos seis meses más tarde, presentando su libro ante el Cabildo el 20 de julio de 1637, en el que entregó ochenta cuerpos de libros «en papel para todos los prebendados», agradeciéndole los capitulares por voz del secretario «el cuidado y trabajo que en esto ha puesto»³⁷⁶. Evidentemente, una ayuda de costa de sólo 6.800 maravedís no debía de ser suficiente para costear tantos cuerpos de libros como los entregados por el jesuita, por lo que es probable que buscara su máxima difusión al entregarlo a canónigos y racioneros, personas, por lo general, de reconocido prestigio y buenas comunicaciones con las altas esferas laicas y seglares.

No se aprecia en la documentación un caso similar hasta transcurridos casi cinco años, pues no fue hasta el 7 de mayo de 1642 que el Cabildo cometió al canónigo ma-

³⁷⁴ ACS, 7104, f. 42r.

³⁷⁵ ACS, 7102, f. 119v.

³⁷⁶ ACS, 7104, ff. 14r, 50r y 63v.

gistrar, Manuel Sarmiento —habitual en este tipo de «peritajes»— para que viera el «libro que dedicó a su Señoría el Padre Herrera, de la Compañía de Jesús». Probablemente, se tratara del Padre Agustín de Herrera, quien editó en ese mismo año su obra *Origen y progreso en la Iglesia Catholica de los ritos i ceremonias del sacro-santo sacrificio de la Misa*, en el taller del Impresor Mayor del Cabildo Francisco de Lira. Sin embargo, pese al gesto, seguramente calculado, de Agustín de Herrera, los capitulares decidieron el 4 de julio de 1642, tras una deliberación, no dar ninguna ayuda de costa por el libro dedicado³⁷⁷. A fines del año siguiente, 1643, se produjo un caso similar. Así, en la reunión capitular de 4 de diciembre, «presentó ante el Cabildo el Padre Francisco Silvestre de Saavedra, de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, un libro que ha compuesto en alabanza de la Purísima Concepción de Nuestra Señora». Se ordenó agradecer el presente, y se cometió, como de costumbre, a Manuel Sarmiento la valoración del libro³⁷⁸. Según Juan Guillén, es posible que el libro donado fuera uno que publicó en 1615, titulado *Razón del pecado original y preservación de él en la concepción de la Virgen María, Nuestra señora*³⁷⁹.

Dos años después, se registra una nueva donación, aunque se produjo desde el propio ámbito catedralicio. Se trata de los «ocho libros de canturía» que «ofreció» el maestro de Capilla Luis Bernardo Jalón, para las *dominicas de adviento septuagésima* y para Cuaresma. El Cabildo, por auto de 15 de noviembre de 1645, ordenó que se cantaran estas obras, compuestas a ocho voces, aunque no se menciona ninguna gratificación en el mismo, ni se han encontrado otras referencias documentales que constaten o, siquiera sugieran, que se produjo un pago a su favor por el donativo de estos libros.

Esta es la última noticia de una donación encontrada en la década de los años cuarenta. Hay que esperar al año 1653 para que se produzca un acontecimiento de esta clase, lo que ocurrió el 8 de agosto, cuando se leyó una carta del doctor Diego Andrés de Rocha, enviada desde Lima junto a un libro que escribió sobre el Apocalipsis. Lo único que recoge el auto, es un escueto «mandó su Señoría que se le responda», sin que pueda aventurarse nada del tenor de dicha respuesta, salvo un probable agradecimiento³⁸⁰. Este sevillano, doctor en Derecho, fiscal y oidor, es célebre por su obra *Tratado único y singular del origen de los indios occidentales del Pirú, México, Santa Fe y Chi-*

³⁷⁷ ACS, 7105, ff. 135r y 143v.

³⁷⁸ ACS, 7106, f. 76v.

³⁷⁹ GUILLÉN 2006, p. 213.

³⁸⁰ ACS, 7110, f. 67v.

le. En cuanto al libro que envió al Cabildo, posiblemente se trate del intitulado *Brevis parapharsis Apocalypsis S. Ioannis Aposto. et Evangelistaem*, editado en la imprenta de Julián Santos de Saldaña en 1653, en Lima. Tres años después, el 29 de mayo de 1656, volvería a colación del Cabildo, siendo fiscal en la Audiencia de Quito, por remitir «los seis tomos pequeños que ha escrito interpretando el Apocalipsis», respondiéndose en agradecimiento por «ofrecer este trabajo que ha hecho en tan breve paráfrasis», seguramente haciendo referencia al corto espacio de tiempo transcurrido entre el primer y el segundo envío.

Un año antes, el 16 de marzo de 1655, se vio una petición del benedictino Padre Fray Benito de la Serna, general de la Orden, en la que dedicaba un libro «que ha escrito de la Purísima Concepción y estimando este trabajo y cuidado de tratar este Misterio» se acordó entregarle 200 pesos como ayuda de costa. El compromiso del Cabildo Hispalense con la aprobación del dogma de la Purísima Concepción de la Virgen María era indudable, como es bien conocido, y como demuestra la intención de imprimir el tratado de Juan de Segovia. Asimismo, se constituía una diputación formada por el arcediano de Sevilla Alonso Ramírez, el canónigo Justino de Neve y Andrés de Laredo, racionero, para agradecer al autor sus esfuerzos. No obstante, tantas atenciones no se debían solo al apoyo que la cuestión de la Purísima suscitaba entre los canónigos, sino que «esta demostración se hace por ser hijo de esta ciudad, sobrino del canónigo Alonso de la Serna y hermano del canónigo Melchor de la Serna». La familiaridad indisimulada llegaba hasta el punto de que se declaró, en el mismo auto, que «para delante no sirva de caso ejemplar en casos semejantes». Es decir, los capitulares, prevenidos con la posibilidad de que otros autores buscaran su patrocinio, dejaban claro que no estaban dispuestos a sufragar más obras por el mero hecho de serles donadas o dedicadas —como sucedió, poco después, con Andrés de la Rocha, para el que no hubo gratificación pese a sus reiteradas deferencias al Cabildo—. Por último, se ordenó dar dos mil misas al convento benedictino, a propuesta del Arcediano de Sevilla³⁸¹.

Según la documentación, hay que esperar más de una década para encontrar otro caso de dedicación de una obra al Cabildo y poco es lo que se puede saber, dado que el auto capitular solo refleja el libramiento de 6.800 maravedís al Colegio Irlandés para ayudar a la impresión de un libro dedicado al Cabildo, del que no se dice nada más³⁸².

³⁸¹ ACS, 7111, ff. 27r y 76v.

³⁸² ACS, 7116, f. 6v.

Posteriormente, fue otro jesuita, el Padre Juan Antonio Velázquez, quien remitió, el 30 de enero de 1669, un tomo intitulado *De Maria Aduocata Nostra*, ofreciendo «el trabajo de este libro y muy corteses deseos de mostrar siempre su afectuoso respeto». Según relataba el religioso en su carta, había asistido a la Junta de la Inmaculada, creada *de iure* por Felipe IV en 1652, aunque llevaba funcionando desde tiempos de Felipe III, con el objeto de reunir a teólogos y otras personas doctas para la defensa de la Inmaculada Concepción, especialmente frente a las posturas defendidas por los dominicos. El Padre Juan Antonio Velázquez se había implicado en «el lance del sermón que, con indecencia a este purísimo, predicó el Padre Velasco». Debido al ya citado afán del Cabildo en la defensa de la Inmaculada, se decidió contribuir a la impresión de libro con «solo» 75.000 maravedís, ya que «no se hallaba con posibilidad de hacerlo todo», librándolos de la propia Mesa Capitular. Para que llegasen íntegros a las manos del autor, se ordenó que se sacara una letra cuyos intereses asumía el Cabildo. Como se puede ver, ante la utilidad de la obra para los fines perseguidos por el Cabildo Sevillano, éste sí estaba dispuesto a aportar recursos de sus propios fondos, expresando, además, su deseo de financiarla por completo, lo que no era posible debido a una situación económica cada vez menos favorable. Por su supuesto, se enviaron los agradecimientos junto con el dinero, en una carta que debía redactar el Maestrescuela³⁸³ agradeciendo la dedicatoria y su trabajo al autor³⁸⁴.

Ya en la década de los setenta, el 8 de julio de 1671, en reunión capitular, fue leída una carta del canónigo y agente del Cabildo en Roma Nicolás Antonio, quien ofrecía a los capitulares «los dos tomos de la *Biblioteca de España que ha compuesto, suplicando le premie su obsequio y estudio mandando ponerlos en la Librería*», lo que el Cabildo aceptó de buen grado³⁸⁵, siendo ubicados, años después, por Juan de Loaysa en el cajón 52 de la Biblioteca Capitular y Colombina³⁸⁶. Se trataba de su obra *Bibliotheca Hispana Nova*, para cuya confección el autor se basó, entre otros, en el estudio de la librería de Fray Benito de la Serna³⁸⁷, una bibliografía prosopográfica de los autores españoles de los siglos XVI y XVII. Nicolás Antonio, residía en Roma desde 1659 como agente general del Rey de España, siendo nombrado canónigo de la Catedral de Sevilla

³⁸³ Según el acuerdo adoptado el 23 de abril de 1640, el Maestrescuela era el encargado de redactar las cartas del Cabildo (ACS, 7104, ff. 240v).

³⁸⁴ ACS, 7118, f. 11r.

³⁸⁵ ACS, 7119, f. 59r.

³⁸⁶ BCC, Ms 57-1-19, f. 24r

³⁸⁷ GUILLÉN 2006, p. 214.

en 1664 con dispensa de residencia. Es uno de los máximos exponentes del humanismo hispalense. Aunque falleció en 1684, aún vio la luz una obra suya años después, dado que en 1696 se publicó la *Bibliotheca Hispana vetus*, que incluía información biográfica de los autores españoles desde Octavio Augusto hasta 1500³⁸⁸.

Menos se sabe del libro que el Impresor Mayor del Cabildo, Juan de Yllanes, dedicó al Cabildo, salvo que, en agradecimiento, éste decidió otorgarle una ayuda de costa de 18.750 maravedís por su auto de 22 de enero de 1674³⁸⁹.

De la misma forma, no es posible determinar si la comisión encargada al arcediano de Carmona Luis Frederigui, el 22 de enero de 1676, para «que vea el libro que ha escrito Diego Ortiz de Zúñiga, caballero de Santiago, que trata de la historia de esta ciudad, y refiera, lo cual propuso el Deán de parte de Zúñiga», respondía a una donación por parte del autor. No se ha encontrado entre los fondos inventariados por Juan de Loaysa, aunque, siguiendo el tenor del auto capitular se pensaría que pudiera ser el caso. Igualmente, se desprende del acta que la obra en cuestión era la célebre *Annales ecclesiásticos y seculares de Seuilla que contienen sus más principales memorias desde el año de 1246 en que emprendió conquistarla del poder de los Moros el gloriosísimo Rey S. Fernando III de Castilla y León, hasta el de 1671, en que la Católica Iglesia le concedió el culto y título de Bienaventurado*. Si no se tratara de una simple donación, es difícil entrever qué objeto tendría la comisión de Luis Frederigui, aunque es preciso apuntar que esta obra fue editada en 1677 —es decir, transcurrido un año desde la fecha del auto capitular— en la Imprenta Real de Madrid, por lo que, quizá, se tratara del manuscrito, presentado por el autor como gesto o deferencia previa a su publicación.

Por si fuera poco, ese mismo día, se leyó una petición del doctor Luis de Ayllón y Cuadros, cura más antiguo del Sagrario, ofreciendo un libro intitulado *Elucubraciones Biblicae in Vetus, ac Nouum Testamentum, litterales, morales et tropologicae*. La obra, editada ese mismo año en la imprenta de Juan Cabezas, fue situada en la Librería Catedralicia por orden del Cabildo³⁹⁰. Aunque no se ha hallado en el inventario de Juan de Loaysa, por el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español, se sabe que la Biblioteca Capítular y Colombina custodia un ejemplar de la misma.

³⁸⁸ DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ 2012, pp. 78-81.

³⁸⁹ ACS, 7120, f. 126r.

³⁹⁰ ACS, 7121, f. 5v.

Transcurridos unos años, se volvió a producir una nueva donación, admitiendo el Cabildo, el 18 de abril de 1681, «el obsequio que el doctor José Barcia y Zambrana hace en la dedicatoria de un libro, tercera parte de *Dispertador Cristiano*, en el que manifiesta las grandes partes de virtud, letras y cristiano celo de su autor, que con tanto desengaño y claridad las comunica a los fieles para su aprovechamiento». La decisión del Cabildo al respecto es sumamente elocuente de la situación económica por la que atravesaba, que impedía actuar como mecenas: «deseando mostrarse en algo agradecido y no pudiendo, conforme a los méritos de la obra, respecto de lo calamitoso de los tiempos, mandó librar al Doctor Barcia 100 pesos de plata de la Mesa Capitular»³⁹¹. El pago se hizo efectivo al día siguiente, cuando se entregaron 40.800 maravedís «a José Barcia y Zambrana, canónigo del Sacromonte de Granada» de ayuda de costa «que atendió a la impresión de un libro» que dedicó al Cabildo³⁹². Como puede verse, los capitulares se lamentaban de no poder hacer más y se avenían a contribuir de su propia Mesa. El tercer tomo de la obra —de un total de cinco— fue publicado en Lisboa ese mismo año de 1681. No se ha encontrado en el *Abecedario y Memoria* de Juan de Loaysa.

Pasado más de un año, otro jesuita, el Padre Gabriel de Aranda, envió un memorial que fue leído en el Cabildo de 9 de junio de 1683, acompañado de un libro que presentaba sobre «la vida y virtudes del Cardenal Agustín de Spínola, arzobispo que fue de esta Iglesia». Se trataba, con toda seguridad, del libro escrito por Gabriel de Aranda y publicado en Sevilla en 1683 titulado *Inmortal memoria del Eminentísimo Señor y Excelentísimo Príncipe, el Señor Don Agustín Spínola, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, que dedica al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, el Señor Don Ambrosio de Spínola y Guzmán el Padre Gabriel de Aranda*. Se ordenó ubicarlo en la Biblioteca Capitular y Colombina, aunque no se ha hallado entre las citadas por Juan de Loaysa. Un año después, el 19 de julio de 1684, el mismo Juan de Loaysa, como secretario interino del Cabildo, dio cuenta a éste de que un anónimo devoto del Arzobispo Spínola había escrito un pésame en el que resumía su vida, que imprimió y dedicó a los capitulares, repartiéndolo entre los prebendados, mandándose incluirlo entre los fondos de la Librería.

Como se aborda en su lugar dentro de este estudio, el Cabildo Hispalense estaba interesado en la promoción de la canonización de algunos cristianos sobresalientes de su

³⁹¹ ACS, 7124, f. 37r.

³⁹² ACS, 06331, f. 47r.

Arzobispado, al igual que lo había hecho con Fernando III. Entre éstos se encontraban el Padre Fernando de Contreras y la Madre Francisca Dorotea. Del primero de ellos se halló un *Oficio* de su composición en la librería de Juan Suárez, oidor de la Casa de la Contratación. Los herederos del Oidor, por medio de su apoderado Miguel de Aguinaga, entregaron el 21 de julio de 1684 «el dicho libro o tratado encuadernado en felpa carmesí» a Luis Frederigui, para que fuese ofrecido y dedicado al Cabildo³⁹³.

Al año siguiente, fue Sor Francisca Dorotea la que salió a colación del Cabildo el 27 de marzo de 1685, debido a que Gabriel de Aranda dedicó el libro que había compuesto sobre ella, titulado *Vida de la venerable Madre sórora Francisca Dorothea, fundadora de las Religiosas Descalzas de el Convento de Nuestra Señora de los Reyes del Orden de el glorioso Patriarcha Santo Domingo de la Ciudad de Sevilla*, impreso en 1685 por Tomás López de Haro en Sevilla. La obra pasó a formar parte de la Biblioteca Capitular y Colombina, añadiéndolo Juan de Loaysa a su inventario, situándolo en el cajón 107³⁹⁴. Ese mismo año, el 12 de octubre, el Deán presentó unos libros que habían sido impresos por orden de «Su Ilustrísima» el Arzobispo Jaime de Palafox³⁹⁵, del autor Miguel de Molinos, llamado *Guía Espiritual*, que fueron repartidos entre los prebendados³⁹⁶. El místico español, que durante un tiempo gozó del favor de la Iglesia, acabó cayendo ante la Inquisición por su doctrina quietista, tachada de heterodoxa por el Santo Oficio.

Años más tarde, el cardenal José Sanz de Aguirre, canónigo de la Catedral de Sevilla, realizó varias donaciones a la misma. En primer lugar, el 4 de enero de 1691, entregó tres cuerpos de libros compuestos por él «cuyo asunto es la interpretación sobre la *Theologia* de San Anselmo», a través del canónigo Luis de Frederigui, que se hallaba en Roma³⁹⁷. Seguramente, este libro era su obra *Sancti Anselmi archiepiscopi cantuariensis primatis angliae, ordinis S. Benedicti, doctoris clariss. et sapientissimi, Theologia commentariis et disputationibus, tum dogmaticis, tum scholasticis illustrata auctore Iosepho Saenz de Aguirre, benedictino; tomus tertius de natura pura et lapsa in monologion Sancti Anselmi*. El Cabildo ordenó darle las gracias y llevar los libros a la Librer-

³⁹³ ACS, 7125, 39r, 35v y 46r.

³⁹⁴ BCC, Ms 57-1-19, ff. 17r, 65r y 210r.

³⁹⁵ Por entonces, aún no se habían producido los pleitos entre el Cabildo Catedral y el Arzobispo, producidos por su intención de visitar el Hospital de Santa Marta y las parroquias que dependían, consuetudinariamente, de la Iglesia Mayor Hispalense (ROS 1986, p. 200).

³⁹⁶ ACS, 7126, f. 118r.

³⁹⁷ ACS, 7129, f. 2v.

ía. Unos años después, el 30 de agosto de 1694, se leyó una carta suya en la que presentaba al Cabildo los dos primeros tomos «de la colección que ha hecho de los Concilios antiguos de España». Según el auto capitular, el cuarto tomo contenía una dedicatoria al Cabildo «con muchas expresiones de veneración». Como relataba el Cardenal en su misiva, inserta entre las actas capitulares, no pudo enviar los tomos segundo y tercero por hallarse en prensa. Con toda seguridad, se trataría de su obra *Collectio maxima conciliorum omnium Hispaniae et novi orbis epistolarumque decretalium celebriorum reuon plurium monumentorum veterum ad illam spectantium: cum notis et dissertationibus quibus sacri canones historia ac disciplina ecclesiastica et chronologia, accurate illustrantur*, cuyo primer tomo fue impreso en Roma en 1693. Se ordenó llevar los libros a la Librería y que la Diputación Secreta «discurra qué gratas correspondencias se podrán hacer Su Eminencia».

Apenas transcurridos unos días, el 6 de septiembre, el Cabildo, a instancias de la Diputación Secreta, decidió decir una pitanza en perpetua memoria del Cardenal Aguirre en agradecimiento por el libro, así como remitir una carta para expresárselo y perdonarle una deuda de 57.046 maravedís «en que es alcanzado en sus casillas hasta el 7 de marzo de 1691». Estas desmesuradas muestras de agradecimiento del Cabildo, acordes con las deferencias del Cardenal, no debían, sin embargo, entenderse de otra forma que no fuera como una gracia de los capitulares y no debía ser ejemplo para otras actuaciones³⁹⁸.

También en el año 1695 se produjeron episodios similares. El primero de ellos tuvo lugar el 24 de marzo de 1695, cuando el racionero Fernando de Monroy presentó ante el Cabildo un libro sobre la vida del Padre Sebastián de Monroy, su hermano, que había sido martirizado en las Islas Marianas. Entregó un ejemplar a todos los prebendados, tanto presentes como ausentes, y pidió licencia para ir a Madrid «con el motivo de poner en manos de la Reina Madre» la obra, a quien estaba dedicada. Como era costumbre, el Cabildo ordenó trasladar el libro a la Biblioteca catedralicia y le concedió la licencia pedida³⁹⁹. La obra fue escrita por el ya citado Padre Gabriel de Aranda y su título era *Vida, y gloriosa mverte del Venerable Padre Sebastián de Monroy, religioso de la Compañía de Jesvs, que murió dilatando la Fé alanceado de los bárbaros en las Islas Marianas*, impreso en Sevilla por Tomás López de Haro, en 1690. Efectivamente,

³⁹⁸ ACS, 7130, ff. 77r y 79v.

³⁹⁹ ACS, 7131, f. 42r.

el Padre Fernando de Monroy sufrió martirio a machetazos y lanzadas en una celada en la que fueron asesinados siete soldados que lo acompañaban, en septiembre de 1676⁴⁰⁰. La obra, en formato *in quarto*, fue situada en la Biblioteca Capitular y Colombina, en el cajón 107⁴⁰¹. El segundo episodio, de distinto carácter, se dio el 10 de junio de 1695, cuando el racionero Diego González propuso al Cabildo que los libros y papeles dejados por Alonso de Herrera, administrador del Hospital de Santa Marta, recientemente fallecido, fueran llevados a la Librería Catedralicia. Los capitulares decidieron cometer al visitador anual del hospital para que buscara en el inventario confeccionado por el Tribunal de la Cruzada los libros particulares y manuscritos de Alonso de Herrera, de forma que se averiguara su valor, seguramente con vistas a adquirirlos.

En 1696 se recibió otro libro, esta vez del dominico Fray Juan de las Vírgenes, del Colegio de Santo Tomás de Sevilla, que había sacado a la luz la vida de Santa Catalina de Sena, dedicándola al Cabildo, que respondió ordenando que se pusiera en la Librería y que se librasen 10.200 maravedís para ayudar a la impresión del libro⁴⁰².

El año 1697 ve aparecer de nuevo al Cardenal Aguirre, quien envió al Cabildo, por medio del canónigo maestrescuela Andrés de Ybarburu y Galdona dos libros de la *Biblioteca vetus Hispana* del canónigo de la Seo Hispalense Antonio Conique, impresos a su costa. Probablemente se tratara de la *Bibliotheca Hispana vetus sive Hispanorum qui usquam unquámve scripto aliquid consignaverunt notitia: complectens scriptores omnes qui ab anno M usque ad MD floruerunt: tomus secundus auctore D. Nicolao Antonio; opus postumum nunc prim'um prodit iussu et expensis D. Josephi Saenz Cardinalis de Aguirre*, impresa en Roma en 1696. Poco después, el 19 de abril, fue Juan de Loaysa quien presentó ante sus iguales otro volumen de la *Bibliotheca vetus Hispana*, también enviado por el Cardenal Aguirre por mano de José de Céspedes, arcediano de Carmona. Al igual que en otras ocasiones, se determinó su envío a la Librería⁴⁰³.

La postrera noticia sobre una donación o dedicación de libros al Cabildo Hispalense data del 15 de mayo de 1699, cuando el doctor Pedro Cubero Sebastián, presbítero y «misionero apostólico del Asia» solicitó al Cabildo que aceptara dos libros «de sus peregrinaciones» así como alguna limosna para continuar su viaje a Ceuta, donde se

⁴⁰⁰ COELLO 2011, p. 739.

⁴⁰¹ BCC, Ms 57-1-19, f. 17r.

⁴⁰² ACS, 7131, ff. 65r y 56r.

⁴⁰³ ACS, 7132, ff. 28r y 45r.

dirigía a predicar a los cristianos sitiados por el sultán de Marruecos Mulay Ismail. Ante estas peticiones, los capitulares tuvieron a bien entregarle 3.400 maravedís de la Mesa Capitular⁴⁰⁴. El misionero Cubero fue un incansable viajero que dio la vuelta al mundo hacia Levante y en su mayor parte por tierra⁴⁰⁵. Posiblemente, los libros que entregó al Cabildo fueran *Breue relacion de la peregrinación que ha hecho de la mayor parte del mundo don Pedro Cubero Sebastián*, Madrid, 1680 y *Peregrinacion del Myndo*, Nápoles, 1682.

Como puede colegirse de este recorrido por toda la centuria, la importancia de la Catedral de Sevilla como institución y las buenas relaciones de los canónigos hispalenses con importantes personajes de distintos ámbitos, tanto romano como del resto de España, hacía que muchos autores estuvieran interesados en que sus obras fueran incluidas en su célebre Biblioteca, tratando, de paso, de obtener alguna contrapartida económica o ayuda para la publicación de las mismas, pues el poder económico y la buena disposición del Cabildo Sevillano eran, igualmente, de sobra conocidos. Por lo tanto, las donaciones de libros fueron una vía más, si bien involuntaria, para el acrecentamiento de los fondos librarios catedralicios.

⁴⁰⁴ ACS, 7133, f. 35r.

⁴⁰⁵ ALBA 2006, pp. 89-105.

De la Libreria de Capp^{na} de Marchena

MEMORIAL
DE LA EXCELENTE
SANTIDAD

Y

HEROYCAS VIRTUDES
DEL SEÑOR REY DON FERNANDO,
TERCERO DESTE NOMBRE,
PRIMERO DE CASTILLA,
I DE LEON.

E F I C A Z M O T I V O

*A LA Magestad Católica de
Filipo IIII. Nuestro Señor, para que afectuosamente mande soli-
citar con la Sede Apostólica la deuída i breue Canonización
del Rey Santo, su XIII Progenitor.*



ESCRIVIALO EL PADRE IOAN DE PINEDA
de la Compañía de IESVS, por orden del Ill^{mo}. Señor
Patriarcha Arçobispo de Sevilla.

Fig. 26. Libro donado por el arzobispo Diego de Guzmán en 1627, escrito por el jesuita Juan de Pineda. Sacado de la Biblioteca Virtual de Andalucía.

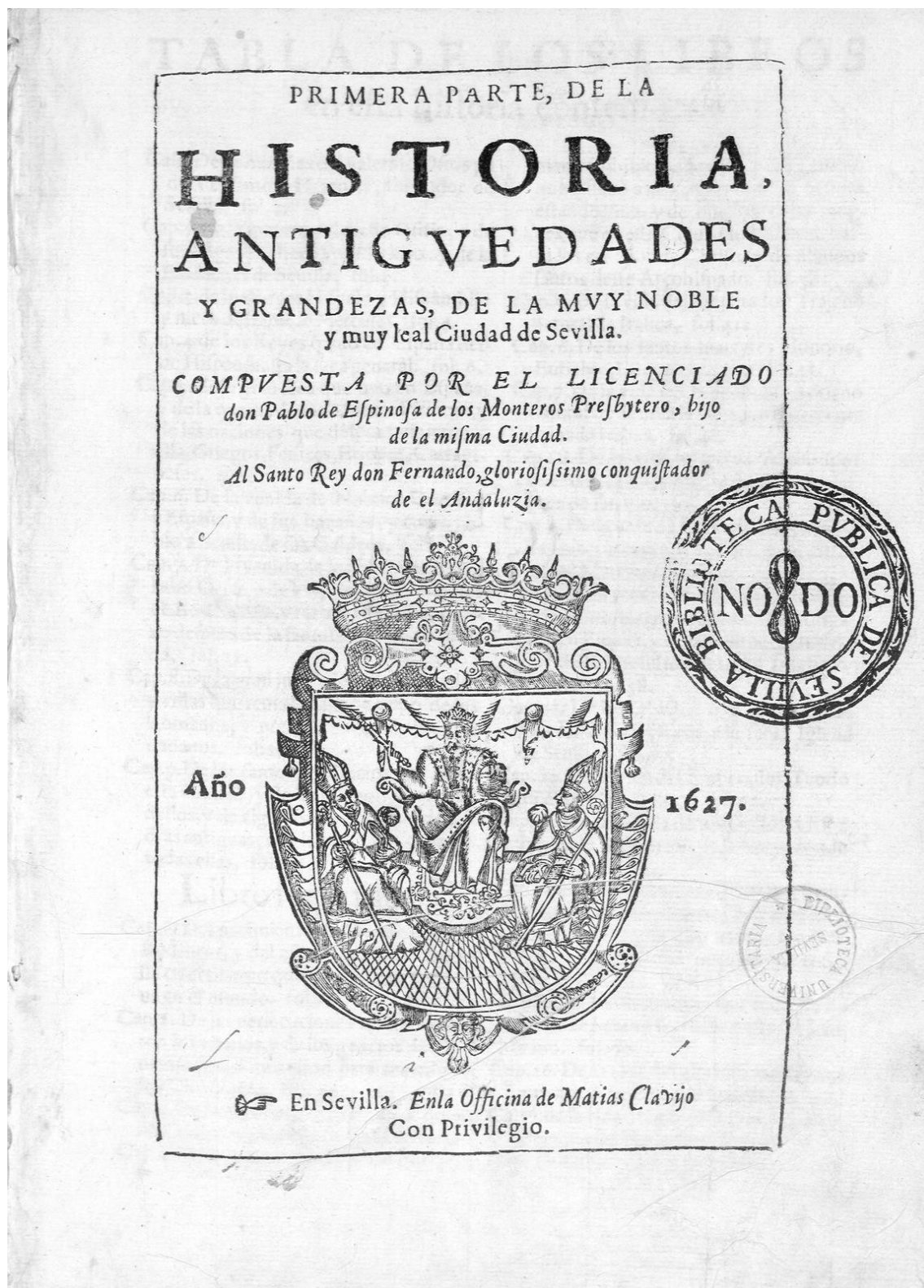


Fig. 27. *Antigüedades y grandezas...* de Pablo Espinosa de los Monteros. Sacado del Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla.

ANTIGVEDADES,
Y PRINCIPADO
DE LA ILVSTRISSIMA
CIVDAD DE SEVILLA.
Y
CHOROGRAPHIA
DE
S V CONVENTO
IVRIDICO, O ANTIGVA
CHANCILLERIA.

DIRIGIDA AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
Don Gaspar de Guzman, Conde Duque de
Sanlucar la Mayor.

AVTOR EL D. RODRIGO CARO.

Año



1634.

CON PRIVILEGIO.

EN SEVILLA, Por Andres Grande. Impressor de Libros.

Fig. 28. Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla, publicada por Rodrigo Caro en 1634. Obtenido del Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla.

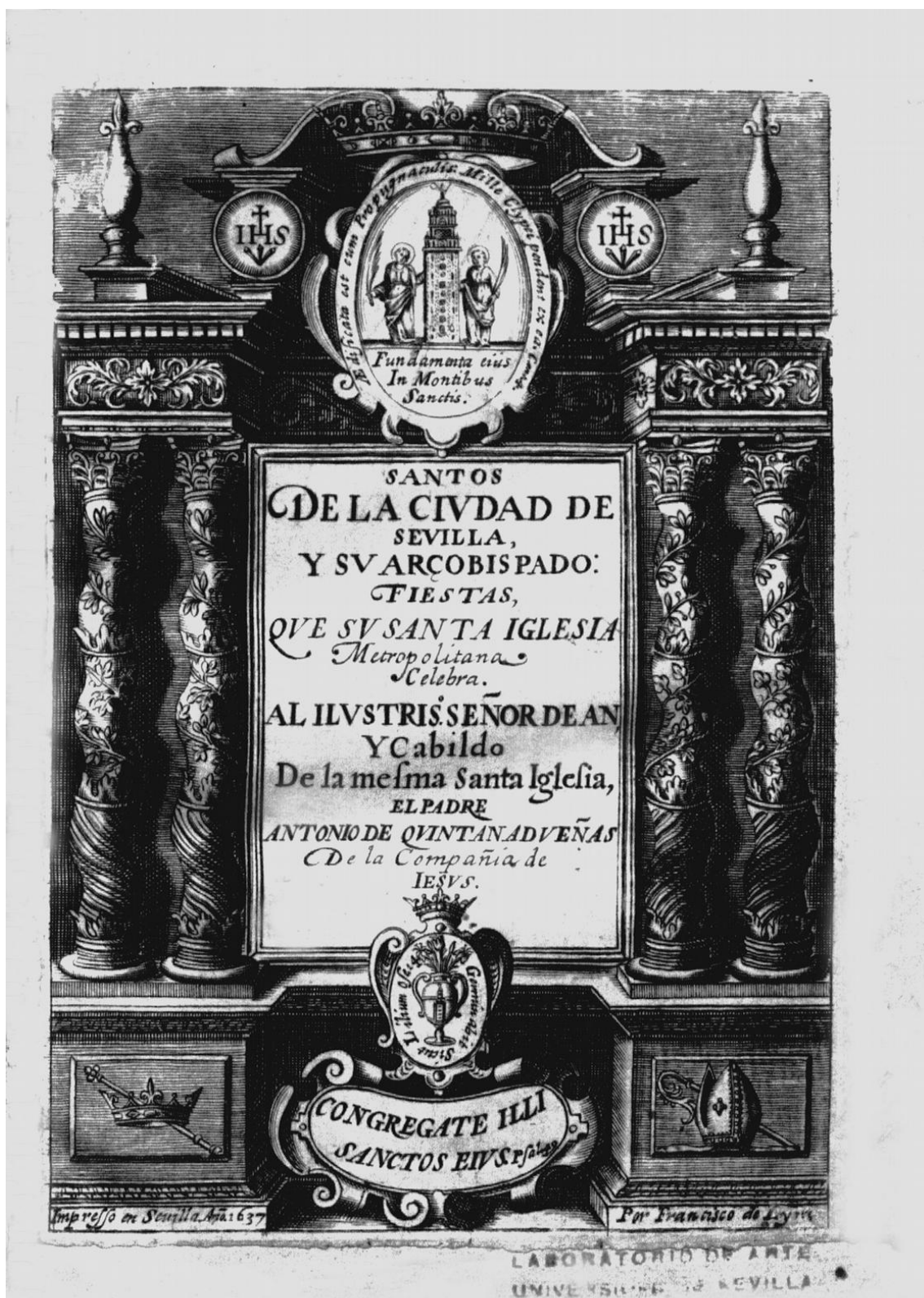


Fig. 29. Libro de Antonio Quintana Dueñas, a cuya impresión contribuyó el Cabildo con 6.800 maravedís. Sacado de la Biblioteca Virtual de Andalucía.

4. Los legados

Como ya se ha expuesto, en el siglo XVII quedan lejos los grandes legados de fondos bibliográficos que engrandecieron de forma irremediable la Biblioteca de la Catedral Hispalense, como sucedió con la herencia fernandina. Los casos que se han podido registrar responden íntegramente a legados «internos», es decir, provenientes de miembros de la comunidad catedralicia, ya sean miembros del Cabildo, racioneros u otros cargos u oficios que, al morir, nombran como heredera a la Seo o a una dependencia de la misma, como la Fábrica o alguna Capilla.

La primera noticia de estas características es relativamente tardía, pues se remonta al 3 de febrero de 1628, cuando, en Cabildo, se leyó el testamento del canónigo Bartolomé del Salto, al que se le dio una sepultura en la nave del postigo del Coro, frente a la Capilla de la Antigua. Tras el responso acostumbrado, se cometió al mayordomo y al contador de Fábrica para que acudiesen a casa del canónigo finado «a poner en cobro los libros y papeles y otras cosas que mandó a la Fábrica». Es decir, como se ha indicado, en este caso, dejó como heredera a la Fábrica catedralicia. Destaca el interés de los capitulares por aprehender los libros y papeles, entre las otras cosas de valor, que, a buen seguro, también legó. Al día siguiente, la herencia de Bartolomé del Salto volvía a colación del Cabildo, que dispuso sobre algunos de los bienes recibidos: «mandaron que los doce medios cuerpos con reliquias de santos que el maestro del Salto dejó a la Iglesia, se guarden en la Sacristía, y también una imagen Cristo Nuestro Señor Redentor». Asimismo, se ordenó que Diego Camargo, el doctor Pedro de León y el licenciado Juan Gómez de Ávila viesan los libros que legaba, haciendo posteriormente relación sobre los fueran a propósito para guardarse en la Librería y de los que no lo fueran, para que el Cabildo decidiese. La resolución se tomó en la reunión capitular del primero de abril del mismo año 1628, cuando se decidió que tan solo los manuscritos de Bartolomé del Salto pasaran a la Librería, siendo los ejemplares impresos entregados al sobrino de aquél, siguiendo las cláusulas del testamento.

A fines del año siguiente, el 28 de diciembre de 1629, se convocó un Cabildo extraordinario para abordar la cuestión de la librería del doctor Juan de Torres, quien había nombrado como albacea al Deán y a Manuel Sarmiento de Mendoza, que hubieron de

ausentarse. Los capitulares decidieron que ambos albaceas se encargaran de realizar un inventario de la misma, llevándolo luego ante ellos para decidir sobre su aceptación, viendo «la cláusula del testamento». Concedieron sepultura al Doctor Torres junto a San Cristóbal. Las condiciones de la herencia, como solía suceder en estos casos, empeoraban por momentos mientras se mantenía la incertidumbre, como demuestra el Cabildo celebrado cuatro días más tarde, el 1º de enero de 1630, en el que se dijo que «de la librería de Juan de Torres y de las demás cosas que con ella mandó al Cabildo, y faltando muchas y que, aunque algunas cosas se habían cobrado, otras no parecían y que este daño iría en aumento mientras el Cabildo no aceptase o repudiase esta manda». Por ello, se proponía tomar una decisión con prontitud, máxime habida cuenta de que la librería legada incluía libros, papeles, piedras, instrumentos de astrología y monedas antiguas de oro, plata, cobre y metal, por lo que era imprescindible que toda ella quedara vinculada «para que de ninguna manera pueda enajenarse ni prestarse» mientras viviera Leonor de Alarcón, madre del finado, a la que, según el testamento, el Cabildo debería otorgarle 50.000 maravedís de renta anuales, además de hacer al Doctor Torres unas medias pizanzas perpetuas. Debido a la confluencia de tantos factores, el Deán, que sería el legatario en caso de repudiar la herencia el Cabildo, salió fuera del mismo, y se decidió llamar para el día siguiente. Efectivamente, el miércoles 2 de enero de 1630 se produjo una votación por habas, «saliendo por mayoría que se repudiaba la librería y lo que le acompañaba, dejándolo todo a disposición del testamento y las cláusulas, y que se dé fe de este acuerdo a los albaceas, si la pidieren»⁴⁰⁶. Según parece, las condiciones impuestas por el Doctor Torres excedían la disposición del Cabildo a aceptar su erudita herencia. Lamentablemente, no se han hallado más noticias acerca de si el Deán y Manuel Sarmiento la aceptaron, como tampoco se ha encontrado el inventario que debió de hacerse de la librería.

Los legados no solo consistían en librerías enteras, sino que era habitual, igualmente, que se produjeran ingresos de libros y otros objetos procedentes de oratorios de canónigos o expolios de prelados. Es el caso, ya señalado, del *misal* que entregó, junto a otros bienes, el racionero Juan Mateo Álvarez, procedente de la capilla de su difunto tío, el canónigo Hernando Sánchez Álvarez. El Cabildo decidió su entrega a los sacristanes mayores el 14 de noviembre de 1639⁴⁰⁷.

⁴⁰⁶ ACS, 7102, ff. 235r-v, 244v y 372r-373r.

⁴⁰⁷ ACS, 7104, f. 205r.

Un caso particularmente interesante es el protagonizado por la librería del doctor Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo desde 1600, quien falleció en 1645 siendo canónigo magistral, legándola al Cabildo hispalense. Su condición erudita ha quedado patente por la multitud de comisiones que recibió del Cabildo para ocuparse de la evaluación de libros de todo tipo, así como por las obras que él mismo escribió, en su mayoría dedicadas al estudio de las Sagradas Escrituras. Juan Guillén recoge algunos apuntes sobre su vida, como que nació en 1563, aunque no se sabe con certeza si en Madrid o en Burgos. Cursó estudios en Salamanca, donde llegó a ser profesor, pasando en 1600 a Sevilla. Ya como canónigo, fue amigo de Gaspar de Guzmán, el futuro Conde-Duque de Olivares, con el que se acabó enfrentando a cuenta de la defensa del Estado Eclesiástico. Fue enterrado en la Capilla de la Antigua⁴⁰⁸.

Aunque su fallecimiento se produjo en 1645, no fue hasta cuatro años después que la cuestión de su librería se trató en Cabildo, cuando el 30 de abril de 1649, por fin, se ordenó que los diputados de negocios recogieran la librería del doctor Manuel Sarmiento, depositándola donde creyeran más conveniente dentro de la Seo. Sin embargo, como sucedió en el caso del Doctor Torres, las condiciones del legado, en particular las deudas contraídas como consecuencia de las fundaciones de Manuel Sarmiento, llevaron a los capitulares a rechazar su crecida librería, pues, en el mismo auto se mandaba a los mismos diputados de negocios que «los libros se inventaríen para que se vendan y se saquen cartas generales para los que se tienen usurpados». Al igual que en el caso anterior, parece que las depredaciones habían hecho presa de la librería del Doctor Sarmiento, lo que parece constituir la razón principal para que el Cabildo tomara las medidas expuestas. Al poco tiempo, el 27 de agosto del mismo año, se decidió que fuera una sola persona la encargada de la librería del Doctor Sarmiento, en concreto, el racionero Cristóbal Pérez Caro, quien debía realizar un nuevo inventario de la misma, si es que el anteriormente ordenado llegó a realizarse. Este racionero sería el encargado, en lo sucesivo, de ocuparse de todo lo relacionado con la herencia de Manuel Sarmiento, hasta el punto de que, como se verá, llegó a adquirirla.

Casi un año después, la cuestión volvió al Cabildo, que reiteró, el 8 de marzo de 1650, la intención de vender la librería, para lo que Cristóbal Pérez Caro debía entregarla por inventario a los diputados de negocios, «recibiendo el depósito en los dichos se-

⁴⁰⁸ GUILLÉN 2006, pp. 225-226.

ñores por auto de cruzada dónde se ha de pedir y se trate de vender». Sin embargo, esta disposición no debió de resultar muy fructífera, pues, como se ha dicho, fue Cristóbal Pérez Caro el encargado de la venta, dado que, transcurridos varios meses, ordenó el Cabildo que «los diputados de negocios cuiden de vender la librería de Manuel Sarmiento y el racionero Cristóbal Pérez Caro cuide también de este negocio»⁴⁰⁹. Efectivamente, la venta no se había producido aún el 12 de abril de 1652, cuando se ordenó a los diputados de negocios realizar una relación del estado de la librería del Doctor Sarmiento, lo que parece indicar algún menoscabo en sus componentes. Percepción que viene a confirmarse cuatro meses después, cuando los capitulares dispusieron que «la librería que está en la Granada se pase por peones a la Librería de esta Iglesia, y allí se reconozca la falta y su valor por el Magistral y el Doctor Siruela y refieran, y asimismo, el procurador mayor saque generales contra los que hubieran usurpado y ocultado algunos libros de dicha librería». Según parece, las condiciones en las que se hallaba depositada la herencia no cumplían las condiciones de seguridad necesarias para evitar los habituales hurtos de libros, por lo que se decidió su traslado a la sala donde se ubicaba la Biblioteca Capitular y Colombina, cuyo acceso se presumía más controlado. Además, como en otras ocasiones, se emitían cartas generales para recuperar aquellos que hubieran sido robados⁴¹⁰.

Puede decirse que los capitulares hicieron bien al trasladar la librería del Doctor Sarmiento a la Biblioteca para preservarla, dado que aún estaría muchos años en su poder. Así, el 29 de octubre de 1655, se volvió a encomendar a Cristóbal Pérez Caro que confeccionase un nuevo inventario de la aquella. El acta aporta más información sobre el estado de la misma y las causas de su venta, ya que asegura: «la cual está embargada y para venderse para pago de un tributo que redimió el dicho señor —Manuel Sarmiento de Mendoza— de la capellanía que está fundada en Santa Cruz». Igualmente, se indicaba que el precio fijado para su venta era de 102.000 maravedís, cantidad que, aunque parecía justa, no estaba resultando eficaz para conseguir un comprador, por lo que se ordenaba a Cristóbal Pérez Caro que volviera a verla, con seguridad para realizar una nueva tasación. Por último, se cometió a los canónigos Magistral y Doctoral, hacer las diligencias oportunas para buscar al «mayor ponedor». Es decir, el Cabildo se abría a la

⁴⁰⁹ ACS, 7108, ff. 42r, 103v, 21v y 116v.

⁴¹⁰ ACS, 7109, ff. 17v y 38v.

posibilidad de aceptar un precio menor por la librería, cuyo despacho se estaba ya enquistando.

Poco después, el canónigo magistral Domingo Guerrero, hizo relación ante el Cabildo de los «libros que quedaban» de la librería del Doctor Sarmiento, lo que indica a las claras que ésta habría sufrido importantes pérdidas. Ante la falta de postores, el propio Cristóbal Pérez Caro se ofrecía a adquirirla, ante lo que el Cabildo ordenó pedir al juez que entendía en la causa «la remate en Cristóbal y se procurase que sea en contado», para destinar la cantidad a la Capilla de Santa Cruz. Estas diligencias debieron de llevar su tiempo, pues no será hasta el 11 de febrero de 1656 que el Cabildo ordene «que de la librería de Sarmiento, que ha rematado Cristóbal Pérez en 96.000 maravedís, se pague en los doce meses de este año, y el resto los libre el mayordomo del comunal, y de esto se dé razón a la Contaduría para que se cargue esta partida a la mayordomía por el libro colorado y, asimismo, se traiga relación de ella de las partidas que hubieren entrado por efectos de la hacienda de Sarmiento, para volver a imponer el tributo que el dicho redimió, como Presidente de las Capillas, de la capellanía que fundó y dotó Ana del Castillo en la Capilla de Santa Cruz». En otras palabras, se pretendía dedicar todo el numerario que se pudiera obtener de la herencia del Doctor Sarmiento a reponer un tributo que éste, como Presidente de las Capillas que fue, había retirado de una fundación⁴¹¹.

Aunque de lo expuesto hasta ahora podría deducirse que Cristóbal Pérez Caro habría comprado ya la librería de Sarmiento, lo cierto es que aún cuatro años después, el 16 de junio de 1660, se volvía a encargar al primero que realizara otro inventario de manida librería, e hiciera relación. Diríase, por tanto, que no se produjo el remate en 96.000 maravedís, como se acordó en reunión capitular, lo que parece confirmarse ese mismo día, cuando se ordenó a la Contaduría que entregase, por fin, la librería del Doctor Sarmiento a Cristóbal Pérez por solo 34.000 maravedís. Las condiciones impuestas eran que el pago se realizara al contado, así como una reserva a favor del Cabildo si «salire persona con mejor derecho», estando obligado a devolver la librería, resarciéndosele sus 34.000 maravedís. Por último, debía confeccionarse otro inventario de la misma, de forma que se supiera a buen seguro de qué libros estaba compuesta en el

⁴¹¹ ACS, 7111, ff. 30r, 120r y 134r.

momento de su entrega. El Cabildo reiteró el destino del montante «y demás efectos que hubiere de Manuel Sarmiento»: la capellanía que instituyó Ana del Castillo.

La cuestión está lejos de ser esclarecida, dado que, nueve días después, el 25 de junio de 1660, el Cabildo acordó la venta de la librería del Doctor Oca, que fuera cura del Sagrario, al mismo Cristóbal Pérez Caro por 34.000 maravedís. Según el auto capítular, el canónigo doctoral «propuso cómo, por la librería del Doctor Oca, que la tenía Manuel Sarmiento», se ofrecía esta cantidad. A ello se añadía un mandato al doctoral para que «vea el pleito que en razón de esto ha surgido, y de su estado refiera, para que se determine lo que más convenga»⁴¹². Sin embargo, aunque en las actas de 1660 se habla de que la librería del Doctor Oca «la tenía Manuel Sarmiento», lo cierto es que ésta fue embargada por el Cabildo el 18 de enero de 1649, aludiendo como razón a su condición «como albacea que fue del canónigo Manuel Sarmiento»⁴¹³. Por lo tanto, si el Doctor Oca fue albacea de Sarmiento, lo que parece más probable es que fuera él quien tuviera en su poder la Librería de éste, y no al revés, como se plantea en el auto de 25 de junio de 1660. El hecho de coincidir el valor de ambas librerías puede hacer pensar que, en realidad, el Cabildo se refería a la librería de Sarmiento, que habría pasado a poder de su albacea, el Doctor Oca, a quien habría sido embargada por las deudas contraídas por el testador. No obstante, como se ha indicado, no es posible determinarlo con certeza, aunque no parece muy probable que Cristóbal Pérez Caro adquiriera dos librerías distintas por el mismo precio y, prácticamente, sin solución de continuidad, como apunta Juan Guillén⁴¹⁴.

En cualquier caso, como se apuntó al principio del apartado, los legados fueron, en el siglo XVII, escasos y conflictivos. Este carácter accidentado no es exclusivo de los casos referidos —véanse los vericuetos por los que pasó la Librería Fernandina— aunque, como contrapunto frente a otros anteriores, en esta ocasión los legados no llegarán a engrosar los fondos librarios catedralicios, dado que fueron rechazados directamente, o bien el legatario debió emplearlas para saldar las deudas del finado. Quizá, la última noticia referente a un legado que incluya libros, se dio el 29 de enero de 1679, cuando el Cabildo ordenó al canónigo Doctoral que continuara «en la ocupación de entresacar de

⁴¹² ACS, 7113, ff. 53v, 57v y 94v.

⁴¹³ ACS, 7108, f. 7r.

⁴¹⁴ GUILLÉN 2006, p. 212.

los libros y papeles de Alonso Olivares los que tocan a esta Iglesia y traerlos a ella», aclarando que el tiempo empleado en esta tarea computaría a efectos de retribución⁴¹⁵.

⁴¹⁵ ACS, 7121, f. 9r.

IV. LA POLÍTICA DE CONSERVACIÓN Y ENMIENDA DE LOS FONDOS BIBLIOGRÁFICOS CATEDRALICIOS.

Como se ha escrito, el Cabildo mantuvo una preocupación constante por su extenso patrimonio librario, aunque no siempre se obtuvieran los resultados deseados. De todas formas, teniendo en cuenta las crecientes dificultades financieras a las que hubo de hacer frente y la complejidad inherente a la gestión de unos fondos bibliográficos caracterizados por la gran envergadura de los mismos y por su dispersión dentro del enorme templo —una auténtica montaña hueca—, las críticas que se han vertido sobre los capitulares del siglo XVII, en especial en relación con la Biblioteca Capitular y Colombina, se muestran, en gran medida, infundadas¹. Ya se han comentado las noticias acerca de la Librería y los vericuetos por los que atravesó en lo que respecta a su custodia y acondicionamiento y la extraordinaria labor de Juan de Loaysa en su reordenación, tras un importantísimo desembolso económico por parte del Cabildo para proporcionar-le un acondicionamiento adecuado, desde el punto de vista de su conservación y de su grandeza, de la que eran más que conscientes los capitulares².

Tampoco fueron menores los esfuerzos para mantener, adecuar e incrementar los fondos corales y polifónicos catedralicios. En este sentido, el taller escriturario vio comenzar la centuria bajo la dirección de Melchor de Riquelme, quien ostentaba el puesto de «scriptor de libros desta Santa Iglesia» desde el año 1583. La actividad de este taller fue variable a lo largo del periodo secular, dándose algunos momentos de actividad realmente frenética. Durante los primeros meses del año 1600 Melchor de Riquelme se ocupaba de encuadernar una serie de libros del Coro y del aderezo de otros, prosiguiendo con los trabajos iniciados en las postrimerías del siglo precedente, especialmente con los *oficeros*. Su labor incluía la escritura y puntación de cuadernos y la confección de

¹ GUILLÉN 2006, pp. 228-230.

² ACS, 7122, f. 55r: «mandó se ejecute aquella [obra] que fuere de más duración y hermosura de su fábrica, de forma que corresponda la obra a la grandeza que se tenía a aquella pieza y lo celebrado y antiguo de sus libros».

letras quebradas y coloradas en ellos, así como el adobo o reparo de los distintos cuerpos de libros que se encontraban en mal estado, prolongándose los mismos a lo largo de los años hasta 1606, periodo en el que abundan los libramientos a su favor por la «escritura de libros», como el *cuerpo dominical* del que se encargó en 1605 y los del *Corpus Christi* o *La Visitación* del año siguiente. La primera década finaliza con una reducción de la actividad del taller escriturario a cuyo frente, al menos según documentación, se hallaba el escritor de libros en solitario. De forma paralela, otros profesionales prestaron sus servicios en los primeros diez años de siglo decimoséptimo, como José de la Carrera, quien escribía en 1600 cuatro hojas de pergamino para un *breviario* del Coro. Simón Rodríguez Carvallo, por su parte, actúa entre los años 1606 y 1609 escribiendo libros de polifonía, recibiendo por ello abultadas cantidades que denotan una actividad importante. No solo escritores de libros fueron requeridos por la Catedral Hispalense, sino que algunos libreros se ocuparon del adobo o reparo de determinados cuerpos de libros. Es el caso de Diego Ramos, quien se encargó de encuadernar nada menos que cincuenta y dos *procesionarios* en 1609.

De otro lado, en 1612 Andrés de Arrieta, maestro de Ceremonias, recibió varios encargos relacionados con libros del Coro y otros lugares. En primer término, en abril del mismo año, se desembolsaron 816 maravedís para «pagar a quien escribió dos hojas y más renglones» en un *breviario* grande «del Altar Mayor y Coro». En septiembre, se le libraron 136 maravedís, también para pagar a quien escribió cuatro hojas de un *breviario* del Altar Mayor o Coro; también se encargó de buscar quien escribiera los cuadrantes del Coro de 1612³. Ese mismo año, el propio Cabildo ordenó que «se ponga un *misal* en la Capilla de San Pablo y se aderece el *cuaderno de misas de réquiem*» en una nueva muestra de preocupación e interés por la situación de su patrimonio bibliográfico⁴.

En la segunda década, particularmente a partir de 1613, comienza un periodo de intensos trabajos por parte del taller escriturario catedralicio, centrados en la adecuación de las librerías corales a los preceptos del nuevo rezado romano. Dichos trabajos, de una gran magnitud, precisaron de la participación de otros profesionales que, esta vez sí, actuaron bajo la dirección de Melchor de Riquelme. En este sentido, destaca su oficial o ayudante Jerónimo Bravo. Además de éste, formaron parte del equipo de Riquelme

³ ACS, 09649, ff. 23v, 24v, 31v y 33v.

⁴ ACS, 7094, f. 94v.

Andrés Camacho, quien sería su sucesor como escritor de libros de la Seo Sevillana, el ya mencionado José de la Carrera, Miguel Hernández, Nicolás Tazón y el entonces veintenero Sebastián Vicente Villegas, como escritores, así como Villaviciosa, Morata y Tomás de Guzmán, raspadores. La adaptación a las directrices tridentinas implicaba la necesidad de raspar los textos obsoletos escritos en pergamino o bien retirar las páginas o cuadernos si esto no era posible, para luego escribir con arreglo a las mismas los pasajes precisos, que podían incluir la escritura de letras capitales «quebradas y coloradas» y, asimismo, la reencuadernación de las obras, dado que, en muchas ocasiones, era preciso desmontar los libros para extraer las partes que ya no eran necesarias.

A lo largo de las nóminas inscritas en los años 1613 y 1614 y hasta los inicios de 1615, los integrantes del taller escriturario fueron recibiendo pagos «por el reparo de la Librería», cobrando cada uno en función de su preeminencia dentro de equipo. Desde julio de 1614, se suscribió un nuevo y desconocido concierto entre Melchor de Riquelme y la Catedral, lo que supuso un aumento en los salarios y la disposición de los pagos en función de trabajos concretos en lugar de por jornada, como sucedía hasta entonces, aunque no hay indicios de que el carácter de las labores acometidas variase. Lamentablemente, la inexactitud de los asientos impide calibrar de forma precisa el alcance del proyecto de modernización de los fondos corales, aunque, por su duración, bien puede pensarse que abarcaron a su totalidad. Algunos de los libros se mencionan explícitamente, como los dos libros grandes que reparó Melchor de Riquelme, uno de *Constituciones* y otro del *Triunfo de la Cruz*. También se acometió el reparo de *santorales* y *dominicales* diversos y el libro de la *Asunción del Señor* (*sic*). Concretamente, Bartolomé Bravo aderezó, entre otros libros, un *santoral de misa de Santa María de las Nieves y Transfiguración del Señor*, otro de *San Felipe y Santiago* o un *cantoral de vísperas de San Lorenzo*.

Tampoco todos los miembros del equipo trabajaron con igual intensidad y extensión, ya que, aparte de Jerónimo Bravo —y, obviamente, Melchor de Riquelme—, el resto trabajó solo durante parte del periodo. Los momentos de mayor concentración de la actividad se produjeron en los meses centrales del año 1614. Así, Miguel Hernández figuró como integrante del equipo de Melchor de Riquelme en abril y mayo; Nicolás Tazón trabajó durante los meses de mayo y junio; José de la Carrera tan solo en abril, y Andrés Camacho, únicamente, en julio. En cuanto a los raspadores, Villaviciosa trabajó desde noviembre de 1613 hasta julio de 1614, desarrollando un trabajo mucho más

constante que Morata o Tomás de Guzmán, quienes solo constan en abril y junio de 1614, respectivamente.

Por otra parte, en un *status* distinto, participó en la enmienda de la Librería Coral Sebastián Vicente Villegas, quien fue cometido por el Cabildo para «que asista con el que hubiere de apuntar los libros de canto de que hay necesidad en el Coro, conforme a la relación que de esto dio el Sochantre», para lo que se le concedieron dispensas para asistir a sus obligaciones como veintenero en reiteradas ocasiones. En el futuro volvería a trabajar como escritor de libros para la Catedral. El propio Cabildo, en su reunión de 12 de septiembre de 1614, realizó un llamamiento para averiguar si «la corrección de los libros de canto de Coro» eran obligación del Maestrescuela⁵.

Sin embargo, no fueron éstas las únicas labores llevadas a cabo en la Seo Hispalense para mantener su patrimonio bibliográfico en un buen estado de conservación, dado que hubo otros profesionales implicados durante la segunda década del siglo XVII. Uno de ellos es Pedro de Arriola, quien había trabajado antes como escritor de libros y que se ocupó, en 1611, de encuadernar una serie de libros indeterminados, por lo que recibió pagos «en cuenta» en razón «de los libros que va encuadernando para esta Iglesia», vaga referencia a su trabajo que no permite identificar de qué libros se trataba, pero sí que denota una actividad más o menos prolongada. Además, como escritor de libros que era, no parece probable que se estuviera dedicando a la encuadernación de libros blancos o administrativos para la Fábrica o la Contaduría, labor más propia de libreros. Un año después, en 1612, sería el iluminador Bernardo de Molina el encargado de realizar «ciertas iluminaciones», de nuevo, de forma paralela al taller escriturario catedralicio, en la medida en la que no fue el propio Melchor de Riquelme el encargado de las mismas, como debía de ser habitual.

Algunos libreros también fueron contratados, principalmente, para realizar labores como la renovación de encuadernaciones de cuerpos de libros. Fue el caso de Diego de Ramos, quien encuadernó tres libros de *aniversarios* en 1612 y un libro grande de *responsos de maitines de Resurrección*, al que se incorporaron veintiséis hojas nuevas, sin que se conozca por qué mano. Por su parte, los trabajos de Lucas Martín debieron de estar más relacionados con el proyecto acometido por el taller escriturario, dado que, durante los años en los que se adecuaba la Librería Coral al rezado romano, éste se en-

⁵ ACS, 7095, ff. 74v y 146r.

cargó de coser una serie de cuadernos en un libro grande de canto, en 1613 y 1614, trabajos de poca entidad y reducida remuneración que pueden inducir a pensar que se trató, probablemente, de una colaboración en la adaptación de los fondos corales al nuevo rezado, situación que puede extenderse al libro «grande» para *maitines de noche*, de cuya encuadernación se encargó Antonio Pérez, ese mismo año. Sin embargo, se trata de un precio bastante habitual por la compra de libros, como *misales* adquiridos a Antonio Ullero en 1627, por lo que no puede concluirse una hipótesis, a falta de una mayor profusión de datos por parte de la documentación.

En 1621 Melchor de Riquelme murió, siendo sucedido como escritor de libros de la Catedral de Sevilla por Andrés Camacho, dado que su ayudante, Jerónimo Bravo, desaparece en 1615 de la documentación, sin que se sepa el motivo por el que no continuó vinculado a la Seo, pese a ser, aparentemente, el mejor situado para ocupar el puesto que vacó por el fallecimiento de Riquelme. Tampoco Andrés Camacho volvió a aparecer tras su fugaz participación —de apenas dos meses en 1614— en los trabajos efectuados por el taller escriturario. En cualquier caso, a partir de 1621, será Camacho el que ostente el cargo de «escritor de los libros desta Santa Iglesia» o «escritor de los libros de canto», y lo hará por mucho tiempo, más de sesenta años, como reconocen los propios capitulares. Durante ese tiempo, no volverá a reeditarse la conformación de un equipo a la manera del dirigido por Melchor de Riquelme, de forma que Andrés Camacho trabajará, según lo que indica la documentación, en solitario. En cualquier caso, en estos primeros años de ejercicio de Andrés Camacho su actividad fue, más bien, discreta, dedicándose a la confección de los cuadrantes para el Coro y a otros menesteres menores, como la escritura de títulos de capas o de las *Aleluyas*. A partir de 1625 comenzó a escribir libros nuevos, que también encuadernó.

Aunque la actividad del taller escriturario estaba volcada en la producción de nuevos libros, esto no fue óbice para que se acometieran otros trabajos de mantenimiento de los fondos ya existentes. Así, en 1620, el ya citado librero Lucas Martín se hizo cargo de la encuadernación de veintinueve *procesionarios*. No fue la única ocasión en la que los *procesionarios* necesitaron una reencuadernación, dado que años más tarde, en 1627, se encuadernaron otros veinticuatro, esta vez por el también librero Antonio de Abadía. Por último, Antonio Toro desplegó lo que parece una importante actividad de encuadernación de libros «para la Librería», sin que se pueda determinar de qué librería se trata ni cuál fue el número de libros encuadernados ni su carácter. Quizá, esté en rela-

ción con esto el pago que recibió en 1630 por la encuadernación de un librete de *Antífonas* del Coro, aunque no es más que una hipótesis.

Durante los años treinta del siglo, las noticias sobre Andrés Camacho son escasas y reflejan una actividad de producción de nuevos libros dentro y fuera del ámbito catedralicio. Por su parte, los *procesionarios* volvieron a precisar de nuevas encuadernaciones en 1633, realizadas, en esta ocasión, por el librero Hernando García, aunque no se conoce el número de los que encuadernó ni las características de las encuadernaciones que les puso.

La situación cambió en la década de 1640, dado que, si bien comienza con pagos recibidos por Camacho por la escritura de nuevos libros, en 1644 se le libró una importante cantidad por aderezar nada menos que ochenta y dos cuerpos de libros de canto «que se hallaban muy maltratados». Sin embargo, no se han encontrado más referencias al respecto en la documentación: ni una disposición capitular para su acometimiento ni una alusión en otras series documentales, como otros pagos o alguna otra noticia. No obstante, la entidad del trabajo llevado a cabo invita a pensar que debió de durar más de los casi cuatro meses que separan el pago recibido por esta razón de los otros asientos que se refieren a la producción de nuevos libros. De todas formas, la documentación impide conocer qué tipo de aderezo se efectuó, si afectó solo a los caracteres externos, como la encuadernación de los libros, con su consiguiente desmontaje y acuchillamiento o si, por el contrario, Andrés Camacho debió de encargarse de reescribir algunos pasajes, incluir nuevos cuadernos, realizar iluminaciones, etc. Desde luego, no hay constancia de que en estas labores fuera auxiliado por un equipo puesto a su disposición, como el formado en los años 1613 y 1614. Quizá, en relación con esta importante labor desplegada por Andrés Camacho, se halle la recurrencia del Cabildo a los servicios de Pedro Ortiz Bernardo y Alonso Pérez Romero para copiar los cuadernos de ceremonias que había entregado Diego de Villegas. Un año después, fue el colegial Laureano Mateos quien se ocupó de realizar tres traslados del *Credo Romano* para el Coro.

Hasta 1654 no se encuentran nuevos rastros de la actividad de Andrés Camacho, esta vez ocupado en el reparo de libros de canto de órgano, trabajo que compatibilizó con la escritura de nuevos libros. A lo largo del año aderezó, igualmente, libros de canto llano, como el de *Asperjes* que también encuadernó, o los *salterios* y un *antifonario*, así como alguno para la Capilla de la Antigua. Este año fue uno de los que presentan un

trabajo más intenso o, al menos, más documentado, dado que, si bien no se especifica el número de los que reparó, no es probable que llegue a los ochenta y dos cuerpos que había aderezado diez años atrás. Además, combinó este trabajo con la escritura de *Aleluyas*. De nuevo coinciden los tiempos de mayor desempeño de Andrés Camacho con la aparición de otros profesionales realizando encargos más o menos puntuales. Así, en 1654, Melchor Gutiérrez, sacristán mayor del Sagrario, encuadernó un libro para los entierros del Sagrario y escribió una falta en un *misal*, además de cuatrocientos *Aleluyas* para el Sábado Santo. Es posible que este encargo de Melchor Gutiérrez esté vinculado con la disposición capitular ordenada en septiembre de 1653 para que los «oficiales de Fábrica visiten los *misales*», vigilando que estuvieran cabales, sin faltarles ninguna hoja. Además de ello, debían asegurarse de que se compraba el mejor vino para la celebración de la Eucaristía⁶. Tres años después, en 1657, volvería a ingresar una importante cantidad por la escritura de *Aleluyas*.

En 1654 se destinaron fondos a la reparación de los *misales* del Sagrario y de las distintas capillas, de lo que se encargaron los libreros Francisco, José y Pedro Mucio. El primero de ellos, del reparo de tres *misales* del Sagrario, uno de ellos calificado como «viejo»; José Mucio aderezó los de las Capillas de la Antigua y Cálices; y Pedro Mucio, encuadernó y adobó un *misal* de la Capilla del cardenal Juan de Cervantes. Pero no solo los Mucio se implicaron en la reparación de los *misales* de la Catedral, dado que Juan Franco, también librero, recibió un pago de poca entidad por «aderezar los *misales*» de la Capilla de los Cálices. Al año siguiente —1655—, José Mucio acumuló una importante cantidad de numerario por la encuadernación de los *salterios* del Coro, mientras que Lorenzo de Torres encuadernó diez *misas de difuntos* y Juan Belero surtía de nuevos *misales*.

En lo que respecta al titular del taller escriturario, Andrés Camacho, no hay noticias de su actividad durante los años sesenta, hasta 1668. Sin embargo, denotan, de nuevo, una actividad importante de enmienda y reparación de los libros del Coro. Lo cierto es que, pese a los importantes fondos destinados al reparo de la Librería Coral en las décadas anteriores, a la altura de 1660, como se ha visto, el Mayordomo del Comunal denunció ante el Cabildo que desconocía quién se hacía cargo de la Librería Coral y que los fondos estaban «muy maltratados, siendo de tanta estimación y precio». Quizá por

⁶ ACS, 7110, f. 82r.

ello, los capitulares ordenaran la restauración de los mismos, si bien, la dilación es importante —ocho años— desde la llamada de atención del Mayordomo del Comunal y las huellas documentales halladas del trabajo de Andrés Camacho sobre la Librería Corral. En cualquier caso, según éstas, el escritor de libros aderezó un *dominical de vísperas* del Coro y, a continuación, se le efectuó un pago por la vaga razón del «reparo de libros del Coro», que no permite conocer el alcance de estos trabajos. Poco después, adobó un *Común de Confesores*. En este sentido, puede estar vinculado el libramiento efectuado a favor de Juan de Dios en 1669 por dos *salterios*, dado que lo reducido del mismo —tan solo 2.040 maravedís— indica que, probablemente, se trataba de un pago por trabajos de reparación, más que por la compra de los mismos, a falta de otros libramientos que, si se produjeron, no han sido hallados.

No se tiene constancia de que Andrés Camacho se dedicara al reparo de los fondos librarios catedralicios durante su última década de vida, la de los años setenta, salvo la encuadernación de un libro grande del Coro en 1674. Tampoco hay referencias de otros profesionales ocupados en este tipo de trabajos. Con la desaparición de Andrés Camacho es muy posible que llegara a su fin el propio taller escriturario catedralicio, dado que no se reconoce ninguna figura comparable a la representada por él mismo o por Melchor de Riquelme con anterioridad. Desde entonces, la Catedral recurrirá a una pluralidad de sujetos para satisfacer sus necesidades de enmienda, corrección y mantenimiento de los fondos librarios y también de su producción, sin que ninguno de ellos, que se haya podido constatar, sobresalga hasta el punto de poderse afirmar que sea el sucesor de Andrés Camacho. José de Soto fue uno de ellos, actuando desde 1683 en la reparación de libros y *misales*, labor que, posiblemente, continuó en 1684. Además, en 1685, participó en los trabajos de reparación de los libros de canto llano ordenados por el Cabildo, para lo que recibió sucesivas licencias para no asistir a sus obligaciones. En este sentido, el Cabildo recurrió al propio Adrián del Osu, maestro de Ceremonias, para que se encargara de la encuadernación de unos libros, aunque no se puede determinar si se trataba de un trabajo realizado por él o si, simplemente, buscó quien encuadernara unos libros de los que, por otra parte, tampoco se sabe más. En cualquier caso, en 1686 consta un pago a su favor de 13.600 maravedís⁷.

⁷ ACS, 09527, f. 6r.

En 1679, cuando la obra de la nueva estancia de la Biblioteca Capitular y Colombina se hubo concluido, se decidió abordar el aderezo, reparo y reencuadernación de los fondos de la misma. Por auto de 9 de junio de 1679 se ordenaba que «al librero que está componiendo los libros de la Librería se le libre lo que pareciere a Luis de Frederigui»⁸. Poco tardó en llevarse a la práctica el mandato del Cabildo, pues, a partir del 14 de junio, comienzan a registrarse una serie de pagos de 6.800 maravedís a favor de Luis Frederigui «para el aderezo de los libros de la Librería», libramientos que se repiten el 22 del mismo mes, el 10 y el 28 de julio y el 19 de enero de 1680. El 14 de mayo se le dieron 3.400 maravedís para «los gastos de la Librería, así de encuadernado como de los rótulos que se están poniendo a los libros»⁹. Sin embargo, posiblemente, debido a la importancia de los trabajos —recuérdese que Juan de Loaysa cifra en más de dos mil los cuerpos de libros encuadernados—, el librero consideró demasiado escasos los pagos recibidos, por lo que acudió ante el Cabildo el 24 de mayo de 1680, cuyas actas recogen que «habiéndose representado que un librero se había ocupado muchos días en encuadernar y componer los libros de la Librería, y que era razón darle satisfacción, cometió a Luis Frederigui, arcediano de Carmona, y a los señores de Fábrica, ajusten lo que se le debía dar»¹⁰. Tan solo dos semanas después, Luis de Frederigui y la Fábrica habían consensuado una cantidad adecuada para el citado librero, Bartolomé de Vargas, quien cobró, por todos sus trabajos, un total de 187.000 maravedís, de los que 136.000 le fueron abonados de golpe el 7 de junio de 1680¹¹, dado que los restantes 51.000 los había ido recibiendo en distintos pagos, con toda seguridad, los que se librarán a favor de Luis Frederigui para el aderezo de los libros de la Librería. Desafortunadamente, aunque se conoce la cantidad total percibida, no es posible determinar el tiempo exacto que llevaron estas magnas labores de adecuación material de los fondos de la Librería principal de la Catedral Hispalense, ni se ha hallado el concierto o contrato, si lo hubo, entre la Seo y el maestro librero al que, por otra parte, no se ha encontrado realizando otros trabajos para el templo.

Por esos años también se habían atendido las necesidades de algunos libros del Coro que precisaban alguna renovación. En esta ocasión, fue el librero Juan Bernal quien, el 4 de agosto de 1679, colocó nuevos hierros, tablas y pergamino o becerro para

⁸ ACS, 7123, f. 31v.

⁹ ACS, 06330, ff. 404v, 405v, 406v, 408r, 418r y 429r.

¹⁰ ACS, 7123, f. 34r.

¹¹ ACS, 06330, f. 431r.

la cubierta de un libro de *sufragia* y otro de *Benedicamus*, encargándose de su encuadernación, así como de arreglar algunas hojas rotas y de escribir ciertos renglones y letras, por un precio total de 25.908 maravedís. Poco menos de un mes más tarde, el 1 de septiembre, encuadernó un libro grande de *Benites*, colocándole tablas e hierros nuevos, remedando y escribiendo algunas hojas rotas y borradas, esta vez por valor de 12.580 maravedís¹².

Ya en las postrimerías de la centuria decimoséptima, el 5 de marzo de 1699, el Cabildo encomendó a los oficiales de Fábrica el reparo de *misales*, registros y otros ornamentos de la Sacristía Mayor, así como de los libros del Coro. Sin embargo, no se han encontrado otras noticias sobre el particular. También los libros patrimoniales o administrativos debían ser restaurados, caso de los libros de posesiones de la Fábrica, aderezados por Francisco de Ramos en 1698, por 1.700 maravedís. En 1699 José de Soto se encargaba del aderezo de libros, como los de *Beatae Mariae* y *San Felipe Neri*, cobrando algunas cantidades. Un año después, en 1700, 2 de marzo, los capitulares ordenaron, de nuevo a los oficiales de Fábrica, que hicieran aderezar los *salterios* del Coro, aunque tampoco en este caso se sabe más acerca de la cuestión, última referencia encontrada sobre la disposición del Cabildo para proteger y mantener en buenas condiciones su acervo librario¹³.

¹² ACS, 6330, ff. 408v y 410v.

¹³ ACS, 7133, ff. 15r y 19r.

CONCLUSIONES

1. A lo largo de todo el periodo estudiado se puede observar una constante preocupación por parte del Cabildo de la Catedral de Sevilla por el correcto mantenimiento de un tesoro bibliográfico que sabía de la máxima importancia. Esto se refleja en los Autos Capitulares a través de las numerosas disposiciones que se registran referidas a las condiciones materiales del acervo librario, a la necesidad de impedir hurtos o a autorizar y controlar el préstamo de libros. Las cantidades destinadas a la reforma de las estancias en las que se ubicaba la Biblioteca Capitul y Colombina son de gran importancia cuantitativa, máxime en un contexto de crisis y ajustes financieros.

Es lo que sucedió en 1642, cuando se ordenó el acometimiento de obras en las estancias de la Librería, con mención expresa a la contención en el gasto —«obra precisa, no más menester fuere para su reparo»—, aunque no se han encontrado otras referencias sobre este proyecto. Más relevante resulta el esfuerzo económico realizado a partir de 1677, cuando se decidió aplicar los acuerdos tomados sobre la necesaria reforma de la Librería. Los trasmines de agua estaban causando importantes daños en los fondos de aquélla, por lo que se hacía imprescindible acometer las obras. Para ello, los capitulares no dudaron en emplear la cuantiosa herencia del canónigo Alonso de Valencia. Entre los dos proyectos presentados para ello, el Cabildo eligió el de mayor duración y belleza, conscientes de que debía corresponderse con la magnitud del tesoro que habría de custodiar. En total, esta adecuación del espacio dedicado a la Biblioteca Capitul y Colombina importó la abultada cantidad de 2.523.0000 maravedís. La cifra es elocuente sobre la importancia dada por los capitulares a la misma.

2. En cuanto a la designación de un responsable para la Biblioteca Capitulare y Colombina, se puede concluir que no existió un cargo de bibliotecario entendido como un oficio en sí mismo, desligado de otros cargos o dignidades, pese a la existencia de algunos prebendados muy vinculados a ella, como Manuel Sarmiento de Mendoza, Luis Frederigui o Juan de Loaysa. Durante las primeras décadas, las llaves de la misma estuvieron en posesión del Maestrescuela, aunque se ordenó hacer otras para situarlas en la Contaduría. Ello no es óbice para que se encuentren otros comisionados para asuntos relacionados con la Librería, como el citado Manuel Sarmiento de Mendoza en 1611 y 1613. Cabe destacar que, en estas cuestiones, se aprecia un cierto descontrol por parte del Cabildo, dado que no son pocas las ocasiones en las que se debate sobre quién debía custodiar las llaves o realizar otras tareas referentes a la Biblioteca. A partir de 1629, se decidió que las dos llaves existentes estuvieran en posesión del Mayordomo y el Contador de la Fábrica, respectivamente, quienes debían ocuparse de su aseo. Posteriormente, serán distintos comisionados los encargados de resolver las cuestiones relacionadas con la Biblioteca.
3. Pese a que tradicionalmente se ha vinculado a Juan de Loaysa con los trabajos de reencuadernación de los fondos de la Biblioteca Capitulare y Colombina, lo cierto es que éstos fueron gestionados por el canónigo Luis Frederigui, quien se ocupó de contratar al librero Bartolomé Vargas al efecto.
4. Juan de Loaysa sí se encargó de la reordenación de la Librería, de lo que su *Abecedario y memoria de todos los libros que hoy están en la Librería de esta Santa Iglesia...* es una buena prueba. En este sentido, parece claro que los instrumentos de control creados por don Hernando Colón resultaban inoperantes debido a los movimientos de los fondos, haciendo necesaria la creación de un nuevo inventario. Éste, se limitó a la inscripción de todas las obras que componían la Biblioteca Capitulare y Colombina por orden alfabético de títulos, autores o materias, separados en los cajones en los que se hallaban instalados. El inventario se dividía en obras completas, «tratados varios diversorum» y fragmentos. Junto al registro podían asentarse otro tipo de datos relativos al idioma de la obra o a su formato. El número de obras que componían la Librería es difícil de precisar, dado que muchas de ellas fueron inscritas por duplicado o, incluso, por triplicado. En cualquier caso, debería de superar las 7.000 obras, muy lejos, por tanto, de las 20.000 en que se estimaba tradicionalmente el legado fernandino.

5. El préstamo de libros no cesó, ni tampoco la consulta en las propias instalaciones de la Librería, aunque, a tenor de la documentación, ni unos ni otras debieron de ser muy abundantes.
6. La acción de la Inquisición se centró en lograr el expurgo de la Biblioteca Catedral y Colombina, dejando atrás acciones concretas contra miembros del Cabildo Catedral, como había sucedido en el pasado. Por su parte, los capitulares procuraron retrasar los expurgos todo lo posible, aunque, finalmente, éstos se llevaron a cabo, encontrándose algunos libros prohibidos, que fueron trasladados al Castillo de San Jorge.
7. Los fondos de canto llano siguieron divididos entre aquéllos situados en el Coro, bajo el cuidado de un mozo de Coro, y los que se ubicaban fuera de él. Estos últimos sufrieron una itinerancia que los llevó a ocupar distintos emplazamientos a lo largo del siglo XVII hasta que fueron asentados en una estancia junto al Antecabildo. En cuanto a la custodia de los mismos, estuvieron bajo responsabilidad del Sochantre o de su ayudante, aunque se constata cierto descontrol en este aspecto. Sin embargo, al igual que sucediera con la Biblioteca Capitular y Colombina, el Cabildo procuró asegurar el acondicionamiento de su acervo de canto llano, así como su adecuación a los preceptos tridentinos y su acrecentamiento, pese a las estrecheces económicas. En este aspecto, el papel del taller escriturario catedralicio fue fundamental. Debido a que no se han hallado los inventarios que se sucedieron durante la centuria, es imposible cuantificar el número de los libros que integraban las librerías corales.
8. La Capilla Musical continuó desplegando una importante actividad, procurando el Cabildo atraer a los compositores más afamados. No obstante, al igual que las librerías corales, los fondos polifónicos se vieron perjudicados por los avatares que afectaron al oficio responsable del mismo, el Maestro de Capilla. El emplazamiento en el que se custodiaban no debió de variar y, si lo hizo, no han quedado huellas documentales. Durante el periodo estudiado, se observa una paulatina delimitación de las funciones de los maestros de capilla con respecto a los seises y a la composición e impresión de los *villancicos* de las distintas festividades.

En definitiva, el cuidado de los seises se desvinculó del magisterio de capilla. En cuanto a la impresión de los *villancicos*, su coste se solucionó mediante la con-

cesión periódica de ayudas de costa a los maestros, generalmente, de unos 10.200 maravedís.

La preocupación del Cabildo con respecto a los fondos polifónicos se hizo evidente en las actas, disponiendo la toma por inventario de los mismos a cada cambio de maestro o adquiriendo las obras de aquéllos a sus familiares.

9. La Librería de Canto de Órgano, de la que se confeccionaron cuatro inventarios y un borrador, correspondientes con los cambios de custodia producidos como consecuencia de la renovación del oficio de Maestro de Capilla, presenta importantes oscilaciones en su número. Así, en el primero de ellos, de 1603, contaba con cuarenta y ocho cuerpos de libros; en el borrador de 1618, setenta y dos; éstos quedaron reducidos a cuarenta y seis en el inventario del mismo año, dado que, según parece, solo consigna el repertorio “vivo” o utilizado, descartando los libros empleados en otros fines, como la docencia de canto; por su parte, se recoge un incremento de los fondos en el inventario de 1644, hasta los cincuenta y siete cuerpos de libros; finalmente, en 1673, última de las memorias registradas, se produjo un nuevo aumento de los fondos, que estaban formados por ochenta y ocho cuerpos, tratándose del momento de mayor envergadura del repertorio polifónico. Completaban este acervo las numerosas composiciones conocidas como «música a papeles», constituidas por las obras creadas por los maestros para cubrir las distintas celebraciones. En su mayor parte, se trataba de *salmos* y *villancicos*. Solo hay datos de tres traspasos de este tipo de composiciones, referidas a los maestros Jalón y Xuárez y Sanz.
10. La Librería de Ministriles, compuesta por los libros y papeles de música que utilizaban los instrumentistas, se hallaba bajo la custodia del más antiguo de ellos, siguiendo con el sistema empleado en el siglo XVI. En cambio, sí varió su ubicación, ya que pasó de custodiarse en un cajón junto a la puerta del Coro a situarse en un cajón, bajo llave, en uno de los costados de la Capilla de los Cataños. El repertorio con el que contaban era limitado, aunque se vio incrementado, pasando de nueve cuerpos de libros en 1614 a catorce libros y cuadernos en 1673. Esta escasez apunta a que hacían uso de las obras pertenecientes a la Capilla Musical o a que, incluso, empleaban sus propias partituras.
11. Los otros repositorios bibliográficos, el Sagrario y las capillas, presentan una disminución significativa de sus fondos en comparación con los existentes en el

siglo XVI. Esto se hace más evidente en las capillas, si bien, es preciso tomar con cautelas los datos proporcionados por las visitas, dado que es posible que no mostraran la totalidad de los libros custodiados en ellas. En cualquier caso, la mayor parte de éstos estaban relacionados con el Culto Divino o la administración de los Sacramentos.

12. Debido a los cuantiosos fondos bibliográficos con los que contaba la Seo Hispalense, que precisaban de mantenimiento y renovación, y a la necesidad de utilizar libros blancos o administrativos para su gestión, fueron muy numerosos los artesanos del libro que trabajaron para ella. Destaca, en este sentido, la continuidad de Melchor de Riquelme al frente del taller escriturario catedralicio hasta su muerte en 1621, siendo sucedido sin solución de continuidad por Andrés Camacho como «escritor de libros desta Santa Iglesia», ejerciendo las mismas funciones. Sin embargo, una vez desaparecido éste, no se halla ninguna figura comparable, por lo que se puede concluir que, a partir de 1678, no hay un taller escriturario en la Catedral de Sevilla. Desde entonces, se acude a profesionales externos u ocasionales.

De la misma forma, desde comienzos del siglo XVII, la Seo contó con un Impresor Mayor del Cabildo, encargado, sobre todo, de la provisión de impresos de documentos y otros, así como de libros blancos para el desempeño administrativo del templo. Menos se puede saber de los individuos denominados en la documentación como «librero desta Santa Iglesia», titulación que ostentan varios profesionales a lo largo de periodo. Aunque no se puede determinar el alcance de la misma, lo cierto es que se trata de los libreros que trabajan con mayor asiduidad para la Catedral.

13. Las vías para el acrecentamiento de los fondos bibliográficos catedralicios presentan una continuidad con las empleadas durante el siglo XVI. Destaca en este punto la actividad promotora del Cabildo para la impresión de ciertas obras que consideraba de su interés. El máximo exponente de ello está relacionado con la figura de Fernando III, por cuya beatificación se celebraron unas fiestas de tal envergadura que los capitulares encargaron a Fernando de la Torre Farfán la escritura de un libro en que quedaran inmortalizadas. El proyecto de edición, impresión y difusión de la obra resultó sumamente oneroso, superando los cuatro millones de maravedís. Por su parte, las donaciones fueron importantes durante

todo el siglo, buscando los autores ennoblecer sus obras al asegurar su custodia en la Biblioteca Capitular y Colombina, así como obtener contraprestaciones económicas por parte del Cabildo. Este último punto terminó chocando con los problemas financieros por los que atravesaba la institución. Por último, los legados que recibieron los capitulares fueron, en términos generales, problemáticos y rechazados debido a los problemas anejos de aquellas herencias.

14. Las compras se centraron, de forma casi única —excluyendo los libros blancos—, en libros precisos para la celebración del culto, como *misales*, *salterios*, *oficieros* y otros, destinados al Coro, al Sagrario o a las distintas capillas que jalonaban la Catedral. Estos libros se adquirían a distintos mercaderes o libreros sin que se aprecie una preponderancia clara de ninguno de ellos. En estas gestiones de compra, el Cabildo se implicó activamente en multitud de ocasiones, ordenando la compra de los libros necesarios.
15. Los trabajos de enmienda y corrección de los fondos bibliográficos comenzaron el siglo XVII con una continuación de los ya emprendidos a fines del siglo precedente con el objeto de adaptarlos al *nuevo rezado romano*. Éstos se prolongaron hasta mediados de la segunda década del siglo XVII, precisando de la participación de un equipo de profesionales artesanos del libro dirigidos por Melchor de Riquelme. Posteriormente, se produjeron otros periodos de intensa actividad reparadora, determinados por el deterioro de los fondos corales.
16. Durante este tiempo, no dejaron de producirse nuevos libros destinados, fundamentalmente, al Coro, de lo que se ocuparon distintos escritores de libros según el momento concreto, dado que no solo lo hicieron Melchor de Riquelme y Andrés Camacho; por el contrario, se recurrió puntualmente a otros muchos sujetos para satisfacer las necesidades de nuevos libros. Como en otros aspectos, las estrecheces económicas de la Catedral determinaron en una medida creciente la escritura de nuevos libros, a cuyo coste era cada vez más complicado hacer frente.

BIBLIOGRAFÍA*

ALBA SANZ, R. «Viajes y circunstancias de Pedro Cubero Sebastián», en *ISIMU* 9 (2006), pp. 89-105.

ÁLVAREZ CALERO, A. *Fray Francisco de Santiago (1578?, Lisboa-1677, Sevilla): su música y su entorno*. Sevilla: Centro de Documentación Musical de Andalucía. Consejería de Educación y Cultura, Sevilla, 2013.

ÁLVAREZ MÁRQUEZ, M. C. «La Biblioteca Capitular y Colombina de la Catedral Hispalense en el siglo XV», en *Archivo Hispalense*, 213 (1987), pp. 3-68.

—— *El mundo del libro en la Catedral de Sevilla en el siglo XVI*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Sevilla, 1992.

—— «El legado colombino a la Iglesia Catedral de Sevilla y su fusión con la Biblioteca Capitular», en *Sardegna, Mediterraneo e Atlantico tra Medioevo ed Età Moderna. Studi storici di Alberto Boscolo*. Roma: vol. III (1993), pp. 267-287.

—— *El libro manuscrito en Sevilla (Siglo XVI)*. Sevilla: Área de Cultura y Fiestas Mayores. Ayuntamiento de Sevilla, 2000.

—— «Itinerario de adquisiciones de libros de mano de Hernando Colón», en *Historia, Instituciones y Documentos* (2003), pp. 55-102.

ANTEQUERA LUENGO, J. J. *Memorias Sepulcrales de la Catedral de Sevilla*. Edición digital. Sevilla: Facediciones, 2012.

ARANDA BERNAL, A. M. y QUILES, F. «El valor de la imagen en el proceso de beatificación y canonización de Sor Francisca Dorotea», en *Laboratorio de Arte*. Sevilla: 13 (2000), pp. 363-370.

* Se ha recopilado solo la bibliografía citada, no la consultada.

AYARRA JARNE, J. E. «La música en el culto catedralicio hispalense», en VVAA *La Catedral de Sevilla*. Sevilla: Ediciones Guadalquivir, 1984, pp. 699-748.

BAUTISTA, F. «Juan de Pineda, La Crónica Manuelina y la historiografía post-alfonsí», en *Medievalia* 19/1 (2006), pp. 7-32.

BENASSAR, B. *La Inquisición española: poder político y control social*. 2ª edición. Barcelona: Editorial Crítica. Grupo editorial Grijalbo, 1984.

CABEZAS FONTANILLA, S. «En torno a la impresión del “Catálogo de libros prohibidos y expurgados” de 1612», en *Documenta & Instrumenta*. Madrid: Universidad Complutense, 3 (2005), pp. 7-30.

CALAHORRA MARTÍNEZ, P. «Antología de obras para órgano. Sebastián Aguilera de Heredia (1561-1627)» en *Monumentos históricos de la música española*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia. Centro de Publicaciones, 1990.

CARTAYA BAÑOS, J. «Noble es bien aderezado: los inventarios de bienes de los fundadores de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla», en *Laboratorio de Arte*. Sevilla: 24 (2015), pp. 315-333.

COELLO DE LA ROSA, A. «Colonialismo y santidad en las Islas Marianas: la sangre de los mártires (1668-1676)», en *Hispania Sacra*. Madrid: CSIC (128 julio-diciembre 2011), pp. 707-745.

COTARELO Y MORI, E. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Calígrafos españoles*, 2 ts. Edición facsimilar de la editada en Madrid en 1916. Madrid: Visor Libros, 2004.

DE LA FUENTE CHARFOLÉ, J. L. «Nuevos hallazgos documentales y biográficos sobre Alonso Xuárez, maestro de Sebastián Durón», en *Anuario Musical*. Madrid: CSIC, 67 (2012), pp. 3-18.

DE LA MANO GONZÁLEZ, M. «Gil González Dávila y la historia local», en *Boletín Millares Carlo*. Las Palmas de Gran Canaria: UNED, 13 (1994), pp. 279-296.

DELGADO CASADO, J. *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVIII)*, 2 ts. Madrid: Editorial ARCO/LIBROS, SL, 1996.

DE DIEGO, N. «Los archivos españoles de la Iglesia Católica», en *Cuadernos de Historia Moderna*. Madrid: Universidad Complutense, 25 (2000), pp. 339-372.

DOMÍNGUEZ BÚRDALO, J; SÁNCHEZ JIMÉNEZ, A. «El mundo del libro a través de las relaciones clientelares en la Sevilla de entresiglos (1582-1621)», en *RICLE. Revista de Filología Hispánica*. Pamplona: 5/2 (2009), pp. 256-318.

DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ, Juan Francisco (editor.). *Diccionario biográfico y bibliográfico del Humanismo español (siglos XV-XVII)*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2012.

DOMÍNGUEZ GUZMÁN, A. *La imprenta en Sevilla en el siglo XVII 1601-1650*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992.

ESPEJO CALA, C. «El impresor sevillano Juan Gómez de Blas y los orígenes de la prensa periódica. La Gazeta Nueva de Sevilla», en *Zer*: 13/25 (2008), pp. 243-267.

GÁMEZ MARTÍN, J. «Los caminos para Dios. Fernando III, Rey de Castilla y León: la santidad en la Corona de España», en *XVI Jornada De Historia de Fuente de Cantos*. Madrid: Asociación Cultural Lucerna/Sociedad Extremeña de Historia, 2015, pp. 255-282.

GESTOSO Y PÉREZ, José. *Sevilla Monumental y Artística*, 2ª ed. 3 ts. Sevilla, 1984.

GONZÁLEZ BARRIONUEVO, H. *Francisco Guerrero (1528-1599), vida y obra: la música en la catedral de Sevilla a finales del siglo XVI*. Sevilla: Cabildo Metropolitano de la Catedral de Sevilla, 2000.

GONZÁLEZ DE SAN SEGUNDO, M. A. «Juan Lucas Cortés (1624-17019: Notas sobre su origen familiar y actividad profesional», en *Anuario de Historia del Derecho Español* Madrid: Ministerio de Justicia y Boletín Oficial del Estado 70, (2001), pp. 575-584.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J. *El maestro Juan de Segovia y su Biblioteca*. Madrid: CSIC. Instituto “Nicolás Antonio”, 1944.

GUILLÉN TORRALBA, J. *Historia de las Bibliotecas Capitular y Colombina*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006.

HERNÁNDEZ BORREGUERO, J. *La Catedral de Sevilla. Economía y Esplendor (siglos XVI y XVII)*. Sevilla: Excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla, 2010.

—— «El Hospital de Santa Marta de Sevilla: actividades y gestión económica (siglos XV a XVIII)», en *Hispania Sacra*. Madrid: CSIC 67/136 (2015), pp. 613-633.

HERNÁNDEZ MONTES, B. *Biblioteca de Juan de Segovia. Edición y comentario de su escritura de donación*. Madrid: CSIC. Instituto “Francisco Suárez”, 1984.

JIMÉNEZ MARTÍN, A.; PÉREZ PEÑARANDA, I. *Cartografía de la montaña hueca. Notas sobre los planos históricos de la catedral de Sevilla*. Sevilla: Ediciones Guadalquivir, 1997.

JIMÉNEZ-CASTELLANOS BALLESTEROS, M. C. «Catálogo de incunables de la Biblioteca Capítular de Sevilla», en *Historia, Instituciones y Documentos*. Sevilla: 9 (1982), pp. 199-243.

LINAGE CONDE, A. «Los Bolandistas», en *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 2 (1992), pp. 187-208.

MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL TORCO, J. «Las Crónicas de Indias y la Historia del Derecho Canónico», en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid: Ministerio de Justicia y Boletín Oficial del Estado, 50 (1980), pp. 781-796.

MARCHENA HIDALGO, R. *La escritura y la iluminación de libros y documentos en la Sevilla de Murillo*. Sevilla: Excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla. Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla, 2018.

MARÍN MARTÍNEZ, T. *Memoria de obras y libros de Hernando Colón*. Madrid: CSIC, 1970.

MARÍN MARTÍNEZ, T.; RUIZ ASENCIO, J. M.; WAGNER, K. *Catálogo Concordado de la Biblioteca de Hernando Colón*. 2 ts. Madrid: Cabildo de la Catedral de Sevilla y Fundación MAPFRE, 1993-2005.

MENDO CARMONA, C. «Los archivos y la Archivística. Evolución histórica y actualidad», en *Manual de Archivística*, de RUIZ RODRÍGUEZ, A. (editor). Madrid: Síntesis 1995, pp. 19-38.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Edición digital basada en la de Madrid de 1978 publicada por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes en 2003.

MESTRE NAVAS, P. A. «Origen y evolución de los cantorales. Perspectivas codicológicas». Corregidas primeras pruebas.

MONTES ROMERO-CAMACHO, I. *Permanencias y transformaciones del mundo rural sevillano en la Baja Edad Media: propiedades y rentas territoriales del Cabildo Catedral de Sevilla*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1986.

MORALES MARTÍNEZ, A. «La arquitectura en los siglos XVI, XVII y XVIII», en VVAA. *La Catedral de Sevilla*. Sevilla: Ediciones Guadalquivir, 1984, pp. 173-220.

PÉREZ MARINA, I. *Sansón de Córdoba: vida y pensamiento. Comentario de las obras de un intelectual cristiano-andalusí del siglo IX*. Madrid: La Ergástula, 2012.

REYES CANO, R. «Fernando de la Torre Farfán, un animador de justas poéticas en la Sevilla del XVII», *DICENDA: Estudios de lengua y literatura españolas*. Madrid: Universidad complutense, 6 (1987), pp. 501-508.

REYES GÓMEZ, F. de los. *El libro en España y América. Legislación y Censura (siglos XV-XVIII)*. 2 ts. Madrid: ARCO/LIBROS, 2000.

ROS CARBALLAR, C. *Los Arzobispos de Sevilla. Luces y sombras en la Sede Hispalense*. Granada: Ediciones ANEL, S.A., 1986.

RUIZ JIMÉNEZ, J. «Ministriles y extravagantes en la celebración religiosa», en J. GRIFFITHS y J. SUÁREZ-PAJARES (editores). *Políticas y prácticas musicales en el mundo de Felipe II. Estudios sobre la música en España, sus instituciones y sus territorios en la segunda mitad del siglo XVI*, en *Colección Música Hispana. Textos. Estudios*. Instituto Complutense de Ciencias Musicales, 2004, pp. 199-240.

——— *La Librería de Canto de Órgano. Creación y pervivencia del repertorio del Renacimiento en la actividad musical de la catedral de Sevilla*. Granada: Centro de Documentación Muscial de Andalucía, 2007.

RUIZ-GÁVEZ, E. «Sine Labe. El inmaculismo en la España de los siglos XV a XVII», en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. Madrid: CSIC, LXII/2 (2008, julio-diciembre), pp. 197-241.

SALAZAR Y CASTRO, A. de. *Los expedientes de limpieza de sangre de la Catedral de Sevilla (Genealogías)*. T. I (Expedientes 1 al 541). Madrid: Hidalguía, 1995.

SÁNCHEZ HERRERO, J. (coordinador). *La música coral del Cabildo Catedral de Sevilla durante el siglo XVII*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2013.

SOLÍS DE LOS SANTOS, J. *El ingenioso bibliólogo don Francisco de Araoz (De bene disponenda bibliotheca, Matriti 1631)*. Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1997.

STEVENSON, R. «Santiago, fray Francisco de (born ca. 1578 at Lisbon; died October 5, 1644, at Seville)», en *Anuario Musical*. Madrid: CSIC, 25 (1970), pp. 37-47.

SUÁREZ MARTOS, Juan María. *Música Sacra Barroca en la Catedral Hispalense*. Tesis Doctoral inédita, 2007.

——«El Archivo Musical de la Catedral de Sevilla en 1724. Génesis y Pervivencia de los Libros Manuales y de Facistol», en *Musicalia*. Córdoba: Conservatorio Superior de Música “Rafael Orozco de Córdoba”, 5 (2007), pp. 41-124.

Testamento de Hernando Colón, con estudio crítico y transcripción de J. M. RUIZ ASENCIO. Madrid: Tabula Americae 28, Testimonio Compañía Editorial, 1995.

TORRE FARFÁN, F. de la. *Fiestas de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla, al Nuevo Cvltto del Señor Rey San Fernando el Tercero de Castilla y de León, concedido a todas las Iglesias de España, por la Santidad de Nuestro Beatísimo Padre Clemento X*. Sevilla: en la casa de la viuda de Nicolás Rodríguez, 1671.

WAGNER, K. «Orden en las bibliotecas. La librería romana del cardenal Luis Belluga y Moncada, 161-176», en *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*. Bajo la dirección de P. M. CÁTE-

DRA & M. L. LÓPEZ-VIDRIERO. Edición al cuidado de M. I. DE PÁIZ. 2 ts. Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1.	86
Figura 2.	86
Figura 3.	87
Figura 4.	88
Figura 5.	89
Figura 6.	89
Figura 7.	90
Figura 8.	91
Figura 9.	103
Figura 10.	103
Figura 11.	104
Figura 12.	105
Figura 13.	172
Figura 14.	172
Figura 15.	173

Figura 16.	174
Figura 17.	174
Figura 18.	175
Figura 19.	176
Figura 20.	188
Figura 21.	206
Figura 22.	207
Figura 23.	301
Figura 24.	302
Figura 25.	303
Figura 26.	320
Figura 27.	321
Figura 28.	322
Figura 29.	323

